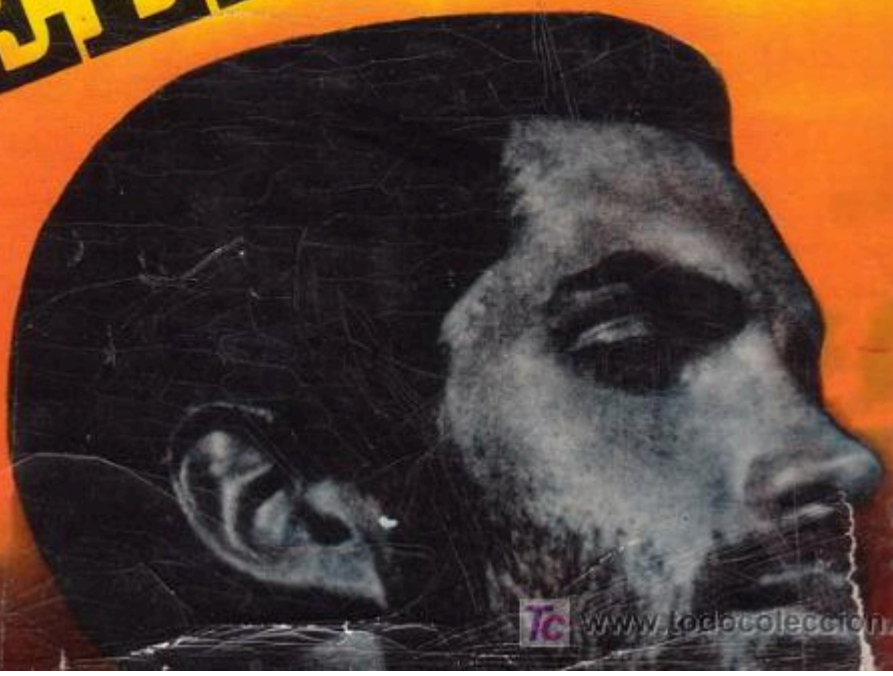
PATRICK WHITE

EL CARRO DE LOS ELEGIDOS



Tc www.todocoleccion.net

EL CARRO DE LOS ELEGIDOS

Narrador y dramaturgo australiano, nacido en Londres (Reino Unido) en 1912 y fallecido en Sydney en 1990. Autor de una extensa y fecunda producción literaria en la que lleva al territorio de la creación artística ese deseo colectivo de 'poblar el gran vacío australiano', se convirtió en uno de los pioneros del despertar de su pueblo y fue, por ello, galardonado en 1973 con el Premio Nobel de Literatura, con el que vino a reconocérsele el mérito de 'haber sido el primero en darle al continente australiano una auténtica voz que se oye en todo el mundo'. Además, la Academia Sueca elogió, dentro de su magna obra, 'una narrativa épica y psicológica, que ha introducido la literatura de un nuevo continente en el mundo de las Letras'.

A comienzos de los años sesenta, la prosa de ficción de Patrick White experimentó un cambio de rumbo para centrarse en un universo propio creado por el narrador australiano a partir de la observación de su entorno geográfico inmediato. Se trata de Sarsaparilla, un imaginario suburbio de Sydney en el que transcurre la acción de su siguiente narración extensa, Riders in the charriot (El carro de los elegidos, 1961), muestra acabada de los efectos que llegan a causar la guerra y el racismo en un espacio tan aparentemente alejado de los grandes conflictos internacionales como puede serlo el territorio australiano.

Título Original: *Riders in the charriot*

Traductor: de Carlos Puerto

Autor: Patrick White

Editorial: Orbis

Colección: Los Premios Nobel

ISBN: 9788475301785

Generado con: QualityEbook v0.35

EL CARRO DE LOS ELEGIDOS

PATRICK WHITE

EDICIONES ORBIS, S.A.

Titulo original: RIDERS IN THE CHARIOT

Traducción de Carlos Puerto

© Luis de Caralt Editor, S.A., 1966

© Por la presente edición, Ediciones Orbis, S.A.

ISBN: 84-7530-178-9

D.L.B. 14136-1983

Traducción cedida por Luis de Caralt Editor, S.A.

Compuesto, impreso y encuadernado por

Printer industria gráfica, s.a. Provenza, 388 Barcelona

Sant Vicent deis Horts

Printed in Spain

Los profetas Isaías y Ezequiel cenaron conmigo, y les pregunté que cómo es que se habían atrevido a afirmar tan claramente que Dios les había hablado, y que si no tengan ser mal interpretados y hacer nacer así una fábula. Isaías respondió: «Ni le he visto ni le he escuchado bajo un aspecto orgánico y finito, pero mis sentidos descubrieron el infinito en todas las cosas, y como estaba y aún estoy convencido de que la voz de la sincera indignación es la voz de Dios, no me he preocupado de las consecuencias, pero lo he escrito...» Después pregunté a Ezequiel que por qué comía del estercolero y permanecía tanto rato tumbado del lado derecho y después del lado izquierdo. El me respondió: «Por el deseo de educar a los demás en la percepción del infinito: así es practicado por las tribus de América del Norte. Y ¿es honesto el que sacrifica su talento y su conciencia al confort o a la satisfacción del momento?»

WILLIAM BLAKE

Para Klari Daniel y Ben Huebsch.

PRIMERA PARTE

I

—Entonces ¿quién era esa mujer? — preguntó la rica Mrs. Colquhoun, instalada en Sarsaparrilla desde hacía poco.

—¡Ah! —dijo Mrs. Sugden, riendo— jera Miss Haré!

—No se parece en absoluto a la demás gente —sugirió Mrs. Colquhoun, animada.

—Ciertamente Miss Haré no es una persona vulgar, y no soy yo quién dirá lo contrario...

Pero la empleada de correos se interrumpió ahí. Con la punta de su pluma se puso a escarbar en una esponja seca. Incluso cuando su estado de ánimo era el más comunicativo, cuando hablaba con autoridad sobre el tiempo, su tema favorito, enfocaba las cosas con objetividad.

Por otra parte, Mrs. Colquhoun no necesitaba a nadie para comprobar que Miss Haré era un retaco, que tenía pecas y medias enroscadas. A decir verdad, Mrs. Colquhoun estaba algo desconcertada por la discreción de la empleada de correos, pero eso no duraría mucho, ya que la guerra había terminado y la paz aún estaba muy fresca.

Entre un olor de ortigas, bajo el pálido disco del sol, Miss Haré se alejó de la estafeta. Una primera luz nacarada, una dulce bruma matinal, anunciaban el reino milenario y, sin embargo, entre la carretera y la barraca en que habitaban los Godbold, las matas de zarzas calcinadas, sus ramas retorcidas, encogidas, rastreras, dejaban entrever que el enemigo quizá no había sido desarmado.

Al pasar Miss Haré, las numerosas espinas de los matojos se engancharon en su falda, tirando fuerte,

fuerte, muy fuerte, hasta que quedó completamente sujeta por detrás, mitad mujer, mitad paraguas.

—¡Podría arañarse! —advirtió Mrs. Godbold, que se había acercado al borde de la carretera en busca de algo, niño, cabra, o quizás únicamente el periódico del día.

—Es cierto —respondió Miss Haré—. Pero ¿qué importa un pequeño desgarrón?

Aquellas cosas no la interesaban.

Mrs. Godbold era una mujer bastante fuerte. Sonreía al suelo, incrédula pero feliz.

Miss Haré exclamó:

—¡He visto un wombat![1]

—¡Un wombat! ¿Por aquí? ¡Eso no es posible!

Miss Haré reía.

—¿Cómo era? —exclamó Mrs. Godbold que también se echó a reír.

Sus ojos permanecían fijos sobre la hierba.

—¡Se lo diré más tarde! —añadió Miss Haré alegremente, pero sin aminorar su marcha.

Les importaba muy poco a ambas que muchas cosas entre ellas fueran inexplicables: ninguna de las dos había mirado al rostro de la otra, pero eso no podía añadir nada que cada una no supiera ya. En algún momento del pasado ese carácter particular de sus relaciones había sido plenamente establecido.

Miss Haré avanzaba con la falda ya liberada. Con el dorso de la mano dio en una estaca de una valla, para escuchar la piedra de la sortija de su padre. A menudo solía dar así contra objetos para puntuar períodos que, sin eso, podrían no haber tenido nunca fin. Percibió el choque liberador. Escuchó las alas de un pájaro que se destacaban del silencio. Canturreó, o mejor, emitió algunos sonidos. A todo lo largo de la carretera —la pista, como la llamaban aún los viejos— cuyo caprichoso trazado descendía de Sarsaparrilla a Xanadu, la tierra era negra y esponjosa en el amanecer de aquel principio de la primavera. En aquel adormecido paisaje parecía que cada elemento, incluso el más insignificante, hasta la misma Miss Haré, contribuía a aquella perfección. No se habría podido añadir nada para embellecer el conjunto.

Y sin embargo, ¿no estaba ella a punto de intentarlo?

Miss Haré se detuvo en medio de la carretera. Así se había plantado en la estafeta, pero entonces su rostro había revestido la expresión que la gente esperaba encontrar en ella.

—¡Es un gran día, Mrs. Sugden! —había dicho.

—Algunos no comprendían la forma de hablar de Miss Haré, pero se habían acostumbrado a la larga. ¿Y bien? —dijo Mrs. Sugden, ordenando algunos papeles y la botellita manchada de cola a fuerza de haber sido empleada.

Y después esperó.

—¡Sí! —dijo Miss Haré.

No encontraba la maldita pluma, ni impresos para telegramas, ásperos como su piel.

—Me he puesto en comunicación con una persona... una viuda, de Melbourne... por medio de los anuncios por palabras.

En aquel momento descubrió los impresos.

—¡Tomo un ama de llaves para Xanadu!

—Me alegro ¡de verdad! —dijo Mrs. Sugden que en efecto lo estaba.

—¿No se lo dirá a nadie?

Aquella maldita pluma... la detestaba.

—¡Claro que no! -protestó Mrs. Sugden—, ¡Una estafeta oficial es una estafeta de confianza!

Miss Haré reflexionó. La pluma de la estafeta arañaba el papel.

—Se lo voy a contar todo —decidió—. Pero es necesario que envíe este telegrama. A Melbourne.

Mrs. Sugden sabía esperar.

Miss Haré se puso a escribir.

—«Dama capaz y refinada...» así es como ella se describe.

—¡Y así lo espero! —exclamó Mrs. Sugden, enrojeciendo ante la idea de que podría ser de otra forma —. ¡En los tiempos que corren! Cuando se recibe a alguien en casa de una...

La pluma de Miss Haré trabajaba en la aridez de la nota telegráfica.

—¡Nada me asusta! —dijo—. Por lo menos nada de lo que asusta a las gentes, generalmente.

—Naturalmente existen otras cosas —opinó Mrs. Sugden que, en su estafeta oficial, no podía por menos de haberlas visto de todos los colores.

La empleada esperaba. Miss Haré llevaba el viejo sombrero, de mimbre más que de paja por lo basto de su materia, que usaba en invierno como en verano, y que la hacía parecerse tanto a una flor de girasol como a una vieja cesta andrajosa. Era tan bajita que, en sus posiciones respectivas, de pie a cada lado del mostrador, Mrs. Sugden dominaba la especie de ombligo que se encontraba justo en medio del casquete. Miss Haré no era más que un sombrero del que salía una mano con una pluma. La pluma parecía tener cabeza. Mrs. Sugden se preguntaba de dónde provendría aquel sombrero. Nadie recordaba haberla visto jamás con otro.

—Es gracias a mi primo, Eustace Cleugh —comenzó Miss Haré que por fin había conseguido firmar—. Vino aquí hace mucho tiempo, usted no le recordará. En aquellos tiempos las personas a veces enviaban a sus hijos a visitar a sus parientes de Australia. Entonces parecía extraordinario... ¡Ya ve, a Australia! Naturalmente, dos guerras y los cupones de abastecimiento han cambiado muchas cosas. Así pues, vino mi primo... Según parece, lo era por parte de mi madre, ya que era pariente de mi tía Fanny, de Banjo Downs. ¡Oh, qué recuerdo! Todas las habitaciones estaban llenas de amigos... ¡Se encendía la araña casi todas las tardes! Había bailes y orquestas de Sydney. Mi madre me impulsaba a unirme a los invitados —entonces yo era casi una niña: acababa de recogerme el cabello—, pero ¿cómo habría podido unirme a ellos? Necesitaba observar a todos los que habían venido a Xanadu. Había una jovencita... Es necesario que le hable de ella... Se llamaba Helen Antill, y su traje estaba completamente adornado de lentejuelas. Oí decir a mi madre que quizá no debería haber invitado a Helen Antill. «¡Ni a ninguna otra!», respondió mi padre. «¡Y tampoco a estos jóvenes!» A mi padre le gustaba bromear. «¡Comamos nuestro puding en paz!», añadió. «¡Y mojemos el pan en la salsa!» A mi padre le encantaba mojar el pan en la salsa del pollo asado, y una de las cocineras tenía una receta especial para él.

—¡Vaya! —dijo Mrs. Sugden.

—¡Con cebolla picada! —remató Miss Haré.

Mrs. Sugden cambió su peso de una pierna a la otra. Una gran parte de su vida la había pasado esperando.

—¿Dónde estaba? Mi primo Eustace se marchó después de su visita, no sin haber causado una cierta decepción a mis padres. Por otra parte se redimió más tarde. Sí, sus medios le permiten enviarme una pequeña pensión desde la isla de Jersey, en donde vive. Eso comenzó mientras vivía mi madre, felizmente para nosotras, ya que los asuntos de mi padre en seguida fueron mal y nunca he sabido por qué.

La voz de Miss Haré se extinguió. Cogió la segunda pluma del pupitre de la estafeta, una pluma tan detestable como la primera, pero su gesto no tuvo continuación.

—Nunca se puede saber... —dijo Mrs. Sugden.

—Es cierto —suspiró Miss Haré—. Pero yo creía que usted estaba al corriente. ¡He recibido esa pensión durante tantos años...! Y además, de la noche a la mañana, la isla de Jersey fue invadida...

Miss Haré efectivamente volcó el tintero de la estafeta, pero Mrs. Sugden no pareció ofenderse.

—¿Por los alemanes?

—¿Por quién quiere usted? —replicó Miss Haré no sin cierto desprecio—, Hemos permanecido sin

noticias de mi primo durante años, y luego, un viernes por la mañana, hace exactamente siete semanas, supe por una carta que se encontraba sano y salvo. Pese a su débil salud y a su disminuida fortuna, él estima su deber continuar ayudándome modestamente.

Mrs. Sugden se alegró como convenía para disipar las sospechas.

—Y así ¿ha podido contratar a esa señora?

—Sí, esa mujer está más o menos de acuerdo.

Miss Haré sabía ser por momentos a la vez realista y severa.

—Se llama Mrs. Jolley —continuó.

Después, como el resplandor de la mañana la alcanzaba por la ventana;

—Deseo fervientemente que ella caiga bien en Xanadu. Sidney no es Melbourne, ¡y hay tanta hierba en esta comarca!

—¡Cuando se quiere gustar, se gusta! —lanzó la dependiente, sin preguntarse si aquella verdad se aplicaba a la situación.

Moscas muertas se esparcían por el mostrador entre ambas mujeres que, cara a cara, examinaban sus cadáveres.

Mrs. Sugden aspiró profundamente.

—Y ¿qué sucedió con la muchacha, aquella Helen Antill que llevaba un vestido tan bonito?

—¡Oh! se marchó —dijo Miss Haré—. Todo el mundo se va.

Se puso a balancear su pierna derecha. Su rostro, húmedo y contrahecho durante su discurso, había vuelto a ser seco y gélido. Por costumbre, mientras hablaba, su boca permanecía inmóvil, casi como si tuviera parálisis.

—Se marchó, se casó con alguien que conocía, tuvo un hogar, hijos, enterró a su marido... Volví a verla una vez. Ella estaba mirando por la ventana.

Mrs. Sugden entornó los ojos, como si también ella la hubiera visto...

En ese momento se escuchó crujir la grava. Alguien se aproximaba. Por eso Miss Haré dejó de hablar como si dejara caer una cortina de hierro.

—Gracias —dijo a Mrs. Sugden, como si acabara de llegar; y después se fue.

Así es como Miss Haré caminaba por la pista que el Consejo había ya comenzado a llamar carretera, incluso avenida, y descendía de Sarsaparrilla a Xanadu. En un punto, unas dudas la habían asaltado, clavándola en el sitio; pero las perspectivas inciertas no podían resistir mucho tiempo el empuje vital de todo lo que le rodeaba, y en seguida reemprendió su camino.

Descendía las pendientes, hacía rodar las piedras, con toda la agitación de su cuerpo que la acompañaba, pero su yo íntimo estaba ahora sereno y feliz. La anomalía de aquella dualidad no dejaba nunca de sorprenderla, y de nuevo se detuvo para reflexionar. Por diversas razones, muy poco de su verdadera y secreta naturaleza había sido revelada a los demás. Estaba inmóvil, sumergida en sus pensamientos, alrededor de los cuales dejaba libre curso al juego de sus instintos. Ningún ser se encontraba allá, y sin embargo se irritaba de lo que, pronto o tarde, no podía dejar de producirse. Acariciaba las hojas con cariño. Rompió una varilla quebrada. Otros podían circular por las carreteras entre maleza, con la nariz en las ventanillas de sus coches, sin que su espíritu registrara nada de lo que veían sus ojos parpadeantes. Grandes frondas de verdor permanecían vírgenes, los peñascos no violados. A veces los intrusos detenían sus vehículos e iban a buscar agua. Ella les había visto sumergirse en las pilas horadadas en la roca, secretas, negras y heladas, y sin embargo, continuar prisioneros de su carne de gallina y de su despecho. Mientras que ella, Miss Haré, cuyos ojos siempre florecían, cuyos dedos palpaban, llegaba hasta el éxtasis de una aniquilación completa, liberadora, sin haber recurrido a tales inmersiones.

Por un instante la ira se reflejó en su rostro...

Mientras que cogía el hilo de sus sueños.

Toda aquella tierra, aquellas matas y aquellas piedras eran suyas por encima y más allá de los derechos que tenía sobre ellas. Nadie había sabido nunca penetrarlas tan íntimamente. Ella iba al corazón de su singular territorio, muy despacio, deteniéndose. Se detenía a menudo. El cielo estaba animado; ahora era de un azul vivo. Los árboles indígenas, casi siempre achaparrados, que no ofrecían tanto interés para la vista como un acompañamiento a los estados anímicos, se comportaban ahora con docilidad, con una cierta dejadez melancólica, hasta el momento en que ella llegaba abajo de la cuesta, allá donde la carretera viraba y, después de una vereda, remontaba. La pendiente, suave al principio, trepaba hasta terrenos más abruptos, donde aumentaban los helechos y los céspedes, con alfombras de una mullida podredumbre; allá parecía que los árboles crecían más derechos, más altos, y la cabeza se inclinaba invariablemente si, con los ojos elevados, se miraba demasiado tiempo a sus copas chispeantes.

La propietaria nunca llegaba a sus posesiones por la carretera oficial que conducía a la verja. Esta, por otra parte, con sus pretensiones de pompa heráldica, permanecía cerrada con candados y cadenas. Ella cogía el pequeño atajo que corrientemente utilizaba al igual que los pequeños Godbold, o bien, como hoy, otro más corto todavía y conocido sólo por ella, por el que a duras penas se abría paso, intentando conservar una dirección. Pero el sendero estaba sobre un buen humus y los campos cubiertos por una capa de hojas, en donde era delicioso dejar marchar a sus rodillas que se esforzaban en la superficie, mientras que subía un olor a hongos y futuras plantas.

Así luchaba Miss Haré en medio de las ramas, ya que aquello era lo que amaba, aquello lo que había elegido. Allí conseguía algunos arañazos, pero ¿no hay que esperar eso desde que nuestros pies recorren los caminos de la existencia? Golpeada por una rama cuyos brotes estaban casi maduros, flagelada por una pequeña liana de zarzaparrilla, de la que hubiera querido beber su púrpura, acariciada por helechos, y luego por más helechos...

En un punto cayó de rodillas sobre sus medias color de tierra, muy prácticas, y no porque estuviera desanimada o enferma — había alcanzado la edad en que conocidos y vecinos están siempre al acecho de un posible achaque—, sino porque aquella actitud es la de la adoración, y la intensa convicción encuentra a menudo su mejor expresión en una torpe espontaneidad.

Descansó un momento, arrodillada bajo el gran escudo de su sombrero protector, y metió sus cortos dedos en la tierra receptora. Así permaneció durante rato, en el túnel que conducía a Xanadu, y del que todos reconocían su grotesca fealdad, más imposible aún que en sus recuerdos. Si le hubiera quedado algo de familia, aparte de su primo Eustace, que estaba lejos, y un grupo de Urquhart-Smith que habían decidido olvidarla, todos se sentirían turbados ante la vista de una tal burla de su raza, por lo demás irreprochable.

En otros tiempos los Hares habían hecho responsables a los Urquhart-Smith, y los Urquhart-Smith, con igual determinación, habían devuelto la acusación contra los Hares. Pero apenas si quedaban ya representantes de unos o de otros para discutir y disputar. Sin el mismo Norbert Haré, no se hubiera podido esperar más que una descendencia normal de aquella cepa sana y burguesa, ya que todo el mundo sabía que Norbert era el hijo del viejo Mr. Haré, el comerciante de vinos de Wynyard. Los Urquhart-Smith, naturalmente, lo sabían mejor que nadie y, olvidando a los Smith en favor de los Urquhart, estaban siempre dispuestos a recordarle a su Eleanor que se había casado con Norbert.

Eleanor pertenecía a la rama de Mumblejug, la de Sir Dudley, que, según se recuerda, había llegado a Nueva Gales del Sur el pasado siglo para representar a la reina. Célebre por su sombrero de seda y su apostura a caballo, Sir Dudley era un hombre ejemplar, como lo repetían gustosamente sus descendientes después de que todo el mundo le hubo olvidado. Si su hija Eleanor hablaba menos que sus contemporáneos, quizá era debido a su naturaleza discreta, a su mediocre salud y, ciertamente, a su matrimonio poco ortodoxo. De cuatro hermanas, ella era la única superviviente. Todas graciosas y encantadoras, tres de ellas fueron enterradas sin haber podido casarse, bajo los eucaliptus, cerca de la iglesia gótica que sir Dudley había hecho construir en Mumblejug, menos para elevar el alma que para perpetuar una tradición materialista.

Tan maciza, tan exquisitamente antigua, tan inglesa, la iglesia de Sir Dudley parecía proclamar que la situación en Mumblejug era indestructible. Y entonces, Eleanor hizo una cosa terrible: se casó con Norbert, el hijo del viejo Haré, el comerciante de vinos de Wynyard. Personas consecuentes, que no conocían en absoluto a los Urquhart-Smith, quedaron sorprendidas hasta el punto de oponerse a ellos. Sin embargo, Eleanor se fue con su parte de herencia, lo que hizo reír a muchas personas.

No es que el viejo Mr. Haré no inspirara respeto a todos. Nadie dudaba que su fortuna fuera poco

considerable; y las esperanzas matrimoniales de las mejores familias no eran muy optimistas en una sociedad tan reciente, salvo cuando la llegada de algún Honorable suscitaba desmesuradas perspectivas. Bien pensado, una chica habría podido hacer algo peor que poner sus miras en un Haré, y si las mentes prácticas no aceptaron inmediatamente y sin decir palabra la elección de Eleanor, se debía a la originalidad de su marido.

Norbert Haré jamás había practicado las medias tintas. Hacía o deseaba hacer cosas en las cuales nadie habría pensado. Se contaba que un día, sobre un caballo gris, había subido por la escalinata de mármol de Xanadu hasta el final, en donde su animal asustado había depositado sobre la alfombra un montículo de un flagrante amarillo. Norbert pasaba su tiempo haciendo proyectos, aunque no siempre los llevaba a cabo: quería construir un despacho en lo alto de una pagoda china, o una cuadra en forma de mezquita, traer caracoles de Borgoña, plantar nísperos, imprimir poemas —los suyos— en piezas de seda de color, tejidas con dicho fin en la propiedad. El hijo del mercader de vinos había recibido una educación que su temperamento particular no podía convertir más que en espasmódica y ecléctica. Hubo un período en que estuvo tentado de escribir sobre Cátulo, hasta el momento en que se dio cuenta de que ese poeta le fastidiaba. De hecho, Norbert había escrito mucho —epigramas y fragmentos metafísicos—, que leía a todos los que conseguía reunir. Los fragmentos, parecía, tenían para él más distinción que otra cosa. Trajo de Italia innumerables piezas de mármol, y mosaicos para el baño, siempre con ninfas, pámpanos y un gran macho cabrío negro y maléfico. Dos artesanos italianos fueron importados expresamente para conjuntar los elementos, contra la promesa de regulares raciones de vino[2] Los italianos llegaron, ejercieron su arte, bebieron su vino, y uno de los dos, nunca se supo cuál, dejó embarazada a una joven irlandesa. Norbert y Eleanor viajaron, evidentemente, mucho al extranjero, ya que era la época en que los australianos de «ese medio» —y Norbert fue en seguida de «ese medio»— no tenían nada que envidiar a nadie. Los Haré debieron hacer como todo el mundo, y la discreta Eleanor no pudo impedir ciertos escándalos que se difundieron hasta los antípodas: Norbert se vio mezclado en un duelo al atravesar Perusa; en Londres había rodado por el suelo, en público, ante la influencia de alguna bebida fuerte. Nada de todo esto sorprendió. Pero el gesto más magnífico de Norbert, al que respondieron silbidos irónicos, rechinar de dientes y sonrisas compasivas, fue la construcción de una folie[3] en Sarsaparrilla, a alguna distancia de Sydney. Su Palacio de las Maravillas, como decía, su Xanadu... Y recitar los versos en cuestión a sus bellas invitadas en el curso de una velada en que, detrás de sus violetas, ellas pudieron contemplar los recientes cimientos de piedra amarilla y porosa.

Nada exquisito puede ser creado con precipitación, y Xanadu no fue una excepción. Se necesitó tiempo y paciencia, y para todos un trabajo agotador. Pero al fin se elevó, dorado, dorado, con dos o tres lacerías de tela metálica, bajo el gris tórtola de sus pizarras extranjeras. Detrás se alineaban la cuadra y las habitaciones de los huéspedes. De esta forma Norbert, el hijo del viejo Mr. Haré, el mercader de vinos de Wynyard, lo había realizado por fin, aunque no fuera más que ante sus propios ojos. Le gustaba subir hasta lo alto de la casa, y allá arriba, cansado, se pasaba una hora completamente solo comiendo un pollo frío y hojeando obras de poetas oscuros, o simplemente contemplando el panorama de sus propiedades. Su mirada, quizá, se aventuraba más allá del parque todavía dócil que había hecho plantar, más allá incluso del bosque indígena, gris y espinoso, que le parecía momentáneamente aplacado, y eso no habría sido posible si, anclado en el tiempo y en el espacio, se hubiera visto obligado a reconocer el cinismo de aquel mismo bosque indígena, gris y espinoso.

Los matorrales rechazados se pusieron implacablemente a atacar el parque creado por la voluntad de Norbert Haré, tanto y tan bien que, varios años después, su hija se encontraba allí, de rodillas, en un túnel de matojos que conducía a Xanadu. Moteada, manchada como una criatura salvaje nacida en aquellos lugares, ella buscaba a su alrededor elementos de interés. Casi todos, ya que estaban vivos, cambiaban, evolucionaban, individuales como sus propios pensamientos que bailaban y chispeaban entremezclándose con las hojas, o yacían derechos y tiesos como ramas caídas, o incluso emergían con la fetidez insoportable de una hormiga despachurrada. Sus manos, casi siempre sucias y arañadas, a causa de su constante necesidad de emplearlas en actividades de importancia, por ejemplo, ayudar a brotar a una planta torcida, liberar a un pajarillo de su cascarón o incluso ayudar a un parto, estaban ahora, —ella lo advirtió con repugnancia—, cubiertas de hormigas medio muertas. Una de ellas colgaba de la sortija adornada con una piedra preciosa que había pertenecido a su padre, y que ella llevaba, no para recordarlo, sino porque su divisa confirmaba oficialmente que Xanadu era suyo. Una o dos veces en el pasado había intentado jugar con la sortija que su padre llevaba en el dedo, y él la había reprendido:

—No es un juguete. Debes aprender el respeto a la propiedad.

Y ella lo había hecho.

También su madre había llevado sortijas, sobre todo de amatistas. Tenía inclinación por los colores crepusculares. Su ropero nunca había tenido nada notable, aparte de su colección de capas de lana, tan ligeras que apenas si debía sentirlas sobre los hombros. La chiquilla estaba autorizada a tocar las alhajas y los trajes de su madre, incluso con vehemencia. Demasiado delicada para protestar, salvo si esas manifestaciones pasaban los límites del buen gusto, Eleanor Haré tenía el sincero deseo de hacer bien su papel de mujer y de madre.

—Norbert, tengo tanto miedo de que no tengamos bastante amor para nuestra hija. Con mi salud y tus intereses...

—¡Bastante amor! —repitió el padre echándose a reír lo suficientemente fuerte como para hacer trizas el amor.

—No tenía la intención de disgustarte —dijo lastimeramente su mujer, antes de replegarse en sí misma bajo un gran chal de lana verde, y una botella de agua caliente apretada contra su neuralgia.

—Si únicamente cuidara de no tirar las tazas de café, sobre todo en las rodillas de nuestros invitados, de romper las dalias y correr por la terraza cuando yo leo. Necesito un poco de silencio para reflexionar.

—Es razonable —convino ella— enseñar a los niños a respetar las necesidades de los demás.

La niña aprendió así, en la medida en que su torpeza natural se lo permitía, a moverse sin ruido, como una hoja, y a evitar algunas palabras demasiado frágiles. La palabra AMOR, por ejemplo, era frágil como el cristal, y mucho más preciosa. Ciertamente acabó por caminar suavemente, a pasitos almidonados. Incluso aprendió a amar, pero a su manera secreta, los laberintos de los pasillos, las grandes habitaciones frescas y verdosas, las paredes de piedra dorada, los túneles a través de los macizos...

Miss Haré acabó por levantarse todo lo que pudo en su túnel, y continuó su camino, sumergida en sí misma, acariciando las ramas, cargando Con el escudo de su gran sombrero, para llegar finalmente, temblorosa, anhelante, grotesca, ante el noble objeto de su amor.

Cuando se desprendió de la opresión de las ramitas, aún le quedaban alrededor de doscientos metros por recorrer entre un follaje menos avaro de sus encantos: un viejo granado, uno o dos manzanos silvestres, recubiertos por sus primeras flores, algunos pinos melancólicos y apaciguados. El terreno continuaba subiendo, y ella se encaramaba por la pendiente, cada vez más jadeante, desgarrándose las pantorrillas. Ahora todo se elevaba, en ella y a su alrededor.

De esta forma Miss Haré llegó a su casa, como siempre, como si fuera la primera vez. Franqueó el límite de los árboles por el borde del césped. El cual estaba un poco descuidado, pero, desde la primera ojeada, Xanadu clavaba en su sitio incluso a los indiferentes. Miss Haré creyó desfallecer al contemplar su querida visión.

II

Le gustaba bajar temprano. Se levantaba incluso en la oscuridad y tropezaba con los objetos antes de recuperar su lucidez. Una vez abajo, le gustaba sentarse y escuchar la casa cuando el eco de sus pasos se había callado, y el ruido del hornillo Primus sobre el que había puesto a hervir el agua de su té. Después permanecía en su silla, arrugando la nariz al olor del petróleo; en invierno se calentaba, y en verano se relajaba después de la prueba de las agobiantes noches. Más tarde se ponía a circular, a tocar las cosas, a veces las cambiaba de sitio: un cubilete, un taburete, y un día una gran mesa cuyas incrustaciones de cobre, desprendidas, eran otras tantas trampas que desgarraban los vestidos y la piel. Pero la mayor parte del tiempo, por respeto, dejaba los objetos en su sitio. O bien, subrepticiamente, apartaba una cortina para sorprender el espectáculo de la mañana en la hora en que todo lo más denso adquiere una extrema transparencia y el mundo es del ojo que lo contempla. Entonces la boca de Miss Haré se volvía mullida y tierna, mientras que se recreaba con los vigorosos troncos de los eucaliptos, a partir de la corteza gris de los árboles embrionarios.

Se sentía a gusto en el amanecer. Salvo aquel día. Tiró de la cortina y se desprendió una larga tira de

brocado dorado. Pero no se entretuvo. Sus confidencias a la empleada de correos se remontaban a varios días. El ama de llaves llegaría al día siguiente a Xanadu.

—¡Un ama de llaves! —dijo palpándose las articulaciones para juzgar su dolencia, y comprobando que, en efecto, estaban nudosas.

Sin embargo un ama de llaves era menos alarmante que otra persona, y aquello era lo que más temía Miss Haré: un ser humano llamado Mrs. Jolley, del que sería necesario sufrir sus caderas cubiertas de azul marino, escuchar su aliento, cuyas cartas, dirigidas a hijas o nietas, estarían encima de los muebles y evocarían vidas vividas, por otra parte de forma increíble. Era espantoso, ¡espantoso!

Miss Haré se puso a llorar. Lloraba a menudo cuando estaba sola; no cuando se sentía triste sino cuando aquello la tranquilizaba. ¡Verdaderamente era espantoso! Le era completamente imposible amar a los seres humanos a causa de su rostro, eso en principio, y sin hablar de su costumbre de inventar mentiras y en seguida creérselas. Los niños eran quizá peores que los demás, ya que aún no habían aprendido a disimular. En efecto, la falsedad embota las flechas hostiles. Sin embargo, había excepciones, como esas vecinitas de las que apenas si se daba cuenta y que, sin embargo, estaban presentes; sí, aquello era delicioso como el aire. Por encima de todo, Miss Haré amaba a los seres que no esperaban jamás aquello que se les dará. Amaba a los animales, a los pájaros, a las plantas. A ellos prodigaba su gran amor piadoso, que dejaba de ser piadoso porque no era esperado.

Se cuenta que un día, un pajarillo sin plumas había caído del nido sobre sus rodillas, y ella le había educado según un método misterioso del que ella tenía el secreto, la gente murmuraba que lo había calentado en su corpiño e introducía con su boca en su pico las cosillas alimenticias. El pajarillo se había convertido en una tórtola, y Miss Haré se lo había enseñado a algunas de las pequeñas Godbold. Un día se marchó volando, naturalmente, pero regresaba a veces y Miss Haré le hablaba. ¡Miss Haré hablaba a los pájaros! Todo el mundo, aparte de las pequeñas Godbold, pensaba que era chistoso. Se podía enseñar, insistía ella, se podía enseñar todo si se quería, pero ¡había tantas cosas que no se querían lo suficientemente! Por ejemplo, enseñar a amar a un ser humano. O que el ama de llaves del telegrama y sus crecientes dolencias amenazaban Xanadu.

—¡No, no, no! —protestaba en el aire frío del amanecer.

Después de ella la casa repitió sus palabras.

La mayoría de los propietarios de terrenos que querían hacer fortuna habían ya hecho construir con ladrillos cuando Norbert Haré se lanzó a hacerlo con piedra. El ladrillo no gustaba del todo a Mr. Haré, lo encontraba feo. ¿Y qué debía sugerir Xanadu, sino una materialización de la belleza, el apogeo de su placer? ¡Su placer! La palabra choca en una sociedad cuyos deseos más ávidos están frenados por una modestia muy moral. Es cierto que ninguno de los ricos propietarios de la época habría admitido que su casa fuera otra cosa que necesaria y cómoda. Los objetos materiales valían por su utilidad; si estaban destinados a gustar, o a glorificar, nadie decía nada. Solamente Norbert Haré, notoriamente inconsiderado, se había atrevido a declarar que la palabra útil le parecía menos modesta que humillante y además ¡insoportablemente gris y australiana! Hacia lo brillante, hacia la elegancia, se orientaban las aspiraciones de Norbert, y aquellas palabras se aplicaban a la más ambiciosa de ellas, su Palacio de Xanadu. Aunque su naturaleza no fue completamente sincera, hubo un momento de su vida en que la sinceridad se unió a la afición a la originalidad. A pesar de lo brillante y elegante que era aquella casa, aunque fue creada en principio por el ˆusto de su propietario, Xanadu fue la contribución de Norbert a la suma de verdad. Habría podido ser admirada por un gran número de personas, si éstas hubieran podido persuadirse de que su admiración descansaba en bases sanas. De hecho, otros señores con mucho dinero proclamaban más alto que nunca su entusiasmo por las cualidades prácticas del ladrillo, completamente seguros de que los torreones de sus rojas moradas copiaban un modelo así rescatado, y nadie iría a acusarlos íle honestos criadores de ovejas por querer dar sorpresas.

Evidentemente Norbert no criaba ovejas, ¡de otra forma su familia habría podido reír bastante más tiempo! Lo que poseía era la fortuna del mercado de vinos de su padre, que tuvo la buena idea de morir poco después de la boda de su hijo, seguido por varios comerciantes, sus hermanos, bastante confiados como para ignorar la brillantez de su sobrino. Norbert heredó de todos ellos y así, confortablemente provisto, se puso a llevar la vida de un gentilhombre campesino, tal como la concebía después de sus lecturas y sus viajes, sin complicaciones coloniales, tales como ovejas o tierras, que le hubieran hecho la existencia virtualmente imposible. Lo que buscaba, lo que adquirió, era un marco refinado para sus estados anímicos: el parque de árboles exóticos de hojas caducas, la rosaleda con la que soñaba, el prado

para las vacas de pura raza de Jersey que llenaban de nata sus envases de plata, las cuadras para los caballos que él mismo conducía con virtuosismo, siempre grises, siempre enganchados en cuatro. Así provisto, en un tal marco, se consagró en seguida a conformar su vida. Se le iba a consultar sobre el forúnculo de una vaca o la vesícula de un caballo. Mr. Haré siempre lo sabía. Disponía las cinerarias en macizos particularmente llamativos, se encargaba de la educación de su hija, tiraba una pared, añadía un ala a su casa, subía corriendo a anotar cualquier pensamiento, que invariablemente otro había tenido antes que él.

Pese a las inevitables frustraciones y a los dolores de cabeza, la vida en Xanadu nunca fue sórdida. En medio de los bosquecillos de árboles exóticos y a veces inadaptados, en medio de sus rosales (los pétalos de las rosas estaban protegidos por pequeños quitasoles, lo que ocupaba poco más o menos todo el tiempo del segundo jardinero), se elevaba la encantadora y lánguida morada. Por los muros trepaba la glicina, que en la época de la mayor gloria de la familia Haré, jamás había dado un aspecto vulgar y que nunca faltaba para encantar a la vista, como un boa de plumas sobre un bonito cuello. En la primavera, su embriagador olor de especies invadía las amplias habitaciones: las escaleras de mármol y las urnas de malaquita se disolvían bajo este asalto, y los dorados espejos le llevaban a uno más lejos, más allá de los límites de la visión.

Toda aquella belleza suscitaba la hostilidad de algunos que los Ha- re consideraban como amigos, sin hablar de la muy práctica familia de Ted Urquhart-Smith, por ejemplo, uno de los primos de Banjo Downs.

—¿Qué le sucederá a ese fantoche Bert cuando haya acabado con su fortuna? —preguntó un día Ted, señalando con su callosa mano el salón de Xanadu, ese salón en que era casi imposible decir en dónde acababan los espejos y dónde comenzaba la luz.

Su hermana Addie se rió discretamente.

Su prima Eleanor vaciló. Ya seria en su infancia, la vida conyugal la había hecho aún más seria.

—Pero si Norbert lleva muy bien su fortuna, creo —respondió por fin—. Y además ¿no se dice que una casa es una inversión?

La esposa de Norbert Haré se aventuraba rara vez a formular opiniones positivas. La conjunción de dos positivos fue intolerable.

Un día, en un acceso de rabia, el marido acusó a su mujer de que no abría la boca en sociedad más que para decir banalidades.

—Pero si eso es lo que prefiere la gente, Norbert —protestó con lo que para ella era vehemencia—. Las cosas demasiado desacostumbradas incomodan.

Antes de la edad se puso a llevar, con sus modestas amatistas, colores que sugerían el luto. Adoptaba al toser una discreta expresión que invitaba a hacer preguntas sobre el estado de su salud, y los visitantes hacían lo que se esperaba de ellos. En realidad se preocupaban bastante poco en saber hasta qué punto Mrs. Haré sufría, pero aquel tema le ofrecía un cómodo medio para insinuarse en las complejidades de la conversación.

Ella no tenía ningún esnobismo, aunque solía acusar a los que lo tenían, y sufría al ver evidentes las debilidades de aquellos a los que creía fuertes. Por eso intentaba mantener a sus amigos separados, compartiéndolos con la esperanza de protegerlos. Era completamente quimérica y pasajeramente comunicaba algo de su irrealidad a aquellos de sus semejantes con los que entraba en contacto. Sin embargo, no era una parte despreciable en el luminoso teatro de Xanadu, ya que creaba un eficaz contraste con el ardor de su marido. La única catastrófica realidad capaz de impedirla interpretar ese papel era la presencia de su hija, pero nunca lo había comprendido y no había sabido reconocer la importancia de ese hecho ni relacionarlo con la trama de la vida.

Después de varios años fatigosos de contrariadas maternidades, Mrs. Haré había conseguido tener aquella chiquilla. Se la llamó Mary, porque la madre felizmente estaba demasiado cansada para pensar, mientras que el padre, que habría hojeado con entusiasmo los clásicos y las obras de Tennyson a fin de descubrir un nombre sonoro para su hijo, le dio lo mismo ante la idea de tener una hija. Así pues existió Mary, pero una Mary protestante e inocente.

Contra Mary, Mrs. Haré se refugió en seguida en una sistemática bondad, con la que ella le asestó

varios notables golpes durante la edad que habría que llamar su infancia.

«Mi niña sabrá demostrar estupendamente su agradecimiento a sus padres.» Aquella era una de sus frases favoritas, o bien: «¿Ves todas estas cosas bonitas? Hay que disfrutarlas y no romperlas jugando alocadamente».

Y respondiendo a una cuestión formulada a menudo: «Sólo el buen Dios podrá decir a mi pequeña por qué ha hecho esto así».

Mrs. Haré era perfectamente feliz en esas aguas poco profundas, y no se le ocurría elevar los ojos hacia Dios si no era para invocar su testimonio. Ella le aceptaba —¿quién se habría atrevido a no hacerlo? — pero como creador de un sistema moral y social. En ese nivel siempre se podía contar con ella para dar limosna, para ayudar a reparar los manteles del altar o socorrer a las chicas caídas y sobre el banco que tenía reservado en la iglesia, una tarjeta de visita enmarcada en cobre proclamaba su nombre.

La chiquilla parecía aceptar gravemente la actitud adoptada por su madre, pero no estaba verdaderamente influida. Sin ataduras flotaba en las aguas pálidas de la benevolencia maternal, como un pececillo transparente y sorprendido, en busca de las profundidades cuyo instinto le hacía sospechar la existencia.

La actitud de su padre era más difícil de admitir.

Un día en su presencia, o más exactamente cuando ella estaba en la alcoba del salón, un poco lejos, acariciando los pliegues de una seda extendida sobre su meridiana y que atraía con sus dedos, su padre había tirado su sombrero con más violencia aún que de costumbre, gritando:

—¿Quién hubiera creído que podría tener una hija pelirroja? ¡Cochina raza, Eleanor, es fea, fea!

Al escucharle parecía que no había nada peor.

Con más bondad que de costumbre, Eleanor Haré tuvo un gesto hacia su hija, y cuando ésta se acercó —¿qué otra cosa hubiera podido hacer? — la madre estrechó la cintura de Mary, suspiró y dijo dulcemente:

—Es fea, en efecto, Norbert, pero ¿quién sabe si no hay que ver en eso una intención particular?

Su inexperiencia o su natural optimismo impidió a Mary odiar a su padre desde ese momento. Adoptó una sonrisa melancólica que no hizo más que afearla y aumentar el furor de su padre.

Creció sin compañeros de su edad, nadie pensó que ella tuviera esas necesidades, y así se pasó entre matojos, guijarros, hojas reducidas a sus nervios, pájaros, insectos, árboles y entre los sótanos y los graneros de Xanadu. Tenía un poney, pero le gustaba más estar junto a él que sobre su lomo, lo que implicaba la compañía de su padre. En seguida aprendió a prevenir la mayor parte de sus deseos observando las vibraciones de las ventanillas de su nariz, el estremecimiento de un músculo y los diversos matices de sus silencios.

Un día que Mary, con la inevitable compañía de su padre, había ido a ver un campo en barbecho, se tiró por tierra con movimientos espasmódicos y gruñidos imbéciles, y se puso a excavar un nido en la hierba, con el cuerpo en forma de feto. Pero cuando él exigió una explicación, la niña respondió simplemente:

—Ahora sé el efecto que produce ser perro.

Quedó tan sorprendido y asqueado por la expresión de aquel rostro lleno de pecas que no tuvo fuerzas para enfadarse y decidió olvidar el incidente.

En rarísimas ocasiones, Mary Haré y su padre, por caminos opuestos, se reunían en una frontera común de recíproca comprensión, pero únicamente cuando el alcohol, la desesperación o la muerte inminente desligaban las ligeras relaciones de la razón. En aquellos momentos el padre estaba siempre muy cerca —según le parecía a su hija—, de parecer un animal abandonado.

Mary no olvidó nunca un incidente que se produjo hacia aquella época y con ocasión del cual recurrió a su intuición para interpretar lo que su mente no había podido comprender. Estaba en la terraza. Era la hora del ocaso. Anteriormente, por la tarde, habían recorrido en coche las carreteras y caminos de los alrededores de Sarsaparrilla, llegando incluso hasta Barranugli, para que su padre se hiciera admirar.

¡Qué aliviada se sentía estando sola al fin, pudiendo mirar, tocar, sentir las cosas a su gusto, sin correr el riesgo de escuchar a sus padres pidiéndole explicaciones! Los jarrones de la terraza, según recordaba, desbordaban cascadas de florecillas lechosas que refulgían en la sombra como gotas de luna. Pero a aquella hora la luz era de oro o de cobre, y tan suntuosa que incluso una pelirroja como ella podía no sentir vergüenza al encontrar allí el color de su cabello.

Entonces su padre sonrió. Acababa de degustar un nuevo coñac sobre el que le habían pedido la opinión, y su boca estaba todavía húmeda y lustrosa. Sus ojos deslumbrados por el sol parecían casi vulnerables. Allá estaban, cara a cara, el padre y la hija, peligrosamente expuestos. El avanzó con el aire a la vez perplejo y resuelto. La acarició, lo que no era su costumbre, y aunque tampoco era completamente agradable, sus manos jugaban con sus cabellos. Le recordó una pareja de perros pachones negros y blancos que había visto rodar por el suelo y retozar juntos, demasiado animales para saber cómo detenerse. Pero como precisamente la aberración pasajera de su padre le había puesto a su nivel y a ella al de los perros, se dejó hacer.

No recordaba todo lo que él había dicho, pues aquello era aberrante y confuso, pero ella le había visto sacudir la cabeza como para apartar el sol de sus ojos, a la vez inundados y sonrientes, y con una voz dura que no parecía destinada a sus oídos aunque se dirigía a ella:

—¿Quién está en el Carro, eh, Mary? ¿Crees que se sabrá alguna vez?

—había articulado.

¿Quién? Era cierto. Evidentemente no era una pregunta que ella supiera en ese momento, ni la deseaba. Pero allí permanecieron, mientras que el sol poniente reculaba como un corcel contra el cielo y mientras por encima de ellos se balanceaban los inmensos rayos de su luz. Sin embargo algo extraño hubiera debido, quizás, asustarla en aquel minuto; pero no hubo nada. Estaba transfigurada y ella misma era un rayo formidable, rojizo y metálico, que se reflejaba sobre el hombre débil e incierto que era su padre.

Después había fruncido el ceño, y ella se había encontrado de nuevo en la carretera que les conducía de Barranugu a Sarsaparrilla, en la luz relativamente banal de una tarde ya extinguida.

—La yegua delantera de la derecha no me gusta — gruñó él—. Se diría que bota cuando trota y sin embargo no bota en absoluto.

En efecto, exigía la perfección en los caballos como en todo lo demás, y generalmente la obtenía, salvo entre los seres humanos.

Volvió los ojos hacia ella, y una vez más vio que él estaba irritado al encontrarla tan fea; pero no podía hacer nada por él, salvo responderle con la sonrisa de los que no esperan gran cosa.

Sin embargo la observación indirecta de su padre, formulada en la embriaguez, y con la firmeza y dureza del egoísmo masculino, animó a Mary a esperar de la vida alguna última revelación. Años más tarde, cuando la estatura de Norbert se hubo reducido en la memoria de su hija, el espíritu de ésta se aventuraba como la astucia de un zorro, o los tanteos ciegos de un gusano, a la búsqueda de una verdad oculta. Si su armonía con Himmelfarb y Mrs. Godbold, y quizá su breve comunión con un cierto aborigen confirmaban la existencia de un misterio mayor de lo que ellos pudieran explicar, la razón era sin duda que la última luz ciega tanto como ilumina.

Entretanto, la vida en Xanadu estaba menos turbada por preocupaciones trascendentales que por las económicas y sociales que asaltaban a las personas provistas de dinero y de rentas. Los Haré no hablaban nunca de dinero, lo que a los ojos de Mrs. Haré hubiera sido del peor gusto; en cuanto a su marido, no le gustaba pensar en el dinero, pero esperaba ardientemente tenerlo siempre. Era un poco como el viajero aventurándose en un paisaje que corre el riesgo de ser un espejismo.

Disfrutando de la herencia del comerciante de vinos, su padre, y de sus tíos negociantes, así como del sacrificio de un hombre lo bastante estúpido para ser honesto, y apenas lo bastante inteligente como para administrar los negocios paternos hábilmente. Norbert estaba casi seguro de que su paisaje era bien real. Pero hablar le deprimía y, si el insomnio o el alcohol le llevaban a pensar en el futuro de su fortuna, apartaba la realidad escribiendo a su agente de Londres para encargarle que le mandase una chimenea de mármol de Paros, o un Bonington, de los que creía saber que en seguida estarían en el mercado. Así recobraba fuerzas.

La vida continuaba de esa forma en Xanadu, y en seguida se hizo evidente que la niña de la casa se hacía una mujercita. Bajo sus cabellos rojos se vio que en su nuca no había pecas. Sin embargo, aquello no la embellecía y continuaba siendo anormalmente pequeña.

Su madre tomó la costumbre de lanzar frecuentes suspiros.

—Es hora de que pensemos en organizar algo para nuestra pobre Mary —decía ella preguntándose en seguida si tal idea no corría el riesgo de parecer vulgar.

El padre no conseguía interesarse por la cuestión.

—Lo que deba llegar llegará —decía en un bostezo que mostraba sus hermosos dientes puntiagudos—. ¿Cómo les sucede al noventa por ciento de los humanos? ¿Cómo nos sucedió a nosotros?

—Nosotros estamos unidos el uno al otro —se atrevió a decir Mrs. Haré enrojeciendo.

El marido estalló en una risa que la mujer prefirió no escuchar.

Desde entonces Mrs. Haré manifestó una viva agitación y su esposo un cínico interés, cuando supieron que Eustace Cleugh tenía la intención, en el curso de un viaje alrededor del mundo, de ir a ver a su familia a Nueva Gales del Sur. No se sabía gran cosa de Mr. Cleugh, aparte de que pertenecía a una rama inglesa de los Urquhart-Smith, pero nada es tan hermoso como lo desconocido, y Mrs. Haré había oído decir que su primo Eustace era verdaderamente de clase pudiente, todavía joven y acomodado, y que el hermano de su madre se había casado con la Honorable Lavinia Lethbridge, una de las hijas de Lord Trumpington.

—¿Cómo se gana la vida Mr. Cleugh? —preguntó Mary a su madre.

—No lo sé exactamente, supongo que se contenta con vivir...

Todo aquello parecía muy interesante.

Cuando llegó Eustace Cleugh, lo que vio y escuchó no le sorprendió grandemente, ya que como buen inglés y buen Urquhart-Smith, sabía de antemano cómo comportarse en la vida colonial en general y con los Norbert Haré en particular.

—Como dicen los expertos y los Urquhart-Smith —proclamó Mr.

Haré la primera noche durante la cena— la herencia es una lotería. Con noventa malos números de cada cien, ¡claro está!

—¡Existen tantos temas más interesantes! —protestó su mujer, considerando sus nogales y cerezos.

Mary Haré devoraba a su primo con los ojos. Una carencia de atenta educación había al menos desarrollado en ella una gran costumbre de observación y, si su mirada se sumergía antes de que benévolamente fuera admitida, a menudo hacía descubrimientos. Así observó que el visitante, como le había dicho su madre, no era del todo joven, aunque no había llegado a los cuarenta. Parecía haber tenido siempre alrededor de los treinta y cinco años. Como ella misma no tenía una edad determinada, esperaba que podrían simpatizar. Pero ¿cómo? En principio, él era del mismo sexo que su padre, y además su bigote admirablemente cuidado, ligeramente caído, y la osamenta alargada de sus manos cruzadas en abanico parecían inconscientes a todo lo que no eraEustace Cleugh. Si hubiera tenido un perro, un elegante lebrel italiano, por ejemplo, quizás habría encontrado medios infalibles para iniciar su conquista. Pero como no era así, sólo pudo ofrecerle una almendra.

Aceptó separando sus manos. También se decidió a desplegar su espíritu y gratificó al auditorio (Eustace prefería los amplios auditorios a los públicos restringidos) con el relato de un viaje que había hecho con un amigo por el centro y norte de Italia.

—Después de un breve interludio en Rávena —continuó Mr. Cleugh mascando las palabras de un relativo interés— en donde existen mosaicos y la zuppa dipesce, y eso es lo capital, ¿no es cierto? fuimos a Padua, en donde se encuentra, según dicen, el más antiguo jardín botánico de Europa. Aunque no era ni grande ni hermoso, debo confesar sin embargo que encontramos la horticultura de un interés particularmente sutil.

Mrs. Haré profirió algunas exclamaciones adecuadas. Pero su marido se puso a agitar enérgicamente los párpados.

—En Padua ese pobre Aubrey Puckeridge cayó enfermo de una indisposición que no conseguimos identificar, medio digestiva, medio febril, en un albergo de los más primitivos, en el que nuestro Baedeker nos había introducido lamentablemente por error.

Mrs. Haré reiteró las exclamaciones, aquella vez con una simpatía un poco más notable.

—¿Murió? —preguntó Norbert.

—Claro que no —respondió Eustace Cleugh—. ¿Me he expresado mal? Sólo quería decir que ese pobre Aubrey lo pasó muy mal.

—¡Oh! — exclamó Mr. Haré—. ¡Creí que el muchacho había muerto!

Eustace Cleugh hizo notar que el marido de su prima había bebido varios vasos del pésimo vino del país.

Mary Haré estaba fascinada por el relato de Mr. Cleugh, por otra parte no tanto por lo que decía como por la manera en que salían las palabras de su boca. Ella formaba montones de hojas muertas, muy ordenados y parecidos a los de los billetes de banco. También se había entristecido. Las cosas que ella decía morían tan a menudo al salir a la superficie, en tanto que su vida, sin hablar de la resonancia interior en su espíritu, hubiera podido ser tan radiante. Se preguntó si Mr. Cleugh tenía conciencia de pronunciar palabras muertas, y si sufría. Tenían muchas cosas en común, después de todo, si conseguían en principio superar la extrañeza de sus existencias separadas, y romper el código de las relaciones humanas.

—¿Y cuando estuvo mejor y abandonó aquel albergo primitivo?

—preguntó facilitándole aceptar su ayuda.

Pero Eustace Cleugh no tenía más ganas de hablar.

No había lanzado más que una ojeada a la fea muchacha y se había prometido firmemente que, durante su estancia allí, miraría lo menos posible en aquella dirección. Sobre todo le desagradaban sus gruesas manos cortas, y sus chillones cabellos que todavía no habían aceptado la tiranía de las horquillas. Temblaba con un horror interior y, aunque concentraba su atención en el dibujo de su plato de postre, la fealdad de aquella chica le aterraba. La presencia de tal monstruosidad física le causaba a Mr. Cleugh casi el efecto de un insulto personal.

—El primo Eustace está sin duda fatigado —le excusó Mrs. Haré—. A mí personalmente nada me cansa tanto como llegar a una casa extraña.

Eustace, cuyos modales eran perfectos, dirigió naturalmente una sonrisa en general y prorrumpió en algunas discretas protestas.

No obstante se retiró temprano, pero no al cuarto de los huéspedes; en efecto, como dijo Mrs. Haré, él era de la familia.

Mary se dio cuenta en seguida de que la presencia de su primo no aportaba ningún cambio a su vida, ya que ella le veía muy poco; siempre estaba ocupado en leer o escribir —según parecía tenía afición al estudio— o bien fumaba o se paseaba por la maleza para estudiar la flora australiana.

Ella le propuso un día:

—¿Quiere que le acompañe? Le mostraré lugares que nadie ha visto. Pero será necesario que quiera trepar y saltar. Y a veces hay serpientes.

El había sonreído muy amablemente y respondió:

—Esa es una excelente idea. ¿Por qué no se te ha ocurrido antes? Otro día, ciertamente, cuando tengamos más tiempo.

En efecto existían obligaciones sociales: venían señores que hablaban de sus ovejas, señoras que le preguntaban por Inglaterra, país mítico que apenas si existía en su imaginación. Eso acabó por sorprender al visitante, que nunca había podido suponer que se pudieran tomar en serio las ovejas y para los que, entre todas las civilizaciones reales o imaginarias, sólo la de Italia les merecía alguna consideración.

En todo ese tiempo, Mrs. Haré no olvidaba que había que hacer algo por Mary. Entonces decidió dar un baile. No se le ocurrió preguntar a su hija lo que pensaba de aquella iniciativa.

Sin embargo Mary sugirió una pregunta:

—¿Piensas que a nuestro primo Eustace le gusta bailar? Es demasiado educado para darnos su opinión.

Pero su madre estaba ya mentalmente en casa de la modista: calculaba el número de bocadillos y se preguntaba si, el gran día, la obedecerían las criadas.

Incluso la tarde del baile todo el mundo intentó ignorar a Mary Haré. Los que no carecían de corazón pensaron tratar con miramiento su sensibilidad evitando mirarla, pero los que eran crueles esperaban salvaguardar la suya negándose a ver lo que sólo podía molestarles.

Apareció vestida de un blanco de plata ya que era una muchachita y aquella hora debía ser la de su triunfo o la de su sacrificio. Estaba allí, con las manos incrédulas palpando el tisú de su falda, que crujía como si luera de papel; llevaba joyas que su madre había escogido de su propio cofre: un pequeño broche con nudos y perlas, una gargantilla, igualmente de perlas, que Mrs. Haré ya no se ponía y que había perdido mucho de su brillo al contacto del terciopelo en lugar de rozar la carne viva.

Así estaba Mary, en su traje de conquista, como dijo un muchacho, pero vencida por su gargantilla.

Ciertamente le iba muy apretada; pero ella siempre había tenido tendencia a enrojecer, por las pecas, a causa del tiempo o de la emoción, sin hablar de sus sarpullidos. Sus manos se aferraban a la suntuosa tela del traje argentífero, y pensaba en las numerosas torpezas de la que era culpable. El detalle más absurdo de su atavío —los que discurrían se dieron cuenta más tarde— era un ramito de ridículas y medio mustias flores que había sujetado a su cintura: frágil fucsia, amargo geranio, claveles y manzanillas, todos estrujados, apretados y pedantes. El efecto era verdaderamente extraño y nada feliz, pero ella no había podido impedir el llevar sobre sí un poco de aquello que conocía tan bien.

La velada transcurría entre oleadas de música y tintineos de vasos. La muchacha fea, olvidada, hubiera debido sentirse desgraciada, pero finalmente se preservó de la tristeza por la admiración, por las sombras y los chorros de luz, por los rostros extraordinarios, reveladores de hombres y mujeres, por el vaso de limonada que llevaba en una bandeja de plata un criado que fingía no conocerla, en su propia casa.

Había muchos invitados importantes —terratenientes, miembros de profesiones liberales y sus esposas —, pero sólo aquellos que su fortuna hacía socialmente aceptables. Las habitaciones estaban completamente repletas de amigos; el cuarto de los huéspedes estaba lleno de jóvenes llegados del campo, con su animación, sus dientes blancos y su roja piel color ladrillo.

¡Y bailaban! ¡Bailaban!

En algún rincón familiar, protegida por la caoba y la madera dorada, sin envidia, a Mary Haré le gustaba observar, con el ojo al acecho desde el fondo de su gruta de calcedonia o malaquita. Veía a las bailarinas flotar en las ondas de la música, la mejor de Sydney, en su soberbia arrogancia.

Y luego, de repente, se dejaban arrastrar por los remordimientos de algún torbellino insospechado. No lo resistían: se lanzaban hacia atrás, al seno de los embudos de la música y gustosamente se dejarían engullir, mientras que las risas y las palabras vibraban en sus dientes traslúcidos.

Sobre todo aquella chica, aquella Helen Antill que algunos encontraban extravagante, pese a su belleza y a su seguridad. Miss Antill llevaba un traje adornado con lentejuelas, a la manera oriental, quizá, que reflejaban la luz, e incluso a veces los rasgos de un rostro. Además llevaba un abanico curiosamente montado en una armadura de coral que parecía una mano. Estaba hecho de plumas de pavo real que traen desgracia.

Pero nada podía inquietar a Miss Antill.

Miss Haré, que la observaba, se decía que ella habría podido amar a semejante criatura, de la misma forma que se apasionaba por las lisas ramas de ciertos árboles, un trozo de mármol y las largas patas perfectas de un pura sangre que galopara entrenándose. La misma Mrs. Haré quedó seducida por los modales de Miss Antill, y aunque al principio sintió inquietud al ver el efecto que aquella invitada producía sobre los demás, la admiración se sobrepuso a su instinto maternal. Con el ceño fruncido se

puso a buscar a través de la casa, seguida, como una obsesión, por su cola vaporosa de muselina gris.

—¿Dónde está el primo Eustace?—preguntó escuetamente a Mary según pasaba.

—Hace un ratito que no lo veo —respondió ésta cuya distraída atención se sorprendió al darse cuenta de que hablaba a su madre.

Mrs. Haré frunció de nuevo el ceño. Aun cuando sacrificase a su hija se fijaba bien en no faltar a sus deberes.

—Debes procurar que no esté nunca solo y es necesario que le acompañes. Además, cuando una muchacha tiene intenciones serias, debe arreglarse para hacer desear su presencia.

Entonces Mrs. Haré suspiró, consciente de las dificultades de la mayoría de las situaciones:

—Los hombres no saben lo que quieren si no se les guía un poco.

—Pero ¡me horrorizaría guiar a uno de ellos! —respondió Mary.

—Guiar no es arrastrar —exclamó su madre con desesperación—. Lo que quería decir es que una ligera presión sobre el codo puede hacer milagros.

—Al primo Eustace le horroriza que le toquen.

Mrs. Haré prefirió interrumpir una conversación que no conducía a ninguna parte. Se resignó a llevar su cruz, convencida de que era la única en conocer la causa de su martirio.

Continuó en sus búsquedas, animada por sus decepciones y la visión de Miss Antill con su traje reluciente.

A decir verdad, Eustace Cleugh había hecho con abnegación casi todo lo que aquella tarde se esperaba de él. Había fingido prestar interés a las estadísticas con que le habían atosigado los ganaderos, escuchado con simpatía a las esposas de estos mismos ganaderos condenados a malgastar su vida bajo el sol australiano, lejos de todos los beneficios materiales necesarios a su sensibilidad, por no decir también a su vida espiritual. Había bailado, interminablemente, con sus hijas, o por lo menos su cuerpo había aceptado la dictadura de la música, y su rostro no le había traicionado. Pero luego había subido a sentarse en el despacho de su primo Norbert Haré para aislarse con su tranquilidad y mirar un álbum de estampas con las iglesias góticas de Alemania.

Allí le encontró su prima Eleanor.

“¡Eustace!“ exclamó—. ¿Cómo has podido no darte cuenta de Miss Antill? Es una excelente bailarina y una chica encantadora. No estaré satisfecha hasta que no la hayas invitado.

Le cogió de la mano, persuadida de que lo guiaba.

Eustace estaba demasiado bien educado para no ceder a aquella dulce obligación.

—Sí —dijo—. Miss Antill es completamente encantadora.

Mary Haré vio, pues, a su primo descender de nuevo y cruzar el encerado suelo. Sin duda fue la única en notar que no lo hacía de buen ˆrado, pero es que tenía la costumbre de ver vivir a los animales tímidos, los pájaros, por ejemplo. Aquella vez había sido su primo Eustace Cleugh quien había caído en la trampa de la música y de Miss Antill. ¡Qué rayos, qué reflejos lanzaban las lentejuelas de su traje! Eustace no luchaba, giraba muy correctamente, estrechando a la bailarina, pero Mary veía perfectamente que el conducido era él. Con la blancura del almendro, la máscara en que se había convertido su rostro hacía las siempre eternas preguntas sobre el teatro, las carreras, el tiempo. En el curso de su breve estancia allí, había conseguido adquirir cierto conocimiento sobre las actividades locales.

Pero Miss Antill no parecía muy convencida. Mientras giraba al ritmo del vals, el sabor de las frases que ella mordía le parecía singular. ¿Qué es lo que no marchaba? ¿Era por su culpa? Ella lamentaba creerlo. ¿Estaba muerta la presa antes del disparo del cazador? Sin embargo, seguían bailando. Pero mientras la mano de Miss Antill se crispaba sobre la valiosa tela del traje de su pareja, ella parecía estar bajo el efecto de un eclipse del que la mayoría de sus admiradores, por otra parte, acusaban la grisura que apagaba los chispazos de las lentejuelas. Una belleza como la suya no podía dudar de sí misma.

Después la música se interrumpió, y Mr. Cleugh hizo algo que sorprendió a todo el mundo. Se excusó

por las buenas, se secó el rostro con un pañuelo de una blancura agresiva, y se marchó. Aquello fue finalmente menos humillante para Miss Antill de lo que se hubiera podido creer, ya que el batallón de solteros se volcó sobre ella, sin hablar de algunos notables sensibles a su encanto y de algunos viejos ganaderos más imprevistos.

Eustace Cleugh desapareció en dirección de la terraza. Una o dos señoras se dieron bien cuenta, en medio de la confusa agitación, de que el tocado de Mary le seguía, o mejor, que corría tras él sembrando el suelo a su paso de flores marchitas; pero todos los invitados se sentían demasiado agitados por la escena que acababa de desarrollarse, para observar la continuación que podría tener lugar. Además, su educación les había acostumbrado a refrenar, al igual que los ruidos incongruentes en sociedad, la irrupción de la insensatez en su espíritu.

Mary encontró a Eustace en la terraza, que no estaba completamente oscura, ya que las luces de la casa difundían una claridad vaga pero reconfortante.

—¡Si prefiere que me vaya! —exclamó ella.

Sin embargo, se sentía desolada al pensar que podía ser rechazada.

—No. No hay ninguna razón para que te vayas. En esta casa de cristal se es visible en todas partes.

—¿En las demás casas es de otra forma?

El se echó a reír con un aire casi natural.

—¡No, claro que no!

—¿Le molestaba mucho, no es cierto, bailar con Miss Antill? —dijo—. Lo siento mucho.

Él se puso a temblar. Mary habría podido sorprenderse si no hubiera tenido piedad de él. Pero a veces había perdonado a su mismo padre el ser hombre.

El primo Eustace no decía nada. Temblaba.

Con el corazón dolorido, avanzó la mano hacia la hiedra del muro.

—¿Siente olvidarlo? —dijo.

—Existen momentos en que uno no se puede acordar de todo —respondió Eustace con un tono razonable y convencido.

Entonces ella rozó el dorso de su mano y él no la retiró. Evidentemente sintió en seguida, al tocarle, que él habría obrado de igual forma con un perro, pero estaba contenta de ser aceptada, incluso de aquella forma.

A decir verdad no esperaba nada más, y a él felizmente no se le había ocurrido todavía nunca que ella fuera una mujer.

Se puso en seguida a toser y a ir de un lado a otro, sin motivo ni elegancia, como lo hace un individuo cualquiera cuando está solo. Incluso parecía un poco patoso. Pero ignoró a su compañera.

—¡Cielos! — suspiró riendo, pero aquella vez todavía con una desacostumbrada rudeza—. ¿Te sucede a veces que revientas, de repente, de improviso?

—Sí —exclamó ella—, jSí! ¡Sí, a menudo! Es cierto.

Lo necesitaba a cualquier precio.

Pero bostezaba. Quizá no había escuchado su respuesta, o bien, si la había escuchado, estimaba que nada existía verdaderamente fuera del círculo de su propia persona. No obstante comprendió que él estaba amansado y que desde entonces podría caminar a su lado tranquilamente, pero en silencio, sin embargo, y observarle a su gusto. Pero poco después del baile de Xanadu, el primo Eustace reemprendió su vuelta al mundo como si siempre hubiera tenido dicha intención, y acabó por refugiarse en la isla de Jersey, con un ama de llaves y lo que llegaría a ser una célebre colección de porcelanas. Incluso si su marido le hubiera dejado tiempo disponible, Mrs. Haré jamás habría podido olvidar la manera en que su primo había ofendido a su invitada. Por el contrario, lo que olvidó, muy oportunamente, es que había esperado de él algo imposible, por no decir indelicado. Sólo más tarde, cuando llegó el momento de rumiar sus recuerdos, encontró a veces la verdadera razón que la había impulsado a dar un baile en

Xanadu. Esta subía a la superficie de su conciencia, casi íntegra, casi explícita, pero siempre con un sabor horrible, del que era necesario imperiosamente desembarazarse.

Si Mary se sorprendió menos de la conducta de Eustace Cleugh, fue porque, desengañada ya del animal humano, no se extrañaba en absoluto cuando divergía del camino que los demás esperaban verle tomar. La lealtad y la debilidad que entonces revelaba su naturaleza estaban mucho más cerca de la verdad, y ella lo sentía bien. Por eso supo comprender y compadecer a su primo, intentó comprender y compadecer a su padre, incluso cuando la miraba con odio a causa de que ella veía y comprendía. Durante su vida había visto pegar a perros para que éstos comprendieran el alma de sus dueños. Ella no era un perro, su padre no la había golpeado, pero un día se puso a disparar contra la lámpara.

Era una tarde de verano. La tormenta no había estallado, y los pesados nubarrones pasaban al oeste sobre las montañas de un gris plomizo. El aire estaba lleno de hormigas aladas que se lanzaban contra los cristales y contra las personas, perdiendo así sus alas en los últimos momentos de una vida que parecían no controlar.

Como los criados, a excepción de un viejo cochero que se encontraba en alguna parte de las cuadras, no habían regresado todavía de una fiesta campestre, la familia acababa de servir pollo frío para cenar. Aquel pollo había sido rehogado, con la mejor intención del mundo, en una salsa blanca que, en el calor del crepúsculo, atraía irresistiblemente a las hormigas aladas. Sus cuerpos rojizos, con o sin alas, se aplastaban contra la barroca superficie del pollo y allá acababan de morir.

—¡Qué repugnantes bichos! —exclamó Mrs. Haré, a la que infundían horror todos los insectos.

Mary no expresó opinión alguna, ya que las reflexiones de sus padres rara vez parecían esperar su opinión, pero continuó comiendo, o mejor, masticando con bastante ruido un tallo de crujiente apio, y rascándose, ya que el calor le producía picazón. En las circunstancias intolerables, sólo ella se sentía más o menos a sus anchas.

Para los demás la temperatura era insoportable. En el comedor el día se había tornado de un marrón oscuro.

Entonces fue cuando Norbert Haré cogió el pollo por el único muslo que le quedaba, y lo arrojó por la ventana. Aterrizó en un macizo de flores vivaces. Uno de sus infortunios era el de estar frecuentemente amenazado con estropear sus propias cosas.

No había dejado de comer; incluso tenía la boca llena; sus mejillas estaban relajadas y sus ojos parecían casi blancos.

—¡Norbert! ¡Qué van a decir los criados! —exclamó su mujer, siempre imaginando lo que sería ella si, armada con una linterna, fustigara los flox.

Entonces Norbert Haré cogió una miga de pan y la lanzó en dirección del pollo. Después hizo lo mismo con un cuchillo y una garrafa de oporto.

Aquello le alivió, pero su mujer se puso a llorar.

—Ya está —dijo hablando consigo mismo—. ¡Pero nunca puede uno liberarse completamente!

Su mujer estaba cubierta de lágrimas.

—¡Es culpa mía! —sugirió su hija, pensando que tal vez era aquello lo que deseaban los dos.

—Si necesitamos un culpable —exclamó el padre— ¿por qué no el pollo?

Entonces pareció perder completamente la cabeza. Echó a correr, con una intención todavía imprecisa. Después pareció que le volvía la memoria: se dirigió hacia una mesa y sacó las pistolas.

En el salón de Xanadu, que estaba separado del comedor por una puerta plegable, había una araña de una excepcional belleza, traída con grandes gastos de Europa, de alguna mansión arruinada, y cuyos adornos de cristal pendían entonces por encima de aquella tierra de los antípodas. Magnífica, surgía de la sombra, después se sumegía en ella de nuevo, tan pronto inflamada, tan pronto soñadoramente opalescente, pero siempre arrancaba a la gente de la infinita vulgaridad de los pensamientos banales. A Mary Haré le gustaba con una pasión que siempre había mantenido secreta.

Después de haber cargado un arma, el padre se acercó a la lámpara y disparó, ridículamente pequeño

bajo sus transparentes brazos,

—¡Masticando, masticando! —aulló.

Disparó de nuevo y comenzó otra vez a aullar:

—¡Dios mío, sálvanos a todos!

Y tiró una vez más.

De vez en cuando, con un ruido crujiente, caía una lluvia de cristales. Todavía era imposible valorar los destrozos exactamente, aunque Mrs. Haré se esforzaba en ello convulsivamente.

—¡Toma! —gritaba Norbert Haré—, ¡Toma!

—Vamos, no puedo soportar a tu padre —dijo Mrs. Haré llevando a su hija a una pequeña habitación que no servía más que para recibir las visitas del médico o de los inoportunos.

Cuando la puerta estuvo cerrada, exclamó:

—¡Qué he hecho yo para merecer esto!

La niña permaneció silenciosa, porque aquel era el mayor sufrimiento de su madre, y ella lo sabía bien. Además, encontraba más interesante escuchar lo que hacía su padre.

Los disparos eran cada vez más raros, pero se escuchaba crujir los maderajes, vibrar los muros, y la casa entera parecía presa de su furor. Debía correr de un lado a otro. Y después, de repente, se hizo el silencio, y todo el pasivo edificio se construyó sobre cimientos de indiferencia, en sofocantes lechos de plumas.

—¿No crees que haya sucedido algo? —preguntó Mrs. Haré, que quizás era precisamente lo que esperaba.

—Probablemente es menos gracioso cuando nadie le mira, eso es todo

—sugirió Mary con amargura.

—Es cierto —opinó la madre, sorprendida al escuchar aquella verdad en labios de su hija.

Ya que Mary era una boba y, la verdad, una cosa que preferían evitarla, por consideración, por buen gusto y por su propia tranquilidad de espíritu.

—Voy a ver —dijo por fin Mary.

—¡Qué valiente eres! — exclamó su madre con una sincera admiración.

—No soy valiente.

Pero hubiera sido incapaz de explicar que, ardorosa como estaba, no podía ser cuestión de vacilar: era la misma vida la dañada.

Encontró la casa grande y vacía. Los tiempos habían cambiado, y un frío viento soplaba entonces a través de las habitaciones, esparciendo por todas partes las hormigas que acababan de morir sobre el reborde de las ventanas. Los visillos inflados daban sobre los antepechos.

En aquel momento su padre descendió tranquilamente, como si acabara de leer en su cuarto y necesitara un vaso de agua. La situación habría podido mantener su aparente inocencia si no hubiera tenido el aspecto de una casa violada, y los ojos del hombre no fueran mirando al suelo.

Él la miraba, intentando introducir en la tragedia que preparaba, una mirada intensa y fija. Menos prolongado, aquello hubiera podido ser horrible.

En todo caso, comprendiendo su error de juicio, blandió la pistola que llevaba en la mano y que ella no había percibido. La dirigió hacia su sien, disparó y falló. Un trozo de yeso cayó de una cornisa.

La detonación pareció acabar de agotarle, pues en seguida se dejó caer en un amplio sillón con orejeras que se encontraba a su alcance. Sus gestos, que sin duda no eran premeditados, parecían torpes y ridículos, porque había perdido todo interés por la continuación de los acontecimientos.

Por un momento pareció que ella no le dejaría romper el hilo. No podía apartar sus ojos luminosos

del rostro de su padre, siempre sentado en su inconfundible silla, y si bien él le había perdonado el crimen de existir, sin duda no le perdonaría jamás el de leer en él.

Por otra parte ella no contaba.

Cogió una de las pistolas y la llevó a su sitio; ¿se trataba de inocencia o de innato mal instinto? El estaba demasiado extenuado como para preguntárselo.

No se movía, con los ojos fijos en su chaleco.

—Todos los hombres peligran — dijo—. Desde el momento de nuestro nacimiento, todos comenzamos a degenerar. Sólo las almas que no han nacido son todavía intactas y puras.

Como ella le había dado la espalda y rascaba con la uña un pequeño defecto en la mesa del despacho, él sintió la necesidad de atormentarla.

—¿Dime, Mary, ¿te consideras como un alma que aún no ha nacido?

—No comprendo esas cosas —replicó ella—. Todavía no.

Después se volvió y fijó su mirada en él.

—¡Mentirosa!

Y no le perdonaría nunca sus ojos, ni su negativa a dejarse herir.

Ella sintió esa acusación como un dolor físico. Sus labios se inflamaron mientras balbuceaba:

—Si quieres puedes retorcerme el brazo. La verdad es que lo comprendo. No necesito palabras. No me gustan las palabras. Pero lo sé.

Las abstracciones le hacían estremecerse. ¡Si por lo menos hubiera podido tocar algo, el césped por ejemplo, o sentir el olor de uña fogata en el bosque...!

Continuando sentado en su sillón quizás él comenzó a enternecerse, pero ella le regaló aquella humillación suplementaria y salió. Las estrellas estaban allí, bañadas, flotando hacia ella que les tendía sus brazos. Avanzaba llorando, regando la luz con sus efusiones y secándose la humedad de sus mejillas llenas de lágrimas con el revés pringoso de sus rugosas manos.

Mucho tiempo después, cuando su padre murió y fue enterrado en el mausoleo de Sarsaparrilla, y el sol y los rayos hubieron fundido la losa de su tumba en donde los lagartos se deslizaban por las grietas, Miss Haré adquirió algo de la prudencia que se había apresurado a defender la tarde del falso suicidio. A veces iba renqueando a través de la maleza, vestida con uno de sus horribles jerseys deshilachados, de lana marrón, y con una vieja falda raída color tierra, y después de haber caminado mucho tiempo, acababa por sentarse, siempre con el oído atento, al acecho, hasta que su espera era satisfecha. Entonces sus monstruosos miembros se transformaban en piedra, pero sus pensamientos saltaban como jóvenes y tiernos brotes o largos retoños de insinuantes lianas. Bajaba la vista y descubría a menudo a sus pies la piel de un animal, los restos de la angustia de algún sacrificio. Si entonces corrían por su rostro lágrimas de cocodrilo, sobre la escamosa armadura de su piel, es porque ya no podía reír. Sin duda estaba completamente loca y era indigna de toda consideración según las normas de la razón humana; pero éstas ¿qué valen después de todo? Finalmente la razón dirige una pistola contra su propia cabeza y no siempre falla su blanco.

A menudo, por la tarde, en la terraza de su casa desierta en donde acechaba la aparición del carro de fuego, se preguntaba cómo habría acogido su padre su metamorfosis: sin duda con una acrecentada repugnancia, ya que también le suponía visionario, ya que al menos una vez ella le vio apartar el velo. Si ahora su experiencia superaba a la de su padre, lo debía al tiempo y al silencio, y a las sugestiones de la naturaleza.

De esta forma esperaba, mientras que su aliento fluctuaba en sus pulmones, hasta que su sangre regaba las venas relajadas. Así esperaba aquella última tarde, la víspera del día en que debería llegar Mrs. Jolley, la desconocida. Y he aquí que sin ninguna duda, las ruedas se pusieron a laborar en las tranquilas praderas del cielo blanco. Sintió el aliento de los caballos sobre sus desiguales mejillas. Se sintió agitada, mientras que el viento soplaba entre sus dedos separados, tiesos como si fueran de madera en el extremo de sus cortos brazos, mientras el dorado de la caballería hacía eco al de las trompetas. No

hubiera sabido decir en aquel momento preciso si era la primera vez que tuvo terror al sentir a su alrededor la víspera de una llegada. No había conservado el recuerdo y no se daba cuenta más que de su angustia presente, de su conciencia que la abandonaba y de las innobles olas que arrastraban fragmentos de una carne desintegrada.

Más tarde, cuando se incorporó, no intentó buscar aquello que había podido torturar a su espíritu entumecido y a su cuerpo deshecho, ya que había caído la noche, negra y fría. Estrechó sus crispadas manos una contra la otra, para intentar detener su temblor, y a tientas se puso a buscar su camino por la casa, en medio de brocados e incrustaciones, palpando la concha deslizante y el mármol helado, inhumano.

III

Al día siguiente, el de la llegada de Mrs. Jolley, Miss Haré no se atrevió a asomar fuera la nariz antes de que la mañana estuvo bien avanzada, por miedo a ver repetirse su aventura de la víspera. No se sentía lo suficientemente fuerte para soportarlo. Sin embargo se levantó como de costumbre en la oscuridad, y no sin tropezar, se puso precipitadamente su jersey. Encendió el fogón con ramitas y pequeños troncos lentamente aserrados con anterioridad. Arregló un poco la habitación que había decidido reservar al ama de llaves. Pero no descorrió las cortinas antes de haber visto en el suelo brillar un sol ya bastante alto. Entonces no esperó más y salió, para sumergirse en seguida en los numerosos ritos menudos que todos los días llevaba a cabo con devoción.

La mañana brillaba todavía con todos sus colgajos de luz móvil, y su centro rosáceo. Las agresivas hojas de las altas hierbas estaban todavía húmedas. A veces las secaba, lo que el sol habría podido hacer después mejor que ella. Pero en seguida lo dejó; era demasiada fatiga para su edad. Prefirió esparcir algunas miguitas, y los pájaros se posaron a sus pies, moviendo la cabeza, saltando, picoteando, subiendo a sus hombros, yendo incluso a inclinarse sobre el ala de su sombrero. Provista de un cuchillo enmohecido, cortaba pedacitos de pan en fragmentos del tamaño que ella sabía adecuados. Inclinada hacia adelante, con su falda extendida por detrás, se volvía supremamente ceremoniosa, como algunas gordas palomas —una o dos— que habían descendido de los eucaliptus. Todas las gargantas se movían, se ondulaban, y la suya más que las otras, al unísono con las de los pájaros.

Una serie de actos consagrados fueron ejecutados en el orden ritual: sacó las escudillas llenas de agua. Algunos días antes una serpiente había aparecido entre dos piedras del muro, con rayas leonadas en el lomo. Los ojos de Miss Haré tenían ante sí un magnífico reptil, pero aunque quedó inmóvil en seguida, no había sentido el grado de autoridad sacerdotal del que estaba investida aquella mujer desconocida, y por una ranura de las piedras, había regresado a los cimientos de la casa. Desde entonces cada mañana colocaba un plato con leche, pero la serpiente no se dejaba seducir. Ella la esperaba, sabiendo que acabarían por entenderse perfectamente.

La mañana avanzaba, el viento se había levantado; fustigaba las cosas y se introducía por su corpiño. Sintió un ahogo, no a causa de una enfermedad física, sino por el dolor moral lejano que habría de soportar por la tarde.

¿Hablar con aquella mujer...!

Miss Haré regresó.

Al menos tenía su casa. Podía subir a su casa. Su esplendor hablaba por ella con la voz del mármol y del oro, y las sugestiones más discretas de la tapicería. Iba de acá para allá, haciendo entrar siempre más claridad, y los rayos de luz se marcaban en las alfombras, se elevaban, y columnas doradas se proyectaban en la sombra de algunas habitaciones, cosa que nunca había sucedido anteriormente.

En una pequeña habitación que nunca había sido muy empleada — era aquella en que su madre y ella se encerraron la tarde del falso suicidio— cogió un abanico que no carecía de elegancia ni de belleza, con encaje y plumas flamantes, que un mercader armenio había regalado a su madre en un hotel de Assuán.

Miss Haré cogió el abanico, pero al ver su rostro en un espejo, no se atrevió a abrirlo.

La ráfaga de pánico la invadió de nuevo.

Era la hora. La advirtió la luz, y no su estómago, ya que raramente tenía hambre y parecía

alimentarse de sus experiencias cotidianas; en cuanto a los relojes, estaban mudos en Xanadu: un día se habían parado, y Miss Haré no se preocupó de volver a ponerlos en marcha. Pero la luz le decía todo lo que necesitaba saber, y ahora las ventanas abiertas estaban altas y frías, con una helada luz blanquecina de final de tarde.

Miss Haré se puso a correr de un lado a otro, precipitadamente. Arrastraba sus vestidos como lo había visto hacer a los demás, pero tenía tendencia a maltratar lo que los demás habrían tratado con cuidado. De sus cabellos no se podía conseguir nada, y además llevaba su inevitable sombrero.

Mrs. Jolley descendió del autobús en la esquina de la estafeta de Sarsaparrilla. No podía tratarse más que de ella, con aquel abrigo negro, compuesto por innumerables entrepaños —que tenía el aspecto de estar todo lleno de costuras— bajo el que no podía ir más que el uniforme azul marino esperado por Miss Haré. El sombrero tenía más colorido, era casi audaz, de un azul intenso, pese al luto del que el ama de llaves había puesto al corriente a su futura señora. Del extremo colgaba, detalle aún más audaz por no decir osado, un pequeño velo de color malva. Y sin embargo era la misma imagen de la señora esperada, discreta y de buen humor, llevando en la mano su maleta oscura, la que fue a buscar a la parada del autobús.

—¡Oh, Dios mío, tengo que ir! —se dijo Miss Haré suspirando.

Durante todo ese tiempo, en la calle llena de guijarros, Mrs. Jolley sonreía sin motivo. Tenía un hoyito en un extremo de la boca y dientes perfectos.

—Perdón —dijo Miss Haré abordándola por fin—. ¿Es usted la persona? Perdone — se aclaró la garganta—, ¿la esperan en Xanadu?

Mrs. Jolley reprimió lo que pudo ser un discreto eructo.

—Sí —dijo muy lentamente, tanteando el terreno con la punta de los dientes—. Sí, creo que era un nombre así, en casa de una señora que se llama Miss Haré.

Ésta última se sintió llena de una inmensa presunción, bajo la mirada de Mrs. Jolley, y habría retrasado con gusto el momento de nombrarse.

Pero los blancos dientes de Mrs. Jolley —nadie habría visto seguramente otros más blancos— se impacientaban visiblemente. Su hoyito desaparecía intermitentemente. Su expresión, que algunos habrían podido encontrar maternal, se volvió ambigua bajo el peso de la sospecha.

—Yo soy Miss Haré.

—¿De verdad? —dijo Mrs. Jolley incrédula.

Y luego intentó recurrir a sus dientes.

Pero el brutal viento de aquella tarde fría no era de los que autorizan las charlas. Colocó el velo malva sobre los ojos de Mrs. Jolley e incluso azotó su abrigo negro.

—Sí —confirmó Miss Haré—, yo soy.

Mrs. Jolley no creía lo que oía.

—Espero que le gustará Xanadu —continuó la vieja—. Es una gran casa, pero nosotras podemos perfectamente ocupar sólo una parte. Nos mudaremos de vez en cuando, y así cambiaremos.

Mrs. Jolley la siguió por la tosca carretera. Llevaba puesto el calzado que se había comprado para el viaje, botas negras y confortables; sin embargo tenía la impresión de que sus tobillos no resistían y sentía los guijarros puntiagudos a través de las suelas.

—¿No tiene usted coche?

—No —dijo Miss Haré—, no tengo coche.

A la altura de la casa de Mrs. Godbold, las zarzas se engancharon en el abrigo de Mrs. Jolley.

“Nunca hemos tenido coche, ni siquiera cuando vivía mi padre. Evidentemente en aquellos tiempos no había muchos coches. Teníamos caballos. Mi padre adoraba a los caballos y estaba magnífico cuando conducía su tiro de cuatro caballos grises.

Mrs. Jolley no podía creerlo. Pensaba en los tranvías. Habría llorado.

—En nuestra familia todo el mundo tiene su coche.

—Ah —replicó Miss Haré—. No, aquí no hay coche.

De vez en cuando el aliento de ambas mujeres se confundía desagradablemente. Cada una habría querido desaprobar a la otra.

—Es una satisfacción para una madre —dijo Mrs. Jolley torciéndose los tobillos —tener tres hijas bien colocadas.

—Ciertamente —opinó Miss Haré.

Sin embargo no creía una palabra.

Se encaminaron a lo largo de la pista que conducía a Xanadu y que el Consejo había bautizado con el nombre de avenida. Al llegar, la dueña de aquellos lugares hizo franquear a su compañera la valla, y cogieron el menos tortuoso y más largo de los senderos.

Consciente de las responsabilidades que le esperaban, Miss Haré apresuró el paso. Detrás de ella, Mrs. Jolley escuchaba de vez en cuando un ruido de tela desgarrada. El silencio de la espesura era inquietante.

En tales circunstancias, el verde naciente de las encinas y de los macizos olmos brotaba como un agudo grito para vencer a la maleza, y las vistas graciosas de las flores de los ciruelos y de los manzanos silvestres, sembrados de tal forma que se veía el entramado negro de sus brazos, desgarraban el corazón.

—¡Menos mal que me puse mis medias de hilo! —hizo notar Mrs. Jolley.

El velo ya no estaba terso.

—Las espinas de las bardanas pican un poco, pero son muy fáciles de quitar —exclamó Miss Haré por encima del hombro, con un esfuerzo de buena voluntad.

Se sentía nerviosa como si tuviera en la cabeza una horrible preocupación, sin recordar exactamente en qué consistía.

—En seguida llegaremos —dijo en un tono animoso.

Por fin llegaron.

—¡Ya estamos!

La voz de Miss Haré vibraba.

Mrs. Jolley no respondió nada. Lo más que hizo fue levantar la vista.

Subieron la última pendiente. Bajo los pasos de la extraña, el suelo de mosaico de la galería exterior sonó como nunca había sonado.

Pero la casa parecía aún más vacía.

Miss Haré había abierto la puerta. Entraron. Permanecieron allí, de pie, indecisas.

—¡Se ve que no han arreglado esto desde hace mucho tiempo!

Las voces de Xanadu no protestaron. Lo aprobaron, heladas como la piedra.

—Nadie viene a la casa —dijo Miss Haré.

—Tampoco eso añade nada — replicó la más grave voz deMrs. Jolley.

Ni la una ni la otra habrían sabido explicar lo que acababa de decir. Cada una seguía su pensamiento, o mejor, Miss Haré comenzaba a recordar lo que había olvidado. En sus sienes se notaba el relieve de sus venas. Parecía como si algún extraño socarrón hubiera tocado con el dedo la verdadera puerta y abierto.

—Este era el salón —dijo, molesta por emplear el pasado—. Y el comedor está detrás de la puerta plegable.

Molesta de su brutalidad.

Estaban en el presente, en las últimas horas de una tarde de primavera cuya luz es a veces despiadada. Un rayo caía sobre el mobiliario, o un recuerdo esperaba ser reconocido bajo las tapicerías.

—Nunca he visto algo semejante — confesó Mrs. Jolley, que se aislaba todo lo que podía tras la protección de sus vestidos.

Lo que el tiempo no había destruido se inundaba de luz. Coquetas y pequeños veladores frívolos parecían saltar hechos pedazos de un golpe. Sólidas piezas de marquetería y la mesa con tentáculos de pulpo fueron aniquiladas.

Volviendo a coger el hilo de su primera intención, ambas mujeres vagaron de izquierda a derecha, sin cesar de batirse en retirada. Un postigo se había puesto a batir. Sobre la alfombra de Aubusson, o mejor, sobre lo que debía ser una alfombra cubierta de ramitas, césped, moho y restos de insectos, viejos nidos atrapaban a los pies culpables en la trampa de los recuerdos. En un lado del comedor, allá en donde una memorable tempestad había arrancado trozos de una ventana, había entrado un olmo y sus ramas negras se balanceaban. Sus primeras hojas parecían láminas de los más pasivos colores del refinamiento humano. Pequeños jirones de cielo azul asomaban por un telón irregular. En algunos sitios la lluvia había resbalado, goteado a lo largo de las paredes y sobre el mármol, que había cobrado un color amarillento.

—En estos sitios se han orinado los perros —suspiró Miss Haré.

—¿Cómo? —dijo Mrs. Jolley dudando de lo que oía.

Pero Miss Haré no respondió. Expresados o no, ella era la dueña de sus pensamientos, y el ama de llaves ordenó el recuerdo de lo que creía haber escuchado en los estratos de su memoria, para dejarlo madurar hasta el momento que tuviera necesidad de ello.

Por fin, Miss Haré aclaró su garganta que parecía también llena de musgo. No podía más.

—Creo que es hora de que la conduzca a su habitación —dijo.

A medida que subía la escalera, que se enroscaba en lentas espirales en un punto de luz, el corazón de su propietaria se oprimía ante su belleza.

—Aquí me sentaba a veces para escuchar la música y mirar a los que bailaban. ¡Qué hermoso era!

La escalera subía, giraba, albergaba puertas cerradas, y se veían pasillos como túneles que se perdían a lo lejos.

—Claro está —dijo en tono perentorio, y describiendo un arco con la mano— que muchas de estas habitaciones no han sido abiertas desde hace muchos años. No existía ninguna razón para hacerlo, sobre todo después de la muerte de mi madre, al principio de la guerra. La segunda, sí, la segunda guerra. Mi padre es el que se fue durante la primera. Me encontré a mi madre muerta en una silla. Pero no es este el momento de contarle la historia de mi familia, sobre todo en la escalera.

—Yo tengo hijos —dijo Mrs. Jolley— y siempre estoy dispuesta a hablar de ellos a las que han sido madres como yo.

Su alianza golpeó el hierro forjado. Pese a su sofoco, debía obrar con firmeza entonces y después. Su corsé era bien elocuente mientras seguía a Miss Haré. Se conducía como convenía a una madre y a una señora. Habría que esperar que ambas actitudes no fueran incompatibles.

—Esta es la habitación que le he preparado — dijo Miss Haré—. Yo he hecho la cama. Claro que cada cual tiene sus ideas al respecto.

¿Se podría abrir la puerta?

Mrs. Jolley deseaba lo contrario, aunque tampoco era una solución satisfactoria el que las dos se quedaran en le rellano, la una frente a la otra.

Pero la puerta se abrió fácilmente. Incluso se habría podido decir que con prontitud.

Su mirada azul tenía una visión limitada, y quizá por ello era capaz de recuperarse aunque todavía estaba embargada por el golpe de la emoción. Miss Haré esperaba leer bondad en el rostro del ama de llaves, pero sospechaba que el hoyuelo sólo había embrujado a su marido.

Mrs. Jolley no sabía por dónde comenzar, y permanecía en su sitio, amasando sus brazos desnudos, como si éstos no tuvieran una forma definitiva. En aquel tiempo primaveral, sus brazos lechosos se habían convertido en mármol azul, que resaltaba con el jersey verdoso que ella misma se había hecho, y que comenzaba a ensancharse.

Mrs. Jolley era una señora, y nunca cesaba de repetirlo. Desde que husmeaba una duda en alguien, recitaba los artículos de su fe: nunca en la vida tocaría una cebolla, pero tenía debilidad por el bizcocho de Saboya bien esponjoso, o la genovesa con mantequilla; la genovesa era siempre de buen gusto, lo mismo que los tonos pastel y las adormideras de Islandia. Sin embargo le gustaba mucho charlar con las demás señoras del barrio, en la parada del autobús o por encima de la valla de su jardín. También le gustaba dar una vuelta en coche, no para ir a algún sitio, sino para ponerse su bonito sombrero y mirar por la ventanilla las figuras de las personas que había al otro lado. Entonces el mecanismo la proveía de un rango superior y le hacía oscilar muy levemente la cabeza en señal de incredulidad.

Mrs. Jolley prefería soñar, no obstante, y por eso le gustaba el cine. Estar sentada en la oscuridad, con un caramelo blando en la boca, después de haber arrojado el periódico bajo la butaca al mismo tiempo que sus recuerdos, era como sumergirse en terciopelo. Desgraciadamente existían los caramelos duros, cuyo olor húmedo y cálido casi bastaba para excitarle los nervios. Desde el fondo de su butaca, las situaciones más extraordinarias le parecían verdaderas. Aquel joven delgado, con arrugas en los extremos de los ojos y pantalón de cuero, hubiera podido inclinarse, alargar la mano... de repente un bombón se colaba en su boca. En cuanto a Ava y a Lana, pese a todo lo que las separaba, hubieran podido ser dos de sus hijas. Sin embargo, sus heroínas preferidas eran las madres de familia. Se sabía de memoria la cantidad de injusticias que debían sufrir antes del final feliz, aunque al terminar se elevara el sonido del órgano del foso y coronara su apoteosis. Cuando ella aspiraba los alientos de rosa y de violeta de la voz humana, y sentía vibrar sus entrañas, entonces estaba colmada, y conseguía olvidar a su pobre hombre querido que había muerto en el salón a las diez de la noche, en el momento que tomaba su segunda taza de té. Tan grave fue aquella injusticia —ella lo notó— que parecía haber acumulado bastante experiencia de la vida y bastantes sueños para detener a partir de entonces todos los golpes.

Miss Haré temía tener miedo de su ama de llaves.

—Espero que se acostumbre.

—Echo de menos los tranvías —dijo Mrs. Jolley.

El pesar resonaba en su voz, y se veía en sus ojos el ramillete melancólico de sus resplandecientes violetas.

—¿Por qué no se me habrá ocurrido nunca comprar un tranvía? —dijo Miss Haré.

—Echo de menos mis sábados por la tarde —añadió Mrs. Jolley—, y mis pequeñas visitas a casa de Merle, o Dot, o Elma. Elma es mi hija menor. Su marido es fogonero, ¡pero tiene educación! Ninguna de mis pequeñas habría aceptado a un hombre sin educación.

—Me pregunto cómo ha podido dejarlas —dijo Miss Haré casi demasiado bajo.

—¡Ah! —dijo Mrs. Jolley empuñando la escoba—. Es la vida, ¿qué quiere usted?

Exprimió el fregasuelos en el cubo, después salió y examinó el cepillo.

—O la muerte —añadió.

Miss Haré estaba aterrorizada.

—¡Como si fuera culpa mía! — exclamó Mrs. Jolley—. ¡Sentada en una silla!

—Una silla hace más natural —se atrevió a declarar Miss Haré.

Cuando pensaba en su madre que murió allí, se consolaba de esa forma.

—Las veo desde aquí —dijo Mrs. Jolley riendo—. ¡A su madre y a usted en medio de todos estos muebles! ¡Como dos verdaderas ratas!

—¡Oh! pero estaban Peg y William Hadkin.

—¿Qué Peg?

—He olvidado su nombre, si alguna vez lo supe. Siempre me pareció vieja, y siempre la he visto en la casa. Cuando los criados se marcharon después de nuestras desgracias, Peg se quedó, y se convirtió en una amiga para nosotras. Murió después que mamá, y me quedé completamente sola.

—Pero me ha hablado de un señor.

—William, el cochero. Era muy sordo.

Miss Haré se calló un instante.

—Era un poco simple, como dice la gente de aquellas personas que tienen otra manera de saber que ellos. ¡Y William sabía muchas cosas! Además, era menos sordo de lo que se creía. A mí no me gustaba mucho.

—Y ese Mr. Hadkin ¿también ha muerto?

—No, se marchó.

—No me sorprende —dijo Mrs. Jolley—. ¿Qué es lo que comían?

—Diferentes cosas —dijo Miss Haré bostezando—. Pan. Es muy bueno el pan. Me gusta quitar los cuscurros y mordisquearlos, mientras camino, o bien dárselos a los pájaros. ¡Es tan cómodo! Pero recibíamos evidentemente la pequeña pensión de mi primo Eustace Cleugh, como le dije en mi carta. No era gran cosa, claro está; y no hemos tocado nada durante la guerra. Pero olvidaba... Tenía una cabra que yo misma ordeñaba. Sí ¡lo sentí mucho!

—¿Qué le sucedió?

—Se lo ruego ¡no me lo pregunte! —exclamó Miss Haré -. No sé nada.

—Bueno, bueno —dijo Mrs. Jolley asustada a su vez.

En una casa semejante...

Pero Miss Haré experimentaba más tristeza que miedo. Le era imposible responder a las preguntas. Las preguntas eran tornillos que se clavaban en su cerebro. Contempló el cubo de agua grisácea desde donde el fregasuelos derramaba pequeños charcos inútiles. Aquella mujer cuyos tres yernos habían construido cubos de ladrillo para habitar en ellos, i Qué infantil! Ya que los cubos de ladrillo de los yernos se desmoronarían como los castillos de naipes. Sólo los recuerdos eran indestructibles.

Miss Haré resopló con desprecio. Además, Mrs. Jolley la molestaba. Se perdió por los pasillos de Xanadu.

Pero los recuerdos eran también tormentos. Revoloteaban como los flecos de las cortinas, las cortinas sin precio, tejidas en oro, las cortinas de Xanadu, y las polillas se escapaban, siempre grises, o con el color de la noche, que esparcían su sofocante pelusa.

—He aquí el verano; va a haber que guardar cuidadosamente nuestras pieles en papel de periódico, Mary —había dicho Mrs. Haré—. Y después las meteremos en bolsas de tela gruesa, si no no estaré tranquila.

Hasta el final, Mrs. Haré había estado apacible, recordando los ritos de su vida pasada.

Entonces Peg acudió sobre sus piernas delgadas como estacas, mientras decía entre sus encías desdentadas que su señora toleraba a causa..., a causa de todo:

—Sí, señora. A nadie le gustan las polillas. Pero déjeme hacer. No, señorita, yo me ocuparé.

En seguida, la criada mostró las bolsas de tela herméticamente cerradas. La niña de la casa veía perfectamente que no había nada dentro, sino las bolas de papel que Peg había metido para simular. Pero su madre estaba tranquila.

La vejez había dado a Mrs. Haré, dulce en su juventud, distinguida en su madurez, el aspecto de un caballo de marfil pulido. Podía permanecer perfectamente inmóvil durante media hora y después, de repente, un pensamiento, una mosca le hacían sacudir la cabeza. Su largo rostro refinado y sus largos dientes de marfil —con los que masticaba las tostadas con canela que le llevaba Peg— contribuían al parecido. No se movía de su silla, mientras que el té y las tostadas eran engullidos por su viejo estómago

bien educado, y la luz que declinaba se esmeraba con la sorprendente habilidad de un artista chino que pule una cabeza de caballo de marfil.

A veces, apoyada sobre el brazo de su enclenque hija, se paseaba por lo que quedaba de los jardines, pero no se daba cuenta de casi nada. Prefería remover sus éxitos de otros tiempos y las islas Borromeas.

Un día preguntó a su hija:

—¿Dónde está la gruta, Mary? Aquélla que tu padre había ordenado hacer con conchas... ¿O era con trozos de cristal de roca?

La hija respondía con un murmullo, ya que era todo lo que se escuchaba de ella. Un día Mrs. Haré comenzó a lamentarse:

—Antes esperaba que mi hija se casaría con un embajador, que tuviera largas piernas, que movería un abanico, y que dirigiría la conversación.

Y finalmente no hemos dirigido nada, ¡ni siquiera nuestro propio barco! Sin embargo —continuó más animada—, si hubiera sido así, tú no pasearías conmigo por el jardín ahora, y quizá me caería ¡y me rompería una pierna!

Mary gruñó de nuevo. En efecto, ¿qué responder a eso?

En ese momento su madre se puso a fustigar con el extremo de su bastón las matas de paspalum cuyos penachos se estremecían:

—¡Malditas hierbas!

—No —suplicó Mary—. ¡Te lo ruego!

Aquel capricho senil fue al menos fácil de disuadir.

—No creas que no te quiero, Mary —repitió la madre—. Francamente puedo decir que amo a todo el mundo actualmente. Incluso a tu padre.

Para Mrs. Haré, cuyos sentimientos siempre habían sido tibios, aquello era sin duda lo más fácil.

—Finalmente nuestras mismas decepciones parecen tener un sentido

—repitió, mientras el sol se ponía, y hubiera deseado con gusto agarrar el brazo de su hija, si hubiera tenido fuerza.

En lugar de eso, ambas regresaron; la hija que había decepcionado y la madre a la que sostenían al final de su vida sus decepciones.

Varios meses después, ante la muerta, sentada en su silla en una actitud tan natural, Mary lloró en su impotencia por sentir el luto según las normas establecidas. Quizá la quiso con pasión, pero su madre apenas si lo apreció y comprendió. Por eso sustituyó el luto de la vida en la forma que ella lo suponía, según los repentinos furores del cielo y la dulce suavidad de los jóvenes helechos.

Felizmente Peg estaba allí, ya que Peg sabía qué hacer. Envió a William a Sarsaparrilla, telefoneó desde la estafeta, y unos hombres fueron a recoger el cuerpo. Aquel día llovía y el vestíbulo conservó bastante tiempo un olor a impermeables húmedos.

Aquel fue el último contacto entre Mary y su madre. Peg había dicho en efecto:

—No vaya al entierro, Miss Mary, si teme que eso remueva mucho las cosas. ¿Quién la sostendrá si se siente mal? Vamos a quedarnos aquí las dos, y comeremos pan y salsa del asado junto al paño mortuorio. El pastor se ocupará de todo, está aquí para eso.

Peg, pese a su edad, había conservado un lazo con la infancia que le permitía discernir las realidades ocultas bajo la grosera envoltura de las apariencias. Había sido una compañía incomparable. Mary adoraba a Peg. Sentada cerca de la criada, miraba su rostro tranquilo frotando sus propias arrugas; era el rostro de una hermana mayor, con lentes de acero, de una hermana que estaba vagamente al corriente de los caracteres del mundo, pero que no había olvidado todos los juegos.

Como Peg era de la región, montaba mucho en bicicleta, y uno se pregunta cómo era posible que un ser tan débil consiguiera subir las cuestas. Apenas era algo más que el crujir de su vestido almidonado.

Peg lavaba y arreglaba la casa a la perfección, pero era mala cocinera. Le gustaba hacer confituras y fundir cera de abeja, y llevaba a todas partes el olor de lo uno y lo otro. Se la veía de repente salir de debajo de su cama, con un trapo impregnado de cera en la mano, en el momento que menos se esperaba, siempre con sus lentes de montura de acero y su ropa pálida, ya casi blanca.

—Léeme algo, Peg —pedía la dueña de la casa.

—Lee tú misma —respondía Peg riendo—. ¿Qué quieres que lea?

—Me lo imagino mejor cuando escucho. ¡Te lo ruego, Peg! — suplicaba Mary Haré—. Leamos el catálogo de Anthony Hordern.

—¡Dios mío, cómo eres!

Peg no podía impedir el reírse.

Tenía los cercos de los ojos muy pálidos.

Lo que Peg prefería leer era la Biblia, pero no en voz alta, pues aquello no era del gusto de su ama. Siempre estaba sumergida en los Evangelios, encontraba áridas las epístolas y casi no se aventuraba en el Apocalipsis; tampoco manifestaba ningún deseo de comentar el libro.

—Deberías estudiar eso —decía Peg bajando los ojos hacia su Biblia.

Siempre había parecido vulnerable a causa de sus párpados blancos, pero su inocencia la había protegido.

—¡No, no! —protestaba Miss Haré casi horrorizada—. Sé que no me serviría de nada.

—Es bueno para todo el mundo —insistía Peg.

—¡No, para mí no!

—Pero ¿cómo lo sabes si ni siquiera lo intentas?

—Encontraré lo que deba encontrar en su momento y a mi manera. Soy diferente de los demás.

Miss Haré no cedía.

—Sí —suspiraba Peg—. ¡Diferente y parecida!

Nunca acabaría de sorprenderla.

Ambas mujeres tenían muchas semejanzas, pero Peg estaba desprovista de la altivez que mostraba frecuentemente su ama. Mary Haré quería a Peg, pero también quería a su propia arrogancia. Era su orgullo, y aunque nadie reconociera su valor, continuaba adornándose. Era lo suficientemente presumida como para esperar llegar de ese modo a la distinción, incluso a la belleza.

Pero Peg no se dejaba atrapar, y decía con su voz ligeramente ronca:

—¿No irás a enfadarte, Mary?

Peg no tenía defectos, como el cristal, como el agua, como todo lo que es puro.

Por eso fue espantoso para Miss Haré, entrar una seca mañana en la habitación de Peg y encontrar a su amiga muerta. Acababa de vestirse y estaba recostada en la cama con su traje viejo, tan frágil como una rama de esas plantas aromáticas —tomillo, romero o verbena-limonera— que las personas recogen y guardan en sus armarios.

Al cabo de algunos momentos, la dueña se atrevió a tocar a su criada, y comprendió que aquella vez se quedaba verdaderamente sola. Continuó un buen rato contemplándola, de pie en un rincón de la habitación, y ya estaba avanzada la mañana cuando se acordó de William Hadkin.

Mary no había sentido nunca simpatía por William, quizá porque la tarde en que su padre había disparado contra la lámpara, antes del regreso de los demás criados, él estaba en las cuadras con su sordera. Mary nunca había llegado a creer en aquella sordera de William, a causa de la tempestad de sus propias emociones aquella noche. Sin embargo él había continuado siendo fiel, y mientras vivía Mrs. Haré las conducía a ambas a dar cortos paseos en el viejo buggy, y eso por poco salario. Claro que era viejo, apenas si comía y casi no tenía necesidades. Como tenía delicada la piel, dejó poco a poco de

afeitarse en aquella época; sin embargo, su barba ya no crecía, y siempre se le veía con la misma pelusilla blanca que cubría su rostro. También tenía olor a viejo, lo que podía ser una de las razones de la aversión de Miss Haré. Los hombres viejos huelen más que las mujeres viejas, en general.

Naturalmente fue a William a quien su dueña informó de la muerte de Peg.

—No me sorprende —dijo—. Ella no tenía más que piel sobre los huesos.

Estaba ocupado en engrasar una de las correas de un arnés que ya no servía para nada, pero aquello le entretenía.

—Nunca me habría permitido creer... —comenzó Miss Haré.

—Por eso siempre ha sabido guardarse —dijo William Hadkin frotando el trozo de cuero.

—¿Qué es lo que quiere decir?

Miss Haré temblaba, pero no de ira.

—Si recuerdo bien, siempre se han burlado de usted en su familia.

—Algunos de los nuestros han tenido imaginación, si es eso lo que quiere decir.

—Sí, para encender fuego en una casa, sin cerillas.

—Ya basta, William —dijo Mary Haré como había escuchado decir a sus padres—. Debe ir a ocuparse de Peg.

—Bueno, bueno, ¡no me empuje!

Sin moverse examinaba los agujeros de la correa.

"¿Por qué se quedó, pues, si no le gustábamos?

—Me quedé porque aquí tenía mis costumbres. Es algo que sucede a menudo ¿sabe?

Miss Haré estaba siempre dispuesta a reconocer la verdad, y por eso se calló.

Su último encuentro con William Hadkin fue más desagradable que los anteriores y se produjo algunas semanas después de la muerte de Peg. Acababa de matar un gallo, y la cabeza del ave decapitada yacía, abominablemente inerte, mientras que el cuerpo inundado de sangre bailaba en su agonía. William se tronchaba.

Mary Haré quedó clavada en el sitio. Ni siquiera tuvo la fuerza de moverse cuando sus suelas se empaparon con la sangre del gallo.

William la observaba.

—Hay que comer —dijo, riendo— aunque se trate de un viejo gallo duro.

Continuaba desternillándose:

—¿Ve usted lo que decía el otro día? ¡El buen bicho tiene tales costumbres que incluso baila sin cabeza!

—Para mí usted es un asesino —cortó Mary Haré.

—¿Por qué? ¿Porque mato un gallo para su cena?

—Hay muchas maneras de matar.

—Usted es la primera en saberlo, ¿eh?

—¿Yo?

—Pregúnteselo a su papá.

Mary Haré se volvió intensamente pálida. Se quedó sola cerca de la cabaña de madera, con los ojos fijos en la cresta del gallo mucho tiempo después de que el cochero se hubiera marchado a ocuparse de otros menesteres.

Poco después, William puso en orden sus ideas, y, sin una palabra, desapareció de Xanadu. «¡Al fin libre!», murmuró espantada Mary Haré. «¡Tanto mejor!» Pero pensó en la cabra y en seguida se serenó.

La cabra blanca existía ya antes de la muerte de Peg. Jamás se supo su procedencia. Era gorda y seguía a todas partes a ambas mujeres eligiendo con aire delicado hojas y briznas de hierba. Después que parió un cabrito muerto, Peg dijo que habría que ordeñarla, lo que Mary Haré aprendió a hacer. Y lo hizo toda su vida. Con el tiempo su espíritu respondió a la tranquila sabiduría de la cabra, y cuando ella se acercaba, por la tarde, para ordeñarla, cuando no quedaron más que ellas dos en Xanadu, las sombras juntas parecían tener verdaderamente una existencia material. Las cosas llegaron a un punto en que el amor de la mujer por el animal comenzó a oscurecer su razón, y cayó presa de pánico de que le sucediera alguna desgracia, alguna catástrofe que coronara aquella a las que había sobrevivido, o simplemente que la cabra decidiera irse.

Por eso, al caer la noche, el ama corría a encerrar al animal en una pequeña cabaña ruinosa en el extremo del patio, y que ella veía desde la cocina. Atrayéndola con ramas y prodigando palabras tiernas, encerraba a su cabra cada tarde e iba una y otra vez a asegurarse si su querida criatura no había desaparecido por casualidad, gracias a algún maleficio. Pero la cabra siempre estaba allí. Cuando Miss Haré apagaba su lámpara, veía la piel blanca, vagamente luminosa en la oscuridad. Los ojos de ámbar calmaban sus alarmas, y el largo hocico se movía para manifestar su simpatía.

Incluso la mañana de su prueba más cruel, la imagen de una máscara de cabra debería imponerse a Miss Haré, aunque la misma cabra estuviera reducida a un cráneo y a un colgajo de piel, en las ruinas de la cabaña.

Mary Haré jamás comprendió cómo había podido sobrevivir a la amargura de su descubrimiento. Pero la mañana le fue clemente. Unas hojas se posaron en su rostro y la tierra fue dulce con sus rodillas temblorosas. Casi en seguida se sumergió en la maleza, y nadie pudo decir cuánto tiempo permaneció allá, ya que nadie sabía que ella se había ido. Allí pasó sin duda dos o tres días, porque regresó arañada, anquilosada y hambrienta, y eso que ella casi nunca tenía hambre, y ansiosa de evocar la razón de su ausencia, por dolorosa que fuera.

A su regreso, se sentó y se puso a masticar un mendrugo de pan que había ido a buscar a la cesta.

«Llegará un día», se decía, «en que descubriré lo que existe en el centro de mí misma, si consigo despojarme suficientemente.»

Notaba que nunca en su vida había razonado con tanta lucidez, y se tragó un gran trozo de pan ablandado por la saliva.

Mrs. Jolley estaba perpleja.

Podía ser a causa de las telas de araña. Barría hacia arriba para hacerlas caer; se trataba de verdaderas cuerdas, de verdaderas cadenas. En su esfuerzo para liberarse, distribuía reveses y papirotazos, manotazos y bofetadas, batallando con los dedos, los puños y los codos. ¡Pero nunca se desembarazaba de ellas! Las madejas grises la envolvían, tenaces como un sentimiento de culpabilidad.

“¡Hay que estar loca! —exclamaba a veces—. ¡Menos mal que tenemos todo el tiempo por delante! Si no es hoy será mañana, o cualquier otro día de la semana.

Nadie se había atrevido a acusar a Mrs. Jolley de no ser razonable hasta la punta de sus uñas, incluso en el momento en que, aprisionada por las telas de araña, llena de bigudíes y su dentadura postiza en un vaso sobre la mesilla de noche, se embarazaba su palabra. Cuando, con los labios sellados, giraba la cabeza para liberar las palabras recalcitrantes ¿guardaba un secreto o era sólo un bombón que se pegaba a su lengua?

En todo caso seguía siendo toda una señora, costase lo que costase.

En efecto, los espejos habían comenzado a seguirla por los pasillos, y un día se había visto obligada a subir corriendo, sin el menor motivo, los últimos escalones de un piso. Sus piernas la habían conducido, simplemente, y sus pantorrillas todavía vigorosas, firmes y seguras, se habían contraído con violencia y, cuando ella llegó al rellano, su pecho se agitaba bajo su corpiño.

—Todo el mundo tiene días malos —repetía con gusto Mrs. Jolley, cuando, por ejemplo, el extremo de uno de sus ojos azules, del azul de las madres— se ponía a fluir.

—Tengo tanto miedo de que no le guste Xanadu —dijo Miss Haré en la cocina, ante el desayuno.

—No se trata de que no me guste — respondió Mrs. Jolley—. Me gusta todo, más o menos, naturalmente. Pero una persona como yo tenía derecho a esperar otra cosa.

Miss Haré aplastó sus corn flakes.

—¿El qué?

—Usted lo sabe bien —dijo Mrs. Jolley—. Una casa con todo el confort ¡y llena de niños!

—No, no lo sé. Esta es mi vida y mi casa— replicó Miss Haré que se puso a masticar sus corn flakes.

—Qué dura puede ser usted a veces— protestó Mrs. Jolley—. Cuando no tiene ganas de comprender.

Miss Haré masticaba sus corn flakes.

—Cuando se ve partir a uno de los suyos, uno se siente un poco perdido, ¿comprende?

Miss Haré se negaba a comprender. Sabía que aquella dureza de piedra era necesaria para conseguir estar a la altura de Mrs. Jolley.

—Es como si un poco de uno mismo marchase con él. Y se le seguiría con gusto si no se debiera una a los demás. He leído en un horóscopo —ahí Mrs. Jolley pellizcó el mantel— que tengo el sentido del deber sumamente desarrollado.

—Yo no la impido hacer lo que guste, si eso es lo que quiere decir.

—Bien sabe usted que hablaba de mi difunto marido —dijo Mrs. Jolley— y si intenta provocarme no lo conseguirá.

¡Aquella cara!

—¡Y no estamos más que en el desayuno! — suspiró Miss Haré.

Mrs. Jolley se puso a reír sin poder pararse.

—¿Qué es lo que tanta gracia le hace?

—La gente es tan graciosa— dijo Mrs. Jolley siempre riendo.

Su garganta tenía una hinchazón, como paperas, y más abajo se abría el surco en que se habría detenido sin duda, con interés o repugnancia, la mirada de su difunto marido.

Miss Haré, que había acabado sus corn flakes, volvió su plato como siempre hacía.

Mrs. Jolley ya no se reía, pero articuló en un tono absolutamente paciente:

—¡Es usted una cochina, eso es lo que es!

Dio un paso hacia atrás y consideró a Miss Haré.

—¡Cuando se tiene una costumbre se la conserva!— dijo Miss Haré.

—¡Cuando se es cochina se continúa siéndolo! —replicó Mrs. Jolley.

—Mrs. Jolley, no se puede vivir con alguien si no se respetan sus costumbres; yo la he tomado a mis expensas con los pájaros y los animales.

—Yo no soy un pájaro— protestó Mrs. Jolley—. Ni un animal. Soy una...

—Se lo ruego, ya sé lo que es usted, ¡no me lo diga! —imploró Miss Haré.

—Usted no me conoce —dijo Mrs. Jolley—. Además, ¡usted no conoce absolutamente nada!

—Es cierto —opinó Miss Haré—, a menudo tiene razón.

—Yo sé lo que soy y es peor para mí. También mi difunto marido creía saberlo. Eso sí, además él lo sabía todo. Había seguido clases nocturnas, hacía colección de sellos, y tardó años en pagar la ciclopedia que teníamos encima del mueblecito, junto al diván.

De repente Mrs. Jolley rompió a llorar.

Miss Haré la observaba sin decir nada.

—Hice todo lo posible para temerle la casa limpia y confortable, y, sin embargo, cuando aquella tarde le tendí su taza, me miró como si fuera una criminal.

Miss Haré la observaba. La cocina de Xanadu era una de esas grandes cocinas negras de otros tiempos en donde uno se sentía perdido. Pero Miss Haré siempre se había encontrado a gusto allí, y en aquel momento tenía el espíritu alerta.

—¿Quiere usted decir que su marido la acusó de haberle matado?

Mrs. Jolley sufrió un estremecimiento.

—¡Qué corazón tiene usted! ¡Y que casa! Una siente estallar la cabeza entre estos muebles. Además, pienso marcharme... No en seguida, pero...

Ahí se calló en seco. Parecía capaz de un control eficaz e instantáneo sobre sus emociones y sobre toda clase de reacciones. Mrs. Jolley suponía Miss Haré, era lo que se suele llamar una mujer práctica.

—Bien —dijo Mrs. Jolley apretando los dientes—. Basta por hoy.

Pero para Miss Haré no era así. Tenía miedo y sus pensamientos no habían hecho más que comenzar. Si no hubiera estado fascinada hasta ese punto, habría huido de la presencia de Mrs. Jolley, que era la responsable.

—Lo que acaba usted de decir me recuerda algo —dijo— Una sola persona me ha acusado de ser la causa de su muerte.

—¿Quién?

Mrs. Jolley cogió el plato volcado de Miss Haré, que al mismo tiempo la repugnaba y atraía.

—Mi propio padre.

—Es cierto que no habla mucho de su padre —dijo Mrs. Jolley con una sorprendente lentitud.

—Existen demasiadas cosas para decir, y la mayoría son penosas —dijo Miss Haré.

—¡Era su padre!

—¡Hace mucho tiempo! Tuvo una muerte espantosa. Se ahogó en una cisterna.

—¿Dónde?

—Allá, en el patio. Aquella cisterna que recoge el agua de lluvia que cae del tejado y que en aquel tiempo no estaba tapada. Más tarde la cubrimos a causa de los mosquitos.

—¿Y su padre cayó dentro?

—¡Oh! la gente ha hablado mucho, prefiero decírselo en seguida. Mi padre tenía fama de inestable.

—¿Y usted lo vio todo?

—A veces me pregunto qué es exactamente lo que vi.

Norbert Haré tenía momentos iluminados. Una o dos veces las puertas estaban abiertas por la música, o bien se encontraba en una esquina de una calle italiana, o incluso, después de una experiencia peligrosamente irreal en los enramados de piedra de alguna selva gótica, se había sentido caer, jadeante, aturdido, con la mirada ahogada en una bruma lechosa. A veces le había bastado, para liberarse, con contemplar la línea de las colinas que se perfilaban más allá de la propiedad de Xanadu, pero para esto no concedía más que un poco de confianza a los métodos fáciles. Fuera el que fuera el origen de todo eso, no obstante sentía la existencia de un esplendor que no podía conocer más que en breves momentos; equivocadamente o con razón, lo creyó un fracaso. Le sucedía estallar en una risa inquietante, y llegaban a creer los que le escuchaban —vecinos o conocidos— que Norbert estaba loco. Sólo su hija Mary, manifiestamente un poco tocada ella también, sospechaba sus dilemas. Incluso hubiera podido comprenderlos, si él la hubiera dejado.

Pero eso era sencillamente impensable.

Una mañana de verano vaporosa y húmeda, en aquella época del año en que bajo la cizaña se siente palpitar al mundo en un pujante olor a hierba aplastada y la implacable dulzura del arrullo de las tórtolas, apareció Mary Haré real y visiblemente transtornada por el pensamiento de su padre. Aquellos dos seres habrían vendido su alma por huir, pero ninguno de ellos se atrevía a tomar la iniciativa. Ella estaba allí, plantada ante él en el sendero que serpenteaba bajo los laureles alcanforeros y que conducía al patio.

—¿Eres tú, Mary? —exclamó Norbert Haré, con las comisuras de los labios blancas y secas.

Sus palabras eran suficientemente expresivas. ¿Cómo hubiera sido capaz de responder? Inmóvil, retorcía una brizna de hierba entre sus dedos.

Por casualidad la luz proyectaba una sombra de belleza bajo el viejo gorro rizado que llevaba: belleza campesina, grosera, curtida y fugitiva. Pero su padre no se lo reconoció, él que quizá desde años se negaba a admitir aquella posibilidad, y le dijo desde lejos, aunque muy claramente en medio del silencio:

—¡Qué aborto, qué feto!

Sus emociones se agitaron; los rayos de luz resplandeciente se hicieron pedazos y los rizos entrechocaron violentamente. Ella sintió el sudor correr a lo largo de su cuerpo en ardientes chorros, y se fijó en la boca cerrada y la nudosa garganta de su padre.

—Si crees que eso va a durar siempre. Soy yo quien decido, y nadie más.

¿Había escuchado ella aquellas palabras mientras se alejaba? Nunca lo había sabido con certeza, pero quizá habría deseado escucharlas.

De la carne muerta de la hierba se desprendía una gran fetidez. Sentía como si un paño fúnebre de hojas la ahogara. De repente resonó su voz de hombre, aumentada por un megáfono de piedra.

Volvió sobre sus pasos, y al comprender que el ruido provenía de la cisterna, se acercó al borde. Él se agitaba en el agua. Sus cabellos colgaban sobre sus ojos como una franja mojada, tirante y negra. Sus ojos estaban espantados, pálidos, con una mirada lejana, y de su garganta, por influencia del frío y del miedo, salía un enloquecido glú-glú. Ella sabía lo helada que estaba el agua, porque un día metió la mano, en época de sequía, en el cubo que llevaba el jardinero.

Y ahora, su padre.

—¡Ve a buscar algo, Mary!

Parecía escuchar la voz de sus sueños.

—¡A alguien!

Sin embargo la escena era divertida. Tenía el aspecto de un perro pachón que se ha lanzado al agua. La auténtica tragedia de aquel ahogado parecía compuesta por elementos cómicos.

No obstante echó a correr. Cogió una polea, un viejo soporte de cuerda todo blanqueado, y regresó al borde de la cisterna, muy por encima de él, en la luz.

Le encontró con un aspecto mucho peor que antes, como si mientras ella iba a por la polea, en aquella luz y bajo aquel ángulo, él tuviera miedo de Mary.

Ahora lloraba, como un chaval, con la boca húmeda y pálida.

—¡Socorro! —gritaba—. ¡No, Mary! ¡Ten piedad de mí! ¡Ve a buscar a alguien en seguida, por amor de Dios!

Aunque rígida, la polea habría podido ayudarle, pero él la apartaba con sus manos azuladas, y cada vez que se hundía para emerger de nuevo, la franja caía en su sitio sobre la frente, y por fin ella recogió su falda hasta el vientre, y echó a correr, sin saber mucho qué la empujaba. Ella era dos seres en uno solo.

Corría en aquella mañana desierta que posaba sobre ella sus manos viscosas. Tropezó con la grava y cayó. La casa parecía una colcha abandonada incluso del eco lejano. Aquella misma mañana el segundo jardinero había olvidado poner los pequeños quitasoles que protegían los pétalos de las rosas.

Cuando Mary Haré condujo a William Hadkin y a un joven criado, era evidente que la locura de su padre le había sido fatal y que de nada habría servido lamentarse. Ya no se le veía. Saltó una rana, cayó una hoja y quedó flotando. Cuando por fin se le retiró del agua negra, sus ojos pálidos miraban con terror a aquellos que no habían sabido salvarle, y por primera vez su hija se dio cuenta de hasta qué punto se parecían.

Después de eso, Sarsaparrilla supo que Norbert Haré había caído en la cisterna de Xanadu. Sin embargo, los que le habían sacado de allí estaban dispuestos a jurar que él lo había hecho aposta, y otros llegaban a preguntarse si... Pero aquello habría sido poco caritativo, por no decir inimaginable. El asunto quedó así, y se evitaron las habladurías para que nadie fuera a turbar los funerales.

Al principio se pensó que la viuda no se repondría de su dolor, o ¿era mejor decir de su impresión?

—Lo siento por su pobre madre —dijo Mrs. Jolley—. Aunque tampoco ella esté aquí ya. Es necesario haber tenido un marido e hijos para ponerse en su puesto.

—¡Hay personas que se creen las únicas capaces de comprender a los perros!

—¿Cómo?

—¡Nada! —respondió Miss Haré, riendo dentro de la taza—. Hablábamos de mi madre. Ya lo sentía bastante por sí misma, creo. ¡Más que bastante!

—¡Qué cruel es usted!

—Me han hecho cruel. Pero no lo soy completamente —añadió la mujer del rostro lleno de pecas, después de un segundo de reflexión, y con una voz más dulce— o estaría muerta.

—¿Entonces?

—¡Existen muchas cosas que amo con todo mi corazón!

—¿Es usted cristiana?

—Eso —suspiró Miss Haré— no soy yo quien debe decirlo, aunque comprendiera exactamente lo que significa.

—Yo soy cristiana —dijo Mrs. Jolley—. Formo parte de la Iglesia de Inglaterra desde que era niña.

Hubiera sido capaz de aplastar a alguien para probarlo.

El ama de llaves insistía:

—¿Nadie se ha ocupado de su educación religiosa?

Miss Haré se encontraba demasiado embarazada como para responder.

—En fin, si usted cree... Ya que usted cree en algo, ¿no?

Miss Haré vaciló, y luego comenzó a hablar muy lentamente:

—Creo, pero no puedo decirle en qué, como tampoco puedo decirle lo que soy. Es demasiado difícil, no tengo esa facilidad, las palabras no me vienen, quiero decir... ¡Sí, sí, creo! En lo que veo y en lo que no veo. Creo en la tormenta, en la hierba mojada, en los rayos de luz, en el silencio. ¡Existen tantas cosas buenas y hermosas por todas las partes de la tierra...!

Mrs. Jolley no pudo impedir exclamar:

—Pero ¿por encima de todo eso?

—¿Por encima?, ¿por encima? Me gustaría que no me hiciera usted preguntas sobre eso —dijo Miss Haré.

Se había levantado, vacilaba, toda temblorosa, y Mrs. Jolley sintió miedo. ¡Cómo odiaba a aquella figura coloradota! ¡Y si fuera a tener un ataque!

—Lamento haber puesto sobre la mesa este tema, si eso la lleva a semejantes estados —dijo el ama de llaves en un tono hermético, volviendo la vista y controlando su voz.

—Oh, no —murmuró Miss Haré antes de marcharse.

Mrs. Jolley tendió el oído con la esperanza de escuchar el ruido de una caída, deseando incluso la muerte de Miss Haré. Entonces todo lo que fuera claro y sólido, todo lo que fuera conocido y admitido recobraría sus derechos.

Por eso Mrs. Jolley corrió a la cocina a preparar una tarta. No era un día de fiesta, pero, sin embargo, a ella le encantaba hacer tartas, preferentemente de color rosa, con dibujitos y una inscripción. El rosa siempre había tenido mucho éxito en la Asociación de Madres de familia, en el obrador, y en el club de padres o de jóvenes. ¡Y lo que gusta, forzosamente está bien!

Cuando amasaba la pasta, Mrs. Jolley cantaba los cánticos más rosas, sus preferidos, e incluso tarareaba algunos cuya letra no conocía. Ocupada en su pastelería, veía todo color de rosa, y cantaba. Amaba al Cristo de las vidrieras y de los cánticos, de largo rostro rosa, y los bucles que caían suavemente sobre sus hombros. Así todo estaba bien. Todos los hogares, todos los niños estaban salvados. Todo estaba santificado por su tarta.

En Xanadu la gran cocina parecía dislocarse y abrirse a las tinieblas.

Mrs. Jolley cantaba dando el último retoque a la tarta. Ladrillo tras ladrillo, el edificio se elevaba; naturalmente era tarta redonda la que ella elevaba a la gloria de los pabellones, cuadrados, y de sus habitantes. En su pensamiento colocaba mamás y niños pequeños —pocos señores — y a las muchachas con sus trajes frescos, con sus aros minúsculos y sus bolsas en la mano, y los amores de los muchachos, con sus pecas y sus cabellos desordenados y sus dientes manchados de haber comido demasiado pastel. Mrs. Jolley lo celebraba cantando. Destruir o conservar, se convierte en lo mismo cuando se ha pagado el primer seguro.

Cuando llegó el momento del glaseado, el delicioso olor de la tarta y su propia contribución a la moralidad familiar habían devuelto sus fuerzas a Mrs. Jolley. Necesitaba conservarlas. Eran sus nervios los que le habían jugado una mala pasada, y la compañía de aquella pequeñaja.

Pero, en realidad ¡había de qué reír!

Cuando regresó Miss Haré, Mrs. Jolley se tronchaba. La doble fila de sus dientes blancos resplandecía en la cocina.

—¿Podemos reírnos juntas? —preguntó Miss Haré.

—¡Ya lo creo!

Mrs. Jolley reventaba de risa.

Miss Haré se vio obligada a fingir una sonrisa.

—Soy una miserable, ¡esa es la verdad! —exclamó Mrs. Jolley tronchándose de nuevo.

Si le hubiera quedado un poco de aliento habría derrumbado de un solo golpe aquel viejo castillo de naipes sobre la cabeza de su propietaria, y se habría marchado a volver a encontrar el mundo de las tranquilas certidumbres.

IV

Miss Haré no podía saber exactamente en qué momento había comenzado a tener miedo de Mrs. Jolley; sin embargo pensaba que se remontaba a aquella mañana en que el ama de llaves le había presentado una tarta rosa decorada con una inscripción ejecutada muy hábilmente en letras de fantasía: Para una mala chica.

—j Qué magnífica tarta! — había exclamado con una especie de horror.

—Nunca habría sabido que tenía dotes artísticas si mi yerno, el marido de Elma, mi hija más joven, no me lo hubiera dicho —respondió Mrs. Jolley, tosiqueando, sin embargo, modestamente—. Espero que no la moleste mi pequeña broma —añadió— ¡Es necesario que las señoras solas se diviertan así!

Observaba a su patrona que tenía las narices justo sobre la tarta cremosa.

—¡Oh! sí, estoy completamente de acuerdo.

Miss Haré se puso a reír, y con el talón de la pierna derecha tiesa se puso a golpear las baldosas de la cocina.

Entonces Mrs. Jolley bajó la mirada.

Sí, en el momento preciso en que Mrs. Jolley bajó la mirada es cuando Miss Haré comenzó a tenerle miedo. Evidentemente no temía nada físico. ¿Quién podía atacarla? Era demasiado vieja, demasiado fea, demasiado pobre, demasiado desprovista de interés para todo el mundo. Pero presentía una amenaza por lo que había en ella de incorporal, y que era lo esencial de su persona. Hasta entonces había creído que el tiempo y la soledad habían hecho en ella algo indestructible. Incluso los acontecimientos históricos, la guerra, habían sido impotentes para agitar su ser profundo. Aparte de las relaciones con su padre, el desagradable incidente con William Hadkin y la muerte de su pobre cabra, había tenido muy poca experiencia del mal. Jamás abría un periódico; su vida transcurría viviendo, y no leyendo como hacían los demás. Así el mundo había girado sobre el eje que ella había construido, hasta el día en que Mrs. Jolley había introducido sus virtudes en Xanadu.

Varios días después de que fue comida su inscripción, Miss Haré continuó obsesionada por la tarta rosa. Necesitaba comprender, y comprendía, pese a las zonas de pensamientos oscuros por donde no se atrevía a aventurarse su espíritu, parecidos a esos malignos matorrales en donde encontraba a veces huevos de golondrina aplastados o el inteligente cráneo de una cabra.

Era difícil adivinar lo que Mrs. Jolley sabía exactamente. Bajaba los párpados como si se pusiera una máscara, y se disimulaba tras el velo de la conversación, que Miss Haré reducía cada vez más: los montones de ladrillos que Mrs. Jolley apilaba para albergar a su familia, los cubos de ladrillos rojos que proliferaban, los yernos, hombres de aspecto corpulento, con trajes apretados, mojando el pan en la salsa, antes de subir a dormitorios de seda y roble barnizado. ¡Y los niños! Demasiado listos, demasiado limpios, demasiado educados, en fin, sucios muchachos.

Sólo la fe habría podido resistir tal impacto, y Miss Haré tenía la suya. Para revivir se metía en la maleza, y cuando había encontrado el riachuelo cristalino seguía su lecho de guijarros. Cada surco de agua revelaba su misterio, del que ella misma no era el menor. Al fin estaba regenerada. Volvía por otro camino, y reconocía la Mano divina en los nervios de cada hoja, y penetraba con la abeja en la divina Boca. Si por la tarde no levantaba aún los ojos al cielo, es porque todavía no había recobrado toda su fuerza. El amanecer conviene a las almas débiles, y ella penetraba en él con gratitud, y no sin un amplio y profundo conocimiento.

Fue una mañana de confusión y de renovación cuando se encontró más cerca que nunca del joven negro. Se había cruzado con él dos o tres veces en los caminos que conducían a Sarsaparrilla, aunque las pequeñas Godbold le habían dicho que vivía del lado de Barranugli. Else, la mayor, creía que se trataba de un aborigen...

Gracie gritaba que era un sirio, un indio, un gitano. Y Maudie decía que Gracie no sabía nada.

En todo caso, Kate estaba completamente segura de que el negro estaba el último sábado borracho y acostado en las ortigas.

Else hizo callar a su hermana.

Maudie fue la única que dio una información seria y concreta: estaba empleado en casa de Rosetree, una fábrica de faros de bicicletas, justo a la salida de Barranugli. Su padre había trabajado allí algún tiempo hasta que se hartó. Maudie había visto salir al negro de la fábrica con los demás obreros. Llevaba su tartera y una gran tabla cuadrada que la había intrigado.

Había siete niños en casa de los Godbold, siete niñas exactamente, y era raro no encontrarse a alguna en las afueras de Xanadu, bien paseando un perrito, bien cuidando un pájaro, siempre absorbidas en sus ocupaciones. Las pequeñas Godbold acababan por saber muchas cosas. En conjunto, sus cuerpos estaban endurecidos, las plantas de sus pies encallecidas y sus cerebros eran sensatos.

Era bastante sorprendente que ellas no estuvieran mejor informadas sobre el negro en cuestión; sin embargo aquello no sorprendía a Miss Haré, que no deseaba otra cosa ya que respetaba la vida privada de las personas... Veía a muy poca gente y apenas si sabía hablarles. Prefería espiarlos detrás de las matas, cuando ella misma no era más que un mosaico de luz en la sombra. Así es como se sentía en su

elemento. De esta forma espiaba al negro cuando recorría los caminos que conducían a Xanadu. Un día se había cruzado con su mirada y reconoció sin esfuerzo algo familiar; y otra vez sus almas se habían desbordado en una caricia suave y ligera como de una pluma. Pero todo eso fue muy breve, ya que un repentino pavor se había apoderado bruscamente de uno y otro. Desde entonces habían procurado evitarse, hasta aquella mañana, poco después de que Mrs. Jolley hubo comenzado a torturar a Miss Haré.

Las cosas sucedieron así:

Miss Haré acababa de aparecer detrás de un arbusto que en Australia se llama «huevos con jamón», en el límite de la maleza, al salir de la carretera que se encontraba más abajo de Xanadu. Se dio cuenta de que habían coincidido cuando, de pie junto a la valla, escuchó unos pasos.

Y de repente el negro apareció ante ella, casi a su nivel.

Aquella vez el desconocido parecía tomar su situación como natural. Sobre los huesos no tenía más que piel, y hubiera dado la impresión de que arrastraba los pies si no fuera porque su caminar tenía una cierta seguridad. Sus labios carnosos e indolentes se abrían ligeramente sobre unos dientes manifiestamente excelentes, y su voz, directa y agradable, sorprendía. En seguida le dirigió la palabra, como si aquello participara del orden de las cosas.

—El agua —dijo con el índice extendido—. Sube. ¿No sabe usted que se encuentra en un pantano?

Miss Haré miró entonces a sus pies, y repitió con voz estrangulada:

—El agua.

—Va a ver cómo dentro de un minuto rebasará sus zapatos —le advirtió la voz.

Luego prosiguió su marcha, y ella continuó plantada al borde del camino como si acabara de ver pasar una procesión, Claro está que le era completamente igual mojarse los pies. Aquella mañana era agradable, y el aire estaba tranquilo. Todas las hojas descansaban.

Según se alejaba el hombre, las piedras del camino sonaban bajo sus pasos regulares aunque no pesados. Su delgadez era extrema y su caminar descuidado, pero ella se dio cuenta de que sus espaldas carecían de inquietud, al menos por el momento, ya que los seres humanos no pueden evitar eternamente las tempestades, lo mismo que el cielo.

Observaba su espalda con gratitud, pues encontraba en ella una recompensa. Ambos iluminados continuaron apaciblemente encerrados en sus envolturas carnales; sabían uno y otro que sin duda nunca se comunicarían con palabras, y sin embargo habían intercambiado un testimonio de buena voluntad que cada cual conservaría eternamente. Con los ojos cerrados ambos habrían reconocido en el otro a un apóstol de la verdad, y eso bastaba.

Entonces, en efecto, el agua subió por los zapatos de Miss Haré, como lo había predicho el desconocido, pero apenas si se preocupó y no se apartó en seguida.

Cuando regresó, Mrs. Jolley acababa de llegar de la iglesia.

—¡Ha habido cánticos! —exclamó—. ¡Y un sermón! ¡El pastor es estupendo!

—¡Si está saciada, tanto mejor! —dijo Miss Haré.

—La religión no es un alimento —protestó el ama de llaves.

—Cada uno encuentra en ella lo que quiere.

—Claro que existen paganos. Y me pregunto qué es lo que ha podido estar haciendo usted.

—Me he ido a la maleza —confesó Miss Haré.

Mrs. Jolley lanzó un pequeño silbido entre sus dientes perfectos.

—¡Un domingo!

—Todos los días sirven —dijo Miss Haré.

Mrs. Jolley no pudo impedir replicar:

—Pero ¡el domingo no es un día para los espantapájaros!

—No —dijo Miss Haré más tímidamente—, es un día para los cristianos.

Mrs. Jolley no lo escuchó.

—¿Se ha encontrado a conocidos? —preguntó secamente a su ama.

¡Su ama! ¡Por semejante salario era una obra de caridad trabajar allí!

—No —respondió Miss Haré, que en suma decía la verdad, pero sin embargo temía ser cogida en mentira—. Por lo menos —añadió— he visto al negro.

—¡Uf! ¡Un sucio indígena! No dejaría que se me acercasen esas gentes ¡Y además en la maleza! ¡Ninguno vale nada! ¡En la maleza! ¡Acabará por acarrearse complicaciones, mi querida señorita, ya verá!

No pudo evitar sonreír.

—Es cierto— hubo de reconocer Miss Haré—. Me han dicho siempre que los indígenas eran borrachos y también sucios y corrompidos.

Pero era ella quien se sentía ensuciada. Mrs. Jolley la había manchado.

Mrs. Jolley había puesto su cuello de pieles en el respaldo de una silla de la cocina. Era de pieles de zorro plateado, repetía con gusto, un regalo de su familia. Sin duda alguna, el cuello de pieles de Mrs. Jolley era el emblema de su dignidad.

Miss Haré se sentía profundamente triste, y Mrs. Jolley desconfió. Sacó vivamente una cacerola del armarito haciendo tanto ruido como fue posible.

—Y ¿cómo se llama ese indígena?

—No lo sé —dijo Miss Haré— pero si le interesa se lo preguntaré a las Godbold.

—¿Las Godbold? ¿Quiénes son?

—Unas niñas. Su madre es amiga mía.

—¡No es posible! ¿Usted tiene una amiga?

—Sí.

—¿Es una persona bien?

—Vive en una cabaña, un poco más abajo de la estafeta. Es lavandera.

Mrs. Jolley continuó sofocada.

—Jamás habría creído que una señorita como usted, la señora del castillo y todo eso, frecuentara a personas de clase inferior a la suya. Tenga en cuenta que digo «a la suya». No es asunto mío, ya lo sé. Pero una persona bien en una cabaña ¡nunca se ha visto!

Pero Miss Haré estaba entonces demasiado absorta para pensar en otras cosas.

—¡Ah! —dijo humildemente— es la mejor de las mujeres.

Miss Haré se volvió al escuchar los pasos que subían la escalera. Al principio le habían parecido muy decididos, o mejor, pesados, implacables, antes de que el tiempo y la costumbre le hubieran atraído su atención sobre su constancia, y en seguida, acostada en la cama de la habitación del primer piso, el torrente de sus emociones se le hizo casi insoportable mientras que desesperaba ver abrirse la puerta.

Sin embargo sería un invierno de la Segunda Guerra Mundial cuando la gente, por lo menos una o dos personas, se preguntaron un día que qué es lo que le había sucedido a la vieja Miss Haré. Era un pensamiento sin malicia, que en seguida se olvidó. Pero una mañana, la joven Gracie, corriendo sobre la pista helada que había sido el césped de Xanadu, y del que todas las Godbold habían hecho su territorio de caza, vio algo en la ventana y volvió a decírselo a su madre.

No había visto gran cosa, a causa del espejo de la cómoda colocado junto a la ventana, pero pensaba haber reconocido un trozo de la vieja Miss Haré, y Miss Haré tenía un aspecto cómico. Gracie Godbold no

había visto nunca un fantasma, pero se imaginaba que un fantasma tendría aquel aspecto brumoso y grisáceo.

La madre, que era una mujer concienzuda, se puso naturalmente el sobrero y el abrigo para ir a ver lo que pasaba.

Nunca supo nadie qué es lo que había podido sentir Mrs. Godbold en el laberinto de habitaciones y escaleras de Xanadu. Discreta por naturaleza, era también poco comunicativa. Pero por fin, a fuerza de llamar y escrutar en rincones y rincones, descubrió la celda de la superviviente, en el centro de la inmensa colmena ruinosa.

Miss Haré yacía en una cama lujosa con dosel.

—¿Es usted Mrs. Godbold? —dijo—. Hace algunos días que no me siento muy bien. Pero espero que esto pasará. No me gusta tomar medicinas y desconfío de los médicos. ¡Mire a los animales! Pero realmente me cuesta a veces trabajo respirar, y hace aquí mucho frío cuando hiela fuera.

—Ya lo veo —dijo Mrs. Godbold reflexionando.

Rápidamente se puso en movimiento, de una manera simple pero eficaz. Instaló a Miss Haré más confortablemente, la lavó utilizando una palangana de cristal que los Haré habían traído de Viena —¿seguro que era de Viena?— algunos años antes. Calentó ladrillos que enrolló en toallas y, de la barraca en que vivía, trajo aquella tarde leche en un pequeño recipiente de esmalte blanco, un huevo fresco y una o dos rebanadas de pan cortadas de una enorme hogaza.

De esta forma Mrs. Godbold cuidó a Miss Haré el invierno de su pulmonía. Muchas personas jamás supieron nada, ya que Mrs. Godbold no era charlatana; no importa cómo, los Godbold eran unas de las familias más pobres, y ¿a quién se le habría ocurrido hablar a aquella vieja loca molesta que era Miss Haré, o ir a verla?

Sin embargo se recuperó. Poco a poco se aventuró por la casa, apoyándose en los muebles y tendiendo la oreja como los perros hacia los ruidos familiares de los escalones vacíos.

—Ya lo ve, señorita —decía Mrs. Godbold—, en seguida podrá salir.

—Por fin voy a poder respirar —respondía Miss Haré; pero volviendo rápidamente los ojos hacia el rostro plano y lunar de su compañera, añadió—: Pero lamentaré no volverla a ver.

Mrs. Godbold murmuró algo difícil de interpretar, y después, las dos juntas, dominaron por la ventana las propiedades de Xanadu, en donde comenzaba a caer la bruma, aunque si ellas no hubieran estado allí, macizas como estatuas, el mundo habría podido parecer, a aquella hora, efímero y melancólico.

Para Miss Haré, Mrs. Godbold se había convertido y seguía siendo la manifestación más evidente del bien. Físicamente era demasiado pesada, y sin duda para algunos desagradable, con sus gruesos rasgos, su rostro plano, sus gruesos brazos, su pecho voluminoso y su piel de cera cuyos poros estaban dilatados por las coladas. Y también la amplitud de su frente. Peinaba sus cabellos en espesas trenzas, y sus ojos eran de un gris franco.

En cuanto a su vida era un eterno comienzo. Conocía de memoria las horas grises en que el mundo se transforma y no se concedía un momento de descanso más que para aprovecharse de la estrella de la tarde. Estrechando en los brazos a un niño destetado, rara vez se la veía sin otro de pecho, mientras que un tercero, impaciente, se agitaba en su vientre. Limpiaba, lavaba, cocinaba y llevaba a su marido a la cama cuando, por la tarde, se tumbaba en el suelo.

—¡Va a matarse! —le decía Miss Haré.

—Estoy acostumbrada —respondía Mrs. Godbold—. Y soy fuerte.

Cuando era muchacha, recorría leguas para llegar al campo. Antes de venir aquí vivía en las marismas. Es una región llana, pero no es fácil de recorrer.

Se echó a reír:

—Íbamos todos juntos a patinar, los chicos y las chicas. En nuestra casa éramos nueve. Cuando el invierno era crudo se marchaba al campo inundado; todo crujía a causa del hielo; las pequeñas ramas de los árboles tenían el frágil aspecto del cristal.

Sus ojos se iluminaban mientras hablaba. Su propia solidez parecía dar a las ramitas de cristal una particular cualidad de misterio deseable e inaccesible.

Un día, Miss Haré, acuciada por la fiebre y abatida por la enfermedad, había confiado a quien la cuidaba:

—Tengo miedo a hacerme daño al caer sobre el hielo. ¿Quiere dejar que me apoye en su mano?

—Claro que sí —dijo Mrs. Godbold tendiéndole aquella mano que se hubiera cortado si fuera necesario, con alianza y todo.

—Los caballos de oro —murmuraba de vez en cuando Miss Haré—. Arrastraban a los muertos... ¿Ha visto usted a los caballos? Yo tampoco, todavía no. A veces me aplastan sus ruedas. ¡Me hacen tanto daño!

Mrs. Godbold, en su silla, tenía la inmovilidad de una estatua. Sus caballos de macizas grupas esperaban fustigar el aire con sus colas, como si hubieran tenido ante sí la eternidad. Las ruedas de su carro eran de oro macizo, sólidas en sus ejes como se podía esperar. Tal era al menos la impresión de la enferma, cuya visión no terminaba nunca, sino que continuaba en el estado de luz confusa, dibujando más o menos una vaga silueta dolorosa y ardiente.

—Nunca— se lamentaba Miss Haré—. ¡Nunca, nunca! Como si estuviera condenada a no saber nada.

Al decir estas palabras, consiguió, a fuerza de moverse de un lado a otro, incorporarse en su lecho.

—Tiene que dormir, no es bueno para usted hablar tanto —aconsejó Mrs. Godbold con aire desconcertado, en la medida que eso era posible, como si la enferma hubiera destruido algo que ellas tenían en común.

—¡Estoy mal! —gemía Miss Haré.

Mrs. Godbold dejó que se hiciera el silencio y después, con la mayor prudencia, se arriesgó a decir:

—Voy a rezar por usted.

—Si eso puede hacerle bien — suspiró Miss Haré — hágalo, se lo ruego, pero preferiría compresas de hojas húmedas sobre mi frente.

En seguida se amodorró, y Mrs. Godbold permaneció cierto tiempo a la cabecera de la cama. La tarde era de un silencio perfecto. En su lucha con la sombra, la luz serena conservaba el espesor de un hilo.

Una vez curada, Miss Haré se animó un día a sondear a su amiga.

—¿Hemos cambiado confidencias cuando yo estaba enferma?

Mrs. Godbold parecía no tener ganas de responder, pero se sentía obligada.

—¿Qué confidencias? —preguntó volviendo la cabeza.

—Respecto al Carro.

Mrs. Godbold enrojeció.

—A menudo se tienen cómicas ideas cuando una está enferma. Sin embargo Miss Haré no se equivocó y permaneció convencida de que continuarían compartiendo su secreto incluso cuando su amiga regresara a su rueda de amor y de trabajo en la cabaña más allá de la estafeta.

Mrs. Jolley también estaba segura de olfatear un secreto con su instinto para las puertas que nunca podría franquear. Por otra parte no tenía ninguna envida, ¡claro que no!

—Esa persona tiene un aspecto cómico —dijo cuando Miss Haré le contó, al menos en parte, la historia de su enfermedad.

Miss Haré se echó a reír y su rostro se transfiguró.

Mrs. Jolley sufrió un estremecimiento apenas perceptible.

—¿Qué es lo que hace en aquella cabaña, con todas esas niñas? Y el marido ¿qué es?

¿Había puesto el dedo en la llaga?

—¡Oh! el marido va y viene... A veces le pega. Una vez le arrancó varios dientes. Ha estado en la cárcel por borrachera. ¡Ah! sí, el marido —añadió mientras su cabeza se ponía a oscilar de derecha a izquierda con un aire inquieto y risible, que llenó de satisfacción al ama de llaves—. Existe tanto mal sobre la tierra —dijo por fin trastornada Miss Haré—. ¡Se olvida demasiado a menudo!

—¡No se puede olvidar — afirmó Mrs. Jolley — con los periódicos y las malas lenguas!

—Lo había olvidado —observó Miss Haré—. Es usted quien me ha hecho pensar en eso.

—Pero ¿por qué no lo deja? —prosiguió Mrs. Jolley, que pintaba artísticamente una cáscara de huevo.

—Ella piensa que su deber es continuar con él. Y además, le quiere.

Miss Haré sintió daño al articular esa frase sorprendente.

—¡Si un día paso por la puerta de su casa ya le diré mi manera de pensar!

—¡No se atreverá! —exclamó Miss Haré en un arranque protector—. Es una mujer muy sensible.

—¡Una lavandera!

En aquel momento Miss Haré tuvo la intuición de que el ama de llaves las tendría a su merced.

—Los que tienen fe siempre encuentran un refugio.

—¿Cómo no tener fe en Mrs. Godbold? —murmuró Miss Haré, sin embargo más débilmente.

Mrs. Jolley sabía manejar las palabras, y tenía tras de sí la falange de sus tres hijas y de sus yernos, sin contar con los innumerables chiquillos.

—No estoy acostumbrada a eso —dijo por fin Mrs. Jolley—. Siempre he frecuentado ambientes completamente diferentes.

Miss Haré, que no desconfiaba, tuvo miedo.

—Mrs. Flack estima que en estos últimos tiempos me he encontrado en situaciones que me es imposible comprender y aceptar.

—¿Mrs. Flack?

—Una amiga —dijo Mrs. Jolley dejando caer una cortina de azúcar de su colador— una señora a la que conocí en el autobús. He vuelto a verla a la salida de la iglesia. Es la viuda de un lampista que cayó de un tejado en Barranugli hace algunos años.

—Nunca he oído hablar de Mrs. Flack.

—No son las mismas condiciones de vida —respondió Mrs. Jolley con un tono digno y bastante despreciativo—. Mrs. Flack es propietaria de un pabellón con todo el confort de Mildred Street. Gracias a las relaciones de su marido que era lampista, han podido hacer algo bien. Y he de decirle que su padre era un gran comerciante que no dejó a su hija sin nada, naturalmente.

—¡Naturalmente!

Mrs. Jolley creía que el personaje de Mrs. Flack tomaba forma en el espíritu de Miss Haré quien, sin embargo, no se aventuraba más lejos. Sólo le quedó el nombre, confuso y misterioso.

La misma Mrs. Jolley se volvía misteriosa en los últimos tiempos. Llegaba a aparecer en los huecos de las puertas, o apartar las cortinas de separación tosiendo discretamente. Caminaba con los ojos bajos, o por el contrario miraba a Miss Haré fijamente; y los ojos de Mrs. Jolley eran azules.

—Buscaba los ceniceros —explicaba—. Mis tres pequeños fuman, claro está, y los ceniceros necesitan ser vaciados.

Y después desaparecía, furtiva y silenciosa, para reaparecer más tarde:

—¿Necesita algo? —preguntaba en un murmullo.

Miss Haré se preguntaba: «¿De qué se puede tener necesidad?»

—No —estaba obligada a confesar, bien instalada en su silla preferida que era vieja pero muy cómoda.

—Cada cual a su gusto —decía Mrs. Jolley palpando los asientos—. En mi familia todos hemos elegido terciopelo de Génova para el salón, pero Mrs. Flack, esa señora de la que ya le he hablado, prefiere mejor el petit point.

Pero Mrs. Flack desaparecía rápidamente de la escena.

—¿No necesita nada? —repetía Mrs. Jolley.

Miss Haré intentó descubrir una necesidad razonable.

—No —estuvo obligada a reconocer avergonzada.

Un día Mrs. Jolley anunció:

—Esta mañana he recibido una carta.

Había seguido a su patrona a la terraza. Se acercaba la noche. Pesados nubarrones se acercaban moviéndose gravemente a través del cielo y después se aniquilaban en grandes resplandores.

—No he visto su carta —dijo Miss Haré.

—¡Oh! la recibí en la estafeta. Me hago dirigir toda mi correspondencia a la estafeta, como medida de prudencia, si lo prefiere.

Miss Haré observaba a un coleóptero que atravesaba una maceta llena de tierra. Hubiera deseado no ser molestada.

—Era de Mrs. Apps —continuó Mrs. Jolley—, de Merle, mi hija mayor. Merle siente debilidad por su mamá, sin duda porque estuvo muy delicada de pequeña. Pero tuvo su desquite más tarde, con un marido que no le niega nada, nada razonable, claro está, y que no pueda dañar a su situación. Mr. Apps es agente de aduanas, pero pronto va a pedir el retiro. Él es muy estimado, incluso debería decir que indispensable; de esta forma Merle frecuenta a los jefazos del servicio. A menudo da recepciones en su casa, con buffet frio y todo: croquetas de pescado, salchichitas y todo eso. A veces sirve un plato familiar, pollo a la reina, por ejemplo. No me gusta halagar a mi familia, pero Merle sabe hacer las cosas como es debido. No una vez sino diez, se han publicado en los periódicos sus menús.

Miss Haré observaba al insecto.

—Así pues he tenido una carta de Merle —continuó el ama de llaves—. Me deja entrever, sin decírmelo, claro está, porque a Merle no le gusta mucho decir las cosas, que no está muy contenta de las disposiciones que ha tomado su mamá para llevar una vida independiente después de la trágica muerte de su padre.

Mrs. Jolley observaba a Miss Haré.

—Evidentemente yo no le he dicho ni la mitad. Merle habría puesto el grito en el cielo al ver en qué situación me encuentro, porque siempre toma parte en las desgracias de los demás.

Mrs. Jolley observaba a Miss Haré. Se había levantado viento y al ama de llaves no le gustaba permanecer afuera. Era de esas personas que aceleran el paso por la calle para llegar en seguida a las tiendas.

—Todo el mundo tiene preocupaciones, aunque no siempre se sepa —dijo Miss Haré que se preocupaba de su cárabo— pero en general existen compensaciones.

Mrs. Jolley tuvo una breve inspiración. Le inspiraba horror aquella terraza, el viento que despeinaba su cabello y el amenazador olor de la noche.

—¡Si las personas que ganan un salario miserable deben encima esperar compensaciones! —protestó.

—¡Cómo le gusta hablar a la gente! —exclamó Miss Haré, no sin admiración—. A veces las conversaciones de mis padres duraban horas. Pero uno se podía instalar confortablemente en el interior de sus palabras... Como en una tienda de campaña cuando llueve, ¿comprende lo que quiero decir?

Mrs. Jolley no podía dejar pasar aquella ocasión:

—¡Pobres padres!

Miss Haré perdió el hilo de lo que decía. Dejó al insecto por el que no podía hacer nada.

—¡Deje a mis padres en paz!

El cielo marmóreo era hermético, pero de una belleza desgarradora, sus rasgos paralelos rosas y malvas estaban ahora estriados de negro y añil. La luna parecía el pálido fósil de una falena.

—¿Quién ha sacado a relucir el tema? —exclamó Mrs. Jolley riéndose en medio del viento áspero—. Siempre he tenido tacto para no herir a ciertas personas, sobre todo cuando han sido testigos de una muerte tan extraña.

Miss Haré quedó petrificada entre las macetas abandonadas y la figura de Diana de la escuela de Canova cuya mano estaba rota por la muñeca.

—Precisamente eso es lo que intento hacer. ¡Una no se puede dejar explotar indefinidamente! Además estoy invitada, o al menos una amiga que tiene salud débil quisiera que la hiciera compañía.

Un espasmo acometió la garganta de Miss Haré como el de una rana. No era tanto la perspectiva en sí misma la que la consternaba como la manera en que se la había comunicado, y el impacto de la sorpresa.

—Si realmente tiene la intención... —murmuró.

Mrs. Jolley no habría tenido ni para empezar con un ser al que ella hubiera sospechado debilidad.

—Usted ya ha vivido sola —insinuó ella sonriendo—. No seríamos australianos si no supiéramos desenvolvernos solos. Mis tres hijas en sus casas saben hacer de todo: cambian los fusibles, pintan y hacen de carpinteras.

Mrs. Jolley había adoptado el tono solemne de aquellos con los que es imposible discutir.

—Es posible —dijo Miss Haré.

En el fondo ella continuaría siendo siempre la pequeña pelirroja de otros tiempos. Su sonrisa se movía como el agua poco profunda sobre los guijarros.

—Eso es —suspiró Mrs. Jolley—. Eso es todo lo que quería decirle. Las cosas cambian y las gentes hacen otro tanto.

Entonces frunció los labios, como si retuviera un eructo.

De otra forma habría tenido miedo de repente.

—¡Déjeme! —exclamó bastante alto pero sin gritar—. ¡Miss Haré! —repitió más fuerte —¡Me hace daño en las muñecas!

Pero Miss Haré, por su lado, no podía resistir los negros torbellinos de sombra que se abatían sobre ella, y si no tenía la satisfacción de Mrs. Jolley, es porque era presa de la suya. Durante algunos instantes no fue ella misma.

En cuanto a Mrs. Jolley la noche se había cerrado sobre ella como un torno, dejándole escasamente la libertad necesaria para luchar contraías serpientes de su conciencia. Ambas mujeres luchaban sobre la grava de la terraza, la redecilla del cabello del ama de llaves había sido arrancada, tal vez por el viento, y de su boca con dientes fosforescentes salían silbidos y gritos.

Varias tardes a la semana, Mrs. Jolley, después de haberse puesto sus guantes y su sombrero con el velo, iba a Sarsaparrilla a casa de su amiga. No estaba lejos —la calle se encontraba en lo alto de la cuesta— pero sí lo bastante para transformar un paseo en una misión. ¡Qué realidad la de la acera! Mrs. Jolley la golpeaba con alegría, de la suela al tacón. La sola visión de un autobús entre las casas hacía circular su sangre, lo mismo que las rodajas de rosbif y las ristras de tripas en la carnicería le alimentaban el alma, y el escaparate de una ferretería le llegaba al corazón. Mrs. Jolley caminó bajo los árboles hasta Mildred Street. Era un lugar bien situado, a cinco minutos del supermercado, con un médico en la esquina de la calle.

Iba sonriendo a las señoras asomadas a las ventanas de sus casitas de ladrillo. Quizá el tiempo de rectificar la posición de una costura o dos, y habría[1]llegado.

Los ladrillos de la casa de Mrs. Flack eran más bonitos, sus tules de mejor calidad que los de los demás, gracias quizás a las relaciones comerciales de su difunto marido. KARMA era el nombre que estaba inscrito en una placa de esmalte cristalino. Pero la propietaria tenía la tendencia de hacer discurrir la conversación en su casa sobre la preocupación de su delicada salud. Sin embargo, hacía ir a un viejo que segaba el césped por algunos chelines, y había descubierto a otro, más viejo todavía, susceptible de hacer el mismo trabajo por menos dinero. Todos los jueves iba una asistenta a ayudarla, pero quizá no por mucho tiempo... Dependería.

Mrs. Jolley adoraba el pestillo de Mrs. Flack, adoraba la rústica valla, y los setos de poliantas Orange Triumph. Se estremecía al acariciar los muros de ladrillos; el ruido de la caída del agua la precipitaba en abismos de concupiscencia.

Mrs. Flack acogía raramente a su amiga con otras demostraciones que no fueran:

—¡Mummm!

O:

—¡Bien, bien!

O todo lo más:

—No he mirado el calendario, pero lo sospechaba.

Sin embargo, Mrs. Jolley comprendía el sentido de lo trivial. Runruneaba como un gato, pero sin nada a qué frotarse.

La gente decía que Mrs. Flack tenía el cutis amarillo, pero era exactamente de un beige mediano. Contaba gustosamente que padecía del hígado desde hacía años. También tenía cólicos biliares y varices, pero lo peor era su corazón. Si no se supiera que era viuda, se la habría creído casada con su corazón. Sin embargo, pese a todas esas complicaciones y esos achaques, iba a todas partes con su caminar lento y decidido, e incluso si se encontraba en su casa, estaba notablemente bien informada de todo lo que pasaba. Algunas personas irrespetuosas se habían permitido sugerir a veces que Mrs. Flack debía ser omnipresente, incluso bajo las camas con los orinales y las alfombrillas, pero la mayoría de la gente sentía demasiada consideración por ella como para poner en duda su autoridad. Sus sombreros eran demasiado clásicos y sus informes demasiado detallados, para eso. Allá donde toda ligereza es barrida, la confianza parece marchar sola, y los dientes de Mrs. Flack eran lo bastante largos y reales como para dar consistencia y solemnidad a sus palabras.

Las observaciones se apagaban en los labios de Mrs. Jolley en presencia de su amiga. ¡Su amiga! La palabra era inquietante y sin embargo mágica. Mrs. Flack elevaba los ojos hacia los Orange Triumph sobre los que dirigía el chorro de una manguera de plástico, o bien, sentada en su salón detrás del vapor profètico del té, ajustaba su mirada antes de abrir la boca.

—Esa pobre desgraciada —decía—, que no es necesario nombrar, una se pregunta cómo habrá conseguido no morirse de hambre, desde el tiempo que hace que sólo se alimenta de mendrugos y un poco de grasa. Con una familia como la suya, muy acomodada, ¡por no decir afortunada! Han intentado meterla en un asilo después de la muerte de su madre, lo que era más cómodo para ellos, pero aulló durante horas, aferrándose a los barrotes, hasta que se vieron obligados a dejarla. ¡En fin! Yo me siento contenta de no tener a nadie ni la menor obligación. Ni siquiera existe hipoteca sobre la casa.

Mrs. Jolley se vio obligada a protestar:

—¡Cuando se tienen hijos como yo!...

Mrs. Flack se callaba, extirpaba un trocito quemado de una tortita, y la consideraba con mirada acusadora:

—Es una experiencia que desconozco —declaraba. Y luego, después de haber fruncido el ceño se ponía a reír, débilmente, a causa de su frágil salud claro está, entre las dos rayas pálidas de sus labios.

Parecen palitos de queso, pensaba Mrs. Jolley, que en seguida se reprochaba su falta de respeto, y añadía vivamente:

—No tenía la intención...

Balbucía algunas palabras.

—No quería hacer alusión... ¿Está usted realmente sola?

—Sí, querida amiga —suspiraba Mrs. Flack.

En ese momento sucedía algo de una particular sutileza que nadie habría podido percibir, aparte de ambas interesadas. La simpatía que era su catalizador parecía destruir la envoltura de sus personalidades, aunque lo esencial de ellas podía diluirse y confundirse. El pensamiento apenas si tenía cabida en un estado tan pasivo y tan átono, y sin embargo era difícil no asociar una actividad mental con un silencio de una cualidad tan firme y penetrante. Sentadas en sus sillas, ambas mujeres impregnaban la estancia del gris de la falena y de su espíritu único. Pequeños suspiros iban a romperse en luminosos chasquidos sobre el respaldo del canapé. El ruido líquido de sus borborigmos se esparcía por las superficies impecablemente barnizadas. Sus miradas se evitaban, inútiles agentes de su intimidad. Aquello habría podido parecer una perfecta comunión de almas, si al mismo tiempo no se hubiera olfateado la más perfecta colusión.

En general, Mrs. Jolley se reponía la primera. La vacuidad de su espíritu era de nuevo amueblada con imágenes. Por ejemplo la del neceser de toilette que tanto le gustaba en la habitación de Mrs. Flack, hecho de materia plástica color azul pastel.

El rostro de Mrs. Jolley se endurecía, se plegaba, como un edredón azul y rosa que se hubiera petrificado.

—Puede que sola —murmuraba— ¡pero con un hermoso hogar!

—Sí, pero sola no es lo mismo —respondía generalmente Mrs. Flack.

Y después sonreía.

Pero no era tan triste como todo eso; ambas sabían que una solución estaba en sus manos, únicamente con que lo quisieran.

Mientras que el té y el bienestar aumentaban su mutua comprensión, así como su confianza en sí mismas, aquellas dos señoras discretas y bien educadas desenfundaban sus cuchillos para intentar cortar a los personajes más débiles. Dominando el mundo bajo sus señales capitaneadas por el petit point, podían vigilar las tapaderas y observar las carretillas que llevaban otros, abrir cráneos como se casca un huevo duro, leer las cartas antes de que fueran escritas y husmear secretos que serían la angustia de sus propietarios.

Esas damas atacaban. Sus palabras tenían la dureza del acero, aunque sus voces australianas tuvieran la resonancia del bronce.

—Mire a los médicos —exclamaba por ejemplo Mrs. Flack— ¡Son hombres como los demás!

—Exactamente —añadía a su vez Mrs. Jolley.

—Sin embargo se les espera ver hacer otras cosas.

—¡Lo que no siempre hacen!

—¡Desgraciadamente! Ya le decía que el otro día, poniéndome una inyección —estoy obligada a ponérmelas por diversas razones— el doctor se me acercó demasiado. Me pregunté si era verdaderamente indispensable, y si era la costumbre de los médicos apretarse contra sus clientes por una simple inyección. ¡Y si hubiera notado su aliento! ¡Cálido y de un olor! No quiero insinuar nada, pero en su puesto yo habría tenido vergüenza de divulgarlo a los cuatro vientos.

—Tat, ¡Tat! ¡Los doctores! ¡Cuando se piensa que personas bien se ven a veces obligadas a dejarse examinar por ese tipo de hombres! Yo no lo he hecho ni lo haré nunca.

—También hay doctoras...

—Oh, las doctoras.

—¿Sabe usted si ellas cuidan también a los señores?

—No lo sé. En todo caso nunca se ocuparán de mí. Yo tengo mi opinión sobre ellas.

A Mrs. Jolley le hubiera gustado conocer aquella opinión, pero la etiqueta prohibía aquel tipo de preguntas.

—¡Sí, seguramente! —suspiró Mrs. Flack.

Después se calló.

Cada una sabía no obstante que la conversación volvería a iniciarse. Aquello no era más que una pausa entre dos movimientos que los iniciados aprovechan para aclararse la garganta, anonadando al inocente que se permite aplaudir.

Mrs. Jolley había aprendido en seguida ese rito.

—El jueves por la tarde —dijo Mrs. Flack que había recuperado el hilo,—la pequeña de Mrs. Khalil, Lurleen, fue vista por tres personas cerca de la iglesia metodista.

—¿Fuera?

—¡En la hierba!

—¿Acompañada?

—¡Oh, la pequeña Khalil...!

—Pero ¿con un señor?

—¡Con tres! ¡Y nunca el mismo! Durante la sesión cinematográfica.

Mrs. Jolley no pudo impedir el reírse.

—¡Estas chicas!...

—¡Ah, no! ¡Chicas como ésas deberían ser expulsadas de la ciudad! Pero cuando la misma policía... No podemos esperar nada bueno de Sarsaparrilla.

—¿Dice usted... la policía?

—No tengo por qué gritarlo a los cuatro vientos, pero se han encontrado los tirantes del agente McFaggott en la hierba del campo próximo al cine. El puede negarlo difícilmente ya que su nombre estaba en ellos. ¡Con tinta!

—Quizá los perdiera.

—Sí, quizá los perdiera.

—O los tirara.

—O tirara ¡Completamente nuevos como estaban! Todavía se veía el precio en el cuero. No, McFaggott está demasiado apegado a su dinero para tirar sus cosas por los campos. ¡A menos que su servicio no le haya vuelto loco!

Entonces Mrs. Jolley se puso a soplar como una oca encolerizada. Su cutis rosado se volvía púrpura.

—¡Qué de cosas sabe!

Soplaba ante el deseo de saber todavía más.

—Pero estábamos a punto de hablar de otra cosa —dijo en tono acusador, pues sospechaba que su amiga tenía algo que contar.

Había sido el día anterior cuando Mrs. Jolley se había reunido con su patrona en la terraza y se había encontrado mezclada en un episodio bastante repugnante. Hasta el punto en que el ama de llaves vacilaba en recordarlo, pero de vez en cuando se palpaba las muñecas. Cuando había salido de allí precipitadamente, había tenido la intención de contar a su amiga la historia, quizá incluso de tomar una gran decisión. Pero, una vez terminado el incidente, ¿podía hacerlo? Incluso ¿lo deseaba?

Sin embargo Mrs. Flack había sondeado:

—Y esa pobre desgraciada en Xanadu... Los simples de espíritu me dan pena...

—¡Ella ha tenido su época!

—Claro, pero las hay de todos los géneros.

—Pero ella ha tenido su época. ¡Todo el mundo tiene su época!

Mrs. Jolley no dejaba de relamerse rápidamente los labios en los que no quedaba ya la menor traza de carmín, ni tampoco dejaba de estrujar sus guantes.

Los ojos de Mrs. Flack lanzaban destellos, y su amiga tuvo de repente la desagradable impresión de que había alguien bajo su piel.

—Hay que pensar en eso, claro —opinó Mrs. Flack.

—Hay que pensar en eso.

—Sin matarla a ella.

—¡Es poco probable!

Mrs. Jolley se echó a reír:

—Sin embargo es necesario que corra el riesgo. Como cuando éramos jóvenes, en una perrera bajo un techo que reventaba de calor, con pequeños guisantes para pelar, o vainas que pasar por el tamiz, y la cocinera nos zurraba la badana.

—¿Es usted rencorosa, Mrs. Jolley?

—No, no soy rencorosa, pero no he olvidado aquella época.

—Ese es un sentimiento que nunca he experimentado, el rencor

—declaró Mrs. Flack.

Se callaron por un momento para encontrar una vez más aquella deliciosa impresión de desintegración y de unión.

Pero el tiempo pasaba. Mrs. Jolley se levantó, viva, animosa, y recogió sus bonitos guantes.

—Bueno —dijo—. ¡Muchas gracias! Ahora es necesario que regrese al lado de mi pobre señorita.

Y aspiró profundamente, sonrió y guiñó los párpados, todo a la vez.

Por su parte su amiga adoptó un aire digno y más ceremonioso. Sus clásicos gestos habrían podido ser los de un friso.

—Si se decide, ésta será su silla —dijo Mrs. Flack posando los dedos y una sortija de rubíes sobre una almohadilla muy rellena.

Mrs. Jolley no se animó a mirar, ni siquiera a hacer una reflexión, pero comprendía perfectamente.

—Aquí es donde se sentaba él después de su té de las seis, —llegó a confiarle Mrs. Flack en aquella ocasión—. Le gustaba comer pronto y luego ponerse a gusto... Nadie se volverá a sentar en esta silla, a menos que una amiga fiel...

Sin embargo Mrs. Jolley estaba entonces demasiado agitada para tomar una decisión. La expresión de su boca y sus gestos no eran los mismos, como si su ánimo se estuviera disputando entre las dos dueñas. No pudo responder más que:

—Espero una carta antes de darle una respuesta segura. ¡Usted sabe cómo son las cosas!

Entre las manos del destino, agobiada por el dilema, humilde y sonriente, Mrs. Jolley bajaba la cabeza. Se dejó conducir hasta la puerta, pasando junto a Las dos princesitas con sus perros, y a un perro pachón de lana que Mrs. Flack había hecho ella misma mientras esperaba que su difunto esposo se decidiera a pedirla en matrimonio.

Ambas señoras continuaban raramente su conversación en el momento de separarse, comprobando si hacía el tiempo bueno o malo y Mrs. Jolley se encontraba en seguida en la calle, con la cabeza siempre modestamente inclinada como una comulgante al regresar del altar. Era consciente de que todas las señoras tras sus ventanas se daban cuenta de su estado de gracia, ya que sin duda alguna la amistad

purificaba.

Ya no se hablaba de Mrs. Flack, pero ella estaba siempre presente en Xanadu. Bajo una cierta luz metálica, detrás de las plantas de laureles delgados y secos, en los rincones de las habitaciones o las patas de los muebles, el suelo de madera, carcomido, había reventado, y en los rellanos en donde la tapicería colgaba descuidadamente, o se desprendía de las paredes, es donde Mrs. Flack se hacía más insoportable, aunque Miss Haré tuvo miedo, no sólo por su ama de llaves y compañera, que poniendo las cosas en el mejor de los casos era una dudosa adquisición, sino, lo que era mucho más serio, por la seguridad de sus bienes. Ya por medio de Mrs. Jolley, Mrs. Flack se había introducido en las menores ranuras de la piedra. La dueña de Xanadu se despertaba a veces por la noche en su cama llena de bultos y su oído esperaba el derrumbamiento... ¿O bien se trataría únicamente de un enorme soplido que convertiría la mole caída en montones de polvo?

Aquellas dos eventualidades aterrorizaban a Miss Haré.

Una noche tuvo hipo, y las salas de mármol de Xanadu resonaron de extraña forma. Mientras que iba de acá para allá, las chucherías de cristal que rozaba con el codo tintineaban. Un objeto de porcelana se rompió en alguna parte del salón.

—¿Qué le pasa, desmañada? —exclamó Mrs. Jolley—. ¿Es que no puedo dejarla sola dos minutos?

Mrs. Jolley siempre aparecía en el momento crucial. Aquella vez venía del piso superior, según parecía; y las suelas de sus babuchas resonaban en las baldosas. Llevaba una lámpara cuyo halo convertía a la noche en un pequeño ramo de flores. Por fin Mrs. Jolley llegó al salón, llevando en su mano un manojo de flores amarillas.

—No se puede confiar en usted, está bien claro —dijo la honesta ama de llaves ante los fragmentos rotos del objeto de porcelana.

—Todo esto es mío, ¡me parece! —se atrevió a replicar Miss Haré.

—¡Claro que es suyo! —dijo Mrs. Jolley irónicamente.

—Y nadie lo tocará.

—Salvo si todo lo convierte en añicos, comprendida la casa. ¿Qué hará ahora? ¡No hará otra cosa que irse a su maleza y contar las gotas de lluvia!

—Tengo hipo. Mejor dicho, tenía hipo, creo que ha pasado.

El ramillete de Mrs. Jolley se estremeció.

—¡Lo que usted ha tenido es miedo! ¡Se podría hacer fortuna lanzando a la cabeza de todos los que tienen hipo estas baratijas!

El impacto de las carcajadas de Mrs. Jolley rasgaba la noche. Miss Haré se sentía curada de su hipo, pero se sentía desfallecer.

—Mrs. Jolley —repitió—, su amiga...

La palabra resonó como un trueno.

Pero Mrs. Jolley que respiraba con dificultad en su corsé con ballenas metálicas, se había inclinado para recoger los trozos del jarrón, y mientras los barría tintineaban como trozos de hielo. Sin duda no lo había escuchado. Y Miss Haré se preguntaba qué es lo que habría dicho en caso contrario, pues si la presencia de Mrs. Flack era constante, no era menos tangible.

Después Mrs. Jolley se incorporó.

—¿No me irá a dejar? —imploró Miss Haré.

La mujer quedó inmóvil. Se diría que acababa de descubrir un grano en el labio. Era demasiado embarazoso.

—Dejarme en la oscuridad, quiero decir... —explicó Miss Haré.

—¿Ha llegado hasta aquí, no? Con el hipo, ¿y antes?

Parecía contrariada.

—¡Oh!, sí —dijo Miss Haré— me quedaré aquí si usted quiere. Voy a abrir el postigo; había olvidado que hacía luna llena. Voy a quedarme aquí sentada un poco tranquilamente.

En seguida la luna iluminó algunas partes del suelo en donde se quedó Miss Haré después de la marcha de Mrs. Jolley. La vagabunda consiguió resistir mucho más de lo que esperaba, y por un extraordinario esfuerzo de voluntad consiguió no ser arrastrada contra las orillas de la noche. Sin embargo otras formas amenazadoras rondaban a su alrededor, y aunque en el último segundo se revelaban buenas, ella no podía dejar de identificarse con las que le parecían malas. En el brumoso silencio, ambas mujeres expertas en torturar, desplegaban su cabellera y se cubrían el rostro con un velo. Sus palabras se le ofrecían ocultas. Por otra parte comprendía que era imposible percibir el motivo de los actos si no podía leer en los rostros.

Al amanecer, Mrs. Jolley apareció, bien real, y arrancó el pequeño timón de las heladas manos de Miss Haré. Mientras hacía danzar la barca en su ira, veía caer sobre sus flancos las gotas de rocío.

—¡Cómo me odia usted! —dijo Miss Haré ante aquella encarnación del mal.

El rostro de la liberadora se estremecía de exasperación. La ausencia de la dentadura postiza envejecía su boca, que de hecho habría debido expresar inocencia, mientras que al contrario las palabras vibraban, casi lívidas, entre sus encías.

—Pienso en su salud, eso es todo —resopló Mrs. Jolley—. En un sentido tengo cierta responsabilidad, pero me pregunto por qué me habré echado esto sobre los hombros.

«Así el mal puede ser al mismo tiempo bien» concluyó Miss Haré, que sin embargo no pudo dejar de añadir:

—¡Pero todavía no ha aplacado el placer de torturarme!

“No voy a malgastar mi saliva con una persona como usted — replicó Mrs. Jolley conduciendo a su patrona hacia la escalera.

Durante el desayuno ambas hicieron como si aquel incidente no hubiera existido. Era una mañana vivificante. Miss Haré tenía la impresión de que la luz irradiaba. Ella misma desbordaba certidumbres y comunicaba con exuberancia sus descubrimientos.

—Me doy cuenta de que me he equivocado al temer por Xanadu— dijo por encima de su plato de corn flakes—. No debo temer que me lo quiten, ya que todo lo que he aprendido seguirá siendo mío.

“|Lo que usted ha aprendido! —estalló Mrs. Jolley—. ¿Qué es lo que usted puede haber aprendido?

—Durante años, cuando aquí había gente, tenía la costumbre de deslizarme bajo la mesa, entre las piernas de los comensales, ¡y he visto muchas cosas!

—Eso pasa siempre en las grandes casas, pero sólo lo saben los criados. Usted estaba sentada en los mismos cojines que su madre y su padre.

—Yo era la criada de las criadas. Era una chiquilla muy fea. Las criadas me leían sus cartas, ya que yo no existía para ellas, y a veces me empleaban cuando necesitaban de mí, sobre todo cuando se ponían sus bonitos sombreros para ir a ver a sus enamorados.

Mrs. Jolley murmuró con burla:

—Haría mejor en comer sus corn flakes.

—Pero no es eso de lo que quería hablarle. Tome el agua por ejemplo. Si se está a solas ante ella uno se vuelve en algo semejante al agua, o entra en ella.

Mrs. Jolley se había levantado y metía la vajilla en el fregadero. Los platos se rozaban peligrosamente, pero no obstante no se rompían.

—Todavía no sé —continuó Miss Haré—, si puedo considerar eso como un descubrimiento. Quizás alguien me lo diga y al mismo tiempo me explique cómo distinguir sin error el bien del mal.

Mrs. Jolley continuaba masticando y su rostro no mostraba más que prominencias. Era evidente que no respondía, y no sólo porque tenía la boca llena.

—Y si Xanadu que no puedo dejar de amar ¿es el mismo mal?

—¡Eso sí! —exclamó Mrs. Jolley acabando de tragar el mendrugo que desde hacía un rato saboreaba.

—Es como algunos objetos de plástico —añadió Miss Haré—. El plástico es malo, muy malo.

En seguida Miss Haré, siempre al acecho, salió momentáneamente fortalecida por su descubrimiento. Se daba cuenta del lamentable espacio de sus insuficiencias que por costumbre sentía hormiguear en la punta de sus dedos.

Luego fue evidente, lo que era normal, que Mrs. Jolley preparaba algo, toda una serie de torturas, mientras dirija los días. Permanecía sentada durante minutos fija la mirada en el calendario que le habían dado en la tienda de ultramarinos para permitirle rectificar un error, ya que Miss Haré nunca se había preocupado del tiempo, y mucho menos de la fecha,

—¡Quién diría que estoy aquí desde hace tanto tiempo! —hizo notar un día el ama de llaves.

—¡Yo! —dijo Miss Haré riendo—, Pero de todas formas es sorprendente.

—Es porque tengo una conciencia —sugirió Mrs. Jolley.

—¡Seguramente!

—Y espero consejos de alguien.

—Yo se los daría si pudiera —dijo Miss Haré sinceramente—. Pero no se puede aconsejar a los demás.

Como lo hacía a menudo, Mrs. Jolley se puso a limpiar el polvo con mayor rapidez, en gestos perfectamente inútiles, a los que la arrastraba su conciencia.

—¿Sabe una cosa? —dijo Miss Haré—. Creo que ahora soy lo bastante fuerte como para no importarme que usted decida irse a vivir a casa de su amiga.

—La amistad —murmuró Mrs. Jolley—, obliga a veces a lanzarse al agua.

—La amistad es como dos cuchillos —dijo Miss Haré—, Se afilan cuando se frota uno contra otro, pero sucede que uno se escapa y una se corta un dedo.

Aquello encolerizó furiosamente a Mrs. Jolley, y arrancó una cortina del comedor. Pero Miss Haré ya no se preocupaba. Sentía que por el momento estaba por encima. ¿O también había algo de malo en ella que a veces tomaba el mando? ¿Algún elemento humano? Evocaba con nostalgia las ocasiones en que había perdido su identidad para confundirse con los árboles, los matorrales, los objetos inanimados, o para penetrar en el alma de los animales, cuyos deseos siempre eran honestos y jamás equívocos.

Se entristeció, pero también lo vio todo más claro y quedó un poco sorprendida por el incidente que permitió a Mrs. Jolley recobrar su propia estima.

Una mañana bastante fresca, ya que era bastante temprano, el ama de llaves había salido al patio en donde se puso a pisotear tan fuerte y tanto rato que no dejó de inquietar a Miss Haré que la escuchaba desde un cuarto trastero, en donde generalmente se sentía en paz, en medio del olor de las manzanas, el correteo de los ratones y la luz quebrada por un viejo ventanuco de bambú deformado.

Pero aquella vez su corazón palpitaba, mientras que espiaba el ruido de aquella actividad sospechosa en el patio. Finalmente el raspar de una pala sobre la piedra —sonido bien reconocible— la lanzó afuera. Bajó rápidamente los escalones poco numerosos pero viejos, corrió por interminables pasillos, al pasar percibió un olor a agua estancada y acabó por llegar, torpe y vergonzosa, al porche que daba paso al patio.

—¡Ah! —gritó en seguida—. ¡La ha matado!

Lo que le quedaba de voz raspó dolorosamente su garganta, y se enfrentó al aire crudo de la mañana.

Ella no estaba en su sitio en el patio, y lo sabía. Unos mechones se escapaban de su moño, su vestido estaba desordenado, pero el acostumbrado carácter de la situación y su inspirado ánimo le hacían gozar de ese desorden. Su sonrisa, que hubiera debido ser demoníaca, era agradable e inocente, mientras bajaba los ojos hacia la pala, o hacia la serpiente cuyas dos mitades todavía se retorcían.

—¡Usted la ha matado! —protestó Miss Haré gimiendo—. Yo le daba leche; y la bebía, y me permitía

mirarla algunas veces, pero no había conseguido ganarme completamente su confianza. ¡Existe algo malo en mí!

Jadeaba:

—¡Así que ha matado a la serpiente!

—Eso no es matar —dijo Mrs. Jolley apoyando la pala contra el muro—. Es desembarazar al mundo de un ser dañino.

—¿Quién puede decir lo que es dañino y lo que no lo es?

Al menos había recibido la fuerza de soportar, y en aquel patio, además, en donde tantas cosas habían sucedido ya, con el sacrificio de su pobre cabra y la innoble muerte de su padre.

Se inclinó para coger las dos partes de la serpiente muerta, y Mrs. Jolley se puso a temblar echándose las manos a la cabeza.

—¡Va a morderla! ¡Son venenosas incluso muertas!

Las horribles manos de Miss Haré parecían tan vulnerables y tan cómicas con sus pecas...

Mrs. Jolley tuvo un acceso de risa contenida, después murmuró:

—¡Qué extraña soy! ¿Cómo habré podido...?

Aplacada por su triunfo, no miró lo que su ama hacía con el pequeño cadáver, pero casi en seguida se enfadó.

Mrs. Jolley era capaz de permanecer enfadada varios días más, hasta el punto de olvidar que era una señora y madre de familia, si Miss Haré se arriesgaba a preguntar:

—¿Le gusta el plástico a Elma?

O bien si insistía:

—Vamos, Mrs. Jolley, háble me del convite que dio Merle en honor del director de aduanas, el día en que se quemó la besamel.

Su interés era sincero. Habría adorado ver al director instalado ante su mesa barnizada durante las horas de oficina, con una taza de té con leche en la mano.

O bien incluso preguntaba:

—Nunca me ha dicho si Mr, Apps tiene bigote.

O:

—Me pregunto si un conductor de locomotoras tendrá miedo.

Mrs. Jolley no respondía. Se enfadaba, pero Miss Haré sentía un poco de vergüenza al imitar la crueldad de los hombres.

—Yo soy la mala —suspiraba a media voz.

La casa estaba siempre llena de resonancias. El viento se colaba cuando las mujeres olvidaban cerrar las ventanas, ahora casi cada día, aunque las hojas muertas comenzaban a esparcirse por los brocados y una vez se encontró, sobre la mesa, el papel que había envuelto el bocadillo de un paseante o de un oficinista viajero. Sin sus recuerdos estereoscópicos Miss Haré habría estado sorprendida y apenada.

—Esto es demasiado -decía Mrs. Jolley.

Pero como era posible arrugar una pelota de papel llevada por el viento, es lo que hizo Miss Haré, que en seguida la tiró a un rincón, en donde permaneció invisible.

Por el contrario, durante todo aquel tiempo, era evidente que algo iba a producirse. Mrs. Jolley esperaba la inspiración, Miss Haré una explicación, y la espera era generalmente recompensada de una u otra forma.

En el caso del ama de llaves, era posible que la prolongada ausencia de símbolos materiales hubiera

quebrantado su fe religiosa y detenido las cosas. ¿Era concebible que los muros de ladrillo rojo, que siempre había venerado, fueran susceptibles de desmoronarse como las piedras de Xanadu? Aquella era una bomba demasiado grande, demasiado increíble para ser aceptada por un espíritu ordenado, y así descartaba esa posibilidad. Pero es difícil creer en las bombas antes del momento de su caída. Que Mrs. Jolley vacilara o no tras el velo tembloroso de sus convicciones, era evidente que abría su libro de oraciones para intentar descubrir la eficacia y el desconcierto de sí misma, pero era inútil. Llegaba incluso a evocar la imagen de su marido, y luego recordaba algunos aspectos de su última entrevista: una ceja inmovilizada, los dientes clavados en la última palabra, eterna como una piedra. Entonces renunciaba. Comenzó a sufrir ardores de estómago, y su dentadura permanecía a veces toda la mañana en su vasito.

Pero, naturalmente, la verdadera causa de su enfermedad era su dueña. Desde que lo comprendió, Miss Haré no hizo más que padecer.

El ama de llaves se puso a circular por la casa, toda sumergida en intenciones. Giraba el picaporte de las puertas que hasta entonces nunca había abierto, y esto la condujo a subir hasta la pequeña bóveda de cristal amatista, en donde encontró entre el aire viciado, un montón de huesos podridos de pollo. Husmeaba sin cesar en los armarios, en medio de selvas de largos trajes bordados, mientras que un satinado de cuentas metálicas le llovía sobre el dorso de las manos, y las barbas de plumas y los menudos plumones olvidados por madres sonrientes revoloteaban ante sus narices. Había forzado cerraduras cuando deseaba leer cartas que estaban en un cajón, y en las que sólo había descubierto palabras.

Al carecer de un arma verdadera, cargada de infalibles municiones, o provista de un cuchillo que matara limpia pero cruelmente, se volvía positivamente rabiosa. Era imposible que bajo una arena inocente y vacía, existieran subterráneos de una decrepitud tan suntuosa. Frente a esta última sospecha, Mrs. Jolley estaba un día junto a la mesa de madera de Boulle, cuando vio de repente un objeto que quizá siempre se había encontrado allí aunque ella no se había preocupado en fijarse en él. Era un abanico de plumas de pavo real, regalo del mercader armenio del hotel de Asuán. Acababa de desplegar las hojas del abanico, y la concha quebrada y el pergamino despegado de las plumas ya no servían para nada. Estaba de pie, sin resolverse, con el abanico entreabierto en la mano.

Pero Miss Haré lo comprendió demasiado bien.

Acababa de aparecer en la puerta, tocada con su eterno sombrero de mimbre. El que Mrs. Jolley hubiera descubierto el abanico de su madre carecía de importancia. Los recíprocos sentimientos de Mrs. Haré y de su hija reposaban más en el deber que en el amor. Pero Miss Haré comprendió entonces que aquel abanico podría convertirse en una bisagra de la que dependía mucho si se abriera inconmensurablemente.

—Le ruego que vuelva a dejarlo sobre la mesa —dijo—. Es antiguo y muy frágil.

—Es un bonito abanico —murmuró Mrs. Jolley.

En su perfil todavía medio oscuro, parecía medio diabólica, medio pueril.

—¡Para ir al baile!

El recuerdo de las veces que ella había ofrecido a los que bailaban, bandejas con helados, giraba en su cabeza con una luz cruda.

—Déjelo en su sitio, ¡por favor! —insistió Miss Haré sin mucha esperanza.

—¡Cómo bailarían con los plumones de cisne antes de que se los comieran las polillas! —prosiguió Mrs. Jolley—. ¡Toda la noche! ¡Hasta el amanecer!

Entonces sucedió algo espantoso: Mrs. Jolley se puso a bailar, primero lentamente, vacilante, arrastrando sus zapatillas de trabajo sobre el suelo del salón de Xanadu. Su rostro no hacía todavía más que ensayar expresiones, sus brazos y su cuerpo posturas. Pero su coraje o su mal genio prevalecieron. Desaparecieron las muecas de sus mejillas, y su boca se fijó en una sonrisa de porcelana blanca azulada, la sonrisa de la obsesión. Ciertamente se deslizaba, flotaba, rechinando, lo que no podía ser de otro modo estando como estaba encorsetada; y sin embargo estaba fuera de todo mundo, de todo control, fuera el suyo propio o el de su patrona.

¡Su patrona! Aquello siempre la había hecho reír, y entonces más que nunca. Se deslizaba, flotaba.

Del salón entró en el comedor, arriesgándose incluso a dar vueltas.

Volvió la cabeza hacia atrás, con la garganta tensa. Su risa subía, brotaba en pesadas carcajadas.

—¡Al baile, al baile! —cantaba Mrs. Jolley.

Después su voz se estranguló. Mientras daba vueltas se puso a toser. ¡Qué polvo!

—Si intenta hacerme sufrir, no lo conseguirá —lanzó Miss Haré—. ¡No la miro!

Pero ella también bailaba... bajo su amplio sombrero de mimbre. Dio la vuelta tropezando con sus cortas piernas macizas.

—¡Todos los jóvenes — cantaba Mrs. Jolley—, todos los jóvenes tienen que bailar con la heredera de Xanadu!

Al mismo tiempo se abanicaba y sus pupilas azules eran entonces demasiado jóvenes para conocer la piedad.

—¡Todos los jóvenes! —añadió—. ¡Con bigotes o sin bigotes! ¡Y los débiles primos! ¡Dios mío! — jadeaba Mrs. Jolley fatigada.

Un montón de plumas de pavo real se desprendió.

Miss Haré la seguía... Tal vez la conducía... En todo caso giraba como una peonza, con breves gemidos.

Las figuras de la danza que se desarrollaban tortuosamente a través de las habitaciones y antecámaras, pasillos y rellanos, y que subían a lo largo de las empinadas escaleras, conducían sin embargo todo derecho al pasado que nunca había parecido tan ridículo, vestido de tarlatana y seco bajo su carmín. De esta forma Miss Haré la seguía o conducía; y Mrs. Jolley bailaba, a veces de la forma obscena con que se estrecha el cuerpo de una pareja, haciendo caer de vez en cuando una silla dorada, y todos los bailarines de todos los valses de otros tiempos regresaban a Xanadu: los respetables pechos y los pequeños senos en forma de manzana, las venas de coral o de aguada tinta, las mejillas de tiza y los moños torturados, y los señores, ¡los señores! Nunca los zapatos de charol habían confesado tan abiertamente como en la ocasión de la cruel representación de Mrs. Jolley. Nunca la música de Sydney había conservado tanto brillo bajo el lustre. Nunca la conversación había abierto heridas tan profundas.

Arrastrando los pies, girando, tropezando, las bailarinas iban en varias ocasiones a pasar al otro lado de la rampa. A Miss Haré le palpitaba el corazón y Mrs. Jolley retenía su aliento. Pese al maleficio de los arabescos que se estiraban, hechos de aire y de música, y ponían en peligro su vida, la dueña de Xanadu prefería mirar el one-step, cuyo ritmo les iba mejor a las grandes señoras de mirada triste que avanzaban laboriosamente.

Una profunda tristeza reinaba en las amplias habitaciones deterioradas, en los espejos y los recuerdos.

Por último Miss Haré no pudo evitar el gritar:

—¡Deténgase, se lo ruego! ¡Deténgase!

Los cordeles que controlaban sus actos le hicieron levantar la mano pidiendo misericordia.

Entonces los bailarines se detuvieron. Y Mrs. Jolley se detuvo.

—¡Gracias! —dijo Miss Haré jadeante. — ¡No puedo permitirme tantas cosas en un solo día!

Estaba casi anonadada bajo el ala de su pesado sombrero.

Mrs. Jolley quedó sorprendida y dijo, en un tono de reproche que su cansancio atenuaba:

“¡Usted me ha hecho bailar! ¡Y hubiera podido romperme el cuello! En fin, no tengo por qué criticar mi posición, sobre todo cuando usted no está en sus plenas facultades, ambas lo sabemos bien.

—¿Mis facultades? —dijo muy dulcemente Miss Haré.

El ama de llaves se preguntó si no había ido demasiado lejos, y después decidió coger la ocasión por los pelos.

—¿Ha olvidado la otra tarde en la terraza? —dijo vivamente—. ¿Y lo que dijo e hizo antes de perder

el conocimiento?

—¿Qué tarde en la terraza? —replicó lentamente Miss Haré.

—No cuente conmigo para detallar la fecha —añadió secamente

Mrs. Jolley—; ni para repetir exactamente lo que usted dijo. ¡Pero he tenido señales en las muñecas durante días!

—¿Yo le hice daño?

—¡Y cómo! Felizmente para mí usted se desvaneció.

—Pues no recuerdo nada.

—Era una especie de ataque.

Un agitado terror amenazaba con devorar a Miss Haré.

—Pero ¿no le dije nada? —insistió—, ¿Nada importante?

—Eso depende de lo que usted entienda por importante.

—¡Respóndame! —ordenó Miss Haré.

Mrs. Jolley se hacía rogar.

—Respóndame, Mrs. Jolley —insistía la propietaria.

Entonces Mrs. Jolley cambió de táctica, en parte porque olfateaba el golpe de gracia en lo que iba a decir, y en parte porque tenía un poco de miedo.

—Se trataba de un carro —mencionó con la mirada acerada pese a su temor.

—No quiero que se me mienta —exclamó Miss Haré.

—La verdad duele —replicó Mrs. Jolley triunfal.

—Es usted una mujer mezquina, una mala mujer —acusó Miss Haré—. ;Lo sabía, siempre lo he sabido!

—¡Diga lo que quiera! ¡Ya que oye carros en el crepúsculo como si se tratara de taxis...!

—¡Oh, qué mala es usted, qué mala!

—Y usted está enferma. ¡He sido una estúpida al no llamar a un médico para que la cuidara!

—¡No llame nunca a un médico! ¡Nunca, nunca!

—No me quedaré lo bastante para verlo.

—¡Se quedará con sus pensamientos y será peor!

—¿Qué es lo que sabe de mis pensamientos?

—Lo que usted me ha dicho.

Mrs. Jolley debió hacer un esfuerzo para soltar su delantal que estrujaba con ambas manos.

—Entonces, estamos bajo la misma insignia.

Miss Haré se negó a admitir aquello y daba vueltas desesperadamente a la cabeza para descubrir la prueba de su elección.

—Pero bueno, ¿qué es lo que dije? — repetíacon un tono suplicante—. ¿Qué dije aquella tarde en la terraza?

Mrs. Jolley movía la cabeza.

Si Miss Haré no hubiera estado tan débil quizá se habría inquietado más. Un abejorro zumbaba mientras construía su nido en el resquicio de una puerta. El ama de llaves se había eclipsado según su costumbre. Un desierto azotado por el viento no hubiera estado más vacío que la soledad evocada por el

ruido del insecto.

Sin embargo aquélla era una mañana de primavera, en el lujurioso momento en que reposa la hierba. La propiedad parecía vivir bajo la hierba. La luz no era ya el honesto metal dorado que esparce el sol, sino que rezumaba el amarillo verdoso y la misma pulpa de la hierba. Cuando Miss Haré salió de aquel mundo verde, las ramas de las gramíneas la arañaron, mientras que otras la amenazaban. Pero ella había visto lo peor y continuó su camino.

Descendió y se aventuró entre las plantas tiesas, agudas, sonoras, y las zonas de sombras, en que los ramilletes mullidos, indolentes, se doblaban exhalando un olor amargo. Fue hasta lo que en otros tiempos era un vergel por el que se paseaba, según creía, hacía muchos años. La carencia de sonidos no impedía la celebración primaveral. El laberinto de los árboles de ramas no cortadas se cubría de un barniz nuevo en donde brotaba la gracia de los ramilletes de flores inmaculadas. Reconocía el ciruelo, el árbol más grande que nunca había visto.

El ciruelo había alcanzado manifiestamente el apogeo de su gloria anual, y florecillas blancas y apretadas desafiaban a la hierba y devolvían su color al cielo. Por otra parte, el sol había recobrado sus derechos y colgaba del árbol una guirnalda luminosa.

Miss Haré al pasar se rozaba con la hierba perfumada. Habría podido nadar eternamente en aquella ola hacia la isla de su árbol, con las manos alargadas y suplicando no ya que la salvara, sino que la reconociera.

Entonces él salió entre las matas donde parecía estar sentado.

—¡Oh! —dijo ella, inmovilizándose en las olas de hierba que le azotaban las rodillas.

El la esperaba de pie junto al árbol, aunque nunca le hubiera visto ella.

—He venido —dijo el hombre—. He visto el árbol.

—Sí, es mío. ¿No es cierto que es hermoso? No lo había visto desde hacía años.

Lanzaba pequeños murmullos de alegría y reconocimiento.

El hombre parecía reconocerla, o al menos no sorprenderse, lo que era reconfortante.

Ella vio que era extranjero y muy feo.

—¿Quiere usted sentarse a la sombra? —le preguntó—. Para aprovechar el árbol.

Estaba tan llena de ardor, tan llena de una luz feliz, que una negativa no la habría herido; y eso que tan a menudo era rechazada.

Pero el hombre aceptó su ofrecimiento.

—Me llamo Himmelfarb —dijo en un inglés correcto pero singular.

—¿De verdad?

Se agacharon juntos para pasar bajo las ramas que iban a convertirse en palio.

SEGUNDA PARTE

V

Cuando se sentaron sobre dos piedras que parecían haber sido colocadas a propósito por ellos al pie del árbol, no se ocuparon el uno del otro durante algunos instantes, volcados como estaban hacia el mundo exterior como si contemplaran por última vez aquellas formas familiares que sus posteriores experiencias podrían quizás hacer desaparecer de sus vidas. Desde su florida tienda de campaña, notaron entonces que las masas del vergel estaban entrecortadas por sombras de madera gris. En su precaria existencia, los árboles eran mucho más verdes cuánto más canijos y desafiaban con su sombra la luz intensa mientras que sus pequeños frutos irradiaban un resplandor de oro febril. Por debajo del ciruelo todo era extraordinariamente evidente para la vista y el espíritu, y se habría podido engendrar la

desesperanza si no hubiera habido constantes pruebas de continuidad: un pájaro acurrucado en la gris taza de su nido, una panda de conejillos que saltaban como juguetes mecánicos sobre las hierbas, los párpados de un lagarto que testimoniaban que no estaba petrificado al sol. Todo era silencioso, pero en las ramas del ciruelo bullía una vida cada vez más sonora, ensordecedora, en la que estaban sumergidos.

En ese momento, Miss Haré se volvió hacia su compañero pues se preguntaba si sería de aquellos a los que se presenta excusas.

—Esto es lo que me interesa vivamente —dijo.

Le hubiera gustado que sus manos fueran en su ayuda, pero éstas no se movieron. Hizo un torpe gesto con la cabeza:

—Todo este tipo de cosas, quiero decir, son las que comprendo.

Se daba cuenta de que estaba más desesperadamente confundida que nunca, y sentía su lengua contraída, redonda y dura.

Sin embargo, el hombre sacudió la cabeza, y vio que la tomaba en serio; entonces estiró las piernas enfundadas en sus horribles medias de lana marrón.

—Es difícil apreciar esto, excepto en teoría —dijo el hombre—. Todavía hace poco tiempo que estábamos confinados en los ghettos. Los árboles y las flores crecían al otro lado de las murallas, en realidad al otro lado de nuestra vida.

Miss Haré murmuró algo acerca de las dificultades que encontraba.

—Debo confesarle algo —dijo—. Apenas si he recibido instrucción. Mi padre no tenía paciencia. Y además —confesó—, me era espantosamente difícil, y sin embargo necesario, aunque decían que yo era una simple de espíritu. Sin embargo siempre he sido capaz de comprender muchas cosas.

El hombre no manifestó ninguna sorpresa, quizá por costumbre era grave.

—Lo que quiero decir —prosiguió él— es que soy judío, y los siglos de la historia nos han acostumbrado a mirar hacia dentro y no hacia fuera.

—¡Oh! —dijo Miss Haré—. ¡No son ustedes los únicos!

Se detuvo y luego murmuró:

—¡A veces es horrible!

Un molesto silencio se había abatido sobre ellos.

Entonces ella tendió un brazo y cogió una rama que consiguió arrancar del árbol.

—Mire —le dijo mostrándosela.

Tenía la corola entre sus cortos dedos que hacían pensar en larvas. ¿Le repugnaría a él tanto como a los demás?

Él se inclinó para mirar la flor. Mary nunca había estado tan cerca de un hombre, ya que, incluso en sus momentos de intimidad, su padre había guardado las distancias y evitado los gestos que hubieran podido transformarse en lazos de unión; era pues natural que entonces le observara intensamente. Examinaba los rizos que él tenía en el cogote, justo por encima del cuello de la camisa. La desordenada abundancia de sus cabellos bastante fuertes y negros despertaba el amor de Miss Haré por toda materia viva, y la llenaba de confusión como si hubiera descubierto el secreto que un amigo respetado no intenta disimular.

El hombre mostraba un interés algo exagerado por la flor del ciruelo.

—Está casi marchita —dijo.

—No, está floreciendo —corrigió ella—. Ahora va a haber un período que muchos encuentran sin interés, con pequeños frutos verdes no más gruesos que la cabeza de un alfiler; y luego surgirán las grandes ciruelas violeta, llenas de jugo. Pero vendrán también los gusanos. Las ciruelas estarán repletas de gusanos.

Siempre hablando examinaba la piel del hombre. Su rostro sin belleza no se había abierto a ella todavía, y sin embargo sintió que no era de los que disimulan ex-profeso. Su rostro era de piedra, pero anteriormente debía haber tenido el calor que conservan las estatuas en verano cuando el sol se ha retirado. Miss Haré estaba particularmente fascinada por la gran nariz que hubiera esperado encontrar cruel, y que sin embargo parecía tener tanta dulzura que hubiera querido tocarla.

—Observa usted minuciosamente las cosas —dijo el hombre riendo.

—Ahora ya no observo —respondió ella—. Sé.

Y después enrojeció, ya que Peg la habría acusado de vanagloriarse.

El continuaba examinando la rama, pero ambos sabían no obstante que no era necesario ya. Las manos de Miss Haré eran inconscientes de la flor que seguía sosteniendo sin espachurrar y ella le hacía pensar en ciertos animales: los perros que reconocen la buena fe de un amo, los gatos que alimentan a sus crías bajo los ojos de un extraño. Patosas y salpicadas de manchas, aquellas manos parecían supremamente confiadas. Su voz se elevó, pero con una nueva resonancia, la de una madre o la de una institutriz.

—Temo no haber comprendido bien su nombre.

—Himmelfarb —dijo.

—¡Dios mío! Nunca conseguiré recordarlo. ¿No tiene ninguno más fácil?

—Mordecaí.

—¡Es todavía peor! —exclamó con aire impotente pero feliz.

—Me han llamado de muchas formas, y a menudo según la inspiración del momento, pero en el fondo los nombres son inútiles, incluso cuando son legítimos.

Ella bajó la vista para huir de lo que no comprendía.

—Los míos son muy sencillos —se atrevió a decir casi avergonzada de pronunciarlos. Pero cuando se decidió, él tuvo un aspecto encantado, y preguntó con un cierto entusiasmo:

—¿Sabe usted que cuando se mira atentamente a la luna se puede distinguir la silueta de una liebre?

—No, pero no me sorprende —respondió ella con aire convencido.

—El animal del sacrificio.

—¿Qué quiere decir? —preguntó casi jadeante.

—En algunas partes del mundo se pretende que la liebre se ofrece en holocausto.

—¡Oh, no! —gritó ella—. No quiero creerlo. Se encuentra uno demasiados cuchillos en el camino sin ir deliberadamente a buscar otros.

—El símbolo de la liebre que se sacrifica de buen grado es menos penoso que el del macho cabrío emisario que se debe arrastrar completamente sangrante por los cuernos, ¿no?

—No me hable de machos cabríos ni de cabras, se lo ruego. No comprendo esas cosas...

Su silencio inmediato y natural la calmó, aunque ella prosiguió:

—Creo que nunca me he encontrado con judíos. Quizá con uno que mi padre empleaba, un afinador de pianos. ¿Los judíos son diferentes a las demás personas?

—¡Tan diferentes como es posible!

-¿Y eso le gusta?

—Nosotros no lo hemos elegido.

—Comprendo —dijo ella—. Yo tampoco, no soy como las demás.

El se echó a reír y se inclinó para recoger la rama florida que ella había dejado caer y comenzaba a marchitarse.

—Matemática y moralmente esto nos convierte en iguales. Estoy muy contento.

No había ninguna ironía en sus palabras, y ella a su vez se regocijó. Aquel judío no era de las personas que se burlaban de ella.

—En la fábrica en que trabajo —dijo encerrado de nuevo en sí mismo tras unos muros mucho más elevados que aquellos de los que había hablado— todo el mundo piensa que soy diferente de los demás.

—¡Claro que sí! —exclamó ella—. Siempre dicen eso. ¿Qué fabrican en su fábrica? ¿Está lejos de aquí? No me la imagino. Descríbala.

—Está en Barranugli. Se fabrican diferentes cosas, pero sobre todo faros de bicicletas.

—Me horrorizaría eso —dijo ella con vehemencia—. Pero espero que usted no vivirá lejos.

—En Sarsaparrilla.

—¿Dónde?

—Más allá de la estafeta.

—¿Tiene usted casa?

—Si a eso se puede llamar casa...

—Claro que sí, lo sé, una pequeña casa marrón. ¡Oh, nada vale lo que una casa! Uno se puede esconder en una casa.

Y después un recuerdo pareció subir a la superficie de su conciencia y añadió:

—Hasta cierto punto.

El judío pensaba que aquella extraña figura contrahecha corría el riesgo de prodigarle al mismo tiempo torturas y beneficios.

—Yo tengo una casa allá abajo — continuó ella con prudencia—, detrás del vergel. Quizá se la muestre un día, ¡Veremos!

El judío seguramente comprendía en efecto la gloria y el misterio esenciales a los que las Mrs. Jolley eran ciegas. Sí, la gloria, ya que la decrepitud, incluso la pestilente decrepitud humana no era forzosamente el final de todo.

—A menudo no estoy libre.

El hombre parecía a disgusto. Pero no rechazaba nada; más bien parecía intentar resistir algo que le tentaba.

—Ya lo sé —dijo Miss Haré—, la fábrica. Pero usted necesita respirar algunas veces. Las mismas plantas respiran.

Su voz era entonces entrecortada, pero triunfal. Jamás había hablado de esa forma a nadie. Semillas de pensamientos germinaban en su espíritu y a él le parecía que ella podría comprender en seguida cosas que hasta entonces habían sido el secreto de los demás.

—A menudo he entrado a escondidas en su vergel —confesó el judío—, y también me he sentado bajo su árbol.

—Es un comienzo —murmuró dulcemente la mujer.

En su infancia había aprendido a caminar como los animales heridos o temerosos, y como los pájaros a mantenerse en una rama.

—Volverá, ¿no es cierto?

Ahora suplicaba, pero esa voz era como si se tratara de sus propios intereses.

—Quiero que me hable de su vida. ¿Querría?

Parecía ávida y sus manos intentaban capturar las palabras que no llegaban.

—Existen muchos detalles, muchos incidentes que usted no podría comprender —respondió el judío,

según le pareció, más fríamente que antes—. Es normal.

—Sí, siempre existen muchas cosas que no se comprenden. Pero eso no tiene importancia, porque un pequeño detalle de nada basta para explicarlo todo tan claramente que uno casi se queda ciego.

Se le hacía un nudo en la garganta. De repente la ahogaban las ideas y las palabras, y esperaba que no iría a perderle por aquello.

El judío sintió vergüenza del pasajero sentimiento de repulsión que ella le había hecho experimentar. Y sus remordimientos no dejaban de recordar una impresión experimentada en circunstancias análogas cuando, por una razón superficial, su sensibilidad le impulsaba a repudiar a un miembro de su raza.

—Es una historia larga y complicada —confesó él dejándose ir contra el tronco de árbol cuya corteza se le marcó en el cuello sin que se diera cuenta—. Quizá le cuente una parte... Otro día.

Pero lo más curioso es que dábase cuenta de estar completamente lanzado en el relato de los detalles más íntimos, a veces los más horribles de cuantos le habían sucedido. Es cierto que en aquel aire inerte y pesado, tenía la impresión de dirigirse a un animal, o quizás a algo menos; se acordaba de haber visto hongos que sugerían la más pasiva de las existencias, y ella era capaz de una inmovilidad total. Solamente más tarde semejante actitud le dio terror, como si se hubiera dedicado a pisotear los mismos pies de la vida.

Pero entonces, bajo el árbol bullicioso de abejas y de silencio, se sumergió en un amodorramiento exquisitamente doloroso hasta el corazón de sus recuerdos, con un abandono que hasta entonces le había estado prohibido.

La mujer escuchaba.

«¿De verdad?», murmuraba, pero sólo al principio. O bien: «¡Oh, Dios mío, no! ¡No, no, no!»

Con sus manos intentaba liberarse de la prueba que vivían juntos, o combatir inminentes terrores.

Mordecaí Himmelfarb había nacido en Alemania septentrional, en Holunderthal, en el seno de una familia de prósperos negociantes, en los alrededores de 188... Moshe, el padre, comerciaba en pieles, gracias a unos parientes rusos, muchos de los cuales atravesaron Alemania cuando Mordecaí era todavía un niño. La razón de su éxodo había sido discutida, tras las puertas generalmente cerradas, por tíos y tías, en medio de pequeños gemidos de angustia que lanzaba su madre cuando oía hablar de injusticias cometidas con los de su raza. Si Moshe, el padre, permanecía al otro lado de la puerta, prefiriendo acariciar la cabeza de su hijo o incluso beber una copa en el Stübchen[4] no era porque careciera de simpatía sino porque, al contrario, era muy sensible. Los dramas de aquel género le trastornaban tanto que prefería ignorar su existencia.

El pequeño Mordecaí se dio cuenta del montón de parientes que apareció de repente para desaparecer enseguida: los primos de Moscú y de San Petersburgo, ni ricos ni relucientes, y sus mujeres con sus jaquecas y sus gritos, aferrados a los restos de su esplendor y aún capaces de dar sorpresas sacando de un bolsillo disimulado en su manguito pequeños objetos o brillantes. Toda aquella banda abigarrada se iba a América, según decían, hacia la libertad, la justicia y el futuro. El los miraba franquear la verja de hierro forjado en la entrada de su casa alemana.

También existían rusos más modestos, vestidos con trajes más raídos y polvorientos, que habían sufrido las mismas indignidades y que su madre recibía con un respetuoso afecto, y su padre con una jovialidad acrecentada. En particular existió el rabino galiciano del que Mordecaí no recordaba nunca el rostro, pero que permaneció en su recuerdo como una presencia y un contacto de manos.

Los pogroms[5]no habían dejado a aquel primo lejano de su madre más que su diligente fe y los vestidos que llevaba sobre los hombros. Cualquiera que hubiera sido su destino, por el momento se había detenido en la casa de Holzgraben, en Holunderthal, en donde su prima le había hecho entrar en la pequeña habitación sombría reservada a las visitas de los íntimos y de los miembros de su familia que se encontraban en dificultades. La madre estaba sentada, vestida con el traje negro que llevaba siempre entonces, y acariciaba los cabellos del niño. Aun sin mirar al rabino extranjero, el muchachito le veía. En la pequeña habitación oscura, la madre que hablaba en una lengua todavía desconocida para su hijo, se había vuelto luminosa. Hubiera querido continuar observando la lámpara que la iluminaba, pero una instintiva delicadeza le impulsó por el contrario a bajar los ojos. De repente se dio cuenta de que se había

convertido en el objeto de su atención. Su madre le atraía hacia el centro de la alfombra con dibujos geométricos, y el rabino le tocaba. Sus manos casi femeninas buscaban algún signo sobre su frente; se posaron sobre los húmedos cabellos del niño intimidado, y todo el tiempo continuaba hablando con su prima en una lengua extranjera, mientras que el muchacho, cuya resistencia interior cedía poco a poco, estaba envuelto en un montón de palabras, suspendido en una nube de solemne respeto.

Finalmente entró su padre, más jovial que nunca, quitándose sus manguitos y alisándose su bigote cuyos bien dispuestos pelos esparcían un delicioso perfume de pomada. Riendo, claro está (Moshe reía con gusto, a veces espontáneamente, a veces tanto que quedaba embarazado) se unió a la conversación de su mujer y de su primo, el cual sin embargo cambió de tono.

Por fin exclamó en un alemán que desde luego no era el suyo:

—Entonces, Mordecaí, ¿es un verdadero pequeño zaddik[6].

Después continuó riendo, pero sin maldad, pues era demasiado afable para eso. Si su mujer le perdonó aquella falta de gusto, es porque había mostrado él a menudo su buen corazón.

Moshe Himmelfarb era un judío liberal y mundano. El éxito se había cogido a su mano manicurada y continuaba siguiéndole con una discreta elegancia. En él no había nada excesivo, excepto su figura capaz a veces de extraviar a las almas tolerantes que coleccionaban los judíos, y sorprenderlas con su propia excentricidad; no obstante aquello no perjudicaba a sus relaciones; Moshe gozaba de un profundo reconocimiento por la liberación que le aportaban los goyim[7] y su sincero afecto por ellos. Sin duda tenía razón. Todos los judíos emancipados que conocía estaban dispuestos a sostener como él que la luminosa edad de la fraternidad universal por fin se había levantado en la Europa occidental. Con los ojos empañados, los judíos y los goyim se lanzaban los unos en los brazos de los otros, al menos intermitentemente. Evidentemente continuaba el problema de la Europa del Este, en donde se producían frecuentemente deplorables incidentes. Todo el mundo lo sabía y había sido personalmente afectado, pero ¡qué se quería!, ¡no se podía barrer todo de un solo golpe! Entretanto, los judíos del Oeste hacían colectas para ayudar a las víctimas, y Moshe era siempre el primero en participar. Le gustaba dar, por ejemplo, sumas de una manifiesta generosidad para las misiones releligiosas, o las obras de los poetas alemanes para su hijo, o regalos de vinos y cigarros a los gentiles que se dejaban cultivar, y que él llevaba en su corazón lleno de una gratitud tan profunda.

Felices los hombres que pueden vivir los períodos de transición sin mirar ni a derecha ni a izquierda, y sin discernir el final. Moshe Himmelfarb era uno de ellos. Si había sido raramente objeto de críticas personales, ya que no de triviales asuntos de familia, es porque había adoptado desde siempre la postura de no ofrecerse como blanco. Al contrario de ciertos fanáticos, reconocía sus obligaciones hacia la comunidad en la que vivía, sin dejar de observar los ritos de la suya propia. Mordecaí recordaba el sombrero de copa que llevaba su padre a las ceremonias, ya fueran civiles o religiosas. Comprados en Inglaterra, los sombreros de Moshe eran un símbolo del equilibrio que puede alcanzar un hombre razonable, ya que él era eso, si no hacía nada de más según las normas más exigentes, por no decir reaccionarias, según las cuales esos sombreros lustrosos no eran más que vacuidad y frágil vanidad.

Sin embargo, pese a sus defectos y a sus relaciones, muchas de las cuales eran de hombres del mismo modelo que él, llenos de excelentes intenciones y desprendiendo un olor de prosperidad y de puros, Moshe continuaba frecuentando la sinagoga de la Schillerstrasse. Si conservaban los pies sobre la tierra, siempre observando los preceptos de la religión, es porque eran razonables y respetuosos, más que piadosos. Por otra parte si se hubieran atrevido, habrían podido rechazar una eventual acusación que habría por fin liberado el alma judía: las murallas estaban abatidas, las sofocantes habitaciones se habían abierto por fin, los rigores del culto se habían atenuado.

Y sin embargo se balanceaban todavía, aquellos judíos mundanos de la sinagoga de la Schillerstrasse cuando el viento de la oración soplaba sobre ellos. De pie junto a su padre, el muchachito observaba y esperaba ser también impulsado en la misma dirección. Acariciaba los flecos del talleth[8] de su padre, o bien sumergía su rostro en sus suaves pliegues. Esperaba el momento en que su padre se golpeaba el pecho para acusarse de todos los pecados que allí estaban encerrados. Entonces también él desbordaba una alegría melancólica, al sentir que todo estaba en orden en medio de aquella selva de judíos que le rodeaba. Sus cuellos estaban enfundados en lana, y por grasos o rojos que se pusieran, él se sentía reconfortado y levantaba los ojos hacia la galería situada enfrente, en donde sabía que se encontraba su madre; pero ella estaba detrás de la verja, y el niño no la veía más que en imaginación, sentada, inmóvil y muy claramente.

Cuando Mordecai se hizo hombre, su madre se transformó en algo parecido a una estatua. Quizá la vida y la moda le habían influido lo suficiente como para crear una serie de identidades que se fundían la una en la otra, pero la memoria de su hijo le ofrecía de ella una imagen única: traje negro, cuello duro rodeado por un pequeño volantito, la amplia frente de marfil surcada de cicatrices de un pensamiento compasivo, los ojos resueltos a ignorar las trampas, sin tristeza pero con mansedumbre, y la boca que disimulaba los secretos sufrimientos, las dudas religiosas y todas las amarguras, a excepción de una sola.

En seguida, fue evidente que el niño se parecía a su madre, pero hubo que esperar a más tarde para comprobar que ella le había legado su carácter. Para los observadores superficiales, parecía sorprendente que el padre, tan agradable, tan bueno, tan generoso, no tuviera más influencia sobre su hijo. Por contraste la madre parecía mucho más austera y rígida, con su costumbre de rodearse de judíos de piel negra, mal educados y fanáticamente ortodoxos, que generalmente eran de su familia. Claro está que el niño quería y honraba a su buen padre, y reía al charlar con él cuando éste contaba un chiste, o le escuchaba gravemente si le exponía las bellezas de Goethe o de otros poetas, y Moshe estaba encantado con su hijo al que hacía ricos regalos: un reloj, un telescopio, obras completas encuadernadas en piel; pero era el silencio y la soledad espiritual de su madre los que habían formado al muchacho estudioso y equilibrado, alegre y a veces muy exuberante.

Frau Himmelfarb no había conseguido acostumbrarse a la vida ordenada e hipócrita de aquella ciudad de la Alemania del Norte. Mientras contemplaba con su hijo los arcos de las casas renacentistas o la magnificencia clásica de las moradas estilo Biedermeier, sus ojos incrédulos se negaban a aceptar aquella prueba de que los hombres habían apresado el infinito. Solamente en algunas calles medievales, recordaba Mordecai, su madre parecía escapar de la opresión de su marco acostumbrado. Ella misma se esfumaba, mientras que algunas palabras fluían dulcemente de sus labios y casi bailaba sobre las irregulares baldosas, evitando ligeramente los charcos de agua sucia. Visitaba un buen número de esas casas extrañas y malolientes, llevaba regalos y se inquietaba por la salud de los niños o por su conocimiento de Dios; incluso llegaba a recogerse la falda antes de ponerse de rodillas para recoger algo que había dejado caer algún enfermo. En los callejones sin aire, en las sombrías casas de los judíos pobres, el niño tenía la impresión de que el alma galiciana de su madre se liberaba, lo que raramente ocurría en otro lugar, aparte de su casa el día de visita del pobre rabino, o cuando escribía a su numerosa parentela.

Pertenecía a una familia dispersa; eso era su orgullo y su tristeza. Le gustaba llevar su correspondencia y, como si estuviera de visita, sentarse a la mesa redonda cubierta por un tapete carmesí que prefería al secreter que Moshe le había ofrecido afectuosamente. Entonces el muchachito jugaba con las borlas del tapete y, de vez en cuando, lanzaba una ojeada sobre el montón de cartas que aumentaba, o recogía los sobres usados de los que ella permitía, más tarde, quitar los sellos. En una sola tarde de un día de lluvia había visto a su madre escribir cartas a Polonia, Rumania, Estados Unidos e incluso China y el Ecuador. Y al final no quedaba nada de ella misma que dar.

No comprendió hasta mucho después el importante papel que jugaba, en la vida secreta de su madre, su familia dispersa a la que creía que la providencia había asegurado y adelantado la redención de todo el universo. Tal convicción, siempre presente aunque nunca formulada, le confería una especie de distinción entre las numerosas damas piadosas que se sucedían en su casa para comer Streuselkuchen[9] beber café, organizar reuniones de caridad, anunciar nacimientos, bodas y defunciones, y que incluso a veces se atrevían a dejarse llevar, en presencia de su anfitriona, por un exceso de charla. Pero ella siempre iba al mismo punto: aquellas mujeres estaban las unas contra las otras como un enjambre de abejas, impulsadas por el instinto de su fe, embriagadas por la miel de su Dios.

La presencia de ese Dios en el mobiliario de nogal de la suntuosa casa —ya que los Himmelfarb habían dejado el apartamento situado sobre los almacenes, hacía tanto tiempo que Mordecaí no podía recordarlo— no era discutida por Moshe, mundano pero prudentemente respetuoso; en cuanto al muchacho ella no hizo nada, ni siquiera cuando se convirtió en un joven seguro de sí que se mostraba escéptico no de la religión, sino de la necesidad que había de ella. La religión, como un abrigo de invierno, se convirtió en agobiante y superfina cuando el verano sucedió a la primavera y los manantiales del calor humano se revelaron poco a poco. Pero no se podía dudar del amor y del respeto que conservaba por su viejo abrigo abandonado. Al solsticio del amor por sí mismo, en el calor de su ardor físico, se enternecía nostálgicamente pensando en aquello. Sin embargo por el momento, el niño continuaba apegado a su cálida realidad del traje con que se había revestido.

Cuando sólo tenía seis años, la madre le dijo en un tono natural que siempre adoptaba para los temas

importantes:

—¿Te das cuenta, Moshe, de que ya es hora de ocuparnos de la educación del niño?

—¡Voy!

El padre, a quien le gustaba bromear, hizo un gesto de horror:

—Ya quieres entorpecer su espíritu, ¡y además con el hebreo!

A veces le sucedía a Moshe preguntarse que cómo había podido casarse con su mujer, a la que no obstante amaba. La decisión fue cogida en seguida. Los niños conocidos frecuentaban generalmente las clases de Herr Ephraim Glück, el Melamed[10] pero a causa de la confianza particular que ella tenía en él, fue elegido el cantor Katzmann para enseñar el alfabeto a su hijo. El lo asimiló con increíble rapidez y en seguida comenzó a escribir frases y a recitar oraciones, de las que se sentía muy orgulloso... Giraba la cabeza hacia un lado y murmuraba lo que se sabía ya muy bien, o bien declamaba demasiado fuerte con una arrogancia de espíritu verdaderamente escandalosa.

Un día el señor Katzmann se vio obligado a hacerle una observación:

—Mordecai, si un judío es orgulloso, le será más duro morder el polvo, y eso sucederá algún día.

El señor Katzmann era un hombre modesto, padre de varios chiquillos y con una mujer gruñona. Su voz era su único orgullo. Cuando llegaba al final de su aliento, parecía verdaderamente agotado y se dejaba caer en la silla con una sonrisa en su rostro cadavérico. Mordecai se acordaba de él, sobre todo después del momento culminante de Rosh Ashanaíf[11] y de Yom Kippur[12], cuando el cantor parecía haber conseguido lo imposible. Sentado en su silla, parecía esbozar una sonrisa detrás de sus pálidos párpados cerrados, que no sufrían más que un estremecimiento. Era un hombrecillo al que su alumno gustaba recordar aunque durante su vida no le había respetado.

A los diez años el niño entró en el gimnasio. Ya antes de su Bar Mitzwah[13] había estudiado griego, latín y francés, pero tenía preferencia por el inglés, y ya había conseguido todos los premios. Se decía de fuentes bien informadas, y menos bien informadas, que Mordecai, el hijo de Moshe, era excepcionalmente brillante.

—Ya lo ves, Malke —decía su padre pensando ya en algún nuevo regalo costoso — nuestro Martin está seguramente destinado a convertirse en alguien.

Había adoptado la costumbre ridicula y de mal gusto de llamar a su hijo con un nombre alemán, y su mujer fruncía el ceño como si sufriera físicamente, siempre manifestando que pese a su expresión de tortura reconocía el éxito del niño.

—Acb! — exclamó—. ¡Sí!

Y se sintió obligada a toser.

—Sabemos desde hace mucho que no es un imbécil.

¡Siempre aquella tos! Al fin pudo continuar:

—Pero eso es secundario. Todo lo que deseo es que Mordecaí deje recuerdo como un hombre piadoso.

Así, el placer del padre fue ocultado por la lógica austeridad de su mujer, y poco a poco dejó de amarla aunque seguía honrándola.

Con su carácter despreocupado pero siempre amable, se dejaba llevar porque veía que aquello le convenía; ella ponía en eso todo su ánimo, ya que bajo aquel débil cuerpo existía una considerable fuerza de espíritu.

Sólo se calmaba con su hijo, aun cuando se convirtió éste en un hombre. A veces se mostraba exuberante en su alegría, aunque el muchacho sentía vergüenza de lo que le parecía inútil, incluso anormal en una persona cargada de tanta dignidad natural.

—¡Mordecaí ben Moshe! — le llamaba a media voz riendo dulcemente, para entablar, según parecía, su indudable identidad.

Ella tenía la costumbre de pensar en su presencia en voz alta, a veces en alemán pero casi siempre en yiddish, y a medida que él seguía su murmullo, se forjaba una cadena. Ella contaba también muchas

historias de familia, historias de santos, y a veces se volvía inspirada. Su mesa del Seder[14] era la materialización de un dogma simple. Tenía un don particular para los ritos del sábado, y cuando su marido veía crecer las llamas de las velas entre sus manos, se sentía de nuevo convencido de su deseo de practicar una sincera piedad.

De todos los días de fiesta celebrados en Holzgraben, los más agradables, con mucho, eran los de Souccoth[15] que, en efecto, Mordecaí comenzaba a comprender, exigiendo del padre los menores esfuerzos espirituales. Por alguna razón atávica, despreciaban el jardín triangular con su olor a hongos y hojas húmedas e improvisaban su tabernáculo en el balcón. Esperaban con impaciencia las comidas que en Souccoth tomaban a cielo raso sobre el Stadtwald[16] de Holunderthal. El símbolo de la toronja y de la rama de palmera se esparcía por el espíritu bastante superficial del padre. En efecto, era evidente que las austeras alturas de la Expiación no eran para Moshe, y que las pequeñas colinas de acción de gracias le sentaban mejor. Aquel peso suplementario que reposaba sobre los hombros de la madre se convirtió en un tema molesto para los padres y en seguida para el hijo, así lo notó su padre. Cuando éste regresaba de la sinagoga después del agotador esfuerzo de Yom Kippur, a veces llegaba a pellizcar la mejilla de Mordecal mirándole a los ojos y preguntándose qué es lo que pensaría. Como su esperanza y su temor se oponían, Moshe lanzaba un suspiro que repetía más fuerte cuando el primer sorbo de un reconfortante café pasaba por sus labios.

Las esperanzas de todos convergían en la Bar Mitzwah. El candidato se ofreció a la ceremonia con una peligrosa seguridad. Recibió las filacterias y el chal, así como numerosos regalos de sus familiares: padres, tíos, tías y primos. Pronunció su discurso con una voz sonora, sobre el tema elegido, aunque sus tías se volvieron para congratularse mucho antes de que hubiera acabado. Ellas devoraban con los ojos el rostro febril en que podían reconocer sus propios rasgos bajo los cabellos con brillantina y el bonito Käppchen[17]. Mordecal se sentía transportado y apenas si prestaba atención a otras voces que la suya. En alguna parte detrás de él, sobre el estrado, el padre iba y venía, con los ojos húmedos, abandonando su responsabilidad espiritual. Algunos miembros de la familia de Frau Himmelfarb no podían disimular irónicas sonrisas al mirar al marido de aquella pobre Malke, pero una mirada acerada lanzada por los Rouleaux les hacía adoptar una actitud más conveniente. Una deliciosa comida siguió a la ceremonia en que el joven muchacho oficialmente consagrado fue mimado y adulado. Su triunfo le hacía orgulloso, tímido, exaltado, indiferente, sin que pudiera comunicar, en medio de aquellas risas locas, sus verdaderos sentimientos, suponiendo que fuera consciente.

¿Quién podría predecir, en verdad, el camino que tomaría el candidato? Sin duda no el padre, demasiado contento de sí, pero quizá la madre, gracias a su intuición, ¿o a una intimidad más sutil de sus almas?

En la casa confortable, pero fea, en el círculo bien cerrado de parientes y amigos, protegido por las alas de los ángeles, iluminado por el amor de Dios, Mordecaí aceptaba el modelo que le ofrecían su raza, su religión y sus padres. Pero existía además el mundo que su madre temía, al que aspiraba su padre, y del que él cada vez tenía más conciencia. Allí, el niño tímido y secreto se transformaba en un adolescente huesudo y crujiente, con una pelusilla negra sobre el labio superior, una pelusilla rara e indecisa, los mismos labios demasiado desarrollados, y una gran nariz cuya importancia se afirmaba. Era la época de los espejos, y Mordecaí intentaba descubrir en ellos el secreto de su ser. Desarrollaba la musculatura, se convertía en un ser sensual, repugnante a los ojos de algunos, provocativo para otros... Pero aún no le estaba permitido a nadie saber nada más.

—Dime ¿qué efecto causa ser un sucio judío? —le preguntaba su amigo Jürgen Stauffer.

En broma, sin duda. La risa y la amistad eran todavía muy fuertes. La selva rasgaba la piel de los muchachos que avanzaban abriéndose paso, con las suelas de sus zapatos gastados sobre la espesa alfombra de hojas muertas.

—¡Dímelo! —insistía Jürgen riendo.

El tenía aquel cabello rubio particular de los alemanes, y se leía el afecto en el agua de sus ojos azules.

—¡Oh! el efecto de tener cien patas — respondía Himmelfarb— o de no tener ninguna pata... De ser una serpiente o un escorpión. En todo caso de haber sido creado especialmente para ser la muerte de los gentiles.

Se echaban a reír juntos. El domingo se había convertido para el joven judío en un día más luminoso

que el sábado, ya que se paseaba con su amigo Jürgen Stauffer, por la parte más salvaje del Stadtwald de Holunderthal.

Jürgen preguntaba:

—Háblame del sacrificio de la pascua judía.

—¿Cuando sacrificamos a un joven cristiano?

—Por lo que parece.

¡Cómo se reía Jürgen!

—Se le hace trozos, se bebe su sangre y se pone una loncha en un panecillo que se les envía a los padres, ¿está bien así?

Mordecai había aprendido el juego.

—Ach Gott! —exclamaba Jürgen Stauffer. ¡Cómo brillaban sus dientes!

—¡Viejo Himmelfarb! —gritaba—. Du liebes Rindvieh![18].

Y después a pelearse con gruñidos. Sus pieles se mezclaban y acababan luchando en el lecho de hojas. Después, jadeantes, se arrastraban por el suelo mirando a través del descolorido follaje y discutiendo un futuro todavía imprevisible, salvo en lo concerniente al hilo de su amistad. En los silencios suspiraban bajo el peso de su afecto recíproco.

—Pero cuando yo sea oficial de caballería, y no es cosa de que yo sea otra cosa a causa de mi tío Max, y tú seas profesor de lenguas, existen muchas probabilidades de que no nos veamos más —razonaba Jürgen Stauffer. Entonces tú te arreglarás para hacer galopar a tus caballos alrededor de la universidad que yo honraré con mi presencia.

—Tienes el vicio, Martín, de no hablar nunca en serio, jun vicio espantoso, horrible!

Claro está que Jürgen Stauffer le soltó un mojicón a su amigo.

—¡Eres tú el horrible al no elegir una carrera más civilizada!

—¡Pero si me gustan los caballos! — protestó Jürgen—. Además, yo no soy muy listo.

Himmelfarb le habría abrazado con gusto.

—¿Qué no eres muy listo? ¡Si eres el rey de los asnos!

Si no fuera porque estaban agotados, habría continuado la lucha, pero permanecieron tumbados escuchando la ebullición del verano y de su alegría de vivir.

El joven judío iba a veces a casa de su amigo, cuyos padres tenían una actitud liberal y podían permitirse recibir a quien quisieran sin escrúpulos de raza. Gerhard Stauffer era un editor muy conocido; le gustaban verdaderamente los libros, y un fracaso inmerecido le causaba mayor preocupación que un manifiesto éxito que no le daba ninguna satisfacción. Su mujer había sido una actriz de pequeña reputación en su juventud, y ella se había instalado en la vida y en el matrimonio con un desarrollado sentido de la técnica dramática. Frau Stauffer sabía convencer a un invitado de que la escena que acababan de interpretar juntos había contribuido considerablemente al éxito de la obra.

—Martín, ven a sentarte aquí, a mi lado — decía dando golpecitos en el canapé—. Ahora que estamos perfectamente — continuaba inclinándose ligeramente hacia él— es absolutamente necesario que me cuentes todo lo que habéis hecho, ¡todo! ¡A condición de que sean mezquindades! Me niego a escuchar otra cosa. Con el tiempo húmedo que hace esta tarde, quiero que tus relatos me pongan positivamente la carne de gallina.

Y los labios de Frau Stauffer dibujaban su acostumbrada sonrisa. Ella había conservado la idea de que la menor réplica puede ser mejorada y que todas las escenas debían ser «superadas».

Pero el muchacho era consciente de su ausencia de talento. Sentado cerca de su anfitriona, bajo su cuidado, permanecía prisionero de su torpe cuerpo.

A veces el dueño de la casa atravesaba el salón y se interesaba por aquel invitado sin importancia, le

rogaba que diera su punto de vista, le mostraba mil artículos de periódicos y libros.

«¿Has descubierto a Dehmel?», preguntaba Herr Stauffer... o «Martín ¿qué piensas de Wedekind? Me gustaría mucho conocer tu opinión.»

¡Como si aquello le importara a aquel grave señor!

El muchacho, embarazado, se sentía halagado; pero deseaba poder dirigirse de nuevo libremente hacia su camarada. Las atenciones de los padres eran sobre todo halagos retrospectivos.

—Ya lo ves —le decía Jürgen sin envidia—. Tú eres el intelectual considerado y yo el palafrenero alemán.

Pero quizá por ello el joven judío admiraba a su amigo. Tenía también un hermano mayor, que padecía una irritación de la piel y un ligero astigmatismo, y que emergía misteriosamente de su habitación mordiendo una rebanada de pan con mantequilla.

«Konrad ha crecido demasiado aprisa y tiene necesidad de una sobrealimentación» explicaba Frau Stauffer. Konrad iba y venía, ignorando deliberadamente todo lo que existía fuera de su ego. Parecía despreciar en particular a todos los muchachos más jóvenes que él —¿o eso le sucedía sólo con los judíos? Ese punto no estaba claro.

—¿Qué es lo que hace siempre en su habitación? —preguntaba Mordecaí al hermano menor.

—No es un mal tipo, estudia. —Respondía el otro con un aire completamente indiferente—. Sólo es un poco presumido.

Aquel día Konrad Stauffer salió de su habitación mordisqueando un Brötchen[19] cubierto de simientes de alcaravea.

—¿Qué pasa? —le dijo a Mordecaí—. ¿Todavía aquí? ¿Estás de huésped?

Como todo el mundo se sintió molesto, él solo se rió de su chiste.

También había una hermana pequeña, Mausi, que todavía era una niña. Sus coletas relucían como las colas de algunos animales. Un día rodeó con sus brazos la cintura del judío, se apretó contra él con todas sus fuerzas e intentó derribarle.

—¡Soy más fuerte que tú! —declaró ella.

Pero no intentó ni probarlo ni provocarle. Se reía con la cabeza contra su pecho, y en la abertura en forma de V de su camisa su aliento quemaba la piel desnuda del muchacho.

Las veladas en el gran salón eran las más deseables e íntimas: iban algunas jóvenes, con el cabello recogido y una cinta en la cintura, y su cuello olía a agua de colonia; algunas iban ya tiesas por el corsé, y también había algunos muchachos, a menudo hijos de oficiales de caballería, y aquellos notables fenómenos estaban siempre tan a gusto, que los chicos más jóvenes escuchaban con humillación su propia voz que estaba cambiando espantosamente, mientras que los espejos no les dejaban olvidar su propia edad.

Una tarde, después de que las personas mayores se hubieron retirado a la biblioteca a jugar a las cartas, uno de los más audaces propuso un juego muy escandaloso: ¿Qué persona prefieres de esta habitación? —se preguntaba a cada uno por turno—. Y ¿por qué?

Luego seguían preguntas imposibles de responder, todas orientadas en la dirección más inevitablemente personal.

Las carcajadas y rebuznos del hermano mayor aumentaban el embarazo.

En seguida le tocó la vez a Mausi Stauffer.

—¿Tú a quién prefieres, Mausi Stauffer?

—A Martin Himmelfarb —respondió ella.

Si no hubiera sido por las ballenas de sus corsés, algunas jóvenes habrían reventado de risa. Si limitaron a balancearse mientras se reían.

—¿Por qué, Mausi? —preguntó el primo Fritz, el hijo del tío Max.

La cicatriz de su mejilla izquierda resaltaba más claramente que de costumbre.

—Supongo que porque es interesante —dijo Mausi.

—¡ Vamos! —protestó una joven muy tiesa que llevaba gafas de acero y cuya boca era una pálida y plana rosita—. Esa no es una respuesta suficiente. Necesitas pagar prenda: cincuenta reglazos en la palma de tus manos.

Mausi gimió. No habría podido soportarlo.

—Vamos a darte una segunda oportunidad —dijo el primo Fritz, tan bello y detestable en su uniforme de cadete.

—Dinos por qué te gusta este Himmelfarb.

Mausi gimió haciendo moverse las coletas.

—Es porque... —exclamó vacilante y cruzando sus piernas delgadas mientras sudaba bajo su muselina almidonada—. Es porque... —prosiguió con una voz aguda y deformada— parece... —todavía vacilaba— parece un macho cabrío negro.

Las estatuas de bronce se habrían caído de sus pedestales si en aquel momento una vieja soltera amiga de la familia no hubiera ido a buscar un chal y hubiera decidido instintivamente quedarse allí.

—¡Oh! —exclamó Konrad con un sobresalto.

La palabra parecía removerle las entrañas.

Estaba pálido y sin expresión, pero parecía repetirse palabras aprendidas de memoria.

—No sois más que brutos alemanes —consiguió decir con una voz opaca—. Todos los alemanes son unos cerdos.

—¿Es que nosotros no somos alemanes? —preguntó dulcemente Mordecai.

Siempre mejorando lo presente —repuso el joven riendo—. ¿No os habéis dado cuenta todavía? En todo caso yo ya tengo bastante por esta tarde; me voy a mi habitación. Konrad intrigaba a Mordecaí.

No volvió a verle durante años. Uno de los resultados de aquella velada fue que Frau Stauffer pareció decidirse a echar el telón sobre la comedia que había interpretado bis a bis con el joven judío. Jürgen se alejó cada vez más. A todo intento de preguntas, aunque fuera indirecto, daba taconazos en el suelo o refunfuñaba fijando la vista en un punto que, según manifestaba claramente, estaba fuera del campo de visión de su amigo.

En una situación tan obsesiva, Mordecaí hacía esfuerzos para recuperar su equilibrio. Fue entonces cuando su madre, dándose cuenta de sus párpados azules y su palidez, le hizo tomar un reconstituyente. Después de haber bebido la mitad de la botella, se acostó con una chica llamada Marianne que vivía en una buhardilla de una de las calles más viejas de la ciudad. Su cuerpo se inundó de un nuevo alivio que al principio le asustó.

—A vosotros los judíos —le dijo Marianne contemplándole durante una sesión que ella tuvo la generosidad de no hacerle pagar— la colita que os cortan parece que os da fuego en alguna parte.

Pero su cliente, agotado, contemplaba los enormes pechos de la chica, y se preguntaba instintivamente si sabría pilotar el débil barquichuelo en que se había embarcado solo.

Una vez entregado a la carne, las ceremonias de la casa paterna se le antojaban intolerables a Mordeca'í. El sábado por ejemplo, que durante toda su infancia había tenido una perfección inocente y extática tal que no le habría sorprendido lo más mínimo ver a la novia cruzar el umbral de su casa, el sábado se trasformo entonces en un árido desierto de horas en que buenas tías y primas feas no dejaban con sus preguntas de tender trampas a su culpabilidad. Las oraciones y el alimento le ahogaban y esperaba que el crepúsculo y el olor a especias le arrancaran de su pesadilla. Tiernamente, ya que también amaba todo lo que rechazaba, no tanto por una libre elección, pensaba al principio en los momentos que intentaba disculparse, como en la continuación de una maquinación entre los desconocidos que controlaban su destino.

La mayor tortura era para él la prueba de la caridad. Su padre, por sentido del deber o por necesidad de elevar su propia estima, recogía en la sinagoga y llevaba luego a su mesa los sábados, a personas modestas, a veces harapientas y sucias, a las que Martin Mordecaí se esforzaba en dirigir palabras amistosas y les entregaba los mejores trozos para expiar la repulsión que aquellos visitantes olfateaban en él. Sobre todo, existía un tintorero cuya piel parecía haber sido sumergida en añil. Sus palmas llevaban una redecilla violeta e indeleble. La miseria material de aquel hombre se impuso a su conciencia una tarde en que el tintorero resbaló sobre una de las lujosas alfombras de Moshe; el joven se sintió en parte responsable y, cuando sus manos entraron en contacto con los grasicntos vestidos del viejo judío, se aferraron a lo que le pareció un montón de andrajos y, por pelos impidió la caída del visitante. Pero su boca se llenó de un miedo nauseabundo; le parecía que había sido él quien le había hecho caer, mientras que el viejo mostraba una gratitud servil por lo que llamaba su gesto generoso y acariciaba cada pulgada de la espalda de su salvador al que dispensaba apelativos tales como Sostén del enfermo y Protector del pobre.

Cuando Mordecai se escapó de la habitación para ir a lavarse, su madre apareció en el quicio de la puerta y dijo en el tono seco que adoptaba cuando estaba emocionada:

—Estás trastornado, mi querido niño, ¡y sin embargo no conoces ni la centésima parte!

Consideraba a su hijo pensativamente.

—Sécate pronto las manos —añadió con dulzura— y vente con nosotros. El pobre hombre no debe adivinar...

Hubiera querido que su compasión pudiera consolar a los que estaban más cerca de ella, pero aquella mujer amante era incapaz de eso; por el contrario la mayoría de las veces se daba cuenta de que sus palabras eran como la sal en los prados.

En la casa no había más que situaciones ambiguas y actitudes inciertas. Eso divertía al hijo. Se encogía de hombros y gesticulaba cuando el Kiddush inauguraba el sábado. Transformaba en chistes las oraciones de su padre y los dirigía hacia inocentes blancos. Aunque no consiguió destruir lo que más había amado, su perversidad se había desarrollado hasta el punto de que aquella tentación le tenía lementablemente atado al ritual.

Entonces cuando, en apariencia al menos, había cumplido sus deberes, se lanzaba fuera. Recorría las calles, miraba los escaparates iluminados, rozaba a los viandantes y se deshacía en mil excusas que sólo podían ser interpretadas como insolencias. Entonces, siendo presa de un furor de vivir, los olores de la calle le enloquecían. Palpaba los pechos de las chicas apoyadas sobre cojines en las ventanas. Sentía un apetito insaciable por la carne blanca de las pálidas alemanas complacientes, apoyadas contra una pared o tumbadas en los céspedes de los parques entre un olor de agua estancada y de putrefacción vegetal.

Si no se hubiera endurecido rápidamente, quizá se habría consumido por su propia repugnancia, pero su carácter se templó y él se aplastó sus mechones rebeldes, se dejó crecer el bigote y se puso a estudiar.

Durante el período de su peor desintegración, Mordecai dio a los ojos inocentes y no prevenidos la impresión de que se consagraba por completo a sus libros, y de hecho se aferraba a esto como un hombre que se ahoga en un vaso de agua. Y en efecto ¿qué era más sólido y razonable que las palabras de tales personas? Solamente por sus permutaciones y combinaciones se hundía en una corriente única que amenazaba arrastrar hasta el fondo todo el equipaje irónico y revuelto de las almas en peligro mortal.

En la Universidad las actividades intelectuales del joven se redujeron al estudio de su lengua favorita, el inglés. Su dulce contextura, bastante parecida a la del pan, se convirtió en su maná. Pero pese a su voluntad y su intención, su espíritu aspiraba a recobrar el antiguo lenguaje que le había enseñado el cantor Katzmann cuando él era niño. Su conocimiento del hebreo había progresado pese a los intermitentes esfuerzos, y leía a menudo en esa lengua, a altas horas de la noche, para instruirse y por el amargo placer que encontraba en ello.

En la segunda década del siglo, Mordecai Himmelfarb aprobó su doctorado de inglés y poco después se le informó de que estaba autorizado a proseguir sus estudios en la Universidad de Oxford.

Moshe saltó de alegría, no sólo a causa del efecto que produjo la noticia sobre la gente que conocía, sino también porque admiraba a los ingleses y la excelente calidad de sus lanas y de los sombreros de seda que le gustaba llevar en las grandes ocasiones. Igualmente se daba cuenta de la distancia que separaba su temperamento del de los ingleses, pero eso no hacía más que añadirse a la fascinación que

éstos ejercían sobre él.

Y ahora su propio hijo iba a reunirse al clan de los elegidos. La brecha; ya ancha entre ellos, no haría más que ensancharse. El viejo se veía ya sacrificado, convertido en verdadero padre judío, de pie en los andenes de la estación entre el humo de los trenes. Ante este pensamiento le brotaban unas lágrimas felices y cálidas. En efecto, para emocionar y encantar a Moshe era necesario que las cosas se apartaran sin esperanza de regreso: los trenes que se iban, las figuras de los goyim, sus relaciones con su propio hijo, y, si se atrevía a murmurarlo o sólo a pensarlo, lo que contribuía tan generosamente al movimiento sionista, la posibilidad de la redención de Israel.

Fue Moshe quién dio la noticia a la madre del muchacho, lo que quizá fue así menos doloroso. Frau Himmelfarb, que cosía un calcetín, no respondió nada al principio. Continuó atentamente su tarea con la paciencia un poco miope que la caracterizaba.

—Pensaba, Malke, que comprenderías la enorme ventaja que reportará al muchacho elegir una carrera universitaria.

Su mujer examinó el calcetín.

—¿Entonces? —añadió él en un tono razonable. Pero se sintió en seguida obligado a defender su punto de vista de una forma un poco excesiva:

—Es hora de que los judíos se den cuenta de que el mundo ha cambiado. Ahora todas las posibilidades nos son ofrecidas.

Diciendo esto Moshe temblaba.

—¡Ah, Moshe, Moshe! —suspiró su mujer en el tono que siempre le había irritado más.

—Esa no es una respuesta —protestó.

—Tú y los demás le habéis transformado bien — añadió su mujer— yo rogaré a Dios para que le reconozca como un buen judío.

—Actualmente lo más importante es que el mundo le reconozca como un hombre de valor —dijo el padre.

Su hijo acababa de entrar y les escuchaba con la ironía cínica aunque afectuosa que suscitaban en él las ideas de sus padres.

—¡Ah, Moshe! —suspiró de nuevo la madre— olvidas que, cuando ambas razas sean divididas en buenos, malos y mediocres, los judíos permanecerán diferentes de los demás hombres.

—¡Eso es! — estalló el padre dándose por fin cuenta de la presencia del muchacho—. Anuncio tranquilamente a tu madre que te vas a Oxford, y se lanza en discusiones filosóficas, por no decir raciales... ¡Los judíos por un lado, los hombres por otro! ¡Supongo que yo soy un hombre! ¿Y tú?

—Estaría contento de ser las dos cosas, pero a veces me pregunto si soy lo uno o lo otro.

Aquello no era en absoluto lo que intentaba decir, y Mordecai sonrió.

—¡Haber llegado a eso! —exclamó la madre—. ¿Cómo acabará esto, Moshe?

Con habilidad giraba y estiraba el calcetín misteriosamente cosido.

—¡No creo que vaya a cortarme la garganta! —continuó su hijo riendo, con la barbilla levantada y los dientes descubiertos en lo que aquella vez no era más que la mueca de una sonrisa.

El padre se sintió autorizado a gemir:

—¡Es terrible ver mal interpretadas las mejores intenciones!

—Pero si las aprecio... —respondió Mordecai con una deferente alegría—. Aprecio todo lo que has hecho por mí, todas tus bondades; tú has sido un buen padre y te aseguro que intentaré devolvértelo.

Moshe Himmelfarb se puso a llorar.

—Y a mi madre...

Fue casi un grito provocado por la emoción de su padre, ya que el simple hecho de pronunciar el nombre de su madre le sumergía más profundamente en los complejos metafísicos de los que esperaba liberarse.

—... cuyos consejos —balbucía mientras que su voz le llevaba a un crescendo de melodrama del que tenía conciencia— dan ejemplo y cuyos actos podrían rescatar a todos los hombres que no están más allá de toda redención.

Mucho necesitas que se rece por ti —dijo Malke Himmelfarb dulcemente, inclinando la cabeza sobre el calcetín ahora completamente arrugado—. ¡Mi pobre hijo!

Mucho tiempo después que él hubo abandonado la habitación, Mordecai conservó la escena ante sus ojos: los pelos negros en el puño de su padre, elegante pero débil e impotente, los latidos que veía o creía ver en las sienes de su madre, y el mobiliario sobrecargado que le destrozaba el alma y del que había explorado el menor detalle, la menor hendidura, el menor defecto, en el curso de sus conversaciones, de sus sueños, de sus oraciones...

Entonces habría querido rezar, pero no pudo. Sufría y continuó sufriendo una especie de amnesia espiritual. Se acordó de un examen en el que al cabo de una hora todo lo que sabía sobre Italia se le vino a la cabeza bruscamente, y esperó que algo semejante sucediera ese día; además estaba dispuesto a esperar semanas, incluso meses.

Pero no sucedió nada. Todo lo más un aliento de compasión pasajera que rozaba a veces la lámina de su cinismo, como la tarde en que vio a su padre en una feria a las puertas de la ciudad, acompañado por un empleado de una cervecería llamado Goltz, del que no conocía más que el apellido y la reputación, y por dos mujeres desconocidas cuya profesión no ofrecía ninguna duda. Según el joven les observaba, oculto tras unos arbustos, el resplandor de las bengalas azules y blancas inundaba los rostros de los tres gentiles y de su bufón judío. La vacilante luz daba a la exuberancia anormal del respetable hombre de cincuenta años una apariencia demente. También él vacilaba y fluctuaba mientras que abría la marcha en medio de un jolgorio de gritos y estallidos de música mecánica.

Sus compañeros parecían haber llegado al estado en que las convenciones de la juerga son las únicas aceptadas. El empleado se detuvo un momento e inclinó la cabeza en una esquina para vomitar. La boca de los otros tres se embobaba por costumbre en la fantochada de su cara, para lanzar eructos o cánticos. O bien un brazo respondía a la presión imaginaria de otro brazo. O los labios aspiraban el aire con un ruido de beso. Los juerguistas avanzaban y casi rozaron a su juez al pasar. Sin moverse, éste permaneció en su puesto de observación y pudo distinguir los poros de su piel, la raíz de sus cabellos, los empastes de oro de sus dientes. Si no percibía sus palabras es porque éstas estaban ahogadas en el tumulto, aunque su destreza continuaba siendo la misma, pese a que el viejo sátiro ridículo que era su padre había desaparecido. Que sus propios deseos fueran semejantes, que también él hubiera respirado los rostros maquillados de chicas de ese género, sudorosas como aquéllas, y rociado sus ropas con perfume vulgar, no hacía más que convertir el incidente en algo mucho más intolerable ya que le era más familiar.

Sin embargo, la experiencia de aquel día impulsó al joven a abrazar a su padre antes de ir a acostarse la noche siguiente. Permaneció un momento detrás de su silla, con el cuello duro y culpable bajo sus ojos. ¿Clavaría allí el cuchillo que había aprendido a manejar con la habilidad de un Scbochet?[20] Entonces se formó en él la idea de que la razón es un arma mucho más imperfecta y como lo pensaba antes, Moshe interpretó su gesto como una expresión de gratitud y no de piedad. En seguida el viejo judío desbordó su orgullo de tener un hijo agradecido que comprendía todo lo que se hacía por él.

Rápidamente Mordecai partió para Oxford. Aunque el aire estaba lleno de rumores de guerra, del caracter lunático del Kaiser, y de las negativas de la nación francesa a respetar las aspiraciones germánicas, le parecía muy improbable al muchacho que la coyuntura internacional pudiera ignorar la importancia crucial de su carrera. Vestido con un abrigo de corte y excelente calidad y sobriedad y de un gorro de viaje escocés, regalo de una de sus tías, presentaba buen aspecto mientras recorría los cien metros del andén de la estación. Todo el mundo estaba allí. Moshe tenía pasión por las maletas de cuero con monogramas que había regalado a su hijo. Pero la madre parecía entumecida por los aspectos de un mundo que hasta entonces no había hecho más que entrever, y sus vestidos, como siempre en las grandes ocasiones, parecían salir del granero. En cuanto al hijo, se sentía muy aliviado ante la idea de poder abandonar la personalidad que sus padres estaban convencidos de haberle modelado. Por fin arrancó el tren, y más tarde el barco levó anclas en la niebla.

En Oxford, Himmelfarb continuó distinguiéndose por sus brillantes estudios. Resuelto desde el principio a limitar su interés a los libros, en seguida se dio cuenta de que ejercía una influencia sobre la vida de los seres. Tenía mucho encanto a su manera semita; sus formas se pulieron. Los hombres deseaban su respeto, las mujeres se disputaban su corazón, y él les dejaba a todos creer en su éxito.

Quizá una sola mujer atrajo y retuvo su apasionado interés. Ambos jóvenes llegaron incluso a hablar de matrimonio, pero a ninguno de los dos se les ocurrió pedir la opinión de sus padres. Catherine era la hija de un conde de carácter poco ejemplar. El afán de placer de su padre y la muerte prematura de su madre habían dejado a la hija más libertad de la que era costumbre. Débil y pálida, sencilla en casi todos sus gustos, y de expresión exquisitamente pura, Catherine hubiera podido pasar por un ángel si hubiera elegido la prudencia, lo que no hizo: de esta forma su conducta era frecuentemente discutida entre la gente bien educada con mucha imaginación y horror, y en los medios libertinos, en donde se la apreciaba, con conocimiento de causa. Favorecida por el rango y la fortuna, Catherine podía permitirse hasta cierto punto el despreciar la opinión pública y parecía salir de cada nuevo exceso más pura y virginal todavía.

Sus refinamientos de sensualidad persuadieron al joven judío de que estaba enamorado de ella. Quizás estaban los dos un poco deslumbrados por la incandescencia de sus ardores comunes, y el joven se quedó de una pieza, naturalmente, cuando, en lo que se habría podido creer el apogeo de sus relaciones, su amante fue descubierta en el dormitorio de un príncipe indio. Por primera vez Catherine se dio cuenta sin duda del camino que pisaba, cada vez más estrecho ya que el escándalo se esparció casi en seguida que ella se marchó al extranjero con una tía por un período indefinido.

Su amante recibió una carta de Florencia:

Mi querido Mordecai:

Me pregunto si podrás perdonarme alguna vez el error terrible al que te he arrastrado. Yo ya no cuento. No espero gran cosa de nadie cuando veo lo poco que se puede esperar de mí. Pero me siento sentimental esta tarde lluviosa, en esta pequeña ciudad Uena de prejuicios y de damas inglesas. Quizás estaría desesperada si no te conociera de memoria, y si no pudiera suscitar, ahora, tu presencia muy cerca de mí, aunque supongo el horror que sentirías en realidad

La carta proseguía en un tono bastante literario describiendo «las pequeñas colinas verdes de Toscana con su fronda excitante y sensual», pero él no tenía la intención de continuar su lectura. La arrugó y la arrojó a la papelera, y después se arregló la corbata. No volvió a saber de Catherine más que cuando a veces el relato de sus aventuras le venía a los ojos. Ella continuaba llevando la vida que convenía a su temperamento; hacia los cuarenta años, se hizo medio estrangular por un boxeador en un apartamento de Pimlico, y murió vieja durante un bombardeo de la Segunda Guerra Mundial, en un asilo para alcohólicos, en Putney.

En cuanto a Mordecai, regresó en seguida a sus estudios con el furor de la juventud y la austeridad que heredó de su madre, hasta el día en que, después de haber destruido la molesta carta de su amante, recibió otra considerablemente más inquietante de su padre:

Querido hijo:

No puedo ocultarte por más tiempo la decisión capital que me he visto obligado a tomar. Voy directamente a los hechos: después de haber seguido desde hace algún tiempo la instrucción de un sacerdote católico, soy feliz al anunciarte que he sido bautizado el jueves por la tarde. Mi espíritu se ve aliviado de un gran peso; por primera vez en mi vida me siento verdaderamente libre. ¡Soy cristiano!

Después de haber pasado mi vida estudiando el problema judío, me parece que ésta es la única solución. Vacilo en escribirla soluciónpráctica, pero es la palabra que me viene a la cabeza. ¡Dar tan poco y recibir tanto! Todos los que no sean imbéciles no pueden dejar de ver que las ventajas de todo tipo son enormes. No es que yo sea un hombre que lamente el destino de nuestro pueblo, y no quiero insistir sobre estas ventajas, sino únicamente rezar para que muchos de nosotros se arrepientan de sus actitudes obstinadamente estériles.

Desde hace algún tiempo siento que tu fe, Martin, atraviesa un período de crisis. Es pues probable que la razón te conduzca por el camino recto y estoy seguro de que estarás dispuesto a tomar una decisión. Pero temo que para tu pobre madre no quede ninguna esperanza. Persiste en quedarse eternamente aprisionada en el embrollo del farisaísmo judío, y el paso que yo he dado razonablemente no dejará

nunca de afligirla. Sin embargo rogaré para que algún milagro consiga un día reunir nuestras dos almas.

No quiero importunarte con detalles referentes a la tienda, estamos en una mala época, y me abstendré de comentarios sobre la situación internacional en este mensaje que sin duda te sorprenderá, querido hijo, y quizá te apenará.

Hasta siempre.

Tu padre que te quiere

Mordecai nunca se había sentido tan vacío como después de haber acabado de leer la carta de su padre. Si él mismo estaba seco, siempre contaba con la multitud que continuaba llena de aceite y especias de la tradición, comenzando por sus padres. Y he aquí que la parte de su padre se rompía; toda la virtud huía. Un rincón de su memoria quizás había muerto para siempre.

Durante aquel período de secreta desolación, el joven judío se esforzó en vivir como si nada hubiera pasado; pero sus interlocutores tenían a menudo la impresión de que observaba a algún ser invisible colocado detrás de ellos. De las cartas que escribió a su padre el apóstata, envió sólo la que expresaba menos sus sentimientos y ciertamente provocó una decepción en el destinatario, ya que la misma revelaba reacciones indiferentes por no decir inexistentes.

Mordecai no se atrevió a pensar en su madre, y no mencionó la decisión de su padre en la carta que le escribió poco después.

Por primera vez tenía la impresión de que su destino brillante e inviolable estaba amenazado por una infamia de su propio espíritu y por los actos que hasta entonces había considerado como estatuas de un parque familiar. Las estatuas comenzaban entonces a perder su inmovilidad. Además, aparecían grandes fisuras en lo que había considerado como la sólida masa de la historia. El tiempo ya no estaba fijo, transcurría. Algunos de sus compatriotas habían hecho ya sus equipajes. Ellos le recordaban que amenazaba la guerra y que su deber de alemán era regresar con ellos y ponerse al servicio de su patria antes de que fuera demasiado tarde.

Apenas judío, apenas alemán, Himmelfarb vacilaba todavía cuando recibió la carta de su madre.

Mi queridísimo Mordecai.

Tu padre te habrá puesto al corriente de lo que no tengo ánimos de repetir. Ya ves que ahora estoy en casa de mis hermanas; y aquí continuaré hasta que me reponga de esta prueba. Ellas son buenas y tienen muchas atenciones; es más de lo que merezco.

¡Oh$_y$ Mordecai! No puedo impedir el pensar que no he hecho por él todo lo que hubiera debido y tengo miedo de hacerme un día el mismo reproche respecto de mi hijo.

Mordecai volvió la cabeza. No podía mirar a su madre de frente. Le parecía que ella no había sobrevivido a la muerte espiritual de su marido.

Al menos, aquella carta arrancó al joven de sus tergiversaciones indecisas. Poco después navegaba por el mar del Norte. Para todo el mundo regresaba a su país. Hasta aquí su voluntad le había sostenido, pero se bamboleaba. Aquello que su orgullo le había mostrado en principio como un cable de acero no era en realidad más que un hilo al que los demás imprimían crueles sacudidas, del que tiraban con sus manos torpes, amenazando incluso romperlo. De esta forma acechaba el viento marino en aquella cabina insustancial que formaba los huesos de Mordecai. Su piel anteriormente bella había perdido su tono de marfil para convertirse en un amarillo grisáceo y sucio. Aquellos compañeros de viaje que le dirigían la palabra, se marchaban en seguida a la cubierta olfateando una situación ante la cual su mediocridad era impotente, un estado de alucinación, tal vez de locura incluso. Sin embargo otros decidieron simplemente que aquel sucio judío estaba borracho.

Borracho o no llegó a Holunderthal con una admirable puntualidad. En el esqueleto de la estación, los rostros de los extranjeros parecían convencidos de su intemporalidad. Sólo su padre, con un abrigo oscuro y correcto, confesaba su edad. Su bigote temblaba en aquella acogida torpe o por una excesiva perplejidad. La tía Zipporah, una hermana de su madre, por la que él nunca había tenido simpatía a causa de un cierto olor a pobreza y catástrofe, le hablaba con una voz encogida.

La tía y el padre se cedían mutuamente la palabra.

—Sí, hemos tenido una travesía normal —dijo Mordecai.

Después esperó. Luego acabó por preguntar:

—Entonces ¿y mamá?

Tenía el oído dispuesto.

La tía se puso a llorar como un ratón cogido en la trampa. Bajo las viguetas de acero de la Hauptbahnhof[21] de Holunderthal había un ruido espantoso. Algunos viandantes curiosos iban muy despacio esperando que una revelación les dictara la actitud a seguir.

—¡Sí! —lloraba la tía Zipporah—. Tu madre. El sábado por la tarde. Pero todo terminó en seguida, Mordecar.

Entonces fue la voz del padre quien se dirigió a él.

—Según parece, tenía una enfermedad interna que nos había ocultado, Mordecai.

El llanto de la tía estalló de nuevo.

—Oy$_{y}$yoy,yoy! ¡Moshe! ¡No existía tumor! Me lo ha dicho el doctor Ehrenzweig. ¡Ni la menor huella de tumor!

Una pena tan demostrativa hacía parecer la del cuñado despiadadamente árida. Pero su desesperación era de otra especie.

—El doctor Ehrenzweig me ha asegurado que no sufrió — insistió él—. Mordecai', ella no padeció nada hasta el fin.

—¡No sufrió! ¡No sufrió! —chillaba latía—. ¡Existenmuchas maneras de sufrir! El doctor Ehrenzweig no se ocupaba más que de su cuerpo.

El padre había cogido a su hijo por el brazo.

—Esta mujer me busca; ¡está contra mí! —exclamó Moshe.

Mordecai comprendió que su madre simplemente se había dejado morir.

Así se pusieron en camino y tomaron un Drosckké[22] aplastando media docena de claveles que quizás otro viajero, encontrándolos insoportables, había arrojado.

Durante las pocas semanas que precedieron a la declaración de guerra, el joven vivió con su padre, quien depositó regalo tras regalo a los pies de su hijo, sin obtener no obstante su perdón. Mordecai prosiguió sus relaciones con su familia, con la comunidad que le había acogido en el momento de su Bar Mitzwah ya que, oficialmente, entonces era judío. Pero la voz de los ancianos se callaba cuando él se acercaba, y cuando entraba en una habitación las chicas modestas bajaban la vista sonrojándose. Aceptaba ser un réprobo, pero no comprendía que ni la apostasía de su padre ni su propio retrato espiritual eran la verdadera causa de su desconfianza, y que casi todas las almas debían pasar el mismo período probatorio antes de recibir de Dios el impulso definitivo.

Ninguna de sus amistades con los gentiles había sobrevivido. Jürgen Stauffer relinchaba en algún cuartel esperando galopar a través de Europa, y Martin Mordecai no conseguía imaginarse el rostro de su amigo, ni su presencia viril desprovista de toda adolescencia y la caballerosidad del minnesinger[23] transformada en Wille zur Macht[24] según la expresión de sus ojos convertidos. El editor Stauffer había muerto de una crisis cardíaca, y su mujer era presa de una menopausia prolongada de origen incierto. Sólo el hijo mayor se le apareció un día bajo un sombrero,' en la ventanilla de un tren. Era evidente que Konrad Stauffer ya no se acordaba de él o al menos eso había decidido. Su rostro había adoptado una expresión de deliberada brutalidad en absoluto convincente. Mordecai había oído decir que Stauffer había escrito un tomo de versos que nadie había leído y que ahora hacía críticas cáusticas y artículos para un periódico radical de la ciudad.

Pero en seguida la imagen de Stauffer se evaporó como el pasado y aquel período de la vida que Himmelfarb se había atrevido a llamar suya. La guerra no le sorprendió ni a él ni a nadie; no estalló como un volcán entrado en erupción, sino que se infiltró a su alrededor y en ellos. Algunos se horrorizaron ante la perspectiva de verse mezclados, pero muchos se alegraron como para acoger a una amante que podría ciertamente aplastar sus flancos y martirizar su carne, pero cuya saliva envenenada

también embriagaba y cuya pasión liberaba sus deseos menos confesables.

Lo mismo que la continuación de los acontecimientos de su vida personal le había dejado frío y escéptico, la guerra, su primera guerra, afectaba menos a Himmelfarb de lo que se hubiera podido esperar. En el apogeo de su demencia, estaba contento de darse cuenta, aquella guerra pasaba el límite de su conciencia. Sin embargo, como buen alemán, fue atrapado y movilizado en infantería. Allí ganó dos heridas y una medalla.

Un día, en medio del fango y la lluvia de una ciudad francesa en ruinas, sintió el relativo placer de encontrarse con su antiguo amigo Jürgen Stauffer. El luminoso teniente estrechó en sus brazos al judío, simple soldado mugriento; el sol se ponía, no se veía a nadie, y con un poco de ánimo habría transformado su inocente situación en un dúo de ópera.

—Ach, Gott! —exclamó el Herr Leutnant—. ¡Martin! ¡Tú! ¡Mi viejo y querido amigo! ¡En el crepúsculo! ¡En Treilles! ¡En el éxito de nuestra victoriosa ofensiva!

El judío se preguntaba cómo podría continuar por aquel terreno, por poco que fuera.

—Eso recalienta el corazón —exclamó el Herr Leutnant inagotable por reanudar preciosas amistades en lugares insospechados.

Algo —habilidad o convicción— le hacía rozar al Heldentenor[25]. Aquel personaje de fieltro o de cartón, cuya piel dorada reflejaba los últimos rayos de sol, conservaba una posición correcta mientras estaban el uno frente al otro en una calle devastada. El fatigado soldado raso se dio cuenta de que olía a betún y jabón de tocador.

—Pero ¿cómo estás, Martin? ¡No dices nada! —prosiguió el oficial con diferente tono.

El judío, desconfiado, humedeció sus labios.

—Estoy bien. Pero mis pilares se han derrumbado.

¡Qué carcajada lanzó Jürgen Stauffer! Sus dientes eran perfectos.

—¡Siempre tan bromista! ¡Este bueno de Martin! Pero velar por tu salud, aquí es difícil.

—¿Dónde? —preguntó el judío.

El oficial agitó la mano. Su esplendor podía permitirse el lujo de no formalizar aquella ingenua imprudencia. Se excusó siempre riendo y mientras que se alejaba para reunirse con un general de su compañía, lanzaba ojeadas hacia atrás por encima de su hombro hacia su pasado y extraordinario error de juicio.

La paz es a menudo más catastrófica que la guerra; ésta era la opinión de los que vivieron el período siguiente, mendigando trozos de salchichas y cabezas de arenques, expresaban en sus cantares una alegría que no poseían ya, impulsados por el hambre y la necesidad de calor en sus aventuras sexuales que sus padres no habrían podido ni imaginar.

Flotando o perdiendo pie, aplastadores o aplastados, la multitud de los hombres-bestias estaba entrenada, y entre ellos el judío Himmelfarb. Si a veces sentía un deseo de resistir, jamás lo llevó a cabo e incluso encontraba una cierta consolación al contacto con problemas como el suyo. Durante las primeras semanas de libertad, de extrañas entrevistas, un frenesí de aventuras lo desterró de la cama que le esperaba en casa de su padre. Además, en aquel marco habría sido capaz de reír demasiado fuerte o de tirarse un pedo en el comedor o hacer cualquier otro acto poco razonable. Porque Moshe había vuelto a casarse. Se había casado con una joven mujer llamada Christel Schmidt, cuyo moño grueso y amarillo bajo su redecilla parecía estiércol de caballo, a la que un collar de Venus rodeaba el cuello. Trotzdem, nett und tüchtig[26], y perfectamente insignificante. Se habían encontrado saliendo de misa. La chica aceptó, en parte por curiosidad, pero, sobre todo, porque no podía soportar el hambre. En cuanto al viejo, la última chispa de prudencia se había apagado sin duda en él por la visión de un último festín de carne complaciente.

Mordecai y su inocente madrastra se pusieron ambos de acuerdo en poner fin a aquella irónica situación cuando, varios meses después, él fue nombrado maestro de conferencias en la universidad de Bienenstadt. El doctor Himmelfarb se marchó con la tímida bendición de su viejo padre y con la vaga sospecha de que se le había concedido aquel puesto poco remunerativo en una universidad menor por

razones todavía oscuras. Varios buenos judíos insistieron en recomendarle a correligionarios, lo que aceptó de buen grado, y un día, en una esquina de la calle, el repugnante tintorero de su infancia le agarró de la manga sin soltarle.

—Existe un hombre de bien en Bienenstadt —decía —; es un impresor, un primo del cuñado de mi difunta mujer. El le recibirá con una bondad parecida a la que usted ha conocido en su infancia y que no necesito recordarle, Herr Mordecai. Le recomiendo de todo corazón. Su nombre es Liebmann.

El doctor Himmelfarb no conseguía acabar con la entrevista del tintorero, que continuó como si se marchara con él:

—¡Es un hombre excelente! Recuerde su nombre: ¡iebmann!

Se habría creado el deber de deletrearlo, si no llega a ser porque un viandante impaciente le empujó fuera de la acera.

Poco tiempo después, Himmelfarb partió para Bienenstadt. La ciudad, en muchos aspectos, era parecida a aquella en la que había nacido, ciertamente más pequeña pero trazada por el mismo pincel. Sus azules y sus grises, con algunos trazos de un oro empañado, se fundían en la somnolencia del mediodía.

Las palabras fluían de los labios de sus habitantes sin ningún entorpecimiento. Los rostros se aplacaban con una bondad profesional y una convicción de conservar la verdad. Sin embargo en Bienenstadt, Himmelfarb fue aplastado por el ronroneo de la jornada e incluso por el timbre de la hipocresía local. La mayoría de sus estudiantes le testimoniaba una sumisión respetuosa de muchachos serios; algunos incluso parecían pensar que tenía muchas más cosas que comunicarles y esperaban en un cálido silencio después de la clase, como si aguardaran una revelación mucho más personal.

No es que exactamente fuera querido, pero hubiera podido serlo si no llega a ser por aquella época que pasó demasiado encerrado en sí mismo como para estar al alcance de los demás. Había roto todas las cartas de recomendación que le habían impuesto sus amigos antes de su marcha de Holunderthal, ya que pensaba que éstas no llevarían consigo otra cosa que ridículo o molestias. Salía poco y leía a Spengler hasta altas horas de la noche.

Transcurrieron los meses, y luego un nombre que al principio no reconoció se puso a obsesionarle. Aquello se convirtió en una fuente de irritación como si alguien repitiera insaciablemente el mismo mensaje en morse con un timbre eléctrico. Incluso llegaba a pronunciar ese nombre.

Y luego se hizo la luz: era el del pariente de Bienenstadt del horrible tintorero, lo que no hizo más que convertir todo el asunto en algo aún más grotesco e irritante; no tenía intención de relacionarse con aquel hombre, y desde que tuvo conciencia de su origen, todas las veces que el nombre se le presentaba se echaba a reír expulsando de sus pulmones el humo de su cigarrillo; después encendía otro. Se dio cuenta de que sus dedos se manchaban de amarillo y que temblaban ligeramente.

Luego, bruscamente, una tarde se levantó de su silla y comprendió que necesitaba ponerse en contacto con Liebmann, el impresor. No hubiera podido sentirse más aliviado, más feliz incluso, que al escuchar resonar sus pasos sobre el empedrado de la vieja ciudad. Sus cabellos, demasiado abundantes para la moda, se agitaban por el ligero viento.

De esta forma llegó a la casa. Había elegido una hora de la tarde en la que el impresor habría terminado su trabajo; y la planta baja estaba efectivamente silenciosa, desierta y cerrada. En el callejón contiguo, descubrió una puerta que quizá comunicaba con el apartamento. «Sí» le dijo la chiquilla que le abrió, pero su padre aún no había regresado de la sinagoga. Después de un vacilante silencio, ella le rogó que entrara y le hizo subir hasta la vivienda de la familia colocada justo encima del taller. Fue introducido en una habitación cuyos postigos habían sido cerrados y en donde una mujer joven examinaba lo que parecía ser un cortapapeles que acababa de desliar.

"¡Ah, sí, Israel! —dijo riendo cuando el visitante conducido por su hermana mencionó al tintorero—. Hace años que no le he visto; no recuerdo exactamente cuánto tiempo hace.

Estuvo a punto de hacer una mueca, que detuvo su amabilidad. Se contentó entonces con mostrar el cortapapeles que acababa de recibir:

—Me lo ha traído un primo de Janina. Pero no sé qué podré hacer con él —dijo con lástima, llegando

aquella vez hasta el fin de la mueca, que a Mordecai le pareció muy cómica—. Sólo se ve en el teatro a las duquesas emplear el cortapapeles para abrir páginas o cartas.

Se rieron juntos, más fuerte de lo acostumbrado.

—Seguramente tendrá otros usos —sugirió el visitante que continuaba riendo.

—¡Seguramente! —opinó la muchacha—. ¡Tan afilado como es!

Con la punta del cortapapeles se pinchó un dedo que se volvió blanco, y eso hizo redoblar sus risas.

Y luego ambos sintieron vergüenza, ya que nunca habían obrado de esta forma; aquello no les era natural ni al uno ni al otro, pero estaban jadeantes y animados.

La joven volvió a hablar.

—Sí, mi padre volverá en seguida y tomaremos café. Yo soy su hija mayor, Reha.

Entonces se puso a enumerar los nombres de sus numerosos herma- nos y hermanas. «¿No le ha hablado Israel de nuestra familia? Es cierto que casi no nos conoce. No, mi madre murió.»

Aquella era una gran estancia a la antigua moda de una vieja casa propia.

—Me encontrará terriblemente parlanchína —dijo apartándose algunos mechones—. Los demás me hacen siempre callar; ¿le gusta esto? Quiero decir Bienenstadt.

—Sí, no me disgusta.

—Dígame, ¿qué es lo que hace?

El obedeció de una forma completamente natural.

Reha era una muchacha entrada en carnes, algo gordita. Se adivinaba que engordaría y también que se desarrollaría si nada se lo impedía. Cuando Himmelfarb la miraba no podía impedir el inclinar la cabeza hacia un lado de una forma poco acostumbrada en él, como si se esforzara en mostrarse educado. No pensaba en agradarle, aún menos en hacerle la corte, y su rostro carecía de belleza; sin embargo se dio cuenta de que intentaba despertar su interés, sin esperar nada a cambio, pero un gesto excesivo o una frase demasiado rebuscada le parecían presuntuosos en aquel momento de sinceridad.

—¿Inglés? —murmuró ella frunciendo el ceño—. Conozco muy poco vocabulario; hubiera necesitado leer más.

—Yo le prestaré libros —prometió él.

Ambos eran conscientes de la evidente banalidad de sus palabras, pero aquello no les preocupaba.

El padre llegó. Era un viejo judío, pequeño y delgado; cojeaba y parecía padecer algún mal secreto, o bien que no se había consolado de la muerte de su mujer. Cuando vio al visitante salió de su indiferencia, aunque repitió varias veces:

—¡Pobre Israel! ¡Pobre Israel!

El tono de su voz parecía implicar que la miserable situación de su pariente le dotaba de una cierta virtud:

—Pese a su nombre, usted sabe que Israel no tiene hijos. Antes tuvo preocupaciones —continuó el impresor sin preguntarse lo que su huésped sabía ya—. Pero se consagró a otra cosa. ¡Existen varias formas de sembrar!

Resultaba evidente que el impresor hubiera preferido recogerse de nuevo en sí mismo, pero dijo espontáneamente y con una cortesía sin ampulosidad:

—Espero que venga a nuestra casa el sábado, señor. Esta es su casa. Me gustaría mucho discutir con usted algunos pasajes de los libros santos. Y también me gustaría conocer lo que piensa sobre la situación actual.

Tan ceremoniosa fue la invitación que el cutis amarillo del impresor se iluminó con un cierto sonrojo de afecto. Sus ojos eran demasiado inocentes como para evitar penetrar en los de sus semejantes, e Himmelfarb se vio obligado a bajar los suyos esperando que la bondad de alma del otro le impidiera

discernir el desorden que traicionaban.

—Existen muchos problemas que usted podría aclararnos, doctor Himmelfarb. Vivimos encerrados en nosotros mismos, y ésa es nuestra gran debilidad —dijo el impresor.

Si el visitante no hubiera contraído con todas sus fuerzas los músculos de su garganta, habría podido aquel hombre grave sorprender una negativa. Por lo menos aquello fue evitado.

Después de un nuevo intercambio de palabras, se dio cuenta de que Reha había vuelto con el café. De pie ante él, la vio considerar sus dos manos crispadas con una sorpresa dolorosa. En seguida las separó; la sangre volvió a circular por sus arterias liberadas, y ella se las arregló para hacerle creer que quizá no había visto nada. Servía el café inclinada y sonriente, y del líquido salía un vapor ligero del que se percibía un perfume de café de antes de la guerra; también había lonchas de Käsekuchen[27]

Himmelfarb fue a casa de los Liebmann el sábado como le habían pedido. Al principio sintió una cierta timidez, pero su deseo le arrastraba y aquello se convirtió en seguida en una costumbre. Como toda la familia parecía aceptar su presencia, también él acabó por encontrarla natural. Cuando le ofrecieron en la mesa los platos tradicionales o le vieron unirse a sus cantos, estaba sobreentendido que su vida religiosa jamás había sido interrumpida. A veces su felicidad le confundía, pero nadie lo notaba salvo Ari.

Ari, el mayor de los chicos, parecía poseer el secreto de olfatear los secretos de los demás, o en todo caso sus debilidades. Tenía la cabeza redonda bajo su Käppchen y algunos mechones de cabellos negros sobre las mejillas. Siempre estaba murmurando una oración entre sus largos dientes de cabra, con los ojos medio cerrados, casi sonriendo.

En la sinagoga, Ari se volvió un día hacia Mordecai y dijo sin molestarse en bajar la voz:

—¿Ves a aquel tipo de allá? El de los cabellos largos. Es un buen judío, pero tan simple que si su abuelo se disfrazara y dijera «Soy el profeta Elias», lo creería inmediatamente.

Ari no esperaba ver reír a Mordecai, pero él mismo estalló en carcajadas. Era un alocado, pero no era un mal muchacho. Tenía la costumbre de dar largos paseos por la Heide[28]cantando con otros jóvenes judíos que pertenecían a su misma organización. Amaba a su familia y, en la mesa echaba los brazos al cuello de sus hermanas. Mordecai se decía que con el tiempo incluso llegaría a gustarle Ari. De la comida del sábado le gustaban los menores detalles. Las migas bajo sus dedos le conferían humildad.

—¿Qué pasa? —preguntaba Reha—. ¿No le gusta la carpa? ¿O tal vez la Biersoss?[29]

En el silencio que seguía a las protestas de Mordecai, ella manipulaba su plato o buscaba algo. Era miope como su madre. Al principio Reha no había podido impedir hacer un chiste sobre los ciegos que llevan a otros ciegos, ya que Himmelfarb tenía una vista mediocre y había tenido que llevar gafas poco antes de su llegada a Bienenstadt. Estas conferían un extraño aspecto a su rostro, y parecían reforzarlo con una expresión de acrecentada certidumbre.

Para el joven que ya no era un extraño, el sábado se convirtió en un día estable, en la penumbra de la casa del impresor o en la sinagoga, codo a codo con su amigo Liebmann, envuelto como él en su chal. Su alma se mostraba de diversos colores según cambiaban las fundas del Arca de acuerdo con las fiestas del año. Estaba de nuevo lleno de fe. Tocar con sus labios los flecos de su chal era disfrutar de una inefable alegría.

En otoño, después de los días más calurosos, a veces convencía a Reha Liebmann, que estaba secretamente espantada por los amplios espacios, de que fuera a pasear con él por las landas sin cultivos que existían en el norte de Bienenstadt, y un domingo de octubre, tal como estaban sentados para descansar en un hoyo de arena al abrigo del viento, le propuso que se convirtiera en su mujer.

Ella no respondió inmediatamente, pero se limpió los granos de arena y se hubiera podido creer que estaba triste o amargada.

A decir verdad, aquello sorprendió su vanidad, pero sólo por un momento, ya que dulcemente, lentamente, se puso a hablar:

—Sí. Sí, Mordecai. Eso es lo que esperaba. Lo esperaba desde el principio... Estaba segura.

Si sus palabras hubieran sido menos sencillas, tal confesión hubiera podido parecer presuntuosa o

incluso inmodesta.

Se echó a llorar.

—Haré todo lo posible —dijo mientras corrían sus lágrimas—. Perdóname por conducirme así en semejante momento. Tengo miedo de no ser digna de ti.

—¡Reha, querida! — respondió él casi riendo—. ¡A los ojos del mundo un intelectual provinciano es un personaje cómico!

—No lo comprendes —añadió ella con un nudo en la garganta—. ¡Todavía no! Y no sé expresarme. Pero sabemos, algunos délos nuestros saben, aunque no hemos dicho nada, que tú nos traes la honra.

Cogió sus dedos, los miró con un aire ausente, casi triste, y acarició las venas del dorso de sus manos.

—¡Me siento confundido! —protestó él estupefacto.

—Ya lo verás —repitió ella—. ¡Estoy segura!

Elevó los ojos, aquella vez con una sonrisa confiada, y él sintió ganas de besarla —ella estaba allí presente y era una buena mujer—, pero entre tanto tomó la resolución de olvidar las palabras extrañas, casi morbosas, que le había inspirado su petición de matrimonio.

—¡Reha, Reha! ¡Si tú supieras...! Soy el más miserable de los hombres.

Pese a esto, ella cogió su cabeza entre sus brazos, como si quisiera poseerle tanto tiempo como fuera posible poseer algo en este mundo. Sin embargo llenó este gesto de humildad, consciente del modesto papel que sería el suyo.

Cuando se levantaron, por fin, después de haberse reconfortado el uno al otro por las palabras y el contacto de sus cuerpos, estaban sorprendidos y tímidos. Las trompetas de bronce les llamaban por sus nombres en el hoyo desnudo y húmedo de la Heide mientras caía la noche.

Los días transcurrieron entre la charla de las viejas mujeres, sobrinas y primas, y llegó el momento en que el futuro esposo esperó a su mujer de pie bajo el Houppah[30] Ella avanzó con un paso ligero, casi como un suspiro. Y después ambos se encontraron juntos, libres de las trabas de sus torpes cuerpos bajo el viejo palio de terciopelo, en el olor de santidad y de jabón negro mezclados singularmente en la vieja sinagoga de Bienenstadt, en medio de un montón de comerciantes y de tenderos que eran la simiente de Israel caída en aquel rincón de Alemania. La milagrosa Houppah$_y$ adornada de incrustaciones, se abrió para la pareja elegida. Liberados de sí mismos, se sintieron sumergidos en una inmensidad azul en donde sus almas flotaban juntas, al principio tímidamente, como dos pañuelos que se agitan en el viento, entremezcladas sus formas y su dirección, hasta el momento en que se envuelven el uno en el otro y se elevan cada vez más arriba en una larga llama blanca.

De esta forma las dos almas de la pareja recientemente bendecida abandonaron momentáneamente sus contornos, mientras que sus cuerpos, de pie bajo el palio, continuaban los ritos sencillos y maravillosos en los que podía tomar parte la asamblea de fieles. ¡Cómo alargaban el cuello los viejos —hombres y mujeres— para ver el anillo de oro del joven deslizarse en el dedo de su esposa! Aquellos ancianos canosos disfrutaban de nuevo del amor y del pasado; sus labios gustaban el vino feliz y tembloroso esperando que se rompiera la copa.

En efecto, los esposos habían cogido el vaso, ya que ninguna felicidad puede ser repetida. Todo debe ser vivido de nuevo, todo debe de nuevo ser santificado. El esposo tenía el vaso, inmóvil. Era de una perfección insoportable, inmaculado pero frágil. Ya se rompía, ya estaba roto. Durante un segundo silencioso sus fragmentos brillaron en el suelo de baldosas.

Algunos de los asistentes, como siempre, habían derramado lágrimas al ver destruir el vaso, pero incluso éstos unieron sus gritos alegres a los de los demás fieles. Todo's saltaban de alegría ante los que acababan de unirse. «Mazel Tov!»[31] exclamaron las bocas desdentadas de los viejos, mientras que las voces agudas y bermejas de las chicas vibraban en una espera febril.

Unicamente el esposo parecía haber entrado en una nueva fase. Parecía casi moroso mientras que se movía nerviosamente bajo la Houppah adornada y misteriosa. En efecto, el tiempo le había llevado demasiado lejos, demasiado de prisa, aunque la barba se había puesto a crecer sobre sus afeitadas mejillas y, mientras que pensativo y enfurruñado se acariciaba la barbilla, el cuello del Kittel[32] blanco

que superaba irregularmente la parte alta de su traje de boda se frotaba contra el naciente vello. Con el ceño fruncido, se mordisqueaba una punta de su bigote y esperaba por primera vez el mensaje delicadamente formulado del puñado de tierra que cae y precede a la avalancha final de la muerte.

Más tarde, en la casa de su suegro, Mordecai debió girar tan a menudo para recibir entrevistas y consejos que el hombre pensativo cedió paso momentáneamente al hombre de carne. Sin escuchar demasiado las palabras, respondió de una manera que no le era habitual, riendo con sus labios entreabiertos e hinchados. De vez en cuando frotaba sus ojos cegados por el medio resplandor de las velas. Siempre reía en lugar de responder. El aíre estaba untuoso, con un olor a grasa de oca y sopa.

En el relajamiento sensual producido por el banquete de bodas, no encontraba trágica la ausencia de los suyos. Con tacto, su padre había contraído un grave resfriado que le obligaba a guardar cama. Sus tías, replegadas en sí mismas y de mal talante, no se habían repuesto de las circunstancias de la muerte de su hermana. Pero una persona emergió del pasado y cuando abrazó al recién casado, Mordecaí reconoció al tintorero de Holunderthal.

—Estaba seguro de que sabrías qué hacer —susurraba el horrible buen hombre a su oído con un aspecto enternecido—. Y estoy seguro de que responderás a nuestra espera, pues tu corazón ha sido tocado y cambiado.

Los invitados les rodearon y les empujaron, aunque Mordecaí se encargaba de mantener a distancia al tintorero sujetando con ambas manos su chaqueta cubierta de caspa.

—¿Tocado y cambiado? —repitió riendo de una forma que le pareció ligeramente estúpida—. ¡Lamento decirle que sigo siendo yo mismo!

—¡Esa es justamente la razón! —añadió el tintorero.

Apretados como estaban el uno contra el otro, Mordeca'í se dio cuenta de que el cuerpo del hombre que hasta entonces le había parecido enfermizo, tenía en realidad una fuerza y un calor que él nunca habría sospechado. Y él mismo se sintió menos disgustado que anteriormente; es cierto que entonces había bebido varios vasos de vino.

—¡Pero usted sólo tiene secretos y adivinanzas!

Pese a su proximidad era necesario gritar para hacerse entender.

—¡No existe secreto! —le pareció escuchar que respondía el tintorero—. La serenidad no es un secreto, la soledad no es un secreto. La verdadera soledad sólo es posible cuando existe la serenidad. Un carácter inquieto puede distraer al espíritu mejor preparado.

—¡Pero eso es inmoral! —protestó Mordecaí alzando lo más posible su voz—. ¡Y en un día como hoy! Es una negativa a toda la comunidad. ¡El hombre no es un ermitaño!

—Eso depende del hombre; puede ser una luz que se refleje sobre toda la comunidad, tanto más luminosa cuanto que los muros de su celda están desnudos.

Como gritaban a pleno pulmón, nadie les había oído, lo que era sin duda bueno, y en aquel momento fueron separados por el impresor que quería presentar a su yerno a algún pariente o conocido.

Mientras que la compañera que se había impuesto estaba atrapada por la multitud, Himmelfarb aceptó el augurio de que no se escaparía nunca del tintorero cojo cuyas manos estaban manchadas de violeta, incluso aquel día de ceremonia. Había aprendido las proporciones de su cuerpo mal construido, la contextura de su eterno abrigo; había leído en los espejos la expresión de sus ojos, mucho antes de haber vuelto a encontrárselo. Entonces, en aquel momento, todas sus impresiones se unieron: la imagen del tintorero no le abandonaría jamás, lo mismo que su nueva esposa o su propio destino. Ahora estaba atrapado. Continuó pues respondiendo distraídamente a las preguntas de los invitados, siempre intentando conciliar en su espíritu a aquella mujer que le había enseñado el amor, y lo que hasta entonces había sido la repugnancia que sentía por el tintorero. A la luz del primero de estos sentimientos, necesitaba descubrir y reunir los restos de amor ocultos en el otro, o renegar de su propio deseo tanto como de la existencia de su raza.

En aquellas circunstancias estaba estupefacto de ver que la gente tomaba sus respuestas por verdaderas respuestas, y también que su mujer Reha pudiera mirarle con tal expresión de confianza.

Al principio de su matrimonio, los esposos vivieron en casa del padre de la joven, pero en seguida encontraron una casita bastante poco moderna a donde se trasladaron pese a las altas habitaciones demasiado estrechas y a la escalera demasiado vieja. Como estaba situada en la periferia de la ciudad, tenía la ventaja de un módico alquiler, y así pudieron contratar a una criada sin experiencia para que ayudara a la mujer del Dozent[33] el mismo Dozent dejó de fumar e hizo otras pequeñas economías; de esta forma iba a pie a sus clases en lugar de coger el tranvía. Eran perfectamente felices, clamaban las mujeres de la familia, y en verdad casi era cierto, en los límites de su pequeño círculo cerrado, en la periferia de la ciudad. Los que buscaban la variedad en el cambio y el movimiento y no en las variaciones de los acontecimientos que suceden habrían encontrado su vida estrecha y monótona. Pero Him- melfarb no manifestó ningún deseo de apartarse del sendero por el que habían dirigido sus pasos. Si abandonaban Bienenstadt, era para pasar cada año el mismo mes de vacaciones en la Schwarzwald, en la misma pensión honrada en donde podían comer kosher[34]. Sin embargo, el doctor Himmelfarb solía ausentarse algunos días para representar a algún profesor ausente en alguno de los congresos de otras ciudades universitarias. Y algunos años después, regresó a Holunderthal después de haber recibido un telegrama que anunciaba la muerte de su padre.

Moshe había muerto a causa de su joven esposa, se repetía por todas partes y con justicia; pero también añadían: al fin y al cabo es lo normal. Fue enterrado por un sacerdote que tartamudeaba y un sacristán que refunfuñaba. Los amigos que asistieron a la ceremonia eran lo bastante recientes como para comunicarle un carácter superficial. La mayoría tenían rostros benevolentes, curiosos, respetuosos, correctos, pero algunos que se aburrían o que padecían una mala circulación empezaron descaradamente a dar pataditas o a frotarse los costados; uno de ellos, más cínico que los demás, hizo notar en voz alta que los mejores chistes son los más cortos. Para todos éstos la ceremonia tardaba en acabar, pero seguía cayendo cada paletada mientras que se imploraba a la madre de Dios por el viejo judío que no la había conocido mucho tiempo, y únicamente, según se sospechaba, había sido movido por su interés personal. Así fue esparcida la tierra, después el agua, pero ninguna lágrima, ni siquiera por parte de su hijo, cuya pena era demasiado profunda como para que pudiera llorar.

El hijo que se había aproximado a la fosa por el lado malo, entre la tierra y las piedrecillas, y que no sabía qué gestos de respeto llevar a cabo, estaba allí, de pie, amarillo en aquella tarde plateada. Pese a su repugnancia, algunas personas del cortejo estaban fascinadas por su tipo netamente semita.

Bajo sus miradas, Mordecaí se balanceaba a veces; ya que el fardo le pesaba sobre sus hombros, ya que la fe no es fe si no se lucha con ella. «¡Oh Roca de perfección, ahorra y ten piedad de los padres e hijos!...»

Y Mordecaí luchaba contra la Roca y rogaba por su padre, aquella arena removida, aquel hombre mundano al que sentaba tan bien el bigote y que sólo había sido feliz cuando le regalaba obras completas encuadernadas en piel.

Himmelfarb no se quedó en su ciudad más que el tiempo necesario. Felizmente el negocio había sido cedido con provecho dos años antes. La viuda que se disponía ya a olvidar aquella pena de su vida, se proponía ir a buscar algún consuelo a una ciudad extraña. Quedaba la casa de Holzgraben que heredó el hijo y que decidió cerrar mientras no encontrara a una persona conveniente a la que alquilarla. Tardaba en regresar a su vida hecha y la fortuna heredada no le modificó más que superficialmente, ya que su mujer no se acostumbró nunca al mundo y él se interesaba exclusivamente por ella, sus estudiantes y sus libros.

Apenas si se sabía en Bienenstadt que el doctor Himmelfarb había escrito y publicado una pequeña monografía notable y estudiosa sobre Las Novelas de John Oliver Hobhes. Aunque la Frau Doktor lo había mencionado de pasada a las señoras de su medio, la información no fue asimilada. ¿Por qué? El libro sería un pequeño éxito para los estudiosos, o todo lo más un objeto de interés para algún universitario, cuyos gustos se dirigieran a explorar otras facetas de la literatura. Sin embargo, no sucedió lo mismo con su gran obra: Los Novelistas ingleses del siglo xix en sus relaciones con Alemania, escrito también durante los apacibles años de Bienenstadt. Los novelistas ingleses de Himmelfarb suscitó un mayor interés en los medios universitarios e incluso entre el gran público, y se estimaba que el autor no tardaría en ser considerado como una autoridad en la materia. En seguida hubo, entre las señoras recibidas en casa de la Frau Doktor> numerosas y sonrientes discusiones concernientes a los rumores que ellas habían escuchado: sin duda se iba a'proponer al doctor Himmelfarb para una cátedra de inglés en una universidad. En este punto no concordaban. ¿Quizá podría aclarárselo Frau Doktor?, y entonces no eran más que sonrisas estúpidas. Pero cuando se la interrogaba sobre esta posibilidad, la Frau Doktor

parecía nerviosa, como si se la hubiera pedido inmiscuirse en el futuro. Personalmente prefería esperar al desarrollo normal de los acontecimientos que garantizaba el talento de su marido.

Así pues evitaba las respuestas directas, o murmuraba alguna probada banalidad, tal como: «Cada cosa a su tiempo», «Nuestra vida no hace más que comenzar» y ofrecía a sus invitadas otra loncha de Käsekuchen.

En cierto sentido hubiera sido imposible encontrar una respuesta más razonable, ya que si el Dozent encanecía —cosa normal entre los hombres morenos— y si su elegante figura comenzaba a engordar, mientras que su mujer era descaradamente gruesa, se habría podido decir que abordaban únicamente la plenitud de su felicidad conyugal, en la casita apartada, a la sombra de una encina y a la de las judías —sombra más pequeña— que la criada campesina y activa hacía trepar por los rodrigones. Nadie, y los Himmelfarb menos que nadie, hubiera podido desear destruir la impresión de apacible permanencia, tan fuerte sobre todo por la mañana, cuando los colchones de plumas tomaban el sol en las ventanas del primer piso.

Sin embargo Frau Himmelfarb comenzó a padecer de opresión, lo que le daba, cuando no se cuidaba, un aspecto ligeramente forzado, como si la afirmación de su felicidad le pidiera un esfuerzo demasiado difícil de sostener. Algunas de sus visitantes pensaban que aquello era debido a la presencia de la encina: demasiados árboles alrededor de una casa absorben todo el oxígeno, y de ahí esos espasmos que corrían el riesgo de convertirse en asma; otras señoras más atrevidas insinuaban que la ausencia de hijos había provocado en ella un efecto nervioso. Entre éstas, una mujer poco inteligente, cuyo marido era mercero en una callejuela, y a la que recibía porque era un poco de la familia, exclamó un día de repente:

—Pero Rehalein, ya es hora de tener un hijo. De todas formas los deberes de los Rabhanim no se reducen a los libros. Lo que yo necesito es un buen padre de familia judío: quizás él no sabe leer pero llena la casa de hijos.

Dos de las señoras presentes, una de las cuales era asidua lectora del West-Ostlicher Divan, decidieron, allí mismo, que ya era hora de romper todas las relaciones, incluso indirectas, con la mujer del mercero que, por otra parte, sudaba y les importaba un comino.

Pero Reha Himmelfarb se contentó con decir dulcemente:

—¿Quién somos nosotras, Rifke, para decir cuáles deben ser los deberes de un hombre?

Y Himmelfarb, que sorprendió estas palabras, no hizo más que amar aún más tiernamente a su esposa.

Su esfuerzo para expresar aquel amor del que no parecía poder quedar ninguna prueba perdurable, les aproximó. Nadie conocería la felicidad que los Himmelfarb habían gozado el uno del otro, si no llegara a ser por aquella dedicatoria descubierta por casualidad en una biblioteca: «A mi querida mujer Reha cuyo ánimo y colaboración han permitido...» Pero las palabras no pueden convencer a los escépticos tanto como las pruebas vivas, y pese a su simplicidad o quizás a causa de ella, la mujer del mercero lo sabía bien.

Una tarde, mientras observaba a su mujer alumbrada por las velas del sábado, Himmelfarb tuvo ganas de decir: «De todas las criaturas del mundo, Reha es la última en dudar». Sin embargo en aquel momento las manos de Reha, repletas y activas, parecieron hacerse transparentes y vacilar al resplandor de la llama.

Al mismo instante lanzó un pequeño grito de sorpresa y de dolor:

—¡Me he quemado! ¡Ha sido la cera caliente que ha caído de golpe! —murmuró vivamente con una voz apenas comprensible, como si su necesidad de explicar profanara un momento sagrado.

Las llamas de las velas subían derechas y apacibles, pero aquella luz del sábado que hubiera debido ser dulce y límpida parecía lívida y casi malsana, y el rostro de los dos espectadores reflejados en los espejos parecían hechos de una cera blanda y rezumante.

Las obligaciones de los demás ritos le impedían hablar en aquel momento, pero más tarde se acercó a ella y le dijo:

—Reha, querida, ya veo que estás cruelmente decepcionada.

Cogió la mano que se resistía y la introdujo en el interior de su chaqueta, apretada contra sí.

—¿Por qué? —exclamó ella—. ¿Ahora que nuestra vida es tan feliz?

Y en seguida obtendrás la cátedra. ¡Todo el mundo está seguro!

Se sintió compartido entre la desesperación y el amor.

—Pero no tenemos los niños que tu prima Rifke recomienda como sánalotodo.

—Nuestras vidas no pueden ser diferentes —dijo sin mirarle.

—¡Qué abstracciones tan frías para decir que no nos comprendemos! Pero para nuestras verdaderas vidas, al menos para la tuya, yo querría obtener todo lo que alegra y consuela.

—¡Oh! —protestó ella—. Mi vida no cuenta. Yo soy tu taburete, tu almohadón. ¿No crees que me parezco a un almohadón?

Parecía más gordita que nunca, en efecto, con los ojos levantados hacia él, feliz pese a todo, pero temía que fuera por un esfuerzo de voluntad.

Y después rodeó con sus brazos la cintura de su marido, apoyó su rostro contra su chaleco.

—No quisiera que nada cambiara en nuestra vida.

Pero en seguida prosiguió con una voz completamente diferente, casi como si contara algo de la mayor importancia, de la mayor urgencia:

—El lunes tengo que empezar a hacer gelatina con las manzanas que Mariechen trajo de su pueblo. Mi madre me hablaba de un viejo libro en el que había una receta infalible para aclarar la gelatina. Creo que leí el título en los papeles que ella me dejó. Mordecaí, al regresar pásate por casa de Rutkowitz ¿quieres? para ver si lo tiene. Existen tantos libros en su casa que se podría encontrar cualquier cosa.

Elevó los ojos con una apariencia tal de seriedad que él quedó emocionado y tranquilo.

El lunes, cuando estaba a punto de marcharse, Reha le dio el título del libro del que ya no se acordaba.

—No olvides el libro —insistió—. No voy a empezar la gelatina; esperaré caso que lo encuentres en casa de Rutkowitz.

El leyó en su rostro lo importante que era aquello, y se marchó aliviado de comprobar que su mujer era sencilla y amante. Si a veces sus palabras dejaban sobreentender cosas más profundas, sin duda se trataba de una casualidad de la que ella no era consciente.

Rutkowitz era un viejo judío tranquilo cuya desbordada tienda se encontraba en una de las calles que descendían en pequeña pendiente por detrás de la universidad de Bienenstadt. Himmelfarb no se olvidó de entrar al pasar por allí, y ojeó los montones y los estantes para intentar encontrar el libro que necesitaba su mujer. Iba a marcharse sin descubrirlo en absoluto cuando se fijó en otra cosa que le llamó la atención e interesó.

—¿Tiene cosas de magia, Rutkowitz?

Deliberadamente se dirigió al grave librero en un tono de ligereza. Este se encogió de hombros y respondió secamente:

—Son viejas obras cabalísticas y hasídicas. Provienen de una colección de Praga.

—¿Tienen algún valor?

—Para los que les interese.

El librero era listo.

Himmelfarb quedó seducido y su lengua moduló las palabras hebreas que el cantor Katzmann le había enseñado en otros tiempos. No pudo evitar el leer en voz alta, por el nostálgico placer de hacer justicia a su herencia.

Esto es lo que comprendió:

«Me he asignado la tarea de combinar las letras unas con otras durante la noche y meditar a su

respecto; me he dedicado a esto tres días seguidos. El tercero, pasada la medianoche, me quedé adormecido un momento con la pluma en la mano y el papel sobre mis rodillas. Después me di cuenta de que la vela había llegado a su término. Entonces me levanté y la apagué como se hace a veces después de haber dormido. Pero en seguida me di cuenta de que la habitación permanecía iluminada. Aquello me sorprendió grandemente ya que después de un atento examen comprobé que la luz parecía salir de mí mismo. "No lo creo" dije. Recorrí la casa y la luz me seguía. Me tumbé en la cama y me cubrí, pero la luz seguía siempre conmigo...»

El librero, prudente, estaba un poco al acecho para negar mejor toda complicidad en la búsqueda personal de su cliente.

—¿Aprecia usted las ventajas físicas del éxtasis místico, Rutkowitz?

—preguntó Himmelfarb.

Pero aunque estaban muy cerca el uno del otro, el vendedor parecía resuelto a rechazar toda invitación. No respondió.

Himmelfarb continuó hojeando los viejos libros y manuscritos. Ahora se encontraba transportado. El librero se había apartado: simplemente había dejado de existir. En el silencio del crepúsculo y la luz de la única bombilla, el lector escuchaba su propia voz:

«Su alma está llena de amor a Dios y estrechada por lazos de amor a la alegría y ligereza del corazón. A diferencia del que es su maestro malhumorado, el deseo del esfuerzo arde en su corazón, incluso en medio de las dificultades, y es feliz de colmar los deseos de su Creador... Ya que cuando el alma medita sobre el temor de Dios, entonces brota la llama del amor sincero y la exultación de la alegría más sutil llena el corazón... Y el que ama no piensa en los beneficios de este mundo; ya no busca más en la mujer el placer ilícito, ni el orgullo excesivo en sus hijos e hijas, sino que únicamente piensa en obedecer la voluntad de su Creador, en hacer el bien y en santificar el nombre de Dios. Todos sus pensamientos arden en el fuego del amor a Dios.»

Himmelfarb encontró al librero sentado detrás de la caja en el piso inferior, como si nada hubiera pasado; y a decir verdad ¿había pasado algo? Después de haber dado la clase, el Dozent regresó a su casa, llevando algunos de los más interesantes libros históricos y uno o dos pergaminos descabalados y sucios.

—¿Has encontrado mi libro?

Reha acababa de aparecer en la puerta al escuchar a su marido que subía las escaleras.

—¡No he tenido suerte! —respondió él.

No pareció contrariada en absoluto, pero inmediatamente llamó a la criada en la cocina:

—Mariechen, comenzaremos la gelatina esta tarde, como de costumbre. El Herr Doktor no ha encontrado el libro.

Casi parecía aliviada.

Su marido continuó subiendo. Se preguntó si le hablaría de sus compras, pero ella no parecía haberse dado cuenta de los libros que llevaba y ya no se preocupó más.

Desde entonces, después de haber corregido un montón de disertaciones o deseado las buenas noches a los estudiantes que iban a trabajar bajo su dirección, se enfrentaba a solas en su habitación con los viejos libros.

Leía o permanecía sentado, o dibujaba vanamente, o jugaba con algún objeto, o escuchaba el silencio, y a veces parecía estar transportado en diferentes direcciones.

Una vez fue interrumpido por su mujer.

—No puedo dormir—dijo ella.

Se había soltado el cabello, se lo había cepillado, aunque se tenía la impresión de encontrarse ante un matorral sombrío, de ramas quebradizas, en donde no obstante resplandecía una luz.

—¿No te molesto? —preguntó ella—. Pensé que me gustaría leer algo... Algo corto y musical —añadió

después de un suspiro.

—¿Morike? —propuso él.

—Sí —respondió con aire ausente—. Mórike estará muy bien.

Como el aire desplazado de su camisón hacía moverse los papeles colocados unos sobre otros en la mesa de despacho de su marido, no pudo evitar el preguntar:

—¿Qué es eso, Mordecaí? No sabía que dibujabas.

—Hago garabatos. Mira, este es el Carro.

—¡Ah! —exclamó ella dulcemente, volviendo su vista como si hubiera dejado de interesarse—. ¿Qué Carro?

Pero aquella vez parecía ser complaciente.

—No lo sé muy bien. Es difícil de distinguir. En el mismo momento en que creo haber comprendido, observo una nueva figura — ¡y existen tantas!— por lo cual abundan las interpretaciones. Existe la del Trono de Dios, por ejemplo, y es bastante evidente: oro, ágatas y jaspe; o la del Carro de la Redención, mucho más imprecisa, más patética, más personal. Y los rostros de los que se encuentran allí, aunque yo soy incapaz de distinguir su expresión.

Durante aquel tiempo Reha inspeccionaba las estanterías.

—¿Todo eso está en los viejos libros?

—Algunas cosas se encuentran en algunos de ellos —admitió.

Reha seguía explorando las estanterías. Bostezó y comenzó a reír dulcemente.

—Creo que me voy a dormir de nuevo —dijo antes de haber encontrado a Mórike.

Sin embargo cogió un tomo.

El sintió su beso en la nuca cuando ella se marchó.

¿O bien se quedó, para mejor protegerle, alguna parte secreta de sí misma después que la puerta se hubo cerrado? Con Reha nunca estaba seguro de hasta qué medida su intuición se revelaba en sus palabras y su conducta, o bien hasta dónde le acompañaba en el curso de su caminar interior.

En efecto, ahora Himmelfarb había elegido interiorizarse. No podía resistir el silencio y se volvía moroso cuando, por la noche, se veía obligado a retirarse temprano a su habitación. Reha continuaba cosiendo o zurciendo. En su rostro no se reflejaba protesta alguna. Aprobaba con una dulce sonrisa, pero ¿qué aprobaba? Aquello nunca fue aclarado.

Algunos de los viejos libros estaban llenos de instrucciones que él no se atrevía a seguir y hacia las cuales adoptaba una actitud resueltamente escéptica, y en algunos casos cínicamente brutal. Pero finalmente sin saber —hay que suponerlo— lo que en él había de racional, se puso de vez en cuando a combinar y a intervenir en las cartas, e incluso a meditar sobre los nombres.

Su manera de abordarlos era no obstante la más seca y cerebral que fuera posible, ya que entonces aspiraba espiritualmente a elevarse y perderse en un éxtasis tan fresco y verde que su propio desierto bebía el rocío celeste. Y, sin embargo, su frente de piel y hueso continuaba ardiendo bajo lo que hubiera podido ser un círculo de fuego. O, a veces, una rigidez helada se apoderaba de su espíritu, su alma se identificaba con el sillón de cuero en el que estaba sentado y sus dedos temblaban como esculpidos en madera.

En muchas ocasiones permanecía a un nivel en el que, según le parecía, no podía servir de instrumento a ninguna experiencia; se dormía, y despertaba al canto del gallo. Pero un día fue arrancado del sueño durante las horas grises para identificar un rostro. Ya se había levantado para recibir al mensajero de luz o resistir al negro traidor, cuando el horror le clavó en el sitio a la vista de su propia imagen fluctuante como bajo el efecto del agua o del fuego. Así, el momento tan esperado se redujo a un reflejo de sí mismo en un espejo deformado. Entonces ¿qué es lo que podía esperar ser salvado? Felizmente pudo acallar las blasfemias que le venían a la boca, ya que su voz estaba momentáneamente apagada, y además no pudo infligir a los objetos que le rodeaban y disimulaban una superchería

espiritual, el trato que se sentía impulsado a hacerles sufrir, ya que su voluntad estaba embrollada y sus uñas se destrozaban en los entrelazados nudos. No podía luchar y titubear más que en la columna erigida de su propio cuerpo. Y después cayó hacia adelante y fue liberado de toda angustia cuando su cabeza se golpeó con el borde de la mesa.

De esta forma encontró Reha Himmelfarb a su marido por la mañana temprano. Todavía estaba débil y turbado, apenas consciente, como tras una congestión cerebral. Cuando se rehizo de su espanto primero durante el cual, llena de lágrimas, había intentado calentar las manos de él con las suyas, siempre besando y soplando entre sus labios fríos, corrió a telefonear al doctor Vogel quien, después de haberle examinado, declaró que el HerrDozent padecía agotamiento y exceso de trabajo. Hubieron de acostar al enfermo, y durante quince días, Himmelfarb no vio a nadie salvo a su atenta esposa. Fue un período delicioso. Ella le leyó todo el Effi Briesty, acostado de espaldas, con los ojos cerrados, apenas siguiéndola, él escuchaba no obstante el desarrollo de aquella historia encantadora aünque ligeramente estúpida. ¿O tal vez era la voz de su mujer la que escuchaba ante todo — la que engarzaba las palabras con una precisión cálida y suave— y le parecía a él la voz de la verdad?

Una segunda quincena de descanso le fue concedida para su convalecencia; la pasaron en un pequeño pueblo del Báltico. La luz gris y el estremecimiento del aire no hubieran hecho más que intensificar en Himmelfarb el idilio de las dunas perfectas y de las casas de madera blanca, si no llega a ser por un incidente que se produjo en el hotel. La primera noche habían bajado temprano al comedor vacío, en donde un camarero principiante y sin ganas les hizo sentar en cualquier sitio. En seguida llegaron los clientes, todos de un cierto nivel social, cuyos rostros y vestidos eran discretamente intercambiables. Los saludos fueron correctos; el silencio sin imprevistos. Y de repente se produjo algo inesperado, incluso chocante. Un coronel retirado, encontrando a los recién llegados sentados a su mesa, cogió el sobre de papel en que se encontraba su servilleta y regresó al vestíbulo en donde, ante el despacho de la dirección, vociferó que no tenía la costumbre de comer con judíos. Nunca les había sucedido a los Himmelfarb algo semejante. Quedaron sorprendidos, incluso temblando. La mayoría de la gente parecía confusa; sin embargo se escucharon algunas discretas risas. La dirección presentó las excusas pertinentes, pero los recién llegados decidieron de común acuerdo que no tenían hambre y abandonaron el comedor después de haber tomado algunas cucharadas de un parduzco potaje. Durante la noche cada uno decidió no mencionar jamás al otro aquel incidente, pero sabían perfectamente que conservarían su recuerdo. Pese al espíritu de conciliación que alentaba entonces en Oststrand, pese a la meticulosa atención, y a veces a la ostentación con la cual los más liberales del hotel les saludaron durante el resto de su estancia allí, las pequeñas olas al romper dejaban siempre percibir un sonido metálico y los gritos de las aves marinas desolaban su espíritu cargado de una secreta melancolía.

No obstante el aire salino y las noches de sueño restablecieron la salud del doctor Himmelfarb y regresó a Bienenstadt con la fuerza necesaria para hacer frente al futuro inmediato. Ya que en seguida, los que cotilleaban sobre la extraña depresión del Herr Dozent discutían abiertamente sobre su promoción y su marcha. En efecto fue invitado a pronunciar una conferencia en Holunderthal, y poco después corrió el rumor de que le habían ofrecido y él había aceptado la cátedra de inglés en la universidad de su ciudad natal.

La familia no carecía de ocupaciones.

—¡Sólo los libros representan un gran trabajo! — gemía Frau Himmelfarb muy orgullosa.

—Voy a echar una ojeada por ahí —prometió su marido—, y supongo que habrá algunos que podré pasarme sin ellos.

—¡Pero si no me quejo!

—Entonces tus intenciones no corresponden siempre a tus sentimientos— añadió él con un tono afectuoso y sin amargura.

Por fin todo acabó por ser embalado. Lanzaron una última ojeada a las pequeñas habitaciones de la casa situada en los confines de Bienenstadt y sólo lamentaron dejar algunas cosillas sin importancia y recuerdos sentimentales.

El profesor Himmelfarb, hijo del peletero Moshe, era ahora un hombre bien situado y hubiera podido llevar un buen tren de vida si hubiera querido. Pero se lo impidió un sentido de la ironía y una falta de entusiasmo. Sin embargo abrieron la casa de la familia de Holzgraben. Aunque su fachada de estilo greco-alemán con su frontal de estuco y sus cariátides era muy llamativa, el interior conservaba una

tierna pelusa de recuerdos al mismo tiempo que la opulencia característica del gusto del peletero. Al principio la Frau Professor quedó un poco desconcertada por el aspecto de su morada y su marco. Ya que, además del aplastante mobiliario monumental, la casa estaba frente a la parte más cuidada del Stadtwaldy como se llamaba al Parque, aunque los habitantes veían desde las ventanas del primer piso los céspedes segados y alamedas juiciosamente cubiertas de arena con parterres de begonias y crestas de gallo, o bien la Lindenallee que estaba bordeada por discóbolos secretos y ninfas modestas, desde donde se percibían las masas densas, redondas e interminables del Wald propiamente dicho.

Aquella vecindad, por fortuita que fuera, aumentaba el valor y la importancia de aquella solemne morada, y en los años que siguieron a su marcha de Bienenstadt, cuando aún podían permitirse una ilusión de solidez, sólo el sentido de la ironía por las cosas impedía al profesor Himmelfarb impresionarse por aquellas contingencias materiales, sobre todo cuando al regreso de uno de los paseos por el Wald, veía aumentar poco a poco ante sí la fachada de lo que era aparentemente su casa, erguida como una pequeña locura en la extremidad del Lindenallee.

Mientras que el profesor estaba de esta forma expuesto a los peligros de contentarse, un ruido medio libertino, medio confuso se escapaba de su nariz, y estaba obligado a lanzar una ojeada por encima de su hombro, embarazado y divertido ante la idea de que hubieran podido oírle.

Con los años y las responsabilidades de su profesión, engordó; su rostro se arrugó, aunque los que le veían sobre el estrado estaban a veces menos atentos a sus palabras que a su figura monolítica y tallada a martillazos. Cogió la costumbre de llevar siempre en sus paseos un bastoncito de fresno, que era una compañía más que necesaria y siempre era seguido por un apolillado perrito llamado Teckel, al que hablaba de vez en cuando, después de haber ejecutado una solemne media vuelta. Generalmente llevaba un traje de paño rugoso y, a decir verdad, de calidad mediocre, pero también se vestía con algo difícil de describir, a la vez defensivo y provocativo. Los que pasaban cerca de él le miraban y se preguntaban qué es lo que les llamaba la atención en aquel judío feo. Pero, claro está, muchos reconocían y saludaban a un personaje de tal reputación. Hasta el momento de la discriminación racial, alemanes y judíos se sentían orgullosos de haber sido vistos estrechando la mano al profesor Himmelfarb, y las señoras se sonrojaban y mostraban sus dientes evocando las locas aventuras de su juventud.

En cuanto a la Frau Professor, nunca, bajo ningún pretexto, le acompañaba en sus paseos por el Wald y rara vez se la veía caminar al lado de su marido por las alamedas del Parque. No estaba acostumbrada a pasear, salvo para ir a los almacenes tradicionales en que lucían los peces de bronce y los aceites transparentes y donde celebraba los misterios en los que había sido iniciada. Según avanzaba su edad, su cuerpo engordaba más, pero conservaba una gran alegría que devolvía el gusto de vivir a los que lo habían perdido. Por ejemplo, cuando las mujeres reunidas cosían vestidos para los que se habían marchado demasiado pronto, las jóvenes a veces temblaban y se pinchaban los dedos con el Tachriechim[35], y las viejas dejaban rienda suelta a sus recuerdos; era entonces cuando Reha Himmelfarb devolvía el sentimiento de continuidad de las cosas con algunas observaciones o simplemente con su presencia. Se podía esperar que todo lo que esas mujeres sabían, todo lo que era bueno y sólido, duraría todavía un poco, pese a lo que evocaban esos vestidos blancos sobre las rodillas. Las personas gordas tienen una gran ventaja sobre las delgadas, ¡flotan mejor!

Así explicaba la Frau Professor su poder.

Sin embargo también ella tenía a veces sus dudas y sus temores; quizá su marido era el único en saberlo. Al regreso de un paseo, la veía de pie junto a una ventana del primer piso, con la mirada errante; después ella le veía; se inclinaba y agitaba su mano morena y regordeta, jadeante de felicidad y de alivio por no haber recordado nada antes de su regreso. Entonces, entre la ventana y la calle, sus dos almas conocían la más tierna intimidad.

—¿Qué has visto hoy? —preguntaba a menudo Frau Himmelfarb.

—¡Nada! —respondía generalmente su marido.

Sin embargo en aquella época él sospechaba que ella ya no le engañaba más que con la máscara de sus palabras. En verdad, todas las sustancias en que las palabras eran opacas, se volvían más transparentes con los años. En cuanto a los rostros, él se sentía emocionado, encantado, sorprendido de lo que veía.

En sus relaciones con sus colegas de la facultad, en sus conferencias destinadas a los estudiantes, en los artículos que publicaba y en los libros que escribía, el profesor Himmelfarb se revelaba como un

hombre de carácter recto, de inteligencia exigente y a veces minuciosa, dotada de una forma de espíritu a menudo epigramática. Nadie, al verle caminar con pasos lentos y regulares sobre las hojas muertas del Stadtwald, o a lo largo de las aceras de la ciudad, hubiera sospechado en él tendencias mórbidas y ambiciones reprimidas. Y sin embargo estaba torturado por su deseo insistente de superar los límites de la razón, de recoger las chispas visibles por intermitencia bajo la espesa concha de los rostros humanos, de esperar las chispas de luz aprisionadas en forma de madera y piedra. La imperfección que observaba en sí mismo le había permitido reconocer la naturaleza fragmentaria de las cosas, pero al mismo tiempo le impedía emprender el inmenso trabajo de reconstrucción. Aquel hombre imperfecto permanecía necesariamente en el estado de la experiencia. Pasaba su tiempo explorando con la mirada los matorrales, las ventanas, los ojos, o apreciando con su bastoncillo el espesor de una piedra como si buscara nuevas pruebas y entonces recurría al origen minúsculo de las chispas cuya existencia ya conocía y volvía a colocarlas en el seno del fuego divino de donde habían caído primitivamente.

Después regresaba a su casa y, consciente de sus instrumentos imperfectos, confesaba como respuesta a las preguntas de su mujer:

—¡Nada! No he visto nada, no he hecho nada.

Entonces ella inclinaba la cabeza, no por temor a que él pudiera ocultarle algo, o porque hubiera cosas que ella no podía comprender, sino porque tenía intuición de la distancia que separaba la aspiración de la realización y porque no podía hacer nada para ayudarle.

No obstante, aquella pareja compartía una perfección sin duda tan grande como les era posible disfrutar a dos seres juntos. Pasaban largas veladas felices en la biblioteca de la casa de Holzgraben; el profesor Himmelfarb leía o corregía en su característica posición encorvada, y su mujer cosía o hacía punto, generalmente para algún familiar judío que se lo había pedido.

Una tarde que estaban sentados tan silenciosos y absortos hasta el punto de no haber oído las campanadas del reloj de péndulo, Reha Himmelfarb de repente se rascó la cabeza con la aguja de hacer punto “gesto que muchos habrían encontrado vulgar pero que su marido encontraba natural— y rompió el silencio, lo que sí era desacostumbrado.

—Mordecai, ¿qué pasó con los viejos libros?

—¿Los viejos libros?

Examinó a su mujer a través del grueso cristal de sus gafas y su expresión parecía casi desdeñosa.

—Los libros judaicos...

Ella tenía una jovialidad desconocida, como la de una mujer que por razones secretas intentara insinuarse en el espíritu de su marido rivalizando con él en masculinidad.

—Estás un poco despistada, Rehalein.

Se sentía molesto y no tenía ganas de responder.

—Bien sabes de lo que hablo —prosiguió Reha—. Los viejos libros cabalísticos y los manuscritos en hebreo que encontraste en casa de Rutkowitz.

El profesor dejó el tomo que leía. Le molestaba ser interrumpido.

—Los dejé en Bienenstadt —respondió—. No me servían para nada.

—¿Esos libros tan valiosos?

—No tenían ningún valor particular, todo lo más el interés de una curiosidad.

Entonces Reha Himmelfarb sorprendió a su marido porque se atrevió a preguntar.

—¿No crees que se pueda llegar a la verdad por la revelación?

La garganta de Himmelfarb estaba seca.

—Bien al contrario —dijo— pero no creo que sea necesario mezclarse con lo que está por encima y por debajo de nosotros. Es una forma de egoísmo.

Sus manos temblaban.

—Y puede turbar el espíritu— añadió.

Pero observó que su mujer, que al principio tenía un humor dulce y apacible, se había vuelto sombría y agresiva.

—¡A ti mucho te será revelado! — exclamó como si en su desesperación la sangre la ahogara—, ¡A ti! Pero ¿y nosotros, las personas ordinarias?

—A fin de cuentas no existe ninguna diferencia.

No podía resolverse a mirar los espantosos movimientos inciertos que hacían sus manos, sus agujas y su punto.

—Cuando llegue la hora —pudieron por fin articular los sombríos labios de Reha— podrás soportarla, ya que tus ojos ven más allá. Pero nosotros ¿a qué podremos aferrar nuestro espíritu para hacer soportable el fin?

—A esta mesa —respondió él acariciándola con sus dedos.

Su mujer dejó de hacer punto.

—¡Oh, Mordecai, tengo miedo! Las mesas y las sillas jamás se elevarán para salvarnos.

—¡Dios lo hará! Dios está en esta silla.

Ella se puso a llorar.

—Algunos han podido aguantar las peores torturas concentrándose en el Santo Nombre— murmuró él.

Pero aquello le pareció sentencioso, nada más, pues él sabía que nada podía hacer por la mujer que amaba. Salvo cubrirla con su cuerpo.

En aquella época, el profesor Himmelfarb continuó sus clases como de costumbre, mientras trabajaba en su libro: Afinidades particulares: estudio de las relaciones entre la literatura inglesa y la literatura alemana a finales del siglo xix y a principios del xx. Algunos pensaban que aquella obra aseguraría la reputación del profesor en la Universidad, pero otros temían que ésta no gustara al régimen.

Porque el curso de los acontecimientos había cambiado, e imperceptiblemente en el origen, se había transformado en un río profundo y rápido. Numerosos alemanes se dieron cuenta de que, después de todo, eran judíos. Si los padres, en la confianza de la emancipación, habían podido considerar el Galuth[36]como una noción metafísica, sus hijos parecían no poder escapar a la realidad del exilio. Muchos partieron inmediatamente. Emigraron a los Estados Unidos y se encontraron en medio de un sueño de nylon, cuyos pliegues transparentes no disimulaban en absoluto la evidencia de su circuncisión. Estos tenían un sueño agitado. Otros regresaron a Palestina —regresaron, sí, porque sólo así acaba el exilio—, pero no les permitieron contemplar la Chekinah[37]que reclamaba su atavismo. Quizás estos fueron los más decepcionados. Sus almas dobles y pasivas se volcaron en lamentos. ¡Oh, las veladas en casa de Kempinsky! ¡Oh, las tardes en Heringsdorf! Otros, por fin, lanzados sobre las piedras de Sión, se arraigaron allí poco a poco, no sin dificultades, como por una ley natural. Crecieron sus troncos rudos y amargos, y resistieron a los elementos porque allá, al menos, ese era el orden de las cosas. Sin embargo, en muchas de las ciudades destrozadas, en los alquileres exiguos de callejuelas superpobladas, en los claros apartamentos elegantes en que cada cual tenía su Gummibattm[38] no podían apartarse por diversas razones del ganglio de Europa; su carne se revolvía, o bien amaban su interior, o bien esperaban que al menos serían olvidados, o estaban ebrios de besos, o petrificados por el presentimiento de su inmolación, o demasiado tímidos para creer que podían cambiar el curso de su destino, o tan piadosos que esperaban la inspiración divina. Estos permanecieron. El espacio se reducía. Todas las reflexiones, incluso silenciosas, les visitaban; arrasaban los muros, se aplastaban contra las mustias rosas de las tapicerías, marchaban de puntillas para evitar revelar su presencia.

Durante todo aquel período de desatinos, el espíritu de Mordecai Himmelfarb se contentó con entrever confusamente un medio razonable para escapar de allí. Oficialmente culpable, no podía trabajar normalmente, pero se esforzaba en ello en la medida en que era posible. Como había servido en el ejército alemán, no fue destituido, pero en aquella fase se contentaron con quitarle ciertas

responsabilidades; en su presencia las miradas se inclinaban, los cuerpos daban la vuelta para huir de una situación embarazosa y difícil. Iba a pie más a menudo que antes para evitar incidentes desagradables en los tranvías y los autobuses, conque sus vestidos comenzaron a flotar sobre su delgada armadura y su rostro reveló un arquetipo que hubiera hecho enrojecer a su padre el apóstata. En el curso de sus paseos, que continuaba dando regularmente en el Stadtwald, se sentaba a descansar en el banco amarillo todas las veces que sentía esa necesidad.

En sus idas y venidas de la mañana y de la tarde, en la pálida luz o a pleno sol, y acompañado por los pájaros y gatos, tenía la impresión de conocer de memoria cada una de las piedras y cada uno de los pesares de su ciudad natal, y poder por fin interpretar las más oscuras intenciones de un mundo atormentado.

Ciertamente hubiera debido esforzarse en encontrar una solución práctica, aunque sólo fuera por amor a su esposa. Unos primos instalados en el Ecuador habían escrito; él sabía que su cuñado Ari había marchado a Palestina con un grupo de jóvenes y allí había fijado su residencia. Unicamente Mordecai no había recibido ninguna indicación del que podría ser su papel personal en el tiempo en que necesitaría suspender la voluntad de la que no era depositario. Resuelto a no resolver nada de lo que esperaba su ser carnal, ni siquiera la angustia espiritual que sin duda debería sufrir, hubiera podido resignarse definitivamente sin el tormento perpetuo que era el pensamiento de su mujer.

Un día, su colega Oertel, el matemático, ario de una rara calidad —lo que fue finalmente la causa de sus sufrimientos y de su muerte— fue a verle y suplicó le permitiera ayudarle a abandonar el país antes de que fuera demasiado tarde.

Himmelfarb vaciló. Los gestos de humanidad eran tan emocionantes bajo el reinado de Sammaél que por un momento se sintió lo bastante débil como para aceptar, y si no lo hizo fue por Reha que sabía no partiría con él.

—¡Oertel! ¡Oertel!

Cuando pudo continuar se explicó:

—Son los pecados de Israel los que han dado a Sammaél las piernas que hoy le sostienen. En un sentido debo expiar esos pecados que son los míos. ¡Pero usted no puede verlo! ¡No puede comprenderlo!

Seguramente comenzaba a perder la cabeza, añadía Oertel, al contar la negativa de Himmelfarb. Este volvió junto a su mujer a la que amaba demasiado profundamente como para repetirle la proposición de su colega. Continuaron viviendo en su casa de fachada greco-alemana. Incluso después de la expulsión del profesor, que en seguida le fue notificada, se les dejó vivir en su casa. Su existencia allí era precaria; ahora que las criadas se habían ido con lamentos o amenazas, una vieja judía ayudaba a Frau Himmelfarb en los quehaceres domésticos. Tenían suerte con tener algún dinero y así pudieron subvenir a sus necesidades materiales, al menos por algún tiempo. A veces Frau Himmelfarb, discretamente vestida —ella siempre se había vestido así y sin mucho gusto— iba a vender algún objeto de valor. De esta forma subsistieron. En la casa silenciosa las habitaciones nunca estaban vacías, llenas como estaban de pensamientos; desde las ventanas superiores el parque no parecía nunca desierto en absoluto. Las begonias se inclinaban en los parterres impecables como para tomar parte en una exhibición lasciva.

Himmelfarb decidió un día ir a visitar a su amigo de otros tiempos, el Oberstleutnant Stauffer que, según se decía, vivía de una forma excéntrica dos o tres calles más allá. Se decía que metía patos de celuloide en su bañera.

El Oberstleutnant apareció en la puerta con un pequeño delantal adornado de encajes.

—¡Jürgen! —exclamó el visitante.

Pero en seguida comprendió que la selva en la que se habían perdido de vista se había vuelto impenetrable y Jürgen era el más perdido de ambos.

El rostro del Oberstleutnant o lo que quedaba de él, estirado sobre los huesos, permaneció por un momento considerando la abominación que se había manifestado sobre su felpudo para su tormento personal.

—El Herr Oherst no está en casa— dijo por fin.

Rostro, porte, palabras, todo aquello chocaba un poco.

—Y en ningún caso está autorizado a recibir judíos.

La puerta se volvió a cerrar tras Jürgen Stauffer.

Otro día, y aquella vez en la calle, regresó al pasado. Se trataba de Konrad, el hermano mayor, muy conocido entonces por una de esas novelas que todo el mundo había leído y que trataba en un estilo amargo y audaz las relaciones en época de guerra entre los oficiales y los soldados. Konrad Stauffer había conseguido gustar a un público prudente — e incluso al Regierung,[39] según se decía— porque no tenía miedo a llamar la atención.

Konrad podía permitirse ver lo que quería.

—¡Mira, Himmelfarb! No has cambiado. Sólo que todo lo tienes a mayor escala.

Cogió a Himmelfarb por el codo para manifestar su estima. Sus manos eran firmes. Se había afeitado bien y se había friccionado con agua de colonia de tocador que había refrescado su piel, lustrosa bajo el sol matinal. Los éxitos le habían dado a Konrad el brillo y el perfume de los cueros caros y refinados. Muchas personas habrían declarado sin duda que le odiaban si se hubieran atrevido a desafiar su arrogancia.

—Espero que vengas a vernos.

Por otra parte no arriesgaba nada.

—Vivimos muy cerca.

Le dio sus señas en voz alta y con precisión, casi con ostentación.

—Mi mujer se sentirá contenta de conocerte. Pero no tardes, nos marcharemos en seguida —dijo sonriendo.

El fenómeno que representaba Konrad Stauffer dejó a Himmelfarb indiferente. Stauffer sin duda se dio cuenta, ya que en seguida volvió sobre sus pasos, y cogió al judío por el botón de su chaleco como si se excusara de insistir.

—¿Vendrás, no es cierto? ¿Me lo prometes?

¿Quién podía hacer entonces promesas? Le tocó sonreír al judío. Pero entre ellos se había creado un cierto calor.

Desde aquel día, Himmelfarb no creyó que volvería a ver a Konrad Stauffer. En la medida en que su voluntad todavía existía, le impulsó a lo largo del estrecho sendero de su existencia y no hacia las vías secundarias de las relaciones sociales, por seductoras que fueran sus perspectivas. Además él tenía su libro. Consagraba lo esencial de su tiempo a anotaciones y correcciones, pues, aunque no tuviera ninguna esperanza de verlo publicado, le hubiera dado pena no terminarlo. En aquellos momentos de descanso caminaba menos que antes, pero era porque deseaba abandonar a su mujer el menor tiempo posible.

No podía animarse a preguntarse cuánto dependía de él aquella mujer dulce y amante, aunque secreta e insospechada. Por el contrario notó que dependía de ella. La necesitaba a veces sin razón aparente. Si no la encontraba, iba a buscarla a la cocina en que ella hacía a veces el trabajo de la vieja criatura casi senil que había reemplazado a la cocinera. Allí la interrogaba sobre cosas que desde hacía tiempo les eran familiares:

—¿Qué es eso? —preguntaba.

—Hígado picado de pollo —respondía ella con una voz hermética e igual, para atenuar lo que había de extraño en que él no reconociera la evidencia.

Le gustaba incluso como a él fijar su vista en la vulgar cesta de la compra, como si su contenido hubiera tenido una gran importancia simbólica. Juntos conjuraban la angustia y la posibilidad de una separación con la práctica de pequeños ritos encantadores.

Y después supieron que el doctor Herz había desaparecido, lo mismo que los Weill y los Neumann, y que ya no se veía más en la clínica a Frau Dr. Mendelssohn. Se les dijo con una voz tranquila, y como sólo les conocían un poco, y las dificultades de su vida monótona continuaban, sin aquello no se habrían dado cuenta. Pero la vieja mujer que trabajaba en su casa no les servía para nada: además, no dormía. Por la noche Frau Himmelfarb se veía obligada a levantarse para reconfortar a su criada.

Pero llegó una noche en que nadie pudo encontrar consuelo. Los fuertes se vaciaron de su fe como las muñecas de su serrín.

Una tarde de noviembre, Himmelfarb regresaba a su casa. Acababa de dar la vuelta a la Friedrichstrasse cuando se detuvo. No podía continuar más.

Un tranvía se precipitaba en el crepúsculo. A lo largo de las aceras, los viandantes de figuras verdosas y vegetales se guiaban de su instinto para conducirse en el estado de hipnosis que aportaba la tarde. Ya en las tabernas, las cabezas afeitadas se instalaban en sus sitios habituales; se cascaban huevos duros; las bocas se hundían en los espumarajos de las jarras de cerveza. No existía ninguna razór para que un alma se sintiera prisionera de las tinieblas, para que un hombre perdiera su control en aquel rincón de la Friedrichstrasse. Sin embargo, Himmelfarb fue presa de pánico; echó a correr, huyó. Liberado de la dignidad moral y de la pesadez física de un hombre de su edad, corría, corría... Algunos seres en la noche maldijeron cuando él pasó cerca de ellos, pero apenas les oyó y no sintió el golpe de las colisiones de las que él debía ser la causa, en aquella oscuridad hasta entonces normalmente ordenada.

Siempre corriendo, recorrió toda la Friedrichstrasse, atravesó la Königin Luise Platz, y enfiló por la Bismarckstrasse hasta la Krötengasse. Sus agotados pulmones consiguieron conducirle hasta Süd Park, ya que entonces el condenado necesitaba ser acogido con bondad, ser aceptado incluso por los que se encontraban con un pie en la tumba.

Los Konrad Stauffer vivían en uno de los inmuebles color gris-hierro, de líneas severas, pero decorados con guirnaldas y racimos de esos frutos de cemento que acompañan generalmente a los pisos de alquiler más elevado. El visitante pareció asegurarse del número de la casa al poner la mano sobre las figuras en relieve. En el rellano se subió los calcetines como lo hacen automáticamente los jóvenes cuando se dan cuenta de que, sea como sea, han llegado. Esbozó una sonrisa en su esfuerzo por recobrar una máscara humana antes de llamar a casa de sus amigos. ¡Sus amigos!, ¡sus amigos!

Estaban allí, con aquel botón de cobre milagroso y sólido, y se diría que la máscara temblaba. Un amigo era más seguro que las personas de su sangre, y más precioso que Dios, aquella abstracción de las abstracciones. Se imaginaba los ritos de la visita, con el coñac y los inevitables puros.

Abrió la puerta una silueta destinada quizás a adquirir importancia, pero que aún no era más que una vaga mancha blanca.

En el apartamento, bajo una lámpara oriental de reflejo anaranjado, Stauffer colgaba el teléfono. En seguida avanzó hacia la puerta de entrada diciendo:

—Estoy tan contento de que haya podido venir hasta aquí... Himmelfarb, ésta es mi mujer— continuó señalando a la delgada y erguida mancha blanca—. Estoy tan contento, querido Himmelfarb. Nos preguntábamos...

—Tenía muchas ganas de conocerle —añadió la mujer.

Los dos Stauffer manifiestamente acababan de recibir una fuerte impresión, pero, después que ella aseguró la puerta con una cadenita, Stauffer recobró su calma e hizo entrar a su huésped en una habitación más amplia que parecía ser un despacho, en el que unas alfombras orientales, muy oscuras a primera vista, se iluminaban y enrojecían poco a poco.

Frau Stauffer se dirigió en seguida a una caja de marquetería y encendió un cigarrillo. Al verla echar humo por las narices se comprendió que se moría de ganas por hacerlo.

Entonces recordó la situación y se puso a hacer los honores al visitante, con gestos bruscos pero amables.

—¿También usted es un aficionado al veneno? —le preguntó con una amplia sonrisa que cubría toda su boca.

Le ofreció una bandeja en la que acababa de colocar algunos bombones de licor, de una famosa marca extranjera, que desde hacía mucho tiempo habían desaparecido de la vida de los simples mortales. Las bolas recubiertas de papel metálico brillaban como alhajas maléficas en la bandeja de plata.

Lo mismo pasaba con Frau Stauffer. En la dramática situación que, al menos en apariencia, se les acercaba, Mordecaí se decía que sin duda habría deseado a aquella mujer en la época de su sensual juventud. Un vestido de seda natural se ajustaba a la perfección a su cuerpo, cuyo esqueleto se adivinaba

discretamente bajo su piel morena. Pero aquella tarde se debía encontrar costipada. Se aplastaba contra el radiador, envuelta en una vieja bata que, no obstante, conservaba una especie de elegancia estudiada, el chic de Berlín.

Los Stauffer esperaban que hablara su huésped; se veía en sus rostros.

—He venido esta tarde —comenzó Himmelfarb sonriendo a la copita de coñac dorado que su anfitrión le había puesto en la mano, naturalmente.

—¿Sí? ¿Sí?

Stauffer estaba demasiado ansioso para ayudarle; su mujer demasiado nerviosa. Incluso fue un par de veces a la puerta para vigilar el regreso de la criada que, como había explicado, había ido a recoger un par de botas.

Al mismo tiempo Himmelfarb comprendió que no podría hacer comprender aquel súbito pánico de su corazón, aquella aceleración de su pulso, aquella hostilidad de las calles familiares, el hedor violento, glándulas del ciego terror. Las palabras, en efecto, son los instrumentos de la razón.

Balbucía palabras sin continuación:

—Yo...

Él que no era nadie.

Le llenaron otra copa de coñac.

—Claro, claro, lo comprendemos muy bien— murmuraban con simpatía los Stauffer que sólo podían comprender la inquietud que les obsesionaba.

En su ánimo y deseo de ayudar a su amigo, de nuevo calmado, se pusieron a hablar de Schónberg, de Paul Klee, de Brecht. Se trataba sin duda de uno de esos intelectuales que habían descubierto las virtudes de la acción demasiado tarde en la vida, quizá demasiado tarde en la historia. Ardía por hacer algo, o por talar el árbol de la injusticia moral, al menos arrancar uno o dos retoños. Estaba tumbado en sus telas de Oriente que cubrían su demasiado opulento diván, y se veía un poco de su piel entre el bajo del pantalón y sus calcetines, lo que le daba un aspecto más joven, más sincero, pero también completamente ineficaz.

Frau Stauffer combinaba la lisa piel de sus brazos con sus pálidas y largas uñas. Bajo la capa de aceite que era su único maquillaje, su largo rostro delgado intentaba inútilmente expresar serenidad.

Konrad lanzaba nombres al tuntún, Marruecos, el Pacífico, las islas Galápagos... Pero regresaba a las regiones vecinas de Alemania que conocía mejor, sobre todo la Riviera... Himmelfarb escuchaba todo aquello sin encontrarle relación con su vida.

Konrad continuaba discurriendo. Ya estaba muy cerca:

—¡Berna! Es una ciudad de personas honestas, un poco triste. Podríamos encontrarnos allí para comer el jueves. Tú decides, Himmelfarb. Sin embargo, te aconsejo que no te lleves más que un cepillo de dientes.

Ligeros copos de nieve parecían caer en el espíritu del judío, pero desgraciadamente no borraban nada. Su dulce promesa le obligó a levantarse.

—Tengo que irme —dijo.

Todos lo sabían, finalmente, fatalmente.

—Debo volver con mi mujer. Y con mi perro. Es ya la hora del paseo.

—¡Tu mujer! — Frau Stauffer aspiró bruscamente: se hubiera dicho que paraba un golpe.

Llevaba un brazalete del que colgaban unas piedras semipreciosas y no pulidas, que se agitaban y entrechocaban en una penosa enemistad.

—No sabía que tu mujer... —repetía Stauffer.

El judío reía. Su risa se escapaba entre sus labios fascinantes, hinchados en un horrible morro. En efecto, nadie podía saber hasta qué punto su mujer estaba presente en él todo el tiempo, salvo en aquel

único momento de la velada en que el mismo Dios se había retirado del caos original.

—Tengo miedo a haberme hecho culpable de algo que nunca podré expiar. Tengo miedo, tengo miedo —repetía el judío, anonadado.

—¡No, no! —imploraban los Stauffer—. Nuestra es la culpa, nosotros somos los culpables.

Ya no sabían cómo excusarse. Konrad Stauffer, el hombre de los éxitos mediocres, y su mujer, demasiado sencilla, demasiado complicada.

—¡Somos nosotros, somos nosotros! —insistían los Stauffer.

El brazalete de Frau Stauffer capitulaba.

El judío, cuya vejez se hizo visible de repente, se dirigió solo hacia la puerta.

—Es imposible que podáis ser incluidos en una condenación en masa —articulaba dulcemente—. Nosotros, los judíos, somos los únicos en no poder escapar a un juicio colectivo. No formamos más que un ser. Ninguna parte puede separarse sin destruir el conjunto. Temo que eso es lo que he hecho esta tarde en un momento de ofuscación.

Estaban en el vestíbulo bajo la luz anaranjada de la lámpara oriental.

—Pero es espantoso ¡espantoso! —Stauffer casi gritaba—. Estábamos persuadidos de que habías venido a refugiarte aquí— su voz resonaba— porque esta tarde... —Vacilaba y hablando en voz alta elegía las palabras—. En realidad lo acabábamos de saber por el teléfono cuando llegaste —aquí casi chilló— destruyen los bienes de los judíos.

—Ach, Konrad! —gimió su mujer sin atreverse a protestar con más vehemencia.

Pero una bomba de incendios parecía confirmar lo que su marido acababa de decir. Perforaba el macizo silencio de aquel barrio alemán de las afueras, dejando tras sí un negro túnel de angustia.

Unicamente Himmelfarb no parecía sorprendido; incluso sonreía entonces que todo estaba explicado, entonces que toda contingencia había sido apartada.

—Y ¿en todo este tiempo no sabías nada? ¡Tu mujer!

Stauffer estaba ahora loco de horror. Su rostro viril parecía el de un chiquillo que piensa que los piratas del juego se van a volver reales de repente.

Con sus mejillas aceitosas llenas de lágrimas, Frau Stauffer ofrecía un cenicero a su visitante para que aplastara en él lo que le quedaba de un auténtico habano.

La inútil cadenita gemía colgada de la puerta. Himmelfarb se iba. Ya había dejado aquella casa, olvidado a sus queridos amigos que recordaría con gratitud si tuviera sitio para ellos en su cabeza.

Süd Park estaba silencioso pero atento. Un velo naranja, de un matiz exquisito y llamativo, separaba la noche de la silueta de la ciudad. Raramente era posible continuar la vida allá donde se había interrumpido, y sin embargo, tal parecía ser la impresión del personaje que deambulaba a lo largo de las calles, con su abrigo oscilante y flotante detrás de él, y todo su ser en tensión. En la Krótengasse, grupos de judíos pisoteaban en medio de trocitos de cristal. Los lamentos de las mujeres le hicieron disminuir el paso. En la Bismarckstrasse un hombre gritaba a pleno pulmón, pero alguien entre la multitud le asestó un puñetazo y ya no se escuchó más que hipidos amortiguados por intervalos de silencio,

Himmelfarb verdaderamente no corría. Doblaba la rodilla para desplazarse más de prisa, más cerca de la acera. Su aliento no era más que una parte de sí mismo; lo escuchaba jadear como un animal inoportuno del que no hubiera podido desembarazarse. En la Schillerstrasse, la sinagoga ardía menos violentamente y una bomba de incendios estaba colocada junto a la acera. Varios bomberos estaban a su lado; ¿qué podían hacer? La vieja obra de mampostería práctica, sólida y fea, había adquirido una gracia singular, gótica en aquel impulso hacia el cielo. Ahora que las voces se habían callado, todo podía ser expiado.

Mientras que entraba en el Holzgraben, gotas más gruesas que el sudor caían a los pies de Himmelfarb. Su cuerpo descarnado estaba tenso esperando el cuchillo. Aquella era su propia calle; todavía era tranquila, respetable, alemana. Sin embargo un corte de energía eléctrica provocado por la turba, había sumergido aquellos lugares familiares en una pesadilla a través de la cual avanzaba hacia la

casa en que habían vivido para encontrar en ella lo que esperaba encontrar. La puerta evidentemente estaba abierta. Se agitaba ligeramente, como él lo había visto hacer varias veces en sueños.

La casa era una concha vacía y ya no era el momento de imaginarse nada; sin embargo no sintió todavía que estaba vacía pese a la oscuridad y al silencio que la envolvían. Entró, tanteando con sus pies que eran largos y huesudos como sus manos delgadas. En la oscuridad se agachó y tocó el cadáver del perrito ya definitivamente tieso y que se parecía a los de las esculturas de las tumbas —salvo que sus labios se recogían sobre sus dientes, desmintiendo que la paz sea una prerrogativa de la muerte—. Bajo sus dedos reconoció con horror la lengua.

Entonces el judío llamó:

—¡Reha!... ¡Reha!...

Su voz iba y venía por la casa. Siempre se había imaginado que en el peor momento, ella, su protectora, iría hacia él y cogiendo su cabeza entre sus brazos la apoyaría contra su seno. Pero no fue así.

Avanzó dando traspiés y llorando. Invocó a Dios y el sonido de sus palabras atravesó las ventanas y las ramas desnudas de los árboles, aunque un grupo de gente se echó a reír en una calle vecina antes de que fueran presas del miedo.

Subía interminablemente por las escaleras de la casa. El olor a especias había desaparecido para siempre, lo mismo que la sagrada luz de las velas que volvía transparente a la carne más rebelde. En su lugar, la luna entraba a través de los cristales rotos e iluminaba con una claridad cambiante y fría las alfombras de los rellanos.

En su búsqueda acabó por llegar a lo alto de la casa, en donde descubrió a la vieja criada cuyo terror redobló su llanto; sin embargo ella intentó ahogarlo en el temor por las consecuencias, ya que los mismos muebles se habían vuelto hostiles.

Poco a poco contó aquello que no necesitaba ser confirmado. Ellos habían venido. Habían venido a buscar a Himmelfarb. Pero ¿qué podía decir ella que él no hubiera ya vivido? Abandonó pues su charla, y con pequeños gritos de angustia, descendió sin saber a dónde iba en el abismo de la lúgubre oscuridad. Llamaba al nombre que sin duda no serviría ya para nada. Se sumergió en la noche de la casa, y en la noche se sentó, o al menos lo que de él quedaba. Permaneció sentado en la noche.

VI

—El Carro...

Miss Haré se decidió a romper el silencio que habían dejado caer como un espeso telón sobre el drama de una vida.

No obstante ella temblaba y se interrumpió, comprendiendo que había violado aquello que le habían enseñado a respetar como una de las primeras reglas de la conversación, la importancia secundaria de los temas de interés personal, por vitales que sean.

Sin embargo no pudo contenerse, pero murmuró muy bajo y muy lentamente:

—¿Conoce usted el Carro?

Era un momento decisivo, como cuando un prototipo descubre por fin a un ser de su especie. Sin embargo la piedad la impedía atraer a cualquier precio la atención sobre su espera apasionada, ya que sus labios estaban sellados por el sufrimiento que había sentido a lo largo de la vida de su compañero. Por eso la palabra que se había atrevido a pronunciar continuaba suspendida, vibrante en el aire, como la misma visión, hasta el momento en que esa visión sea reconocida por otra, y ambos espíritus no formen más que uno.

—Si volvemos a vernos...

El hombre de piedra había comenzado a moverse y a hablar.

La crispación de sus manos juntas y el latido de la sangre en su garganta se negaban a mostrar que su encuentro pudiera ser fortuito. Pero ella no podía expresarlo, y su rostro permanecía tan impotente como su lengua. Miss Haré no ignoraba que en los momentos de emoción tenía el aspecto de un pavo

congestionado.

—Si volvemos a encontrarnos —decía el judío— e insisto sobre las circunstancias en que he traicionado a mi mujer, y al mismo tiempo a todos los de mi raza, le pido me perdone. Ese momento lo tengo siempre presente ya que un instante puede volverse eterno según lo que contenga. Por eso llegué a correr por la calle hacia el asilo que era la casa de mis amigos. Aparto todavía lo que nunca he tenido fuerzas de soportar. ¡Cuando pienso que me habían entregado su confianza! Contaban conmigo ¿sabe usted? para redimirles de sus pecados.

—Yo no sé exactamente a qué se llama pecado —debió confesar Miss Haré—. Nuestra vieja criada ha intentado a menudo explicármelo, pero nunca lo he comprendido. Peg repetía que había pecado, aunque yo sabía perfectamente que no era verdad, exactamente lo mismo que yo sé que este árbol es bueno; él no puede ser culpable de un fruto con gusano y todo lo demás son imaginaciones. Yo también imagino cosas a menudo ¡sí, a menudo! Eso me sienta bien; me impide franquear los límites.

Pero ya no queda nada del amanecer. Mire — dijo señalando la hierba que ondulaba dulcemente—, ¿cómo podemos mirar a nuestro alrededor bajo este árbol y no comprender que todo es bueno?

Ella misma lo creía en ese momento. Decía cualquier cosa en su deseo de consolarle.

—Entonces ¿cómo explica usted el mal? —preguntó el judío.

Ella vaciló y sus labios se secaron.

—¡Oh, sí! el mal existe. Existen personas poseídas por él. ¡Algunos sobre todo! —añadió con fuerza—. Pero esos seres se consumen a sí mismos y se destruyen.

—¡Quemados por sus propios pecados!

—Puede reírse de mí —exclamó Miss Haré—. ¡No soy inteligente, pero sin embargo hay cosas que yo sé!

—¿Y quién nos salvará?

—Yo sé que la hierba descansa después del incendio.

—Esa es una consolación terrenal.

—Pero la tierra es maravillosa. Ella es todo lo que tenemos. ¡Ella es la que me ha salvado! ¡Sin la tierra habría muerto!

El judío no pudo disimular una mirada de dulce malicia.

—¿Y al final? ¿Cuando la tierra no la sostenga ya?

—Me sumergiré en ella. Y la hierba echará sus raíces en mi cuerpo.

Pero el tono de Miss Haré era más triste que sus palabras.

—¿Y el Carro del que quería hablarme hace un momento? —preguntó él—. ¿Se niega usted a admitir que la Redención sea posible?

—¡Eso son palabras, palabras! —exclamó ella agitando sus manos pecosas como si ahuyentara algo—. ¡No comprendo lo que quieren decir! Pero el Carro existe realmente —concedió—. Yo lo he visto. Incluso aunque alguien pretenda que aquel día estaba enferma, yo lo he visto. ¡Y también lo ha visto Mrs. Godbold y yo tengo confianza en ella! Pero mi pobre padre en quien no tenía ninguna, porque era un mal hombre, pensaba que existía en secreto y que nunca sería revelado.

Y usted que es un sabio, ha encontrado el Carro en los libros y sabe más de lo que dice.

—¡Pero sin pasajeros! ¡A ellos no les veo, no les comprendo!

—¿Puede usted verlo todo a la vez? Mi casa está llena de objetos que esperan ser vistos. ¡Objetos ordinarios que sólo nos son mostrados cuando llega la hora!

El judío estaba tan contento que tamborileaba con sus dedos en el vestido:

—¡Usted es el zaddik desconocido!

—¿El qué?

—Nosotros creemos que en cada generación hay treinta y seis zaddikim. Se trata de hombres santos que recorren el mundo en secreto. Ellos curan, adivinan, hacen el bien.

Una oleada de sangre invadió lentamente el rostro de miss Haré, pero se calló, ya que su explicación que sin embargo la llegaba a lo más profundo de sí misma no lo explicaba todo.

—Incluso se cuenta —continuó el judío acariciando la hierba— que la luz creadora de Dios ha penetrado en los zaddikim y que ellos son el Carro de Dios.

Ella bajó la vista y apretó los puños ya que la oleada crecía en ella. Contempló sus articulaciones blanquecinas esperando que no iría a tener uno de sus ataques. Aunque éstos habían coincidido a veces con sus momentos más intensos, no podía soportar que su miseria física pudiera ser vista por aquel cuyo respeto quería conservar.

—Recordaré esta mañana —dijo Himmelfarb— y no sólo porque nos hayamos encontrado hoy.

Efectivamente, cuando llevó su mirada más allá de su tienda de ramas, pareció que la luz transfiguraba las cosas con una intensidad jamás conseguida anteriormente. Un azul en fusión había sido vertido en un manto espeso alrededor del más cálido mundo. Las lánguidas gramíneas habían comenzado su danza de alegría transparente. El canto de las abejas caía en pesadas gotas de oro. Todas las almas se habrían unido para una oración de acción de gracias, si en aquel preciso momento, una algarabía no les hubiera hecho retroceder.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Himmelfarb.

A través del follaje sus ojos escrutaron el verjel abandonado. Allí se erguía una estatua blanca y negra, pero se movía y se desplazaba. El silencio crujía y las luminosas hierbas fueron aplastadas. Se elevaron penachos de granos y polvo.

—¿Hou-hou? ¡Ho-ho! —gritaban concienzudamente.

Miss Haré palideció.

—Sin duda le hablaré de esta persona —dijo a su compañero—. ¡Pero no ahora!

Mrs. Jolley continuó con sus llamadas y sus gritos. Sin embargo era poco probable que se aventurara en territorio poco conocido por ella.

—¡Es una mala persona!

Miss Haré, apuntando con el dedo, decidió limitar a ésa sus revelaciones.

—Todavía no sé hasta qué punto es mala, pero hace complot con otro demonio, y harán mucho mal antes de ser destruidos a su vez.

Himmelfarb pareció creerla. Movía las articulaciones de sus piernas; era evidente que prefería permanecer retrasado, aunque la conspiradora hubiera desaparecido.

—¿No irá a dejarme? —suplicó miss Haré—, No volvería ni por todo el oro del mundo. Tal vez cuando se haga de noche...

—Abandono lo que tengo que hacer —murmuró el judío.

—Es a mí a quien abandonará si se marcha —protestó ella como se hubiera atrevido a hacerlo una belleza cubierta de perlas—. Y además, no ha terminado de contarme su vida.

Ante aquellas palabras el judío se sintió viejo y débil. Ella no quería verle marchar, pero se preguntaba si él tendría el ánimo para quedarse, al menos para aquello.

—Sé bien —dijo en un tono que pretendía ser dulce—, que usted aún no ha contado lo peor. Pero padeceré con usted. Dos son más fuertes que uno solo.

El judío volvió a sentarse y el árbol cerró de nuevo sus ramas para albergarles en el corazón de aquella soledad. Las ramas floridas derrumbaron las paredes de hierro que aprisionaban a sus cuerpos, y sus almas liberadas pudieron entonces ser conducidas a los rincones más apartados del infierno.

VII

Himmelfarb no supo jamás el tiempo que había permanecido en la casa del Holzgraben después de haberse llevado a su mujer. En su angustia era menos capaz que nunca de atisbar lo que se llama un plan de acción. Se quedó en la casa desierta e invernal, incluso después de que la vieja criada aterrorizada la hubo abandonado para sumergirse más profundamente en las callejuelas oscuras del centro de la ciudad. Él vagaba de habitación en habitación, entre un mobiliario despanzurrado, sobre las alfombras que ya no acallaban el ruido de sus pasos. Cuando acabó picoteó como un ratón en la comida que todavía estaba en las bandejas o en bolsas. Se pasaba mucho tiempo sentado ante su manuscrito, y un día se encontró a punto de preparar una conferencia que en otros tiempos habría dado el martes a los estudiantes de la Universidad.

A veces se quedaba sentado simplemente en su despacho, teniendo en la mano el cortapapeles que el primo le había enviado desde Janina. Estaba fascinado por su puntiaguda hoja de plata, que la pequeña Reha pensaba que debía servir para algo más que para abrir cartas o las páginas de un libro. Ante aquel recuerdo comenzó a agitarlo entre sus manos y se lo hubiera clavado en el corazón si no hubiera sido porque opinaba que era inútil morir dos veces.

Por eso aquel hombre muerto, aquel alma aplastada, apartó el inútil cuchillo. Incapaz de razonar, permanecía durante horas en un estado intermedio entre el espíritu y la materia, vagando entre sombras grises que nunca eran las que él esperaba, y acababa por encontrar su propio cráneo y el mundo real.

Durante varios de los paseos que dio en aquella época, ya que al menos, de momento, parecía que habían querido dejar trabajar al judío solitario, continuó reflexionando sobre el problema de la expiación. Nadie de los que le veían por las limpias alamedas de la Lindenallee o los senderos casi sin trazar del Stadtwald hubiera sospechado en él preocupaciones positivamente obscenas. Nadie hubiera adivinado que aquel personaje de abrigo gris, armado con un grueso bastón, no era tan sólido como parecía ser, y que de hecho esperaba un estado de desencarnación y que penetraba en los rostros de todos los que con él se cruzaban.

Aquello se convirtió en una costumbre en el judío obsesionado y en ella encontraba un enorme consuelo, sobre todo cuando le llegó la idea de que todos los ríos deben mezclarse finalmente en el mar sin forma y que también él podría recibir en su propia indeterminación a las almas ciegas de los hombres que tropezaban y vacilaban en sus esfuerzos para esperar algún desconocido final.

Desde que tuvo aquella intuición, le fue imposible dejar de sonreír, pese a su raza y a su dogma, ante los rostros todavía inconscientes y se negaba a reconocer que no siempre era bien recibido por aquellos a los que intentaba ayudar. Ya que las almas remolonas se enfadaban, estremeciéndose y negándose a dejarse meter en las cavernas de sus ojos. Un día, alguien le había chillado; otro, incluso le habían amenazado.

Pero él no renunciaba a liberarlos. Se sentía más poseído de amor que nunca.

Sólo al crepúsculo, cuando el mismo odio de los hombres había abandonado los húmedos senderos, el judío comenzó a dudar del alcance de sus propios dones. Sin embargo en aquel invierno de confusión y de destrucción espiritual, la imagen del Carro le acosó de nuevo, casi a su alcance. Algunas tardes incluso creía reconocer su silueta por encima de los negros tejados, al ras de los árboles desnudos, y sentía el viento de su carrera que le envolvía mientras que se alejaba su luz. Entonces, de pie sobre las hojas muertas, mientras se armaba contra la flota de sus recuerdos, apretaba su abrigo a su alrededor con sus manos febriles, para proteger sus costados indignos y estremecidos.

Una mañana, antes de amanecer, Himmelfarb se despertó y saltó inmediatamente de su cama, pese al frío y a la oscuridad; su sueño había sido tan sorprendentemente apacible y había vivido una experiencia de una ternura tan cálida y extraordinaria, que permanecía como protegido por ella. Entonces, mientras se agitaba en la noche, aunque hubiera olvidado su sueño, estaba seguro que durante su descanso le habían ordenado que fuera a casa de un zapatero judío conocido suyo que, según sabía, vivía desde siempre en la Krótengasse. Se afeitó rápidamente, cortándose varias veces por la precipitación, y después de haber rezado se vistió y puso en una maleta algunos objetos a cuya separación no podía resignarse: un juego de dados de marfil que había pertenecido a su mujer, el montón inútil de su manuscrito, ahora impublicable, y por último — ¡oh ironía!— los inestimables regalos de su padre el apóstata: el taleth y el tefillin.[40] Entonces se detuvo por un breve instante en la luz naciente y resonó un bocinazo. No había

llamado a ningún taxi, sabiendo que ninguno aceptaría ir, y no obstante descendió con todos sus bienes terrenales, en respuesta a lo que parecía ser una perfecta puntualidad.

—¡Ah, estás preparado! —dijo Konrad Stauffer.

Himmelfarb no quedó sorprendido lo más mínimo aunque ya había decidido, conscientemente o no, ir a vivir a casa de Láser, el zapatero judío de la Krótengasse.

Discutieron quién llevaría la maleta, con un embrollo bastante mecánico de sus dedos fríos y los dedos calientes de su amigo.

—Te lo ruego —insistió Stauffer.

Himmelfarb de repente cedió, y le pareció lo normal.

Stauffer llevaba una canadiense de cuero cuyo olor se le subía a la cabeza. Le invitó a que se marcharan. El elegante coche relucía débilmente en la vacilante luz. Cerca de él estaba Frau Stauffer, con el aspecto de haber descubierto cosas nunca comprendidas anteriormente: llevaba un anacrónico manguito al que sólo ella era capaz de dar un sello contemporáneo.

Los tres se condujeron como si se hubieran despedido la víspera.

—¿Quieres creer que estaba esperándonos? —dijo Stauffer riendo como se hace con esas amables observaciones que pueden pasar por espirituales—. Métete detrás, Himmelfarb. Monta, Ingeborg —ordenó secamente a su mujer.

Ella le obedeció y cerró la puerta de una forma que debía molestar siempre a su marido, pero al instalarse en su asiento le rozó ligeramente y la paz se estableció entre ellos; Himmelfarb hubiera podido interpretarla como una pausa en aquella mañana de invierno, si no se hubiera acordado de sus encuentros precedentes, de algunas miradas, de algunos contactos voluntariamente prolongados que le demostraban que los Stauffer se devoraban incluso fuera de la intimidad.

Iban por blancas calles.

—Supongo que no habrás comido. También nosotros nos hemos olvidado de hacerlo — dijo Frau Stauffer por encima de su hombro—. Mi estómago no es más grande que un dedal. Pero cuando lleguemos prepararemos café.

Las casas se distanciaban. Se distinguían rostros redondos como manchas indistintas.

—Vamos a Herrenwaldau —explicó Stauffer.

Su voz era muy grave. Su nuca estaba tensa y pese a sus arrugas no carecía de belleza en su intensa concentración, por encima del cuello de cuero.

—Ahora vivimos allí —continuó diciendo—. ¡En esta época es más agradable vivir en medio de los árboles!

Herrenwaldau era una finca que pertenecía a los Stauffer y estaba situada a unos diez quilómetros de la ciudad. Himmelfarb recordaba haber oído decir, varios años antes de que ellos la hubieran comprado, que el Estado hubiera debido ser el adquisidor. El edificio, construido hacia finales del siglo XVII por una duquesa para recibir allí más cómodamente a sus amantes, tenía un aspecto intermedio entre un palacio en miniatura y una gran mansión. Con el tiempo se había deteriorado, pero se sabía que los propietarios habían restaurado una parte para vivir en ella.

Himmelfarb lo recibía todo —las informaciones sobre su propio destino o las impresiones del fugaz paisaje —con una sensual pasividad en la que hubiera profundizado si los movimientos del vehículo no hubieran impedido todo bochorno. Mecido en una dulce seguridad, se dio cuenta de que los almohadones tenían el mismo color que la piel de Frau Stauffer. Fuera, la luz matinal había transformado aquel paisaje habitualmente austero en que el cielo y la tierra, la niebla y el agua formaban ahora una alianza apacible en inocentes partos de azules y grises. La pobreza del suelo de tierra era invisible bajo el brillo de la helada.

Los Stauffer, que manifiestamente recobraban una costumbre, parecían haber olvidado a su pasajero que les escuchaba hablar indistintamente del queso o del petróleo. Sin embargo Frau Stauffer exclamó por fin con una voz fuerte de timbre discordante:

—*¡Na!*

En efecto, pasaban entre dos pilares de piedra y rodaban bajo grandes olmos desnudos, coronados por viejos nidos más sombríos que sus ramas, en las que se aferraban los últimos jirones de bruma.

Nada hubiera podido ocultar a Himmelfarb la gris frialdad, la elegancia desprendida y deteriorada de aquella extraña morada hasta el momento en que, en un estado de completa desorientación, mientras sus anfitriones buscaban en el guardamaletas del coche, la examinó de cerca y comprobó que la piedra estaba completamente impregnada de liquen, en donde los violetas, los verdes, y los anaranjados se mezclaban y fundían. Anteriormente no había visto nada semejante, y aquello no fue para él un golpe más que por el significado que tendría más tarde, y sin embargo sonrió cuando Frau Stauffer, completamente excitada como una chiquilla que descubre la libertad después de haberla conocido sólo en teoría, se volvió hacia él y le dijo:

—¡Aquí no hay nadie! ¡Nadie, nadie!

—Ingeborg quiere decir que ya no tenemos criados desde que el Regierung necesita brazos —explicó su marido con una sonrisa tanto más ácida cuanto que se acababa de golpear en la cabeza al sacar un bidón de gasolina del coche—. Pero —añadió— alquilamos una parte del terreno a un granjero que nos paga en especies y que nos dedica algunas horas de trabajo. Por ejemplo: alimenta a las aves cuando no estamos aquí, y roba los huevos cuando estamos. Va a ser necesario organizar tu vida para evitarte encuentros que podrían ser peligrosos.

Por el momento estaba ignorando aquel riesgo. Los tres conspiradores cargados de paquetes entraron resoplando en la casa, en la que un olor peculiar a hongos parecía estar allí desde hacía siglos.

Enseñaron a Himmelfarb la habitación que le habían destinado. La habían descubierto recientemente, dijo Konrad Stauffer. Disimulada del exterior por un parapeto de piedra y del interior por un panel que ocultaba la escalera, aquella pequeña habitación había sido destinada quizás a facilitar los jugueteos de la enamorada duquesa. Los Stauffer la habían amueblado apresuradamente para Himmelfarb, con una cama plegable, un viejo baño de asiento en un rincón, una cómoda y una estufa de petróleo que habían llevado aquel día. No había nada más en la pequeña habitación y de esta forma gustaba al visitante. Mientras arreglaba sus cosas, se sentía tristemente persuadido de que aquella habitación casi vacía era ya suya y que corría el riesgo de permanecer allí mucho tiempo.

En la casa propiamente dicha, se dio cuenta, al mirarse aquella tarde en uno de los grandes espejos dorados, de que siempre sería un extraño. Pero fue servida una agradable comida en la mesa de roble tallado en la que Ingeborg Stauffer reclinó la cabeza después de haber recogido y lavado la vajilla.

—En Herrenwaldau —dijo, tal vez predijo—, jamás soy completamente feliz. Siempre temo que algo venga a destruir su perfección. Por ejemplo, siempre tengo miedo a que se requise la casa para utilizarla sórdidamente. Me imagino a un jefe de partido, del estilo de los vanidosos locales, sentado con los pies sobre la mesa; siento el olor a maquillaje que dejarían sus amantes por todas partes.

—¡Mi mujer está mal de los nervios, es una neurótica! —interrumpió Konrad que les daba la espalda, ocupado en hacer cuentas o en leer el correo llegado durante su ausencia.

—¡Sin duda! —exclamó Ingeborg riendo.

Se levantó de un salto y fue a buscar unos vasitos para beber Korn barato y muy fuerte. A veces ella rozaba el buen humor. Interpretó a Bach, más bien mal, en un clavecín mediocre.

—Entre Bach y Hitler —dijo Konrad— algo se ha descompuesto en Alemania. Es necesario regresar a Bach, evitando esos lodazales que se llaman Wagner y Nietzsche, y escuchar a los poetas, sin olvidar a Weimar y las ciudades de la Confederación.

—Déjame al menos a Tristán — protestó su mujer que se acercó a él y se apoyó en su hombro.

Su cabeza, con los cabellos recortados de cualquier forma, más o menos cuidada y sin embargo elegante, pareció sombría a la luz de la vela.

—Bueno, te dejo a Tristán. Además, Tristán es de todo el mundo —respondió él.

Con el borde de sus dientes ella le mordió en el cuello, y Konrad se puso a dar divertidos gritos, lo que pareció recordarles que era la hora de acostarse.

Jugaron de esa forma durante varios días, mientras que Himmelfarb exploraba tímidamente las habitaciones cerradas y un jardín silvestre en que las plantas de boj y de tejo tallado hubieran disimulado sus movimientos, si a sus pasos no se hubiera levantado un olor a tomillo. Una vez o dos quedó separado por una única cortina de verde de unas campesinas, sin duda las hijas del granjero, que habían ido a buscar algo, con sus pecosas caras sospechosas y sus rodillas con hoyitos lechosos por encima de las medias de lana. Y un día tuvo el tiempo justo de darse la vuelta cuando Frau Stauffer estaba recibiendo a una persona importante.

Aquella tarde sus anfitriones estuvieron más silenciosos y pensativos. Cuando él mismo empezó a bajar menos a menudo de su habitación, comprendió que respondía a los deseos de ellos. Entonces Ingeborg Stauffer comenzó a llevarle la comida allí como si estuvieran de acuerdo de antemano, y después fueron los jarros de agua. Entonces apenas si había música por la tarde. El silencio se había esparcido por debajo de él en la casa.

Ingeborg explicó al fin que Konrad había ido a Berlín. En efecto, había recibido de las autoridades locales un informe a rellenar sobre el uso que hacían de la casa, el número de habitaciones, los visitantes, etc. Konrad fue a intentar arreglarlo todo. Había pocas cosas que no se pudieran arreglar por medio de su hermana que era la mujer de un ministro, y la amiga, según se decía, de un personaje importante.

Ingeborg dio aquella explicación con un embarazo que había decidido vencer, y dejó a su huésped que apreciara la delgadez del hilo del que estaban suspendidos los tres.

Himmelfarb conservaba un lejano recuerdo de los brazos delgados y ardientes de Mausi Stauffer alrededor de su cintura. Un día le había anonadado a los ojos del mundo, y aquella vez, ella le reveló inconscientemente, sin duda, un dea ex machina suscitado ocasionalmente por su hermano.

Konrad regresó, bastante tranquilo pero irónico.

—A veces me es imposible dejar de pensar que el éxito, incluso el más aceptable, el más honrado, no viene nunca sin compromisos. Inevitablemente arrastra un cierto olor a vergüenza. El que lo consigue siempre está un poco contaminado, por discreto que sea.

Había subido a la pequeña habitación del ático, llevando una lámpara suplementaria y una botella de coñac.

—Yo me pregunto si los puros no son los que lo han intentado y fracasado. ¿No crees, Himmelfarb, que la redención sólo es posible cuando existe un fracaso?

—En ese caso muchos de nosotros serán salvados sin ninguna duda —respondió el judío.

Konrad respiraba demasiado fuerte y aquello no era debido a su ascensión hasta la oculta vivienda.

—Pero tú eres un hombre de fe —murmuró.

—Yo soy el eterno insecto que cada día se da cuenta que se ha escurrido hacia atrás y que se encuentra bien lejos del lugar en que creía encontrarse la víspera, pero continúo trepando. No obstante me gustaría poder creer que soy un insecto de fe y no de costumbres.

—¡Más vale ser un insecto que no ser nada!

Konrad Stauffer era en verdad el más ligero de los hombres, lo que no hacía más que convertir su aspecto en algo más encantador. Himmelfarb se sentía más humilde ante la consideración de su amigo, y hubiera querido poder expresarle su gratitud, sin saber si tendría alguna vez ocasión.

En efecto, Stauffer sólo pasaba en Herrenwaldau períodos cada vez más breves.

—¿A Berlín de nuevo? —le preguntó un día Himmelfarb.

—Berlín no es más que una ciudad entre tantas otras —respondió el otro que continuó sus idas y venidas.

Entre tanto su mujer se ocupaba de su huésped con una regularidad insospechada. Conservaba su elegancia incluso en sus vestidos más usados. Se había vuelto más delgada, más huesuda al retirarse a un mundo al que no parecía desear ser seguida.

Himmelfarb era aún capaz de respetar semejante deseo desde que él mismo estaba aislado en una habitación vacía. Allí, en aquella caja oscura, rara vez estaba desocupado, pero aún no había alcanzado

el estado de serenidad, de soledad y de desinterés gracias al cual — según le había sugerido el tintorero — podría iluminar una noche más amplia.

A veces, rivalizando con su esfuerzo para alcanzar un mundo inconsciente, para iluminarlo, escuchaba la radio, dé la que salía una voz anunciadora, discursiva, áspera, propia de una garganta gangosa; o bien Ingeborg llegaba y completaba el sentido de las palabras escuchadas. En efecto, a medida que se hundía la trama de los acontecimientos, era posible prever los detalles. Ingeborg no hacía más que confirmárselos.

Una tarde, Stauffer regresó y Himmelfarb se dio cuenta de que su amigo era también su contemporáneo, como su hermano menor. Pues aquel hombre joven, sensual, de una disculpable ligereza, había envejecido de repente, lo mismo que el cuerpo de su mujer no conseguía ya disimular su edad por el vuelo superficial de sus vestidos que hasta entonces sólo habían permitido sospecharla.

Stauffer anunció que los ingleses habían declarado la guerra a Alemania.

—Gracias a Dios, henos por fin totalmente comprometidos —hizo notar él sobre todo para aliviar su corazón.

Himmelfarb no volvió a ver a su amigo después de aquello, e Ingeborg le confirmó que ya no estaba en Herrenwaldau.

—Sí —repitió ella con una intensidad que le llamó la atención—. Ha sido mejor que se fuera. Aunque su ausencia dura más que de costumbre; una se acostumbra a estar sola; puede convertirse en una costumbre como el resto.

Por ejemplo como el hecho de la anfitriona de llevar la bandeja, acto que había aprendido a cumplir con un esmero y una sencillez que le encantaba cada vez que la observaba.

—¡Hay que ver todo lo que haces por mí!

No pudo contener su agradecimiento un día que la vio vaciar el agua de un barreño que le llegaba a la cintura, en la antigua bañera.

—¡Oh! —exclamó ella vivamente, aún jadeante de haber subido las escaleras—. ¿No lo comprendes? Lo hacemos también por nosotros. Es necesario, absolutamente necesario... y no solamente por nosotros, sino por todos.

Descendió inmediatamente, mordiéndose los labios, excitada por su apuro.

Himmelfarb intentó varias veces entablar conversación sobre la ocupación de su marido, pero antes de que tuviera tiempo de cometer tal indelicadeza ella había desaparecido, e inmediatamente se alegraba de ello.

Sólo una vez dijo ella:

—Tú sabes que Konrad nunca hará nada que desaprobaras.

Se volvió cada vez más desprendida, voluntariamente sin duda.

La tarde que los ingleses lanzaron sus primeras bombas sobre un blanco vecino a sus respectivas habitaciones, escucharon las histéricas protestas de la D.C.A., y después la tos, el llanto y la convulsión de las fundaciones prehistóricas; ella no apareció. Pero a la mañana siguiente él se dio cuenta de que ella se había echado el cabello hacia atrás y que su rostro, normalmente descuidado por costumbre, parecía aún más desnudo. Sin embargo él no demostró nada.

Mientras se inclinaba sobre su taza vacía y consideraba la cafetera gris, ella le anunció:

—¡Mi bonito pato ha muerto! ¡Mi Muscovy[41] que graznaba tan bien! ¡Sabía hacerse tan agradable como un hombre! ¡Era un ave tan fuerte, tan magnífica!

Himmelfarb tuvo la impresión de que había de preguntar que cómo había muerto el pato.

—Nadie lo sabrá —respondió ella dulcemente.

Aquello, evidentemente, no tenía ninguna importancia ante la realidad de la muerte.

Una noche cayeron las bombas tan cerca que las habitaciones de Herrenwaldau cambiaron de forma

durante un segundo. El judío sintió oscilar su buhardilla, pero supo que en ese momento estaba más cerca que nunca de Dios, mientras que sus pensamientos se concentraban sobre lo que le era más familiar. Cuando el claro de luna se llenaba de sombras de alas y todo el mal del mundo amenazaba el techo de su escondite, se sentía milagrosamente transportado.

Después de aquella experiencia inefable, cuando los pisos inferiores no sufrieron más crujimientos ni violencias, y los rugidos y runruneos se alejaron, se dio cuenta de que Ingeborg Stauffer había entrado en su habitación, protegiendo con su larga mano temblorosa una lamparita que apoyaba contra su pecho antes orgulloso y elegante.

—Tenía tanto miedo... —confesó.

—Nosotros somos su blanco —comprendió él de repente—. Poruña razón que sólo ellos conocen.

—¡Tanto, tanto miedo...! —repetía Ingeborg Stauffer temblando.

Él comprobó que el terror la había convertido de nuevo en un ser humano y, por primera vez, viejo.

Ahora lloraba.

La consoló rodeando con sus brazos su cuerpo casi desnudo; ella se disponía a acostarse; la calmó, la acarició, la animó, y en seguida recobró un poco de su juventud y su color, y también él encontró un poco de su propia juventud y de su fuerza física. En el breve intervalo que separa al espíritu de la carne, fue consciente de que habría sido capaz de la mayor deshonestidad siempre amparándose en el nombre de la necesidad.

Entonces, al débil resplandor de la lámpara, vio sus rostros en el espejo. Vio la expresión de Ingeborg Stauffer que había vuelto en sí misma la primera, y cuya repugnancia no era menos evidente porque estuviera recubierta por una máscara. En cuanto a él tenía la expresión de un viejo imbécil. De un viejo judío.

—Ahora hay que intentar dormir —dijo ella.

Nunca había parecido más dulce y más gentil que cuando le dejó.

Al día siguiente por la mañana, muy temprano, le pareció a Himmelfarb que alguien se acercaba a la casa. Había descubierto que subiéndose en la mesa y abriendo un pequeño ojo de buey, si alargaba el cuello, podía distinguir a través de aquella abertura, bajo el cielo vacío, un pequeño jardín, árboles y una avenida arenosa. Aquella mañana después de la incursión aérea fallida, un camión se detuvo en su campo de visión, precioso aunque limitado, y varios soldados descendieron; uno de ellos quizás era un sargento.

Mucho más tarde que de costumbre, Frau Stauffer le hizo una breve visita para llevarle su café y anunciarle que el ejército ocupaba la casa para verificar los destrozos y ocuparse de las bombas. Naturalmente ella sólo subiría si era indispensable. Se dio cuenta después de haberlo bebido que aquel día su café estaba casi frío.

Al mismo tiempo, su habitación se volvió particularmente frágil y algo superflua. ¿Estaba a punto de romper su concha? El silencio le hacía el efecto de ser un huevo en cuyo centro le habían permitido tomar fuerzas; ahora el instinto, las voces de hombres, el contacto del acero contra el acero, le recordaban que aún tenía un deber indeterminado que cumplir en el mundo de fuera. También le parecía que el silencio no tenía nada que darle. Por eso daba cien pasos, nerviosamente, pero sin ningún ruido, por costumbre. Y apenas si notó, varios días después, que los pasos de su protectora subían de nuevo normalmente las escaleras.

—Se han marchado —dijo ella con un aspecto de alivio, pero sólo en apariencia.

Porque de hecho eso no era nada. Su rostro revelaba que ellos nunca más se marcharían, aunque les había visto y escuchado desaparecer por el final de la avenida.

Himmelfarb comprendió que los habitantes de Herrenwaldau entraban a partir de entonces en una nueva fase de ocupación espiritual.

Poco después Ingeborg Stauffer fue a anunciarle:

—Ahora sé que Konrad no volverá jamás.

Cuando las palabras fueron pronunciadas aquello se hizo evidente, pero era una convicción que hasta

entonces no se habían atrevido a comunicar.

—¿No has recibido noticias? —preguntó ingenuamente.

—No, no he tenido noticias; nunca, nunca más tendré noticias, pero siempre sabré que no volveré a ver a Konrad con vida.

Himmelfarb sentía que ella se resistía a decir: «mi marido», aquellas palabras que en otros tiempos repetía tan a menudo con tanto gusto; ahora no era lo bastante fuerte. En su piedad tuvo ganas de tocarla. Su rostro se había relajado un poco y ella continuó:

—Es menos horrible porque lo esperaba. El mismo lo sabía. ¡Oh! sé que Konrad, pese a su éxito, no era un hombre muy sólido. Ambos lo aceptábamos. Había muy pocas desilusiones. El decía: «¡Oh, mis libros, durarán poco más o menos lo que yo!»

Existía una organización secreta, ilegal, de la que ella no podía hablar y de la que además sabía muy poco. Himmelfarb comprendió que Stauffer había formado parte de ella, pero de sus misiones propiamente dichas no supo nada.

—Sabes que nunca habrá hecho nada que tú desaprobaras —le había dicho ella un día.

Hasta entonces se había limitado a señalarlo, pero entonces crispó las manos sobre los codos:

—¡Le amaba! ¡Le amaba! —repitió.

Su rostro, impasible de costumbre, murmuraba y gemía como el de una mujer a la que la muerte se ha llevado un ser querido.

—¡Mi querido marido! —le confió.

Y después se fue.

Ahora menos que nunca Himmelfarb pertenecía a Herrenwaldau. Las vigas crujían en la oscuridad. Por la noche, el rojo corazón sombrío se inflaba y se volvía enorme bajo la armadura. Su cama de hierro era más dura, más dolorosa en sus costados. Y después su propia mujer fue a tomarle de la mano, y juntos al borde del abismo sombrío, vieron resplandecer en el fondo sus rostros vagamente fosforescentes. Experimentó el intolerable deseo de contemplar una vez más el rostro de Reha Himmelfarb, pero ella parecía dirigir su mirada hacia los demás, los desconocidos, casi como si ella misma ya no se reconociera. Las lágrimas fluían más rápidamente de sus ojos invisibles, lágrimas de sangre que él vio en el dorso de su mano. Las voces de la sombra crecían, y la compasión que subía de las profundidades como un agua viva, le consumía, mientras que allá se quedaba solo, ahora solo, ya que Reha Himmelfarb había desaparecido: ya sabía ella el sentido de lo que acababan de ver juntos.

Cuando Himmelfarb salió de su sueño amanecía; aunque fuera muy temprano ya había luz. Se dio cuenta de que por una desconocida razón se había acostado completamente vestido, sin duda para estar preparado, y ahora, como para responder a su previsión, de nuevo se introdujo en Herrenwaldau el mundo exterior. Sobre su mesa, por el ojo de buey, y entre las balaustradas de piedra del parapeto, vio esta vez a un coche, seguido por un camión, que frenó bruscamente sobre la grava en que crecían las malas hierbas.

Aquella vez descendió un oficial. Su esplendor saltaba a los ojos, y como para responderle, Ingeborg Stauffer había ya salido para hacerle los honores de la casa. Ella llevaba un simple traje de chaqueta admirablemente cortado, pero en el que Himmelfarb había notado más de una vez un poco de comida seca en las solapas.

Vio que, mientras esperaba, calzaba las viejas botas de goma que se ponía en invierno para ocuparse de sus patos. Él, observando, tuvo en seguida conciencia, incluso desde aquella distancia, del acontecimiento al que asistía, que si no pertenecía a la gran historia, era una aportación al coraje individual. La expresión de varios soldados revelaba que también ellos se daban cuenta y el suboficial se olvidaba de dar las órdenes. El oficial obedecía, claro está, a las reglas de la galantería al ejecutar su misión especial, y Frau Stauffer no olvidaba lo que había aprendido. Su voz tenía el timbre siempre muy alto cuando interpretaba su papel de mujer de mundo, y subía por el aire helado, pero ninguna palabra llegó al oído de Himmelfarb que sólo escuchaba la gama ascendente de su risa. Se dio cuenta de que ella se había puesto su brazalete de gruesas mallas de oro cuyos colgajos de piedras semipreciosas y no pulidas se entrechocaban siempre que se movía, aún al riesgo de impedir toda conversación.

Ella lo esperaba y estaba preparada. Sin embargo hubo un momento de intenso silencio en que se habría jurado haber escuchado como un ruido, como algo que se rompía, agudo y límpido, rasgándose en su brusco descenso. Entonces Frau Stauffer bajó la cabeza, pareciendo expresar que estaba de acuerdo. Subió en el coche con una mano contra su pecho, no para protegerlo contra lo inevitable, sino para adornarlo en lo que fuera posible.

Cuando el coche dio media vuelta tan bruscamente, tan nerviosamente que sus ruedas dejaron marcas en la alameda, Himmelfarb vio por un momento el rostro de Frau Stauffer que miraba su jardín descuidado y salvaje. No tenía ninguna razón para protestar aunque la arrancaran de allí tan repentinamente. Cuando se la llevaban su rostro tenía la expresión vacía que precede a la plenitud.

Al mismo tiempo un destacamento bajo las órdenes de un suboficial comenzó a instalarse en Herrenwaldau. Se escuchaban voces guturales y el ruido metálico de los equipos.

Himmelfarb, que se había bajado de la silla, comprendió con una relativa resignación que le había tocado el turno. No se inquietó. Cuando hubo rezado, cogido su abrigo en la mano y metido en la maleta sus raros objetos, descendió por la parte central de la casa. Ahora estaba llena de ruidos que se podían considerar como actividad: botas que pisoteaban los frágiles suelos de madera, voces que violaban el humilde silencio de los viejos muros, pero no obstante, las habitaciones en las que entraba o ante las cuales pasaba se desinteresaban dulcemente de su destino. Himmelfarb tenía la intención de entregarse a la primera persona que le interrogara sobre los motivos de su presencia en la casa, y así continuó descendiendo. Tocó varios objetos tristemente cargados de recuerdos, pero sólo a la vista de un elevado techo incrustado de escudos caducos, se preguntó si le sería posible echar una última ojeada a su ciudad natal.

En el salón, en el interior del cual los propietarios estaban muy a menudo y en el que su presencia era aún sensible, un grupo de gatos dormitaban en un trozo de sol invernal. Una radio repetía noticias de la guerra. Fuera, en la terraza, un joven rechoncho, con aspecto de campesino, montaba la guardia hurgándose en la nariz. Himmelfarb se preguntó por un instante si le dirigiría la palabra, pero se contentó con sonreírle. También el soldado se preguntó si iba a interrogar a aquel viejo señor tan discreto, que manifiestamente pertenecía al benévolo mundo que conocía. Su autoridad, siempre incierta, se redujo aún más; su fusil vaciló. Le saludó marcialmente.

Himmelfarb continuó su camino con pasos lentos. Sospechaba que el corazón del joven debía latir horriblemente a causa de aquella amabilidad que no había aprendido a vencer.

Pero avanzaba la extraña mañana en que cualquiera estaba expuesto a cualquier cosa... El evadido marchaba con precaución bajo los olmos llenos de graznidos. Parecía haber abandonado la personalidad a la cual se había acostumbrado en su familiar habitación. También le parecía normal que fuera en invierno cuando recorriera la larga carretera recta a través de la cual le habían conducido sus amigos, meses o años antes, y ya no lo recordaba para hacer allí la experiencia del silencio y de la espera. El aire del invierno le volvía maravillosamente lúcido, aunque se encontraba en trance de observar apasionadamente el menor grano de arena del borde de la carretera. Llegó a saludar a algún campesino o a algún niño demasiado ocupados en vivir su vida cotidiana para inmiscuirse en la suya.

Necesitó el judío casi toda la jornada para recorrer los kilómetros que le separaban de Holunderthal. Caía la noche invernal mientras que se acercaba a las masas más sombrías de la ciudad en donde había comenzado ya la visita cotidiana; los nudos y los festones y los exquisitos mechoncitos blancos se aferraban a la lejanía sombría, hasta el horizonte anaranjado. El fuego artificial estaba en su apogeo. Los edificios grandes y oscuros mostraban otras cualidades más trascendentes, cuando al abrirse revelaban fuentes de fuegos ocultos. Se veía producirse lo contrario de lo que hasta entonces había sido aceptado como cierto e inmutable: dos peces de plata brotaban de su mar de cobalto, abatiéndose sobre la tierra en una prolongación de llamas.

Cuando Himmelfarb llegó a la ciudad, comprobó que el objetivo de aquella tarde eran las afueras industriales de Scheidnig. Allí los ramilletes de fuego eran los más luminosos, la confusión la más intensa, aunque de vez en cuando una bomba extraviada caía accidentalmente en las calles por las que pasaba o reinaba un silencio de muerte. Él esperaba el suspiro de los viejos ladrillos al reventar, el estertor de la piedra al abrirse su entrañas, y cuando él mismo fue proyectado al suelo, se hubiera podido creer que la tierra se abría si no llega a ser porque los adoquines continuaron en su sitio y el contenido de su maleta al esparcirse por el arroyo no hubiera aplacado los efectos de aquel apocalipsis.

Al internarse en la ciudad, el viento se levantó más, haciendo revolotear los bajos de su abrigo, doblando el ala de su sombrero. En las calles, lo imprevisto de los gestos humanos había sido reemplazado por una apariencia de organización mecánica: roncaban los motores, sonaban los cláxons, repostaban los vehículos, y llovían los proyectiles de cañón, confetis sonoros, inocentes e invisibles.

En medio del bullicio caminaba el judío.

No pensaba en tener miedo. Su mecanismo parecía obedecer a un control. Ciertamente, por un momento la compasión inundó sus miembros de metal y se inclinó para cerrar los ojos a un hombre que había sido expulsado de su tumba de escombros.

Por las calles seguían llegando: ¿ambulancias? ¿coches de bomberos? El judío marchaba siempre, movido por una fuerza sobrenatural, ya que ahora las calles conducían a la cáscara manchada de la ciudad. Los caballos lanzaban relinchos estridentes desafiando el ácido del cielo verde. Alargaban sus cuellos ágiles como las mangas de riego y sus hocicos tenían resplandores de cobre a la luz de los incendios. El judío avanzaba estupefacto, sano y salvo, bajo las mismas ruedas del Carro.

Su primera intención había sido la de ir a ver la casa de Holzgraben, pero de repente se imaginó aquella visión de desolación, el techo de estuco reventado por las bombas y el odio de los hombres. Por ello se dirigió antes que nada a la comisaría de policía que conocía tan bien, de la esquina de la Dorotheenstrasse.

Cuando entró, las manos del agente de servicio rebuscaban entre los papeles. Estaba ocupado. Todos los demás parecían haberse marchado.

—Están a punto de bombardear la fábrica de guantes. ¿Se da cuenta? ¡La fábrica de guantes!

Sus manos gruesas continuaban paseándose sin desánimo entre los documentos oficiales. Uno de sus dedos llevaba una alianza.

—¿Quién hubiera pensado que Holundertahl podría arder así? ¡Por amor de Dios!

—He venido... —empezó a decir Himmelfarb que buscaba en una cartera una prueba de su identidad; aquella tarde eso era particularmente importante—....a entregarme a ustedes... —explicó.

—Éste es el reino del desorden —se quejó el agente—. Ya ni siquiera tenemos tiempo de regar las macetas.

Sus gruesas manos coloreadas se mostraban impotentes con su alianza amarilla. Incluso cuando levantó los ojos, su pensamiento estaba en otra parte. Sin embargo, preguntó:

—Bueno ¿qué es lo que quiere?

—Yo soy judío —dijo enseñando su tarjeta.

—¿Ah, judío? —pero el agente continuaba pensando en el papel que buscaba.

—Bueno —murmuró—. ¡Espere! ¡Un judío! —protestó—. ¡En plena noche! ¡Y yo aquí completamente solo!

Himmelfarb se sentó entonces en un banco y esperó con la espalda apoyada en la pared. Se dio cuenta de que, en efecto, como había dicho el hombre, era de noche y que un milagroso silencio comenzaba a invadir la ciudad en llamas.

Por alguna parte se escuchó una voz, temblorosa pero convencida:

La guerra y la paz van y vienen,

La cerveza y los besos se quedan...

cantaba la voz alemana y sin edad.

—¡La cerveza y los besos! —gruñó el agente de policía—. ¡Sólo me faltaba escuchar eso! ¡La cerveza y los besos son para los seres humanos!

Después levantó la cabeza.

—¿Así que usted es judío?

Como comenzaba a reinar el silencio, adquirió conciencia de su deber.

Himmelfarb supo que le conducían a la estación de recuento situada a algunos kilómetros al sudeste de Holunderthal. Ingeborg Stauffer le había dicho que su importancia militar y civil le había reportado ser muy machacada. Servía entonces como lugar de reunión para los judíos que se deportaban a otras regiones o hacia países vecinos.

A su llegada le hicieron una ficha y luego le empujaron hacia uno de los numerosos hangares. Como todavía era de noche y la defensa pasiva exigía la oscuridad total, no pudo echar un cálculo sobre el número de sus compañeros, pero se dio cuenta de que formaban una masa compacta cuya alma colectiva sufría y se recogía en sí misma. En la oscuridad, más penosa por ser impuesta por los hombres —¿o tal vez era enviada por Dios? —una alma perdida se lamentaba e intentaba descubrir una razón en aquella sinrazón. En algunos momentos la voz parecía ser la de un niño, pero en seguida crecía y se intensificaba. Y luego la misma voz de Israel parecía subir de las profundidades de la Historia con llantos y gemidos. A veces había insultos y patadas cuando llegaban otros sucios judíos, y otras en el marco de la puerta una tea perforaba la noche, mostrando superficies de piel amarilla, manos crispadas sobre sus posesiones como si no tuvieran otra cosa que perder. Los guardianes a veces se echaban a reír ante el entrevisto espectáculo de aquella cierta indignidad, pero en general preferían la oscuridad, porque así podían odiar abstractamente a aquella anónima masa de judíos.

A la fría claridad del amanecer que llegó aquel invierno en un hangar sin resquicios, Himmelfarb comenzó a distinguir rostros individuales aunque aquellos seres de su raza, —pegados los unos contra los otros, apelotonados sobre sí mismos para protegerse del frío y de la desgracia—, no tuvieran ya más que un residuo de personalidad. Sin embargo, algunos conservaban la suya en la preocupación de las apariencias. Por acá y por allá, abundantes polvos blancos destacaban sobre las sombras grises del rostro de una mujer mayor. Un viejo judío que se cubría con su túnica, tanto para calentarse como para rezar, desempolvaba sus flecos antes de poner sobre ellos sus labios. Ningún olor brotaba todavía de aquella multitud, excepto allí donde limpiaban a un niño que se había ensuciado, y allá donde era imposible ignorar el hedor de los excrementos y el clamor de la desesperanza. En medio de la grisácea luz, un hombre recitaba una oración para la salvación común, pero la voz de la madre que le respondía no creía posible una liberación. Por primera vez el viscoso lodo de la desesperación les atrapaba.

Una vez, en el crepúsculo, mientras que los judíos se estiraban, cambiaban de posición, desentumecían sus piernas, aspiraban el aire pesado que ellos habían tomado por un aliento fresco, arrancaban preciosos fragmentos a los panes resecos que varios se habían negado a conservar, intentando incluso improvisar a veces pequeñas comidas en los infiernillos de alcohol, Himmelfarb creyó ver al tintorero de su infancia, y, con la maleta al hombro, que le hacía polvo los costados, se dirigió a él para llamarle, para comunicarle su alegría por volver a verle, para agarrar los paños de su pasado y sujetarlos con ambas manos, con amor.

Pero al contacto de su propia piel reflexionó y pensó que el tintorero debía haber muerto hacía mucho, en paz sin duda, y que tal vez le había legado, tal como lo recordaba Himmelfarb, el deber de amar a sus hijos en los espantosos limbos en que los habían encerrado, hasta que le tocara la vez de ser liberado.

El heredero pensaba en sus obligaciones para el futuro cuando una mujer furiosa, la esposa de un grueso tendero, acusó a un señor bien educado de haberle robado la corteza del queso que había cogido al marcharse y con la que pensaba sustentarse. Estaba injuriándole cuando vio el trozo caído entre ellos en el polvo. El hombre, que aparentaba ser profesor, sonrió y le tendió el queso. Pero ella no le perdonó el haber sido la causa de su vergüenza.

Allá, entre las maletas y los paquetes, los recuerdos y los libros, las Wurst[42] y los utensilios de cocina, Himmelfarb estrechaba a los hijos del tintorero, incluso cuando ellos no querían nada de él. En las diversas ocasiones que se mezcló con ellos, éstos estaban bastante dispuestos a hablar, a contar los detalles materiales de sus desgracias, pero comenzaban a volverse silenciosos cuando sus tentativas de contacto espiritual le hacían ser un intruso en el secreto de su alma. La mayoría de ellos estaban todavía llenos de las presencias de parientes o amigos. Así se creían más seguros, y en esas circunstancias no estaban dispuestos a dar aquello que el extraño deseaba, aunque sólo fuera verles aceptar.

Así continuaron viviendo juntos y sentados bajo el hangar abarrotado. Una tarde hicieron entrar allí a un grupo de judíos llegados de un campo vecino. Apretados los unos con los otros como si fueran un

rebaño, con vestidos pobres y austeros, aquellas personas de cabezas rapadas, de ojos hundidos y miembros esqueléticos, parecían solicitar silenciosamente que no les incumbía ya hablar a los de su raza o incluso mezclarse con ellos, y fue admitido por todos los que veían allá a los elegidos del sufrimiento, destinados a permanecer desviados. Pero al menos una suerte común esperaba a los ocupantes del hangar y sus voces se unían a veces en la oración:

«¡Oh señor y Dios nuestro. Dios de nuestros padres, os rogamos nos traigáis la paz, dirigir nuestros pasos en la paz, sostenernos en la paz, conducirnos en la vida, en la alegría y la paz hasta el remanso que desea nuestro corazón!»

Las voces de los judíos se elevaban en la oración que precede a los viajes, ya que en efecto iban a partir para un viaje que no obstante nada tenía en común con las excursiones a Hildesheim o las visitas a los familiares de Francfort.

Aquellas incomprensibles letanías hacían reír a los guardianes.

Los judíos permanecieron varios días en los hangares de la estación de recuento, al otro extremo de Holunderthal. Les era difícil pensar en otra cosa que en sí mismos, y sin embargo de vez en cuando recordaban que había guerra; por la tarde el cielo estaba a rayas como ya lo habían visto una vez y los confetis sin alegría de la aviación caían siempre al llegar la noche. La tercera tarde una bomba alcanzó a un tren de municiones y la tierra tembló. Cuando los hangares llenos de judíos recobraron sus formas normales, mucho después de la explosión, y cuando las sirenas y los silbatos hubieron aplacado su frenesí, los prisioneros, tirados por los suelos, alargaron el oído en espera de algo peor que les atañera personalmente. Les era imposible creer que existieran otros objetivos que ellos mismos.

Finalmente, un amanecer de un frío negro, se les hizo salir. Un martillo que se escuchaba a cierta distancia hubiera podido crear quizás una atmósfera de desolación si el silbido de una máquina de vapor que se escapaba en nubes no hubiera dado una impresión de calor próximo. Hombres iban y venían en esas actividades misteriosas de las extrañas horas que preceden al alba. Los obreros de un equipo, que daban saltitos para calentarse y se friccionaban los costados, llamaban a grandes gritos a los guardianes algunas barbaridades muy elementales, que éstos no habrían podido olvidar. Pero los que eran directamente responsables de la marcha de los judíos y acababan de ser arrancados de sus lechos calientes y del sueño, no necesitaban ningún pincho que azuzara su rencor. Mientras que les empujaban hacia adelante con las puntas de sus bayonetas, lo exteriorizaban pinchándoles con pequeños golpecitos provocadores. Uno de ellos, más brusco y solemne que los demás, introdujo la hoja entre las nalgas de un judío grueso, justo lo suficiente para hacer chillar a su víctima. Una mujer lloraba porque había olvidado algo en el hangar que se había convertido en su hogar. \ Cómo lamentaba ella las planchas desnudas que su espíritu había transfigurado y la pérdida de uno de sus guantes de lana!

Sin embargo, algunos viajeros, jóvenes por lo general, lo mismo que un hombre de más edad del que se decía que era profesor de universidad, estaban resueltos a no dejarse impresionar por el rostro acerado del amanecer. Siempre era posible que lo que les esperara no fuera peor que lo que padecían; por ello sus ojos brillaban de esperanza ante las cosas menos prometedoras: el largo ciempiés negro del tren estacionado, las viguetas retorcidas o simplemente el vasto espectáculo de los paisajes que la luz liberaba de la bruma. Estos individuos más felices que los otros estaban al menos protegidos por su visión, mientras que, de pie sobre el suelo helado, tiritando, sus dedos calzados con delgadas telas, sostenían pobres maletas, carteras o paquetes atados. Y esperaban... o avanzaban arrastrando los pies. Esperaban... Avanzaban...

Después hubo un ligero estrechamiento en las filas, un reflujo de emoción; por la muchedumbre circularon opiniones y se corrió la voz de que hacían subir a los de delante en un tren. En efecto, era un verdadero tren, y no furgones de carga de los que todos habían oído hablar; un verdadero tren con vagones, compartimientos ortodoxos, ciertamente bastante viejos —el relleno se salía a veces de los asientos reventados—, pero pese a todo: un tren, con pasillos, ventanas que se dejaban abrir después de algunos esfuerzos, cabeceras blancas, ciertamente un poco sucias allá donde se apoyan las cabezas, pero un tren, un verdadero tren. Los judíos de la fila se pusieron entonces a empujar a algunos y se atrevieron a bromear. Incluso aquel tren tenía retretes al extremo de los pasillos, y a nadie se le ocurrió quejarse cuando se dieron cuenta de que no había agua, ni en los lavabos, ni en los retretes; todos estaban contentos.

¿Qué había pasado? se preguntaban los unos a los otros, todavía jadeantes, todavía apretujados y cubiertos de sudor en sus vestidos de invierno. Nadie se atrevía a responder por el momento; se

contentaban con interrogar. Eran ojos asombrados, chispeantes en el gris amanecer, ya que la llama vital de todos aquellos seres tan recientemente amenazados de extinción se había encendido de nuevo repentinamente.

Cuando, tras una sacudida, el tren comenzó a marchar lentamente, mientras se tensaban los enganches, lanzando a los viajeros los unos contra los otros, una señora cuyo rostro aún no se había revelado bajo su velo ofreció al catedrático de facultad un Brötchen lleno de delicados trocitos de Wurst, y le explicó, en un tono perfectamente informado, que la política respecto a los judíos había adquirido un giro completamente nuevo —se lo habían asegurado, repetía la señora con un aire entendido; pero no parecía decidida a precisar si se trataba de una información o de una intuición... Y si la necesidad había hecho posibles aquellas noticias, no por ello eran menos buenas. El compartimiento hervía de suposiciones, y la dama echó hacia atrás su velo para entablar una conversación culta con un interlocutor digno de ella.

Sin embargo el profesor masticaba glotonamente.

—Es posible —murmuró.

En efecto, estaba contento de comer, y tenía los ojos desorbitados como los de un perro perdido al devorar los restos que acaba de encontrar. Masticaba, sin darse apenas cuenta de que los delicados trozos de Wurst olían mal y que el elegante panecillo estaba duro como una piedra.

No estaban solos en el compartimiento, evidentemente. Había una madre cuyo hijo enfermo se hacía sus necesidades sin parar y no podía ser curado por falta de las medicinas necesarias. Había un viudo de sombrero negro y dos chiquillos que se repartían un caballo de madera. Había un muchacho y una chica cuyos dedos estaban fuertemente entrelazados y nada, mucho menos la muerte, habría podido separarlos; y por fin dos individuos tan insignificantes que Himmelfarb jamás consiguió, pese a sus esfuerzos, descubrir sus rostros.

De esta forma el tren se arrastraba a través de Alemania y se hubiera podido creer que atravesaba Europa. El paisaje fijo comenzó a derretirse. Las desnudas ramas de las hayas parecían flotar como ligeras melenas, al tiempo que parecían ser alambres espinosos. Los campos y los bosques parecían liberados momentáneamente de la prisión del invierno. Un agua negra corría entre los almohadones de la sucia nieve; ante aquella milagrosa liberación, los campesinos de una granja reían alrededor de un montón de estiércol humeante. Una chiquilla pálida como un fruto subterráneo bailaba en un prado, sin saber ella misma lo que quería recibir en su mandil extendido.

Como el tren penetraba siempre cada vez más en el corazón de Europa, la señora del Brótcben enroscaba alrededor de un dedo enguantado de negro, los locos mechones de sus cabellos, de un rojo ardiente. Se dignaba declarar que era oriunda de Czernowitz, que tenía fortuna personal y dotes artísticas. Desgraciadamente las circunstancias la habían conducido lejos del teatro y de sus éxitos hasta la Alemania del Norte.

Los chiquillos habían elevado sus ojos, estrechando los dos su caballo de madera pintada.

—Na, na —suspiraba el padre del sombrero negro, que tenía un labio caído e incrédulo.

El paisaje pasaba. El cielo no se mostraba en su pleno esplendor, pero se le atisbaba entre los desgarrones de las nubes. Aquello le bastaba a Himmelfarb, que había cerrado los ojos tras sus gafas, más harto que cansado. Después de las largas horas de la noche, demasiadas cosas habían sido reveladas y demasiado pronto. Él estaba harto.

Dormitaba, se despertaba, volvía a dormir, y el tren marchaba renqueando, con el olor de todos los trenes. El niño enfermo, a quien su madre había renunciado ya a limpiar, se había dormido.

—Se debe a un cambio de política —repetía la señora de Czernowitz, que acababa de regresar de los servicios sin agua.

Había hablado con un rabino de Magdeburgo quien la había convencido. Aquel tren de judíos era el primero que se dirigía hacia la Europa del Este. Desde allí se ayudaría a todos los judíos de la Europa central a esperar en Bucarest, después en Estambul en donde embarcarían para Palestina. Habían intervenido los países neutrales. De todas formas, resonaban las risas en los compartimientos vecinos y cánticos de alegría se deslizaban por el pasillo tan lleno de cuerpos y de paquetes que la alegría era el único escape posible de aquella masa compacta.

Sus felices informaciones hacían irradiar a la señora de Czernowitz y las almas anónimas no podían hacer otra cosa que alabar a Dios. Unicamente el padre de los chiquillos, impasible, miraba sin decir palabra.

El crepúsculo había comenzado a cubrir de gris el rostro blanco de la señora Czernowitz. Una mujer menos resueltamente sumergida en el misterio hubiera podido parecer ridicula. Pero ella había sabido aprovecharse del momento y se bebió el contenido de una botellita y después, con una voz de mezzo, lanzó una o dos exclamaciones sobre la estrella de la tarde.

Según explicaba ella, su voz había sido educada por los mejores profesores de Viena. Su Freiscbütz había tenido mucho éxito en Constanza. Y su Fledermaus en Graz, ¡pues no faltaba más! Hacía poco que había aceptado tomar alumnos, muy pocos y excepcionalmente dotados. Había acompañado a una joven princesa a Bled y allí había pasado una agradable época compartida entre las distracciones y la enseñanza. ¡Ah, la princesa Elena Ghika! ¡Qué encanto! ¡Qué distinción! ¡Y los Kastanientorten[43] cerca del lago, en Bled.

El más joven de los dos chiquillos se puso a llorar. Nunca se había sentido tan vacío.

Sólo se llenaba el paisaje. La sombra se deslizaba en las curvas y taponaba los pasos entre las colinas; negra, almibarada, cubría los cristales del tren. En la noche todo estaba indudablemente más triste.

Aquella noche un hombre murió en el tren y se le condujo fuera del vagón, dejándole en la estación de un pueblo que nunca conoció. Vieron desaparecer sus talones en una última sacudida. La muerte irritaba a los guardianes, tanto más cuanto que comenzaba a helar y los talones de hierro del muerto se enganchaban con todas las cosas de metal. Los días siguientes murieron otros, y permanecieron en sus compartimientos en la misma posición en que les había abandonado su alma.

—¿Ha olvidado el Regierung a los muertos al modificar su postura hacia los judíos? —preguntó la madre del niño enfermo, que entonces exhalaba un pestilente hedor.

Pero la señora de Czernowitz volvió la cabeza. Aquélla era su costumbre para ignorar las insinuaciones de las personas vulgares. ¿En qué era ella responsable de las omisiones administrativas? Ella había consagrado su vida a la música y a la conversación y, francamente, lo demás le sobraba. En realidad su cutis traicionaba su dejadez.

—Tal vez será mejor morir —dijo la madre del niño enfermo con una voz lejana.

—¡Morir! —exclamó la señora de Czernowitz riendo y dirigiéndose, no a la mujer vulgar que había iniciado aquel tema, ni siquiera a las personas del compartimiento, sino a una cierta idea que se hacía sobre relaciones perfectamente refinadas—. jAh, morir! ¡Si no temiera ser arrastrada por des ennuis énormes[1]ya habría empleado mi precioso cianuro del que, lo confieso, no me separo jamás! ¡Hace mucho! ¡Hace muchísimo tiempo!

Con un aire zalamero bajó los ojos hacia sus pechos empolvados, se dio unos golpecitos y se echó a reír, o al menos esbozó una expresión alegre sobre sus rasgos cadavéricos. Poco a poco se deshacía.

¡Oh, la angustia, y los traqueteos y las preguntas! En efecto, habían renunciado a preguntarse los unos a los otros: «¿Por qué este tren? ¿Por qué un tren? ¿Por qué no los furgones de animales?»

Y además, el padre del sombrero negro no pudo más y comenzó a gritar:

—¡El tren! ¿No comprendes que no había otro? Con los trenes de mercancías bombardeados ¿qué podían hacer con tantos judíos?

Pero las respuestas no siempre consuelan. Si sólo hubieran podido abrir un cofre y encontrar dentro la verdad... Como los dos enamorados cuyos rostros conservaban reservas de antídotos, pero sólo activos para ellos. También el profesor se había retirado demasiado lejos para que nadie pudiera seguirle. Himmelfarb, el culpable, regresaba de vez en cuando para notar que los rostros de aquellos a los que amaba sinceramente se cargaban de rencor y podrían con el tiempo ponerse a odiar en la forma de los hombres.

De esta forma el tren de los judíos continuaba atravesando Europa. Los minutos carcomían el vientre de los hambrientos, pero finalmente las horas se lo llenaban con su compacto vacío. Miguitas de pan cubrían el suelo a sus pies con el despojo de su dignidad.

Una o dos veces hubo alarmas. Entonces el tren se detenía en la noche, a lo largo de algún plácido campo. En sus oscuros compartimientos en donde repercutía el ruido, muchos no se molestaban en protegerse, como si ya no pudiera sucederles nada peor. Su piel, se había cambiado en cuero que frotaba contra el peluche deteriorado todo lo que subsistía del Mitteleuropa.

Y luego, una mañana de verdes mullidos y profundos, de inocentes azules, el tren que, desde una cierta estación aparentemente importante con sus cruces de vías lustrosos y argentíferos, marchaba menos de prisa y haciendo menos ruido como si llegara al final, se detuvo progresivamente ante una pequeña estación elegante, con un pavimento de piedras chispeantes, que hubiera parecido agresivo bajo su nueva pintura si no hubiera sido tan apacible. A ambos lados se elevaba el bosque, en principio verde, después negro. Se podía leer su nombre: FRIEDENSDORF.

No obstante debían estar en Polonia, insistía la señora de Czernowitz, pues ella había oído en la estación algunas frases en la lengua de ese país, que una vez le había apetecido aprender para entretenerse, claro está, y a modo de gimnasia intelectual. El tren permaneció en su sitio en medio de bosques empapados, en lo alto de Friedensdorf. Y después resonaron voces alemanas. Las portezuelas fueron abiertas con violencia. En el rechinar de las botas contra el suelo de piedra retumbaron las consignas oficiales:

—Sean bienvenidos — anunciaba la voz oficial, ampliada y ensordecida al mismo tiempo—. Sean bienvenidos a Friedensdorf.

Incluso había música. Torbellinos de música que se elevaban por encima de los puntiagudos abetos. Los valses más ensordecedores giraban en discos imperturbables, o alternativamente invisibles bailarines populares dirigían su rústica rondalla, aunque la credulidad germinó en muchos de los corazones inocentes.

Hay que comprender el que muchos viajeros, y entre ellos la señora de Czernowitz, estaban a punto de creer que aquél era una especie de campo de tránsito para los que formaban parte del movimiento de emigración organizado hacia la Tierra prometida. Allí repondrían fuerzas y descansarían esperando que los trenes fueran a buscarles.

Cualquiera que fuera la razón, se empujó en seguida a los viajeros fuera de los vagones y, una vez más, las almas pusilánimes lamentaron su asilo del tren escacharrado, como antes habían protestado cuando les habían arrancado del hangar.

Estaban en el andén, en medio del aire húmedo, envueltos por aquel olor de agujas de pino cuyas bocanadas, incluso en los mejores días, precipitaban a sus víctimas en abismos de nostalgia. Era ya evidente que, entre los más viejos de ellos, algunos, debilitados por el hambre y las privaciones del viaje, no podrían resistir mucho tiempo más, y sus vecinos estaban preparados para sostenerlos si se caían. Y eso sin hablar de los niños enfermos o muy pequeños. A juzgar por la expresión de sus caras de pájaro, parecían rememorar de repente la experiencia de una vida anterior. Por contraste, la mayoría de los adultos que habían tenido tiempo de olvidar, disfrutaban del discutible privilegio que es la intuición, aunque muchos de ellos caminasen como si sospechasen que la costra de excrementos amarillos que cubría la tierra estaba destinada a endurecerles todavía más.

Los adultos bromeaban con los niños nerviosos, lo mismo que los guardianes... ¡Algunos de ellos eran tan simpáticos! Himmelfarb recordaba haber contado chistes con aquellos buenos alemanes en sus paseos por el bosque o en las calles de la ciudad. Sus voces expresaban la honradez cruda y áspera de la tierra y las patatas...

Entonces, mientras se dirigían a los recién llegados, sus dientes eran blancos como la carne de las manzanas y su boca tenía la mueca de la persuasión. Evidentemente, también existían momentos de bestialidad. La fuerza bruta no está nunca lejos y de repente se despierta, preparada, brusca, con el sexo endurecido bajo la ropa tensa. La actitud de los guardianes forzaba a los viajeros a recordar otros incidentes que hubieran preferido olvidar.

Pero en seguida todos estuvieron preparados para salir, y se pusieron en filas, aunque los más decididos fueran los de los últimos lugares. Bajo los compases de la música, entre los pinos húmedos y acogedores, el grupo avanzaba. Aquél hubiera podido ser un espectáculo lamentable de miserables, completamente amorfos pese a los esfuerzos de los oficiales y la voz de barítono de una torre metálica que recomendaba el orden y la limpieza a los huéspedes de Friedensdorf. Pero los que llegaban, los viejos, los enfermos, eran intocables, judíos: viejas mujeres a horcajadas sobre la espalda de sus hijos,

piernas tirantes llevadas en brazos; abuelos llevando los taleds y el olor de los años, maridos derrengados protegiendo el vientre de su mujer, tipos de la clase media con las mismas carteras y los mismos sombreros. Llegaban y las verjas se cerraban por precaución tras ellos. Las mallas metálicas vibraban, brillaban, caían.

—¡Ach, miren! ¡He roto mi velo!

La señora de Czernowitz estaba al borde de las lágrimas, pero un contacto muy breve entre su guante de piel negra y el brazo de su compañero la dio fuerzas para continuar.

—Tengo la certeza —aseguró ella— de que seremos tratados con la mayor consideración durante nuestra estancia aquí que será breve, y que llegaremos sanos y salvos a Constanza, ¿o es a Estambul? Pero para volver a nuestra conversación, profesor, he de contarle los magníficos paseos que dábamos por los bosques de Bukhowina, y las pequeñas fresas silvestres que comíamos con azúcar muy fina y crema un poco agria.

Aunque medio deshecha, tirando a violácea bajo su resto de polvos, la señora de Czernowitz era todavía capaz de resplandecer bajo sus afeites. Tal vez gracias a la música, ante la cual ella parecía reaccionar apasionadamente. Y mientras una mano invisible ejecutaba un acorde de Lehar, cuyos trinos descendían desde lo alto de la torre metálica, la voz oficial, de barítono bien timbrado, interrumpió:

—Achtung! Achtung!

Todos los recién llegados deberían ir a las duchas. Los hombres a la izquierda, las mujeres a la derecha. Baño obligatorio para todo el mundo; los hombres a la izquierda... En aquella precaución de higiene, los viajeros debían someterse a la desinfección reglamentaria. Las mujeres a la derecha.

En un aire palpitante de falso deshielo, se elevaron gritos de separación. Tales manifestaciones no eran razonables, gruñía la voz oficial. Pero ¿quién ha sido alguna vez engañado por la razón? Por ello aquellos cuerpos irracionales se entregaban a un largo y último esfuerzo para confundirse, y en muchos casos era necesaria la fuerza para separar a los unos de los otros, que aún conservaban en sus manos convulsionadas cabellos o hilos de vestidos.

—Profesor — exclamó la señora de Czernowitz— ¿cree que deberemos desnudarnos en público?

—No tengamos vergüenza de nuestra desnudez —aconsejó Himmelfarb.

Pero la señora de Czernowitz se puso en seguida a gritar:

—¡Yo no quiero! ¡No quiero! ¡No, no, no! ¡No! ¡No!

—Rogaré por todos nosotros— le dijo él al separarse—. Por todos nosotros.

Sus manos pendían inútiles en un aire vacío.

Ella, por otra parte, no escuchó la voz del hombre, en su esfuerzo por hacer frente a una situación que hubiera puesto a prueba a los mismos profetas, y fue conducida precipitadamente y empujada a la sala de duchas para evitar que su nerviosismo se contagiara a los demás, más dóciles, más pasivos, o más fríos. En aquel momento Himmelfarb no vio de su amiga más que el montón negro de vestidos que le arrancaban.

Los hombres estaban rodeados también por una cadena de brazos y a veces por el acero de las bayonetas. Los sexos parecían separados para siempre, y aquella perspectiva hacía gritar a algunas mujeres, mientras que el recuerdo de tiernas intimidades arrancaba palabras roncas, roncas e incoherentes, a un joven que parecía estrangularse con su lengua.

—Achtung! Achtung!... ¡Ganchos numerados! Será de... ¡Ftt!...¡Ftt!...

Entonces Himmelfarb, al que un empujón le había hecho traspasar la puerta de la sala de los hombres, se abandonó en manos de Dios y se dispuso a quitarse la corbata.

La mayoría de sus compañeros que su país natal había adiestrado en la disciplina, obedecían instintivamente a las órdenes que les daban. Un gran tipo obeso había penetrado tan bien en el espíritu del sueño que la camisa la tenía ya por encima de su cabeza. Himmelfarb todavía no hacía otra cosa que observar los siniestros movimientos de la pesadilla.

—¡En vuestras manos, Señor!

De nuevo sus labios le confiaron todo...

Entonces sucedió algo:

Un guardián avanzaba en medio de la masa de cuerpos, uno de esos chicos rubios, sólidos, sanos y dóciles, y designaba a uno de aquí, otro de allá, acabando su elección con una perezosa atención.

—Usted quédese vestido— ordenó a Himmelfarb— y venga a verme fuera, para las consignas del campo.

Parecía arbitrario que aquel guardián reparara en aquel viejo, pero quizás obedecía a una orden. Ciertamente Himmelfarb todavía poseía presencia; era tan grande y alto como el soldado, pero sus ojos penetraban más lejos que los de su superior, cuyo azul sin profundidad vaciló un instante. Era pues posible que el muchacho de soberbio físico sintiera secretamente en lo profundo de su corazón una atracción por aquel que parecía ser un espíritu superior. Aunque posiblemente ejecutara una orden.

Otros varios judíos, de diversa estatura y edad, seguían al guardián con estupor.

Fuera, el patio arenoso sorprendió por su relativo vacío a pesar de que helaba; la bruma que salía de los árboles se deslizaba entre el espesor de los vestidos empapados de sudor. Los favorecidos se agruparon allí, muy a disgusto y agitados por sentimientos contradictorios dentro de cada cual.

En seguida notaron que un grupo de otros individuos que pertenecían manifiestamente a la condición de esclavos e iban vestidos con uniformes heteróclitos, estaban reunidos en una especie de formación desordenada.

Uno de ellos se dirigió a su vecino que resultó ser Himmelfarb.

—Las mujeres van a irse en seguida —le declaró el extranjero en un alemán incorrecto y torpe—. Como de costumbre pasarán las primeras.

Era de una nacionalidad imprecisa: eslavo quizá, o polaco, o mediterráneo, pero no se podía dejar de reconocer una raza inferior.

—¿Irse a dónde? —preguntó Himmelfarb—. ¿Qué quiere decir?

—¡A la cámara de gas!... —explicó el otro con dulzura.

Pero Himmelfarb creyó escuchar algo espectral y evocó por un instante la imagen de un colega que se moría de cáncer de garganta.

—Sí —murmuró su nuevo amigo—. En seguida van a abrir el gas. Cuando hayan terminado, nosotros llevaremos los cuerpos hasta las fosas.

Aquello sugería aspectos de siega más que una visión del infierno.

Pero en aquel preciso momento la puerta de la sala de las mujeres se abrió bruscamente por una horrible casualidad y vio titubear ala señora de Czernowitz.

¡De qué manera se tendieron hacia ella las manos de su amigo el viejo judío impotente y además intelectual!

—¡Que Dios nos ilumine! —gritó la señora de Czernowitz—. ¡Una sola vez! ¡Hasta el final!

La voz se estiró, mate como el cuero.

Permaneció un momento en el marco de la puerta y habría caído si la hubieran dejado. En su cabeza vio cortos pelos grises en lugar de sus cabellos pelirrojos. Un solo pecho colgaba cerca de la antigua cicatriz que ocupaba el lugar del segundo. El vientre temblaba alrededor de la protuberancia del ombligo. Sobre todo, sus caderas eran miserables. Pero él escuchaba su voz, desnuda, implorando desde el fondo de la Historia, sin edad, interminablemente.

Entonces una súbita debilidad lanzó de rodillas al hombre, su hermano; y desgarrándose furiosamente, a propósito, con los guijarros del patio, la llamó desde la otra vertiente de su abismo común, y gritó entre sus labios secos:

—¡El Santo Nombre! ¡No lo olvide! ¡No pueden quitarnos el Santo Nombre! ¡Cuando nos hayan arrancado la piel, El nos vestirá y nos salvará!

Y luego fue llevada dentro.

¡Se sintió caer! Su cuerpo de carne cayó. Cuando sus mejillas rozaron las piedras, los cañones de un millar de orificios fueron dirigidos hacia ella y vertieron sobre su cuerpo una substancia que no reconoció.

Cuando Himmelfarb pudo levantar la cabeza de nuevo, comprendió que por segunda vez en su vida se había desvanecido, o tal vez es que Dios le había arrancado misericordiosamente de su cuerpo. Había caído la tarde, una tarde extraña. Los objetos que antes parecían más sólidos, las salas de duchas completamente nuevas, por ejemplo, y las torres metálicas, estaban parcialmente disueltas en la bruma. El Friedensdorf geométrico que había conocido estaba rodeado por una niebla color rojo sangre, un halo en cuyo centro él yacía como una crisálida desarrollada en un capullo misterioso, sobrenatural. Algunas formas probablemente humanas, aunque no se distinguían bien, se movían en actividades trascendentales en el interior de aquel complejo cuyo violento resplandor púrpura se ampliaba poco a poco en una mancha vagamente anaranjada, rodeada de azul. Aquello le recordó con una repentina intensidad la ceniza gris azulada, tranquila, que permanecía en la extremidad de aquel puro de calidad fumado bajo la luz anaranjada de una pequeña lámpara oriental. Entonces se acordó evidentemente de su amigo Konrad Stauffer.

Y luego sus sentidos más lentos fueron sometidos y la conciencia regresó al hombre tirado por el suelo, en el lugar en que se encontraba.

Aquello que le había parecido inmaterial y acolchado se convirtió en un áspero cemento. Una herida se abrió en su mano izquierda.

Torbellinos de humo azul negruzco le entraron en los ojos y las narices. Unos hombres gritaban. Sintió el aliento del brasero anaranjado. Unas explosiones convulsionaban el suelo bajo él; las balas perforaban el aire en intervalos espaciados; el incendio lo dominaba todo. Friedensdorf estaba en llamas.

Entonces fue cuando Himmelfarb se dio cuenta de que había perdido las gafas. Aquel descubrimiento le horrorizó más que el fuego. En su confusión total se puso a palpar a su alrededor; tocó piedras, un fragmento de metal ardiente, un pequeño charco de un líquido viscoso, una rama, un guijarro, en aquella búsqueda estéril a través de lo que no podía ser más que un desierto vacío.

Arrastrándose levantó a veces los ojos hacia la nube anaranjada que ahora parecía invadirlo todo. En alguna parte a su izquierda, una ametralladora abrió fuego. Su propio aliento parecía salir de su boca en una lengua de llamas, mientras que jadeaba con pequeños sollozos. Buscaba. ¡Oh, poder distinguir de nuevo las formas benditas de las cosas!

Había tanteado tanto terreno que ya no tenía esperanzas, pero por hacer algo sus manos siguieron palpando y tocando mucho más allá del espacio posible. Tocó una alambrada y se rasgó los dedos; tocó un jirón de algodón. Y después ya no encontró nada. Al lado del jirón, el trozo de algodón, sus manos no encontraban más que el aire inofensivo. En efecto había, si no un arco triunfal, por lo menos una pequeña brecha con los bordes sajados en la costra periférica. Alguien había cortado el alambre de espino.

Entonces el judío agachó la cabeza y saltó, siempre de rodillas. De esta forma se arrastró sin saber cuál era la dirección más indicada. Sus rodillas estaban acorchadas. Necesitaba levantarse, lo sabía perfectamente, pero aunque sus miembros tiesos hicieran por el momento su posición normal más fácil, pensaba no haber pasado todavía la línea que separa al infierno de la vida. Entonces los espinos le hirieron ligeramente la frente, y no se sorprendió al encontrar de nuevo la morderura de sus puntas. Evidentemente se trataba de la alambrada exterior.

Hubiera podido permanecer enganchado allí, feliz de olvidarse de sus verdugos, pero un momento de letargo le obligó a buscar un nuevo soporte por miedo a perder el equilibrio. Y por segunda vez no encontró más que el vacío tranquilo y sin obstáculos. Aquella dulzura le aguijoneó e incluso le precipitó en una actividad febril. Con un desgarro de su carne, de su aliento, de sus vestidos, él se desprendió del cepo de metal. Una vez liberado se introdujo por el hueco terriblemente estrecho, hecho por los mismos que habían huido cortando aquel segundo encierro.

El aire que golpeaba su frente perlada de sudor y de sangre, estaba helado. Unas formas le acogieron, hombres o árboles; no tuvo fuerzas para preguntárselo. Por fin sintió su rugosa superficie bajo sus manos.

Se incorporó sobre sus piernas y se sumergió en una selva hospitalaria, pasando de un tronco a otro. Las húmedas agujas perforaban su piel y su olor se esparcía en aquel otro laberinto que era su cráneo, aunque se sentía casi ebrio de libertad.

Continuó caminando y con gusto hubiera avanzado más si no llega a dar con una especie de claro en donde se erguía un grupo de siluetas virginales, quizá de jóvenes chopos, cuya piel era tan lisa y tan pura que él cayó a su lado y se puso a llorar, con la boca sobre la húmeda tierra.

Más tarde llegaron unos hombres. Cualesquiera que hubieran sido sus opiniones o el color de su piel, él habría sido incapaz de moverse. Le rodearon, él les oyó hablar y por lo que le quedaba de conciencia dedujo que eran polacos. Escuchó su silencio y su respiración mientras que le llevaban a través de una gran cantidad de árboles.

Llegaron a un olor a paja y a cerdos y le tendieron junto a la estufa de la casa a la que le habían conducido. Él no sentía ningún deseo de salir de su cálida oscuridad. Su cabeza estaba apoyada sobre una especie de bloque duro cuando no reposaba en el seno del Señor. Unas mujeres curaron sus heridas. Entraron llevando unos tazones de sopa clara y aguada que sabía a coles. A veces encontraba albondiguillas en la sopa por lo que le era más difícil de tragar.

Un día, el tercero según calculó, llegó alguien, un hombre de voz joven que le habló en alemán y así supo que aquellos campesinos estaban al tanto de los recientes acontecimientos de Friedensdorf.

Los prisioneros que los alemanes elegían para limpiar las cámaras de gas de cadáveres y servir de mano de obra del campo, habían decidido amotinarse. Durante semanas habían reunido y ocultado armas y municiones, y después de la llegada del último tren de judíos los conspiradores se sintieron bastante fuertes para obrar. Entonces los esclavos se rebelaron, mataron al comandante y a un cierto número de guardianes, hicieron estallar un depósito de gasolina e incendiaron una parte de los edificios; después cortaron la alambrada y se pusieron en camino para unirse a la Resistencia.

—¿Y todos los demás judíos? —se atrevió a preguntar Himmelfarb.

El polaco pensaba que la mayoría habían perecido, algunos por el gas, otros por el incendio que había destruido Friedensdorf.

—Usted ha tenido suerte —dijo riendo.

E Himmelfarb, que había recordado tan a menudo el desarrollo de su evasión, no pudo explicarse hasta qué punto había tenido suerte.

Cuando se repuso y se recuperó, le vistieron y le llevaron de la mano. Aquel campesino medio ciego no hubiera podido decir el número de manos que tocó mientras que continuaba penosamente su viaje hacia el

Este. Siempre envuelto en la misma bruma que le aislaba, quizá misericordiosamente, conoció el olor de la hierba húmeda, del heno caliente, de los alhelíes arrancados, del aliento de las vacas. Se acostumbró a escuchar voces que no comprendía, salvo aquellas que se acompañaban de contactos o expresaban sus emociones cantando. Comprobó que había numerosos ruidos para él desconocidos, y se dio cuenta de que podía sumergirse en la profundidad del silencio como nunca anteriormente. Sobre todo aprendió a reconocer aquel estado de suspensión completa en que los hombres como los animales esperan a que se aleje el peligro.

Hasta Estambul el profesor Himmelfarb no recobró la vista y una parte de su identidad. ¡Cómo relucía el agua, cómo bailaban las hojas de los árboles! Cuando echó su primera ojeada a través de sus nuevas gafas, se vio obligado a bajar los ojos, avergonzado por aceptar los dones milagrosos que se ofrecían ante ellos.

Entonces decidieron que Himmelfarb, a diferencia de muchos otros, sería autorizado a regresar a Tierra Santa. Sin embargo ante la ausencia del menor signo cierto o de la menor sanción, su conciencia continuaba dudando que él fuera digno.

Por eso le repugnaba unir su voz a la de los compañeros de viaje en el buque de carga vetusto en el cual salieron de las costas turcas. Los jóvenes judíos, apoyados en la borda, se unían cantando. Toda aquella juventud, los muchachos gruesos y peludos, las chicas aceitunadas nacidas en el suelo nocturno de Europa, estaban a punto de cumplir su destino. Por fin los judíos iban a su patria. Reconocían las

piedras que jamás habían visto, y las más pequeñas de todas serían sólo suyas.

Pero la silueta un poco lejana del viejo —se decía que se trataba de un profesor— no se mezclaba con ellos. Continuaba paseando por cubierta y después vacilaba y regresaba con precaución, todavía no acostumbrado a los zapatos de ocasión quizá demasiado elegantes que llevaba desde hacía poco. Existía evidentemente un abismo entre la edad de aquel personaje y la de los jóvenes judíos contentos, algunos de los cuales le llamaron para que tomara parte en sus juegos, en su alegría, e incluso le lanzaban algunos chistes inofensivos y amistosos. No obstante renunciaron en seguida y dirigieron su vista hacia los saquitos de cacahuetes que les había dado, junto a otras golosinas, un caritativo judío de Estambul en el muelle de embarque. Se mecían voluptuosamente y después se ponían a cantar, al principio murmurando, luego a plena voz.

Un cierto número de judíos de más edad intentaron tomar parte en la fiesta y se unieron a sus cánticos, pero se dieron cuenta de que el corazón no lo tenían allí. El aire marino había dado a sus mejillas el nuevo color de la salud y sus ojos brillaban con una satisfacción convencional, mientras que miraban el diseño ondulado de las pequeñas olas que se repetían en el infinito de aquel mar clásico. Pero en algunos de los viejos rostros, las sonrisas esbozadas se inmovilizaban como si un diente las hubiera detenido, como un límite de oro. Y otros debían conservar el pañuelo delante de la boca, por miedo a que la alegría que no podían controlar se desfigurara. Después de todo, nadie estaba aún acostumbrado. Aquella nueva emoción, bastante indócil, les había sido dada al mismo tiempo que sus vestidos nuevos y a menudo mal ajustados.

El pueblo elegido permanecía de pie o sentado sobre la cubierta o se inclinaba por la barandilla para examinar aquel mar increíble, pero el profesor Himmelfarb circulaba, daba cien pasos entre los demás que no acabaron por considerarle de los suyos. El comité había reflexionado mucho sobre lo que estimaban eran los sentimientos y los gustos del viejo refugiado culto, que sin duda estaba destinado a formar parte del medio universitario de Jerusalén. Le habían provisto de vestidos del tipo que sin duda tenía la costumbre de llevar. Por ejemplo el abrigo, de tejido y corte europeos, había pertenecido anteriormente a un doctor en filosofía, de Yale. Ahora, mientras que su actual poseedor caminaba en la brisa del mar por la cubierta llena de gente, aquel abrigo oscuro, amplio y pesado apretado en las caderas, no le correspondía llevarlo a otra persona que no fuera él.

En el centro de recepción había permanecido mucho tiempo inmóvil, con el abrigo en las manos, y la judía que dirigía la distribución no había podido evitar preguntarle:

—¿No está contento de su abrigo nuevo, señor profesor?

La señora que tenía bigote y llevaba un reloj de pulsera grande y práctico, tenía experiencia en las escuelas maternales.

—Sí —había respondido—; estoy muy contento.

Pero no se movía.

—Entonces ¿por qué no lo coge? —dijo ella con bondad—. Y podrá sentarse con los demás a la mesa. Madame Saltiel va a distribuir algunas provisiones para el viaje, y después se servirá café.

Ella le cogió firmemente por el codo.

—Pero no es justo que acepte aquello a lo que aún no tengo derecho.

—¡Pues claro que tiene derecho! —insistió la señora que estaba muy ocupada y a quien debía haber irritado pese a la disciplina profesional. Explicó con dulzura—: Y además es nuestro deber hacer una reparación entre nuestro pueblo que sufre.

—Es a mí a quien me toca reparar —insistió el otro recalcitrante—. Se corre el riesgo de olvidar demasiado de prisa que hemos abandonado nuestras obligaciones individuales bajo el pretexto de que somos un

Pero la señora le condujo a las mesas en las que los demás judíos esperaban la continuación del festín.

—En su lugar cogería el abrigo y no pensaría más —le aconsejó la señora.

Estaba demasiado cansada para respetar los excesivos escrúpulos. Pequeñas gotas de sudor perlaban los pelos de su bigote.

Himmelfarb cogió pues el excelente abrigo por la manga con aire desgraciado. Debieron decirle que iba arrastrando su abrigo por el suelo.

Con la misma reticencia entró en Jerusalén, como si él sólo debiera rechazar el convertirse en ciudadano de aquella ciudad dorada, de la que cada piedra le desgarraba, sin hablar del rostro de los viandantes. Una tarde, en las laderas de la colina desnuda que el viento había limpiado, se acostó y al principio le pareció que la tierra se abría dulcemente, muy dulcemente, para recibir su cuerpo, pero su alma se negó y le puso en pie; se puso a correr vacilando en la pendiente y los faldones de su abrigo flotaban de tal forma que dos árabes se echaron a reír y un sargento británico le miró con aire suspicaz. No obstante, al pie de la colina recobró su dignidad y eligió una callejuela que le envolvió en la luz tibia y cautiva de la tarde, conduciéndole hasta la ciudad que, según parecía, nunca sería la suya.

Había muchas siluetas familiares en la calle, cuyos saludos iban de la exuberancia a una estudiada ponderación. En la Avenida del Rey Jorge se encontró cara a cara con Appenzeller, el físico de Jena, que había sido estudiante al mismo tiempo que él; era un hombre de piel gruesa, de vello espeso, que asestaba palmadas en las espaldas de la gente que se encontraba para llevar una ventaja sobre ella.

Appenzeller, que no creía en los fantasmas, exclamó:

—¡Hombre, Himmelfarb! ¡No me sorprende! ¡Siempre ha sido tan sustancial! ¡Se decía que usted iría lejos! ¿Lo recuerda? Pues bien, amigo, ¡ya ha llegado!

No acababa de reírse de su chiste y sus narices se agitaban con la risa.

—¿Ya habrá subido a Canopus, no? ¿Todavía no? Entonces contamos con usted. Me será muy útil, añadió. Cada cual tiene su papel a interpretar.

Himmelfarb recordó la infalible estupidez de Appenzeller fuera del laboratorio o la sala de conferencias.

No pudo responder más que: «¡Después!» con una reticencia que le valió el desprecio de su colega.

Appenzeller recordó la timidez casi femenina que se apoderaba a veces de su macizo amigo. El físico era una de esas personas que sistemáticamente piensan que la reserva es pusilanimidad.

—No hay nada peor que rumiar, ¿sabe? —continuó deslizando su mirada lo más adentro que podía en los ojos del otro, y sin embargo no lo suficientemente adentro para su propia satisfacción; le hubiera gustado soltarle una fresca jovial.

—Además, no es más que un lujo que otros tantos sufren igualmente.

La piel de Appenzeller expulsaba los buenos consejos por todos sus poros dilatados.

—Voy a irme a Haifa — respondió Himmelfarb.

El físico se sorprendió, no por decir que se decepcionó, al comprobar que la flecha no parecía haber dejado huellas. La simplicidad de Appenzeller se explicaba quizá por el hecho de que él mismo había padecido demasiado poco.

—Razones de familia —continuó Himmelfarb—. Me han dicho que el hermano mayor de mi mujer se encuentra en un kibutz cerca de Ramat David.

—Ah, ¿tiene usted familia? Me alegra saberlo —dijo Appenzeller sonriendo.

Se puso a reír y a toser al mismo tiempo.

—Entonces, cuento con usted a su regreso. En buena forma. Lo pasará bien —añadió—. ¡Si no encuentra que hay demasiados judíos!

Después de aquella broma, Appenzeller le dijo adiós cordialmente e Himmelfarb se fue a gusto.

Se marchó efectivamente a Haifa cogiendo una serie de autobuses de guerra y camiones militares que le condujeron por la carretera de Ramat David, pero prefirió hacer a pie la última etapa antes de llegar al pueblo en el que pensaba encontrar a Ari Liebmann, su cuñado. La carretera serpenteaba entre pequeñas colinas peladas que parecían fortificaciones que protegían la amplia llanura del kibutz. Una o dos veces golpeó el suelo con el talón. No llegaba en realidad a creer que todo aquello estuviera consagrado. Se arrodilló al borde del camino, entre las piedras, entre el olor del polvo, incapaz de refrenar su necesidad

de tocar la tierra.

En el kibutz todo el mundo se preocupaba en vivir de prisa. En la oficina, una mujer levantó la vista de sus papeles y señaló un campo: Ari Liebmann y su mujer se encontraban entre las plantas de tomates.

Ari, del que recordaba el rostro variable de su juventud y su humor incierto, se había convertido en uno de esos opacos moldes de edad madura. Parecía bastante duro, canoso, polvoriento. Después de estrecharse entre lágrimas el uno en los brazos del otro, fueron a sentarse al pie de un olivo, pues en una ocasión como ésa el granjero estaba obligado a admitirlo.

Entre la confusión de las matas de tomates, llamó:

—¡Rahel! Es mi mujer —añadió luego en voz baja.

Una mujer avanzó de mal grado y Mordecaí se dijo que ella no era una extranjera allí. La mujer de Ari estaba construida de forma cónica y llevaba un short muy ajustado. Sus muslos y sus caderas eran enormes, pero el rostro no era desagradable y la historia de su raza estaba escrita en su esqueleto.

—Debes venir a trabajar con nosotros. Darás clase a los niños. Un judío sólo es verdaderamente judío en su propio suelo —afirmó Ari cuando los tres estuvieron sentados.

Ari y su mujer tenían las manos callosas y manchadas de jugo de los tomates que estaban encargados de arrancar.

—Rahel ha nacido aquí, ella podrá decírtelo. ¡Es una sabra![44] —explicó Ari que se echó a reír lo mismo que su mujer.

Mordecai sentía que aquellos dos seres estaban completamente colmados. Pertenecían a su medio, como las piedras, o los olivos bajo los que estaban sentados.

—No faltarán judíos para ocuparse de las cosas, pero todo esto es lo que cuenta —dijo orgullosamente Ari englobando en su gesto todos los bienes de la comunidad.

Mordecai vio en él una arrogancia peligrosa.

—Sí, quédate con nosotros —repitió Rahel—. Siempre quedará bastante gente en Jerusalén.

Entonces Himmelfarb respondió:

—Si sintiera que Dios deseara verme permanecer bien en Jerusalén, bien en vuestro valle, estad seguros de que lo haría. Pero no es así.

—¡Ah, Dios mío! — exclamó Ari que se puso a dibujar en el polvo con la punta de un palito—. ¡Hemos rezado tantas oraciones bajo los techos de Bienenstadt...! —suspiró.

Se echó hacia adelante y estalló en una carcajada que le raspó la garganta.

—¡No hay nada mejor para el alma! Me parece recordar que Reha quería hacer de ti una especie de Mesías.

Si ambos hombres no hubieran vivido lo que habían vivido aquella observación hubiera podido parecer brutal, pero para MordecaT se refería a los personajes graciosos que ellos eran en otros tiempos.

Además, en aquel momento cayó una aceituna, verde, dura, real, sobre el pedregoso suelo de Palestina.

—¿Tú, en qué crees, Ari? —no pudo evitar preguntar Mordecai.

—Yo creo en el pueblo judío —respondió su cuñado—. En la necesidad de fundar la patria judía, de defender el Estado judío. Creo que el trabajo lo cura todo.

—¿Y el alma del pueblo judío?

—¡Oh, las almas...!

Tenía aspecto poco convencido mientras picoteaba el suelo con el palito.

—La Historia si prefieres.

La mirada de Rahel abrazaba el paisaje de las colinas. La conversación parecía embarazarla o

aburrirla.

—La Historia —respondió Himmelfarb— es el reflejo del alma de los pueblos.

Ari se sentía a disgusto al no hacer nada. Sentado en su grueso trasero comenzaba a agitarse.

—Entonces permaneceremos en nuestros asientos esperando que la Historia nos refleje, ¿no es eso lo que deseas?

—En absoluto — dijo Mordecaí; sólo quería decir que también la fe es una fuerza, y esa fuerza repoblará el mundo cada vez que los hombres de acción hayan intentado destruirlo.

—No te lo he dicho todavía —le interrumpió Ari—, pero Rahel y yo tenemos ya dos niños magníficos.

—Sí, Ari —suspiró Mordecaí—, ya veo que estáis colmados los dos, al menos por el momento. ¡Lástima que nada sea eterno! Ni siquiera en este valle. Ni siquiera en nuestro país. La tierra se rebela; nuevas piedras brotarán de su seno esta noche, mañana, siempre. Y vosotros, los elegidos, continuaréis necesitando vuestro macho cabrío expiatorio, mientras que otros de los nuestros no esperarán ya ser arrastrados al sacrificio, aunque continuarán ofreciéndose.

—¿Y cuándo pondrás en acción tu idealismo? —preguntó Ari Liebmann.

Aquella vez Himmelfarb se sintió atrapado.

—Pues... Por ejemplo... Pues... Quizás en Australia...

Aquélla era la primera vez que pensaba en ese país. Pero el nombre se le ocurrió tal vez porque era el más lejano o el más duro.

—¡Australia! —exclamaron los otros dos; y después se callaron como si fuera mejor ignorar la loca obsesión de la Diáspora.

Rahel cambió de tema.

—¿Vas a dormir aquí? —preguntó esperando manifiestamente que no se decidiera.

—No —dijo Himmelfarb.

No quería retrasarse ya que no había ninguna razón para hacerlo.

Cogieron el camino de los barracones.

—Al menos comerás algo...

Aquello era razonable.

Todavía no era la hora de la comida, pero oyeron a Rahel hurgar en la cocina y regresó con un poco de pan, una taza de leche y un plato de zanahorias que colocó delante del viajero en la gran habitación vacía. En seguida sintió que la leche fría le quemaba en la boca, mientras que los otros, sentados frente a él, tramaban sus motivos secretos sobre el hule que cubría la mesa cuando él no les miraba, esperando quizá que aumentara su culpabilidad vivamente y sin cuentos con la leche.

Después Rahel recogió las migas de pan con la mano y echó una ojeada al reloj que llevaba en la muñeca. Se acercaba la hora de la visita a los niños que se encontraban en la guardería. Su boca se volvía ávida.

Además, un autobús pasaba por la carretera por la tarde, y sus familiares impulsaron a Himmelfarb para que no se le escapara. Su cuñada no dejaba de mirar la hora; nada más natural, evidentemente, para una mujer práctica como ella.

Por fin se encontraron de pie junto a unos matorrales que un día serían un bosque de pinos, y una nube de polvo anunció la llegada del autobús.

—Mazel Tov![45] —exclamó Ari Liebmann estrechando fuertemente la mano de su cuñado.

Aquella vez ambos hombres no derramaron ninguna lágrima, ya que el agua de la desesperanza iba por dentro, más misteriosa que antes. La polvareda de la Tierra Prometida aureolaba a ambos judíos. La luz les envolvía de azafrán. Y después el autobús acogió a Mordecai, y tras un trabajoso arranque, se le llevó hacia la segunda parte de su viaje.

A partir de ese momento fue sacudido por sus sueños, mientras remontaba los ríos hasta sus manantiales. Jamás estuvo solo durante su viaje, ya que el hombre aparente fue siempre acompañado por su espíritu consagrado, hasta aquella mañana de verano en los antípodas en que hicieron saber a los viajeros que habían llegado.

—Estamos en Sydney.

Los emigrantes judíos buscaron con inquietud los ojos de los que debían esperarles. Únicamente M. Himmelfarb, aquel pasajero un poco extraño, no exactamente desagradable, pero diferente, permaneció aislado en sus vestidos negros y demasiado cálidos para el país. A decir verdad, él ya había sido recibido: en el calor que golpeaba el asfalto, un pilar de fuego se había erguido claramente ante él.

Cuando el judío acabó su relato, el día declinaba ya. El ciruelo que, al principio, había parecido protegerles de aquella historia y después había intensificado su común angustia, comenzaba de nuevo a manifestarse en la sutileza natural de sus formas y de sus sonidos. Bajo la tienda de ramas, las sombras eran tupidas como pesados animales manchados o rayados de una luz salvaje. Aunque las flores no fueran ya más que un bordado arrugado contra la profundidad de un cielo más blanco, un crescendo de movimientos y de música refrescaba las ramas de los troncos caídos. Era la brisa de la tarde que descendía de Sarsaparrilla hacia Xanadu entre las vegetaciones agitadas y ondulantes, deslizándose en medio de la maleza sofocante, bailando en la superficie de las hojas, y lamiendo por último la piel de los dos supervivientes al pie del árbol.

Miss Haré quizá se habría estremecido si su cuerpo no hubiera sido arrancado del suplicio tan recientemente. Pero el menor movimiento le era todavía doloroso.

Cuando estuvo de pie dijo con una voz apagada:

—¡He de volver, o alguien que no nombraré me dirá mil cosas! También el judío se incorporó, torpemente, probando sus piernas para asegurarse de que podrían sostenerle. Ni él ni ella parecían dispuestos a hablar de lo que acababan de vivir juntos, y no se propusieron volver a verse; sin embargo ambos lo esperaban.

—He de dejarla inmediatamente— dijo el judío con una inquieta ojeada hacia el sol—. Es muy tarde.

Se separaron, pues, en la luz que declinaba. Sus siluetas se reducían, luego parecían crecer. Bailando como un corcho en las olas, nadaban contra la marea de la tarde, con sus movimientos impedidos por la hierba y por la inquietud.

TERCERA PARTE

VIII

La casa de Sarsaparrilla a la que Himmelfarb regresaba ahora tenía ciertas ventajas, pero eran particulares y no necesariamente evidentes. Ciertamente, sus postigos ajustados la protegían contra las miradas de los curiosos, y los sauces que la rodeaban eran hermosos cuando los barrotes de su cárcel comenzaban a fundirse a principios de la primavera y quizá más aún en invierno, en que el acero se unía a pensamientos más austeros. Por lo demás no había gran cosa que embelleciera aquella pequeña mansión, nada que pudiera ser llamado jardín. No se le habría ocurrido la idea a su actual propietario de plantar uno, ya que en su total despego era incapaz de concebir una jerarquía vegetal. También por la tarde, cuando no tenía otra cosa que hacer, se sentaba en el mirador del extremo, como si no fuera su casa, y aspiraba con gratitud el fuerte olor de las malas hierbas. Allá, en un cierto estado de la luz, cuando el verde predecía el crepúsculo, la palidez de su rostro parecía formar el centro de alguna llama más sombríamente verde.

Aquella tarde, después de haber dejado a Miss Haré, el judío se dirigió a su casa. Flotaba polvo, estallaban semillas. Los dorsos de sus manos estaban llenos de espinas y picaduras de ortigas. Algunas piedras rodaban. Jadeaba y, pese a su caminar tranquilo, firme y triunfal, su respiración se hizo silbante.

Y luego llegó.

Tocó la Mézouza[46] sobre el montante de la puerta. Después que sus labios murmuraron la Chema[47] fue una vez más admitido. Entró, traspasó el umbral carcomido de su morada terrenal y también franqueó la puerta secreta.

En la casa del judío el silencio nunca era total. La meditación alternaba con el roce ligero de las ramas sobre las paredes de madera, y las habitaciones, aparte de las que eran indispensables para la oración, no estaban vacías. En un momento de decisión, avanzó sobre el suelo seco que crujía bajo sus pasos hasta la celda en la que se había visto obligado a colocar algunos objetos tristemente materiales: una cama, una silla, una percha y una mesa de aseo, del tipo de las que se ven en las habitaciones de las posadas campesinas, hecha de madera amarilla con utensilios de porcelana blanca y adornada. No había nada más, excepto una ventana que se abría sobre los túneles verdes y las avenidas más oscuras de la contemplación.

Al llegar a su habitación y al centro de su ser, el judío pareció vacilar. Sus manos y sus labios aspiraban un grado de humildad que jamás había podido sospechar y que jamás sospecharía. De pie sobre las baldosas de brillante luz, las rodillas todavía temblorosas por su carrera y la ausencia de aquella perfección deseada pero fuera de su alcance, comenzó su oración ritual:

«Bendito seas, Eterno Dios nuestro, Rey del Universo...»

Lanzó su cabo al crepúsculo:

«... cuya palabra hace descender el crepúsculo de la noche, cuya sabiduría abre las verjas celestiales, cuya comprensión transforma las épocas y las estaciones y dispone las estrellas que velan en el cielo según Tu voluntad...»

Trenzaba y enrollaba las palabras para afirmar su escala.

«Con un eterno amor Tú has amado la casa de Israel...»

Aliento tras aliento se aferraba a los barrotes de su fe.

«... y que nunca puedas retirarnos Tu amor. Sé alabado, oh Eterno, que amas a Tu pueblo Israel.»

La noche había caído difuminando la silla y la cama en su frágil cajita. En cuanto al hombre estaba tan inmerso en sus plegarias que únicamente la Palabra testimoniaba su existencia. Al llegar al país por él elegido, Himmelfarb había escandalizado a los que dirigían y aconsejaban, y a los que estimaban que un catedrático de facultad sólo podía solicitar un puesto adecuado a su capacidad. Quizá no le habrían aceptado, pero una negativa le habría dado al menos, como a ellos, ocasión de renegar, ese lujo de los tiempos de guerra.

Himmelfarb, sin embargo, no tenía la menor intención de presentar su candidatura. Su explicación era sencilla:

—La inteligencia no nos ha salvado.

Los de su raza encontraban extrañamente excéntrica aquella aposta- sía, por no llamarla despreciable. Respecto de los demás, les era perfectamente igual el que un judío culto y de edad se hiciera movilizar sin protestar, como soldado de segunda clase. Además, se trataba de un puerco extranjero, un sucio refugiado que podía considerarse feliz de encontrarse todavía en este mundo. El estaba, en efecto, en el punto más alto, y no protestó cuando se le envió a una pocilga. Apreciaba lo bastante aquellos animales alegres y extrovertidos como para afligirse de comprobar que no tenía más que la fuerza necesaria para hacer lo que esperaban de él.

Después de una enfermedad, enceró los suelos del hospital en que le habían cuidado. Durante algún tiempo lavó la vajilla en una cantina militar, y limpió los retretes públicos. Se sentía a gusto con esto. La razón por la que se encontraba en Barranugli al llegar la paz, como obrero de la fábrica de faros de bicicletas Brighta, puede considerarse como vergonzosa. Las aspiraciones ascéticas y desinteresadas de aquel hombre se habían apartado tanto de su ideal, que buscaba la soledad. Había adquirido la costumbre de deambular los domingos por las afueras de la ciudad, y en uno de sus paseos había descubierto la casita marrón, rodeada de hierba, en Sarsaparrilla. En cuanto se dio cuenta de que las termitas, la carcoma, la seca podredumbre y el mal estado de las tuberías y del techo reducían el valor de aquel miserable local y que así enía posibilidades de comprarlo, sus deseos cuidadosamente sofocados padecieron una violenta llamarada que consumió sus resoluciones. Estaba obsesionado con SU casa, e iba

a verla sin cesar, temiendo que algún otro sintiera la misma atracción que él. Se volvió más amarillo, más huesudo, más cadavérico que antes, hasta el día en que finalmente el espíritu fue seducido por la materia, y corrió a depositar un adelanto. Necesitaba poseer aquella barraca ruinosa.

Instalado en Sarsaparrilla, se prometió el tesoro de la paz, y cuando reunió los muebles que le parecían necesarios, y su alegría y entusiasmo se hubieron calmado un poco, se fue a buscar un empleo en Barranugli, la ciudad vecina.

Él no eligió su puesto en los Faros Brighta, lo eligieron por él.

—Estos Faros de Bicicletas Brighta — declaró el empleado de la oficina de Trabajo— son un asunto reciente pero que marcha. También hacen instrumentos de geometría y pinzas para los cabellos y piden mano de obra no especializada. Además, veamos, me parece bien... estoy casi seguro de que el señor que lo dirige es extranjero. Se llama Mr. Rosetree. Si me lo permite yo creo que es exactamente lo que usted necesita. Algo de tipo continental.

—Mr. Rosetree —repitió Himmelfarb cuyos ojos se empaparon de ternura.

El Kiddouch[48]se elevó por encima del muro iluminado por el sol poniente.

—Es un buen asunto — continuó la voz administrativa—. Si usted tiene dificultades con el idioma, Mr. Rosetree estará a su lado. Usted no encontrará nada mejor por aquí; es algo magnífico y sin limitaciones.

Himmelfarb pensó y se dejó dirigir. Abandonarse es, después de todo, aceptar lo que se ofrece.

Y así fue a presentarse a los Faros de Bicicletas Brighta, que se fabricaban en un taller situado en las afueras de la ciudad, cerca de un río de aguas verdes.

Cuando llegó le hicieron sentarse, y después esperarse un buen rato para que se impresionara vivamente por la importancia del asunto. En efecto, fue colocado en el centro del universo de Mr. Rosetree. Por una puerta veía a dos señoras muy tiesas, muy desdeñosas, que juntas organizaban el correo de Mr. Rosetree con aire superior. La otra puerta daba al antro infernal en que eran fabricados y montados ios faros Brighta con el mayor ruido posible. Las máquinas giraban, avanzaban y reculaban, subían y bajaban, violentamente agresivas salvo en un ángulo en el que runruneaban perezosamente con una especie de oleosa culpabilidad, mientras que en un lugar contiguo, en donde sobre el húmedo cemento un joven casi desnudo trabajaba con desprecio, silbaban y chirriaban con un furor parecido al del odio y hacían vibrar toda la fábrica. Sin embargo, un fondo sonoro dulcificaba el todo. Por el momento era una voz de contralto que chillaba en la radio hasta hacer saltar la caja. Busco mi amor, mi aaammooor... cantaba la voz que no ahorraba ningún esfuerzo. Las mujeres, ante la cinta sin fin, repetían con elegancia el único gesto que tenían que hacer, o soltaban su dentadura postiza, o cambiaban su chicle de lugar, o daban golpecitos con las tenazas pensando en lo que harían el viernes por la tarde. También había chicas jóvenes, cuyas cejas depiladas expresaban el disgusto que estaban obligadas a sufrir. Y hombres con chaquetillas, las manos en las caderas, u ocupados en liar un cigarrillo o en consultar la página deportiva de un periódico, que incluso condescendían, cuando era absolutamente necesario, a inclinarse para efectuar cualquier rito mecánico que exigiera su presencia.

Himmelfarb se fijó en un individuo de piel negra, doblado en dos en medio de la sala, en una postura que hacía crujir las vértebras, y que, una vez incorporado de nuevo, daba la impresión de estar compuesto de huesos, de venas y de delgadas fibras de músculos elásticos, todo dominado por la lejana expresión de su rostro sombrío. El indígena, o el mestizo, cogió su escobilla y la colocó delante de él circulando entre los bancos. Varias mujeres bajaban los ojos a su paso, y otras sonreían con un aire entendido, pero sin mirarle. No obstante el negro, perdido en su contemplación interior, parecía ignorar incluso los movimientos mecánicos de su instrumento. Él barría... barría... Como el aceite reflejado por luces secretas, así parecía estar recubierta su piel, tersa sobre el esqueleto de su torso desnudo. Mientras que movía su escobilla, su gruesa cabeza y su nuez arrogante manifestaban claramente que no le costaba demasiado soportar aquella ocupación.

Himmelfarb se dio cuenta en seguida de que la más gorda de las dos mecanógrafas intentaba atraer su atención. Sin levantarse de su asiento, parecía llamarle.

—Mr. Rosetree puede recibirle ahora —decía.

Las dos máquinas de escribir se habían callado. La más delgada de las dos señoras miraba sus teclas

sonriendo, mientras que se subía una hombrera de la blusa que se había deslizado sobre su bíceps blanco encogido y erizado por una eterna carne de gallina.

Fascinado por todo lo que veía, el visitante no se había movido.

—Mr. Rosetree está ahora libre —repitió la mecanógrafa elevando la voz como se hace con los extranjeros; y añadió con ganas de reventar de risa—: Señor Himmelfarb...

Su compañera se rió tontamente, pero se dio la vuelta rápidamente para cerrar la cartera con iniciales grabadas que se encontraba sobre el archivo.

—Por aquí, por favor —dijo forzando la voz la gorda diva que transpiraba sobre su cojín de plástico, y se sentía molesta de que lo notaran.

—Gracias —dijo Himmelfarb, sonriendo a la mano que le indicaba la puerta.

Ella, naturalmente, no se levantó; no la pagaban para eso, y dejó caer su mano.

Himmelfarb penetró en el santuario de Mr. Rosetree.

—Buenos días, señor Himmelfarb —dijo Mr. Rosetree—. Póngase cómodo —añadió sin preguntarse si aquello era posible.

Él mismo parecía muy sosegado. Físicamente tenía el aspecto com- puesto de las pelotas cuya suave elasticidad hacía pensar en el caucho, aunque su contextura recordaba más la de los Delikatessen del tipo rosa vivo y lustroso, Bratwurst, por ejemplo. Se tenía la impresión de que acababa de pulirse las uñas, y que había dejado caer sus manos regordetas, mientras que su labio inferior se torcía en la preocupación de un problema urgente.

Nada le demostraba a Himmelfarb que era él aquel problema, pero sospechaba que era el origen del mal sabor con que Mr. Rosetree había ˆ querido limpiarse la boca escupiendo.

—¿Ha trabajado antes? ¿No? ¡No importa! ¡Lo que cuenta es la buena voluntad!

Mr. Rosetree hilvanaba preguntas y respuestas en el tono que reservaba a las preocupaciones menores.

—¡Naturalmente, el salario será menos importante ya que usted no es especialista!

Dejó caer en un platillo de baquelita una goma que sonó desagradablemente.

—Es normal —dijo Himmelfarb sonriendo, sintiéndose feliz sin saber exactamente por qué.

«¿Es un malvado o un imbécil?» se preguntaba Mr. Rosetree dispuesto a la cólera o al desprecio. De momento no comprendía nada. Y de repente hubiera deseado apasionadamente rebelarse contra todas sus dudas. Su mal humor ensombreció la atmósfera.

Himmelfarb sentía el corazón tan ligero que no se dio cuenta de nada.

—¿Usted no es de aquí? — no pudo impedir preguntar a Mr. Rosetree, pero con la mayor prudencia, porque también él había llevado máscara.

—Yo soy australiano —respondió Mr. Rosetree, que se molestó en desplazar varios objetos sobre su mesa.

—¡Ah! —suspiró Himmelfarb—. Me había parecido... ¡Perdóneme, se lo ruego!

—No niego que he venido aquí por razones personales. Por razones que sólo a mí me conciernen...

Mr. Rosetree tiró la goma al aire, intentó recogerla y falló.

—No quisiera ser indiscreto, pero me he preguntado si usted no sería oriundo de Polonia.

Mr. Rosetree frunció el ceño y rompió la goma en dos.

—Digamos de Viena, si usted quiere.

Himmelfarb insistió:

—Also$_y$ sprechen wir zusammen Deutsche

—Aquí no. ¡A ningún precio! —replicó vivamente Mr. Rosetree—. ¡Ahora somos australianos!

Hubiera querido liberarse de aquella situación, pero se pegaba a él como el chicle masticado. En efecto, Himmelfarb le arrastraba a una conspiración. Bajando el tono e inclinándose hacia él, con las manos tocando por fin en el blanco, murmuraba dulcemente:

—¿Es usted uno de tos nuestros?

—¿Eh?

Mr. Rosetree se sentía muy a disgusto moralmente, pero también físicamente. No conseguía deslizar su pantalón que se le había subido y le pellizcaba dolorosamente la ingle.

—Sí — insistía Himmelfarb—. Estoy seguro de que usted era uno de los nuestros.

Entonces Mr. Rosetree hizo crujir algo que le liberó.

—Si es de religión de lo que quiere hablar después de haber dado tantos rodeos —y déjeme que le diga, señor Himmelfarb, que la religión no cuenta mucho en este país— sepa que yo frecuento la iglesia católica de San Aloysius.

A Mr. Rosetree no le gustaban las amenazas.

—La iglesia católica — insistió—. ¿Lo entiende bien? En Paradise East.

—¡Ah!

Himmelfarb se rindió y retrocedió contra el archivo.

En aquel momento un personaje con chaquetilla entró en el despacho. Su aspecto era tal que los tabiques de cartón parecieron estirarse para contenerle.

—No hay calibre 22, Harry —declaró—. Y eso que he revuelto bien el almacén...

—¿No hay calibre 22?

Mr. Rosetree tenía por fin un motivo para estallar.

—Exacto —respondió el otro, un muchacho tranquilo en suma, una vez que había conseguido imponerse.

Permanecía allí, rascándose los pelos de su sobaco izquierdo, y respirando por la boca.

—¡No hay calibre 22! —protestó Harry Rosetree—. ¡Pero el tipo del que te hablé había prometido entregarlo ayer!

—Habrá que creer que no le hemos caído en gracia —sugirió el muchacho tranquilo.

Himmelfarb, que no tenía otra cosa que hacer, examinaba su vientre bajo su chaleco de algodón. Existen momentos en que la posición del ombligo humano parece tener una lógica casi perfecta.

—¿Qué es lo que he hecho a la gente? ¡Me gustaría que me lo dijeran! —suplicó Mr. Rosetree.

Su boca se había humedecido. Pasaba con ambas manos las páginas de la guía telefónica, de montón en montón.

—Todos son parecidos, patrón, ¡créame! —dijo el otro en un tono reconfortante.

Entonces la más robusta de las dos señoras de la oficina asomó la cabeza por la puerta. Su doble papada tenía un color parecido al malva.

—Perdóneme, Mr. Rosetree. Su esposa está al otro lado del hilo.

—¿Mi esposa? ¡No es posible!

—¿Qué va a hacer, Mr. Rosetree?

—¡No es posible, Miss Whibley! ¿Le ha dicho ella que le tengo que hacer algo?

Mr. Rosetree, manifiestamente, se divertía con los chistes verdes.

Se puso a hablar al aparato:

—Sí, sí. De acuerdo. ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Por lo menos no hasta ese punto. ¡Y cómo! ¡De acuerdo! ¿Eh? ¿Que quieres hacer tarta de manzana? Pero a mí me gusta más la Torte[49] Yo no puedo digerir la tarta de manzana. Peor para Arch y Marge. ¡Hazlo por mí, Shirl! De acuerdo. Ahora tengo trabajo.

Después de haber lanzado aquel notición entre los engranajes de su vida familiar, se sintió más tranquilizado, y luego recordó que había algo más. Estaba la traición de todos los proveedores y además, más incomprensible, la presencia de aquel tipo, Himmelfarb.

Entonces Harry Rosetree se dio cuenta de que su angustia latente, de la que nunca había conseguido desprenderse, comenzaba a invadir su precario despacho, hasta entonces protegido. Se esparcía parecida a un montón de cuerpos desnudos y supurantes. La fetidez casi le hacía vomitar, lo mismo que su notable sentido de los negocios le decía que jamás conseguiría desembarazarse de aquel montón de cadáveres.

Se puso a hablar con una voz pastosa:

—Venga el lunes y podrá comenzar. Pero será un trabajo fastidioso, se lo prevengo, ¡verdaderamente fastidioso! Si lo resiste...

—Ya los he resistido varias veces —respondió Himmelfarb—. Y sin duda los he visto peores.

Se levantó.

¡De toda aquella banda de intelectuales judíos, Harry Rosetree estaba hasta la punta de los pelos! ¡Freud y Mozart y todo ese Kaffeequatsch![50]. Si no sentía también odio, no sólo por una clase social sino por toda la raza, era porque tenía el corazón tierno, y su deseo de ser amado había permanecido en él desde la infancia. Pero su infancia estaba asolada; no quedaba nada, salvo las voces de las mujeres de tinte sombrío que continuaban vibrando para él.

—¿Qué pasa, Harry? —preguntó el encargado que se llamaba Ernie Theobalds—. ¿Le duele la pierna? Nunca me había fijado que tiene una más corta que otra.

—No me pasa nada.

—Va a tropezar.

—Siento un hormigueo...

Para demostrarlo, Harry Rosetree se puso a dar golpecitos con el pie.

En la otra oficina, las dos mecanógrafas envolvían a sus máquinas con sus brazos.

Himmelfarb había salido y bordeaba el río verde, allá por donde nadie se había paseado nunca. El río brillaba para él. Los pájaros, sin duda golondrinas, volaban bajos, rozando la superficie, y él les tendía la mano. Los pájaros naturalmente no se acercaban, pero él tocaba las parábolas luminosas que trazaban. Él parecía tener los hilos de su vuelo en sus dedos, ser el dueño de sus alas vibrantes.

De repente recordó que había olvidado hablar del salario con su futuro patrón, pero aquello no le inquietó en aquella verde irradiación que emanaba para él y llegaba a envolverle. El agua fluía, la luz golpeaba en sus confusas orillas. Todo era apacible, pero hubo un momento de angustia y se preguntó si se habría atrevido a asumir poderes a los que no tenía derecho, y si le estaba incluso permitido aceptar humildemente la bendición de la luz y del agua.

Himmelfarb fue a trabajar el lunes. Llevó su comida en una bolsa de plástico oscuro, y que también contenía uno o dos objetos de valor que no habría querido dejar en su casa, por miedo a un incendio. Tomó el autobús para Barranugli y descendió antes de llegar a la ciudad, delante de la fábrica Rosetree al borde del río. Le hicieron sentarse ante una máquina con la cual debería perforar una placa circular de acero, y así repetir su gesto interminablemente. Ernie Theobalds, el encargado, le puso al corriente con una o dos bromas fáciles. Recibió la carta de trabajo, y así empezó.

Todas las mañanas, Himmelfarb cogía el autobús para Barranugli, salvo el sábado en que se cerraba la fábrica, lo mismo que el domingo, naturalmente. Se hizo muy mañoso en su cargo no especializado y encontró una habilidad especial para hacer saltar la placa de acero. Sentado delante de su perforadora,

recordaba con pena algunas actitudes y algunos episodios de su vida pasada que hasta entonces había encontrado perfectamente naturales. Existía, por ejemplo, la presunción de fondo y forma de su monografía sobre un oscuro novelista inglés, lo mismo que todos sus trabajos de crítica. Las frases de las oraciones que había mascullado en su arrogante juventud, por fin subían a sus labios. Sobre todo recordaba a aquellos que le habían faltado: su mujer Reha, el espantoso tintorero, la señora de Czernowitz, por no citar a otros. A veces, cuando perforaba el metal, el instrumento rozaba su carne y él lo aceptaba.

Algunos de sus compañeros de trabajo habrían bromeado gustosamente con él, cambiando aquellas jocosas observaciones que eran el pan nuestro de cada día en el taller, pero se abstenían de hacerlo porque notaban en él algo extraño. Muchos de ellos nunca habían visto un rostro como el suyo. Esforzarse en leer lo que éste podía contener era una empresa que no tentaba a nadie. Si a veces el extranjero tenía algo que decir, se tenía la impresión de que era un absurdo fenómeno, como si en lugar de burbujas transparentes, de la boca de un pez en un acuarium, salieran palabras vagamente inteligibles.

Así, las señoras de materia plástica y los hombres con barriga bajaban la cabeza sobre su trabajo. Los aprendices desdentados esbozaban una sonrisa sin alegría. En cuanto a las chicas jóvenes su expresión decía claramente que él les importaba un pito.

Una o dos veces el aborigen, en su barrer, se detuvo cerca de la perforadora del judío. Entonces Himmelfarb decidió que quizá le hablaría un día, pero que aún no era el momento de hacerlo. No es que él sospechara posible la menor afinidad entre los dos, sino que la sola presencia del negro le aportaba cierto calor humano.

Después de uno de estos rapprochements[51] una abuela de cabellos azules dejó por un momento de montar los faros Brighta. Levantó los brazos y gritó al extranjero:

—¡Sucio! ¡Sucio!

Las correas de las máquinas continuaban funcionando.

—¡No toques al negrito! ¡Enfermo! —gimió.

Incluso si el objeto de su desprecio no había escuchado, o había decidido de una vez por todas no escuchar, Himmelfarb se sentía a disgusto, cuando debería haber respondido con una broma. Un tipo, al verle embarazado, creyó que no había entendido y le murmuró al oído:

—Ella quiere prevenirle que él está podrido hasta los intestinos.

Como Himmelfarb no respondía a nada, el compañero se alejó. Además, los extranjeros le molestaban.

Las máquinas seguían funcionando.

A veces se oían los pasos de Mr. Rosetree sobre la pasarela. Parecían vacilar cerca de la perforadora, pero sólo era un instante, y luego continuaban. El patrón no había dirigido la palabra a Himmelfarb desde su primera entrevista, pero a éste no le preocupaba: ¡nada más natural por parte de un importante hombre de negocios, padre de familia y propietario! Las mujeres delante de su puesto, hablaban a menudo abiertamente del dueño. Sin haber ido nunca a su casa, parecían conocer de memoria el deseable contenido de todas las habitaciones de la misma. Pero no sentían envidia, sino intermitentemente, cuando estaban apuradas, por ejemplo, cuando llevaban un retraso en los plazos de su lavadora. En general admiraban los signos externos de riqueza en los demás, y de ahí el prestigio de Mr. Rosetree.

A veces salía de su despacho y, de pie contra la rampa, inspeccionaba las filas de obreros y de máquinas runruneantes y espasmódicas. Entonces las mujeres inclinaban la cabeza como si ellas fueran personalmente la causa de su aparición, e incluso los hombres más sensatos hacían reflexiones de una brutalidad tan inofensiva que no habrían sido motivo más que de heridas superficiales si hubieran sido escuchadas. Los buenos salarios creaban en los más cínicos de ellos una especie de ternura protectora hacia su patrón, ese pobre papanatas sin malicia.

En cuanto a Himmelfarb, sentado en su máquina, incluso sin levantar la vista, era también consciente de la presencia de su patrón.

Los Rosetree vivían en el número 15 de Persimmon Street, en Paradise East, en un edificio de ladrillo

de primera calidad, con agua corriente —no tenían alcantarilla, pero sí una fosa séptica—, y naturalmente, teléfono —no era cosa de vivir una sola mañana sin teléfono. Aquellos detalles eran suficientes para hacer aumentar el valor de la casa; pero los Rosetree se mudaron de casa para realizar una inversión sobre el terreno. ¿Qué es el terreno —en efecto, una tierra pobre, arenosa, cubierta de matojos— sino una inversión? Por la mañana Mrs. Rosetree escuchaba alrededor de su casa la sorda caída de los eucaliptus. En su lugar, ladrillo a ladrillo, se construían los edificios.

Harry Rosetree estaba muy orgulloso del marco en el que vivía. El domingo lo pasaba en el jardín de su casa de ladrillos color albaricoque, entre todos los nuevos arbustos que había plantado, todavía provistos de sus etiquetas a fin de poder leer sus extraños nombres en caso de que algún vecino quisiera informarse. ¿Quién no habría estado satisfecho? ¿Y del Ford Customline, uno de los primeros importados después de la guerra? Y además había chiquillos. Mr. Rosetree era un padre indulgente, pero Steve y Rosie se lo merecían: aprendían muchas cosas y muy de prisa. Su acento australiano no era peor que el de los niños nacidos en Australia. Habían tomado la costumbre de atiborrarse de helados y golosinas y sabían utilizar la salsa de tomate incluso cuando la botella tenía la boca obturada por el pegote negro de salsa seca. Por esto Harry Rosetree transpiraba satisfacción por todos los poros, gracias a ellos y a Mrs. Rosetree que había aprendido más que todos los otros juntos.

Ella sabía decir con autoridad: «Esto no se hace en Australia». Su poder de asimilación era sorprendente y había aprendido el idioma la primera. Hablaba con un timbre metálico; las palabras salían de su boca como monedas de bronce. Era evidente que era a Shirl Rosetree a quien pertenecían la casa, el reluciente coche, los nuevos arbustos, el reloj de caja y su carrillón de Westminster, la radio, la lavadora y la batidora.

Nadie podía ignorarlo, ya que cuando invitaba a sus vecinas a tomar una taza de té con pastas por la tarde, no se escuchaba más que mi casa, mis hijos, mi Ford Customline. También existía un abrigo de piel, único por el momento, pero se prometía comprarse otro lo antes posible.

¿Quién la habría criticado? Shirl Rosetree se había visto obligada más de una vez a abandonarlo todo. Hay que comprar oro, hubiera dicho en otros tiempos, porque se oculta fácilmente. Por ello había comprado la crucecita de oro en la Rotenturmstrasse antes de huir. La llevaba a todas partes. Cuando se movía, la sentía agitarse entre sus pechos, pero era reconfortante llevar una cruz. Y sin embargo, Marge Pendlebury había dicho al principio: «Nunca hubiera sospechado que los Rosetree fueran papistas. Aquí no hay más católicos que los funcionarios y los hombres políticos... ¡y eso cuando creen en algo!» Shirl había tendido la oreja consciente de todo lo que aún le quedaba por aprender. «Arch y yo somos metodistas, pero no practicantes; ¡la vida es demasiado corta!»

Entonces la pequeña cruz de la Rotenturmstrasse bailó menos alegremente contra el pecho de Shirl.

—¿No sabes, Harry? Arch y Marge son metodistas.

—¿Y qué? —dijo su marido.

—¡Todo el mundo tiene el aspecto de ser eso aquí!

Él le dio un cariñoso cachete. Ella era regordeta, pero no siempre fácil; su mirada era capaz de volverse negra, y entonces gritaba.

—Um Gottes Willen, du Trottel, du Wasserkopf! Muss ich immer Sechel für zwei haben?[52]

Pero él no se dejaba conducir y siempre defendía así su opinión.

—¡Pues sólo faltaba esto! —añadía.

Los Rosetree se entendían con una pasión casi espantosa. A la sombra de su casa de ladrillo, rodeados de sus objetos costosos, Shirl y Harry Rosetree volvían a ser despiadadamente Shulamith y Ha'ím Rosenbaum. Oy-yoy, con qué brutalidad resonaba entonces el carillón de Westmins- ter en el vestíbulo. Un ratón podría haber cortado el hilo de la vida con sólo un pequeño mordisco, mientras que los errantes recorrían juntos las dunas nocturnas sin llegar a ninguna parte, salvo en el pasado del que se evadían en el sueño, aquel otro cebo. Porque Haím estaría otra vez vendiendo su quincallería y de nuevo escapándose por los pueblos del sueño, y Shulamith, pese a la eficacia que conservaba su crucecita en el sueño, debía regresar corriendo sobre las destrozadas aceras para obedecer a la mujer delgada y amarilla que era su abuela, y que le gritaba que las estrellas habían salido y que llegaba la Novia.

Si no fuera porque el día les hacía recuperar el aplomo, aquella especie de persecución nocturna les hubiera resultado intolerable. Pero la mañana llegaba a Paradise Street con el sonido de persianas venecianas. Allí se levantaban las elegantes casas todo de ladrillo, y los tendederos de ropa giratorios y sus cubos de la basura galvanizados.

Durante el día, los Rosenbaum a veces cedían a sus ganas de comer un plato de otros tiempos. Beinfleisch mit Krensoss[53] por ejemplo. Devoraban como si tuvieran miedo a que les quitaran el plato. Los labios rebosaban de grasa y sus mejillas se hinchaban con los gruesos bocados de Nockerh[54].

Entonces Haím Rosembaum preguntaba:

—Steve, ¿por qué no comes la carne?

—Mamá dijo que hoy comeríamos chuletas de cordero.

—Echa un poco de salsa de tomate por encima y tendrás la impresión de comer chuletas de cordero —respondía el padre.

Pero Steve Rosetree tenía horror a este tipo de respuestas.

—¡No me gusta este maldito tufo extraño!

—¡Te prohíbo que hables así, Steve! —dijo su madre orgullosamente.

Le gustaba charlar de sobremesa después de una comida de Beinfleisch y (con una uña roja y cuidada) extraerse los filamentos que habían quedado entre sus dientes, evocando el placer de otros tiempos.

Un día preguntó:

—Y el viejo judío de la fábrica, Harry, ¿qué es lo que hace?

—¿Qué tienes tú que ver con ese viejo judío?

—¿Qué es lo que pretende hacer?

—¡Diablos! ¿Cómo quieres que conozca las intenciones de todos los malditos judíos de este país?

—Pero tú me habías dicho que éste era culto, ¿no?

—Habla bien. Habla tan bien que nadie comprende lo que dice.

Harry Rosetree eructó.

—¡Uno siente la religión ortodoxa en este tipo de judíos!

Su mujer se echó a reír.

—¡Los tiempos han cambiado! ¿Desde cuándo quieres hacerte ortodoxo?

Pero a ella le hubiera gustado mucho volver a ver las manos encender las luces de Hanouka[55]. Los mismos pergaminos de la Thora no estaban ya más cubiertos de signos que los rostros de cera de algunos viejos judíos.

—¡Los tiempos han cambiado, es cierto! —dijo su marido—. Pero no veo por qué he de vigilar todo lo que hacen los judíos que pasan por la fábrica.

—Bien, de acuerdo.

Jugó con las mandíbulas, medio riendo, medio balbuciendo, y le brilló un diente de oro. Pero no pudo evitar una observación que lamentó inmediatamente.

—No eres capaz de nada, Harry, la sangre te tira.

—La sangre tira y la sangre corre. Entonces ¿todo lo que hemos visto no ha servido de nada?

—¿Qué sangre? —preguntó la chiquilla.

En la conversación de sus padres, escuchaba a menudo palabras que la intrigaban y le llamaban la atención.

—Nada, querida. Papá y mamá estaban a punto de discutir.

—¡En el convento hay una estatua de Nuestro Señor y la sangre se diría que es verdadera sangre húmeda!

E hizo la pequeña mueca que reservaba para los buenos sentimientos.

—¡Tanto lloré por Pascua que las hermanas tuvieron que consolarme! ¡Qué buenas son las hermanas! Yo quiero ser monja, mamá. Quiero ser una santa. Tendré visiones de rosas y esas cosas.

—Ya lo ves, Shirl, Rosie piensa como debe —dijo el padre sonriendo—. Y como la chiquilla es razonable y escucha a su viejo papá, sus visiones se volverán más prácticas. ¡El olor de las rosas nunca ha conducido muy lejos!

Shirl Rosetree suspiró. Frunció el ceño. Sin duda era cierto, pero la verdad no ha sido nunca más que una media verdad. Por eso ella se sentía nervos. ¡Y todas aquellas situaciones familiares, frágiles como la baquelita!

A veces tenía miedo de estar enferma del corazón, y hubiera querido consultar a un buen médico europeo, ¡pero éstos robaban de tal manera! O bien a un sacerdote. No obstante, sabía que, después de todo, no le habría dicho verdaderamente todo... Y además, ¿qué es lo que podía comprender un sacerdote? Todas las veces que abandonaba el confesonario, sentía dolor de estómago. ¡Un viejo buen hombre apestando en una caja de madera!

Aquella vez se sentía verdaderamente mal. ¡Por culpa de la Beinfleisch y de la buena Krensoss! ¡Debía estar completamente amarilla! Suspiró jugando con la crucecita de oro que se ocultaba entre sus pechos y declaró:

—Encuentro que esta estúpida conversación ya ha durado bastante. Todo eso no quiere decir nada. Voy a tumbarme a leer una revista.

La voz de los Rosetree revelaba que un extraño estaba entre ellos. Si vacilaban en burlarse, era por razones muy personales, incluso místicas, y porque la burla era un lujo que sólo podían permitirse muy de cuando en cuando. La voz de Sarsaparrilla, haciendo epílogo sobre el mismo tema, ignoraba tales inhibiciones y estimaban que juzgar a las almas y entregarse a un frenesí de ojeriza era su indiscutible derecho.

—No hubiera creído que llegáramos a esto —repetía Mistress Flack—. Tantos extranjeros como desembarcan, y nuestros chicos que siguen desnudos por ahí, sin contar con lo que esperan sus tumbas, allá, en los campos de batalla. ¡Promesas de ministros! ¿Qué pasará cuando haya demasiadas bocas que alimentar y muchos más extranjeros? Sé el número de ellos, porque lo he leído, pero no lo recuerdo...

Entonces la amiga de Mrs. Flack, Mrs. Jolley, se aclaraba la garganta y exclamaba:

—¡Es cierto, hay que reflexionar! Hay que preguntarse quién cuenta aquí. ¡Nosotros no, claro! ¡Sobre todo los que untan la mano a las personas bien colocadas y a los funcionarios! Los que llegan son ellos, ¡nunca nosotros!

—Tenga en cuenta que algunos funcionarios son gente bien — se sintió obligada a conceder Mrs. Flack.

—¡Claro está! Y yo lo digo con conocimiento de causa, ya que uno de mis yernos es funcionario. El marido de Merle, Mr. Apps.

—Yo incluso estoy segura de que entre nuestros políticos existe moralidad.

—Naturalmente. También son padres de familia. ¡Los hijos son los que marcan la diferencia!

La abstracción elevaba a ambas señoras hasta alturas tan refinadas que no se atrevían a mirarse, pero cada cual con la mirada fija y soñadora, se absorbía en los abismos de su pensamiento, cuyo desarrollo algodonoso contemplaban.

De repente, la mirada de Mrs. Flack pareció detenerse en un punto, que era un pequeño enano de yeso cuya pareja estaba colocada en el césped, entre las flores, cerca de los dorados cipreses.

—Me parece —dijo— que un judío extranjero ha venido a vivir en la avenida Montebello...

Entonces tuvo el aspecto de tragar algo, pero continuó:

—Más arriba de la estafeta, en una casa de madera.

Estiró las rayas pálidas de sus labios.

—Está tan llena de termitas que se las oye al pasar por la acera.

—En la avenida Montebello —confirmó Mrs. Jolley—. ¡Exacto! He visto a ese señor, bueno, a ese hombre; tiene un extraño aspecto. Se dice que es judío y extranjero. Hace mucho tiempo que está aquí.

—La casa está ruinosa — continuó Mrs. Flack—. Pero después de todo, Mrs. Jolley, una casa es una casa, sobre todo cuando hay tantas personas sin techo, y desmovilizados.

—¡Es de desear se hagan tratos de favor para aquellos que tienen algún derecho!

—¿Qué es lo que quiere decir? —preguntó Mrs. Flack, lo que era muy embarazoso, ya que Mrs. Jolley no tenía la menor idea.

—Dios mío —dijo—. Quiero decir que un desmovilizado es un desmovilizado, ¿comprende?

Mrs. Flack se aplacó:

—¡Perfectamente!

Pero Mrs. Jolley decidió que era la hora de irse. Transpiraba desagradablemente por las pantorrillas.

Entonces Mrs. Flack lanzó una bomba:

—¿Que diría si la acompaño un tramo? El aire me sentará bien.

Era una decisión revolucionaria, ya que Mrs. Flack no caminaba nunca si no era absolutamente necesario, a causa de su corazón, de su tensión, de sus varices, de su mal estado general. El aire resultaba tan extraño a su piel amarilla como un judío en Sarsaparrilla.

Mrs. Jolley no pudo contenerse por más tiempo.

—Dios mío, si usted cree verdaderamente... Pero he de darme prisa, mi ama... —ahí no pudo evitar el reírse—...debe esperarme en Xanadu.

—No iré muy lejos —dijo Mrs. Flack—. No tengo por costumbre hacer llegar tarde a la gente. Simplemente hasta la avenida Monte- bello.

—¡Ah, ah! —cloqueó Mrs. Jolley.

Era ciertamente apasionante que caminaran juntas a lo largo de las casas que ya no tenían secretos ni para Mrs. Jolley, con su velo de color malva, ni para Mrs. Flack, con su aplastado sombrero negro coronado de polvo.

—Las personas que viven aquí —dijo Mrs. Flack con un tono tan punzante como era posible— no deberían ser aceptadas en un barrio decente.

Mrs. Jolley necesitaba alargar el cuello. A Mrs. Flack se le hacía la boca agua.

—No puedo adelantar nada porque sólo serviría para confundirla

—continuó—. En realidad, se trata de un padre de familia y una chica, su propia hija, para no ocultarle nada. Tiene un cochecito en el que no hay sitio ni para tres ¡y ella lleva unas blusas tan escotadas como un bañador, que no tapan nada!

—¡Cuántas cosas sabe usted!

Tenía la impresión de estar de repente siendo iniciada en todos los secretos, gracias a la generosidad de Mrs. Flack. Caminaba sonrojada, pero orgullosa.

—Ahí está la estafeta —continuó Mrs. Flack— y ahí está Mrs. Sugden.

No pudo evitar llamarla:

—¡Hu, hu, Mrs. Sugden! ¿Cómo estamos hoy?

Mrs. Sugden estaba bien, gracias.

Mrs. Flack detestaba a la encargada de correos, porque jamás conseguía sacarle la menor confidencia.

Y luego ambas señoras se pusieron a caminar más prudentemente, porque entraban en la avenida Montebello. Se torcían ya los tobillos con los guijarros. Allá donde debería haber una acera, la hierba, de por sí desagradable, rezumaba un jugo negro cuando no desgarraba las medias, y amenazaba a cada paso revelar los peores horrores.

—¡Qué ganas tiene de continuar viviendo en Xanadu! —exclamó Mrs. Flack que se abría camino entre las matas.

A aquello Mrs. Jolley respondía generalmente: «O se tienen principios o no se tienen», pero hay que reconocer que aquel día la vitalidad de Mrs. Flack era tan fuerte que su amiga se encontraba en inferioridad. Por eso replicó;

—¡Los mendigos no tienen elección!

—¡Càspita! —exclamó Mrs. Flack de una forma bastante desacostumbrada.

La novedad y aquel camino de matas le daban audacia; su cutis de cera le confería un aspecto delicuescente.

—¡Mire! —silbó de repente, reteniendo a su compañera por la falda.

Se hubiera dicho que se trataba de un cazador experimentado que conducía al novato hacia la presa. Sin embargo, la presa todavía no era visible, sólo su guarida.

Ocultas tras un montón de abrojos, ambas mujeres observaban la casa del judío. La pequeña cabaña oscura tenía la obscena pobreza que ellas esperaban. En un lado de la valla, de la que los habitantes anteriores habían arrancado algunas estacas para calentarse en invierno, la cizaña estaba a punto de abrir sus pétalos algodonosos. ¡Claro que había sauces! Nadie hubiera podido ignorarlos, pero carecían de valor ya que nada habían costado. Los sauces ahogaban la mezquina casita bajo cascadas de hojas que rozaban dulcemente sus costados de madera. Muchos paseantes habrían deseado sumergirse en sus consoladoras profundidades y allí perderse, pero las dos espías esperaban descubrir algo que les llegara al alma, un feto, por ejemplo, o un cuerpo mutilado. Pero hubieron de contentarse con el espectáculo del tejado que amenazaba ruina, y unas ventanas que resplandecían de limpieza, pero ignoraban la habitual decencia del encaje o del tul.

—¡Ni siquiera un geranio! —dijo Mrs. Flack con una amarga satisfacción.

Después la puerta se abrió y, téngase en cuenta, no fue el judío el que apareció, lo que ya hubiera sido pasablemente excitante, sino una mujer, ¡una mujer! De unos cuarenta años, gruesa, con un traje deforme y estropeado... Una mujer sin importancia.

Mrs. Jolley reaccionó la primera. Tenía en general buena vista, pero Mrs. Flack tenía más intuición.

—¡Mire! —dijo Mrs. Jolley—. ¡No es posible! ¡Es Mrs. Godbold!

Mrs. Flack no reaccionaba, pero consiguió articular:

—¡Siempre he pensado que Mrs. Godbold ocultaba su juego, pero no sospechaba que hasta este punto!

—¡Es increíble hasta dónde pueden llegar ciertas criaturas! — dijo Mrs. Jolley.

Pues por fin él acababa de aparecer. El judío. Ambas señoras juntaron sus manos enguantadas. Nunca habían visto nada tan amarillo, tan extraño. ¿Extraño? Espantoso, ¡espantoso! La tempestad brotaba en sus honestos pechos que pudorosos corsés se esforzaban por contener. Mrs. Flack debió evitar vivamente las expresiones que le venían a la boca.

Mrs. Jolley, según había confesado, se había encontrado con el hombre en una o dos ocasiones, cuando se dirigía de Xanadu a Sarsapa- rrilla, pero no había notado aquella chocante fealdad, aquel cabello mal colocado, aquella cabeza demasiado bulbosa y demasiado gruesa, aquella nariz verdaderamente monstruosa, aunque pensó que su deber era excusarse con su delicada compañera.

Pero ésta alargaba el cuello.

—¡Qué alto es! —murmuró entre sus dientes húmedos.

—No es pequeño —opinó Mrs. Jolley.

Las dos se habían incorporado sobre sus piernas separadas.

—¡Quién hubiera podido creer que Mrs. Godbold...! —consiguió articular Mrs. Flack.

Mrs. Godbold y el hombre estaban de pie en los escalones de la galería exterior, ella en el más bajo, él en el más alto, por lo que la mujer se veía obligada a levantar la cabeza y exponer su rostro a su mirada y a la del sol.

Era evidente que el rostro chato y generalmente hermético de la mujer se había alegrado bajo la influencia de una experiencia secreta, o quizá sólo se trataba de la luz que doraba su cutis, disolvía el velo de duda y de desánimo que deja la vida, lanzando su soplo sobre los cabellos severamente trenzados, y envolviéndola en una aureola que, si no era sobrenatural —la razón se oponía a esto— ponía un fondo agradable a las evoluciones de los mosquitos y de las flores. El mismo judío, en verdad, comenzaba a revestir un cierto esplendor mineral mientras hablaba, incluso cuando reía con su amiga, en aquella envoltura, en aquel molde de luz. Aquellos dos seres parecían estar fortalecidos por algo importante, o ¿quizás estaban debilitados por el actual abandono de todas sus defensas? Las que les observaban hubieran dado algo por saberlo, pero no podían adivinar nada.

Mrs. Jolley y Mrs. Flack se contentaban con alargar el cuello y tragar saliva bajo sus sombreros, esperando que sucediera algo.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin Mrs. Flack.

Pero Mrs. Jolley no la escuchaba. Su boca entreabierta dejaba escapar su ronco aliento, y el judío mostraba alguna cosa a Mrs. Godbold. No se distinguía lo que era: ¿un paquete? ¿un pájaro? ¡Pero un pájaro blanco no era lo más probable! En cualquier caso ellos no apartaban los ojos de lo que fuera.

—Creo que se ha herido en la mano —acabó Mrs. Jolley—. Ella le ha hecho una cura. ¡Es un medio como otro cualquiera!

Mrs. Flack, incrédula, hizo silbar la lengua entre sus dientes. Ahora estaba cansada.

Así como la gente que en el momento de separarse lanzan la pelota de la amistad en un último resplandor y ésta queda un breve instante suspendida, bella y luminosa, así, por encima del judío y de Mrs. Godbold se vio brillar la esfera de oro. Sus risas salieron de sus gargantas y resonaron juntas mientras la luz se rompía contra sus dientes. Las mismas intrusas sospecharon que mucho de todo aquello era secreto y misterioso, y por un momento se alejó su odio.

Cuando sus pensamientos recobraron sus caminos habituales, Mrs. Jolley preguntó a su compañera:

—¿Cree usted que ella viene a menudo a verle?

—No tengo ninguna forma de saberlo —respondió Mrs. Flack que, manifiestamente, lo sabía.

—Chisst —añadió rápida como una culebra, ya que Mrs. Godbold se volvía.

—Nos veremos en la iglesia —susurró Mrs. Jolley.

—Nos veremos en la iglesia —repitió Mrs. Flack.

Sus ojos parpadearon un momento ante el pensamiento de Cristo que emergería a la superficie el domingo por la mañana.

Después se separaron.

Mrs. Jolley continuó viva pero discretamente el camino que la conducía a Xanadu. Hubiera querido matar alguna bestia lo suficientemente feroz como para que pudiera conquistar la gloria, y lo bastante débil como para que eso fuera posible. Pero como había pocas oportunidades de encontrar semejante víctima pese a la maleza que cubría toda aquella parte, dejó a su espíritu vagabundo imaginar todas las formas posibles de continuar atormentando un alma humana.

La mañana en que la mano de Himmelfarb fue herida por la perforadora, que agujereaba interminablemente una considerable sucesión de placas de metal, era un desierto, también interminable, de un sucio amarillo metálico, allí donde los postigos relucían o una claraboya dejaba entrar las flechas

del sol. La luz golpeaba, y dagas de acero y de indiferencia se desprendían parando golpe tras golpe. Sin embargo se causaban heridas. Su pasado se enroscaba a la garganta de los hombres en mangas de camisa, y brotaba a oleadas agrias, mientras que otros llegaban a expresar su resentimiento mediante pequeñas ventosidades sonoras. Algunas de aquellas mujeres que estaban tan desnudas como lo permitía la decencia, y de esta forma parecían increíblemente blancas, juraban por todos los demonios que si ganaban en la lotería abandonarían a sus maridos. La humedad recubría todas las superficies, fueran de piel o metal. La carne se impregnaba de ella. Unicamente el metal parecía haber hecho una alianza con la ironía, y las máquinas seguían balanceando sus correas, trepidando, silbando con una exuberancia aún más divertida, resoplando y escupiendo con una potente virulencia.

Inmediatamente después de la pausa para fumar, la mano de Himmelfarb rozó la punta del pequeño taladro. El incidente fue breve, banal, sin ninguna importancia y pasó inadvertido. De momento, Himmelfarb no sintió gran cosa. Como por aquel entonces él había conseguido abstraerse de la fábrica, estaba protegido contra las heridas físicas y morales que le infligiera. Pero aquella vez la sangre manaba de su mano izquierda cuya palma estaba completamente perforada.

Tras un momento, se dirigió al lavabo para lavarse la herida. Nadie se encontraba allí, excepto —como se dio cuenta— el negro que se miraba fijamente en el espejo, a menos que empleara el espejo como una puerta de escape.

Himmelfarb colocó la mano bajo el grifo. De la mano fluía la sangre en largos hilos efímeros. Por momentos el efecto adquiría una belleza extraña y fascinante.

Eso es lo que parecía pensar el aborigen que devoraba con los ojos la herida sangrante. ¿Era su reminiscente curiosidad, simpatía? Era imposible decirlo, pero él parecía completamente pasivo y absorto en aquel espectáculo.

Entonces el dolor se desprendió en el cuerpo de Himmelfarb. Por un momento tuvo miedo de que su compañero de trabajo le dirigiera la palabra, ya que no habría podido responder más que palabras vulgares.

Pero éste se lo ahorró, o quizá se sintió decepcionado: en efecto, el aborigen se alejaba, abandonando una visión todavía medio formada, retrocediendo ante una gestión que no sabía o no se atrevía a emprender.

Así pues, se marchó el negro, y Himmelfarb, después de haber enroscado un pañuelo casi limpio alrededor de su mano izquierda, regresó a su máquina hasta el final de la jornada de trabajo.

Aquella noche sus sueños fueron alternativamente agradables y ardientes. Su mujer le tendía al principio el delicioso plato de manzanas con canela, después el de hierbas amargas, y él no podía atender más que a uno o a otro. Y la sonrisa de Reha no le estaba destinada en aquel estado de felicidad velada que recordaba. Finalmente ella se volvió y dio las manzanas a una tercera persona que aparentemente deseaba el plato.

Pero por la mañana se despertó sudoroso, menos reconfortado por la presencia de su mujer muerta que frustrado por no haber podido recibir el objeto de sus manos.

Se levantó con la cabeza cargada, se dispuso como de costumbre a decir sus oraciones. Arregló el chal, no el taleth rayado de azul de su Bar Mitzwah, que había sido destruido en Friedensdorf, sino el que había recibido con fervor en Jerusalén y llevado desde entonces, y del que tocaba las franjas negras recordando lo que había vivido. Pero cuando se quiso poner los tepbillims, de los que hubiera debido enrollar la lana alrededor de su brazo izquierdo lo hizo tan mal que apenas pudo soportarlo. Sin embargo lo consiguió. Pronunció las oraciones, las Dieciocho Bendiciones, sin las cuales él no habría podido afrontar el día. Después de haber colocado el talleth y los tephiliims en la maleta de fibra —eran de los objetos que él se negaba a dejar en una casa vacía—, con un mendrugo de pan y una loncha de queso, cogió el autobús para Barranugli y se encontró en seguida entre los goyim, en medio de un montón de palabras que se referían exclusivamente al tiempo.

Aquella mañana el hangar parecía a punto de estallar de ruido, calor y actividad, hasta el momento en que Ernie Theobalds se acercó.

—¿Qué pasa, Mick?

—Nada —respondió el judío.

Levantó la mano.

—Ya ve que no es nada; esto pasará.

Cuando Mr. Theobalds hubo examinado la herida —era un buen hombre lleno de sentido común—, reflexionó durante un momento.

—¡Vete a casa, Mick! —le aconsejó por fin—. Estás bien zurrado. Ve a ver al galeno en Sarsaparrilla, a ver lo que te dice. ¡El seguro pagará lo que sea!

—Nunca se sabe— dijo más tarde Ernie Theobalds al patrón—. Estos golfos siempre son capaces de volverse contra uno.

Himmelfarb cogió la maleta y se marchó como le habían dicho. Vio al doctor Herborn que le curó después de haber consultado su libro y le prescribió unos días de descanso.

Todos los días iba a hacerse poner su inyección. El resto del tiempo permanecía sentado en la paz verde de los sauces, tan maravillosamente calmante.

Torturado por las punzadas de su mano, exaltado por la subida de la fiebre, comenzó a preguntarse si era digno de los favores de los que era objeto, y en la duda se imponía nuevas pruebas de humildad, despreciables en sí, incluso cómicas, pero a él le parecía indispensable impedir a su espíritu que lo aceptara todo sin condiciones, como su débil cuerpo le impulsaba a hacer. Por ejemplo se puso a fregar su casa casi vacía, y lo llevó a cabo pese a su torpeza. Con menos éxito se esforzó en lavar su ropa en lugar de dejarla acumularse. Mientras frotaba con su mano útil y la punta de sus dedos doloridos, se sintió casi abrumado por su impotencia, pero consiguió, bien que mal, colgar su colada en la cuerda de tender.

Allí se encontraba un día, a una hora en que la tarde se había prolongado en el cielo. Un viento frío procedente del sur le golpeó con una camisa mojada. No conseguía liberar su espalda de los pliegues húmedos del algodón.

Alguien se aproximó por la hierba inmovilizándose delante de él. Se volvió y vio que se trataba de una mujer.

Su respeto por la dignidad de aquel hombre le impidió romper inmediatamente el silencio.

—Hubiera podido hacerlo yo en su lugar — dijo ella por fin después de haber estirado hasta el máximo las posibilidades de la discreción—. Si usted quiere darme las cosillas que tenga...

Su piel gruesa y cremosa enrojeció, y adquirió el aspecto de papel secante.

—Claro que no —respondió—. Ya está hecho.

Y se rió estúpidamente:

—Esto no es nada. Al fin y al cabo todos los días lavo un poco.

Se sentía endeble en aquella ventilada pendiente, como un árbol delgado y enclenque que no controla sus ramas. Sus dientes castañeteaban. La gruesa mujer, por el contrario, con sus torpezas de lenguaje y de maneras era una roca inmóvil en la hierba. El viento parecía penetrar en el hombre, pero era cortado por el cuerpo de la mujer.

Entonces Himmelfarb se sintió muy humilde. Avanzó hacia la casa con un paso más firme. Su cabeza pesaba mucho sobre sus hombros.

—¿Por qué me propone esto a mí?

¿Era un lujo del que quería huir? Pero aquello era indispensable.

—Es completamente natural —dijo ella poniéndose a su paso—. Lo haría por cualquiera.

—Pero yo soy diferente. Yo soy judío —dijo dándole la espalda.

—Eso es lo que he oído decir...

En el silencio, mientras caminaban uno detrás del otro, escuchó la respiración de Mrs. Godbold mezclada con la agitación de la hierba.

—No sé nada de los judíos —dijo ella— aparte de lo que nos han dicho y, claro está, de lo que he leído en la Biblia.

Se detuvo pensando sus palabras:

—Pero conozco a la gente. No existe diferencia entre ellos, ¡salvo que algunos son buenos y otros malos!

—Entonces, ¿también usted es creyente?

—¿Eh?

Casi en seguida se repuso y continuó muy de prisa:

—¡Oh, sí! soy creyente. Creo en Jesús. He sido educada en la religión disidente. Allá arriba en mi tierra, todos son creyentes. Por lo menos los niños —añadió.

Algo extraño pasaba a veces entre ellos, que entonces estaban en la casa vacía.

—¡La casa de un judío! —no pudo impedir exclamar ella.

Sus ojos brillaban como en la emoción de una gran aventura. Miraba los pocos muebles que había a su alrededor y, por una puerta abierta, la maleta de fibra bajo una cama.

—Perdóneme, señor, por meter mi nariz en sus asuntos —dijo por fin—. Volveré de paso para recoger lo que tenga que lavar.

Se marchó vivamente y sin ruido, inclinando la cabeza como si la puerta fuera demasiado baja para ella.

Casi se encontraba en el umbral cuando recordó:

—¡Oh! Yo soy Mrs. Godbold y vivo con mi marido y mis hijas en aquella cabaña, allá abajo.

Señaló con el dedo.

—Yo me llamo Himmelfarb —respondió el judío con la dignidad que correspondía.

—Sí —dijo ella dulcemente.

No quería ser únicamente un frío nombre: sonrió y se fue.

Dos días después regresó, muy temprano, y vio por la ventana abierta al judío en oración. Vio con estupefacción el chal rayado, la filacteria sobre su frente y la otra que se enrollaba alrededor de su brazo hasta su mano vendada. Demasiado sorpendida para avanzar, veía salir las palabras de la boca del judío, que desde aquella distancia parecían consistentes. Cuando se decidió a irse, le pareció completamente natural bajar la cabeza mientras se alejaba del hombre arrodillado.

Y a él le pareció completamente natural no interrumpir lo que hacía. De aquella forma, expuesto a la dulzura de la mañana, se decía que nunca se había encontrado tan cerca del seno de su Dios.

Cuando salió, un poco después, encontró un pan reciente, todavía caliente y manchado de harina, que la mujer sin duda había cocido ella misma y puesto en el reborde de la ventana.

Mrs. Godbold no se atrevió a regresar en seguida pero, en el curso de la tarde, aparecieron sus seis hijas, de diversas edades, algunas caminando con cierta gracia, otras saltando, y la más pequeña en brazos de una de sus hermanas. También iba un perrito cuyo collar era un trozo de un arnés. Himmelfarb adivinó que por el camino las niñas se habían entretenido en discusiones y risas tontas, ya que las más pequeñas parecían misteriosamente congestionadas, mientras que la mayor, que estaba en la edad en que no se tiene vergüenza de nada, fruncía el ceño con un raro aspecto.

La que le ofreció al judío un ramillete de hierbas era una de las medianas.

—jIdiota! —murmuró la mayor.

Todas esperaban, silenciosas y reteniendo sus risas.

—¿Es para mí? —preguntó el judío—. Muy amables, ¿qué es?

—Rasca-vacas —respondió la niña que había hecho la presentación

Se echaron a reír todas juntas, salvo la mayor que se puso a soltar bofetones, y la más pequeña que se escondía.

—¡No es verdad! ¡Son clavos de cordelero! —gritó una pequeña.

—Cada una lo llama como quiere —replicó la que había sido encargada de presentar la fuente.

—¡Cállate, Else! ¿por qué siempre te metes conmigo?

—Son malas hierbas —dijo Else, que a veces aborrecía a su hermana.

—Me siento honrado y encantado de vuestra ofrenda —respondió sinceramente Himmelfarb.

—¡La próxima vez le traeremos flores! —murmuró una de las chiquillas, a media voz.

—¿Dónde las encontrarás? —exclamó otra.

—Las pescaremos por encima de una valla.

—¡Gracie! —gimió la desgraciada Else.

—¡En nuestra casa no tenemos jardín!

—Mamá tiene demasiado trabajo.

—¡Y papá siempre está borracho!

—¡Cuando está en casa!

Else se puso a llorar, pero dijo en seguida con aire decidido:

—Mi madre me ha dicho que me dé su ropa, si tiene. La lavará temprano y se la devolverá mañana, eso si no llueve, y seguramente no lloverá.

Era una chiquilla delgada cuyos cabellos se le rebelaban.

Ya no le quedaba a Himmelfarb más que reunir su ropa sucia, y mientras tanto las pequeñas Godbold se lanzaron a una especie de danza ritual, anudando pañuelos infantiles alrededor de los postes carcomidos del porche, adoptando al retorcerse posturas extravagantes, con risas y gritos. Sólo Else permanecía apartada de eso, abriendo semillas, estudiando los secretos de las hojas. Por un momento volvió su cabeza sobre su largo cuello flexible y buscó entre los matojos un rostro que ella tenía la impresión de haber visto verdaderamente. Y Maudie, la niña del ramillete, se detuvo un instante en el torbellino de la danza y sacó la lengua a su hermana mayor exclamando:

—¡Es una sentimental!

Amor, amor, amor

¡Arrulla la tórtola!

cantó Kate.

¡Era demasiado injusto! ¡No era cierto! Else Godbold se mordió los labios. No estaba enamorada ¡pero le hubiera gustado tanto estarlo!

Cuando Himmelfarb les dio el paquete de ropa, ellas desaparecieron, pero el aire permaneció agitado. Las formas físicas, cuando éstas han existido con intensidad, dejan su huella durante un breve lapso de tiempo en los lugares que han dejado. Por ello las cadenas de oro continúan girando, dando vueltas los círculos de oro, cayendo el polvo de los secretos. Himmelfarb se alegró incluso del frondoso ramillete de hierbas verde-amarillentas que ya empezaba a marchitarse.

Parecía como si granos de bondad hubieran sido sembrados alrededor de la casita oscura situada más allá de la estafeta, y que germinarían si las fuerzas del mal no los aplastaban. Las pequeñas Godbold venían a veces dos, otras tres, o todas juntas, pero nunca solas. Himmelfarb no supo nunca si aquello era espontáneo, o bien debido a su educación o a una decisión común. Sin embargo la madre se permitía a veces el lujo de hacer visita solitaria a su vecino: ya había visto bastante para temer nada, o bien tal vez disfrutaba de una protección particular.

Fue en el curso de una de estas visitas cuando fue sorprendida por Mrs. Flack y Mrs. Jolley ocultas

detrás de un matojo. Acababa de ayudar a Himmelfarb a cambiar una venda sobre la herida, una venda tan bien lavada que la tela estaba completamente tiesa. Había tenido con él una conversación reconfortante sobre diversos temas sin importancia, tales como el jabón que ella empleaba.

—Durante la guerra —decía ella con aquel aire soñador del que habla del pasado— yo misma hacía mi jabón en grandes botes de hojalata y lo cortaba en barras.

Himmelfarb no se preguntó por qué quedó inmediatamente convencido sobre las virtudes de aquel jabón. Incluso tuvo el ánimo de bromear.

—Nosotros los judíos ¿sabe?, desconfiamos del jabón amarillo desde que lo hicieron fundiéndonos a nosotros mismos.

Mrs. Godbold no pareció comprender, o bien es que aquello que evocaba aquel tema era demasiado lejano o demasiado improbable como para que ella pudiera concebirlo. Tal vez también porque para ella el mal no era el mal más que cuando lo sufría ella misma. Era ella, ella solamente quien debía y quería desviarlo, recibiendo si era necesario el golpe de gracia en plena frente. Lo sentía él vagamente, pero no podía condenar su inocencia. Por otra parte sospechaba que era un vicio común a todos los cristianos. Ahora se encontraban bajo el porche en donde les asaltaba el resplandor del Sol poniente. Se mantuvieron sobre sus talones para resistirlo, guiñaron los ojos y se echaron a reír.

—Esta noche tengo paletilla de cordero. Es lo que mi marido prefiere. Vendrá a cenar.

Emitió un ligero ruido con la garganta, como para excusarse de los desórdenes de la vida.

—No me imagino a su marido —confesó—. No me habla usted de él.

—¡Oh! — dijo ella riendo tras un momento de silencio —; él es moreno.

En otros tiempos Tom era un guapo muchacho. Hace toda clase de oficios. Cuando le conocí vendía hielo.

Aquellos dos seres, de pie en la escalera, estaban sin defensa en la luz de la tarde, sólida como el ámbar. La mujer tal vez había llegado a ese punto en que los obsesos ya no tienen obsesión.

—Tom —dijo ella articulando las palabras torpes— es necesario que usted lo sepa, y sin embargo no me gusta decírselo ya que nuestros asuntos no son los suyos, Tom, hay que confesarlo, jamás ha sido salvado.

Entonces el judío recordó en un helado estremecimiento las numerosas fronteras que él había necesitado franquear.

—Claro está —dijo ella humedeciendo los labios en previsión de otras dificultades— que no le abandonaré. Yo misma sólo soy tolerada...

Y después añadió, más para consolarse que para su interlocutor:

—¿Algunos son quizá perdonados gracias a los actos que ellos mismos han olvidado?

Pero su mirada interior buscaba siempre la aguja inalcanzable de la salvación.

Finalmente el judío, cuyo propio futuro aún estaba oscuro, la condujo al presente:

—Por lo menos, Mrs. Godbold, usted ha salvado mi mano izquierda con sus buenos cuidados.

Ella se echó a reír, y él se le unió. Su liberación pasajera fue tan completa que algo de su simple alegría brotó luminosamente de ambos, lo que pasmó a las que estaban ocultas detrás de la mata.

Mrs. Jolley vio pues a su amiga aquel domingo, a la puerta de la iglesia, pero esa ocasión nunca es propicia para las confidencias, y no es posible ni deseable, después del servicio religioso, despellejar a la gente, lo que también es bastante revelador, un poco como la cebolla dudosa de la verdad. De esta forma ambas amigas decidieron esperar.

Sólo varios días más tarde Mrs. Jolley tuvo ocasión de hacer una escapada a la casa de Mrs. Flack. Si la operación sugiere una desenvoltura que apenas se puede asociar con una operación tan delicada como el desprendimiento de la verdad, no hay que olvidar que las personas que cuidan su refinamiento se entregan a sus búsquedas nauseabundas en la oblicua forma de los cangrejos. Mrs. Jolley no se había

arreglado mucho, contentándose con llevar sus guantes en la mano para demostrar el carácter fortuito de su visita. Y además ella no iba acicalada; a decir verdad, Mrs. Jolley nunca llegaba en su maquillaje hasta el extremo de parecer una máscara acharolada, pero por lo menos se había pasado la punta del lápiz de labios por la boca antes de salir.

A su llegada, Mrs. Flack manifestó su sorpresa.

—No hago más que entrar y salir —se excusó Mrs. Jolley sonriendo.

Mrs. Flack cerró la puerta de la cocina y se apoyó en ella. Mrs. Jolley comprendió que no carecía de motivo para hacerlo.

—¿Bueno, entonces? —preguntó Mrs. Flack secamente.

Mrs. Jolley sonrió amistosamente, con certeza, pero sobre todo por lo que de misterioso pasaba tras la puerta de la cocina.

—¿Ha cenado? —preguntó por decir cualquier cosa.

—Usted sabe que, por así decirlo, yo no tomo nada por la tarde —respondió Mrs. Flack ofendida—. Mi estómago empezaría a dar vueltas a la hora de dormir. Pero le confieso que acabo de beber una taza de un té muy poco cargado.

—Lamento mucho importunarla —continuó Mrs. Jolley siempre sonriendo—. ¿Tiene usted visita? ¿Tal vez alguien de su familia?

—No es nadie —protestó Mrs. Flack empujando a su amiga hacia el salón—. Se trata de un joven que viene a verme de vez en cuando, y siempre le doy algo de comer. Los jóvenes no prestan la suficiente atención a su alimentación.

—Sin duda usted le conoce desde hace mucho —deslizó Mrs. Jolley.

—Exactamente, desde hace mucho, ¡ya que es mi sobrino!

Entonces se encontraban instaladas en el salón sentadas en sillas cerca de la ventana. Aquel día Mrs. Jolley no se fijó en los dos enanos de porcelana que por costumbre se imponían, y de los que Mrs. Flack estaba tan orgullosa.

—¡Ah! —dijo Mrs. Jolley que tuvo la impresión de subir las escaleras, de recorrer los pasillos de su memoria a tal velocidad que sus palabras iban a sacudidas—: ¿Un sobrino? Me parecía que por lo que usted me había dicho, Mrs. Flack, no tenía cargas de familia.

Mrs. Flack permaneció inmóvil, con la mirada fija en su rostro amarillo, por un buen rato.

—Probablemente olvidé decírselo — dijo en un tono semejante—. ¡Son cosas que le suceden a todo el mundo! ¡Pero un sobrino que sólo viene para comer un bifteck de vez en cuando difícilmente puede ser considerado como una carga de familia! Por lo menos desde mi punto de vista.

Mrs. Jolley estaba de acuerdo.

—Es una amabilidad que a veces tengo hacia él.

—¡Claro, es usted tan buena! —opinó Mrs. Jolley.

Inmóviles, esperaban la inspiración para continuar. Finalmente quien rompió el silencio fue Mrs. Jolley:

—¿Hay algo nuevo sobre lo que ya sabe?

Mrs. Flack cerró los ojos y Mrs. Jolley se estremeció en su temor por haber violado una regla capital. La cabeza de Mrs. Flack osciló de derecha a izquierda como un péndulo. Mrs. Jolley se tranquilizó. En su fuero interno, estaba acurrucada ante el trípode.

—Nada que se pueda llamar nuevo —declaró la pitonisa—. ¡Pero la verdad siempre acaba por saberse!

—Siempre hay que pagar —compuso Mrs. Jolley.

También ella lo veía claro, aunque algunas personas parecieran dudar.

—La gente está obligada a pagar —repitió Mrs. Flack, que dio la vuelta a un pequeño cenicero que sin duda nadie había empleado nunca, decorado con una calcomanía que representaba el castillo de Windsor. El castillo de Windsor se partió en dos. Mrs. Flack hubiera querido echar la culpa a alguien, pero era imposible.

Mrs. Jolley la ayudó a recoger los pedazos.

—Estas cosas ocurren siempre tan de prisa que por más que se las vea venir...

—A propósito... —dijo Mrs. Flack—. He tenido un sueño, y su marido figuraba en él.

Mrs. Jolley, aturdida, se quedó con la mirada fija en las rosas de la alfombra.

—¿También eso? ¡Yo me pregunto que quién habrá podido meterle esa idea en la cabeza!

—Esa no es la cuestión —dijo Mrs. Flack—. Estaban a punto de llevar a su difunto marido en una camilla, ya ve. Y yo, aparentemente, y lo siento Mrs. Jolley, yo era usted.

Las mejillas de Mrs. Flack se habían coloreado, pero Mrs. Jolley había palidecido.

—Bueno —dijo— los sueños son así.

—Yo le dije: «Adiós, Mr. Jolley», eso le dije —continuó Mrs. Flack.

Mrs. Jolley plegó los labios.

—Él me respondió: «¿No me besas?» Y dijo una palabra que he olvidado, Tiddly o algo así... «Bésame antes de que parta para mi último viaje.» Entonces yo respondí a menos que lo hiciera usted: «¡Es la primera y la última vez que lo hago de corazón!» E inmediatamente me respondió: «¿Es que se puede matar con un beso?»

—Estaba muerto antes de que le pusieran en la camilla. ¡Murió en su silla en el momento que le tendía una taza de té!

“Pues en el sueño no era así.

—¡Qué sandez! ¡Matar con un beso!

Mrs. Flack, que hubiera podido estar en trance de admirar el panorama desde lo alto de una montaña, declaró:

—¿Cómo se puede saber quién mata y quién es muerto? Los hombres apenas si son responsables de sus actos. Hemos tenido un ejemplo no hace mucho, la pasada semana, en la avenida Montebello.

Los ojos de Mrs. Jolley se volvían húmedos.

—¿Y usted le besó?

—No recuerdo más —dijo Mrs. Flack alisando su falda.

La lamentable voz de Mrs. Jolley resonó en toda la habitación:

—Contamos enormidades, ¡y su sobrino está en la cocina!

Ni siquiera eso. Ya que en ese momento la puerta se abrió y, sin preocuparse lo más mínimo, el joven entró. Mrs. Jolley tuvo la impresión de que su cuerpo, notablemente bien proporcionado, apenas si estaba disimulado por su sueter y sus pantalones vaqueros. Manifiestamente él no tenía la costumbre de llevar trajes, ni Mrs. Jolley de mirar estatuas. Molesta, resopló y volvió la mirada.

—¡Vaya!—dijo Mrs. Flack volviendo el cuello, muy tranquila una vez que había afirmado su posición —. ¿Y ese bifteck?

El joven abrió la boca. Si hubiera tenido dientes, hubiera hecho un gesto de sacarse de ellos los hilos de carne, pero se contentó con murmurar entre los dos colmillos que le quedaban: «¡Duro!»

Aunque su cuerpo tuviera una belleza clásica, había que reconocer que la cabeza del muchacho casi no estaba conseguida: la piel era seca y callosa allí donde no estaba exageradamente tersa y brillante como el revés de un sello de correos, francamente color zanahoria. Y las palabras sólo salían de su boca con dificultad, horriblemente.

—¿A dónde vas? — dijo Mrs. Flack que parecía familiarizada con aquel lenguaje.

—A dar una vuelta.

La residencia de ladrillos de Mrs. Flack se estremeció de horror cuando el sobrino cerró la puerta.

Mrs. Jolley estaba ensimismada.

—¿Es el hijo de un hermano suyo o de una hermana?

También Mrs. Flack se había sumergido en sus pensamientos y no parecía desear salir de ellos.

—¿Cómo? —murmuró en un tono distante —.El hijo de una hermana, si...

—No he oído su nombre.

—Le llaman Blue.

Mrs. Jolley pensó que ella se enternecería, pero la sorpresa no tardó en arrastrarla a las zonas lejanas en las que había decidido inmovilizarse.

—Tengo algo interesante que decirle —dijo Mrs. Flack de repente.

Estaba completamente concentrada en sí misma, acerada como la punta de una aguja.

—Blue trabaja —dijo— o mejor, es responsable, debería decir —¡además, gana bastante!— del taller de niquelación en la fábrica Rosetree, en Barranugli.

—¿La fábrica Rosetree?

—¿No comprende? Aquélla en que trabaja el judío que mantiene tan cómicas relaciones con Mrs. Godbold.

—¡No es posible!

—¡Se lo digo yo! Y sobre todo, Blue tiene ojos para ver lo que yo deseo saber. No digo que tenga mucha cabeza, no, nunca ha sido muy inteligente, pero dócil ¡eso sí! Blue es capaz de seguir una idea, si ve lo que quiero decir, Mrs. Jolley; sin hacer daño a nadie, claro está, si la idea es buena y está bien dirigida.

Mrs. Jolley echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, pero de tal forma que Mrs. Flack se preguntó si su amiga había comprendido su juego.

—También yo tengo una cosa que contarle —comenzó Mrs. Jolley—. Mi patrona tiene citas con el judío bajo el viejo árbol del vergel.

Sus principios prohibían a Mrs. Flack cobrar el aspecto de interesarse por lo que decían los demás. De esta forma, después de humedecerse los labios, su único comentario fue:

—¿Qué es lo que les pasa a todas?

Pero si su voz era suave como una vieja gamuza, su espíritu preparaba ya una nueva arma.

Mrs. Jolley estaba sofocada.

—Mrs. Flack —anunció con una suntuosa voz gutural—. Verdaderamente existen personas que carecen de moralidad, pero ¿qué podemos hacer nosotras?

Mrs. Flack sintió un estremecimiento.

—¿Que qué es lo que podemos hacer? ¡No me lo pregunte a mí, Mrs. Jolley! ¡Yo no soy la policía ni el gobierno! ¡Los pastores podrían hacer algo si quisieran, pero a menudo no quieren! ¡Nosotras somos dos mujeres respetables, hay que tenerlo en cuenta, y yo no tengo por qué ensuciarme las manos! Además, en este juego una se puede dejar las plumas. No, Mrs. Jolley, no hay que ir más de prisa que la música. Deje que las cosas se cuezan a fuego lento, removiéndolas de vez en cuando, y cuando todo esté a punto, ¡ya encontraremos a alguien para que ponga las manos en la masa!

Sin embargo, Mrs. Jolley echaba espumarajos.

—¡Pero ella! ¡Ella! ¡Bajo un árbol! ¡Bizca como es! ¡Y además loca!

Mrs. Flack no podía hacer otra cosa que permanecer silenciosa ante la

cólera que sentía su amiga.

—¡Hace mucho que me habría marchado si ella no hubiera tenido necesidad de mí! Mrs. Flack ¿le ha sucedido alguna vez permanecer despierta en la cama escuchando cómo la casa se derrumba sobre usted, y pensar que era lo mismo si una se hundía también con la casa?

—¡No sería yo la que permaneciera bajo un techo en tan mal estado!

—Las circunstancias mandan —dijo Mrs. Jolley con un aire categórico.

—Las circunstancias tienen vuelta —replicó Mrs. Flack—. Usted podría estar absolutamente segura bajo la colcha de mi segunda habitación si no fuera tan testaruda.

La piel de Mrs. Jolley se desinfló bajo aquel alfilerazo.

—Aún vacilo —murmuró entre sus dientes flojuchos.

—Xanadu se desmoronará sin que usted necesite darle el golpe de gracia. El polvo en polvo se convertirá, como se dice.

—¿Usted cree? ¿Usted cree? ¿Veré algún día en aquel lugar un bello chalet con teléfono y todo eso?

Mrs. Jolley se encontraba transportada.

¡Si pudiera ver el final de esa casa de locos y de las personas que en ella hablan como en sueños...! ¡No debería estar permitido dejarse embrollar por dementes! Felizmente eso no sucede en las casas nuevas. En los grandes edificios de otros tiempos, los pensamientos de todos esos holgazanes se arrastran todavía por todos los rincones. ¡Recuerdo cuando bajaba a arreglar las habitaciones de abajo! ¡Todas las cáscaras de frutas y todos los pensamientos que habían dejado tras sí! ¡Y mientras tanto, ellos dormían arriba entre sus sábanas de lino de Irlanda! ¡Soñaban!

CUARTA PARTE

IX

A Mrs. Godbold le gustaba mucho cantar mientras planchaba. Tenía una voz de mezzo-soprano cálida pero desigual, de la que su hija Else le había dicho un día que la hacía pensar en el chocolate derretido. Efectivamente, cuando su madre cantaba, las pequeñas adquirían un aire melancólico y soñador y sentían la impresión que a veces da el chocolate tibio y espeso. Mrs. Godbold planchaba con gestos lentos y tristes, y cantaba en medio de nubes de vapor. A veces daba golpecitos con la plancha para llevar el ritmo de la melodía, o bien se insinuaba más prudentemente, acompañada por un temblor artificial en los difíciles rincones de una camisa. Entonces la boca de las mayores se llenaba de emoción ante el ineludible drama que se preparaba para ellas, y las más pequeñas miraban con un aire hipnotizado a los poros dilatarse sobre la piel cremosa de su madre. Pero la cantante continuaba, ausente, transportada por las letras de sus canciones.

Los temas preferidos de Mrs. Godbold eran la muerte, el juicio final y la vida futura. Sobre todo le gustaba:

«Abro los ojos, la prisión se ilumina.

Mis cadenas caen, libre está mi corazón,

Me levanto y soy mi Señor.»

Pero también sentía debilidad por:

«Veo lleno de gloria al Conquistador

Veo al Rey en el espacio

En su carro entre el resplandor

Hasta su maravilloso palacio.»

En semejantes momentos, la fe o la luz iluminaban sus ojos. Ciertamente, era extraordinario observar que en la barraca de Mrs. Godbold la luz acompañaba casi siempre a estas palabras. Grandes huellas ardientes atravesaban las nubes algodonosas, traspasaban la ventana sin visillos y amenazaban blancos secretos y tan vulnerables que más de una conciencia temblaba. También a veces la voz profètica coincidía con el juicio blanco y helado de una tarde y del más sorprendente milagro. En efecto, la mujer del delantal se convertía entonces en un ángel de luz. Hacía frío, el juicio del ángel se apiadaba y el vapor era más espeso. Fuera se veía por la puerta abierta, que Mrs. Godbold había fijado con travesaños muchos años antes, la gran caldera de lavar en la que las niñas alimentaban el fuego con ayuda de ramitas de mimosa en donde removían los carboncillos incandescentes. El fuego apenas visible y el inmenso recipiente misterioso parecían a menudo sensibles a la luz de los cánticos de Mrs. Godbold.

Una sola persona permanecía escéptica y era Mr. Godbold, si por casualidad se encontraba allá. Si no estaba en la casa, lo que sucedía a menudo, no se preocupaba. Mr. Godbold no tenía tiempo que perder con esas sandeces. La lista de cosas para las que tenía tiempo a perder era corta. Eran, en este orden: la cerveza, las chicas y las carreras. Sin embargo no le gustaba mucho la cerveza, si no era para evadirse de lo cotidiano, y pensaba que el amor era bueno para los tontos, con sus riesgos, bebés o sífilis; sin embargo conseguía olvidarlo por un instante en sus breves actos sexuales. En cuanto a los caballos le importaban un pito, pero la única cosa que contaba, la material, dependía a menudo de sus cuatro malditas patas.

Un espíritu razonable habría deducido en seguida que se trataba de un individuo a evitar, pero para la chica tras la que iba y que no sabía hasta qué punto Tom Godbold podía ser despiadado, o para su mujer que disfrutaba recordando el pasado y al hombre con el que había creído casarse antes de conocerle verdaderamente, él poseía una especie de corroída belleza, un amargo encanto. El ácido del tiempo había hecho mella en el bronce, difuminando la materia, borrando sus rasgos. Ahora era delgado, con venas marcadas, pero sus ojos aún sabían abatir las barreras de la lógica y de la prudencia, con su aspecto de reclamar indulgencia, incluso a veces el amor. Tenía unos bellos ojos sombríos, y las que se dejaban seducir por ellos preferían ignorar la advertencia alcohólica de los blancos. Tenía la costumbre de poner, casi temblando, un dedo o dos, nunca más, sobre la piel desnuda de un brazo, o de oprimir un codo con una dulzura cuyo orden se transformaba en súplica. Entonces la mujer vacilaba, después cedía, y la chica a la que desnudaba en alguna habitación se quitaba ella misma las últimas prendas con manos impacientes. Sólo después, llegaba la reflexión en medio de la noche y comprendía de repente que los trágicos ojos de Tom Godbold sólo miraban hacia él mismo. Entonces su última conquista se vestía precipitadamente y lamentaba eternamente el haber perdido la cabeza. La naturaleza de su mujer le prohibía evidentemente escaparse. El necesitaba que ella sufriera. Ella estaba encerrada en la permanencia como en el corazón de una piedra, en la que no obstante entraba el pensamiento por las venas en breves estremecimientos dolorosos, mientras que tumbada en la cama se preguntaba una vez más si acaso había sido concebida por el pecado. Para un ser tan fuerte, hay que reconocer que en eso era de una lamentable debilidad. Pero quizá se trataba de bondad. Así permanecía tendida hasta el momento en que la luz gris aliviaba sus pupilas. Entonces salía rápidamente de su cama y encendía fuego en su tendedero.

Las fluctuaciones de la fe no la debilitaban. Al contrario; la convertían en una cosa viva, como un niño que se agita en el vientre de su madre. De esta forma la fe de Mrs. Godbold se movía y se agrandaba en la envoltura gris y gelatinosa del amanecer, y por fin llegaba al mundo, con la gloria y la confianza del fuego.

Este aspecto casi biológico de la fe de su esposa era lo que más odiaba Tom Godbold. ¡Y podía afirmar que él no era el padre de aquello!

—Pero Tom —decía ella con su voz dulce, seria, exasperante— el Nuevo Nacimiento es hermoso ¿no?

Él respondía apretando los dientes:

—¡Puedes hacer lo que te dé la gana! ¡Pero no será a mí a quien hagas renacer!

Miraba a todas sus hijas, las últimas de las cuales siempre parecían brotadas, frescamente, del cuerno de la abundancia. Sentía siempre el olor de las lenguas húmedas, el de una carne recién nacida, acusadora y ajada; y aquel sí que era reconocible.

—¡No, por Dios, ya tengo bastante! —declaraba antes de marcharse o sumergirse en su boletín de

carreras.

El día que Mrs. Godbold había sido vista en casa de su vecino, había tenido lugar una disputa. Tom Godbold había regresado del trabajo. Por aquel entonces era chófer repartidor de un almacenista de madera, y tenía ganas de cambiar y meterse en un asunto de abonos de aves. El padre leía su boletín, la madre planchaba, las niñas iban y venían. Levantaban los ojos hacia su madre, pero generalmente lo que miraban eran los zapatos de trabajo de su padre, con sus lengüetas en forma de paleta y su punta cuadrada y brutal.

Mrs. Godbold, con su voz desigual de mezzo, acababa de entonar su estrofa favorita en una prudente voz media, para evitar envenenar las cosas: «Abro los ojos, la prisión se ilumina», cuando la pequeña Gracie entró corriendo:

—¿No sabes, mamá? —exclamó estrechando su cuerpo contra el costado de su madre y su familiar olor a pan fresco y colada.

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mrs. Godbold, preparándose para una catástrofe.

—¡He sido salvada por Jesús! —gritó Gracie.

Pero estaba completamente pálida como si, para dar gusto a su madre, emprendiera una tarea demasiado pesada.

Nadie estaba especialmente encantado.

—¿Que has sido salvada por quién? —preguntó el padre cuyo boletín se agitó con un ruido de papel arrugado.

Gracie no podía pronunciar ya la palabra. Aquella chiquilla sólida intentaba adoptar un aire vulnerable.

—¡Has sido salvada por la mierda! —dijo su padre blandiendo el boletín—. ¡Oh, mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! —se puso a gritar sobre la cabeza de su mujer, lo que hubiera podido ser cómico, pero no lo era.

Mrs. Godbold inclinó la cabeza. Sus párpados se estremecían. Había a su alrededor tal levitación, tal aleteo de alas blancas y de luz que se encontraba completamente embotada.

—Digo lo que pienso —gritó el padre de familia— ¡pero aquí todo el mundo titubea!

Las páginas del boletín se habían deshojado y él permaneció con la mano vacía. Lanzó una ojeada y exclamó:

—¡Eso es lo que pienso de todas esas sandeces de cristianos!

Asestó con la palma de la mano un golpe en una oreja de su mujer, y todos los que se encontraban en la casa se sintieron conmovidos y se estremecieron de horror por ella, y Tom Godbold tanto como los demás.

—Y de vuestro Jesús...

Continuó su plática para no sentir su daño:

—¡Estoy hasta la punta de los pelos de vuestro Jesús!

Le lanzó un puñetazo al vientre, y cuando, golpeándose con la mesa cayó al suelo, le propinó una o dos patadas.

Allá en donde había reinado un blanco silencio, había ahora un gran alboroto, como si alguien hubiera agitado un palo en un nido de pajarillos. Las niñas lloraban y se estrechaban contra su madre, salvo la más pequeña y Elsa, la mayor, que todavía no habían regresado.

El padre que se había lanzado al agua a gusto, consiguió no obstante rechazar las olas de disgusto, de excitación y de terror que amenazaban con hundirle, lo mismo que su deseo siempre desencadenado de demostrar su autoridad.

—¿Y qué, eh? —murmuraba—. ¿Y qué?

Pero nadie respondió. Las niñas se separaban sollozando. Todo se apartaba de él salvo el rostro de su

mujer, siempre dispuesto a acoger lo que podría tener lugar.

El comprendió de nuevo con horror que aquélla era su naturaleza, su fe.

—Bueno, me las piro —anunció por último.

Cuando cerró la puerta tras sí y subió la cuesta dando trompicones escuchó que le llamaban, pero no quiso detenerse ni escucharlo, temiendo que ella encontrara un medio de ablandarle. Una vez, por ejemplo, ella le había gritado el menú de la cena y él había necesitado vomitar toda su desesperación en aquel mismo sitio.

Mrs. Godbold carecía de humor, ciertamente, y era lo bastante como para emplear cualquier procedimiento, pero aquella vez se sentía muy divertida. Por otra parte sus niñas la ahogaban; se subían, trepando a ella para intentar reanimar lo que jamás le había faltado, y que en aquella ocasión parecía deslizársele rápida e inexorablemente entre los dedos.

—Esto va bien —dijo—. ¡Pero dejadme respirar! ¡Oh, Dios mío! —gimió con la mano en el costado.

Pero aquélla no era la primera vez, naturalmente. Todo había sucedido ya, excepto para las niñas. Por eso las pequeñas Godbold continuaban llorando.

Todo marchó mejor cuando su madre se incorporó.

—No hay que olvidar nuestra paletilla de cordero —dijo— ¡Vamos Kate, esta noche te toca a ti!

Su madre se atrevió a sentarse un momento en el filo de una silla. Le hubiera gustado poder contar su pasado a alguien, incluso las cosas más dolorosas que hubiera conocido, la emigración, los abortos, sin hablar de la época en que Tom Godbold le hacía la corte. Deseaba mantenerse en el recuerdo de lo que ahora se había vuelto inmutable. Ya que el presente y el futuro son una espantosa música que transcurre sin fin, y la misma animosa Mrs. Godbold desfallecía a veces mientras caminaba al borde de uno de esos ríos turbulentos hacia su afluente, siempre más o menos envuelta por la bruma. Entonces miraba hacia atrás su jardín de estatuas y le parecía que a aquella envidiable distancia la fe no era ya necesaria para pasearse en medio de ellas.

En el llano país de pantanos del que venía, se había acostumbrado a eso que llaman monotonía cuando se es sordo a sus variaciones. Una región gris. Una malvarrosa había ondeado por un momento contra la pared gris del jardín de su padre, en donde crecían las rosas hasta el techo y se percibía un denso aroma en el cálido verano; el invierno era el que mejor recordaba la diversidad de sus grises: las botas resonando sobre el pavimento de las calles grises, el espejo gris de los pantanos helados, los olmos desnudos lanzando sus cornejas en un cielo plomizo, la catedral de un intenso gris, más permanente que los otros, erguida hacia las nubes que a veces se dispersaban y a veces se cansaban contra la piedra.

La catedral era una señal y un misterio. La nobleza le debía adoración y lo cumplía lealmente, a su torpe manera, observando ritos pasablemente espantosos antes de la comida del domingo. La pequeña conocía todo eso, pero no comprendía nada, pues en su casa eran disidentes por lo menos desde tiempos de su abuela. Su padre no recordaba nada; ni siquiera lo intentaba. Aquél no era un asunto de hombres. Muy temprano comprendió la chiquilla que las mujeres recuerdan, los hombres obran y existen.

Su padre era zapatero. Muy devoto en la medida en que observaba todas las exigencias de la fiesta del sábado, asistía a las reuniones y daba limosnas como convenía. De igual forma se cuidaba de la educación de sus hijos, sin reflexionar nunca en sus verdaderas necesidades ni preocuparse de lo que éstos pensaban. Después de la muerte de su mujer adoptó el aire de estimar que ya no tenía nada que hacer en la casa. Permanecía en su taller hasta media noche echando medias suelas. A veces la niña iba hasta la puerta y miraba la nuca de su padre bajo la cruda luz. Sus manos eran callosas, endurecidas por la pez. Era un hombre duro, tal vez, pero justo. Sin duda le molestaba amar, pero no obstante la amaba porque era su hija, y amaba a los otros niños porque ése era su deber ante Dios.

La muchacha heredó su sentido del deber, pero además poseía el entusiasmo innato que su padre jamás había conocido. Los cánticos pesadamente rítmicos la transportaban por encima del humo de los quinqués de petróleo. No era sólo su buena salud la que hinchaba sus pulmones, sino también una especie de éxtasis. Jamás perdía el sentido de las realidades y nunca olvidaba de vigilar el orden de sus hermanos y hermanas, de amenazar a los desvergonzados o de indicar la página del devocionario. Consideraba todo aquello como su deber, sencillamente porque ella era la mayor y, por consiguiente,

prácticamente la madre.

A veces se decía que estudiaría para convertirse en maestra cuando fuera mayor, pero ella jamás lo creyó. Bajaba la cabeza cuando la gente hablaba como si se burlara de ella. No estaba prometida con tal dignidad y además no era lo suficientemente inteligente como para eso, ella misma lo decía, y se sintió aliviada cuando no hubo más palabras sobre el asunto, En seguida entró al servicio de la vieja Lady Aveling. Eso había sido discutido en una fiesta dada en los jardines del castillo a beneficio de las víctimas de un terremoto. Mientras que su padre respondía a las preguntas que le hacían sobre ella, la muchacha había permanecido con los ojos bajos, detenidos en el extremo de la sombrilla que cubría el drama. A su alrededor había jóvenes con blusas de encaje que tiraban con arco sobre dianas que los jardineros habían colocado para ellas, o respondían a los guapos muchachos cuya cortesía parecía una especie de insolencia. Con qué dolor la chica desesperada, helada, sentía que la atravesaban las flechas, ya que ella se preguntaba que qué es lo que sucedería con sus hermanos cuando ella viviera en casa de la gran señora. Pero finalmente aquel proyecto no duró mucho, y permaneció en su casa para llevarla y sostenerla con toda la fuerza de sus jóvenes brazos. También tenía una abuela, pero estaba a menudo enferma, y apenas si hacía otra cosa que coser cosillas sentada en su butaca de mimbre en el paseo de ladrillos que pasaba entre las grosellas, cuando había un poco de sol. Era ella, la mayor, con delantal almidonado, la que recibía a la gente. Su larga figura meditaba lentamente sus respuestas, y siempre acababa por encontrarlas.

Pero el trabajo y el deber no acabaron con su juventud, ni mucho menos. No faltaban los sencillos placeres. Tenían lugar grandes expediciones con sus hermanos y hermanas y otros miembros de la parroquia. En invierno, iba a patinar o a varear los nogales; en verano, se recogía el heno, saltaba vallas o iba al borde del agua en esas tardes perezosas que son medio soñadas, medio vividas.

Un día, Rob, el más temerario de ellos, había propuesto: «¿Y si vamos a explorar la catedral? Fuera hace demasiado frío y además ¿qué otra cosa podemos hacer? ¿Eh, Ruth? ¿Qué dices?»

Vaciló como de costumbre ya que era la responsable, pero aquella vez cedió, y no porque los demás lo desearan y la pincharan, sino porque aquel panorama aceleraba sus latidos de antemano. Ella no había echado más que una ojeada en la catedral de su ciudad natal, y he aquí que la banda de los niños se encontraba aspirada en el interior del porche bendito y penetraba en el olor de las cañerías de la calefacción central y en un mundo que, a medida que se elaboraba, lejos de reprochar su audacia, les ignoraba en conjunto totalmente. La selva de troncos armillados se elevaba a su alrededor, y sus ramas de piedra encorvadas por encima de sus cabezas contra un firmamento azul y carmesí, por el que se filtraban tenuemente la luz o la música. Ya no sentían sus miembros, habían cubierto sus rostros de expresiones devotas, como extrañas mascarillas. Persuadidos de que convenía hacerlo, admiraban los objetos sin interés, lápidas mortuorias por ejemplo, y exclamaban demasiado alto su único grito de admiración al descubrir el lebrel italiano de alguna duquesa yacente. Tal naturalidad en la piedra desató su habitual vivacidad. Se enardecieron y se pusieron a reír y a asestarse golpes con una inútil violencia, y sus caras rojas visibles incluso en la oscuridad, enrojecían aún más a causa de algún extraño olor acompañado por un ruido apenas perceptible. Y después, todos juntos, se dispersaron y cada uno se las piró por su lado, con gran estrépito, pese a los «¡chisst»!» de la hermana mayor y de sus esfuerzos por atraparlos. Intentar retener con la voz o con un gesto a una bandada de alevines de trucha era lo mismo que pretender reunir a los niños cuando éstos habían adquirido su clima de hilaridad. En seguida les perdió de vista, pero creyó percibir a Rob poco después, inclinado sobre una alta rama de piedra en compañía de las estatuas de los santos.

No obstante estaba feliz por sentirse extenuada e impotente. Dio algunos pasos, dejándose invadir por la atmósfera de benévola solemnidad, y recobrando el sentido, se sentó en una silla de paja, en actitud conveniente para escuchar música religiosa. En efecto, el órgano no había cesado de tocar. Ya lo había notado, pero hasta entonces no lo percibió realmente. Era un música fuerte y sólida, mucho más allá de la capacidad del armonium familiar. Jamás había escuchado algo semejante, y en un principio tuvo miedo de aceptar lo que sentía. El órgano envolvía las medidas y elaboraba todo un tinglado chispeante de sonidos. Las escalas de oro se erguían, se estiraban como para alcanzar las ventanas de un edificio en llamas. Pero no existía incendio alguno, no había más que una orla colgante de felicidad, mientras que ella misma se elevaba sobre aquel tinglado celestial y formaba nuevas escalas para llegar aún más lejos. Su ánimo la abandonó antes de la cumbre, ya que entonces era necesario o lanzarse al espacio y caer como un derrumbamiento de un castillo de naipes, o ser llevada más allá de la vista, hasta el infinito. Por un momento flotó indecisa, como sobre una nube, aplacada por la bondad infinita de aquellos dedos.

Finalmente, cuando se calló el órgano, permaneció atontada y sudorosa. En medio de sus lágrimas y de su torpeza recobrada, se sintió estúpida, tanto más cuanto que la miraba un desconocido.

—¿Y bien? —dijo el hombre con una voz ronca, con un gusto y una simpatía sinceros.

Ella enrojeció.

Era un curioso personaje de aspecto harinoso. Su chaqueta estaba completamente abotonada, sus hombros llenos de caspa.

—No te pregunto qué es lo que pensabas, porque sería ridículo —dijo.

Entonces se sonrojó aún más. Se sentía terriblemente a disgusto y ya no sentía el suelo bajo sus pies.

—Ningún otro instrumento sabe como él comunicar la esencia misma de la música —continuó—; pese a todos esos «pupurries» que nos ofrecen ininterrumpidamente.

Ella intentó liberarse, pero su silla gimió sobre las baldosas con un ruido de tiza sobre la pizarra.

—Él es un gran maestro —prosiguió el extraño con la garganta estrangulada por el entusiasmo y las flemas.

Pero aquella evocación había volcado bondad en su rostro.

—Sé que recordarás este día, incluso cuando hayas olvidado muchas otras cosas. Sin duda nunca irás más lejos de lo que hoy has ido.

Se alejó, llevando sus hombros cubiertos de caspa, como para protegerse.

La chica de nuevo estaba a punto de llorar, pero aquella vez sólo de vergüenza. Se dirigió furiosamente a reunir a sus niños desparramados y sólo se serenó cuando el tropel estuvo completo. Regresaron tranquilamente. Había para cenar arenques ahumados —un festín— y la hermana mayor comió por cuatro. Desde su juventud tuvo un apetito del que nunca podría prescindir. Unicamente más tarde aprendió a moderarse por economía.

Cuando era joven y fuerte, devoraba y luego digería durmiendo. Incluso después de las calamidades que se abatieron sobre ella se caía de sueño y dormía como un animal. Su capacidad física de resistencia era inaudita. En la siega del heno, por ejemplo, jamás desfallecía, izaba las balas de heno como los hombres. Al final de la jornada, cuando las mujeres y los muchachos se tumbaban agotados y sudorosos, su piel habitualmente pálida y vulgar parecía por fin animarse como un rosal silvestre transparente, mientras continuaba cargando las carretas. A Rob es a quien le gustaba estar arriba del carro para recibir el heno. Siempre necesitaba estar en los lugares más altos y peligrosos como aquel día en la cima de la vacilante masa de heno recientemente apilada sobre el carro de Salters, en Martensfield. Cuando la muchacha levantó los ojos, y por primera vez la vida, aquel rollo de cuerda habitualmente flojo e inofensivo, se le anudó alcanzándola personalmente, tuvo la impresión de que la golpeaban en medio del pecho. Rob se escurría, dando tumbos riendo, con los brazos y piernas a la buena de Dios, y los forrajeros contemplaban el lento desarrollo de la escena. Y después vio a Rob caído en el suelo con los ojos en blanco. La risa apenas si acababa de apagarse en la boca del muchacho, dejando tiempo a los dientes de protestar ligeramente, parecidos a granos de trigo aún no maduro. Entonces la rueda de la carreta se agitó. Hubo una sacudida, y se vio a la muchacha, cuyas vigorosas espaldas habrían podido soportar el peso del mundo, tirar con todas sus fuerzas del hierro, la madera y la paja. Cogió en sus manos el melón reventado que había sido la cabeza de su hermano, en aquel campo que ella ya no veía.

Acudieron a ayudarla, de cerca y de lejos. Pero a ella la tocaba, claro está, llevar a su hermano. No vivían muy lejos —explicaba su boca blanca— en aquel campo junto a las primeras casas. Era fuerte, pero sus pensamientos la desgarraban mientras llevaba el cuerpo de su hermano.

Todo había sido distinto cuando su madre había muerto una noche en su cama, rodeada por su familia. Nadie pensaba en los niños, y casi en seguida la sólida muchacha los había tomado bajo su protección. Iba por todas partes con su hermano pequeño en los brazos, y por eso le tocaba a ella llevarlo en aquella ocasión. Mientras arrastraba los pies sobre las primeras baldosas, las mujeres se llevaban las manos a la boca y retenían sus gemidos, pisoteaban los claveles y los geranios, o se precipitaban a las puertas de sus casas para seguir con una mirada atontada a la muchacha que llevaba a un niño muerto, mientras que el Sol se ocultaba en las calles grises, las inundaba por un momento de sangre.

Llevó el cadáver a su padre que, según notó, no la miró a la cara aquel día. Nunca más lo haría. A veces, bajaba la vista hacia los sólidos zapatos que él mismo se había hecho y sobre los cuales había caído la sangre.

Subió la muchacha a acostarse y se durmió. Algunos de los niños más pequeños lloraban, no por su hermano muerto, sino porque temían arrancar ya a su hermana mayor de su espantoso sueño.

No obstante, el tiempo puso todo en orden rápidamente.

La mujer recordaba que la muchacha que ella había sido encontró un nuevo peinado, brillante y liso con una cinta de terciopelo marrón. Se negaba a cortarse el cabello como las demás; se habría sentido muy cómica, aunque quizás es que carecía de toda elegancia.

Caminaba por el jardín y recordaba, por un perfume de alhelí, su cinta de terciopelo marrón en el cabello. Era de noche, la cena estaba en el horno. Y después salió su padre. Le dijo, sin mirarla según su costumbre, o mirando por encima de su hombro, pero no obstante con un aire sonriente, al menos para él:

—Quisiera que entraras para conocer a Miss Jessie Newsom.

Llegó incluso a tocarla, y ella tuvo un gesto de retroceso.

—¿Miss Jessie qué? —preguntó aunque lo había entendido perfectamente.

Él así lo comprendió ya que comenzó la frase que había preparado:

—Es la maestra de allá abajo, de Broughton.

Se fijó en la nuez de su padre, que siempre parecía molestarle al hablar, arrancando un brote cuyo interior era de un verde especial, muy pálido.

Entonces pronunció las palabras terribles:

—Ella se va a convertir en tu madre.

Pero la joven muchacha hizo lo posible para que esto no sucediera.

Miss Jessie Newsom era una maestra buena y razonable, aparentemente segura de sí misma. Aquella noche llevaba un broche adornado con un camafeo y una chaqueta cuyos bolsillos colgaban un poco, a causa de las importantes decisiones que la maestra había tenido que adoptar en su profesión. Persuadida de que los esfuerzos siempre eran recompensados, Miss Newsom había mejorado su manera de hablar, pero le era imposible olvidar los recuerdos de sus humildes orígenes que a veces la hacían sonrojarse.

Dijo:

—Aquí está Ruth. Me han dicho que has sido la mejor de las niñas. Espero, Ruth, que no me considerarás como una intrusa y que podremos —¿cómo decirlo?— compartir las obligaciones de la vida familiar.

Jessie Newsom era muy prudente, pero vaciló cuando se dio cuenta de que la muchacha le presentaba un frente sin expresión y que no veía el resto de su imagen.

Miss Jessie Newsom fue una excelente esposa y una excelente madrastra; Ruth lo aprendió de los que habían quedado impresionados por su impecable conducta, y por sus hermanas y hermanos cuyas cartas se lo referían a medida que el alejamiento debilitaba sus relaciones.

Poco después de la aparición de miss Newsom, la hija mayor se le había acercado un día a su padre y le había anunciado su decisión de buscar trabajo:

—Si tú lo deseas, Ruth... Te buscaremos algo por aquí cerca.

—He decidido irme a Australia, —dijo—. La tía de Chrissie Watkins me ha dicho que Chrissie se desenvolvía bien en Sydney. Mrs. Sinnett me ha dado todos los informes y yo voy a escribir para pedir una plaza, si tú quieres ayudarme y darme un poco de dinero para comenzar. Te lo devolveré, naturalmente, a causa de los demás niños.

El padre carraspeó. Se preguntaba que cómo podría consolarla, pero sólo supo decir una frase que le sonaba bien:

—Deberías aprender a perdonar, Ruth, eso es lo que nos han enseñado.

Ella no respondió. En su angustia temía ser demasiado violenta. No se atrevió tampoco a tocarle, ya que habría perdido todas sus fuerzas contra los labios secos de su padre, contra la barrera de sus dientes blancos y decididos.

Así, pues, se fue. Su padre le compró una caja metálica para que colocara en ella sus pocos enseres. Sus hermanos y hermanas le regalaron un saquito de pañuelos de satín suave, en una de cuyas esquinas estaba bordada la siguiente inscripción: Una nariz limpia no es un lujo. Se sintió terriblemente enferma por el mareo del mar o por la tristeza. Otras muchachas, que fumaban cigarrillos, cruzaban las piernas con una desenvoltura profesional y sabían pedir una cosa que ellas llamaban «un gin de limón», ni buscaban su compañía. Sus faldas eran demasiado largas, y su conversación no aportaba nada a sus experiencias de la vida. Así, pues, permanecía sola, y contemplaba el Océano, aquel inmenso espejo que ella veía por vez primera. A la altura del Cabo, un señor de edad que tenía negocios en alguna parte —¿sería Gosford?— se le declaró; pero habría sido estúpido e incluso mal visto que hubiera aceptado.

Por la noche, mientras las demás jugaban en el entrepuente con las tentaciones, ella rezaba sus oraciones y se sentía misteriosamente reconfortada. Liberada por fin de su cuerpo, su alma era libre de aceptar su misión, pero dudaba de su fuerza. No obstante, después de haber vagado largo tiempo por encima de la inmensidad, por fin comprendió que las olas se enroscaban las unas en las otras, y que las estrellas sólo son resplandores de una única luz. Entonces ella se agitaba en su sueño y aquella certeza la hacía sonreír, mientras que una u otra de sus compañeras de camarote, ocupadas en peinar sus cabellos pegados por la sal y mirándose en un espejito desconchado y revelador, se preguntaban que cuál sería la expresión que estaba inscrita en el rostro de la muchacha adormecida.

Al llegar a Sydney, Ruth Joyner supo que su amiga, Chrissie Watkins, se había casado yéndose a vivir a otro estado. Así, pues, se encontraba sola. Encontró trabajo bastante rápidamente, primero en un salón de té en donde durante cierto tiempo llevó sobre una bandeja gruesas tazas blancas y pedazos de pastel o de plumcake. Anotaba cuidadosamente las cuentas y regresaba con las tazas que siempre exhalaban un olor a té viejo.

Todo parecía marchar bien — los clientes le sonreían a menudo, a veces le leían párrafos de sus cartas, e incluso un día alguien le pidió que mirara una variz— cuando una vigilante llamó a Ruth y le dijo:

—Le voy a decir algo, pequeña. Nunca será usted una buena camarera, es demasiado lenta. ¡Se lo digo por su bien!

En realidad, la vigilante era una buena mujer, pero permanecía de pie demasiado tiempo y el sudor había hecho saltar las costuras de su traje de satín negro.

Entonces Ruth Joyner entró a servir. Ayudó en la cocina en casa de un ganadero retirado. Sentada en una mesa, cortaba las legumbres en pequeños trozos, o bien ante el fregadero lleno, entonaba los cánticos de su infancia hasta que protestó la cocinera, ya que iba a traer a su sobrina de Cork y nunca se asociaba con chicas que no fuesen católicas.

Ruth había servido ya en varias casa cuando llegó a la de Mrs. Chalmers-Robinson. Aquél fue su último lugar, que permaneció para ella sin que supiera por qué como el período más significativo de su vida independiente. Evidentemente fue en él cuando conoció a su marido; la casa era amplia y bien construida, con una magnolia delante de la puerta, pero Mrs. Chalmers-Robinson era la más superficial de las mujeres, y Ruth no consiguió de ella ninguna ventaja material, aparte de sus salarios y algunos trajes que no se habría atrevido a ponerse. Pero la casa de los Chalmers-Robinson (ya que había un Mr, Chalmers-Robinson) permaneció en su recuerdo como algo muy importante.

Una oficina de colocaciones la había enviado allí en calidad de doncella.

—Pero si yo no tengo ninguna experiencia —había protestado.

—No tiene importancia —había respondido la empleada.

Ruth había comprendido ya que muchas cosas carecen de importancia, pero a cada nuevo descubrimiento su frente se plegaba y sus ojos se desorbitaban.

Mrs. Chalmers-Robinson, que aquel día comía fuera de casa y acababa de encontrar un bonito broche

de zafiros que creía haber perdido y por el cual ya se había puesto al habla con el seguro, parecía también estimar que aquello carecía de importancia.

—La admitimos a prueba, Ruth —dijo—. ¿Le parece bien? ¡Qué estupendo! ¡Es la primera vez que tengo una criada de tal nombre! Creo que me gustará. Yo no soy difícil. Existe una cocinera en la casa y yo tengo mi doncella particular. Usted no tendrá que preocuparse ni del jardinero ni del chófer. No viven aquí.

Ruth consideraba a Mrs. Chalmers-Robinson. Nunca había visto nada tan deslumbrante ni tan fragmentario.

—Olvidaba decirle que mi marido está en sus asuntos. «A menudo está ausente» —pensó añadir la elegante Mrs. Chalmers-Robinson.

Miraba a Ruth y se decía que su figura era tan plana como la losa de una tumba. ¡Sin inscripción por el momento! (Hizo un esfuerzo para recordar aquello y luego continuar comiendo.) ¡Pero deseaba tanto descubrir en aquella muchacha algo sólido y verdaderamente seguro! (Si pensaba en Ruth Joyner como en una cosa, es porque aspiraba a la dureza del mármol o cualquier otra materia que no cediera bajo su peso y sus exigencias como las elásticas almas de los humanos.)

Entonces Mrs. Chalmers-Robinson se levantó, divirtiéndose en fingir prisa y apetito.

—¡Tengo que irme inmediatamente a esa dichosa comida! —dijo con una sonrisa que hirió a la nueva criada.

—Sí, señora —dijo Ruth—. ¡Espero que lo pase bien!

Aquello le pareció extraño a Mrs. Chalmers-Robinson que respondió riendo:

—¡Ya veremos! ¡Nunca se sabe!

En el coche se dejó arrastrar por un momento de tristeza que supo transformar en una impresión agradable.

Ruth se acostumbró en seguida a la casa de los Chalmers-Robinson. Era un ser absolutamente perfecto, repetía Mrs. Chalmers-Robinson a su marido. Pero la perfección misma tiene sus debilidades, claro está, y había que reconocer que Ruth era lenta, que respiraba demasiado fuerte al pasar los platos y prefería no oír el teléfono. Y además, por la tarde, permanecía a veces en el marco de la puerta, como si contemplara una calle del pueblo. Su señora tenía la intención de hacérselo notar, pero no lo hizo nunca, quizás incluso por delicadeza y por afecto. También la sólida criada conservó la costumbre de permanecer en el umbral, bajo el porche, cerca de las magnolias, y los pliegues del traje y su cuerpo se fundían en la oscuridad, y estaba almidonada desde la cofia hasta la punta de sus zapatos blancos; se hubiera dicho que era una especie de falena o de ángel guardián con alas de magnolia, inmóviles ante el enorme aleteo del vuelo.

Se desplazaba demasiado silenciosamente para una chica tan activa, y consiguió impregnar de una cierta forma su presencia en aquella casa que hasta entonces tenía un aspecto casi desierto. Si la harina que cubría los gruesos panes aldeanos caía sobre la mesa de marquetería en donde estaban dispuestas las tarjetas de visita en una bandeja, hubiera parecido menos anormal después de la llegada de la nueva sirvienta.

Una tarde, Mr. Chalmers-Robinson que regresaba de su club al caer la noche, la rozó al cruzar la puerta.

—Perdóneme, señor, escuchaba las cigarras.

Él sintió un estremecimiento.

—¿A quién? ¡Ah sí! Esos sucios bichos que rompen los tímpanos.

«¿Qué diablo se puede decir a una criada?», se preguntaba.

—Me alegro de que haya venido esta tarde, señor. Hay una cosa buena para cenar: ¡chuletas empanadas y un puding!

Él se sintió culpable de repente, y se dio cuenta de que era un extraño en su propia casa.

Mr. Chalmers-Robinson prefería los clubs, en los que podía entrar y salir a su gusto, sin estrechar relaciones íntimas, o sentirse irritado por un mobiliario demasiado ligero. Prefería los hombres a las mujeres no como individuos, sino en el contexto de sus actividades y de su vida pública. Las mujeres lo reducían todo a su nivel, donde su propia importancia parecía disminuida. Evitaba lo desagradable de parecida situación, salvo cuando la tentación sexual le impulsaba a correr el riesgo. Entonces el interés añadía una distracción al placer, y siempre podía decir después que las mujeres se ponían de acuerdo para hacerle perder la cabeza a uno. Por otra parte le gustaban los trajes ingleses bien cortados y el olor a brillantina y a puros, y aceptaba a alguna de aquellas mujeres que había ante sí. Si había dejado de encontrar a su mujer seductora después de haberla comprado, siempre admiraba el arte con el cual salía de situaciones intrincadas y tal vez por esta razón no pedía el divorcio.

E. K. Chalmers-Robinson (Bags para los que se llamaban sus amigos) también conocía situaciones difíciles, pero nadie ignoraba que una o dos veces se había dejado en ellas las plumas. Uno de sus menudos incidentes arrastró en su estela a un yate, un potro lleno de promesas, un servicio de mesa de porcelana de Sèvres y la doncella de su esposa, poco después de la llegada de Ruth Joyner.

—Mi marido es un genio en los negocios, pero ningún genio es infalible —explicaba Mrs. Chalmers-Robinson—. Y confesemos que el Sèvres es un poco... azul.

—Claro que sí, señora —opinó Ruth.

Le gustaba sinceramente complacer, y precisamente por ello fue durante toda su vida amiga de los niños.

Su ama continuó:

—Entre nosotros, Wasbourne era bastante insoportable. Al principio, esperé que se tratara de su vesícula, hasta que me di cuenta de que era una vieja egoísta. Voy a pedirle que haga una parte de su servicio. Será muy entretenido para usted Ruth, el preparar mis vestidos y ayudarme a vestir.

—Claro que sí, señora —dijo Ruth que en seguida fue iniciada en misterios que nunca habría sospechado.

Mrs. Chalmers-Robinson había alcanzado aquel estado de evolución social en que la apariencia no es un fin, sino un martirio. No cesaba un instante de afinar el instrumento de su autotortura. Ensayaba, quitaba, daba golpecitos, alisaba, estrechaba y relajaba, contemplaba el espejo con esperanza, o se apartaba de él con disgusto. Se horrorizaba por momentos, pero a menudo, hacia las once, cuando estaba al borde de la crisis de nervios, conseguía un triunfo insospechado, gracias a unas rayitas de un lápiz y a un diamante bien colocado. Entonces se contemplaba en el espejo, mordisqueando sus labios todavía inciertos, como una Minerva en una campana beige.

—¡De prisa! ¡De prisa! ¡Mis cosas!

Y Ruth le tendía sus pequeños colgajos que ella sujetaba con un alfiler a su sombrero para conducir su coche o ir a comer.

Pero Mrs. Chalmers-Robinson le confió un día a su criada:

—Voy a decirle un secreto, Ruth, porque usted al menos es honrada y fiel. Tengo ganas de estudiar la Ciencia Cristiana. Estoy segura de que me hará bien.

—Eso es algo necesario —dijo la lenta muchacha con un aire vacilante.

Un día, su señora la había enviado a la orilla del mar con un cubo infantil para traer agua salada para sus perlas, porque era imprescindible para ellas.

—¡Es algo necesario! —suspiró Mrs. Chalmers-Robinson —Una vez pensé seriamente en pasarme a Roma. ¡Sabe usted la necesidad que tengo de belleza, de esplendor! Pero estoy obligada a renunciar. Francamente, no me habría atrevido a mirar a mis amigos a la cara.

—Yo creo... —comenzó Ruth.

Pero Mrs. Chalmers-Robinson se había marchado ya a una cita y no escuchó lo que creía su criada. Ruth se quedó contenta, ya que su torpe lengua no habría sabido expresar aquella infinita simplicidad.

Sola en la casa, ya que la cocinera se retiraba a dormir la siesta, el jardinero se enfadaba y el chófer

que conducía a la señora a la ciudad casi nunca estaba allá, la criada intentaba expresar su fe, no en palabras, ni en las ortodoxas actitudes del culto, sino en un abandono de todo su ser a un estado de adoración pasiva, en el cual dejaba a su cuerpo disolverse en la dulzura del aire, el olor de las magnolias y los cantos de las tórtolas. O bien en el cumplimiento de sus tareas, mientras que sacaba brillo a los cubiertos, frotaba los suelos de madera, recogía las medias de su ama que nunca estaban en orden, colocaba los trajes en su sitio del que se habían caído, ella parecía ofrecer sin esperar nada, para la gloria de Dios, la esencia activa de su naturaleza. Además, tenía medios todavía desconocidos para expresar su fe. Todas las veces que sonaba el timbre de la entrada, escrutaba los rostros de los extraños, para saber si sería llamada a testimoniar. Siempre parecía quedarle fuerzas para dar, ya que, aunque estuviera dispuesta a todos los sacrificios por su ama, ésta no salía nunca mucho tiempo de su distracción como para tomar conciencia.

De esta forma, las intenciones de Ruth asediaban la casa. Se deslizaban, arrojadas, sobre las alfombras de las habitaciones vacías.

Sin embargo, no siempre estaban vacías. Existían las comidas, las cenas, pero sobre todo las comidas, ya que las mujeres iban allí sin sus maridos, y sus espíritus eran más ágiles sin aquel peso: las que tenían maridos estúpidos podían ser tan inteligentes como quisieran, y las mujeres estúpidas tenían la sensación de emplear al máximo su necedad.

Aquélla era la época en que las amas de casa descubrían la cocina francesa, e introducían en su mesa el vol-au-vent$_y$ la solé Véronique, los beignets au fromage, y los tournedos Lulu Wattier[56], forzando a sus maridos a refugiarse en su club o en el hotel, en su nostalgia por el olor a la carne en conserva. Mrs. Chalmers-Robinson se había hecho especialista en estas comidas en las que recibía a las mujeres de los ganaderos —nada que temer por ese lado—, de los abogados, de los notarios, de los banqueros, de los médicos, de los oficiales de marina —pero nunca de los oficiales de tierra— y con circunspección las de los comerciantes, algunos de los cuales habían tenido tiempo de hacerse ricos y útiles, incluso tolerables. Apenas sí conocía a algunas de sus invitadas, y a éstas era a las que prefería. Le gustaba brillar ante las mujeres que aún no se atrevían a llamarla por su nombre de pila.

Mrs. Chalmers-Robinson se llamaba Madge, lo que poco a poco se convirtió en Jinny. Sus íntimos, a los que sencillamente adoraba, o con los que compartía algunos secretos, la llamaban Jinny Chalmers; para las demás, las que mantenía a distancia, permanecía como «aquella vieja Ginny Robinson». Pero era una calumnia. Claro está —y ella lo confesaba gustosamente— cuando se sentía fatigada bebía algún vaso, pero el sabor de la ginebra le producía asco. Más tarde, cuando sus nervios necesitaron ser sostenidos, la Ciencia Cristiana se revelaba a veces ineficaz, y adquirió la costumbre de tener siempre un vaso detrás de su espejo.

Pero antes de comer, Mrs. Chalmers-Robinson estaba siempre deslumbrante. Entraba en el comedor para ordenar el puesto de los cubiertos, y añadir dos o tres cajitas llenas de diferentes marcas de cigarrillos.

Aunque no se sintiera muy entusiasmada, reaccionaba. Solía decir:

«¡Cómo me gustaría poder sentarme tranquilamente y comer un asado de carne que usted me traería, Ruth, contándome cosas interesantes! Pero he de felicitarla, ¡todo está perfecto!»

Sin embargo era su rostro el que miraba en el espejo, tocándolo una sola vez, nunca más, pues se lo prohibía su inexorable piel. Entonces rápidamente se humedecía los labios para que brillaran, y abría grandemente los ojos como si acabara de despertarse. Sus ojos habían permanecido tan hermosos que se asustaban de su rostro cuando el halo azul hubiera debido enorgullecerlos.

El timbre sonaba y Ruth corría a la puerta para hacer entrar a las invitadas. Aquellas señoras ya no podían más, después de todos los comités que habían presidido, los bailes de caridad en que habían bailado y las carreras a las que habían llevado sus tocados más audaces. Habían hecho tantas cosas que tenían las fuerzas justas para resistir su cóctel.

El año en que Ruth Joyner entró en servicio en casa de los Chalmers-Robinson, las mujeres llevaban pieles de monos. Cuando ella vio por primera vez aquellos pelos que se insinuaban por todas partes, su sangre se heló. ¡Qué idea aquella la de los monos! Y después oyó decir que era bonito, y tal vez lo eran aquellas pieles vivas de monos muertos que colgaban de los sombreros y se introducían en la conversación, a la que había que cazar. En el salón sólo se hablaba de las pieles y de las personas. Aquellas señoras acariciaban soñadoramente sus tiras, mientras que el humo de sus cigarrillos subía y se

ramificaba como manos de mono.

Antes de una cierta comida de la que Mrs. Chalmers-Robinson tuvo ocasión de acordarse, una señora informó a las demás que una persona conocida de todas ellas estaba a punto de morir de cáncer. El momento pareció mal elegido. Varias invitadas se acurrucaron en sus pieles fúnebres, mientras que otras se pusieron a enlazar los largos pelos. Una de ellas vertió un vaso, y las demás, por lo menos, pudieron ayudarla a secarlo. Finalmente la conversación pareció partir de nuevo con el humo de los cigarrillos, en un perfume de violeta, allá donde había reinado por un momento el olor de los monos enfermos y lánguidos.

Todo el mundo se sintió contento de encontrarse en el comedor, en donde Ruth y una mujer vieja, May, que iba a echar una mano cuando era necesario, con un tieso delantal blanco almidonado, se pusieron en seguida a circular entre las sillas de las señoras-monos.

Mrs. Chalmers-Robinson estaba atenta a todo, aunque tenía el aspecto de comer como todo el mundo. Sabía ser amable con cualquier tipo de gente. Lo escuchaba todo, incluso los retortijones de los estómagos.

—Ruth, un pequeño lenguado para Mrs. de Plessy "-murmuraba—, jClaro que sí, Marión, son tan pequeños!

O bien, muy dulcemente:

—¿Ya no sabe en dónde tiene su izquierda, May? ¡No es posible!

Pero el vino había aplacado a todo el mundo y de nuevo ascendían las volutas indecisas y azuladas como delgadas violetas.

Se sirvió de postre un cisne de azúcar tostada y las señoras aplaudieron con sus manos llenas de anillos. ¡Encantador!

Ruth estaba contenta de ver el triunfo del cisne de la cocinera y no pudo evitar confiar a una invitada mientras pasaba por detras de ella:

—Costó horrores hacerlo ¿sabe? Lleva una «bomba».

La señora encontró aquello poco educado, pero cómico. Llevaba un traje sin pieles y era una persona importante, ya que no elegante, la hija de un lord inglés, lo que suscitaba el respeto de las demás que sin aquello la habrían ignorado. Cerca de ella estaba sentada la esposa de un abogado, y se llamaba Magda. Magda era divertida, según parecía, pero algunos delicados la encontraban vulgar. Era bastante audaz por parte de la dueña de la casa el colocarla cerca de la Honorable, pero Jinny Chalmers jamás había carecido de audacia.

Después de la comida, Magda se soltó ostensiblemente un elástico que la molestaba y se creyó en el deber de encender uno de sus puros. Algunas de las personas allí presentes encontraron aquello fuera de lugar.

—Este vicio me ha hecho rozar varias veces el divorcio —decía a su honorable vecina—. ¡Espero que usted se aguantará como hace mi marido!

Hablaba con una voz masculina que hacía cosquillas a algunas de las invitadas y las divertía casi tanto como el puro.

Pero la Honorable echó hacia atrás la cabeza y estalló en una risa.

Ante la ausencia de otras cualidades notables, se había decidido a mantener siempre el buen humor.

Las demás miraban de reojo su piel blanca y casi sin maquillaje, mientras que ellas estaban teñidas de naranja, de malva o verde, no tanto para causar impacto como para darse a sí mismas ánimos para mirarse de frente.

De repente, Magda, que había vaciado un vaso de vino y apoyado sus codos sobre la mesa, declaró con la vista fija en su puro:

—¿Quién quiere echar fuera los conejos con humo?

Pero volviéndose vivamente hacia su Honorable vecina le dijo en un tono confidencial del que la otra

esperó humildemente ser digna:

—Quizá sería mejor decir: esos macacos —murmuró.

Las otras por mucho que alargaron las orejas no oyeron nada.

La mujer del abogado continuó frunciendo el ceño:

—¿Han visto alguna vez la parte trasera de los monos? Quiero decir una jaula llena de rubicundos traseros de monos.

Y Magda insistió con todo su desprecio:

—¡Con calzoncillos de piel!

Todas se sintieron molestas por no haber oído, excepto la distinguida visitante, sobre todo cuando echó la cabeza hacia atrás en su más característica actitud de defensa, y emitió un ruido tan imprevisto que ella misma se sorprendió. Pero en realidad salía del fondo de su memoria en donde, de chiquilla, había escuchado una mañana de invierno a un guarda forestal burlarse de sí mismo después de haber fallado una presa demasiado fácil.

Cuando aquel ruido animal golpeó sus oídos, algunas señoras contemplaron sus manos y otras, más naturales, tuvieron la idea de ponerse a comadrear. Pero la criada, viendo que la invitada de honor comenzaba a divertirse entre las damas-monos, le ofreció un plato con chocolatinas. La Honorable cogió una con mano trémula, y después de haberle quitado su envoltura crujiente, se lo metió en la boca, de la que se desprendió un hilillo de inesperado licor que manchó el carmín con el que se había atrevido a cubrir sus labios.

Ruth Joyner no olvidó nunca a la hija del lord, no porque tuviera la menor relación con lo que se produjo más tarde en el salón, sino como una presencia en aquel sueño —por otra parte, Ruth soñaba con ella una vez o dos— sin importancia y sin embargo fatídico: una figura de piedra, anónima, ante una puerta todavía cerrada.

Mrs. Chalmers-Robinson se encontró lejos de estar contenta por el incidente que se produjo al final de su comida de monos, por otra parte conseguida. Pero tal vez temía un incidente aún más enojoso, ya que dejó a un lado su silla con un gesto brusco y propuso con una voz estrangulada:

—¡Pasemos al salón! ¿Tiene alguien ganas de echar una partida de bridge después del café?

Magda se excusó en seguida con su anfitriona, o al menos eso es lo que Ruth creyó comprender, pero circulaba con su pesada bandeja de plata y no podía atender a todo a un tiempo. Más tarde escuchó el final de su conversación, pero se trataba de algo completamente diferente:

—Estoy desolada, querida, y nada hubiese dicho si lo hubiera sabido. Claro está que hay tantos proyectos que se van al agua... Esto ha hecho tanto ruido que todo el mundo más o menos está al corriente. ¡Y luego, además, esos valores de la compañía Interestate que se hunden!

La criada ofrecía la bandeja y ejecutaba los movimientos de su danza, avanzando, reculando. Su delantal almidonado había perdido su rigidez, pero los pequeños granos de azúcar morena tintineaban al caer sobre la superficie de plata repujada, cuando algunas de las señoras llenaban demasiado sus cucharillas.

El cutis de Mrs. Chalmers-Robinson había palidecido visiblemente.

—Bags no me ha hablado, sencillamente, porque no ha regresado

—dijo.

Aquella confesión era una defensa sin valor.

—¿Además abandonada? Pero querida, ¡yo me llevo mi camisón! ¡Y mi cepillo de dientes! ¡Lo he hecho tan a menudo que se ha convertido en una segunda naturaleza!

La sinceridad hacía guiñar los ojos de Magda, a menos que fuera el coñac el que le pesara sobre los párpados. Su piel estaba parduzca como la de un sapo.

—¡No se puede arreglar nada en una noche! —dijo Mrs. Chalmers- Robinson con una risa amarga.

—Eso no siempre es verdad —respondió Magda parpadeando.

La criada continuaba sus movimientos de ballet. En sus esfuerzos por entender mejor, olvidó un paso o dos y tropezó con una señora dándole con el brazo en su espalda de mono. Pero escuchó efectivamente mejor.

—Así pues estamos arruinados —decía Mrs. Chalmers-Robinson, riendo, en el mismo tono que habría adoptado en una excursión para observar que había olvidado el termo.

—Ya sabe todo lo que la adoro, querida —dijo Magda—. Voy a empeñar los broches de rubíes que Harry me ha dado. Además se diría que sobre mí parecen forúnculos.

—¿Café, señora? —preguntó Ruth a su ama.

Pero no consiguió cambiar completamente la atención de Mrs. Chalmers-Robinson. Por primera vez la doncella comprendió que lo que en teoría sabía era cierto y que un ser humano puede odiar a otro. Aun cuando su señora le miraba distraídamente (como si fuese una ventana), Ruth se sintió acongojada.

—No, gracias —respondió Mrs. Chalmers-Robinson con una blanca voz y después sus piernas cedieron y ella cayó, en el límite de sus fuerzas sobre la alfombra generalmente incolora.

En la confusión que siguió se rompió una taza de café de Wedgwood. Las joyas chocaban y entrechocaban, la solicitud y las pieles se entremezclaban, tropezaban, se separaban, bajaban, subían, aunque un par de invitadas se marearon y se vieron obligadas a tomar algo.

Después de muchos buenos consejos y una buena bofetada, Mrs. Chalmers-Robinson volvió en sí y sonrió, pero era una sonrisa lejana, como si se encontrara en el fondo del mar. Se incorporó, llevándose la mano a su peinado deshecho. Sonreía siempre, formando un hoyito en la comisura de la boca, como si hubiera olvidado que se habían acabado las risas.

—Me siento desolada —decía—. Me siento completamente avergonzada.

Pero se detuvo como si una oleada de fondo la impidiera subir a la superficie.

—¿Dónde está Ruth? —exclamó. Sus manos tanteaban la alfombra como si su única esperanza de salvación se encontrara en ella. —Me voy a ver obligada a pedirles que me dejen... ¡Es espantoso!

Su risa degeneraba en una débil mueca.

—Pero ¿dónde está Ruth? ¡Ruth!

Ruth se abrió paso hasta su ama, y se entregó al deber de ayudarla a levantarse. La operación careció de elegancia, pero terminó en seguida. Apoyada sobre la roca que era su criada vestida de blanco, Mrs. Chalmers-Robinson llegó a lo alto de las escaleras. Le hubiera gustado lanzar un adiós sobre el rellano hacia las invitadas que se dispersaban, pero la realidad la asaltó bruscamente. Doblada en dos tosiendo, intentó resistir, sonarse con su pañuelo, mientras la llevaba la fiel criada.

Aquélla fue una terrible velada que Ruth no pudo olvidar. Era la primera vez que veía a su ama completamente desnuda, y su carne era gris. Un corazón menos complaciente que el suyo se habría sin duda apartado con horror de aquel saco fofo, mientras se introducía en su camisón de seda. Pero la muchacha recogió primero todo lo que se arrastraba por el suelo, y cuando Mrs. Chalmers-Robinson se incorporó sobre la almohada, pudo mirarla a la cara.

Un buen trago de coñac y la perspectiva de hacerse compadecer, lo que ella consideraba como su derecho, a pesar de que era ella misma quien lo acordaba, habían devuelto el color rosáceo a su piel. Estaba igualmente vestida de rosa pálido y llevaba un camisón muy encantador, muy clásico, que se detenía justo a tiempo para disimular su piel marchita. Y no había olvidado hacer rizar sus cabellos con aquellos extraños instrumentos de metal.

—Pase lo que pase, Ruth —y soy incapaz de hacer la menor observación sobre mi situación—, me es imposible, absolutamente imposible separarme de usted, si usted al menos quisiera quedarse junto a mí en mi desgracia.

Torpemente, Ruth abría la alacena protestando:

—¡Oh, señora! Yo no soy de esas que dejan caer a las personas.

Se acordaba de su hermano que tanto le pesaba en los brazos.

Mrs. Chalmers-Robinson no dejaba de encontrar un cierto placer en su tortura. Habría dado cualquier cosa por saborear un bombón de chocolate. Pero sólo pudo mirar el armario abierto. La poca luz que conseguía escaparse de la lámpara daba a los trajes colgados un trágico aspecto. Se puso a lloriquear:

—¡Todas mis cosas bonitas!

La respiración de Ruth Joyner se aceleró, pero tenía la fuerza necesaria para soportar las peores pruebas si aquello podía servir para algo.

—Añada un dedo de coñac en mi vaso ¿quiere? —suplicó la señora—. ¡Oh, Dios mío! ¿qué es lo que va a pensar de mí? ¡Ya no me reconozco! Es por la perspectiva de perder todas mis cosillas personales. Cuando esto llega, los hombres se vuelven absolutamente implacables ¿sabe?

Era la primera vez que Ruth sentía pasar el aliento de la quiebra. Ella no podía saber que Mrs. Chalmers-Robinson siempre conseguía salvar alguna «cosilla bonita» para ayudar a crear el efecto en las tiendas de que podía continuar pagando con cheques. Siempre existe un medio de dar la vuelta a una realidad que cesa de ser aceptada como tal. Jinny Chalmers era un poco como la propietaria de un perro, que en previsión de los días malos ocultaba los biscuits en las fundas de los sillones y en los rincones más insospechados, pero Jinny Chalmers se creía al mismo tiempo la dueña y el animal.

Más tarde, Ruth habría de descubrir algo en el fondo de una vieja zapatilla de satín rosa. Como muchacha honrada que era, no tuvo más remedio que decírselo a su ama, la que respondió lentamente con un aire pensativo:

—¡Ah! sí, es un diamante. Además, tiene un gran valor.

Lo cogió negligentemente como para meterlo en algún sitio.

Pero por el momento Ruth Joyner ignoraba todavía que un personaje de tragedia puede estar hinchado de aire.

—No insista mucho con el coñac, señora —decía ella—; voy a prepararle una buena bebida caliente.

Y añadía que, después de la tempestad viene la calma.

Estaba hecha de tal forma que hubiera podido amar a un viejo colchón despanzurrado.

Subía y bajaba las escaleras cargada de cosas calientes y objetos diversos, cuando escuchó el girar de la llave. Era Mr. Chalmers-Robin- son que volvía; eran alrededor de las diez.

—¡Lo está pasando muy mal la señora! —le dijo Ruth.

Él se echó a reír:

—¡No me sorprende!

Ella notó su redecilla de pequeñas venas en sus mejillas.

No obstante, tenía aspecto fatigado, pero siempre impecable; los botones de su chaqueta brillaban en la penumbra de la escalera.

—He comido algo que no digiero bien —dijo olvidando que hablaba con una sirvienta.

Ella pensó que tal vez había bebido, y se preguntó qué es lo que podrían contarse si pasearan juntos por las alamedas arenosas del Jardín Botánico, bajo las hojas de las palmeras.

En sus indispensables idas y venidas (ella se dijo por ejemplo que él tal vez dormiría y le preparó su cama en el gabinete) no pudo escuchar muchas cosas al atravesar el rellano. Por otra parte hay que confesar que era un poco curiosa; no escuchaba deliberadamente, pero las palabras pasaban a través de las puertas demasiado delgadas.

Bags Chalmers-Robinson le contaba a su mujer lo que había pasado, al menos aquello que quería decirle. Ruth Joyner creyó ver fruncirse la frente de su ama cubierta por los cabellos rizados en sus tufos. ¿Cómo sorprenderse?

—Se ha producido después de que las compañías se han fusionado —decía.

—¡Ya ves! — replicó ella en un tono sarcástico—. Sin ser un genio de los negocios, siempre había creído que después de una fusión se podía respirar un poco.

El respondió que era la mujer más desagradable que jamás había conocido.

—Pero esa fusión —insistía ella—... ¡Nos apartamos de tan penoso tema!

Él declaró, volviéndose, que ella era la reina de las putas.

—De muchacha era muy dulce, pero mi matrimonio ha sido un error.

—¡Pese a algunas compensaciones! —sugirió él.

Se escuchó el ruido del vaso al vaciarse.

—¡Que desaparecen de la noche a la mañana!

El colchón sobre el que estaba tumbada gimió, quizá porque cambió bruscamente de posición. Ruth conocía la costumbre de su señora de tirar fuera las sábanas en un cierto punto de sus discusiones.

—Escucha, Jinny, si tú me ayudas, podremos salir adelante una vez más.

Ella se echó a reír:

—¿Yo? ¡Me alegro muchísimo de saber que sirvo para algo!

—Eres una mujer inteligente.

Ella se reía a intervalos.

—Si detestas a tu marido es sin duda porque es un estúpido y no merece ninguna consideración.

Hubo una pausa y fue imposible decir quién era el que iba a jugar la próxima baza.

Ruth escuchó irse al marido. Se puso a bostezar, se adormeció y finalmente subió a acostarse. En sueños le pareció vagamente escuchar el llamador de la puerta, y por la mañana se dio cuenta de que Mr. Chalmers-Robinson ya no se encontraba allí y que no había dormido en la cama que le había preparado.

Cuando subió su primera taza de té a Mrs. Chalmers-Robinson, ésta estaba completamente soñadora, muy divertida, y peinada de distinta manera.

—Las personas se ven a veces obligadas a obrar contra su naturaleza, Ruth. Usted no puede comprenderlo, ¡usted es demasiado buena para eso!

—¿Cree usted? —dijo Ruth sorprendida.

Y de repente Mrs. Chalmers-Robinson se puso casi imperceptiblemente, casi inconscientemente, a acariciar la mano de la muchacha que la retiró. Ambas se sintieron embarazadas por un momento, y después olvidaron lo que había pasado.

Otra vez, Mrs. Chalmers-Robinson declaró:

—¡Creo de verdad que sólo soy feliz con usted, Ruth!

Pero Ruth se afanaba en cualquier tarea.

Fue poco tiempo después cuando un nuevo repartidor llevó el hielo. Fue dando tumbos por los escalones que conducían a la cocina una mañana que la lluvia había limpiado muy temprano, sin borrar pese a todo, el olor de los gatos nocturnos y el de las lantanas.[57]

—¡Hola! —dijo el nuevo repartidor—. ¿Dónde se pone esto?

Ethel, que siempre estaba de mal humor por las mañanas, y sobre todo cuando tenía que preparar algún plato caliente para la comida, no levantó los ojos y dijo:

—Enséñaselo tú.

—Sí —dijo Ruth—. La nevera está allí, en el trastero de la cocina, y existe otra en el pasillo, cerca de la despensa. ¡Tenga cuidado con los escalones!

El repartidor atravesó la despensa en donde Ethel leía la página de los ecos de sociedad bebiendo una

taza de té. De las manos del hombre colgaban unos garfios de acero cuyo peso estaba agravado por dos bloques de hielo que parecían tener encerradas en su interior gotas de lluvia.

En aquel momento hubo de dejar caer uno de aquellos bloques, que rebotó sobre el suelo. Pequeños pedazos de hielo se desparramaron por todos los rincones. Ethel estaba furiosa y Ruth intentó calmarla.

—Ya vale, Ethel, voy a buscar el recogedor y todo estará limpio en cinco segundos.

El repartidor recogía ya los pedazos más grandes. Sus manos eran delgadas y verduzcas a causa de manejar todo aquel hielo, pero no parecía molesto por su torpeza, y dijo intentando bromear:

—¡Menos mal que no se ha caído en los pies de la cocinera!

Pero Ethel le replicó:

—Ya está bien, ¿no? —Y al tiempo se ocultó tras su periódico sin dignarse mirarle.

Ruth se alegró de poder conducirle hasta la nevera.

Él tenía uno de esos rostros curtidos, demasiado alargados y demasiado delgados, que le recordaba el color de las viejas monedas de bronce. Era grande, sólido, con ojos hundidos, y llevaba una vieja camisa verdosa de la que colgaba un botón. Le hubiera gustado cosérselo.

—¡Ya está! —dijo cerrando la nevera—. Y el sábado doble ración.

—¡Si todavía estoy aquí el sábado!

—Pero usted apenas acaba de empezar, ¿no?

—Ésa no es una razón para que me guste el oficio. ¡Hielo!

—Oh, no, claro... —dijo ella.

Atravesaban de nuevo la despensa, en donde el hielo medio fundido formaba ya charcos. Ella repitió:

—¡No, claro que no! Pero si está me lo trae.

Sintió deseos de mirarle de nuevo a la cara: tenía un tipo de rostro que la intimidaba, tanto que le revelaba que ella misma era diferente de lo que ya sabía, tan diferente como la mantequilla del cuchillo. Pero hubiera continuado contemplando aquel rostro si no se le hubiera anticipado. Se le imaginaba sin sombrero. Le gustaban los hombres morenos.

—¡Va a caer agua! —dijo el repartidor.

—Tiene todo ese aspecto —respondió ella, mirando el cielo como si acabara de descubrirlo.

¡Había que decir algo!

—Sí, ¡qué tiempo más loco!

Ella estuvo de acuerdo.

—No se sabe si va a hacer bueno o malo.

Desde lejos le hizo un gesto con la cabeza, y de pie sobre la escalera ella creyó perder el equilibrio al mirar alejarse al nuevo repartidor, cuya vieja camisa tenía todas las costuras descosidas.

—Creía que ibas a limpiar esa porquería —gruñó la cocinera.

—Sí, voy a buscar el recogedor.

—¡Ahora lo que necesitas es un cubo y una bayeta!

Aquella tarde, mientras esperaba que su señora acabara de arreglarse, Ruth Joyner se dirigió al espejo de la coqueta y declaró:

—Hoy ha habido un nuevo repartidor de hielo.

—¡Ruth! —protestó Mrs. Chalmers-Robinson—. ¡Y yo que he necesitado ser ayudada a subir!

En efecto se sentía completamente débil, y además tenía jaqueca.

—¡Necesito pensar en otra cosa! ¿comprende? —dijo plegando la frente.

Le hubiera gustado bajar una escalera, con un vestido bordado, por ejemplo, y sentir la caricia de las plumas de avestruz sobre sus brazos desnudos. Sus piernas continuaban siendo excepcionales, pero sus brazos la inquietaban.

—Cuénteme algo hermoso, algo extraordinario, o incluso, si quiere, algo espantoso —suspiró Mrs. Chalmers-Robinson.

De repente sintió miedo de haber ofendido a aquella bobalicona, por la que sin duda tenía un afecto como el que nunca podría dar.

Ruth decidió callarse, pero sonrió. La vigorosa nuca del repartidor sobre el cuello de su camisa verdosa, permanecía ante sus ojos; si no se aferraba a aquella imagen, era porque su educación la hacía temer que aquello era un pecado, aunque el recuerdo continuó parpadeando ante su memoria.

A la mañana siguiente, como el estado de ánimo de su señora no había mejorado, Ruth fue enviada a la farmacia. Cuando regresó, después de haber subido el paquetito, no pudo evitar mirar la nevera. La doble ración del sábado ya estaba allí. Ella se encontraba prisionera en el corazón de aquellos dos días interminables, en los que nadie la habría escuchado, aunque ella hubier pedido ayuda.

En su necesidad de compañía, se acercó a la cocinera que preparaba algún misterioso plato en un puchero.

—¿Qué es lo que haces? — preguntó Ruth a quien sin embargo aquello no le interesaba mucho.

—Esto se llama un liayzong —contestó Ethel con un aire superior, manifiestamente poco dispuesta a dar explicaciones.

El domingo por la tarde Ruth fue a la iglesia. Estuvo triste y melancólica, no tuvo ganas de unirse a los cánticos, perdió un guante y se marchó.

El lunes descendió alegremente muy temprano, recién almidonada, ya que creía haberle oído.

—¿Qué tal? —dijo el repartidor de hielo.

—¿Sigue siendo usted?

—¿Cómo yo?

—Creí que se habría hartado.

Él se echó a reír.

—¡Me harto de todo!

—¡Venga, venga! —dijo ella, incrédula.

Lanzó una ojeada hacia su camisa.

—Ha perdido el botón que le colgaba.

—¡No vale la pena molestarse por un simple botón!

—Yo hubiera podido cosérselo —dijo ella.

Pero él dejó caer el hielo en la nevera y se dio la vuelta.

A partir de entonces, casi todos los días se encontraba allí, al mismo tiempo que el repartidor de hielo, y no siempre lo hacía a propósito; parecía suceder naturalmente. Una vez, él le enseñó la carta de un compañero que fundaba una empresa de transportes entre la ciudad y los alrededores, y que le proponía se asociara con él. Vio por el sobre que se llamaba Mr. T. Godbold.

Un día él le preguntó si estaría libre al domingo siguiente:

—¿Qué le parecería si diéramos una vuelta en ferry?

Se puso su sombrero nuevo, uno voluminoso del que se sentía orgullosa, pero en seguida comprobó que no estaba a la moda. Compraron naranjas y las chuparon hasta la piel, al sol, sobre un pequeño promontorio rocoso que emergía del aguaverde de la bahía. El barrio estaba todavía muy poco edificado,

y ella tenía la impresión de no haber estado nunca tan lejos del mundo y tan cerca de otro ser. Sin embargo no era malo, era completamente natural. Cerró los ojos a medias ante el sol, y dejó envolverse por su presencia.

En el curso de la conversación, cuando hubieron tirado las cáscaras de las naranjas, cuyo olor le molestaba desde hacía un tiempo, le oyó decir:

—Nunca he tratado a chicas de tu clase. Tú no eres mi tipo, ¿sabes?

—¿Cuál es tu tipo? —preguntó, mirando el cierre de su bolso, cuyo niquelado había empezado a desgastarse, dejando al descubierto el metal ordinario.

—¡Uno un poco más llamativo!

—Tal vez podría cambiar.

¡Cómo se revolcó de risa! Su garganta parecía a punto de estallar.

—¡Nunca he tenido una amiga tan buena como tú! -dijo riendo.

—¡Yo no soy tu buena amiga! — corrigió fijando su mirada oscura en el agua.

Él creyó ver claro su juego.

—Eres un poco perversa.

Colocó aquella mano que Ruth conocía íntimamente a fuerza de haberla mirado tantas veces, en su cadera, sobre su falda, pero ella se incorporó bruscamente, confundida, tomando conciencia en el acto de la distancia que no podía mantener entre ella misma y ciertos seres.

—¿Tienes religión? —preguntó él.

En aquel momento le hubiera gustado vivamente estar sola.

—No sé qué es lo que entiendes por tener religión, no sé cómo son los demás.

Él se calló; felizmente, ya que ella no habría podido soportar sus reflexiones sobre lo que en sí misma había de más secreto.

El se puso a tirar piedrecitas al mar, una ojeada hacia su traje de chaqueta demasiado ceñido para la época.

Se preguntaba qué es lo que le había pasado para acceder a salir con aquella estúpida. Aunque hubiera respondido, no habría merecido la pena estropear un domingo por la tarde con semejante polichinela.

Acabó por refunfuñar:

—Vamos a perder el ferry.

—Sí...

Permaneció sentado con un aspecto de mal humor. Rodeando sus rodillas con sus brazos, se balanceaba de adelante a atrás, sin preocuparse lo más mínimo por ella. Ésta, más tranquila, esperaba.

Mientras le observaba la muchacha, el hombre sentía esas vagas amenazas que los segundos suscitan a veces del fondo de su abismo. Aunque entornaba los ojos, en apariencia, para resistir a la desintegración de la luz y del agua centelleante, lo que en realidad temía era el hundirse en la noche de su propio cráneo, derivar como un cohete verde en el laberinto de su memoria.

El verle abarquillarse tan bruscamente dio a Ruth ánimos para hablar.

—¡Eres un muchacho gracioso! Creía que se nos iba a escapar el ferry.

No pudo evitar el darle unas palmaditas en la espalda, pues era su gesto más natural.

—¡Qué de polvo y ramitas de pino! —decía a media voz.

Se agitó para separarse, y se puso de pie de un salto, pero aún sentía su contacto. La dulzura siempre le hacía estremecerse. Sus pensamientos le hacían daño a menudo, y eran los más sencillos los que

calaban más hondo, por ejemplo la imagen de una mano con una herida, sacudiendo un traje, dibujando cualquier cosa, un poco de pasta seca alrededor de las junturas artríticas.

Pero estuvo muy contento todo el camino de regreso, y una o dos veces la cogió del brazo para enseñarla algo que atraía su atención: un yate, un pájaro, o las atormentadas ramas de un árbol. En varias ocasiones miró su rostro bien de frente, cuando sus propios pensamientos eran los más apacibles.

En todo caso sus rasgos se habían suavizado; se sintió contenta y se atrevió a proponer:

—Podría salir alguna otra vez contigo, Tom. ¿Quieres?

Él era prisionero de su sencillez y se vio obligado a responderle «sí», sin ocultarle no obstante que no se sentía apenas obligado.

Cosa curiosa: ella no se entristeció. Sonreía al sol entonces soportable, y sentía todavía el olor de las naranjas.

Fue la implacable sucesión de las mañanas la que mató su esperanza y la volvió morosa, y también el ruido de la tapa de la nevera, lo que a veces conseguía evitar el repartidor del hielo.

—¡Ese repartidor es un molesto! —decretó un día la cocinera.

Ruth no respondió.

—No tiene usted buen aspecto —dijo un día su ama, tumbada sobre un sofá, cuando la muchacha le llevó como de costumbre su café sobre una bandejita de plata del siglo XVIII.

—Espero que no será nada grave.

—Siempre estoy por el estilo —respondió Ruth con una mueca.

Pero tenía un granito traidor en la barbilla.

—Debería leer la Ciencia Cristiana —dijo Mrs. Chalmers-Robinson—. ¡No puede imaginar el consuelo maravilloso que es!

Las opiniones y los entusiasmos de los que la rodeaban resbalaban sobre los bajados párpados de Ruth. Sin embargo le gustaba que la gente tuviera sus ideas; sonreía dulcemente como para animar a aquellas necesidades de sus espíritus complicados.

—Carezco de educación —respondió aquella vez.

—Basta con comprender —añadió Mrs. Chalmers-Robinson— ¡Y eso no siempre tiene que ver con la educación, más bien al contrario!

Pero Ruth permanecía lejana.

Entonces su señora no pudo evitar decirle:

—¿Se molestará si le doy algo?

La condujo al cuarto de baño y la ofreció una botellita que, según explicó, contenía una mezcla de ginebra y aguardiente excelente para las erupciones.

—Basta con frotar bastante fuerte. Es infalible —dijo.

El grano de Ruth comenzaba a inquietarla seriamente.

—Sé perfectamente que al menos en mi caso, va a decir que la Ciencia Cristiana debería ser suficiente...

Aquí, Mrs. Chalmers-Robinson suspiró.

—Pero cuando tenga mi edad, comprenderá que no hay que escatimar nada para llegar a un resultado.

Ruth aceptó la botella pero no observó ninguna mejora. Sin embargo su señora le aseguraba que estaba mejor.

De cualquier forma, poco después, una mañana, la piel de la muchacha apareció de repente lisa y

sana. Aquella trémula voz que tanto fastidiaba a Mrs. Chalmers-Robinson, se puso a cantar un cántico sobre la redención.

—¿Le gusta cantar eso?

-i Oh, sí, me encanta! —respondió Ruth mientras sacaba brillo a un objeto.

Explicó que el domingo iba a la playa de Bondi, con alguien.

Las pulseras de Mrs. Chalmers-Robinson tintinearon.

—Me alegra saber que tiene una amiga —dijo—. ¿También ella es sirvienta?

—No. Se trata del repartidor del hielo.

—¡Oh! —respondió Mrs. Chalmers-Robinson plegando los labios.

El domingo, cuando Ruth estuvo preparada, la dueña de la casa pareció un poco nerviosa, sus ojos estaban más brillantes que de costumbre, sus labios que había pintado con una ligera línea malva como para impedirles trasponer los límites permisibles, parecían una flor escarlata.

—Que lo pase bien, Ruth —dijo animosa y alegre, antes de sumergirse en la Ciencia Cristiana.

«Dios es incorporal —leía—, divino, supremo, infinito. Es Espíritu, Alma, Principio, Vida, Verdad, Amor.»

Mrs. Chalmers-Robinson leía esforzándose en transformar «sus pensamientos egoístas y duros» y convertirse en «una criatura nueva».

Ruth esperaba en un rincón del parque. Esperaba y, pese a sus sólidos talones, sus piernas no la sostenían. Los domingos todas las personas que caminaban por las calles iban acompañadas. Iban a cenar a casas parecidas a las suyas, o a alguna playa con el enamorado. Cada vez que alguien llegaba, Ruth miraba el reloj, para mostrar que también ella esperaba a alguien.

Cuando por fin llegó Tom —se había retrasado a causa de dos tipos con los que se había encontrado— era ya tarde, pero ella estaba tan contenta que la alegría la embelleció.

¡No, no! No había esperado mucho.

Cuando llegaron a la playa de Bondi, la luz ya declinaba. Comieron frituras y salchichas. Parecía que Tom había bebido ya demasiada cerveza.

—He estado a punto de no venir —le confesó—. Los dos tipos con los que me encontré querían que fuera a emborracharme con ellos. ¡Han bebido para un montón de domingos!

—Entonces, es una lástima que estuvieras citado conmigo.

Lo dijo, naturalmente, sin amargura ni burla.

—¡No tenía otro remedio que venir!

—Más hubiera valido no hacerlo.

—¡Pero, si quería venir!

Y luego, dulcemente, tras un silencio:

—¡Quería venir!

—Preferiría que siempre me dijeras la verdad —dijo ella.

El se puso a pinchar el mantel con el tenedor.

—¡Por favor! Hablas como una madre de familia.

Hacía agujeros en el mantel, y la camarera comenzaba a mirarles.

—¿Tu madre no hablaba así?

—Murió cuando yo era muy pequeña — dijo Ruth—. Pero me quedaba mi padre. Era severo, sí, pero le quería mucho. Por eso me marché.

—¿Porque querías a tu padre?

—Es malo amar demasiado a alguien. Una especie de pecado.

—¡Pecado!

El desprecio le hizo resoplar pellizcándose las narices, esas bellas narices que ella a veces no podía dejar de contemplar.

Su gesto de desprecio no duró. Conocía bien la razón, que era precisamente lo que le atraía de ella: aquel lado inquebrantable que sin embargo él deseaba vencer.

Después de esa discusión, pagó en la caja y salieron. Marcharon a lo largo de la playa, evitando en la oscuridad algunas formas sombrías, atravesando la arena densa y hundidiza para llegar a la parte más dura que bordea el mar.

—Si no tienes cuidado te mojarás los pies —la advirtió.

Las espumosas olas se lanzaban cada vez más altas, pero ella no quería dejarse hipnotizar pese a su belleza. No habría visto en ellas más que imprudencia. Por un momento tuvo la impresión de que guiaba a todos sus hermanos y hermanas, así como a sus hijos que aún no habían nacido. No se preocupaba apenas por ella, y entonces le dejó que la tomara del brazo. Caminaban tranquilamente en el lazo indiferente de la amistad, sobre una arena que ya no se distinguía. Finalmente el cansancio disminuyó su paso. Sus piernas vibraban como hilos de metal. Aquella placidez era agradable pero peligrosa, y cuando él la propuso que se sentaran, ella continuó de pie.

Y luego, de repente, Tom cayó de rodillas, rodeando con sus brazos la cintura de Ruth. Por primera vez sintió contra su cuerpo el temblor desesperado de un ser que se abandonaba. Si la cabeza del hombre no se hubiera agitado por la noche, no habría pensado en un corcho sobre las olas. Pero, en aquella ocasión no se habría arriesgado a apoyarse contra aquella fuerza que podía aplastarla bajo su peso, de igual forma que resistía la tentación de tocar sus espesos cabellos, por miedo a que se enroscaran alrededor de sus dedos y contribuyeran a su perdición.

Entonces, a modo de protesta, se puso a llorar dulcemente. Su boca se deformaba, se transformaba. Soportaba sobre sus piernas el peso de los dos. Pero no se atrevía a preguntar el tiempo que podría durar aquello.

—No, no, Tom... —murmuraba ella con una voz que parecía salir de una concha marina.

Cuando se dejó caer en la oscuridad, una risa estrangulada se sintió a lo lejos, más allá de cualquier unión carnal. En las espirales de sus oídos escuchaba a las olas formarse y romper sobre la playa.

Y después la arena rozó su espalda. También la arena pareció animarse por debajo de ella, pero con la pasiva indiferencia de la arena. Mientras que los dos seres luchaban y se debatían, sólo se agitó la superficie de la arena, áspera y helada. La muchacha mantenía alejada de sí la cabeza del hombre, aun cuando en aquel momento hubiera querido estrecharla contra su pecho. En su angustia lanzó, como se lanza un puñado de arena:

—¡Me casaré contigo... Tom!

—¡No es posible! —gruñó éste furioso.

¡Lo habría apostado! Había conocido a muchas mujeres. Pero aquella salida le dio una excusa para interrumpirse, sin verse obligado a reconocer su falta de éxito.

—¡No sabrías la carga que ibas a soportar!

—¡Lo haría de buena gana!

El se sintió de nuevo derrotado por aquella honradez que era una de las mayores cualidades de Ruth, y entonces, como después, intentó escapar a su amenaza.

Muy dulcemente pretendió por todos los medios de una estrategia deshonesta alcanzar ese centro que le irritaba. Pero ella cogió su mano y la colocó sobre su ardiente mejilla.

—¿Qué pasa, Tom? ¡No es que no te quiera!

Se dio cuenta de que comenzaba a estar muy fatigado. Dejaba caer todo su peso sobre ella, la cabeza sobre su cuello, demasiado cansado para experimentar aún la amargura.

Fue sólo entonces cuando ella le dejó que la tomara, en una posesión medio torpe, medio vergonzosa, de cara a su amor más maduro. Su amante le dejó tenerle contra su pecho, y ella le sostuvo sobre aquel mar sombrío en el que flotaba aquel cuerpo aplacado por un misterio que él ni siquiera podía intentar comprender.

Más tarde, tumbado a su lado, dijo apartando los cabellos húmedos de las sienes de Ruth:

—Tal vez has ganado, Ruth. No sé cómo ha sido.

Ella no se movió y continuó acariciando con una mano seca y rugosa la piel mojada del hombre.

—No era mi idea casarme, pero después de todo... ¡Sin embargo será duro para los dos!

Ella se puso a besar el dorso de la mano que él retiró.

—¡Hacer eso una mujer honesta! Porque supongo que para ti esto será un pecado, ¿no?

—Hemos pecado los dos —respondió ella con una ternura soñadora que al mismo tiempo la llenaba de horror.

Se incorporó y pequeñas perlas de sudor se pusieron a deslizarse entre su piel y su camisa, alcanzando el punto más secreto de su conciencia. Se mantenía erguida y la oscuridad hubiera podido ser el respaldo de un banco de iglesia contra su espalda. En su memoria surgían las voces de los viejos pilares de su propia salvación que la condenaban.

—¡Los dos! ¡Los dos! — repetía con la boca húmeda que le producía un intenso frío.

—¡Yo no! —respondió él riendo.

De nuevo la cogió por la cintura y, cosa terrible y deliciosa, ella se dejó hacer. Apoyó su cabeza en él, e incluso sus lágrimas tenían un aspecto de voluptuosa plenitud.

—Pero si fuera necesario yo soportaría todos tus pecados, Tom. ¡Sí, éste y todos los demás!

Se quedó inmóvil, casi horrorizado por lo que representaba para ella.

—No comprendo por qué sufres de esa forma —dijo con un aire de reproche—, ya que has tenido lo que querías.

Pero no podía saber todo lo que ella había perdido.

—No, no sufriré más —dijo ella—. Pero ahora tenemos que irnos. Ayúdame a levantarme.

Ruth había sentido en seguida que su amor existía en ella en dos planos, y uno de ellos jamás sería alcanzado por Tom.

Cogieron el camino de regreso. Una o dos veces ella hubo de aguantar lo que sentía subir por su garganta oprimida; una o dos veces se atrevió a levantar la vista, esperando casi leer su condenación en letras formadas por las estrellas.

Poco después —no podía ocultarlo eternamente —dijo a la cocinera que iba a casarse.

—Con Tom Godbold, el repartidor de hielo —se atrevió a confesar.

—Bueno —dijo Ethel—, ¡que te crees tú eso!

Pese a las predicciones de la cocinera, el repartidor hacía a menudo alusión a su promesa.

—¿Y con lo que él gana vais a vivir los dos? —preguntó a la futura esposa, esperando oír la confirmación de sus perspectivas de una existencia miserable.

—¡Oh, no! —respondió Ruth—. Él deja su empleo. Vamos a vivir en las afueras, en Sarsaparrilla. Tom va a montar un negocio con un compañero que es transportista.

—¡Un compañero! —dijo Ethel.

Pero todo parecía arreglarse, y llegó el momento de advertir a Mrs. Chalmers-Robinson, la que,

naturalmente, ya estaba al corriente.

Durante las últimas semanas había tenido tiempo para ejercer su intuición sobre lo que podía sucederles a sus amigos. Desde los fracasos financieros de su marido, raros eran los que no la evitaban por consideración a ella. Parecía como si todas sus relaciones se hubieran puesto de acuerdo en que estaba demasiado enferma para recibir visitas. Ciertamente, a falta de sinceridad, se necesita un cierto don para transportar la música ligera de las amistades superficiales en el registro que conviene a los reveses de la fortuna, y las señoras no tenían este don, o esta virtud, y se absorbían en los escaparates o cruzaban la calle cuando veían acercarse a la causa de su embarazo. Jinny Chalmers se pintó más vivamente los labios y se sumergió en la Ciencia Cristiana.

Una o dos veces se la vio cenar con su marido en restaurantes caros, pero las personas de experiencia sabían cómo interpretar eso. Los Chalmers-Robinson organizaban sus encuentros en lugares públicos a fin de que cada cual, en cierto sentido, estuviera protegido de las acusaciones del otro y no verse así complicado.

No obstante, la mayoría del tiempo, Mrs. Chalmers-Robinson permanecía sola en el marco apolillado de su casa, que seguía siendo suya gracias a alguna astucia jurídica. Había sido muy complicado y fatigoso. Ahora todo estaba más o menos terminado, descansaba buenos ratos tumbada en el canapé, y poco a poco aprendió a penetrar desde lejos en la vida de sus amigos. Se dio cuenta de que sabía muchísimo más de lo que creía. Si hubiera sido capaz de amar, la compasión habría podido compensar esas intuiciones que, la mayor parte del tiempo, la hastiaban o inquietaban.

Salvo en lo que concernía a su criada, Ruth Joyner.

Aquella vez se conmovió de lo que supo por su intuición. Hasta un cierto punto su afecto la hizo sufrir con la muchacha, o bien es que quizá se había aplacado por la sensualidad de segunda mano que había experimentado.

Cuando Ruth la informó de su próximo matrimonio, ella respondió:

—Espero que sea muy feliz, Ruth.

¿Qué otra cosa podía decir? Sus palabras eran palabras muertas, pero la forma y el color de los sentimientos era irreprochable, como las hortensias verdes de la última floración que son más apariencias que verdaderas flores y cuyos semejantes se apasionan en protegerlos de los golpes.

—He sido feliz aquí —respondió Ruth sinceramente.

—Lo deseo — dijo su ama—. En cualquier caso nadie se ha portado mal con usted.

No obstante no podía dejar de pensar que nadie se podía portar mal con una calabaza, si no es para pelarla, y llegó más lejos:

—Yo me pregunto si su marido no se portará mal con usted.

Ella se sintió vibrar vivamente al disparar su flecha.

Ruth vaciló. Cuando habló lo hizo con una voz un poco ronca.

—No sé cómo será él —dijo lentamente—. ¡No espero una existencia fácil!

Mrs. Chalmers-Robinson se sintió casi contenta. Aquellas palabras la aproximaban a aquella muchacha de piel espesa y blanca, mejor de lo que nadie habría podido hacer. Y después le volvió el sentimiento de su soledad. En efecto ¡no se veía en absoluto estrechada junto al delantal almidonado de su criada! ¡Era cómico! O mejor, ¡vulgar!

Así pues se dispuso a desembarazarse de ella.

—Voy a tener que hacerle un regalo —dijo—. Voy a pensar en él.

—¡Oh, no, señora! —protestó Ruth enrojeciendo—. ¡Nunca he esperado ningún regalo!

Para ella, en efecto, la pobreza no era sólo teórica, era un hecho.

Mrs. Chalmers-Robinson sonrió. Aquella buena chica la hacía sentirse magnánima.

—¡Veremos! —dijo cogiendo de nuevo su libro para terminar con una situación que comenzaba a

fastidiarla.

Mientras cerraba la puerta, Ruth Joyner tuvo la impresión de que lo que ella hacía con toda su inocencia impulsaba a la gente a mostrar su lado peor. Si bien ella hubiera podido explicar cómo en algunos actos había dado suelta a lo que en sí había de más vulnerable, los demás quizás hubieran sido menos ásperos, pero se sentía incapaz de hacérselo comprender.

Por esa razón la casa comenzó a cubrirse de dardos que buscaban una diana.

—Algún día te hablaré, Ruth, del hombre con el que no quise casarme

—dijo la cocinera que añadió—: Después eso recae sobre los hijos.

—Mis hijos serán perfectos —se atrevió a afirmar Ruth Joyner—. No tendrán nada que temer. Yo les cuidaré.

Y al mirarla la cocinera se decía que, después de todo, era muy posible.

Y luego, unos días después, sonó el timbre de Mrs. Chalmers-Robinson. Se había ido a acostar temprano después de haber cenado un huevo pasado por agua. Ruth subió a la habitación de su dueña, de la que, comprendía, se había distanciado.

—Ruth —comenzó Mrs. Chalmers-Robinson—. Francamente, me encuentro triste. Hay algo que me atormenta. O mejor, todo me atormenta. En su opinión, ¿por qué ha caído todo esto sobre mí? Usted sabe perfectamente que soy la última persona a la que se puede pedir que lleve cargas.

Hizo un gesto de arrancarse la cabeza, pero sus manos sólo se encontraron la raíz de sus cabellos, que necesitaban tinte.

¡Era evidente que Mrs. Chalmers-Robinson había bebido un vaso o dos!

—Siéntese —dijo, ya que ésa era la costumbre.

Pero Ruth permaneció de pie. Jamás había permanecido frente a las personas de buena sociedad de otra forma que sobre sus dos piernas.

—Ruth —continuó Mrs. Chalmers-Robinson—. Creo que la Ciencia Cristiana —sobre todo no se lo repita a nadie— la Ciencia Cristiana me ha decepcionado un poco. No se dirige a mí personalmente, si comprende lo que quiero decir.

Se golpeó el pecho con algunas de las alhajas que le quedaban. En aquella luz, su piel parecía recubierta por una finísima pelusilla gris.

—Necesito algo personal. ¡Tanta religión! ¡Necesito algo que pueda llegarme, pero nada que puedan quitarme! ¡Perlas no, ah, no! ¡Las perlas es lo primero que te quitan! ¡Ni hombres! ¡A los hombres no les gusta ser tocados! No es un secreto que necesitan tocar. Déme la mano, pequeña.

—Lo que necesitaría es una aspirina y una taza de café cargado

—declaró Ruth casi severamente.

—¡Me pondría enferma! ¡Ya lo estoy! —dijo Mrs. Chalmers-Robinson estremeciéndose.

Su boca marchita no era ya más que algo pálido y arrugado.

—¿Cree usted, Ruth? ¿En qué cree usted? —preguntó.

Sin embargo no quería escucharlo, sino únicamente saberlo.

—Pero, señora —gritó la muchacha—, ¡no se puede cecir en qué se cree!

Y lamentándolo se vio obligada a soltar su mano.

Entonces la mujer tumbada en la cama, que hubiera dado cualquier cosa por saber algo de la religión de Ruth —cuyos ojos se salían de las órbitas— comprendió que también se había cerrado aquella torre de marfil. Mostró sus dientes y se puso a llorar.

Aunque estaba firmemente sujeta a la alfombra, la criada, de blanco, pareció vacilar. La luz se reflejaba en sus puños relucientes, pero lejos de calmarla como antes, aquello la hería y la cegaba.

—Y aunque yo se lo dijera usted no comprendería quizá nada —intentó explicar la muchacha—. Cada cual ve las cosas a su manera. ¡Necesita una encontrarse completamente sola! —exclamó arrancando esas palabras de su impotencia.

—¡Dígamelo! ¡Dígamelo, Ruth! —suplicó Mrs. Chalmers-Robinson.

Entonces estaba llorosa en su impotencia y dispuesta a mortificarse mortificando a otra persona.

—¡Dígamelo! —suplicó su boca húmeda con un aire zalamero.

Uno de sus senos se había salido de su camisa.

—¡Oh, Dios mío! — exclamó Ruth— .¡No nos atormentemos nosotras mismas!

—¡Me gusta eso! —gritó la mujer en una crisis de súbito furor—. ¿Conoce usted lo que son los tormentos?

Ruth se tragó de nuevo su sorpresa.

—¡Verla sufrir así y no poder hacer nada!

Para ella todo era sencillo.

—¡Dios mío! ¡Si hasta los mismos santos son impotentes! —dijo Mrs. Chalmers-Robinson cuyos dientes a veces eran espantosos de contemplar.

—Es cierto que soy ignorante —admitió la criada—, y que estoy perdida si no puedo servirme de mis manos, pero cuando pienso en lo que usted me ha pedido, siento vergüenza por usted y por mí.

Parecía emanar un fuego que iluminaba más claramente los rasgos de su rostro.

Cuando la mujer hubo comprendido que no había conseguido ni violarla ni humillarla, cayó hacia atrás con el rostro deformado por las lágrimas. Cerraba los ojos tan fuertemente como podía, pero sus palabras salían con un disgusto lacio y espasmódico, del que quizás ella misma era la causa.

—¡Váyase! ¡Salga! No puedo más. ¡Dios mío! ¡Todo me da vueltas!

Golpeó sin detenerse la cabeza contra su almohada demasiado caliente.

—No lo haga, señora —dijo Ruth Joyner que se disponía a obedecer sus órdenes—. No recuerde la mitad de las cosas que he dicho. No hay motivo para disgustarnos. ¿No es cierto? —murmuró bajo su cofia almidonada—. Cuando haya echado un buen sueño...

Y le tocó el brazo una vez, por piedad, antes de irse.

Después de aquella escena y hasta su matrimonio con Tom Godbold, Mrs Chalmers-Robinson estuvo muy fría con ella y se limitó a darle órdenes.

—Vaya a buscar mis guantes grises, Ruth —decía—. ¡No me diga que se ha olvidado sacarlos! ¡A veces me pregunto en qué pasarán su tiempo todas ustedes!

O bien:

—¡Estoy completamente amarilla! ¡Como un membrillo! En fin, hoy no puedo hacer nada. Llame a un taxi.

Aquel día Mrs. Chalmers-Robinson se dirigía a la asamblea general de una nueva sociedad formada en el momento en que su marido había tenido complicaciones, y de la que la habían nombrado directora. Pero Ruth, evidentemente, no comprendía nada de todo aquello.

Desde la quiebra, sólo había visto una vez a Mr. Chalmers-Robinson. De pie en una acera, comía cacahuetes de una bolsita. Su traje, menos impecable que en otros tiempos, estaba no obstante muy cuidado. Ahora tenía un cómico tic y no la reconoció. Sin embargo estaba tan cerca de él que hubiera podido ver las palabras formarse sobre sus labios.

Parecía bastante despreocupado. Al descubrir una mancha en un cacahuete, lo escupió con aire ausente.

Ruth siguió su camino, impulsada por la piedad y el respeto, con las mismas precauciones que habría

tomado en presencia de una persona dormida o de un muerto.

Por fin, un hermoso día, Ruth, con su espantoso sombrero sobre la cabeza, se encontró en el salón, delante de su señora. Su maleta había salido ya aquella misma mañana. La ceremonia habría de tener lugar a media tarde.

Era evidente que Mrs. Chalmers-Robinson había decidido estar agradable en la despedida, y gratificar a Ruth, si no con un gran cheque, al menos con un agradable recuerdo. Se negó por completo a asistir a la boda en la siniestra iglesita. Aquel tipo de cosas la deprimía, aunque se efectuaran con todo lujo. No obstante intentó aportar a aquella torpe novia una bendición sentimental pero de buen gusto, y había elegido para la ocasión un bonito traje muy sencillo. Se había perfumado, y Ruth sin duda no podría olvidarla nunca. Cuando acogió a su doncella sentada en el sillón Luis XV, la seguridad o quizá la indiferencia habían devuelto a su piel su elasticidad. Incluso a la cruda luz del mediodía, la raya de sus cabellos era impecable, blanca, recta y decidida. En cuanto a sus ojos, la gente intentaría describir su resplandor azul mucho tiempo después de que hubieran olvidado del todo a Jinny Chalmers, su casa, su quiebra, su divorcio y su última enfermedad.

Dejando tomar su mano blanca le decía a Ruth:

—Está un poco emocionada, ¿no?

Se echó a reír con una risa modulada que había copiado muy de joven a una actriz inglesa de gira por Australia. Ruth tosió. Estaba agradecida por todos aquellos detalles, pero se sentía incómoda porque su corsé nuevo y rígido la oprimía.

—Tengo ganas de acabar con ello, —confesó francamente.

—No vaya tan aprisa —insistió Mrs. Chalmers-Robinson—, ¡pero acabará de verdad en seguida!

Humedeció los labios antes de continuar:

—¡Cuántas de vosotras os habéis casado desde esta casa! ¡Todas corriendo para hacerlo! En fin, dicen que esto es lo normal.

En ciertos medios aquello hubiera parecido verdaderamente cómico.

Sin embargo, Ruth no podía apartar de sí algunos recuerdos melancólicos. Recordaba el paseo de ladrillos ante la casa de su padre, en donde había aplastado el tallo de las plantas y mientras intentaba ocultar su disgusto aquel perfume delicioso e intolerable que invadió sus narices en medio de personas que agitaban sus pañuelos en lágrimas de adioses.

—¡Oh, señora, espero que todo irá bien y que esa Violette le gustará! —balbució torpemente.

—¡Es bizca! —dijo Mrs. Chalmers-Robinson con un aire sombrío.

—La leche está sobre el hielo y el pan en la cesta, en caso de que tenga ganas de un bocadillo antes de que regrese Ethel.

En ese caso, ¡cierto!

Por fin llegó el último momento y Ruth se dio cuenta de que tenía un mechón en la boca. Se había despeinado sin su cofia.

Mrs. Chalmers-Robinson cogió las manos rígidamente enguantadas entre las suyas, más blandas y persuasivas.

—Adiós, Ruth. No eternicemos la despedida, ya que se convierten fácilmente en ridiculas.

Por esa razón y también porque la emoción estropeaba su maquillaje, no besó a su criada antes de que partiese. No obstante quizá lo hubiera hecho si las circunstancias hubieran sido diferentes.

—Sí —dijo Ruth—. Me esperan. Es mejor que me vaya.

Tenía una sonrisa estúpida, lo sabía, pero como le daba una continencia a ella se aferraba, no sin esfuerzo. Oyó el crujir de sus zapatos, uno tras otro, a medida que avanzaba sobre el suelo de madera al que había sacado brillo la víspera y casi reflejaba sus pensamientos. Un fuego artificial de luz y de brocado estalló en el último momento sobre su cabeza justo antes de cerrar la puerta del salón como

había aprendido a hacer.

De esta forma abandonó Ruth Joyner aquella casa, y se casó esa misma tarde, yéndose a vivir provisionalmente a una barraca de Sarsaparrilla. Comenzó a tener hijos, a hacer coladas y a alabar a Dios, ya que el acto más humilde, ¿no se vuelve explícito, inalterable e incluso glorioso a Su luz?

Mrs. Godbold estaba sentada en su silla en aquella misma barraca que de provisional se había convertido en permanente. Varias niñas se apilaban a su alrededor, aplacadas por su presencia, mecidas por las olas de su reflexivo pensamiento. Kate, sin embargo, se afabana en la cocina. Había aclarado la tetera, después de haber puesto a un lado las hojas de té para usos diversos. Con ayuda de una cuchara metálica, había dado la vuelta a la paletilla de cordero con autoridad, y en seguida se escaparon de las bocas y del plato aromas y suspiros, mientras las nuevas ramas crepitaban sobre las ascuas mortecinas, avivándolas. Los ojos no podían ocultar aquella verdad que el olor de los alimentos transformaba en una especie de borrachera.

Mrs. Godbold, incluso ella, se había sentido arraigada entre las estatuas de su pasado, y se puso a toser, a moverse, a agitarse, pero con precaución, con miedo a apartar de su lado a aquellas que habían sufrido el choque del furor conyugal. Estaba a punto de levantarse para volver de nuevo a su eterno cuerpo a cuerpo con las numerosas ocupaciones de las que, lo sabía, era inútil esperar liberarse algún día, cuando su hija mayor, Else, entró.

Else Godbold volvía a casa tarde. Desde que estudiaba secretariado, había aprendido a mecanografiar cartas de negocios y siempre estaba dispuesta a medirse con las demás, si bien por la velocidad, bien por la ortografía. En taquigrafía había hecho progresos: accedía a hacer dictados e incluso a veces conseguía releerlos. Iba a trabajar todas las mañanas y cogía el autobús para Barranugli a las ocho y cuarto, vestida de azul o rosa con adornos de plástico y su comida en la bolsa. Comenzaba a darse carmín en los labios como las demás jóvenes de la oficina. En equilibrio sobre sus altos tacones, sabía balancear su falda y sus enaguas con un aire que hubiera parecido provocativo si hubiera sido menos severo. Else Godbold era alguien cuando no estaban sus hermanas menores.

Cuando cerró la puerta de la barraca, que sólo se podía cerrar dando un golpe, se quitó los zapatos para estar más a gusto y se acercó a su madre.

—Mamá... tengo que decirte... Acabo de ver a papá.

Su tono era precipitado, casi dramático.

—¡Ah! —respondió su madre sin comprender del todo.

Mrs. Godbold, en efecto no dejaba nunca de mirar a su hija mayor, y ahora que el carmín de sus labios casi había desaparecido, Else, completamente animada y sin embargo fresca, evocaba para ella el recuerdo del heno y de las florecillas secretas, las bayas rojas bajo los árboles cargados de brotes o de hermosos frutos.

—Sí —dijo aclarándose la voz antes de continuar—. No hace mucho que tu padre ha salido.

—Y ya está borracho como una cuba —murmuró Else.

En efecto, en la barraca de los Godbold, a nadie se le había ocurrido nunca masticar las palabras.

Mrs. Godbold frunció el ceño, en un gesto habitual.

—Venía de casa de Fixer Jensen...

Else se negaba a ser más suave.

—Sin duda va a tomar el autobús —dijo Mrs. Godbold—. No estaba de buen humor; seguramente se va a la ciudad. ¡Tiene tanto que hacer!

—¡Eso te crees tú! —dijo Else. Y cuando comprendió que el tiempo es dinero, vaciló. Se sonrojó un poco y se inclinó como si hubiera querido apoyarse en su madre—. ¡Eso te crees tú! Iba a casa de los Khalil.

Else de repente se puso a llorar. El ruido pareció tanto más anormal cuanto más natural era, como era anormal ver a una secretaria tan eficaz actuar como una chiquilla.

Aquella vez Mrs. Godbold se levantó sin preocuparse por su parte.

—¿A casa de los Khalil? —dijo—. ¿De casa de Fixer Jensen?

Las niñas más pequeñas comprendieron que su padre había caído en el más profundo de los abismos. Else continuaba sollozando sin quitarse el traje de ir a la oficina. Algunas pensaron que sería bueno unirse a ella, pero no sabían cómo compartir su vergüenza.

—¡Venga, venga! —dijo Mrs. Godbold sorprendida en el momento en que precisamente necesitaba su sangre fría—. Tú, Kate, te ocuparás del cordero. ¡Else! ¡Else! ¡La casa es demasiado pequeña para ataques de nervios! Grace, ocúpate de la nena. ¡Dios mío! ¿Qué haces jugando con ese horrible clavo?

Hacía calor, incluso bochorno, pero Mrs. Godbold se puso su abrigo para sentirse más presentable, y su sombrero negro del domingo a modo de soporte moral.

La familia, consternada, observaba aquellos preparativos.

—Salgo —dijo la madre—. Quizá tarde un poco. Sed prudentes. ¡Else! ¡Else! Cuando te calmes te ocuparás de ellas ¿eh?

Else, secándose las lágrimas, asintió levemente, y Mrs. Godbold sonrió.

Ascendió el repecho que conducía a la carretera y que los pasos de su familia tantas veces habían recorrido. Torpe por naturaleza era una presa fácil para las zarzas, pero se liberaba de sus espinas y continuaba su camino, pues necesitaba llegar, aunque fuera en la noche que había comenzado a caer. Una vez se escurrió y sintió el olor de una boñiga de vaca. Otra vez metió el pie hasta el fondo de una lata de conservas. Chocaban botellas vacías con otras botellas vacías, y durante todo el tiempo la oscuridad dulce pero calurosa le lanzaba el rostro los nombres de Fixer Jensen y de Mollie Khalil, aunque sus rodillas de víctima vacilaban como estrellas.

Si hubiera vivido menos aislada, quizás hubiera tenido menos miedo, pero así le parecía haber emprendido la expedición a un planeta lejano. Fixer Jensen era un tema de bromas, incluso entre los ciudadanos lo bastante seguros de su virtud como para agitarse de vez en cuando en la marea del vicio.

—Hay que preguntárselo a Jensen —se decía dando con el codo en todo Sarsaparrilla, cuando uno quería emborracharse durante las horas de cierre, comprar algo en el mercado negro o conocer un dato para las carreras en último momento.

Fixer, con los dedos en la nariz, comenzaba por declararse incompetente, pero acababa por arreglarlo todo. ¿Quién no habría perdonado una cierta irregularidad de conducta a un hombre que hacía favores a todo el mundo, y que, además, ayudaba a los muchachos lisiados y amaestraba canarios? Sin embargo había un cierto número de personas que no apreciaban a aquel amable y en suma respetable tramposo. ¿Por qué no se ocupa la policía de meter en cintura a ese tipo? repetían. Lo que probaba que se trataba de ignorantes o idiotas, ya que nadie ignoraba que al menos dos concejales aceptaban los buenos oficios de Fixer. Además, incluso Mrs. McFaggott, la mujer del agente de policía, contaba con él para comprar de vez en cuando una botella, y sin su trago la pobre no habría podido cerrar los ojos a las ocupaciones de su hombre. Era pues, claro como el día, que la presencia de Jensen era necesaria y legal, y que continuaba obligando a los que se encontraban en algún apuro. Se había visto llegar a casa de Fixer a monjas con bolsas, niñas con coches de muñecos, y casi todas las tardes después del trabajo, y antes de que las mujeres reivindicaran sus derechos, un ruido de voces viriles unidas en cantos alegres agitaban la parra que ayudaba a mantener en pie la casa de aquel solterón.

Todo eso lo sabía Mrs. Godbold, si no personalmente, sí por lo que había oído decir, y se imaginaba a su marido en un estado...

Dispuesto a cantar como a lloriquear, era amargo y generoso al mismo tiempo, y estaba tan dispuesto a reclinar su cabeza sobre un pecho como a rompérsela contra una piedra. Ella habría soportado todo esto y algo peor, si hubiera podido atraparle por el faldón de la camisa en el momento en que, con la mirada turbia, trasponía vacilante el umbral de Jensen, pero, según Else, Tom se había ido a correr otras aventuras de tipo completamente diferente.

Los pensamientos de Mrs, Godbold la hicieron titubear en un extremo de la Alice Avenue, pero recobró el equilibrio y continuó, girando su alianza alrededor de su dedo para intentar darse una firmeza que no llegaba. Derramó algunas discretas lágrimas, lo que jamás habría hecho en pleno día, o en

público. Pero en las nocturnas calles de Sarsaparrilla, ella era menos una esposa y una madre que una idea fija con sombrero negro.

En ese estado llegó a la casa de Khalil, cuya discreción la sorprendió. Un trozo de la verja se quedó en sus manos cuando la abrió, pero eso son cosas que pasan. El mismo edificio se confundía con la noche, pero las ventanas eran de un amarillo del que nada se podía esperar, pese a la variedad de visillos que las ocultaban parcialmente, tapiz rojo, forros escoceses, tela marrón, e incluso unos viejos calzoncillos de algodón, colgados por los ocupantes para protegerse de los curiosos. En casa de Khalil reinaba el silencio, aunque cuando llamó Mrs. Godbold, el ruido retumbó y sintió que sus piernas se aflojaban.

Unos pasos se arrastraron de mala gana.

—¿Qué es lo que quiere? —gritó una voz por el resquicio de la doble puerta de tela metálica.

—Soy Mrs. Godbold —respondió en la oscuridad—. He venido a buscar a mi marido que debe estar en su casa.

—¡Oh! ¿Mrs. Godbold? —dijo una voz de mujer.

Hubo un silencio durante el cual sólo se escuchó el sonido de respiraciones y de mosquitos. Cada cual esperaba que el otro se decidiera.

—Mrs. Godbold —dijo por fin la mujer por el agujero de la puerta—. ¿Por qué ha venido aquí?

—He venido a buscar a mi marido —repitió Mrs. Godbold.

Era muy sencillo.

Pero la voz gemía y protestaba:

—¡Nadie ha venido nunca aquí a buscar a su marido! ¡Nadie!

Parecía molesta e indecisa por aquella falta de etiqueta. Detrás de la puerta que crujía, escucharon arrastrarse sus chanclas.

—¿Es usted Mrs. Khalil? —preguntó Mrs. Godbold.

—Sí —respondió la mujer tras un silencio.

El poderoso olor a jazmín lo envolvía todo, impregnando a la extraña. Unos gatos se restregaron contra su falda.

—¡Oooh! —protestó Mrs. Khalil—. ¡Cómo puede hacer usted cosas semejantes!

No debía ser una mala mujer. No cerraba la puerta, y sus gatos parecían bien alimentados.

—Entre, Mrs. Godbold. No sé que decirle, pero entre. No es culpa mía. ¡Nunca me ha pasado nada parecido!

Mrs. Godbold, no sabiendo qué responder, tosió y siguió a las chanclas de su nueva conocida, chanclas que resonaron a lo largo del pasillo, y luego penetraron en una habitación en desorden inundada de luz amarilla.

—De cualquier foma aquí estaremos mejor —dijo Mrs. Khalil que sonrió mostrando un diente de oro.

Mollie Khalil no era una mala persona. Irlandesa, claro está, ¡pero no era culpa suya! ¡E Irlanda estaba tan lejos! Algunos en Sarsaparrilla decían que era una mujer de mala vida, y quizá tenían razón, pero también era una mujer honesta para la que su trabajo valía lo que otro. Había vivido con un sirio y, cuando éste la dejó plantada, comenzó a prostituirse sin ocultarse, en una casita detrás del cuartel de los bomberos. Entonces había tendido la mano. Prefería su confort y un vaso de ginebra. Por otra parte, sus dos hijas, Lurleen y Janis ya eran mayores, y cuando estaban en un apuro iba a ayudarla una mujer de Auburn.

—Póngase cómoda —dijo Mrs. Khalil riendo—. Entre mujeres ¿eh? ¡Quítese su sombrero!

Pero Mrs. Godbold no se movió.

Mrs. Khalil llevaba bata de curioso diseño, suelta, bajo la cual las carnes nadaban a sus anchas y que ella activaba en lo que era evidentemente su cocina.

—Esta es Janis, mi hija menor, Mrs. Godbold —dijo. Rozó los cabellos rizados de la pequeña, como si se hubiera tratado de algo puesto allí por casualidad. Janis estaba ocupada en leer lo que su madre había dicho que era un libro. No levantó la vista, pero avanzó la mandíbula frunciendo el ceño. Estaba en camisón. Sus dedos desnudos se agitaban como los de un bebé.

—Siéntese —dijo Mrs. Khalil a Mrs. Godbold, quitando de una silla un vestido.

En un rincón era inexplicable todavía la presencia de un señor.

—Es Mr. Hoggett —dijo ella—. Espera su vez.

Mr. Hoggett no sabía qué decir, pero un murmullo salió de la parte superior de su camiseta.

Mrs. Godbold estaba sentada en una silla de respaldo tieso. Su búsqueda amorosa era siempre irresistible, pero ahora comprendía que era inexplicable.

Janis pasaba las páginas de su libro humedeciéndose la punta del dedo con un aire despreciativo. Estaba triste, pero conocía su valor.

—Precisamente —dijo Mrs. Khalil, considerando soñadoramente la visión que representaba su hija menor—, estaba a punto de discutir cuando usted llamó. Pero yo decía que la muerte es como todo lo demás, depende de lo que se arrastra a ella. Cada uno tiene su manera de irse. Pero ni Mr. Hoggett ni Janis han dicho nada todavía.

Mr. Hoggett no esperaba aquello. Volvió la cabeza y se rascó el ombligo a través de la camiseta.

—Mr. Hoggett ha perdido a su esposa —continuó Mr. Khalil con una sonrisa perdida.

—¡Vale, vale! —dijo Mr. Hoggett protegiendo su vida privada—. No he venido aquí para esto. ¡Hubiera podido quedarme en mi casa escuchando la radio!

Lanzó una mirada circular y acusadora que se detuvo injustamente sobre la inocente Mrs. Godbold.

Entonces la alcahueta protestó. Rompió varias cerillas que crujieron una tras otra.

—¿Le he prevenido, no? Es claro como el día. Janis no está libre. ¡Hay hombres que me dan ganas de vomitar!

Una vez encendido su cigarrillo, se puso a estremecerse bajo su vestido, mientras fumaba. El grueso vientre de Mr. Hoggett no se movía sobre la silla. Hubiera podido repantingarse si la cocina de Mrs. Khalil no hubiera estado llena de platos, de cestas, de montones de ropa blanca de mujer, de gatos y de un viejo hornillo de gas en el que se percibía un recipiente lleno de grasa de cordero.

—¡Perdónenos que la molestemos con nuestros asuntos! —dijo Mrs. Khalil a Mrs. Godbold.

Ésta sonrió ya que era lo que se esperaba de ella, pero aquella sonrisa no hacía juego con su rostro; parecía haberse extraviado, pertenecer a otra persona. La silla en que estaba sentada era tan dura que su espesa carne no conseguía servir en absoluto de cojín. Además, no se dejaba llevar.

Al mismo tiempo todo lo que no comprendía la atraía.

—Podría esperar fuera —dijo rápidamente, ya que sus intenciones, si alguna vez las había tenido, estaban entonces paralizadas.

—¡Oh no! —exclamó Mrs. Khalil—. El aire de la noche no es bueno; ¡podría coger algo!

La estatua que era Mrs. Godbold permaneció en su silla. Se preguntaba qué es lo que hacía allí, lo mismo que la mirada de un aficionado se interrogaría sobre el diseño de un escultor.

En el espantoso tufo de la cocina, los cuerpos se dilataban. Mrs. Hoggett había sido el primero en experimentar una buena dosis de emoción, y ahora se había puesto a reír mostrando todas las encías, quizá porque se sentía seguro de su derecho. Asestó una palmada sobre sus gruesos muslos y preguntó a Janis:

—¿Es bonito tu libro, preciosa?

—¡No! —dijo Janis.

Hacía varios días que se había pintado las uñas, y el barniz se caía. Lo que estaba leyendo, siguiendo

las líneas con el dedo, era evidentemente serio.

—Ya lo ves, mamá — exclamó—. ¡Te lo había dicho! El jueves es un mal día, a causa de la influencia de Saturno.

Cerró el libro con un golpe seco.

—¡Qué bueno! —dijo yendo a abrir la ventana a la luna y al olor de jazmín.

Al mismo tiempo que un gato gris entró una huella de noche blanca y húmeda.

—¡Qué bueno! ¡Con lo que me gustaría poder hacer que sucedieran cosas!

—¡Yo nunca me atrevería! —afirmó su madre haciendo salir de sus narices un chorro de humo.

En la casa, las voces estaban acostadas juntas en sus cajas de madera. A veces crujían como papel de celofán, o bien reposaban la una sobre la otra como guantes de piel.

Mrs. Godbold, con la barbilla erguida, contaba los minutos. Pero al relámpago agresivo y ampuloso, su rostro del lado de la ventana estaba ligeramente bañado por la luna, con un halo muy pálido, apenas visible.

De repente se inclinó y según parecía para ocuparse, cogió el gato color de humo. Le atrajo hacia su mejilla y le preguntó:

-Y tú ¿qué es lo que quieres?

Susurró. Pero lo oyeron. Mrs. Khalil se limitó a responder:

—Amor, sin duda. ¡Como todo el mundo!

Entonces Mrs. Godbold observó que era cierto. Terrible, pero cierto. Había tenido de repente la impresión de comprenderlo casi todo, y rogaba para no ser corrompida por aquel nuevo conocimiento.

La silla de Mr. Hoggett gimió. Él era grueso, y el vello le cubría todo el cuerpo.

—Me gustaría coger el tren para ir a cualquier parte —dijo Janis.

Se volvió vivamente hacia su madre:

—Mamá —dijo— déjame vestirme.

Se volvió, zalamera:

—¡Déjame! ¡Tengo que irme fuera, a cualquier sitio!

—Sabes lo que habíamos decidido —dijo su madre.

La pequeña protestó revolviéndose. Estaba muy bonita bajo su camisón.

Fija en su sueño de mármol, Mrs. Godbold sentía caer gota a gota las lágrimas del jazmín. A modo de exorcismo, evocó su casa, o mejor, su barraca, y la superficie de su mesa de planchar, más limpia que el claro de luna, y también más honesta, con el recipiente que empleaba para humedecer la ropa. Necesitaba aferrar su espíritu a esas superficies planas, a esos objetos inofensivos para no pensar en su marido, ya que él era lo que había de más débil en ella.

Fijó sus ojos en el linoleum multicolor de Mrs, Mollie, en el que había incrustados varios restos de comida. Mrs. Khalil vio que la luna la había acicalado y, por un instante, la alcahueta sintió un destello de amor sincero por aquella garganta vigorosa pero inocente. Sin embargo tenía su mancebía de hombres y de mujeres, con sus alientos cálidos, sus dobles sentidos, con el dejarse ir de sus cuerpos, y aún más de sus ardores. Lo que prefería era entretenerse con los periódicos del domingo, o tener un gato sobre sí.

Mrs. Godbold pasaba la mano sobre la piel del gato gris, cuya felicidad era casi perfecta. Ya no se sentía tan severa hacia su marido; por el contrario, intentaba comprenderle. Se habría marchado si hubiera podido mover los pies, pero el claro de luna se desprendía en lazos viscosos más que invisibles, que a veces alcanzaban al jazmín y al hombre sucio.

De repente hubo tal jaleo que la casa de madera pareció balancearse.

—¡No es posible! —exclamó Mrs. Khalil— ¡otra vez ese sucio aborigen!

—¡Oh, mamá! —dijo Janis sorprendida.

—¿Qué aborigen? —preguntó vivamente Mr. Hoggett.

¡Cómo si no hubieran hablado bastante de él!

—¡El único! ¡Nuestro querido! —gimió Mrs. Khalil—. Aunque siempre le echamos fuera, siempre regresa.

—¡Oh, no, mamá!

Se hubiera dicho que a Janis le dolía el vientre.

—¿Se trata de él? —dijo Mr. Hoggett que nadaba entre dos aguas.

Pero ya nadie le escuchaba, pues la doble puerta gemía dolorosamente. Se escuchó saltar y quejarse las planchas de la casa violada.

Él entró. Estaba bebido y su frente amarilla llevaba una cicatriz violeta. Su cuerpo ya no le obedecía, pero estaba guiado por una voluntad superior.

—¡Sucio borracho! —chilló Mrs. Khalil—. ¡Te dije que no volvieras a poner los pies aquí!

Él se incorporó y sonrió.

Ella hubiera querido darle su opinión sobre los negros, pero recordó vagamente que se había casado con uno, aunque hubiera sido una torpeza.

—Yo tengo una misión que cumplir —anunció el aborigen.

Fue tan inesperado que Mrs. Godbold levantó los ojos pese a su decisión de no hacerlo, por miedo a estar obligada a ver alguna indignidad que no hubiera tenido fuerzas para impedir.

—¡Una misión! —exclamó Mrs. Khalil—. ¿Puedo saber qué tipo de misión?

—Una misión de amor —dijo el aborigen riéndose con un aire feliz.

—¡De amor! ¡Qué es lo que hay que escuchar! Ésta es una casa respetable, ¿comprendes? ¡Y para los macacos no hay amor!

Janis se mordisqueaba nerviosamente el barniz de sus uñas.

El aborigen continuó riendo por un momento, en su borrachera, y porque así se sentía más apto para resistir aquel mobiliario vacilante.

Y después se volvió grave.

—Bien bien, Mrs. Khalil —dijo—. Entonces voy a cantar y bailar para usted. Si me lo permite —añadió con un aire razonable—. Pero lo mismo lo haré aunque se enfurezca, pues hay algo que me obliga a hacerlo.

Algunas de las palabras que empleaba no parecían naturales en su boca, pero se trataba de las más vulgares. Se expresaba espontáneamente en un tono culto, en términos correctos. Podía vacilar y agarrarse a los muebles, trabucar su lengua espesa en las sílabas, su aliento espeso amenazar con besar, pero sus ojos continuaban obstinadamente fijos sobre un lejano ideal de honestidad y de precisión. Manifiestamente no lo perdía nunca de vista, y aquello era lo que más exasperaba a algunos de los miembros de la reunión. Mr. Hoggett por ejemplo, siempre afectando el mayor disgusto al tiempo de la situación moral y por las huellas de vomitona sobre el pantalón del aborigen, se volvía loco de rabia cuando le oía hablar y emplear giros que él nunca se había atrevido a emplear o servirse.

—¿Dónde ha aprendido eso? ¡Es peor que emborracharse! ¡Y miren qué gestos! ¡Es un mono sabio!

El aborigen, que preparaba concienzudamente la actitud y la disposición de espíritu necesarias para la realización de su ejercicio, se detuvo un instante para lanzar esta respuesta larga, derecha y sobria como una rama.

—Debo todo esto al Reverendo Timothy Calderón y a su hermana Mrs. Pask.

Mrs. Khalil estalló:

—¡Lo que hay que escuchar!

Aunque hubiera decidido mantenerse seria a cualquier precio, no pudo evitar el echarse a reír.

El negro, que por fin había conseguido conciliar actitud y equilibrio, se puso a cantar:

«Cavador, cavador,[58]

Mi tío es mayor

Que mi padre,

Pero no mayor

el viernes ya tarde.

El viernes es la gran sesión,

En que dale que te dale,

Mamá lanza su cuestión.

Cavador, cavador

La luna tiene un disparador

Para matar a las cucarachas

Y el coño es la gran sensación

Tanto si te gusta como si no...»

—¡Ya vale! —le interrumpió Mrs. Khalil—. ¡No quiero palabrotas entre mi clientela! ¡A veces yo misma las digo, pero yo estoy en mi casa y además, no puedo irme!

—¿Por qué no le arrojamos de aquí? —sugirió Mr. Hoggett.

—¿Por qué? —respondió en seguida Mrs. Khalil—. Porque la policía está en la habitación de al lado con mi Lurleen, ¡como de costumbre!

El aborigen había comenzado a cantar con un aire indolente, doblando el cuello y agitándolo al mismo tiempo que sus manos parecían sembrar grano u ofrecer su corazón a los que le rodeaban. Pero ahora se congestionaba, se volvía violento; sus sandalias batían a un ritmo más rápido y, con gestos cortos y rápidos, parecía manejar un cuchillo, que dirigía no hacia los demás sino hacia su propio pecho.

Se puso a golpear con el pie y aceleró su ritmo:

«Cavador, cavador

¡Clávalo, clávalo!

¡Clávalo hasta hacerle sangrar!

No sangra como los demás

Porque no es vulgar.

Rosas son las rosas y las amapolas

Pero nada es tan rojo como la sangre

De los hombres que sangran,

¡Que sangran! ¡Que sangran!

¡Que-e-e-e...»

Cantaba, pataleaba, aplastando un gato o dos que se escurrían entre sus piernas. Las cestas llenas de ropa blanca doblada, que el sol había dulcificado dándoles aspecto de pescado salado, saltaban por los aires. En medio del alboroto que armaba el negro, también Mollie Khalil se puso a dar saltos, o al menos

sus senos bajo su vestido floreado.

—¡Que le detenga alguien! ¡Haga el favor, Mr. Hoggett!

Acababa de beber un trago para darse el ánimo de hacer frente a la situación, y sostenía su cabello entre sus manos; de esta forma sus brazos levantados mostraban el hoyo blanco y negro de sus axilas húmedas.

—¡No cuente conmigo! —replicó su cliente—. ¡No he venido aquí para meterme en jaleos!

—Pero ¡el agente de policía! —suplicó ella—. ¡Va a molestar al agente de policía!

«Bien por Daisy...»

cantaba el aborigen.

Pataleaba frenéticamente, hendiendo el aire con sus brazos como si talara un bosque:

«...y bien por el agente de policía

Y por los Faros Brighta,

¡Para ver bien!

¡Para ver bien!

¡Bien! ¡Bien!...»

En aquel preciso momento entró Lurleen. Hubo una calma momentánea en el jaleo desencadenado, durante la cual se escucharon unos pies desnudos que pisaban sobre el linoleum con sonido de ventosas. Lurleen estaba más formada que su hermana. Viéndola se pensaba en los plátanos maduros que empiezan a volverse negros, y ella tenía un aire indolente con su mirada lastimada y las cintas rosas que sostenían su combinación, ligeramente caídas sobre sus hombros redondos.

—¡Qué es lo que pasa! ;Ese tipo es un obseso!

—¿Qué querías? ¿Que hablara latín?

—Por lo menos un poco de conversación. Y que no me hable de su mujer. ¡Ya me conozco la cantinela de que es una buena esposa!

—¿Te ha pagado? No irás a decirme que te lo ha dejado a deber.

—Tengo hambre. ¿Qué hay en la nevera, mamá? —preguntó Lurleen.

Sin esperar la respuesta, abrió la nevera y se puso a comer una salchicha que la grasa fría había vuelto azulada.

—¡He de escuchar a Mandovani! —dijo abriendo el interruptor de la radio.

—¡Oh, no, no! ¡Mandovani no! —protestó Janis que sentía la necesidad de quejarse cuando su hermana proponía aquella música almibarada.

Lurleen continuó hurgando en el interruptor. Aparte de un par de cardenales, ella tenía el color de la miel.

Pero alguien entraba.

—Hombre, mira, Fixer —dijo Mr. Hoggett riendo.

Por fin comenzaba a divertirse. La pequeña había decidido pegarse a él. Su vientre se agitaba bajo su camiseta.

«Amaneció sobre el hangar de lana,

Cerca de una hilera de coolabahs.

Mi madre sentada sobre el prado,

Escuchó al Reverendo que se acercaba...»

Recitaba el aborigen. Ya no tenía ganas de cantar, y se había recogido en sí mismo, muy lejos de allí.

—¡Eh, Mr. Jensen! —dijo Mrs. Khalil, haciendo gemir los resortes oxidados del diván en que se había instalado tras un segundo cordial—. ¡Si me libra de ese bribón, es usted un genio!

Pero Fixer Jensen, grande, delgado y descolorido, con cada una de sus arrugas piqueteadas de puntos negros, se limpiaba la nariz como de costumbre esperando la inspiración.

Observó a Mrs. Godbold, a la que no conocía, aunque no esperaba encontrar una estatua en la habitación. Sin embargo había una sobre aquella silla.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —dijo Fixer—. ¿Una recepción?

Se echó a reír:

—¡No falta más que el agente de policía!

Lurleen frunció los labios.

—Ha vuelto a su casa —dijo secamente.

En combinación rosa, daba vueltas al son de la música acariciándose los brazos.

—¿Marchan los negocios? —preguntó Fixer.

—No desde que esa maldita italiana se ha instalado en la esquina —respondió Mrs. Khalil con una voz agria—. ¡Los negocios han recibido un buen golpe!

Bruscamente el aborigen se desplomó. Tumbado sobre la alfombra multicolor no se movía, mientras un pequeño hilo de sangre fluía de sus labios.

—Este hombre está enfermo —dijo Mrs. Khalil.

—No es sorprendente en semejante casa —dijo Fixer Jensen riendo.

—¡No se moleste, Mr. Jensen! —replicó la patrona también riendo—. Está suciamente enfermo —añadió esta vez en serio. Este tipo de cosas bien le podría suceder un día también a ella, ¡así lo había leído!

Se puso a agitarse, con los senos en orden de batalla.

El aborigen continuaba tumbado sobre la alfombra.

Mrs. Godbold, que estaba allí arraigada desde hacía horas tan largas como años, cogió su pañuelo, se inclinó y limpió la sangre.

—Ha de volver a su casa — dijo con una voz diferente, aunque no había pronunciado palabra desde hacía un buen rato—. ¿Dónde vive usted?

—Cerca del río, en casa del pastor —respondió él. Luego, recobrando el conocimiento—: ¿Quiere decir actualmente?

—Claro está —dijo ella dulcemente, limpiándole la sangre con una mano maternal, hablándole muy bajo.

—En Barranugli. Tengo una habitación en casa de Mrs. Noonan, al extremo de Smith Street.

—¿Se siente bien? En su habitación, quiero decir.

¡Exactamente como si fuera un ser humano!

Él movió la cabeza en todos los sentidos sin poder responder. La música se había pegado a los demás rostros en fragmentos pegajosos, como si sin ella, corrieran el riesgo de caer en pedazos. Algunos estaban adormilados, otros aplacados. Pero un martillazo hubiera podido hacer derrumbarse a cualquiera de ellos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó Mrs. Godbold.

Él pareció no comprender.

Era difícil decir si miraba a la dulce mujer del sombrero negro, o más allá de ella. Su brazo plegado

ocultaba la mitad de su rostro, no para protegerle, sino para ver mejor.

—Así debe ser — dijo él—. Los rostros deben estar medio vueltos, pero hay que adivinar lo que hay en la parte que no se ve. Ahora comprendo. Acabaré por lograrlo.

Su voz era tan desprendida y convencida que Ruth se encontró en la catedral de su ciudad natal, a punto de ver erguirse ante ella el tinglado de la música, y tomar ella misma parte en esa operación sorprendentemente compleja. Jamás había oído a una voz expresarse con tanta autoridad y certidumbre desde que el desconocido le había hablado de la música. Aquella vez fue el aborigen desde la alfombra de Mrs. Khalil.

De nuevo su voz alcanzó su oído:

—Después de las heladas, el Reverendo Calderón nos conducía al río, y Mrs. Pask llevaba provisiones. Comíamos sobre la hierba, al borde del agua, pero no tardaron en preguntar que qué es lo que se hacía allí. Me di cuenta en seguida. Mrs. Pask recordaba los juncos de Inglaterra. Yo comprendía todo eso, aquellos días, al principio de la primavera. Cuando ya tenía bastante de la compañía de los blancos, me iba a merodear yo solo. Examinaba todos los agujeros de la tierra. Encontraba hojas auténticas. ;Un día caí sobre un nido de avispas rojas! Ah —se puso a reír—. ¡Salí pitando como si también yo tuviera alas! ¡Con siete aguijones en la piel!

Cuando terminó de reír añadió:

—Es gracioso que piense en eso.

—Es porque en aquella época usted era feliz —dijo ella.

—No lo recuerdo precisamente por eso —respondió con vehemencia—. Son todas las demás cosas.

—Sí, sin duda.

Como no quería preocuparle, le dejó decir, pero sabía que sólo se trataba de una media-verdad para ella.

—Sin embargo —dijo ella dulcemente—, yo recuerdo sobre todo los inviernos. Nunca éramos más felices los niños, ya que entonces estábamos todos juntos. Cuando hacía bueno, en verano, cada cual se iba por su lado a explorar, a buscar cosas. En invierno nos cogíamos de la mano y marchábamos por los caminos helados. Todavía escucho el ruido de nuestros zuecos.

Sus ojos brillaban:

—O bien nos reuníamos alrededor del fuego para comer castañas y contar historias. Nunca nos queríamos más intensamente que en invierno. Nada podía interponerse entre nosotros.

El jaleo se desencadenó en la habitación llena de gente y de música. Era por causa de la joven Janis, a la que Mr. Hoggett deseaba febrilmente. Estaba convencido de que su único remedio consistía en acostarse con una jovencita. Pero Mrs. Khalil no era en absoluto de esta opinión y gritaba:

—¡Tendrá que pasar sobre mi cuerpo!

Y agitaba su cuerpo como para una demostración.

—¡Ocúpese usted de sus cosas! -vociferaba Mr. Hoggett.

—¿Qué otras son mis cosas, eh?

Fixer Jensen se tronchaba de risa bajo su sombrero de alas caídas. Era normal ya que nadie había visto nunca excitarse a Jensen. Pero la reacción de la muchacha era de un género más sutil. Saltó como un gato, repentinamente, y plantó la punta de su lengua en la oreja de Mr. Hoggett. Era casi diabólica respecto a esas cosas del amor. Con sus ojos de gata, saltaba en el aire, se lanzaba de lado, y acababa por dejarse caer sobre una silla carcomida que crujía bajo su peso. Se puso a chillar como una poseída.

Todo el mundo estaba demasiado ocupado para prestar atención al aborigen y a la lavandera, siempre aislados en su isla e indiferentes a lo que no eran sus pensamientos.

—¿Es usted cristiano? —preguntó Mrs. Godbold vivamente como para acabar en seguida con ese tema.

Pero de todas formas se sentía molesta, ya que sabía que el sentido de esa palabra no era el que hubiera debido ser.

—No —dijo él—. He sido educado en esa doctrina, pero la abandoné en seguida, cuando vi que yo podía hacerlo mejor.

Murmuró:

—Hay que servirse de lo que se tiene ¿comprende? No es cosa de ponerse zapatos para ir a la ciudad si se va mejor con los pies descalzos.

Aquello la hizo sonreír. No obstante era cierto. Pensó en su hablar torpe, y en su habilidad para planchar las sábanas frescas, tersas y lisas.

—Sí.

Sonrió, volvió su belleza, y su piel era blanca como un grano de arroz.

Pero él se puso a toser y ella de nuevo le limpió la boca con su pañuelo. Quizá se trataba de su obra de arte, este acto de piedad.

No obstante todo el tinglado de la existencia continuaba asaltando sus oídos. Aquellas señoras invocaban su dignidad, aquellos señores sus derechos. Se abrían puertas, y Mrs. Godbold bajaba los ojos hacia su pañuelo.

En seguida la tocaría sangrar a su vez.

Una mujer acababa de entrar en la habitación. Su piel parecía tanto más gris cuanto que llevaba un albornoz de algodón del que sobresalían sus brazos; en ellos se veían sus venas y un reloj sujeto por una cadena de cobre.

—Tengo que irme —anunció—. Voy a coger el autobús.

Arisca y aguda como una espina, había perdido toda individualidad.

—Y ¿Mr. Hoggett? —dijo la alcahueta en un ladrido—. Hace un montón de tiempo que espera.

Pero la otra carraspeó.

—Dile que estoy resfriada. Dile que se las apañe como pueda. Yo me las piro.

Era la señora de Auburn, que se llamaba Mrs. Johnno.

Mrs. Khalil creyó tener un ataque. Con lo que se preocupaba por la gente; qué de decepciones!

—¡Cuando se ve de lo que son capaces algunas mujeres...! ¡los hombres no la sorprenden a una!

Recurrió con la mirada a Mrs. Godbold.

Pero ésta no podía hacer nada más por ella. Se había incorporado y sonreía como si se reconociera culpable de no ceder a un requerimiento, como si debiera ordenar cuidadosamente sus fuerzas; la habitación, en efecto, se había estrechado: Tom estaba allá.

Tom Godbold había entrado tras Mrs. Johnno y ofrecía un billete a la patrona. Su mujer lo hubiera dado por él, e incluso se habría quitado su bonito brochecito si eso hubiera podido redimirle. Le hubiera cogido de la mano y, juntos, hubieran remontado la pendiente de la colina, atravesando los matojos y las ramas quebradas, para llegar a las calles iluminadas. En lugar de eso, cuando el billete fue entregado y guardado, Tom atravesó la habitación y dijo a su mujer:

—Ya he tenido que aguantar bastante tus tonterías, Ruth, pero esta vez se acabó.

Ella permanecía de pie frente a él sobre sus gruesas piernas, con su informe sombrero y su viejo y práctico abrigo. Sólo una débil membrana protegía sus sentimientos. Si le hubiera dado patadas como antes, ella le hubiera estado agradecida.

—Ven —dijo él—. Yo ya he tenido lo que buscaba. ¡Tú puedes largarte!

Cuando franquearon el umbral, la jornada de las prostitutas tocaba a su fin. La pequeña había desaparecido. La ventana estaba más negra que antes, y más blanca allá donde el jazmín trepaba

lentamente hacia los montantes. Sin duda nunca se sabría si Mr. Hoggett se dejaría calmar. En cualquier caso aceptaba los refrescos de una botella que antes había contenido algo diferente, y que le hacía estornudar. Durante aquel tiempo Mrs. Khalil continuó deplorando los azares de la existencia; y las uñas de los pies de Mrs. Johnno estropeaban las medias que enfundaban sus piernas.

Los Godbold salieron y se marcharon. Ella le seguía con toda naturalidad. La maleza tenía el olor de las hojas que pisoteaban al caminar. Había llovido ligeramente. Hacía fresco.

Cuando se encontraron bajo una farola en una calle recientemente construida en la periferia de Sarsaparrilla, ella se dio cuenta de que la carne parecía estar arrugada en la cabeza de Tom.

—Ya he tenido bastante, Tom. Lo sé. Ya tengo bastante —dijo adelantando la mano para convencerle —. Te seguiría hasta el infierno si luera necesario.

Tom Godbold no intentó ver si tendría la fuerza de soportar la intensidad de tal amor.

—No necesitas seguirme más —dijo.

Y se alejó mirando en dónde ponía los pies entre los montones de adoquines de greda azul.

Absorbido de esta forma, parecía menos dueño de su suerte. Más implacable que la influencia de la bebida, la edad parecía pesarle sobre los hombros y llevar las riendas. Su mujer, al mirarle, comprendió que no podía hacer nada por él y que había de aceptar aquella amputación.

Varios años después, llamada para asumir las responsabilidades de la familia, volvió a encontrar el símbolo de aquella mitad de sí misma que había perdido. En esa ocasión se la permitió sentarse cerca de una cama y contemplar bajo una delgada sábana ensuciada por la orina y la suciedad de otros moribundos, aquello que, según le dijeron, era Tom Godbold. Del marido que ella había conocido antes que se lo llevaran la enfermedad y el libertinaje, nada subsistía sin la ayuda de su memoria.

—Hace apenas media hora —dijo la enfermera—. Acababa de comer un huevo pasado por agua. Ha tenido buen apetito hasta el final. Ha hablado de usted.

La esposa de aquel hombre que acababa de morir no se atrevió a preguntar que cuáles habían sido sus últimas palabras. Además, la enfermera tenía que hacer. Había observado entre los pliegues de las cortinas de separación a algunas enfermeras que charlaban y se entretenían demasiado con algunos pacientes. Frunció el ceño y preguntóse que cómo podría desembarazarse discretamente de aquello. Y después acabó por marcharse, sin ceremonias. No podía soportar el ver negligencias en el servicio.

La mujer permaneció sola entre las cortinas blancas de la pequeña celda, muy tranquila. ¿Tal vez no había amado a su marido? En todo caso cuando un joven médico inmaculado lanzó una ojeada la persona se había marchado. Sin embargo había dejado instrucciones en la planta baja.

Mrs. Godbold dejó a Tom yacente en el centro del gran edificio que brillaba bajo su pintura nueva como un bloque de hielo. Dio algunos pasos. Como un ácido, la luz del crepúsculo se esparcía por la ciudad, corroyendo los rostros inútiles. No obstante ella sobrevivió. Marchaba con los vestidos que en su juventud la gente se había acostumbrado a verla llevar, que nadie miraba más que con diversión o desdén, y que sólo se cambiaría en su lecho de muerte.

La viuda caminaba en la verdosa luz del crepúsculo. Un tranvía arrancó chispas violentas en un túnel de guata oscura. Precariamente inclinado en la curva, anacrónico, hizo chirriar los raíles. Pero únicamente cuando se detuvo al borde de una acera para atravesar la calle, ante el barullo de vehículos, fue cuando la angustia se apoderó de ella y se puso a llorar. El grupo de peatones apretados los unos contra los otros parecía ignorado, no tanto del chorro de vehículos como de la corriente torrencial y nunca desviada del tiempo. Esperaban allí, como un puñado de almas temerosas, arriesgando tímidamente un pie, lanzándose hacia atrás, secretamente aliviados de ver a los otros prisioneros en la misma situación, o más desdichados que ellos mismos, como aquella que no podía disimular su dolor.

La gran mujer, plantada en medio de la calzada, lloraba. Las lágrimas resbalaban sobre sus blancas mejillas. Para sus compañeros de espera, aquello se convirtió de fascinante en turbador. Raramente podían concederse el lujo de ver a los demás dar rienda suelta a sus sentimientos. Sin embargo, aquel llanto no tenía nada de convulsivo; brotaba dulce y regularmente de los ojos de aquella mujer anónima. Parecía la imagen misma del dolor y de la resignación.

Y era porque, entonces, la verdadera Mrs. Godbold había muerto; así sólo podía llorar aquella parte

de sí misma que había permanecido junto al marido que acababa de abandonar. Lloraba por la condición humana, por todos los que había amado con un ardiente amor, o al menos respetuosamente: por su padre sentado en su banco en su prisión de carne, por su camada de chiquillas sorprendidas, por su antigua señora, siempre arrebatando algo que al final permanecía en sus manos, y por los demás iniciados, la loca y el judío de Sarsaparrilla, e incluso por el negro que una vez se había encontrado en casa de Mrs. Khalil, y que no había vuelto a ver, excepto en sus pensamientos y en sueños. Lloraba, por fin, por aquellas personas que estaban junto a ella en la calle, a las que no sabría nunca reducir en palabras las inquietudes que no obstante conocía por haberlas experimentado en sí misma.

Bruscamente el grupo de peatones se echó hacia adelante; todos al tiempo, arrastrando a Mrs. Godbold, ¡Como si todos se apresuraran para volver a tomar el hilo de su existencia siempre fastidiosa! Pero la mujer del sombrero negro lo único que hizo fue dejarse llevar. Por primera vez en su vida, y sin duda por poco tiempo, permanecía más allá de la huida del tiempo, e insensible a la misma. Por eso, al llegar a la otra acera, vaciló durante algunos minutos. Ya no tenía lágrimas pero sus ojos aún brillaban en el hueco de sus órbitas. Luces de neón verdes y rojas se disputaban su rostro (habitualmente pálido) casi siempre como un trofeo, y a veces la. lucha entre la luz y la sombra suscitaba una púrpura que inundaba la lenta silueta vestida de negro.

QUINTA PARTE

X

Aquel verano, los muros de Xanadu que ya eran cómplices de la naturaleza, se agrietaron más aún. Por ellos penetraban toda clase de bichos y lo que parecía ser una cortina levemente tejida de luz y de hojas se reveló que en realidad era una muralla de follaje. Primitivamente la habían plantado para proteger la intimidad de la morada y al final parecía más compacta que el edificio de piedra que tenía por misión disimular.

Un martes, después de comer, cuando Mrs. Jolley se había ido a dar una vuelta con una idea terriblemente sospechosa, Miss Haré que recorría las amplias habitaciones sin otro fin que el de comunicarse con los numerosos objetos e imágenes de los que estaban tan llenas como su propia memoria, creyó escuchar un ruido. Desde el sitio en donde se encontraba, era débil pero perceptible, aunque fue imposible decir si provenía de una gran distancia o de una gran profundidad. Estaba a su alrededor y bajo ella, ese sonido opaco que producen los túneles, la garganta de los elefantes, los que roncan en sueños, y la tierra al caer desde una considerable altura. Desde que Miss Haré temió algo se tapó los oídos como para detenerlo. Sin embargo sabía que eso no serviría para nada, pues también ella sentía que la invadía un temblor. Siempre había pensado que eso llegaría como un estrépito de trompetas o como el estremecimiento de un gong de bronce, y que ella misma estaría en el corazón del metal vibrante. Pero aquello no era apenas mayor que un suspiro terminando en el ruido aumentado de un hueso cediendo a una presión. (Ella siempre había llorado y protestado cuando los hombres rompían los huesos de los conejos, esperando el crujido final.)

Y después se acabó. Había sobrevivido. Tal vez Xanadu aún no se había derrumbado.

En seguida, Miss Haré se puso a correr por toda la casa para darse cuenta de hasta qué punto había sufrido. Estaba como loca. Aunque la oscuridad reinaba en las habitaciones con postigos echados, una luz amarilla y elástica se colaba a veces de repente a través de una puerta de vidriera, y su silueta revoloteaba de una forma inquietante. Parecía más que nunca un esperpento con su cara roja de manchas blancas como los clowns, mientras corría para retener el orgulloso genio que se había caído desde lo alto del trapecio, antes de que se estrellara en el suelo. Corría de acá para allá, con sus dedos gruesos y sucios tendidos hacia delante, más apretados que las mallas de una red, y siempre tan cortos.

En el salón observó las primeras catástrofes serias —el salón en el que las señoras con trajes de encaje inglés habían bebido té en tazas de Lowestoft, y hablado de todo lo posible, en donde los bailarines descansaban entre dos valses sobre el usado escalón que conduce al matrimonio, y en donde sus padres no habían podido escapar el uno del otro, pese al abanico y los objetos de arte—. Era en aquel lado del salón en que los cimientos de Xanadu cedían manifiestamente. Allá donde precedentemente sólo había una fisura y una sola rama había logrado insinuarse en el interior, un largo segmento de luz victoriosa

había reemplazado a la piedra y al cemento. Crecían hojas, vacilantes, avanzando y reculando con cuchicheos y verdes explosiones. Los muros revelaban las manchas de la clorosis. Una costra de musgo había caído del tronco de una encina sobre un damasco italiano hecho jirones. ¡Y por todas partes había polvo! Una nueva especie de polvo cuyo color familiar era el del bizcocho, pero cuyo olor evocaba el de los antiguos escondrijos. Esparcido frescamente, recubría los suelos, se mezclaba con el gris del polvo doméstico en una delgada costra que recibía después un nuevo desmenuzamiento de la piedra.

Miss Haré lo miraba. Después recogió un fragmento de su casa, grueso como un puño, y lo lanzó contra una urna de malaquita que había sido el orgullo de sus padres. Sin embargo la decepcionó el momento del impacto. Fue un golpe casi mate, como si una piedra hubiera golpeado en un conglomerado o en madera. No obstante la materia de la urna era auténticamente mineral, fría, densa y dura; el contacto contra su piel lo había experimentado cuando era niña, y más tarde, en los momentos de soledad.

Sus labios que rememoraban el problema, se inmovilizaron bruscamente. Los pájaros siempre la habían hecho olvidar sus preocupaciones y allí había varios, con el pico hacia ella. Liberados de la tapicería de luz y de hojas, los pájaros se animaban, volaban y revoloteaban en el salón roto. Miss Haré no hubiera sabido decir su especie, los nombres no la interesaban; pero manchados, relucientes, regordetes, ni negros ni grises, simplemente del vulgar color de pájaro, le eran tan familiares como su propio gusto por el aire y las ramas. Sobre todo uno, subido a una cornisa, le llamó la atención profundamente. El miedo le había conducido hasta allí, y no era más que algo torpe con la garganta erizada. Desde abajo, la mujer hizo lo que pudo para que el espantado animal volviera a su elemento, mientras que la bandada ejecutaba su última vuelta, al tiempo que ella aprobaba con la cabeza. Les vio vibrar un momento, como disecados en pleno vuelo, para encerrarlos en su museo interior. Pero rápidamente, claro está, desaparecieron, y se quedó sola ante la luz que se acercaba a la ranura del muro.

Miss Haré también se fue al final, inclinando su cabeza de cartón-piedra. Cuando dejaba de controlar sus movimientos, como entonces, es cuando era más monstruosamente informe, o más exactamente cuando estaba obligada a circular por su desgraciada morada, que tanto era su cruz como su bien. De esta forma recorría las escaleras, los pasillos inexplicables. Perforadas por los broches inquietos que parecían plantados en su piel, las arrugas de su garganta le hacían daño; apenada, arrastraba la vejiga del Hanswurst tristemente llena de una arena pesada y fría.

Cuando volvió Mrs. Jolley, se encontró a su ama ocupada en ordenar las piedras de un mosaico del cuarto de baño, como si se tratara de un juego de paciencia.

—¡Aquí está! —dijo el ama de llaves como si aquello no hubiera sido evidente.

Estaba furiosa, pero había decidido mostrarse fría y hermética. Miss Haré, por su lado, esperaba que las apariencias disminuyeran la melancolía y el miedo que en realidad sentía. Al menos tenía la ventaja de estar sentada en el suelo, protegida por su sombrero de mimbre.

—¿Por qué no iba a estar aquí? —preguntó tranquilamente—, ¿Dónde pues?

—Yo no conocía esta habitación —replicó Mrs. Jolley con un aire ofendido, inspeccionando todos los rincones.

Miss Haré mostró una llave negra con un elegante dibujo:

—No había ningún motivo para que la conociera. Era el cuarto de baño de mis padres. Yo misma casi lo había olvidado. Todo el mundo lo encontraba muy bonito; para construirlo hicieron venir obreros italianos.

—¡Qué pastel! —exclamó Mrs. Jolley con desprecio—. ¡Prefiero el confort moderno!

—¡Oh! —dijo Miss Haré—. ¡Es algo completamente diferente!

Comenzó a sentirse cansada.

—Todo el mundo tendrá el confort moderno en seguida y su agua corriente acabará por arrastrarlos también a ellos.

—¿Qué es eso? —preguntó Mrs. Jolley señalando con la punta del pie aquello en lo que se ocupaba Miss Haré.

—¡Prefiero no decírselo!

Mrs. Jolley se echó a reír, porque ella lo sabía perfectamente.

—¡Es un macho cabrío! —dijo dulcemente, pervirtiendo sutilmente las palabras en su boca—. ¡Qué decoración para un cuarto de baño! —continuó el ama de llaves—. ¡Ponerse completamente desnudos delante de un macho cabrío negro!

—No —dijo Miss Haré contrayendo la mandíbula—. Puede que no le guste, pero las cabras son quizá los más clarividentes de los animales.

Mrs. Jolley no podía dominar su irritación, y cuando su pie rozó el mosaico, un puñado de piedrecitas se desparramó por el suelo desigual.

—¡Oh, ya lo sé! —exclamó—, ¡Usted quiere poner este tema en el suelo a causa de su vieja y querida cabra, la que se quemó viva sin que nadie tuviera la culpa! Usted me contó la historia,

Miss Haré recogía con las manos, con sus manos manchadas de pecas, los trozos de mosaico esparcidos.

—¿Ha visto alguna vez un armadillo?

—No —dijo Mrs. Jolley furiosa.

—Quizá lo ha visto sin saberlo.

—¿Qué es un armadillo? —preguntó Mrs. Jolley.

—Es un animal casi invulnerable. Evidentemente se le puede matar, como se puede matar a cualquiera; la prueba es que yo he visto una cesta hecha con un caparazón de armadillo.

Miró a su ama de llaves con una expresión que la otra intentó más tarde describir a Mrs. Flack.

—No conozco nada de eso —dijo Mrs. Jolley con un aire desprendido—. Y no me gusta que me hablen en este tono, sobre todo las personas a las que sirvo.

Miss Haré llenó su bolsillo de trocitos de mosaico.

—¿Ha encontrado algún hombre para que le lleve la maleta?

—¡No merece la pena que se lo diga! —respondió Mrs. Jolley molesta.

Pero como tenía principios, juzgó inútil defenderse:

—Sí, he decidido cesar en mi servicio. ¡Comprenderá que no puedo arriesgar mi vida en una casa que está en ruinas!

—¿Ha visto el salón?

—¡Naturalmente!

—Tal vez incluso lo había previsto, ya que su decisión estaba tomada para este día.

Miss Haré se echó a reír. Parecía haber vuelto a recobrar su equilibrio.

Los trocitos tintineaban alegremente cuando se daba golpecitos en el bolsillo. Nunca le habían gustado los bombones, pero adoraba los cantos lisos.

—No quiero discutir —dijo Mrs. Jolley—. La prevengo que me marcho, eso es todo, pero es la primera vez que lo hago en un cuarto de baño. En fin, quiero decir que nunca me he visto obligada a hablar de cosas serias en un lugar semejante.

Miss Haré se puso en pie:

—Supongo que se irá a vivir a casa de Mrs. Flack.

Mrs. Jolley enrojeció.

—Por algún tiempo, sí —confesó.

—O mejor, ¡hasta el fin de sus días! —murmuró Miss Haré.

Mrs. Jolley vaciló:

—Es una casa muy confortable.

Pero su voz se turbó un poco:

—¿Quién le ha dicho...?

Alzó el tono:

—Usted habla como si no fuera libre de hacer lo que quisiera.

Miss Haré, que acababa de alisar su falda arrugada, evitaba mirar a Mrs. Jolley.

—Llega un momento en que no vamos o no podemos ir más lejos. En este momento no hay nada delante de nosotras. ¿Quién sabe? Quizás usted está allí. ¡Su amiga es tan gentil! Y según creo tiene un edredón azul pálido.

—¡Pero tal vez cambie de opinión! —insistió Mrs. Jolley alargando el cuello.

—Usted no verá nada más allá de la casa de Mrs. Flack, lo sé, así me han conducido cuando era joven. ¡Y por los ojos de Mrs. Flack! Usted pasará su tiempo en el salón de Mrs. Flack, con ella, las dos solas, espiando nuestros hechos y nuestros gestos, e incluso interviniendo en nuestras vidas.

—¿Ha hablado con ella?

—No, pero la conozco.

—Tal vez la ha visto en la estafeta.

—Que yo sepa no —respondió Miss Haré—. La he visto en la maleza allá donde usted no va nunca, naturalmente, entre las hojas negras y marchitas. Y también en las ruinas de mi pequeña cabaña en donde se quemó mi pobre cabra. Y en los ojos de mi padre. Todas las cosas malas se parecen, Mrs. Jolley, y son muy fáciles de reconocer. Yo reconocería a Mrs. Flack aunque cambiara todos los días de sombrero. La presiento aunque usted no pronuncie su nombre.

Mrs. Jolley se dispuso a abandonar el cuarto de baño. Aunque había tomado sus disposiciones para que recogiesen sus cosas, no debía irse hasta el día siguiente. ¡Con que sólo pudiera ocupar sus manos! Repetía nerviosamente:

—¡Está loca! ¡Está loca!

Para no volverse loca también ella.

—Es una palabra vulgar, una palabra triste —suspiró Miss Haré.

Recorrían los pasillos la una detrás de la otra.

—Porque olvida lo esencial —añadió.

Continuaban avanzando, Mrs. Jolley en cabeza, con una atenta negligencia, por miedo a que las alfombras de los pasillos se deslizaran bajo sus pies.

—Bueno -pronunció Mrs. Jolley—. Pero déjeme tranquila. ¡Podríamos hablar hasta el fin de los siglos, y no serviría de nada! Me voy a mi habitación.

Pero Miss Haré no podía irse. Le gustaba amar el bien, y no podía experimentar la fascinación del mal. Si hubiera encontrado a un niño muerto en el quicio de su ventana, habría perdido el tiempo buscando una razón para examinar los dedos retorcidos y la actitud recogida de violeta mustia. Le habría tocado sin duda para ver si su contacto era el del caucho. Sólo después habría comprendido que las bestialidades de la vida habían podido estrangularle, y que también ella si había escapado era sólo por un milagro.

Pero por el momento circulaban por el laberinto de pasillos de Xanadu, y la parte trasera de Mrs. Jolley se agitaba con un movimiento convulsivo que no podía retener su corsé.

—A veces son tan mullidos —murmuró Miss Haré sin detenerse.

—¿El qué son mullidos? —interrogó Mrs. Jolley con el aliento cortado.

—Los edredones —exclamó Miss Haré—. ¡Los crueles edredones que hacen tanto daño!

Al girar, Mrs. Jolley se dio cuenta de que había superado la escalera que conducía a su habitación y que los pasillos se prolongaban interminablemente ante sí.

Casi en el mismo momento un montón de hojas de gramíneas que adornaban una consola, le dio una bofetada en la boca y la dejó petrificada.

Pero ella echó a correr, a correr... Sus piernas de piedra, heladas, no podían detenerse.

—Si quiere hablar del mal —murmuró sin volverse con una voz medio chillona, medio irónica—, le señalo que pasan muchas cosas en la ciudad, sin mencionar la casa... ¡o el vergel!

Necesitó gritar y le respondió el roce de su falda.

Miss Haré parecía desplazarse sobre almohadones de borra, pero quizá se trataba del polvo que cubría las alfombras.

—¡Así que nos han visto! —murmuró—, ¡Lo habría apostado!

—¡Y con un sucio judío!

Miss Haré echaba espumarajos. La cegaba el furor que crecía en ella en llamas verdes. Estalló como un monstruoso fuego artificial salido de la noche de su memoria, y echando chispas por todas partes.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho?

Su voz se estrangulaba.

—¿Sucio? Entonces ¿quién es limpio? ¡Mi buen y caritativo amigo! A su lado yo soy una carroña ¿comprende? Podrida, putrefacta como un viejo cordero reventado. ¡Peor todavía! Pero existe alguien peor que yo. ¡Una carroña es menos innoble que ciertas mujeres! ¡Y su mierda es todavía más innoble que ellas!

Así rompía sus recuerdos, y las palabras se estrellaban, violentamente, contra la espalda de la delatora.

Mrs. Jolley no podía hacer otra cosa que taponarse las orejas con la cera de la incredulidad. Cuando se las destapó, las palabras se deslizaron entre sus labios blancos:

—¿A quién crucificaron los judíos?

—¡Al judío! —gritó Miss Haré—. Lo sé. Peg me lo dijo antaño. ¡Era horrible! Toda esa sangre que brotaba de sus pobres manos, de su costado... Jamás he querido pensar en eso.

En ausencia de algo en donde posar los labios, se mordió las falanges. Si todos los cristales se hubieran roto en aquel preciso momento, y si los trozos de vidrio se le hubieran clavado, habría podido soportarlo.

Pero en aquel momento, Mrs. Jolley cayó.

Había dos o tres escalones que conducían a un rellano en pendiente. Una parte de la alfombra que estaba desprendida la hizo caer como un fardo.

Miss Haré permanecía en pie en el extremo de un escalón y consideraba a su ama de llaves aferrada a la alfombra como un bulto azul marino. Su faida estaba alzada por encima de sus rodillas, cuyos hoyitos aparecían, blancos y perfectamente ridículos, ya que aparentemente Mrs. Jolley no alzaba los brazos más que a media altura.

Miss Haré hubiera continuado contemplando con gusto aquellas rodillas regordetas, pero hizo un esfuerzo para examinar el rostro de Mrs. Jolley. El espantoso azul del principio desaparecía poco a poco dejando lugar al blanco tembloroso del secante.

Mrs. Jolley hablaba entonces con una voz entrecortada. De sus ojos brotaban lágrimas, pero ella no lloraba.

—¡Oh, Dios mío! — gemía—. ¡He podido romperme algo! ¡Quizá me he roto algo!

—No, no —dijo Miss Haré—. Usted está bien. Sólo se ha dado un golpe.

El recuerdo llegó a Mrs. Jolley al mismo tiempo que su odio:

—¡Si me hubiera hecho algo ya sabrá usted lo que le cuesta! —declaró como si se tratara de su mayor deseo.

Miss Haré la tocó con la punta de un pie:

—¡No! ¡No hay nada roto!

Pero estaba un poco inquieta.

Mrs. Jolley alargó un miembro y se impuso la obligación de levantarse. Gemía y resoplaba, pero con precaución:

—¡Estas son las cosas que le suceden a una madre de familia cuando las circunstancias la obligan a separarse de los suyos! ¡Oh, Dios mío!

Pero aunque estaba tumbada a todo lo largo, se incorporó rápidamente. Sus rodillas se activaron, sus rodillas azules y blancas y lechosas. Una vez de pie estrechó su falda contra sí como si hubiera una corriente de aire.

Cuando mostró su rostro era de un rosa delicado que habría merecido un testigo diferente de Miss Haré.

Las dos mujeres se encontraban cara a cara, sin otra cosa entre ellas que su odio, nada que las protegiera del ruido de su respiración. No pudieron soportarlo mucho tiempo, se dieron la vuelta y se alejaron la una de la otra, palpando, al pasar, una cortina, el ramo de tallos de gramíneas, o una hoja llevada por el viento. Habían decidido hacer como si nada hubiera pasado, al menos por el momento.

Pero Miss Haré no pudo más. Los latidos de su corazón le traían el recuerdo en bruscas ondas dolorosas. Las palabras le golpeaban la cabeza como si fueran piedras.

No volvió a ver a su ama de llaves más que de lejos. Dejó su salario en un extremo de la mesa de la cocina, poniendo encima un peso de dos onzas, y la cuenta debería estar bien ya que no hubo ninguna reclamación.

La tarde siguiente, un hombre fue a recoger las cosas de Mrs. Jolley. ¡Qué alivio había en su charla, qué cotorreo mientras se daba prisa en arreglar todo, en cerrar, en dar órdenes!

El muchacho tenía puños huesudos y las venas se trasparentaban en sus brazos musculosos. Se detuvo un momento en el vestíbulo para respirar un poco y continuar su tarea. La señora había subido a buscar su paraguas viejo, como había dicho. El nunca había visto mármol excepto en los bancos y en los viejos lavabos. Tampoco soñaba mucho, ya que de otra forma hubiera podido darse cuenta, al recorrer el vestíbulo con la vista, que las imágenes y los incidentes más inverosímiles pueden ser verdaderos.

Temblaba levemente bajo sus gotas de sudor, sobre todo cuando una pieza de satín se desintegró entre sus dedos. Después de esto su pecho abombado se elevó más rápidamente, y lo mismo cuando la loca de

Xanadu se dirigió de repente en su dirección y le pidió el favor de mandar un mensaje urgente a un amigo sin decir nada a nadie.

Miss Haré se había puesto de puntillas para dar a ese encargo un carácter aún más confidencial. La urgencia le agarrotaba la garganta. Las palabras se anteponían a su aliento.

El muchacho comprendió que debía ir lo antes posible a ver al judío de la avenida Montebello, y guardarlo para sí. De momento el miedo le había cerrado el pico.

Entonces Miss Haré tendió un chelín al mensajero, como había visto hacer a sus padres, y luego desapareció, ya que el timbre despejado de la voz de Mrs. Jolley anunciaba su regreso.

Hacía mucho que Miss Haré no había corrido tan de prisa. Se lanzó por las escaleras para llegar a tiempo a riesgo de hacerse daño en las rodillas, atrapando la alfombra con las dos manos cuando le faltaba un escalón, jadeando y resoplando, y acabó por llegar hasta la pequeña cúpula de cristal que había sido el nido de su padre. Allá se inclinó sobre el balcón y miró entre dos balaustradas de piedra.

Estaba allá arriba, bien lejos de su angustia y de su terror pasado.

Y abajo, allá abajo, veía a Mrs. Jolley transformada por la distancia y la perspectiva en una corta silueta azul marino. Su velo se inclinaba alegremente sobre el muchacho que cogía su maleta, llevando otra en el extremo de su brazo derecho. El velo color malva se agitaba tanto como la lengua de Mrs. Jolley, que exaltaba la moral y la maternidad.

La boca de Miss Haré se abrió, su garganta se dilató y lanzó un salivazo que siguió con ojos alegres, y que chispeante por el sol fue desviado por el viento. La altura vertiginosa a la que se encontraba y la limpidez de la luz le dieron ganas de cantar. Todo aquello era de ella.

Y después, los antiguos terrores aplacados se infiltraron en ella de nuevo, con iridiscencias de lodo. Sobre ella pasaron espantosas amenazas, que quizás el judío con su experiencia podría apartar. Ella, en su ignorancia casi total, sólo sabía sufrir, por dos si era necesario. Su alegría se transformaba en presentimientos. La casa de piedra estaba quebrantada, lo mismo que los árboles que ocultaban los edificios de ladrillo en Sarsaparrilla. Se asomaba por la balaustrada, con el sudor empapándole las rodillas, intentando recordar la expresión de amor inscrita en los rasgos del judío, y evocar su esencia aún más sutil. Sólo eso podría salvarla si no iban antes a aniquilarla la conspiración de las fuerzas del mal.

Así pues se dispuso a esperar.

Vagó durante el resto de la tarde por la casa o por el jardín: por lo menos había tierra en sus sandalias y en sus manos callosas, y en los reveses de la falda, pero no habría podido precisar su itinerario.

Por fin llegó el judío.

Al final de la tarde le vio dirigirse hacia ella a través de las hierbas que invadían el jardín. Como subía por el camino empinado no mostraba su rostro, pero se hubiera podido decir justamente que la parte superior de su cabeza, con dos alas de cabellos rebeldes, grisáceos aunque espesos, se abría paso entre las matas. Sin duda había emprendido el camino desde su salida de la fábrica. Llevaba una especie de bata comprada manifiestamente en una tienda de sobrantes militares y que sin duda empleaba para trabajar. Era demasiado grande, y ella se dio cuenta de que la tela demasiado oscura y demasiado tiesa, irritaba su cuello delgado y descarnado. Pero recordó que se trataba de un hombre viejo que había soportado grandes privaciones y que el conjunto de sus experiencias le servía de ventaja.

Miss Haré se daba ánimos de esta forma, no sin estremecerse, oponiendo la edad y la debilidad de aquel hombre a lo que conocía de la brutalidad de los demás.

Él continuaba avanzando. Tropezó una o dos veces, cuando la hierba hacía nudos que se le enroscaban en los tobillos, y cuando perdía inevitablemente el equilibrio, su gruesa cabeza vacilaba bruscamente sobre sus hombros, como si aquel Dios fuera un ser humano.

La dueña de Xanadu se humedeció los labios mientras le esperaba. Ella misma se sentía tan frágil que se preguntaba si convenía añadir semejante hombre a la colección. Tal vez aquello le daba la medida suplementaria del ánimo que necesitaba para recibirle sobre la escalinata como lo hubiera hecho su madre. Pero su madre poseía plenamente la fe económica y social sobre la que se construyen las bellas moradas de piedra, mientras que en las peores pesadillas de la hija los fundamentos de aquella fe ya estaban desplomados, y sólo su confianza en las hojas y la luz continuaba manteniendo en pie el edificio. ¿Aceptaría el judío la casa como una realidad o como un mito? Aquello dependía de la intuición divina que poseyera, así lo esperaba ella, estaba segura, fuera o no iluminada su mirada sencillamente humana.

El judío había levantado la cabeza. La miraba.

Ella vio su rostro. No se había afeitado, como algunos hombres que prefieren arreglarse por la tarde. Estaba viejo y feo bajo su barba de la víspera. Estaba viejo, color oliva, con la palidez propia del jabón. Estaba viejo y horroroso, aquel judío. Detrás de la máscara de bienvenida con que había necesitado recubrirse, el rostro de ella se desmoronó. Una ráfaga se la llevó al otro extremo de la terraza como si fuera una hoja muerta. Desgraciadamente él no hizo nada.

Entonces comprendió que los ojos del visitante esperaban algo de ella, e inmediatamente lo recordó. Descendió los escalones de la escalinata, demasiado rápidamente para quien acababa de ser llamada bruscamente a la vida ya que hubiera podido tropezar, y sin embargo demasiado lentamente, pues leía en su rostro aquel amor de los hombres capaces de redimir, no sólo a aquéllos envueltos de luz, sino también a todos los seres amenazados por la sombra.

Lo más extraño es que el judío parecía volver a descubrir algo que ya había conocido y respetado. Tenía un aspecto tan convencido que había que volverse para descubrir la razón tangible.

Si ella no lo hizo, fue porque una vez abajo se encontraba de pie cerca de él en el paseo y la situación parecía una de aquellas que suscitan un cambio de banalidades —sobre comidas o sobre el tiempo— que llenan la vida de la gente la mayoría de las veces.

Ella comenzó a devanar frases cortadas:

—¡Estoy desolada! ¡Qué molestia! ¡Hacerle venir desde tan lejos!

—No me molesta —dijo él en el mismo tono—. Pero menos mal que Bob Tanner me vio cuando bajaba del autobús.

—¿Bob Tanner?

—El muchacho que usted envió.

—¡Ah! No conocía su nombre.

Agitó la barbilla. Si la escena hubiera pasado por la tarde quizá se habría abanicado, de tener un abanico. Pero ya no quedaba más que aquel viejo horror con plumas que había pertenecido a su madre y que ella ya no podía ni siquiera ver desde que Mrs. Jolley lo había tocado y provocado así un desagradable incidente.

Él la miraba, esperaba.

Pero ella recordó que era vulgar y mal educado ir directamente al grano, y por eso le dijo amablemente:

—Veo que está cansado del camino. Tiene que descansar un momento. Tal vez quiera hablarme de su trabajo.

—Siempre es igual.

—¡Oh, no! —protestó ella con voz reflexiva—. Nada es siempre igual.

—¡Se ve que usted no ha hecho nunca agujeros en una plancha de acero!

—¿Por qué tiene que hacer usted precisamente eso?

«Ya es hora de que le haga entrar», se decía ella. Sus talones crujieron cuando dio media vuelta sobre lo que había sido un paseo arenoso. En sus relaciones con él se sentía buena y adulta.

—Es una disciplina sin la cual mi espíritu podría encontrar completamente natural su superioridad, como en la época en que gozaba de libertad le hacía presuntuoso y culpable de omisión —decía él.

Miss Haré se estremeció como si se hubiera desposeído de su madurez.

—Yo jamás he podido soportar la disciplina. ¡Oh, esos gobernantes! Menos mal que no soy lo que se llama un cerebro.

—Usted tiene instinto.

Ella sonrió completamente orgullosa.

—¿Cree usted?

Luego reflexionó:

—Es cierto, sé mucho sobre algunas cosas.

Se encontraban entonces en la terraza.

—Esta luz, por ejemplo, estas dos hojas lustrosas contra la rama; ésas son las cosas que conozco y comprendo. Pero ¿puede ser útil a alguien? ¿Y los agujeros que usted hace en todas sus jornadas diarias?

—Sí. Eventualmente.

Estaban en la terraza, uno junto al otro.

—Todavía no es evidente, pero un día conoceremos a quien pueda emplear nuestro saber, y el eslabón que somos en la cadena de los acontecimientos.

Un reloj de péndulo dio la hora en la casa. Era aquél al que Mrs. Jolley daba cuerda a fin de conservar una cierta continuidad, en el sentido que en Xanadu se daba a aquella palabra. El carillón recordó a Miss Haré la verdadera razón por la que había hecho venir al judío.

Cruzó las manos y dijo:

—Ahora estoy aquí sola, y puedo recibir y hablar libremente. Mi ama de llaves me ha dejado esta tarde, y cuando ella estaba aquí nunca se sabía en qué momento iba a irrumpir en los pensamientos de uno. No tenía ningún respeto por la soledad de los demás; siempre necesitaba abrir las puertas o espiar detrás de los visillos. Por otra parte no veía nada. Creo que Mrs. Jolley es completamente ciega, salvo ante las casas de ladrillo y ante los objetos de plástico.

Miss Haré guiaba a su huésped. Habían traspasado el umbral y ahora se encontraban en la casa. La emocionante belleza del vestíbulo que ella veía con el rabillo del ojo, y la curva de la escalera, en donde se encontraba un pequeño nido despedazado, le dejaba entrever que debía tener el ánimo suficiente para intentar revelar la verdad a otra persona, aunque fuera un judío, después de su precedente aventura.

El judío, naturalmente, no hizo otra cosa que mirar; también él era humano. Su cabeza giraba sobre su delgado cuello. Ella vio la finura de la línea de su nariz, pese a que era muy prominente.

—¡Extraordinario! — exlamó él.

El sentido de aquella palabra consiguió llegar hasta Miss Haré, pero no se sintió con ganas de interpretar la sonrisa que la acompañó.

—Sí, hay algunas cosas —dijo ella—. Se las enseñaré todas.

—¿No la abruma esta casa?

-Siempre he vivido aquí. ¿Por qué habría de abrumarme?

Fascinado por lo que había ante sus ojos, él, tan prudente generalmente dejó caer aquella gruesa frase que resonó como un cristal en medio de aquellos mármoles:

—Por su desolación.

—¡También usted! ¿No ve lo que hay ante usted?

Él echó la cabeza hacia atrás en una espera que hubiera podido parecer defensiva. Su risa era metálica.

—Ciertamente no —dijo—. ¡Lo habría pagado caro!

La miró atentamente, como si siguiera en los rasgos de su rostro el hilo de sus palabras.

—Mire, Miss Haré, yo estoy acostumbrado a vivir en una casita de madera. La he elegido frágil y efímera. Yo soy judío, ¿comprende?

Ella no comprendía por qué era imposible compartir aquella condición, cualquiera que fuera, y sintió un estremecimiento de celos. Refunfuñó y comenzó a mordisquearse los labios que la exasperación inflaba y volvía ardientes.

—Es casi una cabaña “continuó él—. Y el viento la tirará cuando yo haya cerrado su puerta por última vez antes de irme hacia otro rincón del desierto.

Aquella perspectiva horrorizó a Miss Haré.

—¡Eso es morboso! —protestó.

Él la miró intensamente, con una diversión extrema.

—Aceptar lo que la Historia nos enseña es ser realista. Y nosotros no morimos. Aunque de vez en cuando le corten los miembros, el judío no puede morir.

No dejaba de mirarla, como si quisiera descubrir a cualquier precio lo que se ocultaba detrás de su rostro.

¿Era posible que sintiera piedad por ella? Entonces, ¿qué es lo que animaba sus soportes? Entonces ¿es que sólo él merecía ser compadecido? Is cierto que algunos seres, y sobre todo los espíritus brillantes, se decía Miss Haré, son deslumbrados por su propia inteligencia y se mecen en una seguridad ilusoria en contraste con los animales. Ella sabía perfectamente que los animales siempre están alerta.

Le volvió la agitación.

—He de hablarle —le dijo con una voz entrecortada.

Precipitadamente condujo al judío al saloncito al que su madre y ella se habían retirado la tarde del falso suicidio. Su precipitación fue tal entonces que habría roto la puerta, si aquella puerta no hubiera decidido desde hacía mucho tiempo no volverse a cerrar, de dura que era, dura como la poltrona en que se sentó Miss Haré con su huésped y cuya hospitalidad había sido estrictamente teórica, incluso en la época de su prosperidad.

Después de haber echado una ojeada a su alrededor, Miss Haré consiguió articular:

—Temo por usted.

Y al mismo tiempo hizo algo extraordinario.

Cogió la mano del judío entre sus manos pecosas y temblorosas. Ni él ni ella sabían lo que pretendían, pero se encontraron prisioneros de aquella actitud. Estrechaba aquella mano contra sí como un objeto de valor encontrado en la maleza: una piedra preciosa cuidadosamente tallada, una orquídea arrancada, o un nudo de madera que el tiempo, la intemperie y la enfermedad parecían haber emparentado con los infortunados de la especie humana. Una deliciosa sensación aniquiló entonces la desprendida atención que Miss Haré habría dedicado generalmente hacia ese tipo de raros objetos.

—Toda la vida está amenazada en cierta medida por el azar —respondió el judío después de haber reprimido, no sin esfuerzo, una sorpresa divertida y un pensamiento tan obsceno que sintió vergüenza sólo de imaginarlo.

Miss Haré, siempre sentada, protestaba con ruiditos de garganta que recordaban el cuero y el croar de las ranas.

—Las personas inteligentes son víctimas de las palabras —decía él.

Ella misma hubiera querido adormecerse en un maravilloso silencio, mientras que su cuerpo se le escapaba, se estiraba en largas formas amorosas y musicales que otras veces había observado en los bailarines cuando se ondulaban, con la mirada perdida, no regidos ya por principios razonables, sino por otra ley de la que su carne podía volver a encontrar el recuerdo de un momento a otro bajo la caricia de las plumas de pavo real.

Miss Haré lanzó una ojeada a su compañero para ver si él era consciente de sus miembros largos y ligeros, de sus senos cónicos y blancos, menos fríos de lo que exigían las conveniencias cuando no tenían la disculpa de la música.

Pero el judío observaba la extraña situación en que se encontraba prendida su mano, y al mismo tiempo hablaba:

—La inteligencia es a veces una seria ventaja. Existen momentos en los que me gusta creer que he triunfado.

Y luego, mientras que en las comisuras de sus labios se formaban arrugas:

—Es completamente saludable que usted misma y la taladradora de la que me sirvo mantengan de vez en cuando mis ilusiones.

Acusaba con una dulzura y una benevolencia tales que estuvo a punto de soltar su mano. Su evanescente belleza se iluminaba de pequeños espejos chispeantes de cólera antes de desaparecer.

Evidentemente, aquello no tardó en suceder. Su apariencia no podía ser menos evidente que los tristes colgajos de las viejas telas de araña que colgaban de una cornisa.

Con la garganta llena de lágrimas y de cantos rodados ella exclamó:

—No me intereso por usted, ni por lo que piensa o siente. Sólo me preocupo de su seguridad. Soy

responsable de usted.

En su inquietud, su piel rugosa comenzaba a irritar la mano que ella tenía en la suya. Tal vez había sospechado algunos instantes antes, por única vez en su vida, lo que era ser una mujer, pero ahora que no era más que un ser humano inquieto, su pasión era más grave, más conmovedora, más apremiante. Fue esta última metamorfosis la que más les aproximó, aunque continuaran sentados en sus sillas tiesas y solemnes.

Himmelfarb se agitó un poco en su bata agresiva e impersonal, y después de aclararse la voz preguntó:

—¿Existen pruebas de algún peligro?

Si ganaba tiempo y se negaba a ceder a la repulsión que le impulsaba a retirar su mano, quizá podría obtener que le revelara los más secretos refugios.

—¿Pruebas tangibles? Usted debería saber mejor que nadie que los verdaderos peligros al principio jamás son tangibles.

Él ciertamente no podía negarlo.

Cuando ella se calmó de nuevo tras el sobresalto de exasperación que la sacudió, casi estrujó entre las suyas la mano increíblemente pasiva, y comenzó una larga y seca parrafada, aunque sin duda importante ya que la había preparado con anterioridad.

—Quisiera hacerle una proposición... En fin, proponerle una cosa. Lo he pensado desde hace mucho tiempo, pero siempre ha habido obstáculos. E incluso ahora, quizás usted vaya a encontrar mi idea estúpida, desplazada. Pero Peg, mi vieja criada, la hubiera llamado una solución práctica... ¡Si ella estuviera aquí todo sería mucho más fácil! En resumen, puesto que ciertas cosas se han producido y el tiempo apremia, ¿qué me diría usted si le pidiera que se viniera aquí a vivir?

Lo dijo de manera de no mirarle para evitar ser testigo de su sorpresa.

—Yo le ocultaría —dijo sin cumplidos—. Aquí hay tantas habitaciones que usted podría cambiar a menudo de dormitorio, lo que contribuiría a su seguridad.

Él permaneció inmóvil, y ella sentía que aceptaba sus motivos sin adoptar posturas.

—No estaría bien ocultarme —respondió dulcemente—. Ya que puedo decir honestamente que no tengo nada que ocultar.

—Ellos no se harán esas preguntas —dijo ella—. A menudo a los hombres les bastan unos motivos bien débiles para matar. Me he dado cuenta de eso, créame; puede que sea porque se aburran después de la comida, o porque no les gusta el tiempo... Son capaces de torturar a un ser porque éste vea claro en ellos. ¡Incluso a sus propios perros!

—Cuando llegue la hora de mi destrucción, no dependerá de la voluntad de los hombres —respondió él con un tono tranquilo y uniforme.

—¡Eso es mucho más espantoso! —exclamó ella estallando en sollozos.

Jamás había estado tan fea con sus mejillas húmedas y sus cabellos en desorden, pero la repulsión que hubiera podido experimentar Himmel- farb fue ahogada en su convicción de que pese a sus diferencias de nacionalidad y raza, estaban y siempre habían estado dentro de la misma misión. Era la misma noche, el mismo barranco los que, venidos de direcciones opuestas, amenazaban con engullir su acción. Pero pese a las dificultades y a los obstáculos, los preciosos secretos de los que cada uno de ellos era depositario no deberían ser entregados, por último, más que a unas manos.

Aunque el judío avanzaba a ciegas hacia la frontera de la libertad en medio de una niebla de pruebas, emergió un momento y se encontró sobre la incómoda poltrona del saloncito de Xanadu. Entonces se removió y alargando la mano hacia la que seguía el mismo camino que él dijo:

—Ahora me voy. Quisiera poder persuadirla de que los actos simples que hemos aprendido a cumplir todos los días son la mejor protección contra el mal.

—Sí, consuelan —admitió ella.

Pero suspiró.

La dulce luz velada de la tarde se estiraba sobre los suelos de madera. A aquella hora, cuando los objetos estaban aún maravillosamente intactos durante los últimos momentos del día, Himmelfarb habría olvidado fácilmente lo que había interrumpido otras veces, esas sencillas tareas cotidianas que ahora recomendaba como protección.

Miss Haré le siguió al vestíbulo.

—Al menos déjeme advertirle antes de que se vaya de que mi antigua ama de llaves, Mrs. Jolley, se hace ilusiones sobre nosotros. No pienso que sea un agente activo, pero ella padece la influencia de una tal Mrs. Flack, a la que no conozco, pero de la que sospecho. Por otra parte, también Mrs. Flack puede que sea inocente. En cualquier caso las ideas más diabólicas vienen a veces de las mujeres ociosas sentadas las unas junto a las otras en el crepúsculo. Y Mrs. Jolley vive en casa de Mrs. Flack.

—Y ¿dónde viven esas señoras?

—¡Oh, eso carece de importancia! Me parece que usted acaba de decir hace un momento, señor, que éramos los eslabones de una cadena. Yo estoy convencida de que existen dos cadenas opuestas la una a la otra. Si Mrs. Jolley y Mrs. Flack son los únicos eslabones de la suya, entonces, naturalmente, no tendremos nada que temer, pero...

Le guiaba lentamente a través de la casa que la púrpura y el oro de la tarde habían revestido de un esplendor que recordaba al Renacimiento. Su propia belleza hizo vibrar al mármol de un busto y al cristal de un velador.

—¿Es por aquí? —preguntó él.

—¿Quiere que pasemos por aquí detrás? Es más corto.

Sobre la mesa de la cocina había un cuchillo que tenía el aspecto de un destello de luz.

—Mataría por usted, ¿sabe? —dijo repentinamente miss Haré—. Si eso pudiera conservarnos lo que para nosotros es el bien.

—¡Entonces ya no sería bien!

Himmelfarb sonrió y dejó en su charco luminoso el cuchillo que había cogido al pasar.

—Su papel es el de cortar el pan — dijo él—. Es una tarea noble, aunque sin preocupaciones.

Ante aquella palabras miss Haré se calló y continuó en silencio hasta la puerta.

En el umbral le dio sus últimas indicaciones.

El rostro inexpresivo y de cera del hombre que estaba frente a ella se había animado bajo el efecto de la luz del atardecer o del misterio de un contacto humano.

—Siempre me abandona usted a esta hora —dijo ella pensativamente viéndole bajar los peldaños—. Usted tiene un secreto en su casa. Pero yo no soy celosa.

—No existe ningún secreto. Es a esta hora cuando rezo mis oraciones.

—¡Oraciones! —murmuró ella antes de continuar—: Yo jamás he rezado oraciones, salvo cuando en mi infancia me obligaban.

—¡Pero usted ha rezado de otra manera!

Ella se irritó y estuvo a punto de decir una inconveniencia, pero otro pensamiento fue a turbar la superficie de su conciencia.

—¡Oh! Entonces ¿qué es lo que nos salvará?

Antes de que él hubiera tenido tiempo de responder, exclamó:

—¡Mire!

Protegía sus ojos del resplandor del oro.

—Era a esta hora —dijo ella con la garganta oprimida y articulando apenas las palabras—, cuando a

veces yo tenía miedo de las consecuencias. En estos momentos es cuando se apoderaba de mí la crisis que me lanzaba por tierra mientras se aproximaban las ruedas. Era demasiado para un ser tan débil. Llegaba a permanecer sin conocimiento durante horas. Creo que nunca podré mirar al cielo durante el ocaso.

—No existe ninguna razón para que no lo mire ahora —dijo Himmelfarb con esfuerzo—. Es una magnífica puesta de sol.

—Es cierto —dijo ella con una risa contenida—. ;Y los grises surcos que las ruedas han dejado! ¡Y las blandas plumitas de las ruedas!

Himmelfarb se despidió de la dueña de Xanadu. Para él no era posible considerarla una loca, como los demás, ya que aquella locura era la suya. En efecto, ahora que las copas de los árboles se habían inflamado, en sus oídos sonaban como en otros tiempos las campanillas de las ambulancias, las campanillas de los coches de bomberos, y se dio cuenta con horror de que nunca se acabaría por arrancar a los hombres el fárrago de sus propias ideas. Por eso se continuaría llevando cadáveres y ocultándolos bajo sábanas, mientras que los que se creyeran aún vivos se obstinarían en volver a los escombros para buscar dientes, relojes, y otros objetos de primera necesidad. Pero los más cruelmente decepcionados eran las almas que protestaban con sus voces grises a las que ya habían dejado adoptar la forma de alguna planta, animal o mineral, e incluso a veces la de un ser humano. De esta forma se lamentaban las almas al peinar sus cabellos llenos de humo. Ya estaban aplacadas por las campanas, las órdenes y las maldiciones de numerosos incendios a los cuales, durante su vida atormentada, habían tenido la desgracia de acudir.

En aquel momento únicamente el Carro continuaba su carrera silenciosa y rectilínea en las nubes del recuerdo.

Himmelfarb subía tranquilamente el camino que conducía de Xanadu a Sarsaparrilla, contento por su fatiga física y por la colaboración de su amiga. Una vez o dos bostezó. Los rostros blancos de las flores indecisas se movían y brillaban vagamente al caer la noche. Las piedras parecían meditar. Él, el más obstinado de los seres, tal vez recibiría la orden de convertirse en piedra.

Mientras subía la cuesta, unas chispas brotaban bajo sus sandalias al contacto con los guijarros del camino, tan lejos, le parecía, que toda la buena voluntad del mundo no habría podido hacerle inclinar la espalda para recogerlas, tan inalcanzables que Ezequías, David y Aquiba no habrían podido recoger las chispas perdidas.

El judío caminaba, tropezaba con las piedras hasta que al fin llegó a su endeble morada. Tocó el Chema sobre el montante de la puerta, y entró.

XI

Todos los días Himmelfarb cogía el autobús para Barranugli. Se sentaba delante de su perforadora en la fábrica Rosetree, en donde contribuía a la fabricación de los faros Brighta. Bajo las ventanas corría el lento río verde, pero las ventanas eran demasiado altas para que se pudiera verle y a veces el judío, que al principio había sido sensible a aquella corriente de agua verde, no se fijaba en ella ni siquiera cuando salía de su trabajo. La recorría a lo largo hasta la parada del autobús y ya no era más que una sinuosidad verde, un símbolo de río.

Un día el encargado, Enrié Theobalds, que acababa de recibir una buena prima, tuvo un gesto de cordialidad hacia el judío.

—¿Cómo va eso, Mick?

—Fenómeno —respondió el judío en el lenguaje que se le había hecho familiar.

El encargado, que lamentaba ya su primer movimiento, se aproximó aún más. No era un mal individuo.

—¿No tienes amigos?

El judío se echó a reír.

—Yo soy amigo de todo el mundo.

Se sentía extrañamente, agradablemente sosegado, como si aquello pudiera ser verdad.

Pero eso le chocó al encargado y le hizo sospechar.

—Vale, hombre. Es un gesto. Pero aquí no hay oportunidades de que te miren con buenos ojos si no tienes un compañero, ¿te das cuenta? Te lo digo como lo pienso.

Himmelfarb rió de nuevo —la mañana le hacía despreocupado— y respondió:

—La Providencia será mi amigo.

Mr. Theobalds se quedó horrorizado. No podía aguantar las palabras importantes. Sintió gotitas de sudor que se escurrían a lo largo del vello de sus sobacos.

—Vale. No hablemos más.

Y se marchó como si fuera pisando huevos.

Apenas el encargado se hubo ido cuando Himmelfard deseó salir corriendo tras él, ponerle la mano en el hombro y mirarle cara a cara, pero no hubiera podido explicar la estúpida alegría que le había invadido. Pero ya estaba demasiado lejos la silueta convencida de su importancia, con los codos plegados y flexionadas las rodillas.

Por otra parte era exacto, como lo había observado Enrié Theobalds, que el judío no era amigo de los de su sexo, y sin embargo había hecho varios intentos desde su llegada al país. Con ese deseo cogía el tren o merodeaba por las calles de la ciudad. Algunos le habían pedido consejos o dinero, que él les había dado en la medida de sus medios. Unos lo habían aceptado como si fuera su obligación, otros parecían considerarle como un enviado del cielo, aunque él se había visto obligado a ocultarse para impedirles ser víctima de su presunción y ahorrarse él mismo la vergüenza. Otros incluso le tomaban por un homosexual, y le maldecían cuando él les reanimaba de sus vómitos. Una o dos veces, a la puerta de las sinagogas los sábados, había hablado con los de su raza. Más desconfiados que todos los demás, se mostraban terriblemente afables, luego cogían del brazo a su mujer que esperaba acariciando su visón y subían en su coche y regresaban a sus casas de ladrillo en donde esperaban estar a resguardo.

Himmelfarb permanecía pues sin amigos.

—Sin compañeros —dijo dulcemente.

De repente se acordó del negro, con el que todavía no había hablado, y que aún estaba en la fábrica. Todo el mundo decía que era un gandul, pero el puesto parecía gustarle. Después de una curda solía llegar con un ojo amoratado, o una magulladura verde o amarilla. Un bruto, eso es lo que era, un bruto al que la gente que se respetara no podría tocar más que con pinzas.

Sin embargo, entre él mismo y aquellos despojos —ahora se había dado cuenta— se había formado una extraordinaria alianza negativa, si así se puede describir a algo tan sólido, a todo un estado informulado, tan silencioso y elocuente a la vez. ¡Cómo sentía aproximarse al aborigen! ¡Cómo se presentaba ante su silencio! ¡Qué bálsamo representaban para sus respectivas heridas cuando pasaba uno cerca del otro!

Era ridículo, y como ambos sentían vergüenza, se daban la vuelta y volvían a comenzar la espera. A veces el aborigen silbaba con un aire burlesco un estribillo popular escuchado en la radio, cuya vulgaridad acentuaba inflando exageradamente los labios, como si quisiera destruirlos. Pero él sabía perfectamente que su amigo, el Gran Narigudo, no tendría dudas.

Hubieran podido tenerlas allí. Después de todo, cada uno en su tiempo, ambos habían conocido el cuchillo.

Y después, un día, durante la pausa del cigarrillo, Himmelfarb fue al lavabo cuya puerta cubierta de garabatos, el cemento húmedo y la sucia porcelana se le habían hecho familiares. Sentado inclinó la cabeza. Los burbujeos del depósito de agua y el gotear de un grifo mal cerrado calmaron los latidos de su cráneo.

Aquel momento de descanso lo pasaba a menudo en los lavabos, a donde no iba nadie antes de que volviera a empezar el trabajo. Permanecía allí sentado, sin moverse, pero aquella vez su mano se posó sobre un libro que alguien había dejado sobre el banco. Himmelfarb tenía la costumbre de leer todo lo que se ofrecía a sus ojos, pero aquel día la sorpresa le invadió desde que comenzó:

«Y vi un viento de tormenta que procedía del norte y una gruesa nube rodeada de un resplandor, un fuego del que brotaban rayos, y en medio del fuego un rayo de ámbar.»Y en el centro distinguía algo como cuatro criaturas vivas cuyo aspecto tenía forma humana.

»Y cada una tenía cuatro caras, y cada una tenía cuatro alas...»

Pero ya no era su propia voz lo que escuchaba el judío más allá de la locuacidad del depósito y del ruido cada vez más incisivo del grifo que goteaba. Era la voz de Israel, demasiado grave y desoladora en su continuidad. Se hubiera creído estar escuchando la voz de Cantor Katzmann. No obstante, la voz no intentaba ya revestir a aquellas criaturas vivas de un resplandor alegórico o del oro de Babilonia. Estaban hechas de la carne de los hombres, con la careta de las gárgolas humanas, la piel jabonosa cuyo sudor había dilatado los poros, la boca empequeñecida por la prueba y el error, los cabellos muertos de los hombres vivos agitados por el viento del destino.

El judío leía y escuchaba:

«...cada una tenía dos alas, que se unían la una a la otra, y dos alas que cubrían sus cuerpos...»

Pese a esto, él había observado y conocía de memoria las venas de los cuerpos ocultos.

Ahora los labios del pasado pronunciaban las palabras un poco más rápidamente como si la boca se hubiera adaptado a la aceleración del tiempo. Por otra parte el tiempo se reducía. Las correas se tensaban, en el taller se escuchó un chasquido de cuero y el roce del metal grasiento.

Pero él no podía interrumpir su lectura:

«...y cuando las criaturas se acercaron, las ruedas avanzaban junto a ellas; y cuando ellas se elevaron por encima de la tierra, las ruedas también se elevaron...»

Cuando las máquinas se liberaron en el taller, la habitacioncita tuvo un sobresalto de rebelión en seguida ahogada y resignada. En el estrépito mecánico ya no se oía la voz del depósito de agua ni la del grifo.

Pero la voz del judío continuó su lectura. Había recobrado su timbre aquella voz y dominaba el murmullo de las renacientes máquinas.

«...Y lo que estaba por encima de sus cabezas parecía una bóveda resplandeciente como el cristal...»

En este momento entró el aborigen; iba a buscar algo que se había dejado olvidado.

Desde que se vio sorprendido, se inmovilizó y empezó a mecerse sobre las plantas de sus pies normalmente planos y fofos. Vacilaba.

El judío estaba radiante.

—¡Es Ezequiel! —dijo olvidando el convencionalismo que le prohibía dirigir la palabra—, ¡Alguien lee a Ezequiel! Acabo de encontrarlo sobre el banco.

En su alegría dejaba escapar gotitas de saliva.

El negro permanecía allí plantado, manejando una bolita de algodón que hacía pasar de una mano a la otra.

—¿Es suyo? —preguntó el judío.

El negro hizo entonces algo sorprendente: habló.

—Sí —reconoció—. Es mi libro.

—Entonces ¿usted lee la Biblia? ¿Y los demás profetas? ¿Daniel, Esdrás, Oseas?

Le impulsaba un irresistible entusiasmo.

Pero el negro no parecía querer dejarse prender por segunda vez. Sus labios eran gruesos y desagradables.

—Sería mejor volver a bajar ahora— dijo con un movimiento de cabeza en dirección de la escalera.

—Sí— dijo el judío.

El aborigen se hizo cargo del libro y lo disimuló en lo que parecía ser un paquete.

Himmelfarb estaba hechizado. Sonreía, con esa amplia sonrisa interior que exasperaba a los que estaban excluidos de ella.

—Es interesante —dijo por fin—. Pero no le haré más preguntas pues ya veo que no lo desea.

—¿Adonde nos conducirían? —dijo el aborigen encogiéndose de hombros—. He sido educado por ese tipo, el pastor, eso es todo. Leo la Biblia de vez en cuando, pero no por las mismas razones que él. La leo porque me lo imagino todo, y además ¡es una forma de pasar el tiempo!

Todo aquello fue dicho con una voz sorprendente, de sonoridades profundas e inesperadas.

Después, ambos hombres regresaron a su trabajo, ya que las máquinas que sacudían la fábrica hasta los sótanos parecían burlarse de ellos.

Cuando estuvo sentado de nuevo en su perforadora, agujereando y volviendo a agujerear la plancha de acero, el judío se preguntó si sus relaciones serían modificadas por lo que acababa de pasar. No lo creía. Era como si hubiera sido demasiado prolongada su sujeción al molde originalmente impuesto. Quizá sería intensificado un cierto calor mutuo que existía; de eso se daba cuenta el judío todas las veces que pasaba el negro por su lado. Algo casi tangible existía entre ellos, pero casi nunca volvieron a cambiar palabras.

A veces, el más joven de los hombres emitía un vago gruñido, y el otro replicaba con un ligero gesto de cabeza. Si se buscaban se sorprendían incluso de hacerlo, y un día el negro dirigió una sonrisa, pero no a su amigo, sino a cualquiera que hubiera querido aceptarla. Si aquella le había llegado a Himmelfarb, había sido por pura casualidad: había de tomarla —así lo comprendió— como una demostración de completo despego.

No obstante, aquello calentó de nuevo el corazón de Himmelfarb, animándole a observar a aquel hombre con el que poco a poco se encontraba relacionado de una manera singular, por su silencio y quizá también por su vocación. Hubo una segunda ocasión en que, llegando juntos a la verja, y obligados a salir en el mismo momento, no pudo evitar dirigirse al negro.

—El día que hablamos —se arriesgó a decir — olvidé o mejor, no tuve el tiempo de preguntarle su nombre.

El aborigen quiso encerrarse de nuevo en su mutismo, pero cambió de opinión, sin duda al darse cuenta de que no había ninguna trampa en aquello.

—Dubbo —respondió rápidamente—. Alf Dubbo.

Y se marchó con la misma ligereza. Aquel día estaba contento. Cogió una piedra y la hizo saltar sobre la superficie del río. Permaneció un momento con los ojos semicerrados, mirando al sol cuya luz iba a quebrarse sobre sus grandes dientes. Se hubiera dicho que sonreía, pero sin duda se trataba de una concentración de la luz sobre su excelente dentadura.

Alf Dubbo había sido educado en un pueblo al borde de un río que jamás se secaba y que, en la mala época, desbordaba sus márgenes e inundaba los barrios bajos. El río interpretó un papel importante en la infancia del muchacho, e incluso cuando abandonó su pueblo natal pensaba sobre todo en las sombrías riberas del río marrón con sus cortinas de hojas brillantes y los cantos pulidos que él recogía buscando aquellos que tenían formas bonitas. Al atardecer el río le atraía, y le gustaba quedarse cerca de un remanso en donde la gente de la localidad había instalado un parque. Los nudos anaranjados de los grandes bambúes se hacían más visibles en la penumbra, y el brillante follaje de los árboles indígenas parecía recubrirse de un verde más intenso. Su querido río oscuro hendía la tarde. Algunas mujeres negras iban a reunirse al borde del agua, vestidas con trajes que las blancas ya no querían o con ropas chillonas y baratas que salpicaban la tierra oscura con sus flores cuando se tumbaban para esperar en medio de sus risas. ¿Qué conseguirían pescar aquella tarde? Los jóvenes blancos arrastraban consigo familiares y viejos borrachos. Los unos y los otros tenían los bolsillos bien repletos, y generalmente una botella o dos.

Un día había visto a una chica dejar su traje en las manos de un hombre y sumergirse en el agua en donde los rasgos de su cuerpo negro desaparecieron en la oscuridad. Pero aquello era raro, aunque también excitante. Sin embargo él se marchó.

Mrs. Pask le esperaba en la puerta de la cocina.

—¿Dónde estabas, Alf?

Bajo la tela que cubría su jaula, el loro repitió:

—¿Alf dónde estabas? ¿Alf dónde estabas, Alf? Alf.

¡Todavía no dormía!

—En el río —respondió el niño.

—¡No es un lugar para estar a semejante hora! Mr. Calderón te busca. Quiere que le conjugues un verbo en latín. Pero antes hay que hacer una o dos cosillas. No olvides que los muchachos serviciales son después los más solicitados.

Alf cogió el estropajo para limpiar las tazas. Mientras que ella aclaraba la vajilla, él soñaba esperando que se olvidaran del verbo latino.

Alf Dubbo no había nacido en aquel pueblo, sino a alguna distancia de allí, en una reserva situada cerca de un remanso de su querido río. Su madre era un vieja aborigen llamada Maggie, que nunca había sabido qué blanco era el padre de su hijo. Él se habría quedado allí sin duda hasta el día en que la astucia o la necesidad le hubieran hecho salir. Pero gracias al Reverendo Timothy Calderón, en aquella época pastor anglicano en Numburra, fue educado cuando aún no era más que un muchacho débil y torpe.

Mr. Calderón y su hermana viuda Mrs. Pask, tomaron al niño a fin de instaurar lo que ellos llamaban la Gran Experiencia. Mr. Calderón en efecto era un hombre de elevado ideal, en desprecio —y de esto se daban cuenta los más sutiles de sus feligreses— del hecho de que nunca conseguiría conformar su vida. Si se necesitaba sutileza para darse cuenta, es porque sus insuficiencias habían sido hasta entonces inofensivas en su mayoría. Él era inofensivo y aquél fue el motivo de su traslado a Numburra después de la importante ciudad de Dumbullen. Tal clarividencia por parte de su obispo había hecho derramar amargas lágrimas al pastor, pero el único testigo había sido su hermana, y juntos habían pedido a Dios les concediera fuerzas para soportar su martirio.

Aquello era mucho más lamentable cuanto que el Reverendo Calderón era un hombre culto y de buena familia, a quien su ideal había impulsado a abandonar Inglaterra poco después de su ordenación. Además de los verbos latinos, sabía traducir el Evangelio del griego, conocía las fechas de algunas batallas, el nombre de las plantas y había recibido en herencia la edición completa de la Enciclopedia Británica al mismo tiempo que una sortija. Si su rebaño de Numburra no apreciaba ni su buena familia ni su educación, aquello no era más que otra carga que soportar. La soportaba gracias a las frecuentes oraciones y también a la idea de la Gran Experiencia. El pastor estaba dispuesto a prodigar todo lo necesario con el pequeño Alf Dubbo: amor paternal y dirección espiritual, sin hablar de los verbos latinos y de las fechas de las batallas.

Desde el principio Alf Dubbo se reveló como un muchacho notablemente inteligente. Los que se preocupaban por él en seguida quedaron convencidos de que podría comprender cualquier cosa, a condición de que se molestara un poco. Era inteligente pero perezoso, hacían notar con una cruel satisfacción los feligreses más escépticos. Había que ser el pastor para esperar otra cosa del hijo de una vieja ramera de la reserva. Evidentemente no se les ocurría a las malas lenguas que Alf Dubbo hubiera podido heredar aquel vicio de un antepasado irlandés. Por simple decencia, conducían a los antepasados irlandeses del muchacho al nivel mitológico de la Gran Serpiente.

El pastor comenzó a sospechar la indolencia de su pupilo el día en que le escuchó preguntar:

—Mr. Calderón ¿para qué me van a servir todos estos verbos latinos?

—Pues bien — respondió el pastor— es una excelente disciplina que te ayudará a formar el carácter.

—¡Pero yo no comprendo su utilidad! —protestó el chaval con su voz dulce y ligeramente burlona—. ¡Seguro que yo no tengo ese tipo de carácter!

Entonces él se encerró en uno de sus incómodos enfados. Gruñía sin decir palabra, y en aquellos momentos su profesor se veía obligado a admitir que no podría conseguir gran cosa.

—A veces me pregunto si no nos estaremos equivocando de medio a medio —confesó un día el pastor a su hermana.

—Pero, Timothy, él hace muchos progresos en algunas materias, en dibujo, por ejemplo.

Mrs. Pask tuvo la vanidad de insistir:

—No deja nunca de pedirme consejo. Tiene un gran sentido del color. Alf está muy dotado para las artes.

—Para las artes quizá, pero ¿y para la vida?

El pastor suspiró afligido por sus verbos latinos.

A Alf Dubbo le gustaba, efectivamente, mucho dibujar, y lo hacía en las paredes del establo en donde ordeñaba a la vaca.

Le llamaban:

—¿Qué haces ahí, Alf?

—Señalo las semanas que hace desde que la juntaron con el toro —respondía el niño.

Las cosas no iban más lejos. Había notado desde hacía mucho que Mrs. Pask prefería desviar la mirada de las cosas naturales. Era de nuevo libre para trazar sobre las paredes del establo las líneas complejas de un mundo cuya existencia sentía, pero aún no podía asegurarla.

Por ello siempre estaba secretamente feliz cuando decía Mrs. Pask:

—¡Dios mío, cómo tengo la cabeza! Pero no debemos descuidar tu educación ¿no es cierto, Alf? Ve a buscar mi caja de acuarelas y continuaremos la lección de la última vez. Me parece que comienzas a comprender los principios del dibujo, e incluso es posible que tengas un talento oculto.

Cuando Mrs. Pask era joven, también había necesitado elegir entre varios talentos, en absoluto ocultos, lo que tenía dentro de sí. Entre el dibujo, el piano y el canto, había llevado una vida bastante disipada hasta el día en que tuvo la revelación de que debía abandonar todas sus pretensiones personales por amor a Nuestro Señor Jesucristo y al Reverendo Arthur Pask. Sin embargo conservó un gusto atenuado por los croquis y la pintura, y cuando el tiempo se lo permitía cogía su caballete y hacía rápidamente una acuarela. Aquel pasatiempo —en desprecio de su habilidad técnica, ya que Mrs. Pask se negaba a ver otra cosa— le había servido de gran consuelo en el momento de su prueba. En efecto, Mrs. Pask se quedó viuda muy pronto.

—No olvides nunca Alf, que el arte es primeramente y sobre todo una fuerza moral —le dijo un día a su alumno, al explicarle el interés del blanco para iluminar una superficie sin relieve—. ¡La verdad es tan hermosa! —decía ella.

En todo caso se sentía fascinada por su pincel.

—Ya ves, un puntito blanco, y cada una de estas cerezas se anima. Hay que admitir que existe algo de milagroso en el acto del creador.

Él no era aún capaz de hacer otro tanto, pero ella estaba segura de que algún día lo conseguiría.

—¡Déjeme intentarlo ahora, Mrs. Pask!

Era muy nervioso. Dibujaba una fuente de cerezas, con sus reflejos comprendidos, o la mano de yeso que ella tenía en la despensa, antes de que su profesora hubiera decidido el método que se proponía seguir. Al principio aquello la exasperaba, incluso la humillaba.

—Espero que no serás vanidoso —decía.

No merecía una respuesta.

Un día colocó ante él un florero de rosas rojas, de Crimson Rambles, como decía ella, que no eran más que la sombra de lo que podían ser.

Para él aquellas flores sólo fueron el punto de partida. Las enderezó, tiesas y carnosas, y rodeó a cada flor de un trazo azul en las que las encerró definitivamente.

Ella le dijo riendo:

—No puedes resistirte al color. Nunca he visto ese rojo. Pero acabarás por aprender que lo que cuenta

es la delicadeza.

Cuando su alumno trabajaba Mrs. Pask solía charlar con más gusto. Se tumbaba en un sillón, con los pies sobre un taburete tapizado. Años después, viendo una reproducción en una biblioteca pública, Dubbo se dio cuenta de que Mrs. Pask, pese a su virtud era en el fondo una de esas señoras pertenecientes a una época más indolente y que se apoyaban, en su caso en el sentido figurado, en su pequeño criado negro.

En el salón de Numburra con paredes de madera y techo metálico ondulado que de vez en cuando chascaba, la voz de Mrs. Pask se unía al zumbido de las moscas en una cantinela ininterrumpida:

—Todo lo abandoné por Mr. Pask, incluso el polvo de arroz, ¿sabes, Alf? Pero tenía la piel tan fina y el cutis tan fresco que aquello no era grave. Además ¿qué mujer no habría hecho otro tanto? ¡Era un hombre exquisito, de una dulcísima naturaleza! ¡Y tan esbelto! Pero — tosió — sin embargo muy vigoroso. ¡Aún me parece verle saltar por encima de la red de tenis! ¡Arthur nunca pensó en dar la vuelta!

Alf dibujaba por educación, levantando los ojos de vez en cuando. Mrs. Pask, cuyo cutis era en otros tiempos tan fresco, tenía ahora un color violeta, a causa de la tensión y del clima.

A veces el niño permanecía inmóvil ante su caballete. Entonces ella decía en un tono de reproche:

—No es posible que ya hayas terminado, Alf. ¡Acabo de darte el modelo!

—No —respondía él para dejar las cosas en paz—. ¡Todavía no!

Permanecía sentado en su silla. Esperaba.

Y luego, después de haber hecho una nueva mezcla de colores, volvía de nuevo al trabajo. A veces él se sentía horrorizado por la intensidad de su mirada, por la crispación de su pecho. Y encontraba en ella algo no sano.

—Hemos de encontrarte gentiles compañeritos —decía ella—. Los muchachos necesitan juegos violentos, de vez en cuando. No es que yo aprecie la fuerza bruta, no; sino únicamente la virilidad cristiana.

Él la aplacaba con un vago gruñido. Le era imposible hablar bajo la fuerza de su impulso, ya que todo el tiempo le corregía.

Un día se cayó al suelo la caja de pinturas.

—¡Oh! con tal de que no se hayan roto las pequeñas porcelanas... —gemía—. Me molestaría muchísimo, Alf. ¿Te dije que me la había regalado Mr. Pask?

Sin embargo nada se había roto.

—Pero ¿qué has hecho, Alf? —exclamó ella aún con el aliento cortado al mirar su hoja, en el mismo tono que si le hubiera sorprendido en un acto vergonzoso.

Él no se movió, completamente en tensión con las rodillas apretadas.

—Es un árbol —respondió cuando se decidió a abrir la boca.

—¡Jamás he visto un árbol semejante! —añadió ella sonriendo con bondad.

Él añadió un toque de bermellón y pareció que le salía sangre.

—¿Qué son esas extrañas cosas sobre las ramas de tu árbol? ¿Frutas?

No respondió. El techo metálico crujía.

—Seguramente será algo... —insinuó ella.

—Son sueños... —respondió con un aire confuso.

—¿Sueños? No hay nada que lo indique; ¡parecen riñones deformados!

Su confusión creció:

—Es porque todavía no han sido soñados —dijo lentamente.

Los fetos palpitaban sobre el papel poroso.

—Temo que sólo tenga ideas malsanas —le confesó Mrs. Pask a su hermano—. De otra forma ¿cómo un espíritu inculto podría imaginar cosas de ese tipo?

—Pero su espíritu no es inculto — no pudo evitar replicar el pastor — ya que tú has comenzado a cultivarlo.

Aún le afligía el recuerdo de los verbos latinos, lo mismo que la influencia ejercida por su hermana sobre Alf Dubbo respecto a la pintura.

Mrs. Pask se preguntaba:

—Me siento obligada a confesar que estoy un poco inquieta. Me pregunto si no haré mejor en dejarlo.

—Tú has despertado su imaginación, eso es todo —suspiró el pastor.

Un poco de imaginación era su propio infortunio, ya que él no tenía bastante con que ella fuera su levadura, no tenía bastante para soportar su vida fallida.

El Reverendo Timothy Calderón era un hombre débil, una pasta grisácea. Si hubiera sido menos dulce, más amargo, se le hubiera podido admirar: su nariz, de una notable belleza, hubiera herido vivamente al ofensor. Pero como nunca se le había ocurrido utilizar una parte de su cuerpo como arma, nadie sentía hacia él ni temor ni respeto, excepto su propia hermana que le quería porque lo contrario habría sido inconveniente, y porque era el único miembro de su familia.

Mientras cumplía los ritos de la vida parroquial —oficios tibios pero deferentes, visitas a aquellos de las afueras que eran demasiado pasivos, fiesta anual en la que las señoras, siempre las mismas, debían adivinar el paso de un siempre eterno pastel multicolor—, el pastor se sostenía por dos secretos. Unicamente dos ya que su temperamento no habría podido alimentarse de más. Pero de estos dos secretos el primero era el más escandaloso, y jamás habría reconocido el segundo si no hubiera sido absolutamente indispensable.

En esa diócesis del norte, en medio de carrillones y encaje auténtico, Mr. Calderón oficiaba como un auténtico anglicano. El incienso que subía al mismo tiempo que la temperatura nunca ofendía sus narices. Se observaba que el buen gusto y los ritos heredados de Roma no habían sido conservados para ser estropeados en seguida por algún fervor evangélico, pero que allí se mantenían en su primitiva pureza, incluso cuando, pese a la vigilancia de Mrs. Pask, los monaguillos discutían y rompían el mantel del altar que, en verano, adormecía a los fieles con la Eucaristía y se dispensaban las mejores intenciones.

Los domingos, Mr. Calderón aparecía y desaparecía. Sus manos sin manchas cogían la hostia, su voz irrevocable decía los salmos sin molestar los recuerdos ni los pensamientos de sus fieles. El zumbido de las moscas le acompañaban bajo la vidriera de San Jorge, regalo de la Factoría Láctea.

Generalmente bajo la imagen de su santo favorito, viril y atlético en su traje deportivo, el pastor vivía su vida secreta dando rienda suelta a sus pequeñas actividades materiales que los niños del coro olvidaban regularmente. El vuelo de su poca ascética sotana le sugería quizás a aquel hombre silencioso una coreografía más libre del alma. En cualquier caso, mientras desplazaba unas vinajeras, o llevaba a su banco un viejo libro de cánticos, el pastor aspiraba a una expresión más viril de su fe, que su naturaleza sin entusiasmo y las opiniones de su familia jamás le habían permitido manifestar. En otros términos, el Reverendo habría deseado demostrar su devoción de una manera ardiente: pero eso ¿le habría sido posible? En imaginación al menos, las sonoras voces de los jóvenes muchachos de cutis claro, en sobrios vestidos de lino, subían en himnos de alabanza y conducían su alma tímida a la salvación. Se salvaría, no por sus obras, lo que habría sido extenuante en un clima tropical, no por sus palabras, lo que siempre es banal, sino por su juventud y el agudo esfuerzo de sus pulmones.

Todo lo que él hubiera podido ser, todo lo que no había conocido, le atraía al humilde pastor fatalmente. Bajo la vidriera del santo rubio pinchando al dragón con su lanza, su cuñado Arthur Pask, se le aparecía a Timothy Calderón y, después de haber saltado sobre la red de tenis, rodeaba sus hombros más débiles con un abrazo fraternal. Durante su corta vida, Arthur lo había poseído todo: una fe vibrante y que hacía vibrar, los esfuerzos y las recompensas de un fervor misionero, su matrimonio con una chica encantadora —nadie había criticado a Emily al comprobar que el motivo de su renuncia no había sido exclusivamente evangélico— y por fin el martirio, ya que pese a su santa exuberancia, a Arthur Pask se lo había llevado a los veinte años un agudo reumatismo articular en una remota región de Australia. Entre

los que le lloraron, su viuda no fue la más afectada. Una viuda encuentra consuelo en su mismo drama, en la evocación del más cruel de los recuerdos. Ante la sorpresa de todos, fue el cuñado quien sufrió más.

—He observado que tú no has comulgado esta mañana, Emily —le había dicho una mañana el pastor poco después de la llegada de Alf Dubbo.

—No —respondió ella.

Sus pies levantaban polvo sobre el corto camino que conducía al presbiterio.

—He recordado — explicó ella— que hoyes el aniversario de la muerte de Arthur.

—¡Te has acordado! —exclamó él riendo.

Aquello podría parecer extraño, pero Emily Pask era una de esas personas que no sólo olvidan las cosas, sino que no sospechan la sensibilidad de los demás. Si hubiera sido más clarividente, habría comprendido evidentemente que su hermano fustigaba su pena para impedirla morir.

Su vida común estaba recorrida por corrientes ocultas que amenazaban a veces hacerles sombra. Por ello la presencia del joven aborigen les alivió desde el principio, e incluso pareció poder salvarlos. Si la hermana sólo era medio consciente, el hermano comprendió que sus esperanzas se concentraban en Alf Dubbo y que, gracias a él, esperaba conseguir, si no la salvación, al menos un cierto confort moral. Y luego se dio cuenta de que era un clavo más en su cruz.

El pastor, en efecto, jamás había conseguido encontrar las palabras necesarias para entrar en contacto con los demás. En cuanto al muchacho, no parecía querer expresarse de otra forma más que por los enigmas pictóricos que su profesora deploraba profundamente.

Poco después del amanecer en que Mrs. Pask se había encontrado frente a frente con el demonio de su alumno, Timothy Calderón le descubrió leyendo un libro, con el aire de no poder resistir una tentación quizá prohibida.

—¿Qué hay, Alf? —le dijo el pastor en un tono benévolo—. ¿Lees algo instructivo, o sólo algo entretenido?

Aquello no era lo que había querido decir, pero es lo que dijo. Durante aquel tiempo el chaval continuó pasando las páginas con una actividad febril.

—Es un libro que he encontrado —dijo Alf corroborando la evidencia—. Es interesante —añadió.

Aunque se sentía ardoroso hablaba en un tono sombrío.

—¡Ah! —dijo el pastor—. Creo que se lo ha regalado una amiga a mi hermana, al saber que se interesaba por las artes.

El hombre y el niño estaban inclinados sobre el libro. Allí el mundo se deshacía en partículas de luz: los miembros de los bañistas hubieran podido continuar de piedra si la luz no hubiera revelado al observador que se encontraba ante la misma esencia de la carne. También el agua evocaba una desnudez original. Las bailarinas estaban sorprendidas en unos torbellinos de tules. Unas lavanderas se atareaban en el polvo de mariposa de un mundo fragmentado en diagonal. Unas grandes linternas vibraban en el corazón de resplandores de luz, densas y alegres.

—Los franceses —dijo Mr. Calderón después de haber visto el título- tienen un concepto diferente de las cosas.

El muchacho se sentía completamente emocionado por su descubrimiento.

—Pertenecen a otra raza —continuó el pastor con una sonrisa indulgente.

En aquel momento, Alf se detuvo ante una reproducción que jamás habría de olvidar, y sobre la cual volvería sin cesar en un deseo de mejorarla. Vio que era la obra de un pintor francés que no era y no sería para él más que un nombre. En aquel cuadro, un carro se elevaba detrás de caballos inmóviles en el rastro del sol. El brazo del dios — el título de la obra implicaba que se trataba de un dios— iluminaba el rostro de cuatro personajes sentados rígidos en el carro de hojadelata. Una antorcha casi inútil partía las huellas de luz solidificada.

—Apolo —dijo el pastor.

No tenía intención de continuar ni de hacer el menor comentario, pero Alf Dubbo añadió:

—El brazo no está bien dibujado. Yo podría hacerlo mejor. Tampoco están bien los caballos. De mis caballos se verían salir las llamas de la cola y estarían rodeados de chispas o de estrellas. Estarían vivos. Todo se agitaría en mi cuadro, porque así es como debe ser.

—¡Eres un verdadero artista! —dijo el pastor riendo entre sus dientes doloridos.

—El fuego y la luz se agitan —insistió el muchacho.

Entonces el hombre no pudo soportar por más tiempo su inexistencia. Rozó con un gesto rápido la cabeza del muchacho y le dijo:

—Ven, Alf, deja tu libro ahora. Existen otras cosas en las que me gustaría que pensaras.

Trajo la Biblia y se puso a leer el Evangelio según San Juan.

—Juan —le explicó— era el discípulo bien amado.

Habló de la belleza y del amor espirituales y de la manera en que habían iluminado cada momento de la vida de Nuestro Señor. El niño ya había escuchado todo aquello; y una vez más se preguntó que por qué no le emocionaba. No parecía poder comprender más que lo que veía, y él no había visto todavía a Jesucristo, pese a los repetidos esfuerzos de su tutor y a una sucesión de cromos de dibujos borrosos. Recordó de repente una tarde en la reserva en que su madre había recibido a un mestizo llamado Joe Mullers que estaba loco por ella y que había llevado una botella de alcohol de quemar para probarlo. En seguida su memoria de niño fue iluminada por los contornos lívidos y angulosos del amor alcohólico que aquellos dos seres habían bailado juntos sobre el lecho gimiente. Después, su madre se había puesto a repetir que una vez más se sentía decepcionada por el amor. Pero al menos para el muchacho, aquel fracaso había destruido las paredes. Tenía conciencia del manto de la noche, del olor de las hojas, al observar los últimos destellos de la pasión satisfecha.

—El amor humano —explicaba el pastor— no es más que un pálido reflejo de la compasión divina. Pero, Alf, ¿no escuchas lo que estoy diciendo!

El muchacho bajó la vista y vio que las rodillas de su tutor, dentro del pantalón gastado y arrugado, tocaban las suyas. Sintió que, según los preceptos de aquel hombre concienzudo, hubiera debido experimentar compasión por él, pero sólo podía pensar en la presión de sus rodillas. Estaba fascinado por el cruce de la tela usada y por lo que más tarde aprendió en las ciudades, en donde la gente rivalizaba en esfuerzos para conservar la pequeña ventaja que habían adquirido, el olor de los vestidos que llevaban.

—Vamos a dejarlo —dijo el pastor sin poder decidirse a cambiar de postura.

Fue el muchacho quien se desplazó con un suspiro o un gruñido cuando vio, en la luminosa claridad de fuera, a Mrs. Pask que regresaba de alguna visita caritativa con un plato vacío en la mano.

Cuando el pastor no conseguía apenas satisfacción por sus esfuerzos para implantar la fe en el alma de aquel joven aborigen, su hermana mostraba una cierta exuberancia ante lo que le gustaba llamar éxito de su enseñanza. Era innegable que Mrs. Pask siempre había gustado de la facilidad y que Alf comenzaba a gustarle. Había un montón de dibujos bonitamente trazados con escorzos admirables. Parecía que, con algunas pinceladas bien dadas, el alumno sería capaz de reproducir el universo tal como se le mostraba a su profesora.

Aquello habría sido en verdad un gran éxito si, de vez en cuando, no hubiera sorprendido otros del talento de su alumno que la espantaban.

Fue el muchacho quien un día descubrió una vieja caja tan bien escondida que ella la había olvidado.

—Todavía hay pintura dentro —dijo Alf.

En un tono medio desenvuelto, medio afectado, ella explicó:

—Sí, hace mucho tiempo que no la uso. No convenía al tipo que me interesaba.

Alf apretó un tubo y vio salir bajo la costra del tiempo un azul tan brillante, tan azul, que sus ojos se quedaron fijos en él.

Sólo pudo articular:

—¡Jolines. Mrs. Pask!

E incluso para ello hubo de reprimir su impulso.

Como respuesta Mrs. Pask frunció el ceño:

—Ya te he explicado que no hay que emplear bajo ningún pretexto esa horrible expresión. Pensaba que lo recordarías.

—Sí —dijo él—. Pero ¿puedo usar estos tubos?

Ella vaciló antes de declarar:

—Creo que el óleo no será muy indicado para ti.

—¡Oh... Mrs. Pask!

Pues entonces, bajo sus dedos, una lengua rosa salía de un segundo tubo, y un tercero lo iluminaba todo de amarillo.

—La pintura al óleo —continuó Mrs. Pask— conduce a la sensualidad, que es lo menos interesante del arte. Pero tú no puedes comprender estas cosas y has de creer en mi palabra.

El sólo tenía conciencia en aquel momento de su deseo de expulsar la sensación que le pesaba en el estómago, y la palpitación de su sangre en olas sucesivas de colores espesos.

Insistió:

—Podría pintar tan bien con eso...

Mrs. Pask hizo una mueca de disgusto.

Entonces Alf Dubbo tuvo una salida inesperada, colocada en su mano por intercesión divina y, en resumen, sin remordimientos.

—Con esas pinturas podría pintar cosas que antes no he podido.

Señalaba el tubo, de un azul sobrenatural.

—Podría pintar a Jesucristo —dijo con la voz que adoptaba para seducir.

—¿Cómo?

Mrs. Pask carraspeó. El muchacho había dicho aquello de una forma...

—No quisiera pintar a Jesucristo más que con pintura al óleo —aseguró él.

Mrs. Pask giró su viejo rostro un poco fofo. Recordaba a su joven marido y la fuerza y belleza de su garganta descubierta.

—Se lo demostraré —dijo Alf.

—Ya veremos. Coloca ahora eso. ¡Vamos!

—¿Usted no sabe?

Su voz tenía inflexiones temerarias.

—¡Oh, claro que sí! —dijo con una voz tan baja que necesitó repetirlo.

—¿Entonces?

Ella protestó:

—Qué molesto eres a veces. En fin, no digo que no. Mira ¡el día que cumplas trece años! Pero quiero que ahora arregles todo esto.

Él obedeció. Esperaría. ¡Incluso más tiempo! Nadie sabría esperar como él.

Mientras tanto la obedecía en todo, y a menudo ella aprovechaba las situaciones.

Ella decía por ejemplo.

—Si te olvidas de ordeñar a la pobre Possum cuando llueve, ¿cómo quieres que recuerde mi promesa?

El pastor detestaba a veces a su hermana. En efecto, ella le había contado lo que había pasado, presentando las cosas bajo un enfoque encantador y ridículo a la vez. Timothy Calderón sufría por ser tan a menudo consciente de lo que no podía impedir. Por ejemplo la crueldad, que le inspiraba una aversión particular cuando era densa y disimulada.

—Pero espero que se lo dejarás al final.

Mrs. Pask frunció los labios.

—Pediré la ayuda de Dios —respondió.

También Mr. Calderón solía hacerlo frecuentemente, pero a menudo en vano.

En el vestíbulo sombrío que conservaba los viejos libros y el cordero de la víspera, el pastor cayó de improviso sobre Alf. El muchacho daba la impresión de no estar haciendo nada, pero tenía un aspecto entendido, y como siempre el hombre se sintió aún más maduro en su ineficacia y su falta de amor.

Sin embargo aquella vez, el carácter repentino del encuentro o un destello de ternura le impulsó a decir:

—Alf, supongo que se tarda en tener trece años.

La sonrisa del muchacho acusó el carácter superfluo y pasablemente estúpido de la cuestión.

Pero el pastor continuó:

—¿Quién sabe? Ese don de pintar te puede haber sido dado para expresar tus convicciones profundas.

De repente ambos interlocutores se pusieron a sudar.

—A fin de que poseas algo —murmuró el pastor que repitió con una emoción contenida—: ¡por lo menos algo!

En aquel momento el muchacho se dio cuenta de que un incidente penoso pero en absoluto inesperado estaba a punto de producirse. Mr. Calderón se puso a acariciar los cabellos de Alf, y luego cogió su cabeza y la estrechó contra su estómago. Se mantenían torpemente enlazados en el seno de la penumbra y de los olores familiares.

Vacilando sobre la conducta a adoptar, Alf decidió dejarse hacer. Sentía que unos botones y la cadena de un reloj se clavaban en su mejilla y escuchaba en el centro del epigastrio del pastor un gruñido bastante lamentable. El sonido se desarrollaba, confuso y vejete, y el muchacho pensó en un viejo gusano blanco y blando que lentamente incorporaría la cabeza y se balancearía en todos los sentidos antes de caer hacia atrás. Estaba tan fascinado por aquella imagen que comenzó a contar los anillos de que constaría el cuerpo de aquel gusano pálido.

Pero Mr. Calderón parecía haber decidido de repente que no estaba triste en absoluto. Una especie de jovialidad que se apoderó de su estómago rechazó al muchacho como una bala.

—No hemos de dejarnos convencer por nuestros sentimientos de que somos figuras trágicas —declaró el pastor con una voz desconocida, y como Alf no se movía, le apartó de sí.

Mr. Calderón se dirigió en seguida a su despacho en cuya carpeta tenía dispuestas notas para un sermón; y una vez allá, pese a sus principios de economía y aunque era una hora tardía, encendió la luz eléctrica que se le reveló por primera vez en todo su esplendor. El efecto fue desastroso. El muchacho se eclipsó, perseguido por la imagen de su protector. Si la incisiva nariz del pastor había conservado su prestancia, y eso hasta los poros relucientes de su base, el resto del rostro era fofo y débil como un viejo pastel. Pero quizás es que Mr. Calderón se había olvidado sencillamente de ponerse la dentadura.

Aquella impresión visual se impuso violentamente en la conciencia de Alf, después se borró ya que, por lo que pudiera ocurrir entre tanto, su cumpleaños no estaba lejos.

Cuando por fin llegó el día, levantó los ojos sobre las cajas de sus regalos y preguntó:

—¿Y los tubos de pintura, Mrs. Pask? ¿No puedo emplearlos como me prometió?

Hubo un espantoso silencio y luego respondió Mrs. Pask.

—Concedes demasiada importancia a bagatelas, Alf. Pero ya que lo prometí...

Tenía el aspecto de padecer de flatulencias aquella mañana. Se escuchaba un pequeño aliento aflorar al vello de su labio superior.

Así, pues, fue a buscar los tubos de pintura. Había encontrado una pequeña caja de té en la basura y después de haberla desclavado había guardado en ella los trozos. Los tabiques de la contra placa eran inmaculados y los llevó detrás de la casa. Mrs. Pask, después de haberle impartido los elementos de la técnica que no había olvidado, se marchó. Se negaba a mirar, ya que ahora todo era posible.

Alf Dubbo comenzó a estrujar los tubos. Respetuoso con su promesa, recubrió su primera tela de un blanco uniforme, y luego, pensativamente, metió su pincel en el azul. Empleaba aquello de forma arbitraria, y los resultados los transformaba casi en seguida con una voluptuosa autoridad. Atenuó el azul con blanco e, inspirado, extendió por fin largos trazos lisos que, según esperaba, conseguirían sugerir su intención aún vaga. A veces se servía de pinceles que había preparado, a veces de sus dedos temblorosos. Pero no lo conseguía. No conseguía nada. Una bruma se interponía ante lo que hubiera debido ser una visión azulada. Cogió el más puntiagudo de sus pinceles y trazó una O desgraciada. La pintura formaba estalactitas de un blanco azulado. Diluyó el rojo sangre y proyectó algunas gotas que resbalaron lamentablemente. Consciente de su fracaso dio la vuelta a la madera. Regresaba no obstante sin cesar a las masas opacas de su pintura. Estas le ahogaban. Pensando en su fracaso y en los medios de penetrar en lo que en su espíritu no era siempre más que una espesa bruma blanca, trazó su propio rostro en un extremo inferior de la tela. Cóncavo como un timonel, era terso y parecía esperar, pero comprendió que jamás sacaría nada bueno de una idea que se le había ocurrido en su deseo de engañar.

Durante un tiempo se arrastró y después fue consciente de haber cumplido su promesa por lo menos, y en cierto aspecto, ganado su libertad. Se sintió mejor y se prometió poner en su próxima pintura todo lo que había conocido hasta entonces: el polvo oscuro, los senos colgantes de su madre, negros y llenos de granos; el cuerpo del mestizo Joe Mullers, y los movimientos de sus caderas que repetía como si quisiera matar; y el horizonte que a veces era un hilo azul estrechado alrededor de su garganta, y que a veces se disolvía en una terrible indiferencia. Naturalmente habría blancos, perpetuamente desnudos en sus bellos hábitos. Y la copa de vino elevada en el aire por el Reverendo Tim, lo que también era muy importante. Gracias a sus bordes dentados se veía a la sangre temblar dentro. Y el gusano blanco que se movía tímidamente en el pantalón del Reverendo. Y el triste amor. Pintaría el amor como un esqueleto de viejo lagarto del que aún no se habría desprendido toda la carne y del que, por mucho que se le busque, por fuerte que se le desee, no se encontrará ni rastro, como tampoco los demás. Sin embargo habría querido saber si existía verdaderamente y qué sabor tenía.

Alf Dubbo trabajó toda la mañana en su pintura. El pastor y Mrs. Pask habrían comprendido una parte de lo que había hecho, pero había también otras cosas tan secretas y tan tiernas que él no habría soportado sus torpes reflexiones. Algunas marchaban sobre sus cuatro patas, pero otras discurrían de su mano en sueños que sólo él, o algún milagroso extraño, habría podido reconocer e interpretar.

Un poco antes de poner las cebollas en vinagre sobre la mesa Mrs. Pask entró y se quedó inmóvil delante de él.

—Bien, ¡vaya una manera de pintar después de todo lo que te he enseñado! ¿Qué representa todo eso?

—Yo lo llamaré Mi vida —respondió el muchacho.

—¿Y eso? —dijo ella alargando el pie.

Apenas pudo articular:

—Es Jesús. Pero no está bien, Mrs. Pask. No lo mire. Yo no lo veo todavía bien.

Tampoco ella sabía qué decir. Su rostro se había vuelto de un rojo sombrío, y se mordía los labios.

—Es culpa mía —dijo ella por fin—. Las cosas no son así. Esto es una locura. No debes tener semejantes ideas. Mi hermano ha de hablarte. ¡Oh, Dios mío! ¡Es asqueroso! ¡Cuando existen cosas tan bellas y santas!

Al irse casi lloraba.

El la recordó:

—¡Ésto es hermoso, Mrs. Pask! ¡Por todas partes es hermoso! Yo soy el que todavía no sé pintarlo como es. Yo le enseñaré algo que usted no conoce. ¡Verá! ¡Le daré una sorpresa!

Pero ella volvió a la cocina y sus labios de niña desbordaron burbujas de angustia.

En la cena, que Alf no compartió, hubo una escena entre el pastor y su hermana.

—Pero ¡tú no lo has visto! —insistía ella dando golpecitos sobre el mantel.

—No quiero verlo —decía el pastor—. Tengo confianza en él. Es su manera de expresarse.

—Eres débil, Timothy. Si no tomarías el asunto en tus manos. ¡Pero eres débil!

Él no encontró respuesta, pero recplicó:

—Nuestro Señor ha reconocido que todos los hombres son débiles. Y ¿qué remedio ha aconsejado? ¡El amor! Eso es lo que tú olvidas, Emily. ¿O es que no quieres admitirlo?

Los vasos bailaban.

—¡Oh, el amor! —dijo ella casi gritando.

Y después se puso a llorar. Las ventanas vibraron un momento, y después se detuvieron por fin para no ser de nuevo más que cristales planos.

Después de aquello, Alf Dubbo se fue: había escuchado ya bastante. Colocó sus pinturas en el cobertizo, detrás del cofre que había sido vaciado hacía poco, y que así continuaría por algún tiempo.

Las semanas siguientes ni pintó ni dibujó. Mrs. Pask le dijo que debía aprender a zurcir y a coser botones en caso de que se convirtiera en soldado. Le encargó otras tareas menudas, limpiar el jardín, hacer encargos, escribir las direcciones en los sobres para enviar la hoja parroquial —aquello era excelente para su escritura— mientras ella descansaba sus piernas. Ella no hablaba ya de su vida pasada y se contentaba con pensar en ella. O bien recordaba los enfermos que debía ir a visitar. Salía mucho más que antes como si, permaneciendo en su casa, corriera el riesgo de descubrir, al abrir una puerta, algo que hubiera preferido ignorar.

Mrs. Pask iba por su lado, el Reverendo Timothy Calderón y Alf Dubbo por otro diferente. Siempre había sido más o menos así, pero ahora aquello se imponía en ellos. El pastor y su hermana no carecían de ocupaciones, pero para Alf Dubbo era horrible vagar por la casa o entre los macizos de flores o las boñigas de las vacas. Un día puso su mano sobre una caca que la vieja Possy acababa de hacer, y que se deslizó entre los dedos. Las lágrimas le llegaron a los ojos cuando comprobó hasta qué punto la boñiga de la vaca estaba inerte comparada con el contenido de los tubos.

Unicamente dos veces miró las pinturas que había escondido en el cobertizo. La primera le resultó intolerable, y lo mismo hubiera pasado la segunda si no hubiera sido porque el pastor entró allí de improviso para buscar algo.

—¡Soy el único Alf, que no ha visto esas obras maestras! —dijo.

Entonces Alf se las enseñó.

Mr. Calderón cogió un rectángulo de madera con cada mano, y los sostuvo en el extremo de sus brazos, mientras que su mirada iba de uno a otro. Sus labios rumoreaban, y Alf se dio cuenta de que él no miraba las pinturas, sino otras imágenes que tenía en la cabeza. No le censuró ya que, después de todo, la mayoría de la gente hacía otro tanto.

—¡Aquí están! —decía el pastor; y sus venas se notaban viejas en el dorso de sus manos—. ¡Bien, bien! — Miraba de uno a otro sin verlos—. Recuerdo cuando yo era niño, antes de tomar conciencia de mi vocación: tenía la intención de ser actor. Aprendía papeles para entretenerme —Shakespeare, ya ves— e incluso inventaba personajes, seres extraños salidos de mi exuberante imaginación. Según parece tenía una bonita voz de teatro. Interpreté el papel de un veneciano —creo que se trataba de El Mercader de Venecia— y otra vez un papel dramático, con medias de seda rosa y un camafeo sobre el pecho, que me había prestado una de mis tías.

El Reverendo Timothy Calderón se había puesto contento. Apoyó las telas contra el cofre vacío y salió.

—Un día has de explicarme todo esto, Alf. Creo que incluso cuando un artista o un hombre se expresan claramente, siempre hay un algo secreto que es necesario explicar. Por otra parte, esto no puede ser posible más que si existe una confianza total entre el artista y su público.

Era una mañana límpida, en que el humo se elevaba vertical, y Mrs. Pask había encontrado un pretexto para marcharse a hacer una visita. Mientras que Alf Dubbo seguía al pastor entre las plantaciones de lechugas que crecían, observaba con estupefacción que era él quien conducía, y que Mr. Calderon se había vuelto humilde y dócil. El muchacho caminaba muy derecho. Había crecido; de repente era un hombre joven y las cicatrices de las heridas que había sufrido en su carne comenzaban a borrarse. Su olfato esperaba la aventura.

Al dar la vuelta a la alameda, el pastor volvió sobre sus pasos, como si tuviera necesidad de la atención y de la comprensión de su compañero.

—Un verano, antes de venir a Australia, hice una peregrinación a Stratford-on-Avon —la patria de Shakespeare — con mi cuñado Arthur Pask. Es un recuerdo muy agradable. Los dos habíamos decidido ya ordenarnos religiosos, y Arthur pertenecía todavía a la Iglesia anglicana. Dormimos en la cochera de un albergue y después del teatro continuamos hablando una buena parte de la noche. Aquella semana había luna llena. El pobre Arthur era un dios, ya ves; pues era un santo pero también un hombre muy bello.

El joven negro caminaba con circunspección y desconfianza mientras que el otro hablaba, apartando con los pies los troncos amarillos de una o dos coles desarraigadas. Más que escuchar veía y no se sentía convencido por la personalidad del segundo pastor que el claro de luna volvía más blanco. Recordaba la silueta tiesa y sin vida del dios del carro en el cuadro francés. ¿Es que él no lo comprendía? ¿O es que los dioses eran maniquíes en la imaginación de los hombres?

Y después, ante la sorpresa de Alf Dubbo, Mr. Calderon le cogió de la mano para mejor dirigirle, según parecía, por las veredas que ambos conocían perfectamente, bajo el peso de la arcilla pisoteada y a lo largo de las matas de geranios que crecían como malas hierbas. Sin embargo, pese al contacto de sus manos, y el hecho de que traspusieran juntos el umbral en una postura incómoda al hacerlo al tiempo, cada cual se dio cuenta de que el otro entraba solo en un túnel.

El rostro de Mr. Calderon había cobrado una palidez lechosa y azulada, y le hubiera gustado parecer patético para justificar el dejarse conducir.

—Me apoyo en ti —dijo—, aunque a tu edad eres tú quien necesita ser guiado y ayudado.

Tuvo una especie de hipo.

—A veces me pregunto —añadió— qué es lo que será de mí.

—¿Por qué? ¿Está enfermo? —preguntó el muchacho en un tono de una brutal indiferencia.

Cada una de sus palabras daba como una piedra, ya que sus dientes se entrechocaban.

—No es eso exactamente —dijo Mr. Calderon—. Al menos me negaré a admitirlo delante de ciertas personas. Sus esfuerzos para testimoniarme su simpatía me resultarían un espectáculo demasiado penoso.

Continuaba haciéndose el enfermo o el viejo, pues así Alf le llevaba mejor a lo largo de los pasillos. Aquello poseía una agradable dulzura.

Pero Alf obraba mecánicamente: guiando y guiado ya no era el adolescente iniciado. Su cuerpo había conservado redondeces infantiles y su espíritu carecía de audacia, tras el velo que le separaba aún de la vida. Normalmente, hiciera un recado o llevara un par de zapatillas, jamás se entretenía en la habitación del pastor, cuyo misterio le era difícilmente soportable. Ahora que llegaban a su destino sus movimientos se hicieron más nerviosos y lamentables.

De pie sobre la estropeada alfombra, Mr. Calderón decía con un aire ceremonioso y un tono cambiado:

—Gracias, querido. Te agradezco hayas venido a ayudar mi debilidad.

Ni el uno ni el otro se engañaron, pero Mr. Calderón estaba contento de su fórmula.

De nuevo tuvo un gesto inesperado: abriendo la camisa de Alf Dubbo deslizó en ella la mano.

—Lo que necesito es calor —explicó más viejo y tembloroso que nunca.

El muchacho se horrorizó por un momento ante la idea de que su corazón, que se agitaba en su pecho como un pez en el río, pudiera ser cogido por aquella mano fría, pero no se resistió.

En ningún momento de su vida había podido resistir lo que fuera a suceder. Al menos necesitaba dejar que las cosas comenzaran, ya que se sentía atraído por los numerosos misterios que su

Mr. Calderón se enjugó la frente.

—¿Eres caritativo? —preguntó—. ¿O te pareces a los demás?

Alf no sabía nada y respondió con un gruñido.

Como aquella parecía ser la voluntad de su tutor, se implantaron en seguida el deber de desembarazarse de todo lo que podía servir de refugio a su personalidad. El pastor estaba febril, y el muchacho le imitó ya que todo era mejor que permanecer a remolque. Giraban sobre sí mismos en la habitación andrajosa, y los faldones de su camisa flotaban grotescamente tras ellos como si fueran alas. Sus zapatos cayeron ruidosamente sobre el suelo. Mr. Calderón se golpeó un dedo del pie con una de las patas de la cama, pero no era el momento de gemir ya que el tiempo apremiaba. El pasado, el futuro, la apariencia de las cosas, su fe e incluso su deseo parecían huir. En todo caso, después del golpe de viento de los preparativos, se encontró con su desnudez siempre ridicula y sus rodillas un poco deprimidas. Pero resolvió llegar hasta el final.

Era una mañana un poco fresca de otoño, pero una mañana volcada al fracaso más que a la unión. Estaban acostados juntos sobre la colcha con dibujos de colmenas. Su placer fue breve, inquieto, vergonzoso, y en seguida el niño fue sumergido por el montón de palabras de su tutor que lamentaba su falta.

Entretanto, renovaba la voluptuosidad del contacto.

«Un metal negro» pensaba, y le hubiera gustado recordar los versos o componerlos él mismo para trazarlos con sus dedos.

«¡Pero el metal es insensible! —Siempre volvía al mismo punto—.

Y eso es lo que lo hacía deseable.»

El metal, no obstante, se dejaba hacer mientras estaban tumbados en la cama abollada de palabras. Entre sus pestañas bajadas, el muchacho veía el agitarse gris del estómago que jamás habría de olvidar.

Mr. Calderón repitió la historia de su vida, y Alf Dubbo se adormeció. Cuando se despertó, el pastor, víctima de un constipado, estornudaba.

—Será mejor que nos vistamos —dijo en un tono irritado—. Me pregunto, Alf, que qué es lo que vas a pensar de mí.

El muchacho, que salía de un sueño agradable, tenía un aire completamente satisfecho. Pero el hombre estaba demasiado obsesionado como para notarlo. Como buscaba a tientas su pantalón y su pañuelo, el dinero y las llaves se le cayeron haciendo ruido.

—¿Qué opinas de mí, ahora? —preguntó.

Alf se echó a reír mostrando sus grandes dientes blancos.

—¿Entonces? —preguntó el hombre con sospechas.

—¿Que qué opino?

No podía decir nada más. Después, con una expresión bastante tímida pero que se hubiera convertido en malvada si se hubiera encontrado frente a un igual, alargó el brazo y cogió con ambas manos el vientre gris y lo retorció con fuerza, como lo habría hecho con una tela.

—¡Ay, ay, ay!

Mr. Calderón se quejó. Las cosas tomaban un giro que no le gustaba, pero se esforzó en reír.

—Opino que se parece a un viejo gusano —dijo el muchacho que continuaba bromeando, pellizcando

la carne cada vez con más fuerza.

Era una situación en la que Mr. Calderón no sacaría nada en limpio de su honor, cuando se abrió la puerta y apareció Mrs. Pask.

Emily Pask estaba allí. Sobre sus dos piernas. Ésa era la impresión general. Con su sombrero en la cabeza.

Ambos se miraban, reducidos a sí mismos, inmóviles sobre el sitio.

Finalmente la garganta de Mrs. Pask se desató. Su sangre, que comenzó a circular de nuevo, dio a sus mejillas el color violeta de su sombrero. Si sus ojos no hubieran estado cosidos a su figura, se habrían caído. Por otra parte estuvieron a un pelo de hacerlo.

—¡Ese muchacho!

Ensayó su lengua.

—¡ Oh, demonio! ¿Qué has hecho a mi hermano?

Avanzó tambaleándose hacia una silla, sobre la que se dejó caer de golpe.

—Nunca habría podido imaginarme... —dijo con una voz ronca—. Pero ya sospechaba que pronto o tarde... ;Oh, demonio!

Los otros dos permanecían clavados en el lecho, y las colmenas de la colcha se les metían entre las nalgas.

Pese a la impresión, Alf Dubbo comprendió rápidamente que lo único que había que hacer era vestirse y lo consiguió aunque tardó algo en conseguirlo.

El Reverendo Timothy Calderón, por su parte, se había refugiado en las lágrimas y repetía el nombre de su hermana.

En una bruma blanca y violeta, Alf Dubbo salió de la habitación.

«¿Alf dónde estás Alf?», gritaba el loro de Mrs. Pask. El muchacho había pensado anudarse los zapatos al cuello, lo que le permitió alejarse más rápidamente de la aglomeración de Numburra, que no volvería a ver nunca más.

El fugitivo vagó a través de los campos y a lo largo de los caminos. No quería a Mrs. Pask por la injusticia de su acusación, porque también él pensaba que todo había de llegar pronto o tarde. No se sentía descontento y recordaba algunos breves espasmos de placer en medio de una oleada de palabras y de una inmensa confusión. Placer sexual, ciertamente, pero sus brazos eran vigorosos y su piel suave, y la experiencia se había producido en aquel momento. Pero también recordaba a su protector en varias actitudes inofensivas y disminuida su marcha, arrancaba una hoja o pegaba una patada a una piedra, pensando en el alcance y calidad de la pérdida que había sufrido. Sentía que le penetraba el frío y lamentaba la ausencia de su tutor como la de una vieja manta de lana hasta entonces despreciada que un ladrón ha hurtado un día de helada. Menos materiales, menos sutilmente lamentados, quizá porque no lo confesaba, eran esos preceptos difuminados de la presencia divina en las nubes y en el hombre, con que el pastor había intentado convencer un espíritu que las encontraba extrañas, agobiadoras e inútiles. Sin embargo había adoptado algunas en secreto, por comodidad, y había cogido la costumbre de acolchar sus pensamientos en algún manantial por la noche.

Alf Dubbo se preguntó a menudo a dónde iría a parar el pastor, pero nunca lo sabría. El fin de Timothy Calderón habría podido ser horrible; encadenado a Emily Pask, en el infierno del secreto compartido, se les imaginaba a los dos perdiendo el tiempo que les quedaba por vivir, torturándose en aquella espantosa historia y en la insuficiente fe del hermano. En realidad esto es lo que sucedió:

Mr. Calderón lloriqueó un momento sobre la cama apenas cubierto ya que, incluso aunque hubiera estado vestido, no habría podido ocultar su desnudez, y Mrs. Pask, después de haber expresado su desolación, se encerró en su silencio y acabó por calmarse. Y luego el pastor, hay que reconocerlo, declaró firmemente:

—El cristiano que soy, Emily, y que de todas formas tú reconoces, ha de afirmar que ese pobre Alf Dubbo no era culpable.

Algo chascó, tal vez Mrs. Pask, o los resortes de la silla que protestaban.

—¿No es culpable? —dijo con la mirada perdida.

—¡De lo que ha sucedido! —respondió su hermano—. La justicia lo exige y tú debes comprender que yo soy el culpable.

Comenzó a lloriquear de nuevo.

—Y que toda mi vida no será suficiente para expiarlo.

—¿Culpable? —repitió Mrs. Pask aún más lejana—. ¿De lo que ha sucedido?

Mr. Calderón abrió la boca. Pero Mrs. Pask se levantó.

—No tengo la menor idea de lo que quieres decir, Timothy —dijo ella mirándole de frente, como si hubiera tenido sobre los hombros uno de sus dos trajes de franela, o bien el de tela azul de la casa de Anthony Hordern—. Voy a calentar el pastel — declaró—. Me perdonarás si la cena es ligera, pero no me siento muy bien. Naturalmente hay un tarro de ciruelas para los que todavía tengan hambre.

Si aquella mujer no hubiera sido una mujer honesta, él habría podido dudar de su moralidad. Pero las cosas eran como eran y aceptó la situación contando el dinero que se había desparramado por el suelo.

Continuaron viviendo juntos. Mr. Calderón era aún más humilde que antes al encender una vela, preparar un sermón, o el elevar el cáliz a la altura de su mirada. Si alguien lo hubiera observado, habría podido ser lamentable ver la llama vacilar en su lecho de cenizas en una nueva y difícil partida. Tenía tanto que hacer y tan poco tiempo... Mientras que colocaba la hostia, protegía el cáliz y limpiaba el borde de la servilleta de tela fina admirablemente planchada por su hermana, sus ojos dejaban traslucir que sentía un dolor interno y secreto.

Mrs. Pask llevaba una existencia aparentemente tranquila. Una sola vez por encima de un plato de tostadas, declaró al servir el té de las cinco:

—A menudo me he preguntado qué es lo que ese muchacho tenía en la cabeza el día de su cumpleaños cuando pintó tales horrores con las pinturas de mi pobre Arthur.

Pero inmediatamente hizo gesto de contener un eructo, mientras que su hermano recogía pequeños montones de sal desparramada.

Mrs. Pask ya no se ponía ante su caballete para reproducir una puesta de sol o un eucaliptus. Se consagraba por entero a sus obras y gozaba de la consideración de casi todos los miembros de la Unión de las Madres y de la Asociación femenina.

Después de haber viajado durante varias semanas, Alf Dubbo llegó a Mungindribble. Las privaciones y el miedo a ser detenido le habían adelgazado, pero, poco a poco, recobró la confianza. Mientras pasaban las semanss, el tiempo y los últimos recuerdos de Mr. Calderón y de Mrs. Pask le persuadieron de que éstos preferían no volver a verle. Sin embargo tomó la precaución de evitar las ciudades, y contar con la caridad de los granjeros para comer. Fiel a su decisión, rodeó la ciudad de Mungindribble. Si hubiera penetrado en ella hubiera quedado sin duda sorprendido por encontrarse como en Numburra, con dos Bancos más. La gente en Mungindribble era más rica.

Las calles también eran más agobiantes y polvorientas, y había menos agua en el río. Mientras vagaba por las afueras, que como la mayoría de las afueras es un río de vida para los parias, las cabras y los aborígenes, Alf no podía pensar sin emoción en las aguas generosas de Numburra y en sus tupidos bambúes, en los que las mujeres negras esperaban la caída de la noche. Pero acabó por llegar al basurero de Mungindribble, en donde abandonaban toda clase de objetos inútiles y maravillosos, por ejemplo, los resortes de un viejo reloj de péndulo que le tentaron. Continuó arrastrándose durante algún tiempo y acabó por notar, en el límite de la maleza, una choza de hojalata, arreglada con sacos y otros materiales de ocasión. Una mujer estaba en el umbral sosteniendo un extremo de una cortina de arpillera. Ella parecía hacerle señas.

“¿Qué es lo que quiere? —exclamó él después de haberse acercado.

—¡A ti! —respondió ella“. Tengo que gritar y no te entiendo. Acércate un poco más.

Obedeció, aunque su instinto le advirtió que se fuera.

—Es agradablé tener compañía —dijo ella cuando él llegó aún desconfiado—. Una acaba por embrutecerse de quedar encerrada en casa. Tengo las botellas vacías y acostumbro a salir con el carrito a buscar la mercancía, pero el caballo se ha hecho daño en una pata. ¡Me pregunto cuánto tiempo voy a permanecer en esta desgracia!

La mujer sin duda había sido blanca, pero el sol y sus actividades la habían curtido y ahora tenía el aspecto y el color del tocino ahumado. Era delgada, pero habría engordado de haber tenido dientes. En su traje de algodón, sus senos parecían animalitos menudos pero activos, que a veces parecían querer saltar fuera. Tenía esos ojos azules humedecidos, que evocan los días de brisa en los que no hay ni un cuervo en el cielo. Pero su mirada era penetrante. Habría identificado lo que se ocultaba bajo el asiento de un carrito aunque el objeto hubiera estado envuelto en varios trapos.

—¿De dónde vienes? —le preguntó a Alf.

El dio el nombre de una ciudad perdida del Estado.

—¿Eres mulato?

—No, creo que mestizo.

—Podrás tener dificultades —dijo ella casi ávidamente.

En seguida le interrogó sobre su edad y sobre su madre, con la expresión que adoptan ciertas mujeres al tratar esos temas, siempre mostrando sus anémicas encías.

—¡Estás crecido para tu edad!

Ella le dijo que se llamaba Mrs. Spice, pero que si quería podía llamarla Hazel.

Él no quería. Durante su corta asociación, una especie de delicadeza le impidió pronunciar su nombre de pila, y sin embargo, aceptó sin remilgos otras cosas.

Ya que, — él se daba cuenta con horror — una asociación estaba a punto de formarse al lado del basurero entre Mrs. Spice y él. Evidentemente podía escaparse; pero para eso necesitaba que un mecanismo lo liberara y que alguna circunstancia lo pusiera en marcha. La agitación que sentía entre una perspectiva tan incierta se propagó a través de sus dedos hasta el viejo reloj que llevaba, del que salió un tintineo y chasquiditos de metal.

—¿Qué es eso? —preguntó Mrs. Spice por preguntar algo, ya que lo veía perfectamente.

—Un reloj de péndulo. Trozos de un reloj de péndulo.

Ella se echó a reír.

—¡jolines! ¿Y qué es loque haces con eso? ¡Las tripas de los relojes no sirv; n para nada!

Él comprendió de nuevo que su destino estaba en juego. El inhibido mecanismo de su voluntad le permitía a Mrs. Spice hacerle entrar por el agujero que servía de puerta, a la oscuridad de la cabaña en la que vivía. El tintineo de las piezas del péndulo le reconfortaba.

—Lo que necesita un chico que crece como tú es comer algo — dijo ella ofreciéndole una cosa fría, grasienta y rancia. Pero se lo comió con un pedazo de pan lleno de hormigas, porque tenía hambre y porque eso le evitaba hacer otra cosa, y sobre todo hablar.

Mrs. Spice parecía ser de esas personas que no comen. Se lió un cigarrillo y llenó una taza de un brebaje que, antes de soplar, le quemó los labios.

Alf Dubbo se preguntó a menudo cuánto tiempo había permanecido en casa de Mrs. Spice. Ella le alimentaba suficientemente, según estimaba, y le ayudaba a hacer comer al caballo y a arrastrar las botellas. Pero él se negaba a acompañarla en el carrito. Sus mejores momentos los pasaba merodeando por el basurero en el que los habitantes de Mungindribble parecían haber arrojado lo esencial de sí mismos, y en el que siempre hacía descubrimientos que corroboraban lo que él sospechaba ya de los hombres. A veces se tumbaba en donde podía, sobre viejos somiers cuyos resortes y cuerdas se disparaban y soñaba con los cuadros que las circunstancias le impedían ejecutar por el momento. Constantemente pintaba, en su pensamiento, naturalmente. En aquellas creaciones de su mente, los

hombres tenían cuerpos de viejos resortes y caucho, de los que brotaban las tripas, y a veces, en lugar de mandíbulas, dibujaba una trampa de conejos. Pintaba las almas en el interior de los cuerpos, ya que Mr. Calderón se lo había dicho todo sobre las almas. A menudo daban el aspecto de latas de conserva —de sopa, de espárragos, o de otras cosas— llenas pero abolladas, y su contenido fermentado, estaba a punto de salpicar cuando fueran agujereadas. Soñaba y componía. El viejo péndulo destrozado, con el tintineo de las lámparas del altar en su interior, le recordaba a su antiguo tutor. No obstante todavía se le escapaba el movimiento. Lo concebía, pero sabía que era incapaz de reproducirlo. Y sin embargo, las almas, que eran lo que había de más interesante y obsesivo en sus cuadros, habrían debido animar los cuerpos como la impresión del alcohol o el espasmo frenético y la liberación del amor.

En efecto, poco después de su llegada, Mrs. Spice le había puesto al corriente de lo que esperaba de él. Una tarde había abierto una botella.

—Está casi vacía, Alf; sería raro que estuviera de otra forma, pero soy una buena chica y te voy a dar una gota. Te sentará bien. Ahora no estás muy lleno, muchacho, pero eso no es un mal.

No tenía ganas de beber, pero aceptó: quizás el alcohol le abriría nuevas perspectivas. Aquello la hizo reír y la hilaridad también se apoderó de él. Después de un trago tuvo la impresión de haber sufrido una descarga eléctrica, y aquello le recordó un día en que Mrs. Pask había intentado arreglar un interruptor. Había sido proyectada hacia atrás, contra la pared.

Necesitó algún tiempo para reponerse: parecía como si su piel se hubiera vuelto azul, pero Mrs. Spice no pareció darse cuenta. Si le hubiera visto volverse azul, de repente, había dicho lo que solía decir siempre:

—¡Esto te entonará!

La risa la sacudía haciendo agitarse sus tetas.

Y después se volvía seria. Después de otra ronda, alargó un brazo marchito, pero liso y bien formado, pues se sentía con ganas de charlar.

—A veces me pregunto qué es lo que piensas, Alf. ¿Qué tienes ahí dentro? Todo el mundo tiene algo, ¿no?

La seriedad de lo que acababa de decir (¡pensar que ella tenía la costumbre de leer libros!) le hizo guiñar los párpados.

Alf era incapaz de responderla. En efecto, no podía decir simplemente:

—En mí lo tengo todo, y un día tomaré conciencia de ello.

Mrs. Spice no habría comprendido gran cosa; por otra parte él sólo se daba cuenta por sus destellos. Vació la taza una vez más. Un día pintaría «La Hoguera Ardiente», y unas figuras a punto de penetrar en ella. Ya las veía claramente.

Mrs. Spice intentaba impresionarle. Al principio él se dio cuenta vagamente, luego con alientos de una cruel perspicacia. Las palabras que ella pronunciaba y sus gestos eran los de otra mujer que ya existía en su imaginación y que quizás acabaría, con la colaboración de su público y de la botella, por existir realmente.

—Necesito que sepas que no he sido siempre como ahora — decía ella recogiendo con ambas manos sus cabellos tiesos sobre la nuca.

Él se sorprendió al ver que ella llegaba a sus fines; era realmente una mujer joven con un traje de algodón limpio, planchado, con un color a colada por encima de sus vigorosas axilas. Pero no obstante sabía que ella mentía. ¿No había él mismo prometido un día a Mrs. Pask que pintaría a Jesucristo porque deseaba una cosa, aunque sabía perfecta- mente que era incapaz?

Mrs. Spice, por lo menos sabía cumplir sus promesas.

—¡Nunca me han acusado de ser avara! —decía ella—. Porque no lo soy. No debes tener miedo —dijo ella arrastrándose a su lado.

Él no tenía miedo, pero estaba sorprendido por la superioridad que le había dado. Ella se puso a exclamar:

—Y recuerda que yo no soy una sucia negra... NO lo soy...

Entonces se calló y les poseyó el mismo demonio.

La noche fue alternativamente inerte y pendenciera, y él acabó por encerrarse en su cuerpo de muchacho delgado y enfadado.

—¡Vete a hacer gárgaras! —dijo al fin.

Tenía ganas de acurrucarse para protegerse, pero estaba seguro de que ella insistiría en insinuarse, y por eso le calló la boca.

—¡Mañana por la mañana iré a buscar a los polis! —berreó—. ¡Violar a una mujer blanca!

Se durmió y él escuchó el silbido de su respiración entre sus húmedos labios.

Hacia el alba Alf Dubbo salió a gatas de la choza de Mrs. Spice. No llevaba nada sobre los hombros, ya que ella se lo había quitado todo, pero se sentía bien. Era la hora en que todo es color nácar. Húmedos manteles caían en pliegues sobre sus espaldas desnudas. Se aventuró un poco más lejos, por la ribera del río casi seco. Las vagas sombras de los árboles se lo disputaban en silencio, mientras caían gotas o ramilletes y sus pies callosos arrastraban las hojas muertas. Lo indefinido de la escena se iba a la ausencia del extremo de sus movimientos para crear una especie de perfección negativa.

Pero no supo irse a tiempo. Hubo de ponerse a tallar el tronco liso de un árbol, después de otro, con un clavo que había cogido al abandonar la choza. El trazo delgado de su dibujo brotaba de él y se inscribía en la corteza blanca. A veces dibujaba lánguidamente o bien destrozaba. Cambiaba de sitio para expresar una nueva idea. No acababa nunca, no acabaría nunca, mientras las circunstancias de las que se encontraba continuamente prisionero fueran interminables y desesperadas.

En seguida emprendió de nuevo el camino de la choza. Por el momento no tenía ninguna otra cosa que hacer. El cielo se coloreaba, la luz agudizaba su trazado contra las latas de conserva.

Mrs. Spice apareció, burlona y agresiva.

—Eres un maldito —repitió varias veces con un tono de hilaridad—. Pero no creas que eres el rey del gallinero porque he sido gentil contigo, ¡La generosidad tiene sus límites!

Adoptó un aire digno, pero por poco tiempo.

Se había creado una numerosa clientela gracias a su comercio de botellas vacías, y al telégrafo de los arbustos. No era raro que los ganaderos de corderos en el curso de una visita a la ciudad fueran a ver a Hazel o que un conductor de rebaños pasara junto al camino en que estaba atado su carrito. Algunos señores de la ciudad llegaban a veces tarde, al atardecer, a pie o en coche, con un tintineo de botellas y una flota de libertinos. Ella les decepcionaba raramente, salvo si hacía negocios con un tímido que la deseaba de repente. Para ésos siempre quedaba la alternativa de la conversación y de las canciones. Mrs. Spice decía que era minuciosa, y cuando la presionaban de una cierta forma, emitía un sonido de agudo soprano que recordaba al de una gaita oriental. Algunas noches, la luna iluminaba en el estercolero atrevidas escenas.

Alf Dubbo prefería mantenerse al acecho, sabiendo que se le trataría como a un idiota o a un aborigen, pero a veces se dejaba sorprender en la cabaña de Mrs. Spice cuando estaba inocentemente dormido desde hacía tiempo.

Una tarde, un ganadero de Cowra, borracho y socarrón, y orgulloso de su fácil conquista, le vio en su rincón.

—Oye, Hazel —dijo. ¿Te gusta ahora el betún?

Pero Mrs. Spice, cuando estaba ofendida, sabía demostrar que la grosería debía ceder paso a la delicadeza:

—Señor, tengo el honor de informarle que ese muchacho es mi aprendiz.

Ocupada en sus asuntos del día y de la noche, había olvidado que tenía prevenido al aborigen que de ahí en adelante no había de contar con su generosidad, y ella le importunaba con sus solicitudes. Él se reía en sus narices, o bien la azotaba con un junquillo, pero a veces montaban juntos sobre el tigre hasta que la bestia fustigada y ardiente no era más que una piel vacía.

Finalmente la apatía se apoderó de Alf Dubbo al mismo tiempo que una especie de presentimiento. Se examinaba, sorprendido y horrorizado, experimentando una impresión de malestar, mientras contemplaba a través de la puerta el horizonte de las latas de conserva y de la nada.

—¿Qué te pasa? —preguntó ella.

—Me siento mal —respondió dándose la vuelta.

Ella se puso a blasfemar, sacudiendo los sacos que le servían de lecho. Se volvía cada vez más desagradable.

—¡No vales lo que debes! —le dijo un día—. ¡Siempre a rastras!

Escupió.

Dos días después, él estaba tomando el sol cuando se le acercó, estallando:

—¡Es cierto que estás podrido! ¡Bonito regalo me has hecho!

Él fue consciente de su odio recíproco y se puso a gritar:

—¡Sucia basura! ¡Vete a saber en dónde has cogido eso, con todo los tipos que pasan sobre ti!

Ella lanzaba injurias.

—¡Esta es la última vez que abres la boca en mi casa!

—¡Está bien, Mrs. Spice, está bien!

Cogió sus zapatos y se fue, aunque eran las cuatro de la tarde.

Durmió bajo un árbol aquella noche, y se despertó muy temprano para examinar lo antes posible los estigmas de su enfermedad. Permaneció allá durante los breves instantes en que el sol embustero dora al mundo, y que en seguida toma de nuevo sus verdaderos colores grises y pardos.

Alf Dubbo se echó al monte, en sentido figurado al menos, en sus relaciones con los demás hombres. Jamás había sido comunicativo, pero ahora se retiró a la maleza de sus vagos pensamientos, entre las crueles rocas de sus obsesiones. Más tarde aprendió a preferir la ciudad, aquella jungla salvaje e impenetrable que le permitía despistar a cualquiera que intentara perseguirle hasta su propio interior. Pero por el momento frecuentaba a los campesinos y las granjas, trabajando contra salario o a cambio de alimentación y cobijo, a veces incluso viviendo en casa de una persona caritativa durante una semana o dos. No le gustaba permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Siempre tenía miedo de que le detuviera alguien por algún crimen del que comenzaba a sentirse culpable, o ser encerrado en una reserva o una misión, en donde satisfacer la conciencia social o asegurar la salvación de las almas que tenían alguna oportunidad de ser salvadas.

Evitaba a las personas de su raza, cualquiera que fuera el tinte de su piel, a causa de una cierta elegancia que poseía de comportarse en la mesa, aprendida en la casa de la hermana del pastor, lo mismo que una delicadeza y un refinamiento en su manera de ser que era capaz de disimular decididamente cuando se veía obligado a ello, como lo había hecho bajo el reinado de Mrs. Spice, pero que entonces le obsesionaba con una indefinible melancolía.

También tenía, claro está, su don secreto. Lo mismo que su enfermedad, no se lo habría confesado ni a un negro ni a un blanco. Eran los dos polos —positivo y negativo— de su ser: la enfermedad secreta y destructora, y el acto de creación, casi igual de secreto, pero regenerador.

Cuando hubo ahorrado algún dinero, Dubbo compró una caja de pinturas chinas según el catálogo de unos grandes almacenes. Aquel juguete elemental y vulgar le embriagó, pero la caja en seguida quedó vacía. Entonces adquirió la costumbre de abrir los botes de pintura que encontraba en las granjas, y embadurnaba los muros oscuros hasta que aplacaba su deseo. Pasaba sus domingos a la sombra de una cisterna, y dibujaba, garabateaba, seguía dibujando. Acababa por tener ante sí un montón de jeroglíficos que él era el único en poder interpretar. No es que él hubiera nunca pensado en comunicarse con los demás, pero las formas comenzaban a cristalizarse para él. Mientras que su organismo estaba sumido en la lógica de su enfermedad, una mayor libertad de espíritu le permitía encontrar la solución de algunos de sus problemas. No obstante le quedaban otros, pero a medida que se aventuraba más profundamente

en sí mismo, u observaba el extraño comportamiento de los seres en la periferia de su propia existencia, la esperanza de poder comprender algún día aumentaba en él.

Todo lo que hacía, todos los frutos de sus contactos fecundos con la vida, estaba encerrado en una maleta metálica que poco a poco se cubrió de rozaduras y de rayas a fuerza de ser arrastrada de sitio, u ocultada bajo su cama mientras interpretaba el papel de un obrero de fábrica o de criado en una granja.

Nadie se habría atrevido a abrir aquella caja, ya que la mayoría de la gente respetaba el carácter de su propietario, y algunos incluso tenían miedo de Dubbo.

Creció. Se hizo largo, delgado y nervudo. Era ya un hombre maduro cuando el coraje y la curiosidad le hicieron dirigirse por fin a Sydney. Cuando llegó, dejó la maleta metálica en la consigna de la estación y durmió en los jardines públicos antes de descubrir una casa bastante decrépita, una propietaria bastante miserable y bastante optimista y avara como para albergar a un aborigen. Acabó por instalarse por las buenas en su casa, pese a las objeciones de las dos prostitutas que también vivían allí, y que sólo estaban de vez en cuando. En seguida fue evidente que la discreción, el silencio, casi la no-existencia del aborigen no era lo que ellas esperaban. La propietaria, que había sido abandonada por su amante el año anterior, renunció en seguida a ir a llamar a su puerta y desapareció arrastrando sus zapatillas sobre el linóleum para irse a rumiar sus preocupaciones en las profundidades de la casa.

Aquellos años era fácil encontrar trabajo. Por desagradable que fuera para él, Dubbo consiguió adaptarse a aquella monótona necesidad durante largos períodos haciendo abstracción de lo que le rodeaba, y consideraba aquellas horas muertas como una especie de barbecho espiritual antes de la recolección de su arte. Pero tardaba en cerrar la puerta de su habitación, cuyo orden hubiera gustado a la hermana del pastor, y en coger de su maleta de doble cerradura los tubos de pintura de primera calidad que ahora tenía medios para comprar.

Existían también los días grises y las tardes negras de lluvia que daban a su piel un color amarillo dudoso y hacían reinar en su espíritu una confusión de introspección y de deseos. Entonces se refugiaba en la biblioteca municipal para contemplar los libros. Pero no los leía fácilmente. La abstracción de las ideas significaba menos para él que la abstracción de las formas y la síntesis de los colores. Sin embargo existían libros de arte que hojeaba con un espíritu crítico, mezclado con incredulidad. En conjunto apenas si estaba dispuesto a extraer una enseñanza de la obra de los otros artistas, lo mismo que no deseaba colaborar en la experiencia de los demás hombres, ni aprovecharse de ella, como si aquella visión todavía incompleta estuviera destinada a completarse ella misma, gracias a alguna revelación. Pero un día cayó sobre la reproducción del pintor francés en que se veía el carro de Apolo siguiendo su trayectoria a través del cielo. Se inclinó hacia adelante, recogiendo su impermeable marrón, inmovilizando sus dedos amarillos sobre el papel satinado. Se dio cuenta de que su actitud hacia aquella obra había cambiado desde la otra vez y comprendió que ahora sabría comprender la composición limitada del francés en sus propios términos de movimiento, y en formas en parte instintivas, en parte elaboradas en el curso de su combate con el transcurrir cotidiano, y su experiencia del sufrimiento.

Los radiadores de la gran biblioteca esparcían su calor como una sopa constante. El negro comprobó con envidia que todos los lectores habían encontrado lo que buscaban. Pero no se sorprendió: las palabras habían sido siempre las armas naturales de los blancos; él era el único sin defensa, él el único que miraba a su alrededor. Después de haber leído, bostezado, saltado líneas y pasado páginas bajo sus dedos para escuchar el ruido parecido al vuelo de un pájaro, colocó los libros ante sí, con la mirada perdida. En los días en que se sentía dueño de sí mismo, su sentido de admiración le recompensaba. Pero en la luz invernal, no se sentía alimentado de sus secretos, si no gustaba de la alegría real y física de pintar, y se habría acostado con gusto para morir en el olor del barniz y de la calefacción central en lugar de poner su mejilla sobre la mesa y adormecerse en la almohada de sus manos. Entonces el sudor brillaba en sus pómulos y en medio de los cortos cabellos de su nuca.

Una tarde como aquélla se despertó sobresaltado, bostezó, se aseguró con precaución una o dos veces que estaba mal de la garganta y cogió un libro que alguien había dejado sobre la mesa. Se dio cuenta de que una vez más leía la historia de Nuestro Señor Jesucristo. No había olvidado las incidencias, lo mismo que su esperanza de amar y adorar a los personajes, bastante menos que para dar gusto a sus tutores. Lo leía pero todavía no conseguía atrapar la expresión de aquel enfoque. Todo era pálido, bañado de amor y de caridad, pero pálido. Abrió el Evangelio del Discípulo bien amado. Pero entonces su garganta le hizo sufrir vivamente. Ardía. Le ahogaba la saliva.

Se levantó y se fue; su deforme impermeable, cuyo espantoso color marrón chocaba con el de su piel,

iba tras él arrastrándose. Caminó mucho aquella noche, con largos pasos deslizantes, y durmió bajo una roca en saliente junto a unos tallos húmedos, al lado de una mujer que le contó lo que hizo con un cuarto de billete que le tocó en la lotería. Hiciéronse el amor, o mejor, cada uno descargó sobre el otro su rabia y su miseria. La mujer olía a los camarones que tenía en una bolsa, así como un olor más dulce, sin duda, y menos agresivo que el de la ginebra. Intentó varias veces pegar su boca sobre la de él, una boca devoradora como la de una anémona de mar, pero él estaba no menos resuelto a no dejarse devorar, y sintió ganas de matar a la desdichada borracha. Ella tuvo momentos de sorpresa cuando, por ejemplo, él la cogió por las caderas como una carretilla con la que habría espoleado furiosamente la noche. Pero su miseria fue momentáneamente aligerada por lo menos hasta el momento en que ella se daba cuenta de que estaba peor que antes. Incluso cuando el muchacho la hubo dejado con el furor que ella hubiera preferido un poco antes para la pasión amorosa, continuó llamándole no interrumpiéndose más que para abotonar su traje y buscar sus camarones.

En cuanto a Dubbo, se dejó escurrir a lo largo de la pendiente, en el olor a gato que adquieren las plantas cuando se frotan sus tallos después de la lluvia. Desde que sus bienhechores le habían enseñado a tomar conciencia, a veces se sentía culpable en alguna parte de sí mismo, sobre todo cuando su cuerpo enfermo tomaba la delantera en desprecio de los reproches de su espíritu vigilante. Aquella vez se hubiera sentido mejor si hubiera hecho una bola con sus vestidos y los hubiera arrojado. Pero no era posible abandonar tan fácilmente las cosas, y se vio obligado a continuar caminando, torturado por sus intolerables vestidos y la sensación aún presente de las confiadas caderas de la prostituta.

Al amanecer regresó a su casa y, de puntillas, penetró temblando en la habitación que era su único refugio cierto. Cuando dio la luz, la calidad de algunas formas que había comenzado a trazar sobre un lienzo le llenó de un alivio increíble, aunque su aventura le pareció aún más espantosa. Mientras que su cuerpo se movía y fluctuaba en el espejo, acabó por acostarse en su cama, y allá donde algunos hombres habrían rezado, él se puso a contemplar lo que era su única prueba de su Absoluto, y al mismo tiempo, en el ímpetu de los azules y el contrapunto de los negros, un acto de fe.

Dubbo estaba lo suficientemente apoyado, física y moralmente, por su vocación para ignorar más o menos lo que los demás llaman vida. Solamente la tristeza de un aislamiento casi total del resto de los hombres subía a veces hasta él, y se daba prisa en abandonar la fábrica de cartón situada en las afueras de Sydney en donde trabajaba en aquella época. Se apresuraba, se apresuraba, para vagar por las calles, y sentarse por fin en el banco de un parque.

Allá se ocupaba de lo que generalmente se llamba pasar el tiempo, pero que en realidad era esperar.

Una tarde, estaba así sentado en un banco del parque y las grandes higueras proyectaban su amplia sombra sobre la hierba blanca, cuando una mujer se sentó a su lado, pero no deliberadamente. Sacó un paquete de cigarrillos de su bolso y encendió uno; después lanzó una bocanada de humo y se puso a mirar el agua del pequeño remanso.

Si no hubieran cruzado sus piernas exactamente en el mismo momento, sin duda nunca habrían hablado, pero la mujer no pudo evitar el reír.

—¡Dos cabezas para una sola idea, eh!

Él no supo qué responder y volvió la vista, pero la actitud de sus hombros no era hostil, ya que la mujer continuó:

—¿Qué tal lo pasa aquí?

Se sentía molesto, pero consiguió responder:

—Bien...

Entrecruzaba sus manos para protegerse.

—Yo vengo del otro extremo del país —dijo la mujer que dio el nombre de una ciudad del noroeste del Estado—, ¿Son muchos aquí?

Era cortés y educada, pero comenzaba a aburrirse. Frunció el ceño, ya que una brizna de tabaco se había quedado en sus dientes.

—No —respondió él—. No lo sé.

Aquella pregunta no le gustaba mucho.

Ella miraba vagamente el color de sus manos.

—¿Qué tiene ahí?

—¿Cómo?

—Lo que tiene en el dorso de la mano ¿es una úlcera?

—No es nada.

Era un bubón que le había salido varias semanas antes, y que disimulaba mientras esperaba que desapareciera.

—¿Estás enfermo? —preguntó ella.

No respondió y se dispuso a abandonar su banco y el parque con sus céspedes y el pequeño estanque de agua pasiva.

—Puedes decírmelo —continuó ella—. Yo sé lo que es.

Todo aquello era extraño. Miró de frente a la mujer extranjera con su figura de tallo de malvavisco bastante lleno y sus labios de un rojo reluciente. Llevaba los polvos que emplean las mujeres blancas sobre sus cuerpos para atenuar el impacto de su presencia.

Ella suspiró y comenzó a contar su vida. La escuchó como si hubiera escuchado una historia.

—Veo perfectamente que estás enfermo... Has atrapado la sífilis. Yo también la tuve en mi juventud. Me la pasó un guapo muchacho; regresaba del frente y me había conseguido con embustes. Todavía le veo, mira, con su yugular abultada, y recuerdo el olor del uniforme militar. jLa atrapé en seguida, pero no se fue tan deprisa, te lo digo yo!

Comprendió poco a poco que la mujer era una prostituta satisfecha de su profesión. Se llamaba Hannah.

—Por lo menos he tenido rachas de suerte. Un viejo cliente me dejó dos casas de las que soy propietaria. Alquilo una y vivo en otra. ¡Oh, no me quejo!

Continuó con un tono más agresivo:

—¡Lo que pude reírme cuando llegó la carta del notario con el testamento de Charlie! ¡Era un gran chiste! Por lo menos, ¡quién iba a creer que aquel viejo chismoso tenía un tesoro oculto!

Dubbo estaba cautivado. Le gustaba conocer el final de las historias. Las encontraba siempre con los mismos colores pálidos y tristes, bonitas pero poco convincentes, como las imágenes de los santos de Mrs. Pask.

—No camino sobre oro —continuó Hannah—. Por ello continúo trabajando. ¡Nunca se sabe lo que puede suceder!

Tiró su cigarrillo y frunció el ceño, de tal forma que él vio los polvos blancos de los pliegues de su frente.

—Sé perfectamente que ahora los jóvenes ya no se fijan en mí.

Su boca se crispó dolorosamente y exclamó:

—¡Tú no te fijarías en mí!

El bajó los ojos no sabiendo qué responder. Era verdad que no se habría fijado en Hannah. Ella se echó a reír.

—Venga ¡yo no quería hacerte proposiciones! O mejor, te he hecho una, ¡pero no vayas a creer que te pido que te conviertas en chulo! No, tú me interesas... —dijo ella moviendo la barbilla—. De vez en cuando suelo interesarme por las personas, y en mi casa tengo una pequeña habitación que no sirve para nada. Si quieres puedo alquilártela por unos cuantos chelines.

Se había puesto a despegar las sílabas como hacen algunas personas para hablar a los aborígenes,

pero bajó la voz para dar sus señas.

La noche se acercaba. En las casas de las personas ordenadas, se preparaban a cenar o tomaban el fresco en la ventana. Las lámparas estaban encendidas.

—En fin —dijo Hannah resoplando—. Los negocios son los negocios ¿eh? ¡Es gracioso! ¡Fíjate que nunca he podido aguantar a los hombres! Pero hay que ganarse la vida, y parece que yo estoy hecha para este oficio.

No acababa de peinarse.

—Ten en cuenta que no me molesta charlar con un tipo, en el tren por ejemplo... ¡Los pobres! ¡Son tan pelmazos!

Hannah guardó su peine en el bolso cuyo cierre había hecho sonar, y se limpió la caspa. Estaba preparada para recorrer las aceras.

—Quizá vuelva a verte —dijo ella.

Pero él comprendió que algo había pasado en ella y que ella no se preocupaba ya de él. Era él, entonces, quien la seguía con la vista. Estaba tan vuelto sobre el banco que sus huesos le dolían.

—Abercrombie Crescent —dijo con una voz estúpida y tierna, y después repitió las demás indicaciones que ella le había dado.

—Eso es —lanzó ella por encima de su hombro al alejarse.

Su voz se destacaba a medida que aumentaba la distancia entre ellos.

—Pero ¡no antes de mediodía! ¡Hasta entonces estoy en bata y trato a todo el mundo a patadas!

Hannah se dirigió hacia la calle, inclinada contra el viento. La noche se hacía más sombría y se tiñó de violeta por el otro lado del parque: ella en seguida se sumergió en la oscuridad.

Alf Dubbo se fue a vivir a Abercrombie Crescent, a la pequeña habitación que le había ofrecido Hannah. Aquello le convino y lo decidió rápidamente. Había cerrado su maleta, se había llevado una o dos telas empezadas, y se marchó.

Estaba contento en su pequeña habitación que estaba decorada con objetos de un interés dudoso: un colchón de borra, una estufa de petróleo mohosa y sin quemador, un maniquí de costura, cajas llenas de plumas de avestruz y algunas cagarrutas de ratas. Fuera, las antenas de las radios se elevaban por encima de los tejados de pizarra. Él se sentía fascinado por aquellos hilos, y el primer día se puso a pintarlos, mientras que repetía su canto de acción de gracias con la dulzura de las plumas. Pero tenía su puerta cerrada con llave.

Algunos minutos después que se hizo de noche, Hannah fue a sacudir el pomo.

—¡Alf, mi amigo está aquí; he de presentártelo!

Dubbo salió. Hannah estaba intimidada pero orgullosa.

—Te presento a Alf Dubbo... Mr. Norman Fussell —dijo con movimientos de manos que había visto hacer.

Norman Fussell arreglaba sus ondas ante el espejo:

—Norman es enfermero —explicó Hannah—, En este momento no está de servicio, y por eso ha podido venir.

—Encantado, Alf —dijo Mr. Norman Fussell.

Tenía gestos sorprendentemente vivos para un hombre tan redondo y regordete. Se puso a preparar un plato de alubias guisadas con tostadas, lo que le volvía loco, y comía con la cabeza inclinada hacia un lado, en un gesto que no carecía de elegancia, y también porque le dolía su dentadura.

—Entonces, ¿y el enfermero jefe, Norm? —dijo ella con un aire inquieto.

—Infecto —respondió Norman Fussell con la boca llena de judías.

Cuando acabó declaró:

—¡El pequeño Norm se siente muchísimo mejor!

Después, sonriendo, cogió un cigarrillo de una bonita caja y se puso a fumar, arreglando sus ondas de un amarillo canario.

—Habrá quien te diga que Norm es marica —murmuró Hannah llevando a Alf Dubbo aparte—. Me siento demasiado fatigada para discutir, pero me molestan esos tipos que se hacen los gallitos y que luego no lo son. Norman no podría llegar a ningún resultado con una mujer aunque lo intentara, y yo lo encuentro tranquilizador.

En general, Hannah se las arreglaba para no tener clientes en las horas libres de Norman, pero si aquello se producía, él cogía una colcha y se acostaba sobre el sofá. A veces también él se iba a buscar fortuna, pero si no estaba de servicio observaba religiosamente el reposo dominical. El domingo era un día bienaventurado. Permanecían en la cama enroscados el uno contra el otro y leían los crímenes o los divorcios o consultaban los horóscopos. O bien iban a la cocina a buscar té y las pastas que tanto les gustaban cubiertas por una espesa capa de leche condensada, de salsa de tomate o de un plátano espachurrado. O incluso se adormecían en una común inconsciencia. Más tarde, Dubbo les pintó tal como les veía por la puerta abierta, parecidos a un grueso huevo de carne frente contra frente, rodilla contra rodilla, comprimidos en el sueño. Aquél no era su esfuerzo más ambicioso, pero un huevo tiene una realidad, e incluso cuando es estéril su forma es perfecta.

Cuando vivió en Abercrombie Crescent, Dubbo recibió cuidados en el hospital de San Pablo, a veces del joven médico conocido de Hannah, o de uno u otro de sus colegas. Tardó un cierto tiempo en distinguir a unos de los otros. Sus batas blancas y sus cerebros asépticos le parecían más o menos tan diferentes como frascos de orina. Como si lo esperara, el contacto de las manos le horrorizó, pero poco a poco comprendió que él sólo era un caso entre muchos otros. Llegó incluso a encontrar el tratamiento irritante y fastidioso. Estaba obligado a aceptar la fábrica y sus cajas de cartón, pero mientras esperaba por la tarde en el hospital, veía desaparecer la luz. Se esforzaba en retenerla, pero algunos días no tenía tiempo de coger un pincel.

Un día le anunciaron que su enfermedad venérea estaba curada. Casi había olvidado por qué le curaban, ya que tenía muchos problemas más importantes que resolver. Se había liberado de su enfermedad como si se hubiera liberado de su cuerpo: aceptándolo. Su espíritu le preocupaba más, ya que él mismo ignoraba las reacciones que podría tener, o en qué podría convertirse una vez liberado de sus grilletes. De momento se debatía dando saltos como un pez en una pecera, o mejor, como dos peces, ya que los blancos que le habían educado le habían desdoblado al mismo tiempo.

Dubbo continuaba pintando, e intentaba aprender a pensar cuando oyó decir que una guerra había estallado. Las guerras no cambian gran cosa en la vida de los que siempre son derrotados, y tampoco habría cambiado la del aborigen si no hubiera transformado el comportamiento de su alrededor. Ciertamente, después de un examen médico le habían declarado inútil, y se lo habían llevado de las cajas de cartón que cosía para enviarle a pintar aviones con pistola, pero aquello no era para él más que una parte de su poco convincente vida social en la cual siempre había creído a medias. En aquel momento las personas de la casa, las personas de la calle, se impusieron antes que nada en su conciencia. Su pincel vibraba con sus emociones contradictorias, y las formas que había ensayado con tanta dificultad y honradez rescatar, se desintegraban.

Así pues, se puso a arrastrar la noche por las calles en las que había más gente que antes. Desde que los hombres se habían marchado para matar, muchos otros de los que se habían quedado libraban un combate aún más sangriento con su secreta naturaleza. Sus dobles almas, ahora más vulnerables, consideraban que el aborigen no era completamente diferente de sí mismos, pero sin embargo que sí lo era lo suficiente como para carecer de toda importancia. Bocas recubiertas de afeites se abrían en la noche como mutilaciones voluntarias. De todas formas aquello le era ya familiar, y en la luz diferente lo habría aceptado, con lo que suponía eran otros ritos. Ahora lo que más le turbaba eran los ojos, los ojos de los blancos que siempre lo habían comprendido todo y que acababan de comprender que se habían equivocado. Por ello se echaban a reír o entonaban estribillos populares. Algunos bailaban, con los brazos abiertos, o enlazaban a un desconocido. Otros caían y permanecían tumbados en el suelo, o bien se tumbaban juntos sobre la hierba pisoteada, en las actitudes del amor. Intentaban toda clase de medios, pero estaban manifiestamente decididos a demostrar que no habían conseguido matar al enemigo de sí mismos, y que quizá no quedaba ya bastante tiempo para ello.

Los compañeros del taller de Dubbo tenían la costumbre de ofrecerle la botella, pues cuando estaba borracho les hacía reír. De vez en cuando conseguía convencer a un alma buena para que le comprara alcohol ilícito. Entonces, encontraba de nuevo el fuego artificial delirante y el triste infierno de la desintegración que había conocido en la cabaña de Mrs. Spice. Pero entonces, una sensación opalescente seguía a veces a las náuseas y un montón de sus cálidas vomitonas era capaz de traerle su tesoro. En resumen, parecía conseguir lo que los demás, en las calles del país en guerra, fracasaban.

Un día regresó borracho y se cayó sobre el linóleum nada más traspasar el umbral de la casa de Abercrombie Crescent. Hannah, que volvía tarde y apresuradamente, casi se rompió la crisma. Después de haber encendido la luz y haber lanzado algunas patadas suplementarias sobre el cuerpo postrado, se alivió, gritando:

—¿Qué se puede esperar de ti, borracho bastardo de un negro ocioso?

Pero él no oía nada.

Al día siguiente, a su regreso, ella le llamó:

—Dime, amiguito, ¿conoces a los polis? Pues, si uno de estos días te ven tumbado en el arroyo o de juerga por las calles, ¡puedes estar seguro de que te detendrán y verás lo que es bueno!

Hannah, sin su maquillaje, era glacial, pálida y grave. Manifestaba claramente que lo que hacía en aquel momento era demasiado importante como para que se preocupara de la suerte de su huésped. Sus uñas sujetaban fuertemente la pequeña pinza con la que estaba a punto de depilarse las cejas.

—Claro está —dijo arrancándose un pelo—, que no me concierne. ¡Cada cual a lo suyo, eh!

Continuaba depilándose poniéndose bizca y dejaba caer los pelos a la calle.

Alf Dubbo escuchaba, pero lo que veía le interesaba más. Ella no había hecho aún su cama, y las sábanas tenían el mismo color gris de su piel, al menos en aquella luz. La propia Hannah tenía el color de las ostras, excepto en el surco de sus senos por donde se habría dicho que había corrido el agua tanto tiempo como en una vieja bañera o en un fregadero.

—A propósito, me veo obligada a subir el alquiler. Ahora serán doce chelines. Es la guerra, ¿comprendes?

Pero él continuaba fascinado por la mano de Hannah que temblaba al manipular la pinza.

—Comprendido, Hannah —dijo sonriendo a sus pensamientos.

—No vayas a creer que quiero desembarazarme de ti, Alf —explicó ella—. ¡Necesito esos dos chelines más!

Examinaba sus cejas que alisaba para hacerlas brillar.

—Cuando se tiene la profesión que yo tengo, hay que ser prudente. Incluso los más elegantes...

Se frotó las cejas con un poco de saliva.

También Hannah tenía miedo de lo que la esperaba, ¡sobre todo en los espejos!

Un día, mientras pasaba el plumero por los lugares más visibles del salón, ella le reveló un escondrijo de sus pensamientos, interrumpiendo su canción Luces del puerto.

—Las viejas, Alf, ésas, ¿sabes?, que tienen el cabello gris, grasiento y tieso que les cuelga sobre sus hombros como el de las muchachas... Las viejas sin otra cosa en la boca que dos dientes amarillos y encías decoloradas... Se las ve con su viejo perro... A veces llevan algún bulto. Con el vientre delante de ellas. ¡Oh, eso es lo que me da miedo! ¡Y las venas marcándose en sus piernas!

Pero él no podía hacer nada por ella. Sin embargo, veía claramente que estaba esperando algo.

Él estaba sentado en el borde del diván, con los codos apoyados en sus rodillas, y los dedos apenas separados contra sus mejillas. Aparte de su punto de apoyo en el canapé, hubiera podido estar acurrucado junto a un fuego de ramas.

El fuego era su protección. Sin fuego no sabía desplazarse por la noche en lugares desiertos. Alf Dubbo tenía la suerte de tener su fuego, y cuando cerraba los ojos lo veía arder en su cabeza con aquellos

fantásticos colores que tanto le gustaba pintar. Pero no estaba todavía completamente satisfecho del resultado, y sus ojos brillaban de exasperación. Hubiera querido esperar al alma íntima, incandescente, de los penachos de llamas.

Aquel día como permanecía mudo, soñador y sentado sobre el diván, Hannah, que había sido lo bastante estúpida como para pedirle consejo, se puso a gritar:

—¡Todos valéis lo que sois! No hablemos de esa tía de Norm, mira, la tomo por lo que vale; después de todo no faltan mujeres sino hombres, y él al menos calienta mi cama; pero tú, tú, Alf, te encierras en lo que tienes en la cabeza, ¡y los demás te importan un bledo!

Se puso a manejar su plumero con tal violencia que arrancó el canto de un libro. Alf nunca se había fijado en él, aunque fuera el único de su especie, viejo como era, negro y perezoso, y oculto detrás de las chucherías que los clientes habían ofrecido a Hannah en momentos de generosidad o de borrachera. Se inclinó para recoger la tira de piel caída, la cogió en sus manos, curva e inútil como un jirón de cáscaras. El título, escrito en grandes letras de oro, estaba sin embargo visible todavía.

Entonces, en ese buen inglés que había aprendido y que a veces recordaba, preguntó ávidamente:

—Hannah, me gustaría mucho que me prestaras este libro. ¿De dónde viene?

—¿Eso? ¡Oh! Era de Charlie. Mi viejo chismoso, ¿sabes? El único golpe de suerte que he tenido en mi vida. Sí, cógelo si quieres. También a mí me gusta leer, ¡pero no eso!

La casa, aplastada entre sus otras dos contiguas, estaba ya a oscuras. Alf Dubbo cogió el libro y volvió a su habitación, en donde la luz, reducida a su esencia, de un sorprendente color blanco verdoso, iba a discurrir todavía por algún tiempo desde el cielo a lo largo de los tejados de pizarra que parecían ser su continuación.

Se acercó a la ventana y abrió el libro. A aquella hora incluso los vidrios sucios tomaban la transparencia de cristal. De esta forma, mientras su luz interior se iluminó, continuó leyendo con una precipitación tan agitada y desordenada que añadía por aquí y por allá palabras, frases, imágenes enteras. Su ser secreto se iluminaba por fin en su canto:

«Alabadle, sol y luna; alabadle, estrellas de luz.

»Alabadle, cielos de los cielos, y vosotras, aguas que estáis sobre los cielos.

»Antenas y pizarras grises y brillantes, alabad, alabad al Señor.

»Montañas y todas las colinas, árboles frutales y todos los cedros, y los grises fantasmas de los otros árboles, vosotros, pies desnudos sobre las hojas húmedas, y vosotros, ríos secos, alabad, el nombre del Señor. Los bambúes anaranjados Le alaban con su balanceo.

»Bestias y todos los bichos, reptiles y pájaros, alabadle, alabadle.

»Manos, alabad a Dios.»

Sus manos temblaban entonces, pues toda la luz había desaparecido, y ya no podía leer más. Se echó en la cama boca abajo. Sus talones estaban inmóviles y sin vida, pero en lo más profundo de su conciencia sus manos continuaban pintando sus alabanzas con todos los colores posibles. Se agitaban en el extremo de sus dedos como serpientes al son de la flauta: los rojos, los amarillos claros, los verdes corrosivos, y aquel violeta desgarrado con el que quizá se atrevería a revestir la incorpórea forma de Dios.

No se movía y la audacia de su ambición le hacía estremecerse. Y luego la exigencia de su cuerpo le puso en pie. Encendió la luz y se fijó en el pequeño redondel sucio que su boca había dejado en la almohada, a la que dio la vuelta para no ver más la fea mancha.

Las noches siguientes, Dubbo pasó varias horas leyendo la Biblia del amigo de Hannah. La voz de los profetas le embriagaba de una forma desconocida, y revestía la espléndida gravedad de sus palabras con los colores que llevaba en sí. En aquel período fue cuando hizo algunos bocetos de los temas para los que no tenía ni la suficiente fuerza ni la bastante ciencia para pintar: El Carro, entre otros, o la visión de Ezequiel, sobreimpresa sobre la del pintor francés, y que no era todavía verdaderamente suya. Todos los detalles se yuxtaponían en el cielo, sobre su papel, pero la luz aún permanecía ausente. Entonces, bruscamente, enrolló la hoja y la dejó en un rincón, a fin de que al menos la parte consciente de su

espíritu cesara de pensar en ella.

Ahora trabajaba en la Hoguera ardiente, que llevó a cabo casi completamente un viernes que se había declarado enfermo, y después siguió un doloroso sábado en que, sentado ante el lienzo consideró una o dos veces aquello sin encontrar la solución o sin atreverse todavía a encontrarla. Al fin lo consiguió, después de unas pinceladas tan ligeras, tan simples, que quedó agotado y sudoroso, con los muslos pegajosos como después de una eyaculación.

En seguida limpió cuidadosamente, solemnemente sus pinceles. Era feliz.

Salió, pasó por delante de la puerta de la cocina. Norman había llegado y Hanna y él estaban a punto de preparar pequeños sandwiches en los que ponían crema de anchoas o puré de dátiles. Sonrieron con un aire culpable, en su secreto compartido: aquella noche recibirían amigos.

—¡Ola, Alf! —murmuró Norman.

Eso fue todo.

Dubbo fue hasta Oxford Street, en donde conocía a una camarera cuya amistad no se mezclaba con prejuicios. Le hacía una seña desde la puerta del bar, y Beat descendía, a veces, a verle.

Aquella noche, Beat quiso divertirse y él llevó la botella hasta un solar al que nadie iba por la noche si no era para dejar su coche o acompañado de una chica. Sentado en el borde de la acera empezó a beber. Al principio lo hacía concienzudamente, como un obrero que ensaya, reservando su habilidad técnica para ulteriores dificultades. Y luego sus movimientos se volvieron espasmódicos mientras tanteaba torpemente la boca de la botella. Su tubo digestivo se abrasaba.

Entonó el principio de una canción que había compuesto en circunstancias análogas:

«Cavador, cavador,

Mi papá es el mayor

De los dos.

Mi tío y mi mamá

Son Hermanos

Pero el otro

Es un enano,

Al que mi madre no conoce

Ni da la mano.»

Ahora la luna penetraba incluso en los callejones oscuros y los limpiaba de todas sus inmundicias, y por eso el negro se levantó y dio unos pasos vacilantes sobre el río de luz. Le gustaban las casas de ojos cuadrados que, sin embargo, no veían. Se sentía benévolo ante aquellos imprevisibles fuegos rojos. Rozó uno o dos parachoques, y una vez un capó pasó a toda velocidad por su lado. En la calle mayor no se veían más que los plátanos en los escaparates oscuros de las fruterías. Una caja de dátiles abierta le recordó los sandwiches de Hannah.

Entonces se decidió a regresar.

Durante los últimos años de la guerra, siempre había gente en casa de Hannah. Las calles estaban tan llenas que cada vez que se abría una puerta, las gentes se metían dentro. Había soldados y marinos, pero Hannah prefería a los marinos, sobre todo a los yankis, a causa de los dólares y del nylon. Todavía encontraba medio, de vez en cuando, de descubrir un filón en pleno corazón de Texas o de Idaho: algún fogonero que pagaría bien la oportunidad de poder hablarle de su madre y de su familia. Entonces Hannah ahogaba la borrachera en su vaso en el que sumergía la mirada hasta el momento de recoger el dinero.

Pero algunas noches era la banda de Norm la que desembarcaba en Abercrombie Crescent. Cuando Hannah estaba bien dispuesta no sólo no decía nada, sino que iba incluso a animar los gustos de los maricas y a interesarse por ellos. Se tronchaba de risa viéndoles hacer muecas ante el espejo. Después de

las cópulas monótonas y desagradables, encontraba sin duda placer en mirar los jugueteos de aquellas marionetas complicadas, ingeniosas, venenosas, pero cuya auténtica apariencia ocultaba una realidad de cartón piedra.

Ahora, mientras Alf Dubbo se arrastraba a lo largo de los muros que le conducían a su casa, pensaba que tendría lugar una velada de aquel género, al recordar el aire misterioso de Hannah y de Norm embadurnando sus canapés con crema de anchoas y de dátiles. Aquello le dejaba frío. Ese aspecto de la vida no le sorprendía, ya que había descubierto desde hacía tiempo que casi todo lo que hacen los hombres es sorprendente, y que sólo había que extrañarse un poco de lo que no lo era. Así pues, volvió a su casa dispuesto a todo y tan calmado como podía.

En la casa estaban abiertas todas las puertas de comunicación, excepto la de la habitación del fondo. A la entrada se cuchicheaba. Alguien se empolvaba con gran aparato ante la coqueta de Hannah, otro se ponía unas medias. El agua corriente no dejaba de funcionar.

Dubbo encontró a Hannah en el centro del jolgorio, instalada sobre el diván con su colega y amiga Reen, cuyos cabellos estaban tan tersos que no se les habría podido distinguir a no ser por sus pequeñas ondas apretadas. Aparte de las dos mujeres había un grupo de maricas que conocían sin haberle visto al mestizo de Hannah. Por fin Alf Dubbo adivinaba otra presencia ante la que se sentía aún demasiado aturdido para discernir.

Con una voz sonora que hubiera querido ser un murmullo mundano, Hannah anunció que Alf llegaba justo a tiempo para el número de Normie, y en efecto, Norman Fussell hacía su entrada. Llevaba un penacho de plumas en la cabeza, otro en las nalgas, y un taparrabos de diamantes, pero aparte de eso estaba más o menos desnudo, a excepción de un par de senos pintados sobre el pecho y los polvos y maquillaje con que se encontraba cubierto. Aquel volátil se puso a ejecutar una especie de danza ritual sobre las rosas del canapé de Hannah. Inspirado por la ginebra y el alma de chica que le poseía, Norm agitaba las manos, erizaba sus plumas, escarbaba un suelo imaginario. Se escuchaba su jadeante respiración, pero aquello no parecía molestar a nadie; las gallinas hacen otro tanto cuando son perseguidas en verano por los gallos en el corral. El espíritu de la chica, ahora vieja y experimentada, que se había introducido subrepticiamente en el cuerpo de Norm, se parecía al del pájaro rosa y le daba vida con ayuda de convenciones que los espectadores aceptaban. Si un ave del paraíso se hubiera enamorado alguna vez de un pavo salvaje, Norman Fussell hubiera sido la prueba.

Todos los espectadores manifestaban ruidosamente su admiración, o quizá, sus burlas.

Dubbo era quien se reía más fuerte. Estaba sobre la alfombra de Hannah. Si hubiera cabido, también él se habría puesto a bailar con pasos surgidos de un pasado olvidado; pero se contentaba con aplaudir. Estaba satisfecho de ver a Norman pavonearse, batir sus alas de carne al ritmo de la música, mientras que el olor de los cuerpos reducía aún más la pequeña habitación alrededor de su original silueta de pájaro.

—Eres una verdadera viciosa, Hannah — dijo aquella arpía de Reen—. Si no me hubieras invitado, nunca habría venido a ver esto, ni por un montón de dinero. ¡Esto me pone la carne de gallina!

Hannah, que se sentía atraída por la esencia mística del número de Norm, hubiera preferido no interrumpir su contemplación, pero respondió con una sonrisa objetiva:

—¿Qué pasa? Un capón es un ave como otra cualquiera.

Al mismo tiempo se dio cuenta de que Norm había llevado a un amigo, y le dirigió una mirada deferente, aunque también Alf se fijó en el tipo de traje oscuro de buena calidad que, en un rincón, ocupaba el mejor sillón de Hannah. El hombre, bastante joven, no parecía poder apartar los ojos del aborigen, pero sin agresividad alguna, ya que su mano ocultaba la mitad de su rostro. No se movía en aquella postura buscada deliberadamente. La mano extraordinariamente larga que sostenía y disimulaba su cara larga y pálida, parecía separarse del cuerpo en su traje oscuro y elegante.

Hubo aplausos para Norm y bebidas para los invitados, y la velada continuó. Dubbo había bebido un vaso o dos y se sentía como subido en un globo. Le hubiera gustado cantar y bailar. Vacilaba en el sitio bajo el efecto del alcohol y de la espera.

Entonces la colega de Hannah, Reen, le preguntó:

—Y tú, Dubbo ¿qué es lo que sabes hacer? ¡Desnúdate y enséñanos tu culo como todo el mundo!

Sonrojándose se sostuvo sobre la alfombra apoyada en sus talones. Evidentemente estaba un poco ida, y, como siempre, malvada.

Pero Hannah empujó a su amiga por el codo, con una mirada inquieta hacia el joven llevado por Norm.

El mismo Dubbo fue invadido por una repentina tristeza.

Un joven italiano llamado Fiddle Paganini, con peluca rubia y medias de redecilla negra que había llevado en una maleta, acababa de cantar.

—Alf canta y baila mejor, podéis creerme. ¿No es cierto, Alf?

Ella no le miraba de frente, y engordaba una de sus mejillas con la punta de su lengua para demostrar que le gustaba, porque en realidad no estaba segura del efecto que iban a tener sus palabras. Se volvió hacia el rincón de la habitación en donde estaba sentado el joven:

—No sabe a quien tenemos aquí, Humphrey —le dijo al extraño con una voz fuerte, en un tono que nadie le había oído nunca—. Alf pinta al óleo; ¿no es verdad, Alf? ¿Y si nos lo enseñas? Nos gustaría mucho, y Mr. Mortimer se alegraría.

Dubbo se sintió como si hubiera recibido un latigazo en medio del salón marrón. Todo el mundo le miraba. Entre los invertidos había gruñidos y bostezos.

—Ande, vaya —insistió Norman Fussell.

Norm había regresado, vestido como todo el mundo, y se sentó en las rodillas de su amigo que soltó una ventosidad por el peso. Su gesto al menos tuvo como efecto el hacer que Mortimer apartara el brazo de su rostro, que de esta forma Dubbo vio por primera vez.

El joven se inclinó hacia delante:

—Sí, Alf —dijo— nada me gustaría más que ver esos cuadros, si fuera tan amable de enseñárnoslos.

Hablaba con una voz tan educada e igual que apartaba toda idea de arrogancia, de entusiasmo, de ironía o de cualquier clase de emoción. Quizá le habían enseñado desde niño a dar confianza sin ofender el buen gusto suscitando esperanzas no fundadas.

Dubbo no se movía. Generalmente olfateaba las trampas pero, hoy, quizás había sido la única noche que había descuidado su vigilancia.

Lo primero que le persuadió fue su vanidad, al brotar de las más insidiosas caricias. En seguida sintió todo lo que era capaz de expresar: un ahogo en el pecho, un retortijón en el vientre y una vibración en el extremo de sus dedos. Con una expresión casi sardónica tenía sus ojos fijos en aquellos pálidos y sin vida de Humphrey Mortimer, manifiestamente inconsciente de la explosión que iba a provocar. Y luego, Dubbo ya no se sintió capaz de soportar semejante ignorancia.

Casi corriendo, atravesó el pasillo oscuro que conducía a su habitación, con las manos por delante para protegerse de algún posible obstáculo. Cogió nerviosamente los cuadros, los dejó, los volvió a coger y salió. En el pasillo, su hombro derecho se golpeó violentamente contra la pared y fue proyectado hacia el otro lado, pero al final se encontró, completamente aturdido, en el salón en donde apoyó las telas contra una silla ante el invitado de honor.

Todo aquello, comprendidos los mismos cuadros, parecía poco ortodoxo a la mayoría de los asistentes, y algunos manifestaban claramente que no les interesaba un asunto tan especial.

Pero la mirada de Humphrey Mortimer, inclinada hacia adelante, revelaba lo que no decía por miedo a comprometerse. Dubbo sin duda era el único en darse cuenta de que un espíritu notable estaba a punto de descubrir un alimento esencial.

El aborigen estaba muy erguido, con aire indiferente.

—Sí, sí —repetía el conocedor, que se sentía obligado a decir algo, a condición de que fuera algo equívoco.

Dubbo rozó una de sus telas con la punta del pie.

—No —dijo—. Todo esto no vale nada, no son más que ensayos la mitad de los cuales no tienen ningún sentido. Mire lo vacía que está esta esquina... No sabía como llenarla. Lo acabaré más tarde.

Conservaba un nudo en la garganta, pero el artista que era podía permitirse una actitud despreciativa, es decir honesta.

Fascinado por las telas, fueran estas discutibles o no, permanecía en un estado de completa pasividad.

Nada hubiera podido detener entonces a Dubbo. Por segunda vez atravesó el pasillo corriendo, mientras el contenido de sus bolsillos le golpeaba los muslos. Regresó con los brazos cargados de pinturas que encendieron un fuego de alegría en la habitación mediocre, cuyos muros se batieron en retirada ante las llamas de aquellos colores. El gramófono había continuado sonando valerosamente y no parecía fácil hacerle retirarse ante el incendio.

Algunos invitados se marcharon. Otros se apelotonaban en los rincones.

—Los toques de color le alegran —dijo Hannah bostezando.

Pero en la habitación en la que las personas murmuraban o se adormecían, únicamente importaba la simbiosis del pintor y el aficionado.

Dubbo acababa de mostrar dos cuadros. Su borrachera se disipaba y sentía que haría mejor en retirarse, pero en su gesto había ternura cuando ponía las telas ante sí.

El otro estaba inclinado hacia delante, más receptivo a medida que el lenguaje se le volvía más familiar, pero, por costumbre o política, no manifestaba su apreciación y su placer más que por una sonrisa perezosa.

—;Ah! —dijo en un tono de intimidad reservada únicamente a los oídos del pintor—: ¡Sadrach, Mésach y Habed-Négo!

—Sí —dijo el aborigen sonriendo dulcemente.

Y se sintió sensible al halago.

—Y el ángel del Señor — añadió Dubbo con la misma voz acariciadora.

Se puso en cuclillas y rozó con sus dedos la figura rígida pero radiante completamente liberada del caos espiritual en el que había nacido.

La obra era reciente y su pintura aún estaba húmeda, aunque su autor todavía no podía verla tal como se desarrollaría más tarde. Al menos podía admirar la imbricación de las plumas en las alas del ángel como un problema resuelto, pues había olvidado el muchacho que, una ardiente mañana, había tenido un loro entre sus manos y había apartado sus plumas para examinar sus raíces antes de absorberse en el misterio del plumón. Después, al despertarse o antes de dormirse, el hombre recordaría quizá la forma en que había aprendido a representar la esencia de la divinidad.

Aunque él no lo viera todavía, la obra estaba acabada. En el corazón de la hoguera, los cuerpos estaban rígidos, pero en perfectos trazados. El fuego brillaba con un resplandor definido. Nunca sería necesario modificar lo más mínimo las lenguas de las llamas.

Los dos hombres que contemplaban La Hoguera Ardiente estaban protegidos de las voces y de los peligros mortales que les rodeaban por una aureola celestial. Parecían estar transportados por la virtud.

El visitante fue el primero en reponerse. Se estremeció violentamente y rompió el encanto. Sus ojos parecían lamentar su abandono.

—Está bien todo esto, Dubbo —dijo con un aire negligente, casi cínico.

Jamás en su vida había ascendido tanto, y aquello le ponía nervioso. También el aborigen estaba nervioso y sentía subir la ira mientras ordenaba lo que le parecía una extravagante efusión.

—¿Qué es ese gran croquis que ha traído con La Hoguera? — preguntó Mr. Mortimer—. No me lo ha dicho.

—No es nada. Es un dibujo del que quizá me sirva más tarde, no lo sé aún...

Ahora que su entusiasmo se había derrumbado, lamentaba vivamente haber mostrado el cuadro del

Carro. Y La Hoguera Ardiente... Todo estaba expuesto, vulnerable y sin defensa.

—Me gusta eso particularmente —dijo Mr. Mortimer—. Sí, ese gran croquis me interesa. Déjeme echarle una ojeada...

—No —dijo Dubbo—. Es demasiado tarde. Otra vez.

Se apresuraba a llevarse las telas.

—¿Me lo promete?

—Sí, sí —dijo Dubbo arrugando las narices.

Cuando aquel fuego que se había apoderado de la habitación se extinguió, los invitados de Norm comenzaron a irse. Se besaban, se abrazaban. Los invertidos recreaban su ambiente de central telefónica, mientras que Dubbo se llevaba la última brasa de una pasión sincera.

Ahora iba a poder cerrar por fin su puerta con llave y confiar en el silencio. Pero unos pasos, medio tímidos, medio confiados, le siguieron por el pasillo.

—Escuche, Alf... —comenzó Mr. Mortimer.

No podía ser más que él.

—Quisiera proponerle una cosa...

Había seguido al aborigen hasta su puerta.

Pese a la agobiadora atmósfera del pasillo, ambos hombres tiritaban. Mr. Mortimer, cuyo traje era como siempre perfecto, había metido los puños en los bolsillos de su pantalón, y su chaqueta subía por encima de sus prominentes nalgas. Estaba grotesco.

—Le haré una oferta para al menos tres de sus cuadros que me gustaría mucho tener.

Citó La Hoguera Ardiente y los otros dos.

—Y además el croquis de su Carro cuando no tenga necesidad de él... Quiero decir cuando haya terminado el cuadro.

El joven citó una suma, desde luego la más considerable que jamás había sido mencionada en la casa galante de Hannah.

—No, no, lo siento —dijo Alf Dubbo.

El nudo que tenía en la garganta no le permitía decir nada más.

—Por lo menos piénselo; es por su bien, ¿sabe? — se atrevió a arriesgar Mr. Mortimer que continuó sonriendo, ya que la vida le había enseñado que su dinero le abría por todas partes los caminos fáciles.

Pero Dubbo, que a lo largo de la velada se había quedado al descubierto varias veces, ya no era vulnerable. Desde que había tenido la sospecha de que le engañaban, se había acurrucado en sí mismo y nada podría darle confianza de nuevo.

—Un cuadro que nadie contempla, es como si no hubiera sido pintado nunca...

—Yo los contemplaré —dijo Dubbo—. Buenas noches, Mr. Mortimer.

Y cerró la puerta.

Durante una semana no sintió deseo alguno de pintar ni de contemplar sus telas. Le bastaba con saber que estaban allí. Algo parecía haberle asustado, como si en un momento de vanidad o de exuberancia, hubiera revelado un misterio del que él era el más humilde y más reciente iniciado. Se sentía enfermo. Ponía los cuadros de cara ala pared y pasaba largas horas, por las tardes o los fines de semana, acostado en su cama, con el antebrazo doblado por encima de su cabeza, y las palmas de las manos húmedas.

En el mundo exterior y paralelo en el cual no había creído nunca verdaderamente, la guerra se terminaba. Nadie hablaba ya de aviones, excepto sobre el papel. Se jugaba firmemente a cara o cruz en

uno de estos embalajes; los hangares estaban llenos de mercancías a disposición de los ladrones que no faltaban. En todos los quesos los ratones empezaron a agitarse un poco más, si aquello era posible, sospechando que la fiesta iba a acabar. En algunos casos, la conciencia se hacía escuchar, los rostros de los ratones se volvían humanos, y permanecían siendo espantosamente ellos mismos y aspiraban rehabilitarse.

Hannah continuaba despertándose a mediodía. En seguida se depilaba las cejas, se pintaba las uñas y se daba palmaditas en el vello de las axilas. Pero se la notaba envejecida. Evidentemente bajo la carne maquillada, seguía siendo la chica recta y morena, pero ella era la única en saberlo; incluso lo dudaba a veces y se preguntaba si no se había vendido por un puñado de granos de anís a algún muchacho excitado bajo los árboles de pimienta en el recreo.

Aquel polvo la hacía toser. Era alérgica a él, como se dice. ¡Sufría de aquello! ¡Y aquella cara con sus poros dilatados! Ahora necesitaba aspirinas a puñados, pero no pasaban o le daban ardor de estómago. Sin embargo, una buena sudada la curaba. Y además, ella decía que su enfermedad no era verdaderamente tal, sino que la que estaba enferma era su cabeza. Escuchaba latir su conciencia como un despertador de cuatro cuartos. Si se hubiera puesto a soñar habría gritado.

El aborigen pasaba por el pasillo, sin hacer ruido. Siempre estaba tranquilo, salvo cuando se le hacía beber, pero de aquello tenían la culpa las camareras del bar que no sabían cuándo detenerse. Además, no se compadecían de él. Éste pasaba su tiempo pintando. Aquello era seguramente lo que desmoronaba a Hannah. Pensar que en la habitación del fondo un hombre encerrado completamente solo pasaba su tiempo emborronando una vieja tela. ¡Y había algunos seres malvados que ponían cara de comprender!

Un día escuchó sus pasos en el pasillo, ahogados como siempre, pero más rápidos. De repente tuvo miedo de sentirle cerca de ella y se rompió una uña con el cordel del paquete que estaba desatando, lo que hubiera bastado para ponerle la carne de gallina. Sin embargo él no acababa de pasar por la luz amarilla que entraba por la celosía, que ella había subido para ver mejor.

—¡Caramba! Con esos pasos pareces un ladrón.

—Son unas buenas zapatillas.

—Y tu trabajo, Alf ¿lo has dejado?

—No. Hace dos días que no voy. No me siento bien.

—¿Qué es lo que te pasa?

—No tengo ni idea.

Todo aquello la dejaba indiferente, pero continuó suspirando:

—¡Espero que no sea nada grave! Todo el mundo está enfermo en esta época. ¿Será por esta maldita guerra?

Volvió a ponerse a desatar el nudo sin ánimos. Su boca estaba más húmeda que de costumbre y brillaba porque había pasado su lengua por sus labios después de su temor.

Por un instante él sintió hervir en sí la idea de utilizar entonces o después las estrías de luz amarilla o las líneas quebradas del cuerpo de Hannah, sobre el fondo de madera amarilla y de espejos.

Hannah únicamente vio que su mirada se fijaba sobre ella.

Salió para tomar el aire, según dijo, pero había pocas oportunidades de que lo consiguiera, pues aquel día el aire espeso no llegaría a sus pulmones y las matas estaban obstruidas como por papel secante húmedo. Una viscosa luz color limón se esparcía entre los muros de ladrillo y alrededor de las raíces de los platanares desmochados. En alguna parte, a lo lejos, parecía amenazar el incendio.

De repente, la modorra e inminencia espantosas de los últimos días subieron a borbotones a la boca de Dubbo, de la que salió un flujo oscuro. Una vieja mujer reculó en aquella entrada sórdida para apartarse de aquel negro de poderoso pecho que caminaba con un aire despreocupado, con las manos en los bolsillos, escupiendo sangre. Hubiera querido empastar aquel verano que se acercaba, aquella tarde espesa y amarilla. Hubiera querido revolcarse. Hubiera inscrito la leyenda de los ladrillos grises y zurcidos a su manera, y sobre aquel fondo hacía estirado el rostro ya de por sí largo, profundizando más las sienes profundas y sugerido la mirada detrás de los párpados opacos. Porque según comprobaba,

aquella tarde le recordaba a Humphrey Mortimer. Por todas partes se sentía un olor a frutos podridos, a un éter que no adormecía, azucarado pero nauseabundo.

De nuevo escupió el aborigen; aquella vez la sangre era más viva, y no pudo ignorarlo. Detenido por la mancha escarlata, miraba la acera gris, pensando en su sacrilegio. El rojo inexorable acentuaba su falta. Escupió por tercera vez y comprobó que el color se atenuaba misericordiosamente, al mismo tiempo que sus crueles pensamientos, aunque su causa primera fue de una ineludible debilidad. En efecto, ¿no había revelado a Humphrey Mortimer los secretos que le habían sido confiados?

Dubbo se sentó en un banco, no de un parque público, sino de la misma calle por la que pasaba. De vez en cuando escupía para ver qué tal estaba la tisis, que acabó por detenerse.

Poco después un hombre se sentó junto a él. Le dijo que la guerra acabaría en seguida, pues estaba escrito en la Biblia.

Dubbo no respondió: también él creía que el hombre decía la verdad.

Y los diablos serán arrastrados por los pies, continuaba el profeta, igual que los menos culpables que traicionan al Señor por ignorancia y vanidad todas las veces que tienen ocasión. Entre éstos se encontraban las concubinas y los sodomitas, y los traficantes del mercado negro, y los conductores de taxis imprudentes, todos los que de una manera u otra habían traicionado su misión.

El crepúsculo se rompía en minúsculos fragmentos. No quedaba nada, casi nada, de aquella desintegración.

Dubbo sentía dolores en el pecho, ahora que se rompía todo en lo que creía, todas las formas sólidas de las que se sentía responsable, todos los colores vivos que barrían el campo de su visión.

—Usted verá —dijo el hombre con la voz que adoptaba para profetizar-. El precio de los huevos va a bajar, y también el de las sardinas.

Pero Alf Dubbo se levantaba. No podía reprimir su deseo de mirar una vez más las pocas pinturas en que su inocencia permanecía por completo, en las que el Señor permitía todavía una solidez de las formas, una continuidad de la vida e incluso de los errores.

Por eso, con la cabeza hacia adelante, se sumergió en la oscuridad, mientras que su aliento crepitaba tras sí y las calles se abrían delante de él.

Cuando llegó a la casa de Abercrombie Crescent, Norman Fussell estaba allí. Se probaba unas pieles blancas delante del espejo de Hannah. Había recobrado su verdadera naturaleza y, con gestos y risitas, se examinaba bajo todos los ángulos.

—Buenas tardes, Alf. ¿No te parece encantadora esta piel de zorro?

Pero al ruido de la puerta, Hannah se había callado. No tenía humor para bromear.

—Se acabó el circo —dijo.

Norm estaba un poco bebido. En su deseo de continuar el juego, no quería que su pareja abandonara, que sin embargo es lo que ella hubiera preferido hacer. Ambos estaban en paños menores, ya que tenían la costumbre de desnudarse en medio de la casa, y exhibir sus encantos a los cuatro vientos. Sus formas, a veces ruinosas, parecían más desnudas y más dulces cerca de la piel blanca que se disputaban. Norman era el más risueño ya que sus necesidades estaban satisfechas por el contacto de la piel. Sus mejillas revelaban el buen humor. Por el contrario, el rostro de Hannah estaba seco y extrañamente pálido. Se hubiera dicho que estaba formado por dos pinceladas blancas.

Norm seguía bajo los efectos de la bebida. Vacilante, enganchado a la cola del zorro blanco, cuya cabeza mantenía Hannah, cada vez tenía mayor aspecto de beodo.

—Alf ¿quieres que te diga cómo hemos hecho fortuna nosotras dos? —dijo sacudiendo el zorro.

Hannah se puso a gritar:

—¡Espera que te de un bofetón antes de que rompas esta maldita piel!

Dubbo se puso a reír, pero por educación. No podía esperar más.

—¡Y además ha costado bastante! —continuaba Hannah.

Le explicó que había comprado la piel a un judío refugiado, al que había hecho algunos pequeños favores cuando llegó a Australia. Hablaba con una voz fuerte y clara como si temiera que no la creyeran.

Pero Dubbo ya no estaba allí, y Norm, que había dejado la piel, se tronchaba de risa. No acababa de reírse, mientras su cuerpo se agitaba y las sacudidas hacían vibrar los pomos de los cajones.

Dubbo había llegado por fin a su habitación en la que las pinturas estaban de cara a la pared, cerca del maniquí de un color negro verdoso y de todos los objetos heteróclitos a los que su presencia daba una razón de ser. La habitación parecía a punto de abandonar su forma clara y finita. El maniquí se echaba hacia adelante sobre su pie carcomido, y vibraban los hilos eléctricos. Se puso a dar vueltas a sus cuadros, y a pequeñas ondas, a grandes oleadas le volvió la vida. Sus manos no eran ya únicamente de hueso en los guantes de piel apergaminada mientras movían las telas de un lado a otro encontrando los soportes necesarios contra la cama, con la vieja estufa de petróleo en un rincón de la habitación. Una vez más sus obras cantaban y afirmaban acentos que su boca nunca había sabido encontrar.

Sumergido de nuevo en toda certidumbre, quizá no habría resistido al impulso que le obligaba a sacar los pinceles y a reproducir el amarillo más profundo que llenaba las calles nocturnas, si aquel armario no hubiera comenzado a vibrar en él, si no hubiera tomado conciencia de una deficiencia.

Entonces, en su rostro, sus dientes se volvieron espantosos. Se puso a buscar frenéticamente entre sus cosas y el barullo amueblado de Hannah. Dio la vuelta al maniquí que vertió serrín. ¿Tal vez estaba abstraído? Le sucedía a menudo, en el entusiasmo o la distracción, el no ver los objetos que se encontraban ante sus ojos. Pero aquella vez se impuso la verdad: La Hoguera Ardiente había desaparecido, lo mismo que el gran croquis del Carro. Estaba en aquel punto: uno no se entretiene en contar los golpes cuando sabe que uno de ellos es fatal.

—¡Hannah!

Jamás había resonado en el pasillo un grito semejante. Corría sobre sus zapatillas silenciosas y elásticas y su respiración jadeaba.

Llegó casi en seguida, pero ella ya estaba junto al quicio de la puerta, con el aire convencido de que sería inútil hablar. El aspecto seco y blanco que su rostro había adquirido desde hacía poco, jamás había sido tan evidente que contra el blanco de las pieles disputadas. Ella se había colocado el zorro bien derecho sobre sus hombros desnudos, como lo hubiera hecho una maestra de escuela. Ya no era cosa de jugar. Una especie de cadena terminada en dos borlas sostenía en ambas extremidades de la piel por encima de la percha amarilla y marchita de su

—¡Hannah! ¡Lo has hecho tú!

Su voz apenas podía superar el nudo que tenía en la garganta.

—Te lo voy a explicar todo —dijo Hannah muy tranquila ahora que había llegado el momento—. Pero no... No merece la pena que te vuelvas ronco antes de...

Norm miraba por encima de los hombros de Hannah, muy curioso de ver cómo las cosas iban a desarrollarse después de lo que él ya sabía.

Dubbo casi estaba partido en dos, con la respiración ronca y mostrando los dientes. Sus venas hubieran sido espantosas de haber estado visibles.

Pero Hannah era lenta como una babosa, aunque sin embargo no carecía de audacia.

«Vas a saberlo todo, vas a saberlo todo» parecía decir.

No tenía miedo de morir. Ahora su vida le parecía acabada. Únicamente la idea del inconcebible paso transtornaba sus nervios enfermos.

Entonces las manos de Dubbo se cerraron sobre ella. Se desplomó al principio sin resistencia, consciente de su culpabilidad. Se disponía a sufrir si no podía evitarlo... Casi tenía ganas de sentir los dedos hundirse en aquella cosa fofa en la que ella se había convertido.

La tiró por tierra cerca de la puerta de su habitación. La cadenita que sostenía a la piel de zorro se rompió y apareció enganchada a su combinación rosa. Se debatía y su mejilla raspaba la alfombra usada

cuando no se sumergía en el olor de las pieles nuevas.

El aborigen estaba poseído de una rabia lívida bajo su piel amarilla.

Odio, desesperación, futuro, todo lo que había en él fluía de sus dos manos.

Entonces Hannah consiguió liberar su garganta. Quizás había expiado lo suficiente. Murmuró:

—¡Ahh! ¡Norm! ¡Por el amor de Dios!

Norm Fussell no pudo evitar la risa.

Sin embargo todo aquello no tenía nada de cómico, y la situación se volvía incluso inestable para él que era oficialmente un hombre y al que se pedía realizara el milagro. Así, él que poco tiempo antes se paseaba tal como le había hecho Dios, habiendo rechazado toda responsabilidad masculina quitándose los vestidos, intentó sobre el aborigen una llave que un marino le había enseñado un día, y que por otra parte jamás había llevado a cabo.

En todo caso ahora estaba en el baile con los otros dos. Sus respiraciones se anudaban tan íntimamente como sus brazos.

En un momento, Hannah repitió todavía:

—¡Voy a decírtelo todo, Alf! ¡Voy a decírtelo todo!

Su lengua estaba hinchada y salía de su boca como la de un loro, y de vez en cuando lloriqueaba y se estremecía.

—Voy a decirte... —consiguió articular—. Ese cochino de Mortimer... ¡Ay! ¡Alf, te juro, te juro que sólo he tenido una pequeña comisión!

Aquello le volvió aún más furioso. El enemigo que debía matar quizá se le iba a escapar astutamente...

Por primera vez los tres comprendieron que estaban destinados a morir un día, y quizás en seguida.

Viendo la sangre que goteaba en sus brazos, sobre su combinación, y convencida de que sólo podía ser la suya, Hannah comenzó a gemir de nuevo sobre todo lo que había durado tanto tiempo, mientras que en su libro de historia cortaban las cabezas de la gente rápida y limpiamente. Pero en aquel momento gracias a su peso o a su fuerza a la eficacia de la llave del marino, Norm Fussell había conseguido tirar hacia atrás al aborigen. Hannah se levantó de un salto sin entretenerse en lamentaciones y creyó ver que su carne se escapaba. Por otra parte había adelgazado. Se precipitó hacia el cajón de la coqueta, buscó entre sus pañuelos y sacó algo que se movía todavía más que su mano.

Cuando el aborigen se dirigió de nuevo hacia ella, Hannah pudo tenderle un sobre.

—Te juro — gritaba Hannah temblando como una hoja— que jamás he querido dejar de ser honrada contigo. Mira, Alf. ¡Únicamente mira!

Dubbo era incapaz de ver nada, pero su impulso se aminoró.

—¿Lo ves, Alf? He escrito tu nombre encima. Sólo he cogido una pequeña comisión y con ella me he comprado la piel. Me obligó ese sucio marica Mortimer. ¡Mira todo lo que queda, Alf! ¡Quería dártelo cuando te hubieras calmado, te lo juro!

Viendo la sangre sobre sus brazos y la combinación hecha jirones, Hannah comenzó a llorar de nuevo, pensando en todo lo que iba a pasarle y en todo lo que había sufrido en su vida. Con sus cabellos desordenados, Norman Fussell encontraba que ella se parecía a un famoso clown.

Llamaron a la puerta. Era un vecino que preguntaba si habría que llamar a la policía.

—No, no —dijo Norman Fussell— sólo es una discusión entre amigos.

Hannah continuaba llorando.

—Mira todo este dinero — decía—. ¡Y todo por unos mamarrachos! Lo he hecho por tu bien.

Aquélla era una tentación que las personas parecían encontrar irresistible.

—Sí, Hannah —dijo Dubbo—. Sé que eres honesta, suponiendo que alguien pueda serlo.

No tuvo fuerzas para decir nada más.

Ella se alivió al ver que la sangre que la había manchado no era suya, sino que salía de la comisura de los labios del aborigen.

—¿Te has roto un diente?

—Sí —respondió sin aliento.

Y Hannah, que tenía el corazón tierno, se puso a derramar lágrimas, ya que la sangre era triste, como el hospital, las tardes de lluvia, las viejas vagabundas, los pies deformados y ardientes y las figuras de los viandantes bajo la luz de neón.

—¡Dios mío! —exclamó.

Pero se repuso para recordar:

—¡Alf, no olvides tu dinero! Aunque sabes perfectamente que aquí estará seguro. ¡Nunca he robado a nadie!

En efecto, Dubbo había desaparecido por el pasillo y penetrado en aquella habitación cuyas paredes de cartón no habían sabido proteger sus secretos. Quizá sólo estaban seguros en su cabeza.

Pero titubeó pensando que tampoco una cabeza lo puede contener todo. Acabaría por reventar bajo la presión de lo que se acumulaba en su interior, y todo daba tumbos, renacuajos y torpes lagartos hasta los rayos y los pilares de las llamas. Era imposible encerrar las ideas, o habría que persuadir a alguien —sólo un amigo aceptaría— de que tomara un hacha y destrozara de una vez la caja de los secretos. Pero después ¿cómo rescatar los despojos y hacer frente a lo que éstos arrastrarían?, ¿quién permanecería alrededor de la habitación esperando recibir algo de él? El Reverendo Jesús Calderón que había sabido levantar la mano pálida y ejercer la autoridad con sus ojos tristes, no había protegido el alma del mestizo del contacto de los pelos y las plumas y no había detenido el deslizamiento frío de las escamas.

La noche acabó por abatirse sobre la casa de Abercrombie Crescent. Norm Fussell estaba nervioso y decidió ir a dar una vuelta. Hannah, cansada, dejó el trabajo y se tomó una o dos aspirinas, siempre sabiendo que no dormiría. Sin embargo se dio cuenta después de que se encontraba soñolienta.

Se levantó hacia las cinco. No estaba acostumbrada a ver la luz gris del amanecer iluminar un lecho vacío, y aquélla le produjo una cómica impresión. Le hubiera gustado mucho charlar con alguien, engrasar los engranajes de su existencia.

Nada reconforta tanto como los lugares comunes. Pero como aquello era imposible, echó una mirada al pasillo siempre palpando sus cardenales.

La puerta de la habitación del aborigen estaba abierta.

—¡Alf! —llamó ella una o dos veces en voz baja.

Después avanzó a lo largo del pasillo apoyándose en las paredes.

La habitación parecía vacía. Tuvo que encender la luz para asegurarse bien de aquello, que le parecía un efecto de la electricidad. Dubbo no estaba allí. Había hecho su maleta y se había marchado.

Además del barullo que había acumulado en la habitación, el suelo estaba lleno de pedacitos de madera. El había ido al patio a buscar el hacha —siempre estaba allí— y había reducido todos sus mamarrachos a astillas. Aparte de eso, la habitación estaba vacía. ¡Sólo quedaban los cuadros en el suelo, hechos mil pedazos!

La amarga luz caída de la bombilla desnuda. Después de todo, se dijo Hannah, aquello podía continuar allí: le serviría para encender fuego. Lanzó un suspiro de alivio, pues ella había visto ya a hombres romperlo todo en una casa cuando sufrían una de esas crisis.

Según regresaba lentamente a su habitación a lo largo del pasillo en el que la luz comenzaba poco a poco a cambiar del gris al blanco, pensó de repente que el aborigen no había reclamado su dinero que debía permanecer entre los pañuelos. Pero seguramente volvería y ella le entregaría el sobre. Era

honrada, ¿no? De todas formas las personas no siempre regresaban y a veces morían. O bien y era lo esencial en ellos, su voluntad moría la primera, y ya no recordaban nada. Le parecía ver a Dubbo, la víspera por la noche, en medio de la alfombra, a punto de ponerse en pie sobre sus delgadas piernas, esquelético y con el aliento cortado. Si le hubiera golpeado en el pecho, éste seguramente habría sonado como el de un caparazón de molusco. Pero ya no recordaba si había visto sus ojos y en su deseo de revivir la escena hubiera deseado estar segura de eso.

Sin embargo Hannah palpitaba ante una esperanza que le ardía dentro, pese al frescor del amanecer. De nuevo en su habitación, decidió cambiar de sitio el sobre; era más seguro... No por Norm, claro está... Norm también era honrado.

Dubbo no volvió a la casa de Abercrombie Crescent. La vivienda de Hannah estaba asociada en su recuerdo a algún lodazal del que se acordaba sin haberlo visto, y en donde la magia blanca del amor y de la caridad habría sido impotente para exorcizar los malos espíritus. Ciertamente jamás había esperado gran cosa, pero el ánimo se apartaba de él cada vez que la vida justificaba su actitud. Los ángeles eran ángeles disfrazados. La misma Mrs. Pask se había desprendido de su traje azul y le había ofrecido un pico y senos de bronce. Toda la fe que tenía estaba concentrada en sus dos manos. Gracias a ellas aún podría redimir lo que Mr. Calderón llamaba su alma, y que él se representaba como el intermediario entre una forma material y una aspiración infinita. Por eso, en las acciones de gracias que expresaba con sus pinceles intentaba elaborar aquel concepto y comunicarlo.

En cuanto a su existencia material, entonces era bastante fácil encontrar trabajo, y durante las semanas que siguieron a su huida de la casa de Hannah fue de sitio en sitio. Alquiló una habitación en la periferia de Barranugli en casa de una tal Mrs. Noonan, que no le hizo preguntas. Aquellas paredes desnudas y un colchón de paja cubierto por una tela con floreros pintados, componían para él un marco tranquilo para pensar. Ahora leía mucho a causa de la debilidad de su enfermedad y también impulsado por una rabia de comprender. Leía sobre todo la Biblia o algunos libros de arte que había comprado, pero preferentemente leía a los Profetas, y recientemente los Evangelios no sin alguna desconfianza, por otra parte, y alguna sorpresa. No conseguía conciliar aquellas verdades con su experiencia. Cuando el espíritu que se manifestaba a veces en él le permitía aceptar a Dios, la duplicidad de los blancos le impedía considerar a Cristo de otra forma que como una abstracción ambiciosa o, más prosaicamente, como un hombre.

Cuando se acabó la guerra de los blancos, varios de ellos le pagaron bebidas para celebrar la paz, y juntos vomitaron en las calles el contenido de sus estómagos que, por esa circunstancia, tenía el mismo color. No obstante, en la fábrica Rosetree en la que entró poco después, Dubbo seguía siendo el aborigen. Por otra parte él no deseaba ninguna otra cosa, pues así podía explorar más deprisa y más lejos los territorios de su imaginación.

Nunca le habían parecido los hombres blancos tan gordos, tan peludos, tan inexpresivos y tan seguros de sí mismos como entonces que tenían la excusa de la paz. Instalados en casa Rosetree, circulando entre las máquinas, tenían el aspecto de estar preparados a brotar de sus sopletes para pegarse con un futuro demasiado pasivo, sin hablar de los sospechosos que cometían el error de proceder de otro mundo.

Se decía que en una de las perforadoras del fondo de la sala había un tipo cómico, una especie de extranjero. El aborigen le observaba con interés, pero sin esperar nada, y el hombre rara vez levantaba la vista.

Y luego, sin gestos, ni siquiera ojeadas, entre ellos existió algo.

Alf no habría podido explicar de qué forma entraron en comunicación el uno con el otro, pero una confianza se estableció por medios más sutiles de los que generalmente emplean los hombres, aunque se decidió al ver al judío dirigirse al lavabo como si así su código de silencio corriera el riesgo de verse comprometido. Más tarde se sintió reconfortado al saber que el Carro existía fuera de la visión del profeta y de su propio pensamiento.

SEXTA PARTE

XII

Para los cristianos y los judíos las fiestas de Pascuas y de Pesah[59] aquel año cayeron temprano. Los días se encadenaban pesadamente los unos con los otros, sin ningún alivio en vista para los que estaban prisioneros. Apenas si era sorprendente que el alma vacilara en prepararse, fuera de la liberación del eterno Egipto, o de la redención por la sangre de su Salvador, cuando el cuerpo estaba encerrado en una pirámide de días. Miss Haré recorría inútilmente los profundos túneles que rodeaban Xanadu y que permitían huir, y ella apartaba el follaje mientras que su piel esperaba febrilmente el momento que se obstinaba en no llegar. Mrs. Godbold, en el vaho de su colada, esperaba los vientos ásperos de las Pascuas que todavía entonces soplaban de los pantanos y pasaban en ráfagas por su memoria, atormentando los cerezos blancos y haciendo vacilar los cánticos detrás de los sucios cristales. Pero aquel año los vientos no llegaron. Para Mrs. Flack y Mrs. Jolley, que se enjugaban la piel sudorosa entre las dalias de Karma, era naturalmente más fácil evocar el regreso de las Pascuas ya que era debido a los fieles de la mesa de comunión de la que eran miembros, además del Círculo femenino. Sin embargo para Harry Rosetree, entre las paredes de cartón de su despacho de la oficina, aquel período siempre llevaba consigo una cierta confusión. Para olvidarlo se mataba trabajando, juraba y tiraba de su pantalón que siempre le molestaba en la ingle, causándole una considerable molestia en aquella época de apuros y de humedad.

—¡Dios mío! — clamaba Harry Rosetree golpeando la mesa y colocando su pierna sobre su butaca cromada, encogiéndola y agitándola—. ¿Por qué diablos estas Pascuas han llegado tan condenadamente pronto este año? ¡No hay tiempo para los encargos!

En la sala vecina, Miss Whibley, la más gordita de las dos señoritas que golpeaban frenéticamente en sus máquinas, manifestó su desaprobación chirriando discretamente los dientes.

Miss Mudge se rió porque allí estaba el jefe.

—¿Puede usted decírmelo, Miss Whibley?

Mr. Rosetree insistía. Podía ser exasperante pero pagaba bien.

—Porque es una fiesta móvil —respondió Miss Whibley.

Ella se dijo que su respuesta era astuta sin ser mal educada. Miss Whibley tenía el arte de rozar hábilmente la insolencia.

—Pues bien, cámbiela, Miss Whibley, ¡se lo ruego! ¡O hágala que se cambie! —insistió Mr. Rosetree ojeando montones de papeles—, ¡pero arrégleselas para que el año que viene sea más tarde que éste!

Miss Mudge tosió y se limpió los brazos con su toalla personal. Cuando el patrón comenzaba a decir aquellas bobadas, la cosa duraba toda la tarde. Ella vivía con su hermana viuda y enferma, cuyas desgracias habían minado a las dos.

—¡Sea Pascua o no, no tengo ganas de reventar!

Mr. Rosetree la contradecía con gusto.

El ruido de la succión de Miss Whibley se acentuó:

—Pues bien, Mr. Rosetree, ¡menos mal que no somos muy religiosas ninguna de las dos, y Miss Mudge menos que yo!

Miss Mudge enrojeció y balbució que a ella le gustaba mucho escuchar un bonito cántico, a condición de que ella no fuera obligada a cantarlo.

—¡Pues yo soy un hombre religioso!

Mr. Rosetree dio un golpe sobre sus papeles y se puso a repetir:

—¡Religioso! ¡Religioso!

En efecto, frecuentaba la iglesia de San Ambrosio, de Paradise East, el domingo y las fiestas de guardar, y deslizaba billetes en las manos de las monjas con una falta de discreción tal que le hacía bajar los ojos como si éstas hubieran participado en un acto indecente.

Mr. Rosetree continuaba riendo:

—Miss Whibley, si usted no va a la iglesia, irá al infierno. Y ¿cree que le gustará?

Entonces le tocó a Miss Whibley enrojecer. Las arrugas de su cuello adoptaron un color malva intenso. Sacó su polvera y se pasó su borlita desde su frente hasta su escote con los concienzudos gestos de un gato.

—La religión y yo somos dos cosas diferentes — dijo, humedeciéndose los labios—. Supongo que es porque mi amigo es materialista.

Mr. Rosetree se retorcía.

—¿Y eso qué es?

Aquella tarde se sentía absurdamente feliz.

—¡No puedo explicárselo TODO! —repuso Miss Whibley con un aire afectado.

—¡Ah, estos intelectuales! —suspiró Mr. Rosetree.

Miss Mudge tosió y cambió su pastilla de sitio. Le encantaba escuchar y observar a la gente. Para ella, que jamás había pensado en contribuir en nada, era un medio de tener el aspecto de participar en la vida. Observó que su compañera parecía contrariada y, por simpatía, sintió que la irritación contraía su garganta.

—MÍ amigo es funcionario —decía Miss Whibley—. Está en la administración fiscal; es un gran especialista en el impuesto provisional. Mi amigo es, además, en una cuarta parte, judío —añadió.

Aquello parecía no tener relación con la conversación, pero ella tenía ganas de decirlo desde hacía tiempo, a título de experiencia.

Mr, Rosetree estaba a punto de ordenar los montones de fichas lo que según parecía sólo podía hacer en aquel momento. Miss Whibley no le miraba pero tenía antenas.

—¡Una cuarta parte de judío! ¡No es posible! ¡Una cuarta parte de judío! Y o tengo una cuarta parte de fetichista, Miss Whibley, para que lo sepa. Y cinco octavos de loco furioso. Así todavía queda un punto que explicar y el misterio sigue entero.

Miss Whibley pegó al carro de la máquina tan violentamente como fue posible. Miss Mudge no comprendía nada, pero Miss Whibley sabía que debía ofenderse, lo que hizo con una eficacia completamente profesional.

—¡Una cuarta parte de judío! —decía Mr. Rosetree.

Pero Miss Whibley se negó a escucharlo. Inclinó la cabeza para releer lo que había escrito, aunque interiormente había franqueado la línea que separaba la realidad del rencor.

Luego llegó la hora de marcharse para las señoritas, lo que hicieron ostensiblemente aquella tarde. En los talleres, los hombres estaban saliendo del trabajo. Algunos se dirigían hacia el autobús, otros hacia el patio en donde estaban aparcados los viejos automóviles. Unos caminaban vivamente, llevando elegantes maletas, otros arrastraban bolsas de azúcar atadas por cuerdas en bandolera, pero ninguno de los gestos que habían realizado durante la jornada proclamaban tan claramente su independencia. Había que ser patrón, parecían decir, para creer que su marcha estaba inevitablemente ligada a su llegada.

El patrón habría debido regresar a su casa ahora que las paredes ya no vibraban y que el silencio invadía de nuevo la fábrica de la que ostensiblemente era el propietario, pero Harry Rosetree no se movió de su silla. Había decidido trabajar un poco, pero no hizo nada. El silencio era tan sorprendente que tenía la impresión de fabricarlo al igual que los faros Brighta, las cajas de instrumentos de geometría Boronia, las pinzas para el cabello Flor de Franela, y los clips Mi Mariposa. Evidentemente, si antes del cierre no hubiera desbordado una alegría inexplicable, la ilusión no habría durado, y sin duda se habría sentido culpable en medio del silencio que entonces aumentaba el sentimiento de su potencia y de su libertad. Pero aquella alegría que tanto había llamado la atención a sus mecanógrafas en el curso de la tarde, era demasiado elástica y demasiado agresiva para dejarse apartar. No habría podido frenarla, y tampoco habría podido detener el tiempo que transcurría segundo tras segundo durante la última semana antes de las vacaciones de Pascua, en el corazón del más formidable de todos los silencios, aquel en que el alma conocía un nuevo nacimiento.

No es que los Rosetree fueran muy practicantes, pero Harry Rosetree era un hombre honrado: cuando se firma un contrato hay que respetar las cláusulas, en religión como en todo. Los Rosetree ahora eran

cristianos, y haría lo que fuera necesario. Shirl se quejaba a veces, pero era una mujer. Decía que no había sido educada para permanecer en su casa, freír pescado y amasar buñuelos, ni tampoco para ir a rezar con los hombres. Rara vez iba a la primera misa, pero Harry a veces conseguía convencerla de que le acompañara ofreciéndola un frasco de perfume o un par de medias. Entonces Shirl se ponía sus alhajas de oro, que tenía en buen lugar, y apreciaba la atmósfera sofocante y devota —sobre todo en la elevación — y la presencia de mujeres de los directores, vestidos elegantemente.

Pero aquella vez habían reservado habitaciones en el albergue de las Montañas Azules. Eran cristianos, claro está, pero también australianos ¿no? Allá cantaban: El jarrito Marrón y El Vals de Matilde y Pon tus preocupaciones en la mochila, y todo eso después del té.

—Con toda una banda de malditos emigrados —decía Harry que desconfiaba incluso de aquellos a los que mejor conocía.

No era únicamente el dulce perfume pascual lo que había inundado el alma de Harry Rosetree mientras trabajaba o permanecía sentado en su despacho, en la luz de cobre de aquel atardecer. Según soñaba se sintió transportado, pero por algo vagamente anormal. Finalmente tuvo una impresión sorprendente. Sólo podía tratarse de canela. Entonces había escuchado a Miss Mudge:

—Mi garganta, señor. No le presto atención en un tiempo tan húmedo... Espero que el olor no le moleste.

En efecto, lo percibía. Incluso ahora que Miss Mudge se había ido, el olor subía por los pasillos de su memoria, llegando a la cámara más secreta.

Estaban de nuevo sentados en la habitación larga, pero estrecha y sombría, y hasta sus labios llegaba la mezcla parduzca a base de manzanas. La madre había dispuesto cojines de peluche rojo cuyo pelo comenzaba a estropearse, sobre los que se sentaba el padre, o mejor, esperaba. El butacón tenía tantos que resultaba incómodo. Era una de esas grandes ocasiones que tanto le gustaban al padre. Cualquiera que fuera el estado de su fortuna, o las disposiciones de los goyim, siempre les hacía la misma homilía: sólo tenemos nuestra historia, Haím, y las plácidas alegrías del sábado y de los días de fiesta, el sabor de la canela y el perfume de las especias, la sabiduría de la Thora y la enseñanza del Talmud.

Aquellas palabras, que habían salido de la boca viva del padre, crepitaban como el pergamino cada vez que Haím ben Ya'akov se dejaba llevar por sus recuerdos. O, pero, todavía, las veía inscritas en columna sobre cilindros de piel humana.

Entonces era el olor de aquellas palabras lo que le envolvía. Cualquiera que fuera la ocasión — y había habido numerosas — el padre llevaba su Yarmulka[60] y su borla a la derecha de la nariz, con cuatro pelitos negros. En Pessab explicaba: «Haím, estas manzanas recuerdan la arcilla oscura de Egipto. Así es que hay que comerlo todo. Este perfume de canela es bueno». Al pequeño Haím Rosenbaum nunca le había gustado eso, pero cuando se hizo mayor, e incluso después de haber abandonado oficialmente el Arca y sus ornamentos, vestido las ropas blancas de las Pascuas, el perfume de la canela permanecía ligado por él a la voz profunda de Pessab.

Ahora, mientras la luz llenaba el despacho en que estaba sentado Harry Rosetree, los dos ojos que le observaban no le parecieron simétricos y aquello, unido al ángulo bajo el cual veía los planos faciales, le dio la impresión de que había dos rostros e incluso más. Sin embargo mirando más de cerca, todos los ángulos, todos los ejes de visión de los ojos asimétricos acabaron por armonizarse. Todos los rasgos que habían parecido voluntariamente deformados y sin relación los unos con los otros, se combinaron naturalmente para formar el gran rostro arquetipo. Aquello desconcertaba, deleitaba, pero también horrorizaba.

Y luego, finalmente, Mr. Rosetree se dio cuenta de que el viejo judío que trabajaba en su casa desde hacía algún tiempo, aquel Himmelfarb, aquel Mordecaí, se había deslizado silenciosamente por el pasillo y le miraba a través de la taquilla. Pasaba, pero vacilaba... Él era quien dejaba adivinar aquel instante inmovilizado en la oficina, frágil como un hilo de algodón.

Mr. Rosetree temblaba, pero no habría podido decir si era de ira —nunca había podido soportar el rostro de aquel viejo judío, demasiado humilde— o de alegría por descubrir rasgos familiares transferidos de su memoria a la taquilla de la oficina.

Pero se vio obligado a hablar pese a su garganta seca y aún temblorosa, y murmuró, mientras que la alegría y el alivio, el miedo y la ira oscilaban en la balanza:

—¡Shalom! /Shalom!.[61] ¡Mordecaí!

El rostro del judío Himmelfarb pareció cubrirse inmediatamente de luz. Era la hora en que las ventanas resplandecían.

—¡Shalom, Herr Rosenbaum! — respondió Himmelfarb.

Pero Mr. Rosetreee se aclaró inmediatamente la garganta para desembarazarse de aquel que hubiera podido amenazar su posición.

—¿Por qué demonios no se va usted al mismo tiempo que los demás?

Se había levantado. Iba y venía iracundo con pasos elásticos sobre sus pequeños pies.

—¿Quiere crearme complicaciones con el sindicato?

—Me he retrasado —explicó Himmelfarb— porque no encontraba mi maleta.

Mostró una maletita de fibra, del tipo de las que usan los escolares y a veces los obreros, y la puso a modo de prueba en la ventanilla de la oficina.

Mr. Rosetree estaba furioso, pero fascinado por aquel objeto miserable que adquiría ya una especie de monstruosa importancia.

Estalló:

—¿Cómo es eso? ¿Por qué no encontraba la maleta?

La hubiera golpeado con gusto si no fuera por la repugnancia que le había inspirado el contacto del objeto.

—Estaba en otro sitio — respondió el judío con voz tranquila—. Quizá la habían escondido, por una broma, claro está.

—¿Quién iba a hacer esa tontería?

—¡Oh, un muchacho! —dijo Himmelfarb.

—¿Quién?

Un estremecimiento recorrió la habitación.

—Ignoro su nombre - dijo Himmelfarb—. Sólo sé que le llaman Blue.

El incidente era cómico, pero obsesionaba a Mr. Rosetree.

—¡Dios mío! ¿Por qué lleva usted esa condenada maleta?

Sentía horror de todos esos miserables emigrados judíos, y de aquél en particular con su maleta de cuatro cuartos.

Entonces el judío bajó la vista. Sacó una llave de uno de sus bolsillos. Hubo un ruido de hojalata y con una rapidez casi indecente, la maleta se abrió. —No me gusta dejar esto en casa —explicó Himmelfarb.

Harry Rosetree se quedó sin aliento. No le quedaba otro remedio que mirar lo que había en aquella maletita. Echó una rápida ojeada y vio lo que temía: las franjas del talleth, las correas negras de los tephillims enrolladas alrededor del Santo Nombre.

Mr. Rosetree parecía sufrir un suplicio.

—¡Oculte todo eso en alguna parte! - dijo temblando -. ¿Acabarán de comprender de una vez los judíos que la próxima vez también ellos serán las víctimas?

—Quizá sea así —respondió Himmelfarb manipulando el cierre de su maleta.

Mr. Rosetree soportaba mal aquel tiempo intolerablemente húmedo. Aquello se veía en su rostro.

El miserable judío se iba.

Mr. Rosetree le llamó:

—¡Himmelfarb!

Sus labios le obedecían a duras penas y tenía la impresión de que eran de caucho.

—Puede tomarse dos días, para sus asuntos del Seder. Pero ¡guarde eso para usted! —añadió con el rostro congestionado—. Los demás creerán que usted está...

Se ahogaba de malestar. Sus venas protestaban, lo mismo que su piel violácea.

—...¡ENFERMO! —consiguió articular por fin.

El empleado inclinó la cabeza muy discretamente, como si le debieran aquel favor. En cuanto al patrón, se hubiera encolerizado con gusto, pero aquel hombre grueso padecía de tensión y todas aquellas emociones le habían debilitado. Murmuró:

—¡Existen tantas enfermedades!

Dijo aquello muy suavemente, pero no se sentía calmado.

—¡Hier! ¡Himmelfarb! —exclamó mientras el otro se disponía de nuevo a marcharse.

A Mr. Rosetree le quedaban las fuerzas necesarias para evocar un recuerdo, por otra parte embarazoso. Se tanteó en su bolsillo interior y blandió una cartera.

—¡Für Pessah! —gruñó.

El viejo judío quedó sorprendido. Su patrón le ofrecía lo que parecía ser un billete de cinco libras.

—¡Nehmen Sie! ¡Nehmen Sie! —amenazaba Mr. Rosetree—. ¡Himmelfarb! ¡Für Pesah!

Harry Rosetree no era estúpido para ignorar lo que se puede pagar por los pecados propios. Sin embargo una abominable inocencia parecía limpiar el rostro de Himmelfarb de semejante sospecha.

Volvió sobre sus pasos y dijo con la dulzura del inocente, tan amarga para aquellos que la saborean:

—Preferiría que se lo diera a alguien que lo necesitara, Mr. Rosetree.

Entonces Mr. Rosetree se enfadó. Maldijo a todos los sucios judíos, maldijo su propia estupidez. Se atrevió a maldecir los riñones de su padre.

—¡Esto es lo que hago de este maldito dinero! —dijo rompiendo el billete que cayó en pedazos, sin estar verdaderamente destrozado pues su furia no le permitía un gesto tan categórico.

—¡Ahí está!

El rencor le estrangulaba la voz.

Si hubiera podido calmar la violencia de la que era la causa, Himmel- farb lo habría hecho, pero de momento aquello era imposible. La pared le impedía intervenir allá hasta donde la taquilla le permitía ver. Ni siquiera podía recoger los irregulares fragmentos que habían caído a los pies del patrón.

—Lamento haberle contrariado de esta forma.

El sabía que la humildad puede parecer a veces más ofensiva que la arrogancia, e intentó suavizar la herida añadiendo:

—¡Shalom, Herr Rosenbaurn!

Después, se marchó.

La Fiesta de la Libertad comenzó por un calor pasivo pero embriagador. El verano inclinaba las gramíneas. Las blandas copas de los sauces, rodeadas de negro, con mechones amarillentos, no ocultaban gran cosa. Habían sido tejidas unas alfombras la tarde del Seder, pero eran de un amarillo más marchito y grosero del que pueda producir la luz del verano. Además no se trataba más que de estrechas bandas, que la pesada luz a aquella hora sobre la hierba abatida y los macizos de plantas erizadas, parecía conducir hasta la casa oscura en la que el judío de Sarsaparrilla había elegido vivir.

Los vecinos ignoraron, claro está, que el propietario de la casa casi en ruinas ejecutaba ritos particulares, y desde hacía varios años el judío se aprovechaba de la libertad de aquella estación, por

miedo a que el sonido de su trompeta solitaria no pareciera mezquino y endeble para celebrar lo que reclamaba la jubilación de los cobres. Sin embargo, aquel día, una efervescencia espiritual, una necesidad de comunicarse con los de su raza, el presentimiento de una amenaza inmimente hicieron nacer en él la necesidad de contribuir, lo que no fue una nota aislada.

De esta forma, por la tarde, Himmelfarb se puso a instalar la mesa del Seder como lo había visto hacer otras veces. Colocó el mantel tieso de almidón que su vecina Mrs. Godbold había planchado y doblado. Con una especie de repetición mecánica de gestos que recordaba, colocó el hueso de cordero y el huevo oscurecido. Colocó la Matsa[62] el plato de hierbas amargas y la copa para el vino. Pero aquellos preparativos le entristecieron. La simple evocación de algunos de los más ricos misterios, iba a impedirle celebrarlos, a menos que fuera en su soledad o en la presencia de algunos fantasmas: las hileras de primos y de tías, el cantor Katzmann, la señora de Czernowitz, el espantoso tintorero de su juventud, a excepción de una sola que él prefería dejar sin rostro, atento a sus gestos.

En aquel momento se acordó del extraño: tenían la costumbre de dejar la puerta abierta para que entrara el que quisiera. Así pues abrió la suya y la sujetó con una piedra. Sin embargo no estaba seguro de que se atreviera a levantar la copa hasta los labios de un desconocido, por miedo a que su emoción vertiera el vino. Entonces no soportó más la presencia de su mesa, pobre decorado de teatro, con la tiesura de sus pliegues y sus símbolos de Pessah en cartón piedra. No hubiera sido ilógico que en el curso de la farsa que elaborara hubiera salido un Hanswurst del suelo y todo lo hubiera tirado por tierra. En aquella expectativa, un pájaro salió de una mata, piando. Por la puerta abierta Himmelfarb veía que una alternativa se ofrecía a la persona humana: o bien ahogarse en un océano de hierba o bien exponerse a la inmensidad del ardiente espejo del cielo.

Entonces, el judío que otras veces había intentado descubrir lo que hay por encima y debajo del hombre, sintió miedo por la idea que le esperaba. Se puso a recorrer su casa a pasitos rápidos. Allí se sentía prisionero. A su alrededor, tras el enramado de los árboles, había otras cajas que contenían otras vidas, pero todas estaban encerradas en sus ritos esotéricos o en su mística unión con la banalidad. No se habría atrevido a imponerse, y sin embargo le era indispensable entrar en contacto con otros seres.

Fue su puerta abierta la que finalmente le persuadió de que el extraño que esperaba en el umbral no era otro que él mismo. Entraría francamente en medio de las preguntas, con el olor de la canela, con las canciones. Se sentaría sin que se lo pidieran, pues era esperado.

Sólo tardó unos segundos en coger su sombrero. Tras una cierta precipitación que le hizo tropezar en las escaleras, partió bastante tranquilamente hacia su expedición. No había cerrado con llave su puerta, pero no le preocupaba.

En Sarsaparrilla, Himmelfarb cogió el autobús. Los autobuses siempre eran simpáticos, pero los trenes todavía le aterrorizaban a causa de los viajeros que cambiaban a lo largo del trayecto. Pero en Barranugli, donde le esperaba el tren, no sintió ninguna angustia. La importante decisión que había adoptado de hacer el viaje, había devuelto al judío la dulzura de la confianza. Sonreía a los rostros desconocidos y calculaba que con suerte podría llegar para el Kiddouch.

El tren partió.

Era la hora más tranquila de la tarde, cuyo suelo a sus pies estaba envuelto en una luz parecida a las flores de dientes de león. Sobre todo había señoras en el compartimiento, señoras que hablaban de recetas, de enfermedades, de la familia, de todo y de nada, saboreando sus palabras como si fueran bombones. Sus encías de un plástico color malva, relucían. Los rotos de los asientos estaban momentáneamente disimulados por recientes cosidos. El inocente perfume de las flores sintéticas llevaba a todas partes su denso olor a frutos podridos.

El judío Himmelfarb sonreía a todos los rostros, incluso a los que se ocultaban. Se sentía liberado por aquel viaje como rara vez lo había sido por la oración. Le habían enseñado que los viajes contenían una promesa, y él lo sabía, pero nunca se había atrevido a creerlo. Una promesa en la que todavía no se atrevía a profundizar. Sólo tenía unas señas, de las que había oído hablar a la hora del cigarrillo, las de la morada prometida, Persimmon Street, Paradise East. Se aferraba a aquella promesa, y pensó en ella durante todo el trayecto de aquel tren de fiesta.

Fuera, la humedad y el conformismo estaban siempre a treinta y cuatro a la sombra. Alrededor de las edificaciones, las dalias inclinaban la cabeza. ¿Cuáles eran mayores? ¿Quién podía decirlo? ¿Quién habría podido reconocer a nadie? Sin duda que no las señoras de plástico, muchas de las cuales, mientras

esperaban servir a sus maridos el caldo, cambiaban propósitos por encima de la valla de su jardín, o se inclinaban sobre semanarios en los que buscaban las respuestas a sus preguntas.

Con una luz como aquella, Himmelfarb estaba convencido de que hubiera podido encontrar muchas cosas.

Cerca de él una señora que en honor de las Pascuas se había prendido del pecho la bondad en letras de cristal, le explicó que ella enterraba bajo sus hortensias agujas de gramófono en aquellos tiempos en los que había agujas, pero ahora ya no había.

—¡Y heme aquí, una congregante, que voy a la iglesia baptista para dar gusto a mi yerno! ¿Tal vez usted es baptista?

—No —dijo Himmelfarb—. Yo soy judío.

—¡Ah! —dijo la señora.

No lo había escuchado bien pero le había parecido extraño. Su piel se recogió sobre sí misma con una cierta inquietud.

Todas las señoras —le parecía— habían dejado de respirar por un momento, babeando sobre sus dentaduras postizas. Y luego volvieron a comenzar a comadrear. El tren llegó en seguida a la ciudad, y muchas personas, entre ellas la vecina de Himmelfarb, descendieron. Partió de nuevo más ligero, cargado con aquellos a los que la fe les impulsaba más lejos. Antes de atravesar la bahía el judío se sentó en el borde de la banqueta. El cielo se abría ante ellos, el arca se desprendió del puerto y sin esfuerzo franquearon el agua luminosa. Una vez más se había producido el milagro.

De esta forma el judío formuló una oración de acción de gracias mientras llegaban a la otra orilla a través de un paisaje consagrado en donde las moradas prometidas comenzaban a agruparse en medio de las franjas de luz vespertina y de las hojas de extraños arbustos.

En la parada, en donde Himmelfarb descendió por din, fue acogido por toda una masa de rosas que le acompañaron todo el camino. Si hubiera sido ciego, hubiera podido caminar tanteando las rampas de rosas. La luz de las rosas se filtraba a través del tamiz de hojas, y aquel líquido dulzor le embriagaba, y se encontraba vacilante para aquel regreso al hogar. Al llegar a la verja, de lo débil que se sentía hubo incluso de agarrarse a los montantes, torciendo ligeramente el buzón metálico en forma de palomar sin palomas.

Fue Shirl Rosetree quien le vio al echar una ojeada por la ventana del edificio de ladrillos.

—¡Mira, Harry! —exclamó en seguida—. ¡Es el viejo judío! ¡A esta hora! ¿Qué es lo que busca? ¡Líbrate de él, no quiero verle!

—¿Qué viejo judío?

Se esforzó en hablar tranquilamente, ya que las emociones no le sentaban bien.

—El de la fábrica, ¡naturalmente!

—¡Pero si tú no le has visto nunca! —protestó el marido.

—Ya lo sé, pero sólo puede ser él.

En efecto, pese a sus múltiples aspectos no podía haber más que un solo judío. En él encontraba ella a su padre y a su abuelo con un mostacho postizo, a sus primos y a los primos de sus primos, así como al feto que había perdido varios años antes al subir a una carreta por la noche, para huir de un pueblo de Polonia.

Choulamite Rosenbaum se golpeó el pecho con la palma de la mano justo encima de sus senos. Demasiado fuerte; la hizo toser.

—Harry, si no haces algo, noto que voy a vomitar.

Sabía lo que eran los nervios femeninos y añadió:

—No quiero mezclarme en esas historias de judíos. Eso me pone enferma. ¡Y no he terminado de hacer las cosas! Antes era el goy, ahora este judío. Todo lo que quiero es la paz y un interior agradable.

Le hubiera gustado tener el aspecto frágil, pero cuando tenía algo contra alguien parecía más voluminosa.

—¡Vale, vale! ¿Por qué has de tener una crisis de nervios, Shirl?

—¿Que por qué? —exclamó Mrs. Rosetree—. Conozco a mi marido, ¡eso es todo!

Él mismo vacilaba, ya que el judío Mordecaí avanzaba por el camino arenoso. Arrastraba los pies, pero la postura de su cabeza revelaba una cierta fuerza.

Sonrió vagamente:

—¡Por amor del cielo!

—¡Y dale con eso! —gritaba Shirl Rosetree—. Se deja poseer por un judío porque es la tarde del Seder. ¿Y quién va a estar obligado a echar fuera al judío?

—¡No te embales, Shirl! —dijo Harry Rosetree en un tono conciliador—. Sólo vamos a decirle que estamos a punto de hacer las maletas.

Shirl Rosenbaum se echó a reír.

—¡Oh! Sea judío o cristiano siempre me toca hablar a mí, Haím, porque tú no te atreves. Para ti es más fácil dar un buen bocado de pollo a todas las personas que se invitan. Mi pollo, gefüllter Fisch, Latkes[63] y todo lo que sigue. ¡Tú te haces el importante, el generoso! Bien ¡voy a decirle a ese viejo repelente que esta tarde ya puede largarse! Ni siquiera sabemos lo que quiere. Tenemos reservadas nuestras habitaciones en el albergue de las Montañas Azules, por Pascuas, y salimos en coche el Viernes santo después de las Estaciones.

Habría continuado de no temer parecer sacrilega a sí misma. Se miraban uno frente a otro, tan absorbidos en los abismos de la situación que no notaron el sudor que fluía de cada uno de sus poros. Además, ambos se habían vuelto amarillos.

—Las monjas nos han dicho que nunca hay que encolerizarse —dijo Rosie Rosetree que acababa de entrar.

Crecía pero seguía siendo delgada.

—Mejor que te enseñasen a ser educada —dijo su madre—. Nadie se ha encolerizado.

—Es un señor que llega —añadió el padre.

—¿Qué señor? — pregungó Rosie bizqueando entre las tablillas azul pálido de la persiana veneciana.

Las personas no le interesaban.

—¡Puedes preguntárselo! —no pudo evitar exclamar su madre riendo en un tono nuevo, jovial y desencantado.

El padre profería sonidos que no explicaban nada.

El rostro de la niña estaba muy cerca del extraño, pues sólo les separaba la persiana. Ella le examinó de arriba a abajo.

¡Qué mal vestido está! Luego se marchó, pues todo aquello no le interesaba ya. Para ella la caridad era una abstracción, todo lo más una virtud que no había encontrado una razón para adoptar. Era algo muy hermoso como decían las monjas, pero perfectamente superfluo.

Sin embargo su padre era gentil.

Había abierto la puerta y decía con una voz completamente cómica, fuerte pero clara:

—¡No esperábamos su visita, señor Himmelfarb!

El mecanismo de las relaciones sociales había comenzado a funcionar.

Allá donde Himmelfarb había pensado que una explicación sería inútil, comprobaba que había de dar las razones de su llegada. Pero no en seguida... Estaba demasiado fatigado... Esperaba simplemente que ellos pudieran compartir en la alegría la conciencia de su credo común.

—Si me lo permite voy a sentarme un poco —dijo el visitante que se dejó caer bruscamente sobre un pequeño taburete de madera que Mrs. Rosetree no destinaba a aquel uso.

Su marido intervino:

—Sí, siéntese un poco y descanse. Tiene aspecto fatigado.

Pero Mrs. Rosetree se acercó. Su ropa de casa, de uno de esos colores que ella tenía a veces la buena fortuna de elegir, no sólo disimulaba sus encantos, sino que creaba una atmósfera de drama, casi de tragedia. Se había arreglado las manos al principio de la tarde y tuvo la idea de apartar de nuevo los dedos en la tradicional actitud de culpabilidad. Parecía como si de sus uñas brotara la sangre.

—Lamento que mi marido se haya expresado mal, señor Himmelfarb —dijo Mrs. Rosetree.

Nadie había hecho las menores presentaciones, pero aquello carecía de importancia, ya que ahora cada cual sabía el papel que habría de interpretar.

Mrs. Rosetree continuó:

—Él hubiera debido explicarle que teníamos la intención de ausentarnos por Pascuas. Pasado mañana es ya viernes santo; sin duda usted lo sabe.

Mrs. Rosetree sonreía para facilitar lo que iba a decir, y el rojo con el que se había pintado los labios brillaba como si fuera sangre esparcida.

—No quisiera dar la impresión de que niego la hospitalidad a nadie. Pero usted sabe lo que es cerrar una casa, señor Himmelfarb. Hay tanto que hacer... ¡Además, con los niños! Ni siquiera hay tiempo de abrir una lata de conservas. En la cocina no me queda ni una miga... No merece la pena dar de comer a las ratas y coger una ictericia a nuestro regreso.

A intervalos regulares la cabeza de Mrs. Rosetree estaba completamente erizada de pequeñas horquillas destinadas a fijar sus ondas.

Harry Rosetree no tuvo más remedio que admirar a su mujer por el materialismo que siempre mostraba, y que él sólo practicaba en los negocios. Es cierto que Shirl consideraba la vida cotidiana como él sus negocios.

Mirando por encima de la cabeza del viejo judío, propuso:

—Tal vez se podría tomar algo para celebrar la ocasión...

Un sonido indeciso salió de la garganta de Mrs. Rosetree:

—Sea ocasión o no, es mejor que siga sentado tranquilamente en su silla. No es bueno para las personas de su edad llenarse de alcohol después de un esfuerzo. Yo no se lo daría ni a mi padre, temería que le sentara mal.

Y después, con el aire de haber dispuesto una ofrenda sobre un altar, Mrs. Rosetree se fue, para dejar que las cosas se arreglaran solas.

Así pues Haim ben Ya'akov se quedó solo con el judío Mordecaí en aquella velada del Seder.

En ausencia de toda celebración religiosa, no había nada en su casa bien provista, que pudiera ofrecer a su huésped. Por otra parte era posible que la casa ya no le perteneciera, que nada le pudiera pertenecer a un judío, aparte de su propia piel y algunas verdades tradicionales.

El extraño no intentó negarlo. Sentado, con la cabeza gacha, estaba en un estado de aparente agotamiento, o de aceptación, y demasiado pasivo para sugerir lo que sin embargo brotaba claramente de toda su persona.

Por eso Harry Rosetree, que en todo caso no era judío, comenzó a impacientarse, incluso a irritarse. Sobre el suelo de madera barnizada, los zapatos del extraño tenían una perezosa resignación que se hacía exasperante.

En aquel momento Himmelfarb levantó los ojos como si tomara conciencia de la desagradable situación en que había colocado a su interlocutor.

—Voy a irme —dijo sonriendo.

Harry Rosetree encontró más fácil responder:

—Y bien, Himmelfarb, su visita ha sido una sorpresa, ¡es lo menos que puedo decirle! Pero el mundo no cesa de girar. Perdóneme un momento, he de regar unos arbustos antes de la noche.

Mr. Rosetree conocía en efecto las costumbres del barrio en el que vivía entonces.

—Pero descanse todo lo que quiera. A su edad no hay que jugar con la salud.

Himmelfarb continuó sentado en la entrada, que era menos una habitación que un medio de proteger de los intrusos a los habitantes de la casa cuya fuerza no podía ser puesta en duda mientras permanecían invisibles. En aquella hora la luz se debilitaba. Las superficies pulidas se oscurecían ya, pero el reflejo de la opulencia y todos los ruidos de la prosperidad se manifestaban aún en las profundidades de la casa.

En seguida apareció un muchacho. Ya era mayor, pero nada fuerte. En aquella luz los contornos de su cara brillaban como la cera amarilla. No obstante recordaba a los cirios o a un rodillo.

El niño, que no esperaba encontrar a nadie, frunció el ceño.

Himmelfarb sintió gratitud por aquella presencia y no pudo evitar decirle:

—El niño Bar Mitzwah.

—¿Qué? —exclamó el muchacho acentuando su mueca.

Tenía la impresión, sin estar completamente seguro, de que debía formalizar sus palabras.

—Tienes trece años —dijo el extraño con un aspecto de convencimiento.

El muchacho asintió con un movimiento nervioso.

—¿Cómo te llamas?

—Steve.

No iba a eternizarse allí.

—¿Y el otro? —insistió el hombre—. ¿Cuál es tu nombre verdadero?

La garganta del muchacho se crispó.

—¿Uno de los nuestros?

El muchacho estaba profundamente disgustado, lleno de horror. Odiaba a aquel loco que le esperaba en la entrada, y pisando sobre sus sandalias de goma, se marchó sin responder.

No había nada más con lo que el extranjero pudiera identificarse, y se hubiera marchado si sus piernas hubieran podido sostenerle.

Pero entró una chiquilla, menuda y con aspecto nervioso. Sus cabellos estaban cortados en pequeños bucles bailarines.

—Buenas tardes. ¿Tú eres la niña?

—Sí —respondió ella rápidamente. Aquello en efecto carecía de importancia—. Acabo de leer la vida de la pequeña santa. Teresa —dijo, pues le gustaba hablar de sí—. Es muy bonita. Es mi libro preferido. Pero todos los santos son interesantes.

—¿Conoces a los de Safed y Galitzia?

—No. Nunca he oído hablar de ellos. Esos no son verdaderos santos, santos católicos.

Aquello mismo carecía de importancia, y se acercó a él para confesarle:

—Rezo para tener vocación ¿sabe? Cuando se reza mucho, le conceden a uno lo que pide. Quisiera que la sangre brotara de mis manos.

En la penumbra ella se frotaba las palmas delgadas, pero sonó el teléfono, y como su madre llegaba, ella ocultó las manos.

Mrs. Rosetree que aún no se había quitado la bata cuyo color iluminó bruscamente en el espíritu del

viejo agotado el eterno viaje, desenredó cuidadosamente el hilo del teléfono y se llevó el aparato para poder hablar libremente. Sin embargo el azul ardiente de su trasero permaneció visible.

—¿Diga? Este es el JM3... ¡Marge! ¿Qué hay, Marge? No sé qué es lo que pasa. {Habla más cerca del aparato!

La pequeña hizo una mueca:

—Es la amiga de mamá. ¡Es una latosa!

—¡Pero yo te habría dado un telefonazo, Marge! —protestaba Mrs. Rosetree—. Sólo que he ido a casa del peluquero..., eso, no iré más, eso es. Su mujer está enferma. Siempre lo mismo. Todas las veces...

La niña se apretaba contra el desconocido en la sombra.

—¿Sabe usted lo de santa Teresa y las rosas? Yo creo que he visto una rosa una vez. ¡Una blanca!

—No, no, Marge. Te habría dado un telefonazo, pero he estado en el cine. Sí. Una historia de amor. ¿Que qué es lo que contaba? No gran cosa, pero me gustó...

En el crepúsculo las rosas de papel se estremecían alrededor de Himmelfarb. Las voces del amor exhalaban un perfume de heliotropos sintéticos.

—Sí, Marge —decía Mrs. Rosetree riendo—. Yo también necesito mi ración de amor.

—¿Por qué me hablas de todo eso? —murmuró Himmelfarb a la pequeña—. ¿De las rosas y las llagas?

—El Viernes santo, sí. Después de recorrer las Estaciones... Sí, —continuaba Mrs. Rosetree con una gran paciencia—, ¿Qué quieres, Marge? Tenemos obligaciones religiosas. Es algo que no comprenderás nunca si no lo sientes en ti misma.

La chiquilla reflexionaba mordiéndose los labios.

—Me gusta mucho hablar de vez en cuando... A las personas que no volveré a ver nunca.

Se había olvidado ya de su confidente, pero le condujo por un momento en el torbellino de su exaltación particular.

—Además —dijo ella riendo—, usted tiene el aspecto de venir de otro mundo.

—¡No, Marge! —insistía Mrs. Rosetree—. No hay nadie. ¡Seguro! Sí, hay un tipo que ha venido, pero ya se va... Nadie... Sí, ¡ya te digo que se va!

Era tan cierto que el extraño se levantó y desapareció. La puerta había permanecido abierta desde su llegada.

Cuando Mrs. Rosetree acabó su conversación, regresó con el teléfono.

—¡No me digas que ese tipo se ha ido! ¿Qué es lo que le has hecho?

La pequeña, que no se molestaba en responder a sus padres, continuaba frotando el cristal de una ventana con el dedo.

—¡Cuando estos viejos judíos le caen a uno encima, no hay nada que hacer! —explicó Mrs. Rosetree.

—¿Era un judío? —preguntó la niña.

—¡Claro que era un judío!

Mrs. Rosetree hablaba y reía tan dulcemente que no parecía hacer alusión al extraño, sino a alguna parte secreta de su cuerpo, que ella no mencionaba más que ante el médico, su útero, por ejemplo.

—¡Como Nuestro Salvador! —exclamó la chiquilla que empezó a verter lágrimas en la certeza de que nunca conocería el milagro tanto tiempo esperado.

—Vamos, Rosie —dijo su madre—. Voy a ir a buscar la magnesia con bismuto. Llorar por nada. Tal vez es la edad —suspiró antes de irse, dulcemente, tiernamente, a la cocina para calentar un guisado de ave con Kneidlach\ y para degustar el hígado de pollo desmenuzado que la mujer de la limpieza había aprendido a espachurrar no sin dificultad.

Si su marido no iba —lo que hacía por costumbre desde que percibía el olor de la cocina— era porque todavía estaba en el invernadero. Por ir al invernadero había cortado también la conversación con Mordecaí antes de su partida. Aquel invernadero, con esas armaduras que Mrs. Rosetree había deseado tanto hasta el día que las tuvo, fascinaba a Harry, y además le ofrecía un refugio que nunca había sido tan necesario como aquella parte mientras que las estrellas familiares aparecían entre las ramas, y se escuchaban los pasos del visitante alejarse sobre la grava.

En el extremo del balcón que colgaba sobre la calle estrecha en donde vivieron en otros tiempos, entrecruzaban algunas ramas para hacer una especie de tosco tejadillo. Además, allí se colocaban los cubos viejos e incluso durante la Fiesta de las Cabañas se sentían los relentes del agua grasa. Allí instalaban sus colchones y todos los miembros de la familia se tumbaban en ellos, con su sangre casi confundida. Durante la época de Souccothy casi nunca abandonaban su tabernáculo, salvo si empezaba a llover y el agua los dispersaba. Entonces los viejos tanteaban recíprocamente sus vestidos para ver los estropicios. Pero generalmente todas las noches de Souccoth las pasaban allí tumbados, con el olor del agua de los cubos. El abuelo gimoteaba, roncaba, se tiraba pedos, y el muchacho Ha'ím ben Ya'akov miraba aquellas mismas estrellas.

—¡Harry! —llamó Mrs. Rosetree—. Mi sopa se va a enfriar. No has de temer nada, ya se ha ido. ¡Vamos, Harry! Vas a coger frío de estar ahí fuera.

Cuando Himmelfarb volvió a pasar por las calles de Paradise East, los cordones de las rosas se habían desintegrado. También las casas habían desaparecido, pero las ventanas se habían materializado en rectángulos de luz, demostrando así que no siempre muere todo. Llenos de aquella certeza o de su tajada de la tarde, los agentes de cambio sentían dar vueltas a su vientre como otros tantos gasómetros. Con el dedo sobre la extremidad de su manga de riego para mejor dispersar el chorro, discutían de los respectivos méritos del thuya orientalis y del retinospera pisifera plumosa. Todos los jardines de Paradise East estaban plantados para la posteridad, todas las casas concebidas por una ventana, como estrangulada por su boa de rosas, y fue tan inesperada que el ruido parecía provenir del otro extremo del barrio.

Himmelfarb llegó a la estación y cogió el trenecito que de nuevo parecía esperarle para conducirle a aquel país del que les estaba prohibido huir a los rehenes como él.

No se quejó; fue el tren quien, traqueteante y refunfuñante, comunicó a su cuerpo todavía pasivo la atmósfera de la noche y de la desolación. Las señoras de plástico, claro está, habían tenido colores demasiado delicados para durar. Por la tarde eran los hombres quienes llenaban con su ruido el tren. Las palabras que cambiaban habrían parecido brutales si no hubieran sido ya usadas a fuerza de ser empleadas por aquellos delgados pelirrojos, o por aquellos otros gruesos morenos cubiertos de pilosidad como los asientos de los vagones. Mientras que el tren les sacudía, se percibía un olor a cacahuetes, a húmedas bolsas de papel, a cerveza y a túneles.

De vez en cuando, en las curvas, el tren amenazaba con inmiscuirse en la vida privada de las personas. En la cocina de muchos hogares, los caballeros en camiseta se dedicaban a atacar salchichas de plástico, las señoras lánguidamente esparcían los spaghettis que antes tan cuidadosamente habían colocado sobre las tostadas, y las hijas, más elegantes que su madre, se daban prisa en acabar, ¡en acabar de una vez por todas! A su alrededor, el genio de la grasa de buey daba vueltas en su traje azul, pero toda hechicería estaba ausente. Y en estrechos dormitorios, muchachos aliviados abandonaban su pegajosa contemplación de alguna vieja foto de pin-up y se disponían a explorar las tinieblas.

El tren surgió en la noche y permaneció milagrosamente suspendido por encima del agua. En los compartimientos, excepto el judío, nadie parecía darse cuenta que regresaban a una esclavitud que verdaderamente nunca habían dejado. Pero el judío sabía que nunca debía esperar otra cosa.

El tren penetraba en la ciudad que unos cuchillos habían partido y repartido con todos sus jugos rojos, verdes y violetas. Todos los jarabes de los sorbetes de frutas manaban por las calles que dulcificaban.

El jarabe de neón coloreaba los charcos de vomitona y orina de los marinos. En aquella luz, los ojos de los hombres más jóvenes entre todos aquellos de gabardina, tenían un azul más cegador, más ciego, y a veces incluso estaban consumidos. Las abuelas de los tintes azules se volvían violáceas desde la raíz de sus cabellos hasta el bajo de su pantalón, no de vergüenza, sino de neón, y sus senos ardían por recobrar

la elasticidad de su juventud, o por el contrario se afirmaban redondamente como orinales de cemento armado. En cuanto a las muchachas, eran indispensables. Dando un leve paso, detenidas en un rincón de la calle, o colgadas de un brazo, eran la encarnación de los deseos sugeridos por los melones de los escaparates, como si los pensamientos de los hombres de gabardina hubieran surgido de la ceniza al fondo de sus mejillas, y se hubieran por fin revestido de carne violeta, roja u ondulosamente verde. También estaban los niños que continuaban lamiendo su chupete bajo el neón hasta el día en que supieran leer la hora en que llegaría el momento de chupar otros bombones.

Todo a lo largo de los hilos de magnesio se agitaba el tren ebrio. Como también la noche estaba ebria, las víctimas que había simulado acoger se veían obligadas a imitarla. Himmelfarb estaba ebrio, pero moderadamente, ya que todavía no había vomitado. Liberado de la atadura violeta a veces se bamboleaba, y a veces, proyectado hacia adelante, observaba.

Mientras la oscuridad escupía chispas, y un sucio sudor corría sobre los músculos de asfalto, los tranvías confusos se sumergían en el aire agobiante como en túneles, aplastando cápsulas de botellas y céntimos de bronce, sin dejar de vez en cuando de arrancar un brazo a su articulación chirriante. Pero finalmente llegaron bajo las adelfas en donde la brisa emitía unos ruidos de ventosa, y Sodoma no era más dulce, más sedosa en aquella noche, que los jardines de Sydney al borde del mar. Las calles de Nínive no recordaban tal estrépito de metal. Las aguas de Babilonia no eran más tristes que las olas que iban a morir sobre una playa pisoteada, entre los desperdicios y los preservativos.

Por un momento el tren en que Himmelfarb, recogido en sí mismo, iba a llegar al punto de partida, se tiró un pedo sonoro y se detuvo.

Un hombre gordo, sentado en el asiento de enfrente, acabó de atiborrarse de patatas fritas y exclamó:

—¡No te preocupes, Matilde!

Después se puso a hurgar en un puré de patatas, frío.

Pero el viejo de extraño aspecto no comprendía el chiste. Prefería escuchar la radio que cantaba en la noche inmovilizada una canción que el glotón de patatas no se molestó en identificar:

«¡Oh, ciudad de los besos elásticos y de los sueños retractados!» cantaba el estribillo;

«¡Oh ríos de vómitos> pequeñas colinas de concupiscencia, oh inmensas llanuras satisfechas!

»¡Oh gran cuerpo enfangado, ¿cómo te redimirás, ahora que tu alma es un blanco cacahuete comido por los gorgojos?

»¡Oh$_y$ ciudad de-de-de...!»

Pero el tren apagó su voz. Todavía marchó bastante tiempo, y por último el judío se vio a punto de llegar al camino —la avenida— en que vivía. Ahora temblaba y tropezaba entre los arbustos de páspalo que intentaban obstaculizarle el paso. Sintió ganas de llorar al pensar en todo lo que había visto y vivido aquella tarde, y no tanto porque esas cosas existían sino por lo que ellas habían hecho nacer en su propio corazón.

Llegó por fin a su puerta, y en el montante buscó la Mezouza para tocarla, para tocar la Chema. No es que esperase ser socorrido, pero sí que se le aplacara el odio.

El milagro se produjo casi en seguida: vio acercarse una luz, danzarina y vacilante, a medida que el que la llevaba avanzaba por el desigual suelo. La distancia, las sombras, la misma luz se acabaron, e Himmelfarb reconoció la silueta de Mrs. Godbold provista de la vieja lámpara que ya le había visto utilizar cuando salía de noche.

—Le esperaba, y le he oído entrar. Perdone que le moleste, pero es que...

Estaba confundida.

Himmelfarb no se sentía lo contento que hubiera podido estar. El amor que debía a toda criatura era aún miserable y estaba herido.

Entonces se dio cuenta de que su vecina llevaba una bandeja sobre la que había algo oscuro.

Mrs. Godbold bajó los ojos. Aquella rudimentaria luz la confería una inquebrantable solidez, y sin embargo una blanca transparencia transformaba su piel generalmente opaca.

—Es cordero, señor —explicó a la vez segura y estremecedora—. Una señora nos lo da todas las Pascuas.

—¿Cordero? —repitió Himmelfarb con una especie de desesperación, notando que le subía una náusea procedente quizá de un incidente pasado, sin que por el momento pudiera recordar de cuál se trataba.

—Sí —dijo ella.

Después repitió:

—¡Por Pascuas! ¿Ha olvidado usted que pasado mañana... no, mañana ya, es el Viernes santo? La fábrica cerrará. Hay que pensar en abastecerse para algunos días.

—¡Oh, sí! ¡La Pascua!

La turbación de Mrs. Godbold regresó. Bajó los ojos hacia lo que contenía la bandeja y que todavía no había explicado.

—La señora nos da toda la paletilla —dijo enrojeciendo al resplandor de su lámpara-. Pero este año nuestro perrito se ha comido un poco. ¡Oh, casi nada! Hemos podido recuperar toda la parte de arriba para nosotros, y como la de abajo no ha sufrido nada, se la he traído para usted. ¡Pensé que quizá se alegrara de darse una pequeña comilona!

—Por Pascua.

Su garganta estaba como paralizada y no pudo más que repetir las palabras de Mrs. Godbold que añadió sonrojándose:

—No sólo por eso. No existe una época en la que uno pueda pasarse sin comer.

Entonces él cogió la bandeja que le ofrecían. Las largas sombras creadas por los sobresaltos de la lámpara les daban a ambos un extraño aspecto.

Él se puso a hablar con pequeñas frases rápidas, nerviosas, entrecortadas, asomando entre sus labios el extremo de su lengua.

—Usted va a estar contenta.

Buscaba cuidadosamente sus palabras:

—Sin embargo, creo que no serán unas verdaderas vacaciones para usted. Pero a causa del sentido de todo esto...

—¡Oh! —respondió ella—; siempre estoy contenta en Pascuas pues, por lo que nos dicen, es el fin del sufrimiento... ¡Al menos por algún tiempo!

Temiendo haber expresado un punto de vista demasiado personal, continuó vivamente:

—Pero en Inglaterra las Pascuas eran verdaderamente Pascuas. ¡Con todas sus flores! ¡El olor de todas sus flores! Los narcisos, las anémonas blancas que se recogían en el bosque. ¡Y los endrinos!

Recordaba aquellos alegres descubrimientos:

—Creo que es aquello lo que prefería. Ninguna flor es tan blanca como esa. Los niños la recogían a veces para decorar el altar. Estaba bonito cuando encendían las velas. ¡Cómo vivo! Se tenía la impresión de que renacía el mundo entero. Todas aquellas ramas de endrino tenían el aspecto de un árbol en flor sobre el altar de nuestra iglesia. No era muy grande, pero el día de Pascua sabíamos que Nuestro Señor había resucitado.

La voz de la trompeta que manejaba Mrs. Godbold era solitaria pero sincera.

—Claro está que no necesitábamos todo aquello —añadió vivamente—. Aunque todas las flores hubieran estado marchitas lo habríamos sabido igualmente.

Entonces el judío inclinó la cabeza.

Pero ella lo notó y sus palabras se dirigieron a él:

—Perdóneme. Le estoy haciendo perder su tiempo. No podrá levantarse temprano. Este cordero no es gran cosa, pero se lo doy de corazón, si usted quiere aceptarlo.

Himmelfarb entró cuando ella se hubo marchado, encendió la luz que inundó la habitación casi vacía y se dio cuenta de que debía afrontar lo que quedaba sobre su mesa del Seder. Nada había cambiado, pero las horas que habían transcurrido parecían haberse fijado y haber hecho un símbolo, no del regocijo, sino de la lamentación. O mejor, parecía que allí se encontraba la tumba de todos los que, como él, no habían sobrevivido al viaje de regreso y de los que él, resucitado de entre los muertos, no era el guarda. Lo sabía, lo sabía. Tocó la tierra de Egipto que el tiempo había oscurecido, y las hierbas nunca tan amargas como los hechos. Estaba seguro de todo aquello.

Y después, el judío vio que todavía tenía la bandeja de Mrs. Godbold y que el maldito hueso de cordero que le había dado su vecina era idéntico al que aquella tarde había puesto él sobre su mesa del Seder.

XIII

No existe oráculo más temible y sepulcral que el teléfono. Por eso Mrs. Flack vacilaba siempre un momento ante el aparato, antes de responder a su llamada. Aunque fuera una pitonisa, sin duda siempre sentía necesidad de invocar antes de encontrarse frente a potencias superiores. O tal vez temía simplemente que la voz del destino se dirigiera personalmente a ella.

Finalmente se decidió:

—¡Ah, ya! ¡Sí! ¡No, no! ¡Claro está! Tal vez sí. ¿Quién sabe? Voy a pensarlo y te daré la respuesta más tarde. Si lo sabes ¿por qué lo preguntas?

Mientras paraba los golpes con un escudo de palabras amorfas, se adivinaba que poco a poco ella parecía haber extraviado su fina lámina, y la coraza de incredulidad de la que ella se revestía se cambiaba manifiestamente en una armadura de cartón.

Mrs. Jolley, que tenía la habilidad de oír sin escuchar, había incluso sorprendido aquella respuesta:

—No puedo saberlo todo.

Aquello la dejó perpleja, pero continuó con su vajilla, ya que era una de las tareas de las que se encargaba a cambio de una pequeñísima remuneración y un poco de amistad.

Mrs. Jolley comprobó que entre todas las voces del teléfono, sólo había una a la que Mrs. Flack respondía verdaderamente. Entonces las predicciones se esparcían alrededor del aparato en respuestas a preguntas hipotéticas. Mrs. Jolley adivinaba que las manos secas y cubiertas de manchas de su amiga abrazaban la cálida baquelita, comunicándole una nueva forma.

Mrs. Jolley escuchaba:

—SÍ has sido lo bastante estúpida para olvidarte el jersey, no es sorprendente. ¡No, no! Fricciónate el pecho antes de meterte en la cama, y súbete bien la colcha. Tómate dos aspirinas y un vasito de algo para sudar. ¿Va a haber que decir que tú eres la responsable de tu salud?

Un día escuchó Mrs. Jolley:

—No espero afecto donde no lo hay, pero al menos espero respeto. ¿Qué? No, ¿no comprendes? No comprendes. Nadie comprende nada si no se chapurrea americano.

Cuando su amiga regresó a la cocina, Mrs. Jolley no pudo contenerse:

—¡Hay personas terribles!

Pero Mrs. Flack no pareció comprender.

—En nuestros días —se arriesgó a decir Mrs. Jolley — ¡los jóvenes no piensan más que en ellos!

Mrs. Flack emergía a la superficie, pero sus pensamientos la envolvían.

—Muchas preocupaciones le da su sobrino —dijo Mrs. Jolley, cascando un plato contra el grifo.

—Que cada cual viva por su lado, no existe razón alguna para preocuparse —replicó Mrs. Flack.

Mrs. Jolley suspiró:

—Cuando cada cual vive por su lado, claro está.

Una mañana —Mrs. Jolley lo recordaba, era el Jueves santo— el teléfono había sonado tan bruscamente que ella había roto el recipiente de la mantequilla decorado con hojas de eucaliptus y había escondido los trozos detrás de la cómoda para deshacerse de ellos después.

Mrs. Flack fue a responder, como siempre, pero ya Mrs. Jolley sentía descargas eléctricas por todos sus nervios.

—¡Caramba! ¡No me digas! ¡Cuánto me alegro, Blue! Pero ¡ojo con la gente! Te lo advierto. Ahora se comportarán de modo diferente. Cuando se enteran de la buena suerte de otro, actúan de forma muy, muy distinta. De todos modos, en el fondo las personas nunca son lo que aparentan... ¿Qué? ¡Te lo ruego, Blue! Nunca soy grosera. Ni en palabras ni en pensamiento. Y sin embargo no veo mal algunas cosas. A propósito Blue, alguien que conocemos ha ido ayer a ver a cierta persona. Con una lámpara. ¡Exacto! ¡Y además en esta época del año! Ellos son los que han crucificado a Nuestro Señor. Mañana. Piénsalo. ¡Mañana! Eso no impide ciertas relaciones, para llamar a las cosas por su nombre. ¿Qué? ¡Blue! ¡Blue! ¡Te lo prohíbo! Pero ¿qué dices? ¿Dónde estás, Blue? ¿No habrás bebido demasiado, eh? ¿El que está frente a tu trabajo? ¡No me pareces estar trabajando mucho esta mañana! Además, entre nosotros, ¡qué más da!

La risa de Mrs. Flack sonó como el escape de una motocicleta.

“No te reprocho. Hay que divertirse cuando se es joven. Y si ocurre algo que paguen los padres. Los pecados no caen sobre los hijos ¡al contrario! ¡Si te dicen que soy pesimista, no lo creas! ¡Soy realista, eso es todo! Veo las cosas como son y soporto las consecuencias. Y todos los años durante las Pascuas me pone enferma pensar que los judíos han crucificado a Nuestro Señor. Cada vez es lo mismo. ¿Eh? Algo que los jóvenes no tienen por qué comprender mientras posean su hermosa juventud. ¿Qué, Blue? ¡Diviértete, muchacho, diviértete! Si te divierte, hazlo. Un poco de sangre derramada no es grave. ¡Tiene tanta como quiere y bien roja! No existe mezquindad sin mala intención. Además, una sangría es buena para la salud. Eso no impide que la sangre siga corriendo por las venas. Escucha, Blue... —decía Mrs. Flack en un tono que traicionaba la exultación o la desesperación.

Cuando regresó a la cocina estaba envuelta por un siniestro resplandor.

Mrs. Jolley, completamente interesada, estupefacta, horrorizada por lo que había oído, prefirió conservar los ojos bajos hacia el fregadero.

—Blue... —consiguió articular Mrs. Flack— ...y seis compañeros de la fábrica... —Se dejó caer sobre una silla—. Les ha tocado el gordo de la lotería... Habían bautizado a su billete Los Siete Afortunados.

Mrs. Jolley contemplaba la pila cuya agua gris, repentinamente inmóvil, continuaba disimulando diversos objetos.

—No parece alegrarla esto —observó Mrs. Flack con un aire vago.

En su exultación no necesitaba mirar para saber que Mrs. Jolley estaba apagada, con la apariencia gris de sus manos de fregona. Ahora la mayoría del tiempo dejaba su dentadura sobre la mesilla de noche, en un vaso cubierto por un pañuelo.

—Hay personas a las que no les gustan las buenas noticias —continuó Mrs. Flack.

Mrs. Jolley rozó la superficie del agua.

—Reflexionaba, eso es todo —dijo ya menos gris—. Pensaba en su pobre madre.

No expresaba ningún reproche, sólo compasión.

—¿Cómo se llamaba aquella hermana que perdió, Mrs. Flack?

Mrs. Flack estaba cada vez más distraída.

—¿Eh? ¿Mi hermana? Mi hermana, Daisy, Daisy.

—Me decía que su hermana se alegraría al saber esto.

Cuando los demás expresaban buenos sentimientos, Mrs. Flack no sabía qué decir. De esta forma, si no conseguía intervenir a tiempo, se limitaba a parpadear sin ver nada.

Mrs. Jolley había elegido estar triste aquella mañana de júbilo. Mrs. Flack incluso se preguntaba si no se moriría de deseo de abrir su cofre y ojear papeles y viejas cartas.

Se cerró la parte delantera de su ropa inmaculada y esperó.

—También su marido debía ser afectuoso con ese chico. Sin duda era tan buen tío como usted es una buena tía.

—¿Will? —respondió Mrs. Flack, lejana—. Blue era aún muy pequeño cuando murió Will.

Mrs. Jolley mostró sus encías.

—Perdone que la haya recordado eso. ¡Un fin tan terrible!

—Nadie hubiera creído que se iría así, no digo que no. Will era un buen lampista, magníficamente considerado y pagado. Pero el modo no hace a la cosa. Cuando un hombre se cae de un tejado en el que está sentado, ¡el fin siempre es el mismo!

Mrs. Jolley se sintió prisionera de aquella celda que era la cocina.

—¡Qué pareja de cuervos formamos! —exclamó.

—No he sido yo la que he comenzado —dijo Mrs. Flack con un aire ofendido.

Mrs. Jolley sumergió las manos en el agua.

—¡Y además un día como hoy! ¡Me parece que su sobrino va a estar en seguida como una cuba!

—Blue es un buen muchacho —declaró Mrs. Flack.

—Nadie dice lo contrario —concedió Mrs. Jolley.

—Blue jamás ha tenido problemas. Por decirlo así.

—Verlo para creerlo —dijo Mrs. Jolley riendo.

—¡Blue jamás ha matado a nadie!

El cuello de Mrs. Jolley se agitó como movido por un resorte de acero.

—¿Quién ha matado a quién?

—Todos los días pasa, ¡no hay más que leer los periódicos!

—¡Si vamos a creer todo lo que cuentan los periódicos!

—La verdad no siempre está bien decirla.

Pero en aquel momento la mañana cubrió a aquellas señoras. Sus acciones, separadas de sus cuerpos por el pensamiento y la luz, ya no les pertenecían.

Himmelfarb, que se había acostado tarde, aquella mañana se levantó muy temprano. Cualquiera que hubiera de ser la jornada, se negaba a pensar en ella antes de haberse dedicado a los filácteros. Sólo cuando se hubo ajustado santas palabras y protegido de los deseos del corazón y de los ojos por las franjas del chal que cubría sus espaldas, el día comenzó realmente para él, y de nuevo fue creado, santificado y glorificado. De pie, mientras con los ojos cerrados recitaba el Chema y las bendiciones desde lo más profundo de sí mismo, su rostro se pareció de nuevo en el espejito turbio a la imagen de Dios, ofreciéndose a una aprobación que quizá le sería negada.

El judío rezaba:

«¡Bendito seas, Eterno Dios nuestro, Rey del Universo, que has dado al gallo la inteligencia de distinguir el día de la noche...!»

Y la luz inundó los cuatro rincones de la habitación, pero silenciosamente, ya que en Sarsaparrilla,

algún hombre maligno había capado al gallo. Pero una hoja de oro puro tocó los párpados del judío que así quedaron recubiertos. Sus venas eran de laspilázuli en un lago de oro, las correas de los filácteros se cambiaban en ónice y las palabras que salían de su boca eran gotas de cristal, cada una de las cuales reflejaba hasta el infinito las palabras contenidas en las palabras.

El judío rezaba, y la estatua que había sido arrancada del zócalo del tiempo y colocada al borde del amanecer, se convirtió en un hombre. De su propia carne, los agrietados labios elaboraban las palabras:

«Danos hoy y cada día Tu gracia, Tu bienaventuranza y Tu misericordia, en Tus ojos y en los ojos de todos los que nos testimonian sus bondades. Bendito seas Tú Eterno.»

Y la luz que hasta entonces era miserable, substancia de oro débil, que mezclado en láminas fugitivas y frías de feldespato se formaba sobre las costras de pórfido y de ágata de los que estaba estriado el firmamento, se disolvía por fin en un agitado mar escarlata. Aquel mar iba a lamer la piel del hombre en oración: el lóbulo de sus orejas y los hoyos de sus sienes se volvían trasparentes, sus mejillas se coloreaban de carmín o de la intensidad de su súplica.

El judío afirmaba:

«Creo con una fe perfecta en la venida del Mesías, e incluso aunque tardara, Le esperaría cada día. Creo en Tu salvación, oh Eterno. ¡Creo, oh, Eterno, en Tu salvación! ¡Oh Eterno, en Tu salvación espero!»

El chal se deslizó de sus hombros en el momento de la unión completa, y la brisa que soplaba por la ventana hizo agitarse el extremo de su viejo pijama, mostrando que aquel era verdaderamente un hombre, y hecho para sufrir tormentos e indignidades. El vello se alargaba en mechones grises en medio de su pecho, la redecilla de venas que surcaba sus delgadas piernas desde los tobillos hasta las rodillas, se enredaba arbitrariamente con una perversa complejidad.

Cuando acabó de rezar, Himmelfarb miró por la ventana de su frágil casa. Como no había dormido, todo lo que veía era perfectamente inocente, cada línea perfectamente clara, cada forma perfectamente simple. En un terraplén, al otro lado de la calle, dos gallinas blancas picoteaban ya entre los macizos de mimosas. Sentado en una silla un viejo desplegaba su periódico y se disponía a leer tranquilamente el relato de las peores catástrofes. El chorro de leche estaba como suspendido entre la jarra del lechero y los potes. El judío se frotaba la barba de la víspera. Ya que todo se encadenaba lógicamente, había que estar preparado.

Arregló la casa. Sin embargo no podía impedir la torpeza y el temblor de sus manos, no sólo porque estaba emocionado por la pureza de ciertos objetos que tocaba, sino también porque esos objetos se arrastraban por los hilos de su memoria a acontecimientos de otros tiempos. No obstante intentó comer. Bebió un poco de café, que aquella mañana le pareció particularmente amargo. De las sobras de su mesa del Seder cogió una ramita de perejil. Tomó pedazos de los dos huesos idénticos, pero sólo después de haberlos masticado y ablandado por la saliva se realizó su deseo y encontró un sabor de carne. Entonces se los tragó rápidamente.

A la hora acostumbrada guardó el talleth y los tephillim en la maletita de fibra. Aunque Herr Rosenbaum le permitió oficialmente permanecer en su casa durante el Pessah, él sabía perfectamente que los demás le esperaban. Y tal vez los mismos Rosenbaum. Himmelfarb se negó a evocar la mirada inquieta de su patrón, pero subió la cuesta a la sombra de las altas copas para coger el autobús de Barranugli.

La mañana se volvió en seguida gris y resistente, los gestos de goma, tanto silenciosos y relajados, como tensos y excesivos. En la fábrica ya funcionaban las máquinas. Se las escuchaba aspirar y resoplar, pero de mal grado. Las señoras gemían ante su tarea. Una de ellas mostraba sus magulladuras de por la noche. Todo transcurría como de costumbre, pero nadie ignoraba que aquella mañana todo sería diferente.

Primeramente era la víspera del Viernes santo, y ¿quién tenía ganas de trabajar estando la Pascua tan próxima? Más hubiera valido cerrar las tiendas y ocuparse en comprar algo para comer y beber durante las vacaciones. Pero ya que la dirección no tenía justicia ni sentido común, todo el personal esperaba — sin hacer nada, o manipulando cansadamente las piezas de metal“ que una segunda naturaleza les incitara a reunirse. Las bisagras estaban hostiles, las brocas dispuestas a rasgar la piel. Unas manchas húmedas marcaban las superficies niqueladas.

De repente se dio cuenta de que Blue no estaba en el taller y que tampoco se veía a algunos de sus

compañeros, o bien aparecían de vez en cuando, asomando la cabeza por las puertas entreabiertas y desapareciendo de nuevo, pero siempre con una sonrisa de clown. Eran los Siete Afortunados, naturalmente, como uno o dos, menos afortunados que ellos, lo sabían desde el principio. Mr. Theobalds reía frotándose el vello de las axilas y esperaba la continuación de los acontecimientos. La experiencia le había vuelto flexible. En seguida a lo largo de la fila, las mujeres y las muchachas de rostro desagradable, supieron que a unos tipos les había tocado el gordo. Pues bien;mejor para ellos! ¡Pero alguna sentía envidia! Lina de ellas sacó del bolsillo un pito de cartero que se había encontrado aquella mañana en la mesilla, y se puso a silbar tan fuerte que sus venas parecían a punto de estallar en sus sienes, y sus labios palidecieron contrayéndose sobre un carmín color sangre de toro.

El taller estaba húmedo. Nadie tenía ganas de trabajar, pero algunos obstinados se empeñaban en hacerlo. Esperaban el momento en que pudieran desprender de sus brazos, de un solo golpe, la costra húmeda, en grandes guantes de piel aceitosa.

Unicamente el judío permanecía indiferente a la situación. Cuando se sentó ante la perforadora, sintió picotazos en las manos, pero estaban dispuestas a hacer un agujero, después otro, hasta que fuera la hora de salir, ya que él se encontraba allí para hacer eso. Muchos pensaban que su concentración en el trabajo era de un gusto dudoso, pero no podían por menos de echar ojeadas hacia el sucio judío, sobre todo cuando se levantó y se puso a pegar saltitos junto a la máquina porque se le habían dormido las piernas. Cuando se frotó las manos se escuchó un ruido seco de papel de celofán, sin nada en común con la piel jabonosa y reluciente de los demás. Existen personas que no pueden resistir el ver la antítesis de ellos mismos.

Pero el judío volvió a su trabajo y se esforzó por molestar lo menos posible. Sin embargo hizo un gesto con la cabeza al negro, pese a su tácita convención de no reconocerse.

Aquella vez el aborigen no le reconoció.

Este último había estado enfermo y había adelgazado hasta el punto de quedar demacrado, pero, como siempre, seguía desnudo hasta la cintura a causa de la excesiva humedad. Si nadie hacía comentarios sobre su aspecto, ni siquiera aquellos a los que disgustaba particularmente la presencia de enfermos o negros, formas extremas de la antítesis, es porque él parecía haberse convertido en una abstracción del hombre. Los ojos de los habladores sólo se fijaban inconscientemente en los perfiles de sus costados, que no tenían la menor relación con la existencia de las casas de ladrillo o de las lavadoras, de las personas normales.

A veces, no obstante, el aborigen sentía escalofríos, sobre todo cuando notaba al judío consciente de su presencia. No le gustaba aquello. No quería verse arrastrado a una situación que tal vez no tendría la fuerza de soportar, pero que un día debía aprender a expresar.

Por eso se estremecía, y sus costados parecían a veces convulsionarse, y desunirse pese a sus ligamentos.

Hacia las diez, Mr. Rosetree salió de su despacho después de haber echado una ojeada por la ventanilla a la fábrica y decidido que, al menos en teoría, convenía que hiciera acto de presencia. Sin embargo nadie le prestó atención, aunque se puso a ir y venir sobre sus piececitos, con la espalda aún más arqueada que de costumbre, dirigiendo la palabra a una o dos de aquellas mujeres que, evidentemente, pensaban en otra cosa.

Harry Rosetree se hallaba en forma aquel día, aunque sintió que el sudor corría desde su nuca por su piel. Goteaba bajo su cuello, pero Mr. Rosetree, tan jovial como era posible, repetía que era un día de suerte para la fábrica. ¡Siete obreros ganar el gordo! ¡Y además en Pascuas! Miró el reloj y sonrió mostrando el diente de oro que había al final de su boca. Durante todo aquel tiempo la radio se agitaba, sujeta como estaba a la pared, y parecía verse el momento en que se desprendería, quizás aquel mismo día cuando hubiera una estrangulación en el aire.

En aquel preciso momento, uno de los Siete afortunados asomó su cabeza por la puerta antes de regresar al café de enfrente.

—Los muchachos invitan —dijo con una sonrisa de esas que acompañan generalmente al recuerdo de algo agradable. Jamás se había visto una fiesta de Pascuas como aquélla. Estaban todos borrachos como cubas.

Mr. Rosetree se reía ante las máquinas... Pero frunció el ceño al mirar al judío Himmelfarb.

Todo el humano mecanismo del patrón estaba amenazado por acontecimientos que se preparaban en su propia fábrica, y cuya responsabilidad había de achacar a alguien. No era cosa de hacerlo con los obreros; eran sacrosantos. Entonces quedaba el mismo Rosetree, o su conciencia, Haím ben Ya'akov, o el aguijón de aquella conciencia, Himmelfarb. El latido de sus arterias, el calor, el ruido, todo contribuía a aquel malestar y molestaba su esfuerzo para discenir la causa.

—¿Por qué está aquí cuando le dije que se quedara en su casa esta Pessah? —masculló.

—Jamás he escapado a las consecuencias evitándolas —respondió Himmelfarb.

—¿Qué? —gritó Harry Rosetree.

Pero ya había demasiado ruido.

Por encima de la reiterada afirmación de la perforadora de Himmelfarb y el ronquido de las máquinas, se escuchaba un bullicio que procedía de la calle. Había tambores, trompetas y, según parecía, un flautín. Una pestilencia animal se mezcló con el olor, más inofensivo, del aceite.

Desde la oficina de personal, Miss Whibley, que se había pasado la mañana empolvándose, se interrumpió para exclamar:

—¡Oh, un circo!

Ella y Miss Mudge se precipitaron hacia la ventana como si quisieran liberarse y sumergirse antes de lo que esperaban.

Al mismo tiempo se escuchó el chirrido de los taburetes y el golpe sordo de las mesas que se desplazaban por el taller para construir andamios a fin de admirar el espectáculo por los ventanucos bastante arriba de las paredes.

Algunos de aquellos señores aprovechaban para estrecharse a las jóvenes, pero en la promiscuidad general las blusas de verano eran tan inconscientes como un montón de abrigos. Sin embargo la propietaria del pito no dejaba de pitar.

Cuando el circo volvió al cuadrado de hierba seca donde le habían visto plantar su mástil la víspera por la tarde, el rostro y las manos de numerosos espectadores se empaparon de sudor. ¡Ver el vientre blanco de las chicas entre las franjas de sus bañadores! ¡Sentir el olor de los monos! Un tipo montado sobre un jamelgo blanco con manchas marrones paracía salir de algún sueño cuando encendía una cerilla contra su flanco o levantaba a medias sus ardientes mejillas.

El más cómico de todos era un clown que, sobre la plataforma de un camión, hacía la mímica de un ahorcado. Sólo los traqueteos del camión y su propia habilidad impedían que su cuello no se deslizase por el nudo corredizo. Tropezaba y caía, cada vez sano y salvo, pero con una mímica estrangulada. Su lengua colgaba fuera de su boca, antes de reaccionar en aquellos fragmentos invisibles que le devolvían la vida.

—¡Ese idiota va a matarse! —exclamó una mujer de las de casa Rosetree—. ¡Mirad! Ya os lo he dicho. Va a pasar unas cómicas vacaciones de Pascua.

En efecto, parecía que el clown había hecho su última mueca, pues un segundo cortejo más largo, más uniforme, menos amorfo, se había unido al primero. Entre las exclamaciones y los gritos, unas flores cayeron y se vio desfilar un cortejo fúnebre, denso y negro, con unos vestidos tan poco católicos que el muerto seguramente era un hombre político local al que se daban prisa en enterrar antes de las fiestas.

Mientras el clown pendía del extremo de la cuerda, que su falsa horca balanceaba en un extremo del camión, y mientras la confusión hacía más agudo el ruido de los frenos, el timbre de las voces y la pedorrea de un caballo, una mujer se irguió al frente del convoy o, más exactamente, obstruyó la puerta. Era una mujer grande, blanca, la viuda sin duda, y extendió el dedo como si al fin hubiera reconocido en la figura del colwn la profundidad, la dureza, la verdad de un disgusto que no había podido concebir en relación con el ser exigente que ahora era su difunto marido. La mujer lanzaba grandes gritos sin lágrimas. Se hubiera dicho que era una monumental estatua de mármol a punto de desembarazar su garganta del polvo que la ensuciaba, y que se negaba a interrumpirse ahora que sabía cómo hacerlo.

Aún se ignoraba si el clown había muerto o representaba de nuevo su papel, cuando ambos cortejos confundidos dieron la vuelta a la esquina y desaparecieron. Los que deseaban ver una representación se

preguntaban si habían tenido lo que querían, ya que el clown era ciertamente un maniquí, mientras que ellos esperaban un hombre. Por otra parte, la mirada de los más reflexivos se había interiorizado un momento, allá donde la mano del misterioso clown parecía haber tirado, en su cabeza, de los cordones de una cortina.

Éstos se dieron cuenta de que el patrón se había quedado a solas con el judío en el otro extremo del taller y que la actitud de ambos hombres silenciosos no poseía nada y sin embargo todo dependía de los acontecimientos

Las manos de Harry Rosetree parecían querer apartar los velos de aire para llegar más cerca del corazón del problema.

En realidad acababa de decir:

—¡Le pido, le ordeno que se marche!

Pero la vibración de las máquinas le quitaba las palabras de la boca.

Mr. Rosetree se volvía amenazador:

—¡Tal vez es por su bien!

Pero el judío no estaba seguro y sonreía tristemente.

—En seguida... ¡Antes de que...! —gritaba el patrón sudoroso.

Las palabras articuladas pero inaudibles sonaban como cáscaras de huevos aplastadas.

El judío había respondido con su triste ironía:

—Nadie le acusará a usted.

El frotamiento de las correas era a veces tranquilizador.

«Nadie excepto yo —parecía decir Himmelfarb—, será considerado responsable de lo que quizá va a suceder. De esta forma usted está doblemente asegurado.»

Lo extraño de la situación, los esfuerzos del patrón para extraer algo del medio ambiente y ofrecerlo bajo forma de mensaje secreto a uno de sus más modestos empleados, hubiera suscitado la curiosidad si no hubiera inquietado. Los que se dieron cuenta volvieron la vista a otro lado.

Menos mal que no pasaba nada más. Era la hora del cigarrillo y las máquinas iban más despacio. Los obreros descendían del entarimado de mesas que habían ocupado para disfrutar con el espectáculo de los dos cortejos. Ahora era la hora de calmarse.

Entonces fue cuando los Siete Afortunados llegaron del café de enfrente, todos comentando el incidente del clown ahorcado. Por fin estaba allí Blue, y muchos no le habían visto todavía ni felicitado desde su suerte de por la mañana. Varios de sus compañeros, sobre todo pertenecientes al sexo débil, se precipitaron hacia él para tocarle, abrazarle, simpatizar con él, mientras que los más tímidos esperaban que dijera lo que había sucedido. Sin embargo había bebido lo suficiente para que no todos le comprendieran.

Blue estaba borracho. La cerveza le salía por las orejas.

Los felices ganadores se acercaron. Como siempre, iban vestidos con una camisa y un pantalón, salvo el jefe de la banda que llevaba las botas de goma indispensables para caminar sobre el ácido del taller de niquelado, y un pantalón corto manchado que no parecía ser de tela sino que parecía algún despojo natural, por ejemplo una vieja piel de serpiente.

Blue tenía un torso esculpido en un mármol romano que parecía un Antonino de los suburbios. La cabeza parecía haber sido deteriorada, o quizás es que el escultor había renunciado a dar una forma definida a una visión de la que sentía vergüenza. En todo caso, estropeada o incompleta, era fácil de leer. Unos ojos impenetrables, que no deberían expresar más que la belleza finita de la piedra, filtraban miradas indeciblemente sórdidas: enjuagues de cabaret, colillas húmedas, reflexiones de grises monotonías, de verdosos estupros. La boca era devoradora. Cuando conseguía dejar escapar palabras —porque a veces se hacía comprender— salían impregnadas del olor amarillo de la cerveza.

Blue se dirigía entonces, con un aire suficiente, a un apretado grupo de sus admiradores.

—¿Qué tal?

Las mujeres bebían su presencia con enorme sed. Su rudimentaria boca en seguida se cubrió de rojo.

—¡Hola, compañero! —dijo la más jovial mostrando sus muelas, y él rechazó al montón de chicas que se apelotonaban las unas contra las otras.

Era evidente que los Siete Afortunados dirigían ahora el juego. La cerveza que habían bebido les volvía gigantescos, o al menos aquella era la impresión de Haim Rosenbaum, para quien en el pasado los gestos y los rostros de la multitud habían adoptado a veces proporciones alarmantes. Recordó un telefonazo que había prometido dar desde hacía varias semanas.

—Tranquilo, Blue —exclamó Mr. Rosetree al pasar.

Como todo el mundo había olvidado al patrón, algunos se quedaron inmóviles para preguntarse lo que había querido decir...

Mr. Rosetree subió hacia su despacho, mal protegido por la certidumbre de haber hecho lo que era mejor. Si alguien había que no era razonable, se trataba de aquel sucio judío de Himmelfarb, que ahora sólo tenía que sufrir las consecuencias.

Éste acababa de coger su maletita y estaba a punto de atravesar el patio para dirigirse al lavabo en donde en otros tiempos había encontrado un santuario.

Haim ben Ya'akov le siguió con los ojos. ¿Qué milagro le había permitido pasar de la categoría de actor a la de espectador? Y además su terror, que regresó de nuevo, le dio alas; superó de un salto los últimos escalones y llegó a su despacho.

Himmelfarb caminaba bastante despacio. Aunque las circunstancias o el tiempo le hubieran envejecido, también parecía haber aumentado de estatura a la manera de aquellas figuras cuyo destino, lenta, muy lentamente se le acercaba. En todo caso aquello le parecía evidente al aborigen cuyo instinto advertía a su estómago con una certidumbre nauseabunda.

De pie sobre el cemento del taller, Alf Dubbo parecía no obstante estar acampado sobre una prominencia y observar lo que sólo él tenía, quizás, el don de ver. Ni actor ni espectador, él era el más desafortunado de los mortales, un artista. Todos los aspectos, todas las posibilidades se aclaraban ya formándose en él. Su débil vientre se revulsionaba.

Solamente con levantar el codo, Himmelfarb hubiera podido tocar al más cercano de los Siete Afortunados, pero salió y se adentró en el patio. El aborigen era el único ser en aquel momento que podía atraer la atención del judío de cabeza bamboleante.

Y luego Blue bajó la suya y se sintió completamente solo y muy triste. Hubiera querido apoyar la frente sobre algún pecho delgado del que saldría el vitriolo en breves borbotones. Al mismo tiempo intentaba recordar —lo que siempre es difícil cuando se trata de problemas morales—. Su oreja le dolía a fuerza de apoyarla sobre el teléfono de su memoria, pero finalmente escuchó muy lejos: «...enferma todos los años en Pascua, de pensar que los judíos han crucificado a Nuestro Señor». Toda aquella historia le hacía presión obstinadamente sobre un nervio, siempre el mismo. Ellos son quienes lo han hecho, Blue. Todas las injusticias que había sufrido se volvieron más amargas. Pero fueran las que fueran las que hubiera cometido, había otro más culpable que él. Más culpable que todos los demás, le habían dicho, uno que no debía escapar al castigo.

—¡Eh, Mick! —gritó Blue.

Varios Afortunados adoptaron entonces conciencia del aspecto grotesco, ético y miserable del judío. Uno de ellos que creía que se preparaba una farsa se rió aguda y brevemente, pero otro eructó con odio.

El judío se había vuelto.

—Perdón, ¿decía usted algo? —preguntó por otra parte inútilmente ya que tenía todo el aspecto de haberse enterado.

Blue, que siempre estaba obligado a romperse la cabeza para encontrar una razón a sus actos, no supo qué decir aquella vez. Sin embargo lo sabía. Las razones que sumergían sus raíces en la sangre, el vientre

o los riñones son siempre exigentes y, al mirar al judío, Blue experimentó un verdadero regocijo.

—Tendríamos que hablar los dos —acabó por decir—. Ha sucedido algo.

Tocó un botón de la camisa de Himmelfarb, pero fue un gesto breve, casi un roce.

Pues Blue el vengador también era Blue el compañero de fábrica, y sabía que todas las crueldades son posibles a condición de que la mayoría no viera allí más que buenas bromas. Casi todas las tragedias pueden ser disfrazadas de farsas. Blue sentía aquello, quizás al rozar el botón de la camisa, o bien recordaba a aquel pastor puritano cuyos sermones nadie tomaba en serio entre el zumbido de las moscas.

—Hay que arreglar un asunto —dijo Blue.

Ya dos de su banda se arremangaban para ir a ayudar a su jefe, hiciera éste lo que hiciera.

—Es el pastor quien me lo ha dicho —continuó Blue—. Yo creo...

Frunció el ceño y vaciló.

—A menos que haya sido mi tía —exclamó más alegre.

Aquello reanimó una llama que quizá se habría extinguido por sí misma, y que de nuevo se puso a arder, verdosa y ácida.

Entonces Blue se echó a reír. Sólo se veían sus encías y los músculos de su garganta.

—¡Ah, banda de cerdos! ¡Malditos bastardos!

Un largo y dócil jirón se desprendió de la camisa del judío.

Dubbo miró sus manos. No tenía arma alguna, y sin arma sentía miedo. Por otra parte, oficialmente no era un hombre, sino un negro. De todas sus limitaciones aquella era la que hubiera podido arrancarle más lágrimas.

Blue tenía el faldón de su camisa, pero aún no sabía qué hacer.

Entonces los Siete se trastornaron, movidos por la común intención de obrar contra el judío culpable. Sin embargo, al principio no parecían animarse ni unos ni otros. Como una manada de elefantes vacilaban, se balanceaban. No obstante, ya no bromeaban y si uno de ellos tenía una mueca de hilaridad es porque le picaba la garganta o la nariz. Había pasado el tiempo de las bromas.

—¡Jesús!

Pese a algunas risas, la palabra brotó. Dubbo fue rebasado. Unos rugidos que expresaban el miedo y el horror a la vez individuales y colectivos se elevaron en el patio en donde seguía el jaleo en un rincón, si a aquello se podía llamar un jaleo, ya que el judío no se resistía. Por un lado se veía el asalto de los Justos que a veces recibían los golpes de los suyos, por otro al judío que sólo vacilaba cuando era empujado. La expresión de su rostro era casi de satisfacción.

Mientras Dubbo observaba, consciente pero pasivo, agitado y arrastrado de derecha a izquierda, la horda reventó en el patio sobre los residuos del taller de niquelación. Algunos cantaban jocosos. Entre los que se resistían o protestaban, ninguno deseaba todavía renunciar a aquel cómico espectáculo, pero en silencio se maldecían por su falta de decisión.

—¡Vete a casa! ¡Vete a casa! —repetían las muchachas riendo.

—¡Vete a casa! ¡A Alemania! —entonaban las viejas.

El coro de hombres intervino en medio de los aplausos y los golpes con los pies.

—¡Vete a casa! ¡Vete a casa! ¡Al infierno!

Las voces resonaban como si fueran de cobre porque el maniquí que ocultaban en su vida había sido por fin reemplazado por un hombre de carne y hueso.

En el patio, Dubbo miró el viejo Jacaranda que había podado antes de su florecimiento, quizás incluso sólo para impedirle florecer. Pero aunque en aquel momento estuviera deformado y anguloso, el pintor veía de nuevo el árbol divino en su intensidad azulada, cubierto de chales azules, erguido en medio de charcos azules. Contra aquel árbol entonces insignificante, cuyas ramas mutiladas estaban cubiertas de

placas de liquen de un color mortal, de un gris de piedra, de las que salían unas puntas por acá y allá del tronco, lo mismo que un fragmento de metal enrollado allí a martillazos por una misteriosa razón, es sobre el que la multitud decidió empujar a la víctima, aquella vez con violencia. El judío cayó y fue pisoteado durante algunos instantes. Con riesgo de maltratarle, algunos no pudieron impedir verificar el aroma del hongo que tenían ganas de recoger, y un hombre, mejor que los demás, se dio en seguida cuenta de la espantosa fragilidad del cuerpo humano, mientras golpeaba a patadas los costados de la víctima postrada.

Entonces Blue se inclinó y con un gesto brusco, puso de pie al judío. La horda comprobó con una mezcla de disgusto y de satisfacción que la sangre brotaba ahora de su ojo izquierdo.

Más hermoso que nunca, Blue brillaba de sudor. Varias de las muchachas y de las mujeres casadas entregaban con gusto sus almas a las llamas del infierno por el placer de abandonarse a aquella imagen. Entre los hombres, algunos hubieran querido tener un martillo o clavar un cuchillo. En el cuerpo del judío, claro está.

Pero aquél no habría protestado, que es lo que exasperaba a la multitud. Ni siquiera su boca estaba crispada por la voluntad de soportar el sufrimiento, sino que se conservaba ligeramente abierta como para saborear nuevas amarguras.

Entonces fue empujado hasta el tronco del árbol, como por un ariete. Se escuchó el ruido de su cabeza.

—¡Despacio! —exclamó Blue.

No es exactamente que protestara, pero no podía permitirse olvidar que entre compañeros de trabajo la crueldad debía guardar la apariencia de broma.

Sin duda pensaba en eso cuando se alejó corriendo y entró en el taller del que trajo una cuerda.

Los demás no estaban seguros de estar de acuerdo. Algunos tenían ganas de tragedia, de hacer correr chorros de sangre bien roja, pero la mayoría se había enfriado ante la perspectiva de meterse en una acción aún más degradante que la anterior. Los extremos no eran para ellos.

Blue se daba prisa. Anudaba la cuerda, la fijaba, ataba sus puntas.

Dubbo vio que comenzaban a izar al judío a fin de liarle al árbol. Una vez por encima del nivel de la muchedumbre, se había herido por las puntas o la hojalata, y sangraba abundantemente. Al menos una de sus manos estaba agujereada. Bajo los jirones de su camisa se veían heridas sobre sus delgados costados.

La multitud gritaba y se incitaba.

Una mujer, que comenzaba a arrepentirse, se reconfortó pensando:

«Son los judíos los que nos quitan los alojamientos. Son los judíos. ¡Bravo, Blue! ¡Dale! ¡Cuando acabes te daré un beso!»

Y los bucles azul lavanda se agitaban sobre su vieja cabeza. Ahora Dubbo sabía que nunca obraría, que sólo sabía soñar y sufrir y expresar un poco de aquel sufrimiento con ayuda de sus pinceles, pero que finalmente era impotente. En su inocencia acusaba a su piel negra.

Se escuchaba un carillón en alguna parte.

En aquel momento Miss Haré, que descendía por las escaleras de Xanadu, vio que el mármol se estremecía, y que la figura se alargaba poco a poco. Esperaba el derrumbamiento, pero éste no se produjo. Una vez abajo, salió y se dirigió en medio de los tristes árboles. Su piel analizaba el aire. Con las manos hacia delante iba con cuidado, golpeada por las ramas. Dio una gran vuelta a lo largo de aquella mañana de desgracia de la que ella misma era una parcela atormentada. Arrastrando los pies entre las hojas muertas, siguió casi hasta el final las espirales cada vez más estrechas de su angustia.

En aquel momento Mrs. Godbold fue a buscar las sábanas que había lavado aquella mañana temprano. Estaban secas, con un buen olor a limpias. Se puso a plancharlas y pronto estuvieron listas. Trabajaba bien y deprisa, incluso cuando pensaba en cosas tristes, por ejemplo en las mujeres que habían recibido el cuerpo del Señor al pie de la cruz. En aquella época del año, Mrs. Godbold revivía todo lo que

había pasado, con el más amargo de los cálices, hasta la feliz certidumbre.

Ahora estaba herida más profundamente que de costumbre, pero lo aceptaba como siempre hacía.

Amortajaba el cuerpo en sus sábanas con el gran amor del que sólo ella era capaz.

Mrs. Flack, que acababa de llenar sus dos tazas de té, consideró la superficie de la suya.

—La verdad siempre acaba por saberse.

—Eso depende —se atrevió a decir Mrs. Jolley.

—¿Depende de qué? — repuso Mrs. Flack con una brusca inspiración.

—De lo que se llame verdad.

—La verdad es conocida instintivamente por la gente honrada — respondió solemnemente Mrs. Flack —. ¿No cree usted?

Mrs. Jolley no se atrevió a decir lo contrario.

Ahora de vez en cuando Mrs. Jolley tenía miedo, sobre todo cuando miraba las hojas del monstera deliciosa y los agujeros de su negra superficie. Cuando las veía superar de repente el reborde de la ventana, se sentía trastornada. Pero Mrs. Flack se hubiera quedado desolada si las hubieran cortado.

Habían izado al judío todo lo alto que era posible sobre el árbol mutilado. Habían inmovilizado los nudos corredizos y sujetado las cuerdas. Uno de los amigos de Blue había conseguido sujetar sus tobillos, aunque no fue fácil. A nadie se le había ocurrido la idea de que estaba crucificado, pues desde el principio aquello no era más que una broma, y si había brotado sangre ahora estaba seca. Los arañazos y cardenales de sus manos, de las sienes y de los costados probaban que eran demasiado insignificantes para atraer a las moscás. Si para algunos espectadores las heridas continuaban abiertas, aquello era debido sin duda, a algún malestar de su propia conciencia que desde la infancia esperaba para manifestarse. Para éstos, bastante poco numerosos, las gotas de sangre se estremecían y vivían. Hubieran deseado fervientemente poder limpiarlas con su pañuelo, sin ser vistos. Otros, que no podían evitar reírse de lo ridículo del espectáculo, volvían la cabeza a fin de disimular lo que quizás era una blasfemia.

Blue se desternillaba de risa y la saliva que llenaba su boca se derramaba. Con los ojos hacia arriba, alargaba su cuello por encima de su torso convulsionado, parecido a una estatua de época decadente.

Desde las profundidades llamaba:

—¿Vale ahí arriba? ¿Tienes bastante? ¡Os juro que al cerdo le gusta esto!

El judío parecía muy lejos de todos ellos, mientras que el mismo verdugo parecía pedir un descanso a los tormentos que siempre había soportado y que, según recordaba vagamente, a veces podían ser aplacados. Por eso al pie del árbol, el cuerpo de mármol se retorcía con la ductilidad de una figura de cera.

El judío colgaba contra el tronco del árbol. Si no hubiera sido tan despreciable, hubiera podido incitar a la piedad. Sus muñecas izadas hacia arriba corrían el riesgo de desgarrarse por el peso de su cuerpo. Los brazos se estiraban para mantener un difícil contacto entre el cielo y la tierra. Bajo la camisa hecha jirones se veía a la piel tersarse en los costados hasta el punto de volverse transparente. La cabeza caía aún más pesadamente que de costumbre. Los que contemplaban la presente escena como los que evocaban otra, le creían muerto, pero los ojos eran más visionarios que fijos. La pensativa boca se entretenía en una palabra que le dictaba el espíritu.

Como estaba tan solo en medio de la multitud como el hombre crucificado, el aborigen, una vez más, veía más cosas que los demás. Todo lo que había sufrido en su vida, todo lo que no había sabido comprender subía a la superficie. Su instinto y las enseñanzas del hombre blanco no se destruían ya entre sí. Gracias a lo que tenía ante sus ojos, el color se puso a circular en las venas del cristo helado de su infancia. Al fin, los clavos penetraban en el lugar que tenían reservado. También él cogió en sus manos amarillas el cáliz que sostenía Mr. Calderón, y con gusto se lo habría mostrado a los celebrantes que ahora reconocía en la multitud. Por fin comprendía el misterio de la sangre, que a veces sobre la almohada era la mancha de su enfermedad, a veces el rojo claro de la redención. Estaba cegado, se

ahogaba, físicamente estaba debilitado desde que sabía que el conocimiento jamás podría cortar las cuerdas que unían al Salvador y al árbol. No es que nadie lo pidiera. Nadie pedía nada; y de esta forma comenzó a comprender la aceptación, que al fin se sentía capaz de pintar con su manto de púrpura sobre el árbol azul y los labios verdes del sufrimiento contemplativo y desprendido.

Y todas las formas del amor fueron a turbarle. Volvió a ver al hombre viejo, al pastor que, en la cama de Numburra, intentaba recobrar en el cuerpo del niño la imagen perdida de su juventud; baile de bolsas de patatas. Norman Fussell, en un huevo de carne estéril, pero no imperfecta; y numerosos rostros anónimos ofrecidos sin esperar nada y sin nada rechazar. Volvió a ver la más dulce de sus experiencias amorosas, la caricia sobre sus hombros desnudos de la lechosa luz del amanecer, en su pureza primera. También vio la pintura que brotaba del tubo y que se extendía sobre el lienzo aún virgen en una pasta tan tenue como la bruma, o que a veces modelaba con el extremo de los dedos como baluartes de piedra. Su contribución personal al amor era quizá la menos explicable, aunque fuera la más amplia, y para él la más evidente.

El judío se movió sobre el espantoso tronco de árbol al que le habían atado.

La multitud se adelantó para ver y para oír el movimiento, sin casi fijarse en el mestizo que no contaba para ninguno de los que allí estaban.

El judío había levantado la cabeza bajo sus párpados insoportablemente pesados.

Desde el principio Himmelfarb supo que tenía bastante fuerza, pero rezaba en la espera de una señal. La había esperado en medio de las maldiciones y de las risas, mientras le ataban los pies y le izaban al árbol, en el dolor de sus miembros retorcidos. Y quizás ahora le iba a ser concedida. Por eso irguió la cabeza y fue consciente de una calma y una claridad que eran las del agua pura y en el centro de la cual se reflejaba su Dios.

La gente miraba al hombre que habían colgado del árbol. Éste callaba, y aquello era anormal, contrario a todo lo que esperaban. La tensión subió. Si hubieran sabido cómo tomarlo, habrían bebido, a modo de palabras, el silencio que caía de sus labios.

Entonces una muchacha de boca pequeña y cabellos lisos se precipitó hacia la espalda de los espectadores e intentó abrirse paso entre aquella masa resistente. Necesitaba pasar; la furia la impulsaba. El hilo escarlata de sus labios estaba terso sobre una resolución inquebrantable. Cuando llegó al pie del árbol, con un gesto torpe de muchacha lanzó la naranja que había llevado hacia la boca del judío. No le golpeó allí, claro está, pero sí en el pecho.

Una risa —¿o era un suspiro?— se elevó de la multitud.

Después un joven, uno de los Siete, llamado Rowley Britt, se acercó. Pensaba en su madre muerta de un cáncer de intestino e intentó escupir en la boca del sucio judío crucificado el agua con que había llenado la suya. Falló, y ésta resbaló por la barbilla de Himmelfarb.

El joven se quedó llorando al pie del árbol, balanceándose un poco, pues aún estaba borracho.

Pero poco a poco numerosos espectadores recordaban que eran honrados ciudadanos y que tenían chicos en la escuela, y comenzaron a dispersarse. Sin embargo nadie sabe lo que aquello hubiese podido durar y cómo habría acabado si no hubieran intervenido las autoridades.

Las oficinas estaban colocadas de tal forma que sus tres ocupantes veían perfectamente lo que sucedía a través de su ventanilla de cristal y de la puerta que conducía a los talleres, y pese a su decisión de ignorar todo aquel molesto incidente, acabaron de una manera positiva o negativa por encontrarse mezclados en él.

Mr. Rosetree tenía la intención de telefonear a un cliente respecto a un envío de cajas de instrumentos de geometría. Sudaba sobre su silla y, alternativamente, se contraía y dilataba como una pera de goma, mientras que Miss Whibley acababa de maniobrar en su cuadro de distribución.

—¡Por amor de Dios, Miss Whibley! —exclamaba Mr. Rosetree—. ¿Me pone con ese tipo?

—¡Oh, es culpa del cuadro! —se quejó Miss Whibley.

Nunca se permitía Miss Whibley hablar de esa manera.

—¡Es el cuadro! ¡El cuadro! — repetía ella como si tuviera un turrón en la boca.

Pero Miss Mugde, que se había arriesgado a echar una ojeada por la ventana, se puso a exclamar a grito pelado:

—¡Oh, miren! ¡Es ese señor Himmelson! ¡Es espantoso!

Mr. Rosetree y Miss Whibley siempre habían pensado que aquella buena Miss Mugde estaba un poco... Pero no era el momento de liarse en aquel tipo de consideraciones.

—Es el cuadro, el cuadro de distribución —repetía Miss Whibley sin dejar de maniobrar, lo que efectivamente no conseguía ningún resultado.

Mr. Rosetree se congestionaba. Miss Mugde, con la nariz pegada al cristal, repetía:

—¿Qué es lo que le están haciendo al señor Himmelson?

Era tan inexistente que todo lo que decía se volvía exasperante.

—Le cuelgan de una cuerda. De aquel árbol. Del jacaranda. ¡Oh, no es posible! ¡Sí! Mr. Rosetree, ¡están a punto de crucificar al señor Himmelson!

Quizás aquella era la primera vez que Miss Mugde conocía el contacto del cuchillo, y el dolor era tan intenso que se sentía horrorizada. Todo lo que había conocido hasta entonces, su hermana enferma, sus problemas en la pensión, las goteras del techo, todo aquello ya no existía, y con la garganta metida en un puño, se estremecía.

Mr. Rosetree no se movía de su silla.

Miss Whibley había dejado su cuadro de distribución.

—No miraré —decía—. Nadie me obligará a hacerlo.

Cogió su pañuelo, sabiendo que estaba roja como un tomate.

—¡Nadie! Me despediré después de las vacaciones, Mr. Rosetree.

Mr. Rosetree no había mirado, pero lo sabía. No tenía nada que aprender sobre los actos de los hombres, ya que todo lo había conocido antes de ser prevenido de protegerse contra ellos.

—¡Le escupen agua! —consiguió articular Miss Mugde.

Si hubiera sido orina no se hubiera escandalizado más.

—¡A ese hombre! ¡A ese buen hombre! —protestó.

Mr. Rosetree no sabía exactamente qué cualidad era la que Miss Mugde describía de aquella forma, pero se sintió obligado a mirar.

Miss Mugde temblaba espantosamente, ya que acababa de descubrir que ella podría —por muy inocente que fuera— ser responsable de un hombre, ¡de todos los hombres! Aquella responsabilidad la desgarraba. Su carne hasta entonces inmaculada, blanca y harinosa, con marcas de vacuna, era impotente para asumirla.

Mr. Rosetree se había adelantado de puntillas hasta la puerta e, inmóvil, consideraba la escena.

—Me niego a mirar —declaró Miss Whibley, que tuvo la mala idea de soplar sobre el espejo de su polvera y levantó un gran polvo.

—¡Haga algo, se lo ruego, Mr. Rosetree! —gritaba Miss Mugde a su jefe que sólo estaba a un metro de ella—. Van a matarle... ¡De prisa!

Pero Mr. Rosetree, con la mirada fija, parecía a punto de caerse hacia adelante.

—Todos están alrededor del señor Himmelson. ¡Dicen que es judío!

Mr. Rosetree iba a echarse a reír, pero se reprimió y se puso a gritar:

—¡Maldita sea, Mr. Theobalds! ¡Ernie! ¿Qué está esperando? ¿Le toca a usted o a mí mantener el orden en el establecimiento? Quiero que todo esté en calma. E inmediatamente.

Ernie Theobalds, que no era un mal tipo, y que quizás era un gran tipo, y que estaba a punto de

rascarse bajo su camiseta mientras observaba los acontecimientos, se turbó.

—¡Ya va, Harry! —exclamó—. ¡No hay que ponerse así!

Mostró sus sólidos dientes en una risa perezosa sin insolencia, atravesó el patio y se creyó en el deber de dar puntapiés a dos jóvenes que estaban en el extremo de la muchedumbre. Los demás se dieron la vuelta en seguida, y la masa abrió paso al encargado, mientras que las personas lúcidas esperaban que él supiera tomar sus responsabilidades.

—¿Qué es lo que pasa aquí? —preguntó Ernie Theobalds con un aire jovial.

¡Como si no supiera nada! ¡Como si nadie supiera nada! Todo el mundo callaba.

Mr. Theobalds se acercó al árbol y al hombre ensangrentado y estirado, y comenzó a deshacer un nudo por aquí, otro por allá, ayudado por dos de los Afortunados que volvían a ser los de siempre. Perce Thompson, que hacía lo imposible para ayudarle, sacó su navajita y cortó la cuerda, y el cuerpo cayó tan deprisa que sin duda se habría roto todos los huesos si Mr. Theobalds no le hubiese cogido al vuelo.

—¡Ya está! —dijo sosteniéndole con su brazo sólido pero dulce, cubierto de vello leonado y pecas.

Himmelfarb resucitó en seguida, gracias a la bondad de espíritu y a la consideración de aquellos que ni por un momento habían dejado de ser sus compañeros. Debía recordarlo, para apartar la duda y desear una solución que él no estaba destinado a aportar.

—¡Despacio! —dijo el encargado con una sonrisa.

Himmelfarb intentó imitarle, pero sintió entrechocar sus mandíbulas dolorosas. Sin embargo consiguió articular:

—Gracias, Mr. Theobalds.

—Amigo, ¿comprenderás alguna vez que yo soy Ernie para todos, y lo mismo para ti? No hay un hombre que valga más que sus compañeros, es algo que se sabe en Australia desde hace mucho... Quizá piensas que se habla mucho, pero sabes perfectamente que uno está orgulloso de haberlo encontrado completamente solo. Procura no olvidarlo — aconsejó Ernie Theobalds, colocando la palma de la mano sobre el hombro de su compañero de trabajo.

—Sí —dijo Himmelfarb inclinando la cabeza.

Pero al nivel de la realidad al que le habían conducido, no se sentía a gusto.

Liberadas de la hostilidad que les hacía vibrar y agitarse, las máquinas parecían girar más deprisa en su baño de aceite, y las silenciosas matrices parecían cortar fieltro y no metal.

Ernie Teobalds seguía hablando:

—Hay que recordar que aquí existe el sentido del humor, y que a los muchachos les gusta hacer locuras. No pueden estarse sin bromear. Aunque estén borrachos la cosa les pica por dentro. ¿Comprendes? Una broma hay que tomarla a risa.

Todo el mundo creía en lo que decía el encargado. Si Blue había regresado al taller sosteniéndose con lo que le servía de cabeza, es porque se sentía tan ridículo como era posible. Era la cerveza. La cerveza. Era la fuente de chispas azules y rojas. Era la sangre que no había tocado sus labios, ni en las secas lejanías de su memoria, ni hoy... pero que seguramente le habría asqueado. Presa entre el deseo y el malestar, sacudido por el hipo, se retiró a un rincón y vomitó.

Cuando Ernie Theobalds acabó su benévolo y razonable discurso, le cogió el otro del codo.

—Harías mejor en volver ahora a tu casa. Le diré al jefe que no te encuentras bien.

Himmelfarb reconoció que no se sentía bien, pero su cuerpo no era más que un destello de gratitud hacia el que había aclarado la situación en que ahora se encontraba tan sencilla y naturalmente colocado.

Además, recobró sus cosas.

En efecto, Alf Dubbo le había llevado el chal y las filacterias que en pleno jaleo se habían caído de la maleta y habían sido un poco pisoteados. El cilindro de cuero y una de las filacterias estaban aplastados, y en los flecos del chal había sangre.

El negro se los ofreció, pero no dijo nada. Ahora ya no hablaría más. Su boca no le dejaría pasar ya lo que sabía se encontraba en sí.

"¡Mire! —exclamó el encargado por encima del ruido de las máquinas—. ¡Coja sus cachivaches!

Hizo una mueca ante aquellos objetos sospechosos que nunca se habría atrevido a tocar. Sólo cuando éstos estuvieron metidos dentro de la maleta, Ernie Theobalds recogió la única manecilla que quedaba al ver que el judío no la había visto.

Las máquinas runruneaban.

El joven negro hubiera querido hacer algo, pero nadie le dijo el qué, y vio alejarse al judío con sus movimientos suaves e inciertos de una cáscara de huevo flotando sobre una corriente de agua.

Alf Dubbo hubiera querido correr tras él para decirle que había visto y comprendido, pero fue incapaz. Aquello sólo podía salir de sus dedos, nunca de su boca.

Muy discretamente Himmelfarb abandonó la fábrica, en donde no le había sido dado el expiar los pecados del mundo.

Nadie le miraba, pero todos le vieron.

XIV

Cuando Mrs. Flack regresó al jardín, su amiga Mrs. Jolley seguía mirando los resplandores del incendio. Era la hora en que la luz ácida y verde que el verano destila de las hojas se come el cobre del sol.

Mrs. Jolley, con los brazos sobre su delantal, tenía el aspecto de una mujer encinta. Pero Mrs. Flack jamás se había impresionado por la gordura de los demás.

—¡Cómo me gusta el fuego! —dijo Mrs. Jolley con un rostro de muchachita al que aquella extraña luz había borrado las arrugas—. Bueno, quiero decir el fuego útil, que sirve para algo. Claro que lo siento por los pobres de la casa quemada, pero es cierto que me gusta mucho el fuego.

—El fuego siempre es útil para aquellos a quienes les gusta —declaró Mrs. Flack.

—¿Eh?

Mrs. Flack no respondió, lo que dejó indiferente a Mrs. Jolley ya que aquello no la impedía en absoluto admirar el fuego; por otra parte ella sabía perfectamente que ninguna respuesta calmaría su permanente malestar, la única de sus enfermedades que era verdaderamente crónica.

La verdosa luz de la tarde parecía una copa fresca, en donde a veces resplandecía el licor anaranjado en un montón de burbujas rubias. El fuego estaba lo suficientemente cerca, y agradablemente lejos, para aquellos que les gusta contemplarlo.

—Existen personas —murmuró Mrs. Flack y no precisamente refiriéndose a su amiga— existen personas que harían mejor en tener un sabor anticipado de lo que esperan. Pero ni siquiera en ese momento se está seguro de lo que arde,

En ese momento miró a sus espaldas:

—¡Claro que no es así si han nacido en el fuego!

A Mrs. Jolley le hubiera gustado bajar de aquellas alturas proféticas, pero no se atrevió y continuó mirando el incendio con tal intensidad que su cabeza comenzó a agitarse dulcemente. Mrs. Flack se dio cuenta de ello. A menudo sentía ganas de empujar a su amiga para estropear aquel mecanismo.

—Daría cualquier cosa por saber dónde es —dijo Mrs. Jolley inocentemente.

Mrs. Flack se aclaró la garganta y respondió secamente:

—¡Ya se lo he dicho! ¡No tengo la costumbre de andar con tapujos!

Mrs. Jolley no respondió.

Mrs. Flack inspiró profundamente para afirmar mejor su respuesta:

—Es en casa de ese tipo, el judío de la avenida Montebello.

—¡No! —exclamó Mrs. Jolley con una exuberancia juvenil.

Sostenía el extremo de su delantal entre el pulgar y el índice, con el dedo pequeño levantado.

—Se tratará sin duda del seguro —murmuró Mrs. Jolley.

Tenía ganas de bailar, y estrujaba el extremo del delantal como una chiquilla.

—Lo dudo —dijo Mrs. Flack—. O mejor, sé que el seguro no tiene nada que ver con esto.

Lanzó una ojeada a su alrededor y vio que la oscuridad se esparcía entre algunos arbustos.

—Voy a decirle algo — añadió—. Pero que quede entre nosotras, ¿eh?

—¡Claro está! —dijo Mrs. Jolley.

Mrs. Flack recogió una hoja que un pájaro había arrancado.

—Se trata de una banda de jóvenes a quienes la presencia de alguien les ha molestado, o al menos eso es lo que se dice. Parece que han ido a advertirle. Para asustar al judío han lanzado por sus ventanas bolas de papel empapadas en una substancia; y luego como es de madera, el fuego ha prendido.

Mrs. Flack hizo chascar la lengua contra los dientes para sacrificarse a las conveniencias.

En los últimos resplandores, Mrs. Joltey brillaba tanto como el mismo fuego.

—Es terrible.

—Cierto, es terrible — opinó Mrs. Flack—. Pero no nos toca a nosotras decidir quién es más culpable.

Mrs. Jolley encontró extraña aquella incertidumbre.

Desde Xanadu, Miss Haré vio el resplandor del fuego. Éste era demasiado triunfal para que se pudiera ignorarlo y estallaba como un surtidor por encima de los arbustos importados de Europa y de los árboles indígenas, menos frondosos. En otras circunstancias su color hubiera evocado el cutis bermejo de algún sólido campesino, pero el fuego no deja a nadie indiferente; todo el mundo lo observa, lo escucha, lo husmea, desde el fondo de su guarida entre el follaje. El fuego es la última advertencia, y Miss Haré, que tenía con el aire y la tierra el mismo contacto que los animales, y reaccionaba como ellos, estaba advertida del incendio antes de verlo, lo mismo que cuando dentro de su casa sabía cuando se acercaba la bruma, pues la sentía en sus rodillas, o bien gracias a la colaboración de los elementos, o a una contracción de su confianza en sí misma, percibía la proximidad de extraños.

Aquella tarde había sabido que había fuego. Estaba buscando algo en un cajón en la penumbra de su casa — había olvidado el qué— entre viejas cartas, cordeles amarillos, clavos torcidos, y pipas de sandía, cuando de repente había levantado la cabeza. Al principio lentamente había recorrido las habitaciones y pasillos de Xanadu, lo mismo que el camino de su propio pensamiento, y luego cada vez más de prisa a medida que ráfagas de terror y de odio se abatían sobre ella entre las cortinas hechas jirones. Por fin echó a correr y, cuando salió a la terraza, sintió sobre su piel los picotazos anunciadores de todos los peligros del fuego, mientras que el vello se erizaba en sus mejillas en espera de las llamas.

Y allá, por encima de los árboles familiares, subían las lenguas de cobre que batían, que vibraban tal como ella lo había previsto. Pero a aquella distancia la humareda le nubló la mente.

Miss Haré se puso a correr de aquí a allá gimiendo. Su indecisión aplacaba la atmósfera. El fuego seguía, cantando en la tarde que moría, desafiando a sus alrededores u olvidando que quizá habría que participar en un último y doloroso rito.

En ese momento un huesecito crujió bajo su pie. Se trataba de un fémur de conejo que desde hacía tiempo se blanqueaba en la terraza al sol y bajo la lluvia, y aquella blancura turbaba la memoria de la misma forma que el fuego color naranja se imponía actualmente como un fuego rojo.

En la búsqueda de una razón de su debilidad, Miss Haré pisó el hueso; se inclinó para recoger el objeto puntiagudo y blanco que podía despertar sus recuerdos.

Entonces lo recordó: volvió a verlo, de pie al final de la escalera y ella le hacía entrar llevando en su mano como un objeto curioso que había encontrado por casualidad, un hueso, una hoja, cuya forma e historia había que aprender.

Ahora estaba segura que se trataba del judío. El incendio había sido encendido para el judío. Y en seguida el aire se puso a palpitar con todos los peligros pasados y presentes. Ante el absurdo del fuego, los pájaros se habían callado. No se escuchaba nada más, salvo una campana solitaria que llamaba a los creyentes hacia los pilares de piedras góticas.

Miss Haré no perdió un instante. No perdió tiempo en ponerse su sombrero, ya que siempre llevaba la cabeza cubierta, y se encaminó por el sendero más directo que sólo ella y los animales habían trazado entre las altas hierbas. Siempre sabía por dónde podría meterse fácilmente, o dónde había que trepar. Todo a su alrededor, su reino, estremecía su simpatía. A su paso no recibía el menor rasguño, sino una confirmación de numerosas presencias. Las hojas que a los intrusos les hubieran sacudido, a ella la acariciaban. El agua de un arroyo consolaba sus tobillos. Su universo hubiera podido escucharse, elevarse como un aliento, dejando tras de sí la prisión completamente fortuita de su pecho, si la angustia, por último, no se hubiera apoderado de ella. Por eso regresó su espíritu, herido e inquieto, a su cuerpo torpe.

En cierto momento, Miss Haré puso el pie a la entrada de una madriguera y cayó. Quedó horrorizada por un aliento azul, pero aquello pasó y pudo continuar su camino. A veces gemía, no por su actual situación, sino porque intentaba recordar el nombre de una vieja criada —¿era Meg?— cuya fuerza hubiera querido tener. Aquella vieja Meg —¿o Peg?— sí, jPeg, Peg! —parecía ver muy claramente la verdad detrás de sus gafas con montura metálica. Claro que la verdad podía adoptar múltiples formas; Miss Haré no lo dudaba. Existía quizás en aquella ausencia de formas que ella misma conocía mejor: en el viento y la lluvia, en la caída de una hoja, el remolino del cielo blanco. Pero la verdad de Peg tenía la perfección de una estatua. Miss Haré hubiera querido tocar la falda de la criada como hacía de niña, para sentirse reconfortada. Hubiera querido coger la mano del judío y encerrarla en su pecho marchito, con todos los demás recuerdos que sólo el amor podía conservar, como la vieja Peg hubiera metido en conserva las ciruelas. En aquel momento Miss Haré hubo de caer de nuevo pensando en su ignorancia de las cosas del amor, experiencias y desintegración, que le parecía el único estado permanente, quizás el único deseable. Por último, si no siempre, la verdad era un silencio, una luz. Continuó su camino mal que bien, trotando cuando no encontraba obstáculos, pasando su lengua sobre sus labios gelatinosos, pero por costumbre más que en la esperanza de darles una forma, precipitándose en franquear la inmensidad que la separaba del fuego.

Cuando aquella singular criatura emergió por fin de la maleza, descubrió el brasero de la avenida Montebello. Como había adivinado se trataba de la casa oscura en la que vivía su amigo. La conocía, aunque nunca había entrado en ella.

Sin embargo ahora era necesario. Estaba claro. A fin de mejor honrarle, de mejor amarle, había dotado al judío de una pureza que sólo podía hacerlo vulnerable ante los artificios del mal. Ya lo veía, acostado sobre su almohada de fuego, el rostro sin vida, indiferente a su bóveda de estalactitas de oro.

Se había congregado un grupo para ver el incendio, arrastrando inútiles cubos a falta de una manguera. Repetían que los bomberos habían desaparecido, o bien que se habían marchado de vacaciones; sin embargo algunos papanatas continuaban acechando su eventual llegada y de vez en cuando echaban una ojeada por encima de su hombro sin dejar de deleitarse con el espectáculo.

—Y si hubiera alguien en el interior —dijo Miss Haré agitada.

No era seguro, pero muchos hubieran querido saberlo.

Miss Haré únicamente era amor en estado virgen.

Se acercó a la casa abrasada, con las manos tendidas para capturar las peligrosas arañas. Nunca había tenido miedo de los insectos, y rara vez del fuego, ya que después de todo, los seres elementales deben pactar con los elementos.

Y los que miraban vieron a aquel ser que hasta entonces habían considerado humano elegir una conducta inhumana.

—¡Miss Haré! —gritaron—. ¿Está usted loca?

Parecía que siempre la habían considerado en posesión de la más absoluta normalidad.

Y de repente quedaron confundidos por un espantoso terror cuando la mujer del gran sombrero de mimbre penetró en la casa en llamas, cuya armadura parecía ahora un pequeño templo de fuego, y cuya parte frontal se adornaba con un exquisito friso dionisíaco. Al mismo tiempo bailaban todas las columnas de oro. Pero en el interior Miss Haré, que vivía una tragedia, no se dio cuenta de nada.

El fuego se dirigió hacia ella para rechazarla, pero en seguida cambió para atraparla, toda titubeante, hacia el interior. Quizá la angustia hubiera sido más intensa si el torrente de su pasión no hubiera chorreado a lo largo de sus mejillas y de sus manos extendidas, y si las lágrimas no hubieran brotado de sus ojos, más ardientes que el fuego.

Permanecía inmóvil en aquel interminable instante. Para un ser dotado como ella de una particular clarividencia, parecía haber llegado la hora de la revelación, y en efecto, una cortina de llamas pareció apartarse para permitirla ver. Veía casi el cuerpo de su amigo, de aquel hombre viejo, de aquel profeta presa de las llamas, cuyos costados ardían como el armazón de una casa. Pero era imposible, gemía ella, acercarse a él como hubiera querido. ¿Tal vez no había llegado la hora? Sentía que su piel se arrugaba; bajo la amenaza de las llamas, sus delgados brazos se retorcían. Su torso enrojecido se ofrecía a los dientes de la llama que giraba en un torbellino tornasolado.

Y después, felizmente, recobró el conocimiento. Ella se puso a gritar. Siempre la había aterrorizado el olor de la piel o las plumas a punto de quemarse.

Ninguno de los que la vieron debía jamás olvidar el aspecto de Miss Haré cuando salió de la casa en llamas. Estaba completamente negra y espantosa. Su sombrero de mimbre parecía un fuego artificial; sobre la espalda de su vestido parecían salir unas alas de fuego; los talones de sus medias de lana llevaban espolones abrasados. Más terrible que todo lo demás, su garganta hinchada daba la impresión de no poder gritar su terror o mejor, sin duda sus órdenes y sus acusaciones. Avanzó un paso y los que con gusto hubieran ido a su encuentro se detuvieron. Y luego uno o dos hombres razonables se encargaron de correr hacia ella y golpear con su abrigo aquel ángel de la venganza para apagar, exteriormente al menos, el fuego que la consumía.

Durante todo el tiempo aquella fervorosa de la verdad hacía todos los esfuerzos posibles para expresar su pensamiento, y por fin consiguió articular:

“¡Vosotros le habéis matado!

—¿A quién? —preguntaron—. No existe razón alguna para creer que dentro de la casa haya alguien.

Continuaron fustigando con sus abrigos, y ahora además con su antipatía y su remordimiento.

Miss Haré se ahogaba entre sus lágrimas; odiaba a sus salvadores y gritaba parando los golpes de aquellos odiosos abrigos:

—¡Vosotros habéis matado a mi mejor amigo! ¡Voy a decírselo a la policía! ¡Os meteré en un juicio si es necesario! Encontraré el dinero. Mi primo de Jersey...

En aquel momento dos señoras que llegaban con el sombrero de todos los días para disfrutar el espectáculo avanzaron hasta la primera fila de la multitud. Pero se dieron cuenta demasiado tarde de que Miss Haré se acercaba hacia ellas y gritaba:

—¡Vosotras sois dos demonios!

No pudo decir nada más.

Mrs. Jolley retrocedió y habría enprendido la huida si no hubiera estado retenida por su protectora, que apuntaba con los dedos del pie hacia Miss Haré. Era más delgada, más amarilla, pero tenía una gran confianza en su arte de insinuar:

—Usted haría mejoren no repetir eso, señora. ¡Sería mejor para usted! Quien acusa confiesa.

Un murmullo de aprobación subió de la multitud, pero Miss Haré a causa de su impotencia quizá, se atrevió a repetir, pero más débilmente aquella vez, con sus labios inflados y cubiertos de costras:

—Demonios...

Y después se alejó seguida de rastros humeantes, y sollozando desconsoladamente.

El agente McFaggott debía recordar más tiempo que nadie aquella noche y la aparición que se le

presentó en la comisaría de policía.

—Usted no ha hecho nada para proteger a mi amigo de los que le han perseguido y que han prendido fuego a su casa. Himmelfarb... —Miss Haré consiguió por fin pronunciar aquel nombre—. ¡Himmelfarb ha muerto abrasado!

McFaggott con sus hermosos dientes y sus sólidas piernas, estaba vestido con menos decencia de lo que exigían las circunstancias. Tocó la medalla bendita que llevaba entre el vello de su pecho y que había sido su compañera en las situaciones más inesperadas.

—¡Le hago a usted responsable! —exclamó la loca.

—¡Despacio! —respondió el agente con aquella voz de tenor ligero que tanto gustaba a las mujeres—. ¡Usted sabe que existe la difamación!

—También existe la verdad —replicó Miss Haré—, hasta el momento en que las personas de la ley la falsifican.

Menos mal que McFaggott aquella tarde del incendio había retrasado su visita a casa de Khalil por una disputa que había tenido con su mujer. Gracias a esto pudo hacer su informe y sobre todo enfrentarse a la prensa. Ahora estaba fatigado, pero era amable. Incluso llegó aponer su mano sobre el hombro de la loca que se encontraba frente a él, con la autoridad dulce y viril, que hacía estremecerse a las señoras bajo su blusa.

—¿Qué quiere usted, Miss Haré?, es la fatalidad —dijo McFaggott.

Con su nuevo ascenso en vistas, no era cosa de emplear otro término que aquél.

—También ha sido la fatalidad la que ha estropeado el coche de bomberos y le ha impedido... ah, ¡ahí está...!

En efecto, se escuchaba su campana y el chirrido de sus neumáticos sobre el adoquinado de la avenida Montebello.

—...y le ha impedido llegar a tiempo para salvar el domicilio de ese señor, de ese israelita...

Miss Haré se sentía completamente sola con su emoción en medio de las palabras del agente de policía.

—Y es la fatalidad la que ha hecho que se fuera el señor en cuestión antes del incendio.

—¿Ha hecho que se fuera...? —gimió Miss Haré.

El agente se echó a reír mostrando sus dientes blancos, con un gesto muy suyo como nadie ignoraba. Se alegraba de sentirse tan fuerte y tan bien informado.

—Como se lo digo. Con Mrs. Godbold, y BobTanner que sale con su hija mayor.

—Entonces ¿dónde está el señor Himmelfarb?

—Viviendo provisionalmente con Mrs. Godbold.

—¡Oh! —dijo Miss Haré—. Claro está, ¡debí imaginármelo! Mrs. Godbold no hubiera dejado que sucediera algo semejante si hubiera podido impedirlo.

El agente se echó a reír.

—Mrs. Godbold sólo es una mujer —dijo.

Cuando se reía, el agente McFaggott plegaba el rostro porque sabía lo lisa que estaba su piel en las comisuras de sus ojos. Pero aquella vez se retorcía.

—Algún día —añadió con una voz burlona— tiene que decirme lo que piensa usted de los hombres, Miss Haré.

Pero le llamaba el teléfono.

Miss Haré protestó.

—¡Oh! los hombres —murmuró— no les conozco. Pero los gallos sólo son buenos para cubrir a las

gallinas.

Cuando ella se encontró fuera de nuevo, las chispas no eran ya más que inmóviles estrellas. La oscuridad, de un negro intenso, acariciaba su piel como un hocico húmedo. Ya no podía correr más, sino que renqueaba sobre el camino familiar.

El armazón de la casa de su amigo silbaba ahora bajo los chorros de agua, pero ella ya no se preocupaba de que el fuego fuera o no apagado.

Al llegar a la cabaña de Mrs. Godbold se olvidó de llamar y entró en ella como si la esperaran. En efecto, así era.

—¡Ah, aquí está! —dijo Mrs. Godbold que sonreía desde el fondo de su única habitación, mientras que su cuerpo vigoroso se movía bajo su cuadrado de luz.

Las niñas estaban desparramadas por todos los rincones, atentas o tranquilas. Miss Haré no hizo esfuerzo alguno para ver nada más. Sin perder tiempo necesitó de todas sus fuerzas para precipitarse hacia adelante, pero su instinto sacó una nueva reserva cuando se arrodilló y apoyó su rostro quemado sobre la colcha de algodón a los pies de la inmensa cama de hierro.

Himmelfarb había regresado a su casa hacia mediodía. Se sentía mucho peor. No se trataba sólo de los tormentos y de las heridas que le habían infligido en la fábrica, como tampoco de la una o dos costillas rotas que le hacían sufrir; experimentaba un sordo dolor más profundo, por encima del cual su espíritu ardía en un destello intermitente, parecido a la claridad obsesiva y azul de una llama de acetileno.

El silencio de su casita vacía le produjo una calma completa, cuando el nogal esculpido le habría oprimido, o deprimido el césped, aunque estuvieran llenos de la más tierna solicitud. Se tumbó sobre su lecho en aquella habitación vacía. Su rostro era una débil máscara de cera amarilla, perfecta pero sin vida, y entre los espasmos se empeñaba en argumentar con Moshe, su padre, cuya nostálgica figura mariposeaba en la nebulosa del acetileno. Siempre separados durante la ilusoria vida humana, parecían reunirse en el momento del fracaso.

Mordecai no hubiera podido decir cuánto tiempo permaneció tumbado de esa forma, amado y atormentado por su padre, pero cuando abrió los ojos, las cosas tenían su aspecto habitual, y encontró alivio en examinar en todos los detalles, hasta la menor grieta familiar y huella de deterioro, su única silla situada al otro extremo de la habitación.

Al mismo tiempo se dio cuenta de que no estaba solo. Alguien le tocaba la frente y los puños, y una presencia fuerte y estable envolvía ya su personalidad momentáneamente dispersa.

Vio que se trataba de su vecina Mrs. Godbold.

—No quisiera molestarle — dijo en un tono ala vez práctico y desprendido— pero me pregunto que cuál será la mejor solución.

En su perplejidad, de pie junto a su lecho, con la cabeza vuelta, ella casi no se dirigía a él, sino que concentraba su atención sobre una idea lejana y todavía confusa. Parecía ser una estatua erguida en el límite de un gran espacio descubierto, lago o llanura, él no lo sabía, pero la expresión del rostro de la mujer y la libertad con que habían roto las olas aquella tarde, le revelaban la inmensidad.

Por fin ella se decidió:

—Eso es. Si no le importa, voy a llevarle a nuestra casa, señor. Está muy cerca y así podré cuidarle mejor.

Con los ojos fijos sobre su grueso moño y sobre su nuca espesa pero bella, él no protestó.

—Ahora me voy —dijo ella dulcemente, siempre con la cabeza vuelta—. Pero en seguida vendré con los demás.

El no respondió, pero comenzó a esperar que sucediera lo que tenía que suceder.

Ahora veía hasta qué punto era justo e inevitable aquello que su mujer Reha, en su sencillez, había sabido comprender y había intentado expresar, no por torpes palabras, sino por el resplandor de su convicción. Le pareció que el misterio del fracaso sólo podía ser comprendido por las almas sencillas o

por los que se disponían a desprenderse de su cuerpo como de un vestido demasiado pequeño. Ahora era bastante débil para intentar lo que exige un máximo de fuerza.

Entretanto, mientras se preparaba, o apartaba las inquietudes menores, había aceptado totalmente que Reha empleara su voz y sus manos. Rara vez habían disfrutado de una intimidad espiritual tan perfecta como la de aquella tarde, mientras que el viento se levantaba del mar y golpeaba la concha de la casa cuyas paredes cada vez se hacían más delgadas. Las agitaban los sauces delirantes y las ráfagas habrían podido tragar su cuerpo si no hubiera tenido esos espasmos dolorosos y las filas de varas para las judías que divisaban a intervalos regulares la inmensidad incolora.

Era un momento como aquél, cuando ella le puso la mano sobre el hombro. Abrió los ojos y vio que Mrs. Godbold había regresado.

Se inclinó sobre él, pero en seguida se incorporó, sin duda por pudor.

—Aquí estamos, como le había dicho. Y a conoce usted a Else, y este es Bob Tanner, un amigo.

Else enrojeció y sus ojos iban recorriendo todos los rincones, no para descubrir algo, sino para no verse obligada a mirar al muchacho. De aquella forma estaba muy bonita, con una rosa de rosal silvestre sobre la piel lechosa. Bob Tanner, en quien Himmelfarb reconoció al muchacho que le había llevado anteriormente un mensaje de Xanadu, era todo músculos y pies. Estaba confundido del ruido que hacía al caminar sobre el suelo desnudo, o solamente al respirar.

—Vamos a llevarle allí —explicó Mrs. Godbold.

Habían fabricado una especie de parihuelas con dos troncos de árboles jóvenes y varias telas, y se creyeron en el deber, torpemente, de ayudar al judío. Bob Tanner, que era capaz de llevar a sus espaldas pesados fardos, se habría servido perfectamente a su manera, pero las mujeres intentaban ayudarle.

Mrs. Godbold se mordía los labios casi hasta hacerse sangre, y la torpe fuerza de su enamorado exasperaba a Else.

—¡Qué tipo más tonto! ¡Qué tipo más estúpido! —murmuraba dándole codazos en los costados.

Estrechada contra él, ella criticaba todo lo que hacía, pero ¡cómo le gustaban las venas hinchadas de sus brazos vigorosos y torpes!

Así pues, se llevaron al hombre de aquella casa en la que no había pensado nunca vivir mucho tiempo y le llevaron a la casa de Mrs. Godbold sobre sus parihuelas. Su cabeza estaba blanda. Escuchaba el agitarse de los sauces, el murmullo de la hierba. Las puntas secas de las gramíneas le picaron los puños, pero aquella vez sin mezquindad. Por largo que fuera su trayecto, fue consagrado por el enfermo, por el amor y la participación de su pueblo. Desiertos enteros fueron franqueados. Cuando abrió los ojos, lo más penoso ya había quedado tras sí. Desde los confines de Kadesh una bruma azul trepaba por la montaña de Nebo, allá abajo, a la derecha. Iban de acá para allá, interminablemente. Pero la espalda del joven debía estar formada por músculos sólidos, y la mujer que se inclinaba por encima de su cabeza le sostenía al enfermo menos por la fuerza de sus brazos que por el calor que irradiaba de su cuerpo.

—Ya llegamos, señor —dijo en un murmullo resuelto.

A veces tropezaba, pero no se caía.

Mrs. Godbold se sentía tronchada por haber cargado con semejante fardo. Su fuerte pecho estaba orgulloso bajo su traje de algodón descolorido, cuando la procesión de los fieles extenuados se detuvo por fin bajo su techo.

Dos chiquillas graves que, para Himmelfarb, evocaban los alegres empujones y las canciones, habían preparado la cama como les habían dicho, y esperaban. Sus brazos, manchados de verde por el jugo de las hierbas, resaltaban contra la blancura de las sábanas. El oro de la luz y el verde de la viña virgen se entremezclaban ante la ventana en una cortina cuyo reflejo transparente se agitaba en la pared por encima del lecho. Entonces, entre las rugosas sábanas secadas al sol, se habría abandonado al placer de la inconsciencia si el estado del dolor le hubiera dejado algún respiro.

Por un momento quedó anonadado, y la sorpresa le hizo abrir los ojos; los que le velaban recularon, y dos de las hijas más jóvenes de Mrs. Godbold, que se habían atrevido a sumergirla mirada en profundidades para las que no estaban preparadas, se pusieron a llorar.

La madre las tranquilizó y las hizo callar; luego se dirigió al enfermo y le propuso enviar a una de ellas para ir a buscar al doctor Herborn.

Pero él hizo una mueca negativa y ella decidió, al menos por el momento, no contrariarle.

Como sabía hacer, cogió un ladrillo que tenía en el horno y lo colocó en la cama contra sus pies. Él sonrió. Cuando sus labios cortados y secos por el sufrimiento se entreabrieron para pedir algo, que ella no comprendió, le llevó un caldo ligero hecho aquel día con un poco de cuello de cordero e intentó que bebiera un poco. Pero la detuvo la náusea que leyó en su rostro y sintió vergüenza de la pobreza de su alimento, de la pobreza de su casa, indigna incluso de los huéspedes más pobres.

Él quizá lo comprendió. Abrió los ojos y dijo extrañamente:

—Estoy contento, gracias.

Entonces Mrs. Godbold fue sumergida por la compasión que todo sufrimiento provocaba en ella, y un gesto repentino la obligó a dejar la taza que había comenzado a tintinear en su platito.

Durante la tarde, Himmelfarb se quedó adormecido. Fue tragado por aquella blancura inmaculada. Se sintió elegido, como nunca hasta entonces. Ciertamente habían existido otras ocasiones en las que hubiera podido abandonarse: las colinas de Sion, oscuras y redondas en la luz de la tarde casi se habían abierto; el silencio de la humilde morada que acababa de abandonar le había ofrecido más de una escala liberadora; las llamas de Friedensdorf le habían llevado una cierta liberación, cuando, ciego, se había arrodillado sobre las piedras. Pero el aguijón del sacrificio siempre le había impulsado más lejos. Ahora, incluso se le clavaba en el costado, aunque la melena y la máscara del macho cabrío hubieran caído, dejándole abandonado y crucificado sobre un árbol. De nuevo era Kadmon descendiendo del Árbol de la Luz para encontrar de nuevo a la Novia. Temblorosa en sus velos blancos, llevando en sus manos agrietadas la copa, avanzaba hasta la Houppah, Por fin estaban unidos en el olor de los antiguos terciopelos. He aquí por fin, explicaban los primos y las tías, la Chekinah que llevas desde hace tanto tiempo en tu corazón. Cuando él la recibió, ella se inclinó y besó la herida que él tenía en la mano. En aquel momento fueron realmente un solo ser. No rompieron la copa, como esperaban los invitados de la boda, sino que de nuevo bebieron varias veces más.

En seguida Else Godbold arregló la almohada. Else sólo podía improvisar pequeños servicios para ocultar su inexperiencia, y el enfermo le agradecía este ligero bálsamo con la imperceptible sonrisa que emergía en la atormentada superficie de su sudor.

Pero Else se apartaba rápidamente de aquello que ella sabía había de sufrir también un día. El hangar metálico en el que todos vivían, era amenazador. Deseaba ardientemente lanzarse fuera, pasearse por la alameda y sentir el claro de luna sobre sus brazos y su garganta, y dirigirla a su vez la caricia hasta que no fuera posible distinguir nada entre aquellos dos deseos mezclados.

Más tarde regresó Bob Tanner y les habló del incencio que se había declarado en casa del judío y que confirmaba la masa siempre renovada de la luz anaranjada. Else comprendió que algo estaba a punto de transformar a su enamorado. Vio que la honestidad del muchacho un poco torpe que desde el principio había amado y con la que había bromeado, tomaba un giro que ella, de ahora en adelante, sería incapaz de modificar. Él se dio cuenta de que la piedad afeaba a su amiga y que la vería cambiar todavía muy a menudo. Sus descubrimientos formaban nudos en sus gargantas, pero estaban contentos de comprobar que pese a todo se reconocían, y no dudaron que siempre debió ser así pese a sus disimulos.

Y luego Else Godbold se separó de lo que estaba a punto de convertirse en una insoportable atadura de sus pensamientos. Se inclinó hacia el enfermo.

—Señor Himmelfarb —dijo—. Quisiera que me dijera si necesita algo y si puedo traerle algo o hacer alguna cosa.

Aquello sonaba como una amenaza, y ella se dio cuenta; Else era demasiado joven.

—¿Traigo agua fresca para enjugarle el rostro, eh? —propuso.

Pero Himmelfarb no necesitaba nada.

Cuando no se adormecía, no se evadía de los límites de su cuerpo para penetrar en un desprendimiento completo del tiempo y del espacio, parecía tranquilo, atento, el ojo al acecho en la máscara de su rostro, detrás de la armadura protectora en que ahora se había convertido el sufrimiento.

Una o dos veces lanzó una mirada hacia la ventana, hacia la luz cuyo color naranja parecía casi natural, para luego seguir el desarrollo de un acontecimiento lejano y sin importancia. De igual forma, bajo sus párpados, sintió que Miss Haré estaba allí. No se sorprendió y el peso de su fiel discípula fue ligero para sus pies muertos.

Miss Haré entró, e incluso las niñas mayores tuvieron miedo aunque, sin embargo, conocían a la loca desde siempre y tenían la costumbre de verla por las ventanas, en la maleza y por los caminos, siempre seguras de encontrarla como estaban seguras de encontrar mochuelos en algunos árboles o alguna vieja zarigüeya en tal cabaña o tal chimenea. Pero ahora oían gemir y gruñir a aquella bestia amable y familiar, colocada a los pies de la cama de su madre. Ella sentía el fuego todavía, pero el incendio era sin duda la menor de las razones de su angustia.

La madre, como de costumbre, dirigió la situación.

—Estoy contenta de que usted esté aquí, señorita. Esperaba que vendría. Tal vez hay algo que sólo usted puede hacer por él —dijo acercándosele y poniendo su mano sobre el hombro quemado.

Pero Miss Haré no respondía. Gemía, lo que quizá para ella era un medio de comunicarse con otra alma presente.

Sin embargo el enfermo, tumbado, con los ojos cerrados, no reaccionaba.

—¿Tal vez quiere quitarse el abrigo? —preguntó Mrs. Godbold.

Continuaron los gemidos de Miss Haré, provocados no por su dolor sino por conciencia de haber conseguido de nuevo cerrar el círculo de su felicidad. No obstante debía sufrir, ya que las niñas que se encontraban cerca de ella vieron que el vello rojo que cubría sus mejillas estaba completamente abrasado y su piel cocida brillaba.

Por espantoso que fuera su aspecto, un sentimiento de respeto clavaba en el sitio a los que la rodeaban. Aunque el sombrero de mimbre estaba completamente torcido y sus cañas carbonizadas, ni la misma Mrs. Godbold se atrevió a pedirle que se lo quitara. Nadie había visto jamás a Miss Haré sin aquel sombrero, salvo Mrs. Godbold que la había cuidado en su enfermedad varios años antes; los demás no tenían que saber lo que se ocultaba debajo.

Y luego Miss Haré se incorporó, al menos en lo que la permitía su cuerpo grueso. Había deslizado la mano bajo la sábana.

—Sus pies están fríos —dijo—. Fríos, muy fríos...

Lentamente sus palabras acompañaron un gesto y acabaron en un estremecimiento.

Mrs. Godbold sólo pudo decirle:

—Sí, pero usted va a calentárselos.

Todo el mundo vio entonces animarse a Miss Haré. A medida que friccionaba, volvía su ánimo, y a veces se inclinaba hacia delante y su rostro se posaba en la sábana y su mejilla abrazaba la forma de los pies.

Durante todo aquel tiempo el rostro del hombre respiraba dulcemente sobre la almohada, un aire que parecía enrarecido.

—Gracie, ve a buscar al doctor Herborn —decidió por fin Mrs. Godbold.

Pero Himmelfarb abrió los ojos.

—No, no. Ahora no. Gracias. De momento no tengo ánimos para ver a un médico.

Sonrió con toda la dulzura de que era capaz a fin de disculpar a la persona que había tenido aquella inútil idea.

Ahora se sentía más feliz de lo que en el curso de la vida le habían permitido ser. Niñas y sillas conversaban íntimamente con él. Gracias al tinte de su piel, el lenguaje de los animales no era ya un misterio, como le había dicho el Baal Shem.

Respiró aún más dulcemente y reemprendió su viaje.

De esta forma se realizó la metamorfosis de Miss Haré. Su cuerpo se anonadó y sus pensamientos se animaron.

La noche subió y descendió, y el incendio alumbró allí un último resplandor que se encuadró en las viñas vírgenes de la ventana.

Por un momento Maudie Godbold creyó ver un rostro, pero todos los que velaban estaban muy cansados y algunos dormían ya.

Después de haber dejado la fábrica la víspera de aquellas vacaciones que todo el mundo esperaba impacientemente, Dubbo regresó directamente a la casa que tenía alquilada, en las afueras de Barranugli. En otras épocas sin duda se habría detenido en el camino a fin de comprar provisiones para los días de fiesta, pero a causa de lo que había sucedido aquella mañana, caminaba muy de prisa sobre sus sandalias. Lo que había sucedido tenía una extrema importancia, aunque él intentaba apagarla en su espíritu. Se lavó las manos, se sentó un momento al borde de su cama, y comió pan con una salchicha fría que sabía a serrín. La escupió, después la recogió. Algo había en lo que acababa de hacer que no concordaba con lo que le habían enseñado. Permaneció sentado, inmóvil. En la penumbra se lavó de nuevo las manos. Aquello era muy importante. El era limpio, al menos por educación. Sentado de nuevo hubiera querido mirar algunas de sus más recientes pinturas que estaban, como todas, vueltas cara a la pared, pero sabía que encontraría mezquindades en sus cuadros. La habitación desaparecía poco a poco y le abandonaba a la desesperación. Las sombras revoloteaban como insustanciales murciélagos. Su madre le había dicho un día que el espíritu de su abuelo era su guardián y que podría contar con él, aunque sospechaba que en el curso de su huida, su protector había abandonado la compañía. En cualquier caso se sentía solo desde hacía mucho tiempo ya.

Se puso a temblar. La cama crujía interminablemente. Evidentemente él estaba enfermo. Anémico, hubiera dicho Mrs. Pask administrándole un fortificante. Tosió mucho tiempo, y tan fuerte que los maderajes de su habitación emitieron una protesta asmática. Se lavó las manos de nuevo y sintió por encima de su hombro la aprobación de Mrs. Pask.

Después, apoyado contra el lavabo, se puso a llorar a grandes sollozos desesperados y cavernosos. Había días en los que la sangre no cesaba de fluir.

La sangre fluía a lo largo de sus manos, a lo largo de sus dedos huesudos. El dolor nació de nuevo en su costado.

De rodillas, agotado por el sufrimiento, Dubbo comprobó que se acordaba de Jesús, su Salvador. Su culpabilidad le abrumaba. Se puso a hacer crujir sus dedos, los dedos que no habían sabido desatar las cuerdas que habían atado el cuerpo al árbol.

No había confesado su fe, pero por aquello no era menor su amor. Fluía de él como la sangre o la pintura. Después, cuando recobrara la fuerza necesaria, haría brotar la vida del árbol con el azul. Nadie conocería el secreto del azul que emplearía. Ningún hombre podría imaginar el reflejo de piedra preciosa de aquellas heridas si no hubiera visto brillar su propia sangre y luego secarse lentamente al sol.

Dubbo se levantó. Necesitaba suprimir la noche. Encendió la luz eléctrica, y su habitación al menos se rindió a aquello, clara y cuadrada entre las armaduras de madera. Cambió de ropa interior, se puso un pantalón limpio, alisó sus cabellos casi erizados con un poco de agua, y salió, calzado con las chanclas que llevaba siempre.

En la noche humeante y azulada, cogió el autobús para Sarsaparrilla. Nadie circulaba a aquella hora, y el aborigen se vio obligado a aferrarse a él como un abejorro sacudido en una caja de conservas. Todo el mundo había llegado ya, y a lo largo de la calle vio a mujeres y muchachos entrar en las iglesias de ladrillo para los servicios pascuales. Sin creer en absoluto que ellos fueran culpables de un asesinato, sus rostros color de arena eran conscientes de que no les perjudicaría ser inocentes en público. En tal ocasión se habían puesto trajes claros, irreprochables, y sombreros; algunas llevaban joyas de culo de vaso. Es decir, con piedras falsas.

Dubbo conocía aquel barrio de memoria a fuerza de haberlo visto y soñado. Había dibujado las casas de Sarsaparrilla y los champiñones que allí vegetaban. Había dibujado los gruesos muslos impecablemente vestidos de numerosos señores, muchos de los cuales eran funcionarios, y aún sentía la tinta húmeda. También había pintado a las dos hijas pulposas de Mrs. Khalil, con sus bocas abiertas como una granada, con sus dientes parecidos a las pepitas amargas de ese fruto. Y cuando los señores de los

trajes impecables palpaban demasiado tiempo aquella carne luminosa, todo era decepción e infarto de miocardio. Todo aquello Dubbo lo había visto y pintado.

A veces, en sus caminatas a través de Sarsaparrilla, el pintor se sumergía profundamente en su propia naturaleza que los hombres no habían conseguido contaminar, y allá donde se terminaban las casas, él había encontrado a sus pensamientos que crujían en el silencio como ramas secas. No obstante éstos estaban subordinados al silencio, yaque el silencio lo es todo. Entonces él había regresado a pintar los arabescos de las hojas pensadoras. Había pintado a la mujer roja como un zorro que observara detrás de un matojo, y cuya nariz se estremecía cuando cambiaba el viento.

Hubiera querido pintar el contacto del aire. Una vez había intentado representar la piel del silencio clavada en un árbol, pero había fracasado miserablemente.

Ahora, al recuerdo de lo que había ido a hacer a Sarsaparrilla en plena noche, las manos de Dubbo se deslizaron sobre la manecilla niquelada del autobús. Fingió haber perdido el equilibrio. El autobús estaba tan vacío que el cobrador se le acercó y, después de haberse aclarado la garganta, condescendió a dirigir la palabra a un negro:

—Ha habido un incendio en Sarsaparrilla, en casa de un judío —dijo con una voz fuerte.

—¿Sí? —respondió Dubbo sonriendo—. ¡Oh, sí! —repitió casi ávidamente.

—¿Lo sabe usted? —dijo el otro—. ¿Tal vez conoce a ese tipo? Trabajaba en la casa Rosetree.

—No —dijo Dubbo—. No le conozco.

Con un horror creciente comprendió que su naturaleza le impulsaba a traicionar, y por eso sonrió.

—En cualquier caso —dijo el cobrador— ¡no son precisamente extranjeros los que faltan aquí!

Dubbo sonreía pero los huesos de su pecho le oprimían el corazón.

—¿Qué le ha sucedido a ese tipo? —preguntó con una voz demasiado aguda.

—No lo sé —dijo el cobrador bostezando—. No he oído nada más.

Estaba cansado y se puso a hurgarse las orejas con una llave.

Dubbo continuaba sonriendo y traicionando su amor y su fe. En otros tiempos le habían dicho que la traición estaba en su naturaleza, y desde entonces lo había probado muy a menudo. Incluso había traicionado a su don secreto, pero sólo una vez, y sabía que un día lo redimiría, y que así probaría su fe en el hombre que ellos habían crucificado, y en un Dios resucitado.

Cuando el autobús llegó a Sarsaparrilla el aborigen descendió en la esquina de la estafeta y cogió el camino en pendiente hacia donde vivía el judío. En efecto, vio el esqueleto de lo que había sido una casa. Pequeñas perlas de fuego, azules e inofensivas, corrían a lo largo de aquellos vestigios y caían. Planchas de hierro retorcidas brillaban ahora menos intensamente y silbaban. Sin embargo la más pequeña bocanada de aire devolvía su belleza a las chispas.

Algunas mujeres se encontraban allá, con la esperanza de que algún objeto pudiera estallar entre las cenizas y de esta forma reanimar su interés, y dos voluntarias examinaban un tubo reventado.

El aborigen les dijo desde lejos...

—¿Dónde...?

Todas se volvieron y consideraron al negro cuya voz fue arrastrada por el viento que soplaba levemente.

Los bomberos estaban demasiado cansados para reaccionar, pero sus vulgares figuras aguardaron un instante.

—¿Dónde podría...? —repitió el aborigen—. ¿Podrían decirme dónde...?

Pero su pregunta fue interrumpida, y humillada, por un acceso de tos, y se marchó vacilante. Sólo podía toser y tropezar en un terreno que quizás esperaba su caída. Y después de haber atravesado matojos de zarzas, se encontró ante una cabaña. Allí había luz. Recobró el equilibrio: sus manos se apoyaron en el borde de una ventana.

Entonces Dubbo miró al interior, y en el mismo momento vio y recordó que aquella era la casa de Mrs. Godbold quien, en casa de Khalil, se había inclinado para limpiarle la boca como nadie había hecho nunca con él. Por ello no se sorprendió al ver a aquella misma mujer, que ya antes había mostrado su amor, cuidando al judío. Allá, en el corazón de su luz, él estaba dormido entre grupos de niñas dormidas, mientras que las demás, completamente amodorradas, iban de acá para allá y observaban lo que nunca hasta entonces habían visto. Y la mujer-zorro de Xanadu estaba sentada a los pies del judío y se los calentaba según el método que le dictaba su instinto.

Mientras Dubbo miraba, aquel cuadro le desafiaba, multiplicando los detalles milagrosos, como siempre había esperado, ya que siempre había sabido que un día sucedería de esa forma. En ese momento el judío se sentía molesto por algo, quizá por el peso de las colchas, y las mujeres se disponían a ayudarle. La fuerte mujer blanca le apoyaba contra su pecho, y su hija, cuyo blanco verdoso era tan delicado, se inclinaba para ayudarle, aunque un mechón de su pelo caía sobre la mejilla del enfermo. El muchacho lo levantaba por encima de las sábanas con la fuerza de sus brazos, para colocarle sobre la almohada arreglada.

El hecho en sí era insignificante, pero para el ojo del observador se convirtió en un supremo acto de amor.

Así, en imaginación, colocó un azul glorioso sobre el tronco de un árbol del que la mujer y el joven discípulo descendían el cuerpo del Señor. Las flores del árbol esparcieron su base en charcos de un azul más profundo, y aquel azul se reflejaba sobre la piel de las mujeres y de la muchacha. Con el aliento casi suspendido de amor, dejaban el cuerpo de su Señor, la primera María le recibió en sus blancas sábanas, y la segunda María, que se había convertido en la guardiana de sus pies, besaba los huesos que apuntaban bajo la piel amarilla y fría.

Dubbo, en la ventana, tomaba parte en la escena, y se decía que no podría sobrevivir a aquel Descendimiento de la cruz que por fin había concebido. Permanecía allí, inmóvil. Necesitó la amenaza de otro acceso de tos para que huyera por miedo a ser descubierto, ya que no habría podido ni explicar su visión ni decir cuál era su secreto amor.

Cuando las mujeres hubieron depositado su fardo, la cabeza del judío permaneció perfectamente inmóvil.

Mrs. Godbold, que había subido cuidadosamente la sábana hasta su barbilla amarilla, rozó al enfermo con la punta de sus dedos. No sintió en él vida alguna, pero ella sabía por haber llevado el cuerpo de su hermano y cerrado los ojos de varios niños, que la vida no se había escapado de aquél.

En efecto, nada podía impedir a Mordecaí ben Moshe el remontar hasta su manantial por el río más estrecho pero todavía practicable. Por ello no prestaba atención a las numerosas manos que le agitaban o que colocaban los pliegues flotantes de su ropa blanca y nada hacía para atraer su mirada ni para suplicar. Mientras él marchaba, preguntas revoloteaban sobre su rostro en una lluvia de pequeños fragmentos que se clavaban en su piel febril. El tiempo que apremiaba no le permitía detenerse, concentrarse, expresarse, y sin embargo cada uno pensaba que él debía conocer las respuestas.

En efecto, ahora las conocía.

Conocía todas las combinaciones, todas las permutaciones posibles.

Mientras que en Bienestadt su alma todavía joven y débil había debido luchar para liberarse, ésta de hoy, fuerte y cubierta de cicatrices, avanzaba sin esfuerzo. Bastaba con que él rozara los lenguajes, comprendido el suyo, para que ellas se pusieran a hablar.

Mientras que el río de púrpura —pues el atardecer había llegado — serpenteaba entre las colinas pedregosas, las multitudes se apiñaban a su alrededor y le pedían les hablara del reciente pasado para que ellas pudieran prepararse para el futuro, ya que muchos de ellos temían haber de regresar a la tierra en seguida. Y, cosa extraña, él lo sabía. Las rocas del acantilado estaban en el Libro. Para identificarse con el alma de las plantas bastaba con abrir la carne de sus hojas. Por eso las multitudes esperaban a lo largo de las orillas del interminable río. A veces se veían rostros de judíos, a veces de gentiles, pero aquello no tenía la menor importancia. Bastaba con deslizar un pequeño postigo para pasar de los unos a los otros. Pero él que había hecho agujeros en el metal, no podía ahora detenerse por las almas, cualquiera que fuera su voluntad, cualquiera que fuera su amor. Su alma le arrastraba hacia delante.

Necesitaba franquear las montañas de la noche.

Su angustia y su precipitación eran tales que Himmelfarb removió los pies bajo la colcha. Sólo fue un estremecimiento de sus huesos, pero por débil que fuera, Miss Haré lo sintió contra su mejilla. Por un momento Mrs. Godbold tuvo miedo de que fuera presa de uno de sus ataques a causa de la crispación de todo su cuerpo, del echarse hacia delante su sombrero chamuscado. Pero Miss Haré no hizo más que sumergirse en un estado en el que su amiga era demasiado discreta para penetrar. Mientras se volvía Mrs. Godbold para ocuparse de otra cosa, vio sobre la boca dilatada de Miss Haré una expresión de alegría muy dulce.

Miss Haré acababa de conocer aquel estado de perfecta unión que su naturaleza jamás había realizado. Las materias más dulces que pudiera recordar, las plumas caídas del cuello de los pájaros, los plumones arrancados en las cópulas de las aves, las frondas oscuras y vellosas de los helechos hicieron la ofrenda al alma del hombre al que ella amaba. Aquella íntima unión la disimuló tras los velos de un silencio parecido al que había conocido en las proximidades del alba, o bien cuando apoyaba su oreja sobre una piedra, cuando caminaba sobre un espeso manto de hojas marchitas. De esta forma se encerró y amó fervientemente al espíritu celestial que había entrado en ella sencillamente, sin sufrimiento, como le había predicho Peg. Y todos los demonios huyeron bajo sus plumas de pavo real, con un tintineo de los caprichosos espejitos incrustados en sus perversos muslos. Y abrazaría las piedras de Xanadu, y su césped, con la punta de sus dedos, comprendiendo por fin su esencia, llegando hasta el final.

Else Godbold tuvo la impresión de que el rostro de Himmelfarb se había sumergido en la almohada. Estaba terriblemente yerto.

Sin embargo ahora estaba menos helado, pues en ese preciso momento lanzó una última ojeada hacia atrás sobre la postrera llama del fuego de la tierra. Ese fuego brotaba de las grietas de una tierra ahora descolorida, no para consumir, sino para iluminar la partida de aquella alma. Sus tobillos estaban rodeados de alegres circulitos incandescentes. Observó que había superado las dos primeras palmeras de las que se elevaba la humareda. En aquella luz incluso los más desgraciados o monstruosos incidentes vividos por el entendimiento humano le parecían justificados mientras miraba la espalda de las estatuas erguidas en la llanura que él estaba a punto de abandonar. De nuevo volvió la cabeza y continuó su camino arreglando los pliegues del Kittel blanco con el que se dio cuenta iba vestido y que creía haber abandonado muchos años antes en la casa del Holzgraben, en Holun- derthal.

Entonces Miss Haré lanzó un fuerte grito que repercutió bajo el techo metálico como el último tormento terrestre, y se puso a golpear los pies de la cama con la palma de la mano.

—¡Himmelfarb! —exclamaba—: ¡Himmelfarb! —Aquel nombre la ahogaba—. ¡Himmelfarb ha muerto! ¡Oh! ¡Ooooh!

El sonido se apagó, pero ella continuó llorando y palpando los pies de la cama en la esperanza de descubrir algo en ellos.

Todas las chiquillas se habían despertado, pero ninguna encontró el ánimo de llorar.

Entonces Mrs. Godbold se acercó y cuando le hubo tocado, y escuchado, y cuando su intuición le confirmó lo que había observado, decidió decir:

-¡El pobre no sufrirá ya más! Debemos dar gracias, después de todo, señorita, de que se haya ido tan dulcemente.

En aquel preciso instante el despertador con el que las niñas habían debido jugar todo el día, se puso a sonar antes de su hora habitual con una estridencia alegre capaz de despertar al hombre del sueño más pesado. Mrs. Godbold se volvió hacia la chimenea en donde estaba colocado.

—También el señor Himmelfarb ha muerto el Viernes —dijo.

Pese al pensativo tono de sus palabras, su sentido no fue comprendido por nadie. Y por otra parte ella no habría querido compartir su más preciosa convicción.

En seguida se ocupó, con su hija mayor, de las sencillas tareas que debían al hombre que acababa de morir, mientras queMaudie Godbold se ponía sus gruesos zapatos y remontaba el sendero para ir a buscar al doctor Herborn a quien Himmelfarb no había querido ver.

Ahora el aire era muy tranquilo, casi frío por la estación. Los lirios del claro de luna dejaban caer

lentamente sus perlas heladas. Los matojos relucían. A aquella hora, antes del canto del primer gallo —sólo quedaba un gallo en Sarsaparrilla— el único movimiento era el del rocío y el del claro de luna, el único ruido el de una cabra que hacía sus necesidades.

A aquella hora Miss Haré dejó la morada de los Godbold, ya no tenía nada más que hacer. Había asistido a todo, salvo a la firma del médico. En la luz blanca y quebradiza, también ella parecía desintegrarse mientras caminaba con sus pasos inciertos, pero ya no era prisionera de las actividades que determinan la vida de los hombres y de los animales. Hubiera podido deducir, si hubiera creído en el valor del razonamiento, que había cumplido lo que se esperaba de ella. Pero su instinto la sugería más bien que su personalidad estaba a punto de disolverse y que aquella experiencia la conduciría al último éxtasis. Caminaba, caminaba entre las espinas y las ramas que cedían a su paso. Se sumergía en el corazón de los pálidos vestigios opalescentes de la noche. No llegaba nunca, pero no podía ser de otra manera ya que ella estaba por todas partes: en los olores, en los ruidos, en el rocío gris como el acero, en la azul reverberación de la luz blanca sobre las rocas. Ya no era ella misma.

De esta forma Miss Haré iba en la noche. No cogió el camino acostumbrado porque por fin la llamaba su propia voz.

XV

Los Rosetree no se marcharon de vacaciones. Harry Rosetree declaró que no tenía ánimos para hacerlo.

—¡Pero si hemos reservado habitaciones! —protestaba su mujer—. ¡Vamos a perder el anticipo que hemos dejado! ¡No conoces a esos húngaros!

Harry Rosetree no se sentía bien. Con anticipos o sin ellos le era imposible marcharse. Entró en el salón y echó las persianas.

—¿Tú enfermo? —exclamó por fin Mrs. Rosetree—. ¡Te estás volviendo neurasténico, sí! ¡Yo soy la que voy a caer enferma de vivir contigo!

Empezó a llorar. Durante varios días no se vistió; se arrastraba por la casa en bata, con la bata azul que llevaba la tarde en que llegó el viejo judío. Su reflejo estaba un poco difuminado ahora, y las costuras estaban sueltas en los sobacos.

Harry Rosetree tampoco se vistió. Con un pijama sobre su ropa interior, fumaba en una butaca o permanecía inmóvil, con las manos sobre los muslos. Estaba cansado, eso era todo. Hubiera querido ser de

Mrs. Rosetree entraba y ponía sus nalgas sobre una silla.

—Neurasténico —repetía continuamente.

Eso es lo peor que podía decir después de:

—¿Qué es lo que se puede esperar de un judío?

Después curioseaba lo que pasaba fuera, entre las ranuras de las persianas. Bajo un cierto ángulo, Shirl Rosetree parecía haber conservado su barniz, pero desde otro la repentina renuncia a vivir de su marido había aplastado y enmarañado su permanente, dándole un aspecto de pájaro herido. Al mirarla Haím ben Ya'akov pensaba en su abuela, aquella vieja de cabellos negros, cuya inocente y casi única alegría había sido la de acoger a la Novia con la copa y la vela. Aunque en el salón de Paradise East —raso gris perla y madera rosa, los Vorhangede redecilla, perfectamente como en una época normal— Harry Rosetree protegía ahora sus ojos, molesto por algún penoso efecto de la luz, o el batir de alas de un gran pájaro color de orín.

Por momentos la intensidad de lo que sentía era tal que su mujer no dejaba de dar vueltas a su alrededor, tanteando su costado, verificando la calidad de su aliento, cambiando los muebles de sitio, o llorando todavía por todo y por nada, sentándose y colocando el lado despeinado de su cabeza sobre una mesita de madera rosa, examinando entre sus dedos al marido que despreciaba, pero del que aún tenía necesidad. Evidentemente, Choulamita no comprendía lo que Haím devoraba en la sombra de aquella habitación, aunque a veces un profundo movimiento de su sangre casi se lo hacía adivinar bruscamente.

Pero ella se negaba a aceptarlo. Se levantaba de un salto y regresaba a su puesto detrás de la persiana.

A Mrs. Rosetree le hubiera gustado mucho saber si, desde el exterior, la casa de Persimonn Street parecía diferente de las demás. Inútil decir que no lo era. En Paradise East, sólo se aceptaba lo que era normal, y la tragedia, el vicio y la expiación sólo podían parecer increíbles hasta el día en que el Angel del Señor rasgara las moradas con un golpe de su espada, a menos de que la bomba H se abatiera sobre aquellos hormigueros y aplastara sus antiguos mobiliarios. Por el momento era evidente que, vista desde fuera, la casa era tan normal como su fachada cuadrada. Las mañanas transcurrían allí plácidamente. Stevie Rosetree bostezaba junto a los rosales, se limpiaba la nariz entre los pittosporum variados, según su costumbre los días de vacaciones. Rosie Rosetree se iba a misa una vez más, con su misal en la mano, del que revoloteaban las santas estampas y los pétalos de rosa de santa Teresa.

Rosie Rosetree no se perdía una misa; aquello no la cansaba pues se sentía en el delicioso umbral de la santidad. Incluso al regreso, las ociosas preguntas de su madre, no destruían su alegría de Pascuas.

—¿Se ha sorprendido el abad Pelletier de no vernos? —preguntaba Mrs. Rosetree.

—Me ha preguntado si mamá estaba enferma.

—¿Y qué le has respondido, Rosie?

—Le he dicho que papá tenía una depresión nerviosa —dijo Rosie antes de retirarse a aquella parte de sí misma a la que, sabía desde hacía poco, sus padres no podían seguirla.

Mrs. Rosetree tenía bastante buen sentido para respetar una cierta frialdad en sus hijos, tanto más cuanto que ella casi lo había decidido así. Pero necesitaba dar rienda suelta a sus nervios sobre alguien. Dio una vuelta por el salón, generalmente desierto, en que su marido esperaba estar a solas. Apoyó los brazos sobre la mesa de madera rosa, con el trasero respingón a la vez solemne y dramático en su ropa de casa color azul.

—Si no me lo dices, Harry, voy a convertirme en un dingo[64] —articuló con fuerza—; ¿le ha sucedido algo al viejo judío?

Harry Rosetree hacía el gesto de apartar el humo de los ojos y sin embargo nadie fumaba. Ella se dio cuenta con horror de que quizá siempre había odiado su pequeña mano regordeta.

—¿Eh? —insistió Mrs. Rosetree, y la tabla sobre la que se apoyaba vaciló.

Pero su marido respondió:

—Déjame tranquilo, Shirl.

Entonces ella tuvo miedo. Todos los espantos nocturnos que había conocido, parecieron refluir en su vientre. Salió de la casa y se puso a gemir con una voz apenas perceptible — pero que parecía ensordecedora y terrible a los niños a los que había dado inmunidad—, sin dejar de recorrer con su bata azul el suelo inconsciente y extraño ahora para ellos.

De esta forma pasaron las fiestas de Pascuas los Rosetree, mientras para otras familias menos preocupadas, Jesucristo había descendido de la cruz, siendo sepultado y luego resucitado, con una desenvoltura nacida de la costumbre, y un gusto variable. A la salida de las iglesias todo el mundo estaba contento de haber acabado y poder ahora dedicarse de nuevo a sus ocupaciones.

Harry Rosetree no se movía de su butaca.

El miércoles por la tarde, Mrs. Rosetree, que había comenzado a vestirse de nuevo, entró y dijo con una voz que sin ser demasiado fuerte, no era su voz ordinaria:

Mr. Theobalds te llama al teléfono. Harry se vio obligado a responder. Pero ella no pudo seguir la conversación ya que era Mr. Theobalds quien hablaba, y Harry parecía estar afónico.

En seguida llamó a un tal Mr. Schildkraut. Había que organizar un Mynian[65]para Mordecaí Himmelfarb.

Entonces, sin atreverse a confesarlo, Shirl Rosetree sintió un gran alivio. Había sobrevivido a los peligros materiales pero sentía que no hubiera resistido una prueba espiritual. A veces se decía que nunca era tan feliz como cuando se encontraba entre sus muebles, y de esta forma se puso a frotar entonces la madera rosa y el entarimado barnizado, con una gamuza, hasta que todo brilló como un espejo. Acabó

por coger hipo.

Después de afeitarse, Harry Rosetree salió sin decir nada a su mujer, que sin embargo se apercibió. Por la ventana de la entrada le vio subir a su coche. Se daba cuenta de que él estaba nervioso; ya que las luces posteriores del vehículo comenzaron a parpadear como si fuera de noche. Por fin arrancó bruscamente.

Mr. Rosetree tomó la carretera principal hacia Sarsaparrilla, en donde la mañana había envuelto en celofán las lujosas residencias de estilo Tudor, aumentando de esta forma su valor. Pero en seguida cogió caminos de menos importancia que le condujeron poco a poco hasta un resto de verdadero campo: barracas grises, alambres de espino, colinas peladas, que prefirió no mirar. Las escenas rurales le irritaban, salvo una cierta selva iluminada por el sol —que no podía decir si era fruto del recuerdo o de la imaginación— por la que se paseaba cogiendo fresas silvestres al pie de los grises muros de un convento. Las formas sin equívoco, fueran humanas o topográficas, deprimían a aquel hombrecillo vulnerable. Por eso, por principio, se apartaba de los hombres musculosos y de las mujeres de rostros como hojas de cuchillos. Le gustaba comer Gansebraten[66]y tortas. Tenía labios rojos y gruesos, y el de abajo estaba partido por la mitad. Pero ante la necesidad de mirar una situación de cara como aquellos últimos días, se sentía impotente y asustado.

Al volante de su largo coche, casi demasiado dócil, Harry Rosetree se reprochaba el deber que había aceptado, e intentaba persuadirse menos por obligación que por sentimiento. Pero tras los cristales de aquel auto fabuloso, Haim ben Ya'akov se dio cuenta de que estaba a punto de abandonar los dictados de su razón, e incluso todo el impresionante edificio — de acero y plástico— del presente, por las habitaciones sin aire de su memoria. Su padre, que nunca estaba muy lejos, permanecía casi siempre con su Yarmulka y sus bucles mugrientos. Cogió al niño de la mano y los dos permanecieron delante del Arca que el sacristán había descubierto por favor especial, a fin de que pudieran leer lo que estaba escrito sobre la tapa.

—Mira, Haim —explicaba el padre—. Es tu tapa la que cubre los libros de la Ley. Lee —insistió—, yaque he pagado para que aprendas las letras. ¡Venga, lee!

Entonces el pequeño leyó con una voz temerosa:

—El Mandamiento del Señor es claro.

En seguida el sacristán tiró del cordel y las terribles maravillas fueron de nuevo veladas por la cortinilla. El terror y el asombro se sucedían.

—¿Tiemblas, Haim?

Una vez más su padre estaba de pie a su lado junto a los servicios, en el olor bien reconocible de las tazas saturadas de orina, e intentaba persuadirle:

—Pero ¡si no tienes ningún motivo para temblar!

Siempre de pie a su lado en el patio, llegó incluso a oprimirle el codo. El blanco de sus ojos brillaba con un resplandor verdoso en el día que acababa, cuya luz se filtraba entre las casas apretadas las unas contra las otras. Parecía adoptar una repentina decisión:

—Para darte ánimos voy a confiarte un secreto, aunque quizás eres un poco joven para comprender la mayoría de lo que te he prometido.

El resto de la claridad convergía sobre los luminosos ojos.

—Acabo de tener una conversación con dos Rabbanim —le declaró su padre—. Hemos hablado del que debe venir.

Sus ojos se volvieron amenazadores y hasta ellos llegó otro vaho de orina.

—Estamos seguros de que Él vendrá en nuestra época para conducirnos y salvarnos, ya que Éste no fue ni David, ni Ezequiel, ni desde luego Zabbatai Zvi. Pero tú nunca has oído hablar de todo esto. Escúchame bien ahora, Haim, pues esto te concierne: tú serás de los primeros en recibir a nuestro Salvador. He rezado mucho para que esto sea así, y estoy seguro. Tú, ¿comprendes? TU.

El niño creía leer aquellas palabras sobre el cuadro de cielo blanco. Luego llamaron al padre desde la

tienda para que fuese a atender el negocio. A continuación se oyó el repiqueteo de la quincalla y el muchacho se quedó solo, aturdido ante el más grande, el más pavoroso de los misterios.

Y ahora, Harry Rosetree, que llegaba a los confines de Sarsaparrilla tras una carretera sinuosa, sintió que la lengua se pegaba a su paladar, que su boca estaba seca como si tuviera polvo, y sus uñas se rompían. En la estafeta le dijeron que aquella mujer, aquella tal Mrs. Godbold, vivía por allá abajo, en una barraca, al otro lado de los matojos. Dejó su coche y se puso en camino, tropezando con los guijarros, ya que el arco de sus piernas respondía mal al impulso de sus ingles doloridas.

En una especie de cobertizo, una mujer que no podía ser otra que Mrs. Godbold, estaba a punto de encender el fuego bajo una colada. Se incorporó; sus pálidas mejillas estaban enrojecidas. Por un momento supuso que una persona de un medio tan simple podría no comprender su forma de hablar: eso sucedía a menudo. Entonces sólo habría de excusarse y marcharse. Pero los segundos pasaban. Ahora, la mujer se había vuelto y le miraba; sus cabellos estaban en desorden y sus brazos mojados de agua con jabón.

—Yo soy Mr. Rosetree —comenzó el visitante que sin embargo no añadió como de costumbre. «De la fábrica de faros de bicicleta Brighta, en Barranugli.»

—¡Ah! —dijo Mrs. Godbold con una voz alta y clara, sin duda diferente de su voz ordinaria, en una voz que no sabía mostrar nada y que, en todo caso, no pediría nada.

—Yo dirijo una empresa cerca de aquí —murmuró indistintamente Mr. Rosetree agitando vagamente el brazo—. He venido respecto a un incidente desagradable concerniente a un individuo que trabajaba en mi fábrica.

Mrs. Godbold colgaba la ropa mojada. En el agua azul de los barreños de zinc, empujaba su pesada masa contra los bordes. Una vez o dos metió en ellos los brazos y cuando los sacó, él vio escurrirse la espuma del jabón. Estaba tan absorta que Mr. Rosetree se preguntaba si conseguiría entrar en contacto con ella.

—Ese individuo ha muerto —añadió sin gran esperanza.

Mrs. Godbold fue por fin en su ayuda.

—El señor Himmelfarb, sí, el Viernes santo, muy temprano.

Todo aquello era tan evidente que no había ningún motivo para mirar a su visitante.

Pese a esto, Mr. Rosetree no pudo evitar preguntar:

—¿Y dónde está el cuerpo de ese Himmelfarb? Por favor.

Nada había parecido nunca tan brutal como las superficies de zinc.

—Es decir... —volvió a repetir—. Quisiera saber en qué sitio ha depositado usted su cuerpo. Unos amigos quisieran cargar con todos los gastos.

Mrs. Godbold examinaba un rayo de luz en el que quizá veía cosas invisibles.

—Está enterrado —dijo por fin—. Como cualquier cristiano.

Mr. Rosetree abrió la boca sin conseguir articular en seguida:

—Pero ¡ese Himmelfarb era judío!

La garganta de Mrs. Godbold se contrajo bajo su piel gruesa y porosa.

El importuno sentía un hormigueo por todo el cuerpo, y vio que la mujer también estaba cubierta por una fea carne de gallina.

—Es lo mismo —dijo ella.

Y cuando hubo aclarado la ronquera de su voz, prosiguió como si se viera obligada por reflexiones anteriores:

—Todos los hombres son iguales antes de su nacimiento. También al nacer son iguales, ¿no lo cree? La costumbre que les hacen adoptar les vuelve diferentes los unos de los otros. Algunos no se sienten a

gusto con la suya y deciden cambiar, pero en el fondo no cambian. Y cuando llega su última hora, cuando son despojos de todo, se ve que todo aquello era bien inútil. Los pobres descansan por fin, desnudos como el primer día. Así veo yo las cosas, señor, como lo deseaba el mismo Nuestro Señor; quizá lo recuerde usted.

Los pensamientos de Mr. Rosetree se embrollaron y sólo pudo repetir:

—Pero ¡Himmelfarb era judío!

Mrs. Godbold colocó la mano sobre el reborde de zinc.

—Se dice que también Nuestro Señor lo era, y también Él fue enterrado.

Mr. Rosetree no podía ordenar las ideas que quería expresar, y entre las frases, desconcertantes jugos de saliva se formaban en su boca.

—¡Y mientras tanto Schildkraut y otras nueve personas esperando! ¡Para el Myniam!

—Yo no sabía que el señor Himmelfarb tuviera amigos. Amaba tanto a todos los hombres... —pensaba en alta voz Mrs. Godbold.

Y después añadió:

—Diga a sus amigos que el tiempo era bueno cuando le enterramos. Fue ayer por la mañana temprano, para mejor acomodar a Mr. Pargeter —es el pastor— y a los de las pompas fúnebres. ¡Oh! claro está que yo habría podido hacerlo sola, y he hecho pequeñas cosas que las pompas fúnebres no hacen, pero ha sido la casa Thomas & Thomas la que se ha encargado de la inhumación.

El visitante miraba al suelo, pero sentía que la inspiración se apoderaba de Mrs. Godbold.

—Fui al cementerio, que no está lejos, con mis dos hijas más sensatas, y allí estuve para recibirlo. ¡Era un día tan magnífico! ¡Todo estaba tan tranquilo! Se escuchaba el ruido de los pies y los conejos ni siquiera se escondían. Las hierbas y los matojos estaban cubiertos por el rocío de la noche. Nadie tenía ganas de llorar, señor, en un entierro tan tranquilo como el que tuvimos ayer por la mañana, y después no nos dimos prisa en regresar; era estupendo sentir el sol en la espalda.

De esta forma Himmelfarb fue enterrado por segunda vez.

Mrs. Godbold se puso a agitar las sábanas que salían del agua azul.

—Ha sido un hombre desconocido —se arriesgó ella a decir—, Pero aquí guardaremos su recuerdo en nuestros corazones.

Entonces Mr. Rosetree, sintiéndose inútil, se dispuso a partir. Toda vez que siempre seguían saliendo las palabras de la boca de Mrs. Godbold, vigorosas y cálidas y calmantes, pero Haím ben Ya'akov lamentaba que algunas heridas no se volvieran a cerrar.

—¡Oh! —exclamó ella de súbito.

La vida tenía sus exigencias.

—¡Ya no lo pensaba!

Se precipitó a la barraca con tal brusquedad que tropezó.

—¡El pan! —dijo Mrs. Godbold.

Abrió vivamente la puerta del horno y apareció el pan. La corteza dorada, inflada, exhalaba su perfume.

—¿No le gustará tomar una taza de té con una rebanada de pan reciente? —propuso ella; e insistió en un tono prometedor—. Tengo carne de membrillo.

—No —respondió Mr. Rosetree—. Tengo que hacer. Tengo otra cosa que hacer...

Ella le sonrió muy de cerca. El sintió el acariciador olor del pan.

—¿No se ha molestado porque haya hecho enterrar a ese señor en tierra cristiana?

—¿Qué quiere? — Protestó Mr. Rosetree secamente—. Pensaba en ese Schildkraut. ¡Yo no soy judío!

—No, claro está —dijo Mrs. Godbold.

Sintió que algo comenzaba a molestarle y se marchó golpeando las piedras del camino.

La voz de Mrs. Godbold golpeó por última vez sus oídos:

—El doctor Herborn ha dicho que fue del corazón.

Harry Rosetree regresó a su casa con un paso tan regular que nadie habría sospechado nada al ver pasar a aquella visión de cromo y pintura rosa. Había puesto la radio maquinalmente y detrás del automóvil flotaban las estelas de música ligera que se llevaba el viento. Pero en el interior, en medio de la tapicería beige, frente al cuadro de mandos, la música se rompía en pequeños fragmentos de hojalata que tintineaba, en destellos de cristal y en molestas placas de zinc desgarradas.

Apretó el acelerador, y sin embargo al final del viaje sólo se encontraba su casa.

—¡Qué aspecto traes! —dijo Shirl—. ¿Has visto un accidente o qué? Ya sé que no está bien dar consejos, pero lo que necesitas es algo caliente y un par de aspirinas.

Le hubiera querido observar más de cerca, pero él no se detuvo. Atravesó la casa con extraños gruñidos. Se sentó en el borde de un sillón lleno de cojines y se puso a gruñir o eructar completamente gris.

Ella le había seguido:

—Dime ¿vas a continuar asustándome?

Cuando él comenzó a llorar su esposa quedó lo suficientemente estupefacta como para proseguir. Mrs. Rosetree tenía un gusto secreto por los grandes rubios, sólidos, de rostro musculoso. Sin embargo había amado a aquel estropajo por contacto, e incluso, lo habría jurado, con un afecto sinoero.

Harry sollozaba frotándose las rodillas.

—¡Es lo mismo! —creyó ella oírle decir.

Entornó los ojos.

—¡Es lo mismo! —repetía él a través de sus lágrimas.

Entonces ella se enfadó y replicó gritando:

—Es lo mismo, es lo mismo, contigo siempre es lo mismo; y yo soy una estúpida por soportarte.

Pegaba a los almohadones con los puños cerrados.

—Pero basta por hoy. Voy a telefonear a Mrs. Pendlebury y nos iremos juntas al cine. Con eso pensaré en otras cosas.

Gritó al irse:

—No te preocupes ¡volveré!

Harry Rosetree no se movió de su sillón con cojines demasiado llenos hasta que se marchó su mujer. Ella había lanzado una ojeada al salón antes de salir, pero todo estaba aún demasiado reciente para dirigirse la palabra.

Cuando estuvo a solas pasó al cuarto de baño en donde se había empolvado y hecho sus gárgaras. El espejo estaba empañado de vaho y él escribió en grandes letras:

MORD...

Después lo borró.

Volvió a llorar; luego se detuvo.

Bruscamente, ante el espejo, descubrió sus encías, y todas las venas de sus ojos terribles se le ofrecieron a plena luz.

Cuando regresó Mrs. Rosetree, los cordeles de sus paquetes se clavaban en sus dedos regordetes y enguantados. Arrastraba su estola de zorro como si fuera un torero extenuado.

—¡Hu, hu! —exclamó—. ¡Hola!

Aquello estaba destinado al coronel Livermore que respondió con discretas onomatopeyas. Su mujer evitaba mirar hacia la casa de los Rosetree, pero el coronel, hombre justo y tranquilo, al principio había ofrecido plantones de sauce y le había enseñado algunos nombres botánicos en latín.

—¿Ya de regreso? —dijo el coronel con su precisión habitual.

Pero Mrs. Rosetree rara vez prestaba atención a lo que decía su vecino. Le bastaba con bañarse en la atmósfera de deseable distinción

—aunque pasablemente incolora— que segregaba todavía la seca persona del coronel.

Aquella vez Mrs. Rosetree decidió declarar con una ternura particular hacia aquel macizo de fotinias.

—¡Son encantadoras estas florecitas!

Sin embargo tenía otra cosa en la cabeza diferente a aquellas malditas plantas.

—Son acederillas —dijo el coronel con un gesto vivo.

Mrs. Rosetree se disponía a marcharse.

—Estoy completamente desvanecida —dijo empleando la palabra que había aprendido del coronel—. No le oculto que voy a echarme un poco, coronel, y descansar mis piernas antes de que vuelvan los niños.

A aquella hora las formas del jardín en el que nunca se había sentido a gusto comenzaban a disolverse y los ladrillos de las casas se difuminaban en el medio día. Si el interior resistía es porque su instinto había permanecido después de los primeros intentos, intentos cuya presencia la reconfortaban, y hubiera errado con gusto interminablemente en el crepúsculo, palpando, cuando necesitara confianza, las mejoras materiales que había llevado a un prototipo demasiado heroico para ella.

Ya no se apresuraba, pero fruncía el ceño al pensar en su marido. No tenía intenciones de prevenirle de su regreso: esperaría que se le acercase en la sombra y la besara en la mejilla, o en la nuca...

Pero ella seguía cautelosa. Margue no la había estado exactamente mirando. Más bien, de reojo. De modo algo extraño. Durante toda aquella infecta película.

Continuamente preocupada, Mrs. Rosetree entró en el cuarto de baño. Siempre estaba inquieta por sí misma y por su aliento, y por eso hacía continuos gargarismos.

El cuarto de baño estaba evidentemente más iluminado que las demás habitaciones gracias a sus espejos y a la luminosidad del papel plástico de las paredes. También era más frágil y menos espaciosa. Cuando la ventana estaba cerrada, la falta de aire la asfixiaba.

De repente Mrs. Rosetree tuvo la impresión de que una cuerda la estrangulaba. Un grito salió del fondo de sus pulmones. Su cuerpo entero se infló.

—¡Aaahhh! —gritaba.

Se calló para cobrar fuerzas. Buscaba las palabras necesarias.

Entre tanto gemía pensando en ternuras olvidadas.

—¡O y -y oy -y oy -y oy!

Pero la vergüenza era demasiado fuerte y ella la sentía como una masa que golpeaba su cuerpo.

—¡Du! ¡DU! —exclamó con la mirada quebrada—. ¡Du verwiester Mamser![67].

Mrs. Rosetree se puso a correr por toda la casa, olvidando la disposición de los muebles familiares. Una silla la golpeó brutalmente en un lugar íntimo. Enredada por las dulces sombras o por su estola de zorro, se liberó de una patada.

Llegó al jardín, aquel lugar maléfico que siempre había odiado; entonces se dio cuenta, a causa de las ramas que la rozaban, de las arañas que le caían en el cuello, de las voces de los goyim que reían sin motivo, a lo lejos, detrás de los espesos follajes.

—¡Hilfe! ¡Hilfe! ¡Horen Sie! —imploraba Mrs. Rosetree convulsivamente llegando al macizo de

fotinias—. Mein verrückter Mann bat sich...[68].

Los demacrados rasgos del coronel Livermore se quedaron fijos ante semejante falta de contención.

Mrs. Rosetree se repuso tan rápidamente como se había dejado llevar.

—Coronel, es espantoso. ¡Perdóneme! Si quiere venir... Mi marido se ha ahorcado en el cuarto de baño, con el cinturón de su bata.

—¡Por mil demonios! —exclamó el coronel Livermore pasando por encima de las fotinias—. ¿En el cuarto de baño?

La idea brotó de Mrs. Rosetree que quizás en ese momento era una prueba de mal gusto.

—Mi marido estaba nervioso, coronel. Nervioso y enfermo. / Yoy- yoy! Cuando se lleva eso en la cabeza, la culpa no es de nadie, ¿eh?

Pero quizá la culpa la tenía aquel viejo judío que había ido allí una tarde, se decía Chulamite, en el momento que la azotó un montón de hojas húmedas.

—¡Nein! — gemía desde el fondo de sí misma, y sus protestas subían de una región que su compañero jamás había sospechado, ni, con mayor motivo, explorado. Se nos habla —¡Oh, hace tanto tiempo!— pero en esta vida moderna nos olvidamos de todos, y después un día, ¡regresan!

El coronel Livermore estaba muy contento de que su mujer se hubiera ido a pasar la jornada a casa de sus primos de Vaucluse, ya que había surgido aquel desagradable asunto. Él, que sentía horror de que le tocaran, sentía las sortijas de aquel judío entrar en su piel seca. Estaba arrebatado, desprendido, como una astilla clavada en la carne perfumada de la noche.

En la noche revoloteaban los insectos y las insinuaciones. Su alma inerte lo hubiera aceptado todo pasivamente si la impresión de los dedos de sus pies contra los escalones de ladrillo no le hubiera recordado que debía obrar como un hombre. La mujer había recobrado también bruscamente su sangre fría. Aquel regreso a la razón debilitó sus piernas y mientras subían las escaleras tropezaron con sus codos y hombros a riesgo de caerse.

—Perdóneme, coronel —dijo Mrs. Rosetree con una risita que ahogó tosiendo.

Rejuvenecida por una misteriosa influencia, estaba presa de una obsesiva necesidad de orden.

—Existen tantas cosas que arreglar en una familia después de una muerte súbita —explicó—, Voy a telefonear a Mr. Theobalds. Ha de venir a ponerme al corriente. Es indispensable. Con mis dos hijos pequeños necesito saber dónde me encuentro.

Los detalles se acumulaban y la sangre hinchaba sus manos colgantes, pero finalmente no hubo ningún motivo para que retrasaran su entrada en la casa del ahorcado.

XVI

En el lugar donde se encontraba tumbado, la ventana sólo encuadraba el cielo, y éste era feliz. A su alrededor las paredes desnudas, en otros tiempos blancas y todavía presentables pese a las moscas, no añadían nada al cuadro abstracto que reflejaba el mezquino espejo. Surgían detalles de ciertos reflejos: aparecían incoloras bolitas aplastadas y marcaban con cadena de caracteres el paisaje de un azul hasta entonces sin defectos que se inflaba en protuberancias rosadas y se hundía en depresiones malvas. A veces era necesario terminar la obra que otro había comenzado. Su nuez se levantaba con un orgullo inconsciente mientras consideraba la composición a la que añadía de memoria las masas de tierra roja, o en un color claro el follaje parecido a la ensalada que era el de Numburra. De esta forma pasaba sus días y hubiera sido feliz si no se hubiera sentido físicamente tan débil y si no hubiera sabido que su obra maestra aún quedaba por hacer. Entonces comenzaba a torturar la colcha de Mrs. Noonan, que se transformaba en deshilacliado en la parte situada al alcance de sus dedos.

Dubbo no había vuelto a la fábrica después de las vacaciones de Pascuas. Si no se hubieran producido otros sucesos dramáticos, seguramente alguien habría ido a buscarle, pero las condiciones eran las que eran, y seguía solo y olvidado, lo que concordaba con sus intenciones. A menudo le había sucedido en el pasado el dejar un sitio a fin de trabajar, y los demás se habrían escandalizado de haber sabido la razón.

Sin embargo aquello no habría durado, y después de haber escupido habrían regresado de nuevo con sus máquinas. Pero su amor por el secreto siempre había protegido a Dubbo del ridículo. Y ahora más que nunca, ya que las paredes mismas del silencio eran sospechosas.

Ya el día siguiente a aquel que se había metido en la cama para prepararse a la acción — según se persuadía, después de pensar demasiado en su debilidad— llamaron a la puerta, y se había levantado de mala gana para ir a abrir.

Era Mrs. Noonan, la propietaria, que se mostraba así por primera vez.

La miró con hostilidad por la puerta entornada.

—Soy yo —dijo ella sonriendo.

Era un tímido ronquido.

—Me he preguntado varias veces si no se encontraría usted enfermo. He hecho té reciente. ¿Quiere una taza?

Sus párpados se agitaban como los de una gallina.

—No —respondió él brutalmente.

—¡Bueno! —dijo Mrs. Noonan guiñando un ojo y sonriendo.

Cuando la oscuridad de la entrada se hubo cerrado de nuevo sobre ella, él corrió hasta el borde del descansillo y por encima de la barandilla gritó:

—He dejado mi empleo. Voy a estar ocupado durante una semana y quiero que me dejen tranquilo.

La voz de la mujer subió:

—¡Ah, bien!

Al escucharla se dio cuenta de que su boca esbozaba una sonrisa incolora.

—¡Gracias! —dijo secamente después de una pausa.

Pero ella ya se había ido y el hombre, solo en el descansillo, se quedó desolado. En seguida entró en su habitación y se sentó sobre su cama. No se tumbó rápidamente, y durante varios días, se le ofreció la sonrisa vaga de Mrs. Noonan.

A la mañana del quinto día su melancolía era tan fuerte, sus entrañas estaban tan deshechas, su situación tan indecisa que se levantó resueltamente y salió a la calle. Bebió medio litro de leche en el establecimiento de un siciliano, compró un kilo de tomates y un paquete de tocino. Una luz suave, casi otoñal, había simplificado la arquitectura de Barranugli, la que ya no disfrazaba su razón de ser. Todos los rostros con los que se cruzaba parecían esperar algo de él.

Dubbo lo vio y comprendió que había llegado el momento irresistible del destello creador. Al llegar a la casa de Mrs. Noonan, su alegría saltaba delante de él, mientras su mano fría avanzaba lentamente y palpaba las protuberancias de la escalera que se habían convertido para él en señales mientras subía los escalones.

Cuando entró, la habitación vacía estaba llena de una intensa luz amarilla. El plátano silvestre del patio lanzaba destellos verdes desde la palma de sus hojas. El parabrisas de un camión centelleó. De esta forma los ojos de Dubbo fueron calmados por todo lo que, de un solo golpe, le era ofrecido. Preparó sus pinceles ya limpios. Pegó un mordisco a un tomate hasta que el jugo dorado le resbaló hasta la barbilla. Comió lonchas de tocino que masticó con sus dientes sanos y blancos, dejando las finas cortezas.

Entonces fue cuando sacó la primera de las dos telas que había comprado en previsión varios meses antes. Más grandes que los lienzos de otros tiempos o del aglomerado que empleaba generalmente, la tela virgen ya no le horrorizaba.

Tomó su tiempo para preparar la superficie en el olor lenitivo de la laca con que recubría la superficie incolora, preocupado por las proporciones del cuadro que proyectaba. Éstas le parecieron de repente tan convincentes, tan perfectamente justas, que así es como tal vez existían desde hacía años en su espíritu. Detrás de sus dudas superficiales y su reciente abatimiento físico, la estructura se había afirmado. Ahora

sus dedos se tensaban como un acero sorprendente, salvo para sí mismo, evidentemente. Ya no estaba sorprendido. Lo sabía, siempre lo había sabido.

Dubbo ignoraba el tiempo que hacía que trabajaba. El acto creador destruía las divisones artificiales del tiempo y la costumbre. Sus emociones corrían el riesgo de tragarle en sus torbellinos azules y rojos, al fondo de un largo embudo del más corrosivo de los verdes, pero se aferró con tenacidad a la arquitectura del cuadro, y de esta forma fue salvado del desastre. Por un momento emergió detrás de la barricada de los planos la cortina de las texturas y se arriesgó a retocar las heridas del Cristo muerto con un amor tan grande como nunca en su vida había experimentado. En seguida la sangre brotó de su propia boca y, sobre el lienzo, las heridas se pusieron a resplandecer y a palpitar con toda su convicción.

Después de aquello descansó un momento. Se habría dejado llevar con gusto por una de las olas del agotamiento, pero sus ardientes párpados le negaron esa suave tranquilidad.

Hacia el final de aquel día se levantó, sumergió su cara en la palangana y sacudió la cabeza para desembarazarse del agua que tenía en los ojos. Entonces sintió de nuevo la necesidad de expresar el amor del que había sido testigo, y del que siempre, en el fondo de sí, había conocido la existencia. Rozó la mejilla de la primera María, de la misma forma con que le había limpiado la boca con su pañuelo arrugado la tarde en que él se encontraba caído sobre el linóleum de Mollie Khalil. Sus brazos, que evocaban la solidez de la piedra, al mismo tiempo que su ligera y necesaria rugosidad, llevaban los estigmas verdosos de toda carne martirizada. A medida que pintaba, sus narices fruncidas hacían esfuerzos para rechazar el olor a leche que le invadía dulcemente, pues los senos de la mujer eterna eran un manantial jamás ordeñado. Si hubiera conocido la opulencia quizás hubiera podido conciliaria con la compasión. Pero en realidad aquellas magnificencias carnales le disgustaban y su pincel se volvió agresivo. Fustigaba la pintura para humillarla. Intentó recordarlas costuras del abrigo, la orla del traje, el polvo de sus gruesos zapatos, la forma exacta de la hinchazón por debajo del sobaco cuando se inclinaba sobre su silla. Tal vez lo consiguió, ya que sonrió a su visión de la Madre de Dios que esperaba el cuerpo de Cristo para envolverlo en la blancura, y casi en seguida se marchó al otro extremo de la habitación donde se puso a temblar y a sudar, sufriendo por no poder continuar.

Aquel miedo se apoderaba de él de vez en cuando. Salía a comprar los alimentos y se los comía, a veces de pie en una esquina de la calle, o desgarraba el esqueleto de un pollo asado, o picoteaba ávidamente palomitas de maíz. Y durante todo ese tiempo pasaban hombres y mujeres, viviendo sus pesadas vidas.

Casi siempre era ya caída la noche cuando salía de su habitación. Por la noche las calles de la ciudad simplificada estaban casi desiertas y todos sus vicios disimulados. Sólo quedaba el vacío y el parpadeo del neón. Igual que se precipitaba sobre sus esparteñas, bajo los tubos de ectoplasma, el negro solitario parecía huir de la escena de un crimen cuyo frenesí se reflejaba todavía en sus mejillas y en las lunas de los escaparates. Le arrastraba a lo largo de los chorros de luz en donde sus jueces iban a coger sitio entre mobiliarios lustrosos, a lo largo de las cavernas oscuras en que hojas de follaje artificial se marchitaban sobre mármoles grises. Llegaba por fin a la oscuridad de la periferia, y durante los últimos cientos de metros sus pasos crujían sobre las escorias metálicas, quizás el residuo de todos los pensamientos nocturnos que durante siempre había torturado a las almas oscuras.

Después de una noche como aquélla y un alba tardía, se levantó para atacar la segunda mujer acurrucada, o mejor, agazapada al pie del árbol. En otros tiempos quizás habría inventado expresar la desesperación humana en las manos que todavía sostenían los pies del Señor muerto. Pero desde que había sentido erizarse la cabellera de la noche, su espíritu relucía en pequeñas escamas reveladoras. Se puso a pintar a la loca de Xanadu, no tal como la había visto en su abrigo de hojas, cerca de la carretera, sino tal como la conocía tras su breve momento de comunión, en el que había entrado a aquel alma en la forma sutil y repentina de la luz. Así pues, pintó sus manos como las frondas retorcidas y puntiagudas de los helechos. Pintó a la segunda María apelotonada como una zarigüeya, en una matriz imaginaria hecha de una película transparente, o bien en el centro de un torbellino de viento apenas perceptible. Mientras trabajaba, su memoria revivía las actitudes confiadas de los animales a punto de beber, arañar o morder su piel abandonándose al aire y al sol. Pero para pintar la extraña sonrisa en la boca de la mujer roja como un zorro, recordó una flor que improvisadamente se había abierto ante sus ojos. Su versión de la segunda sierva del Señor adulaba su vanidad. A riesgo de estropear la tela insistía en ella sin cesar y envolvía cada vez más de cerca a aquella criatura de la tierra en una representación visual del viento cuya ejecución era casi demasiado hábil. Parecía poco consonante con la vista, pero pese a su sustancia animal, estaba iluminada por la luz del instinto en el interior de la trama transparente del viento

arremolinado y procreador.

Dubbo añadió otros numerosos detalles, porque le gustaban y para satisfacer las exigencias de la composición. Pintó flores en una formación bravia, flores espinosas y puntiagudas, lo mismo que las corolas más frescas que él pudiera poner sobre una piel ardiente. Pintó a las pequeñas Godbold como las había supuesto, sin duda erguidas, aterrorizadas ante la pesadilla en la que habían entrado, otras apretadas entre sí, soñando algo desconocido. También estaban los obreros, armados con sus derechos, inquietudes y naranjas, y después el azul cayó del jacaranda y se esparció a sus pies, y era aquel azul que se percibía entre las ramas del árbol, y sobre aquellas mismas ramas estaba el comentario silencioso de uno o dos pájaros.

Cristo era evidentemente el andrajoso judío de Sarsaparrilla y de la fábrica Rosetree. Se veía que él había conocido otras vidas, lo mismo que las enfermedades de cuerpo y alma a las que el hombre estaba sujeto. SÍ Dubbo lo pintaba más oscuro de piel no lo hacía por conveniencia, sino porque no podía resistir el impulso que le obligaba a hacerlo. Muchos eran omitidos, y aquella ausencia incluso era fecunda. El observador quizás añadía los jeroglíficos de su angustia personal a la silueta aplastada, casi demasiado despojada, a la boca elíptica y al rostro dividido del Cristo-judío.

El pintor no veía llegar el fin del día, pero no obstante llegó un momento en que lanzó su pincel a un rincón de la habitación. Buscó su cama a tientas y se metió bajo la colcha completamente vestido. Permaneció sumergido en un profundo sueño del que emergía de vez en cuando para pasearse por la orilla del río junto con el Reverendo Timothy Calderón. Pero se apartaba del pastor que continuaba murmurando historias de pecados capaces de escurrirse entre los dedos como anguilas. Aunque finalmente ambas siluetas llegaban a hacerse una señal desde lejos. Agitaban los brazos separadas por la inmensa y transparente inocencia del amanecer. Unos loros alegres lo celebraban, y si el Alfouétu no se lo hubiera prohibido a sus joviales picos, éstos se habrían clavado en su pecho.

Entonces se despertó con una mezcla de temor y alegría. Era de noche y ya no se sentía a la hierba, pero él se sumergió aún más profundamente en su cama para agrandar la distancia que le protegía. El bienestar buscado no llegaba, y permaneció tumbado, tembloroso y quejumbroso, espantado de comprobar que desde su infancia casi no había cambiado nada. Unicamente se habían alargado sus visiones y había elucidado un cierto número de problemas técnicos que ellas planteaban.

Cuando terminó su Descendimiento de la cruz, Dubbo tuvo la impresión de haber perdido todo resorte. Le parecía que corría agua por sus venas, pero una corta hemorragia le probó que no era así. No tenía ningunas ganas de comer, pero se obligaba a hacerlo en vista de posibles acontecimientos. La mayoría del tiempo la pasaba tumbado y chupaba sus dedos encogidos o apretaba sus codos contra su cuerpo, fuertemente. Ahora sus fuerzas estaban reducidas, excepto cuando su imaginación se inflamaba en alguna conjunción de luz y de color en el marco de la ventana, en aquella imagen abstracta, siempre cambiante pero incompleta que era el cielo.

Y después, un amanecer dorado del recién llegado verano, cuando las ranuras negras del suelo de madera convergían hacia él y los cristales de la ventana eran momentáneamente impotentes para contener el abrazo, se sorprendió de nuevo al lamentar el gran cuadro que le habían robado en casa de Hannah. Como físicamente se había vuelto incapaz de odiar, su actitud de asombro le llevaba a considerar objetos de los que hasta entonces había prescindido. Por ejemplo, estudiaba el rostro de Humphrey Mortimer con el mismo interés que hubiera tenido por una familia de lombrices saciadas o un trozo de tocino. Finalmente todo se le convertía en objeto de asombro, e incluso de amor, sobre todo la voz del judío que había oído dominando el ruido del depósito de agua y del grifo del lavabo:

«...Y así vi un viento de tempestad que venía del norte y una gruesa nube envuelta en su resplandor, un fuego del que salían rayos, y en el centro del fuego como un rayo de ámbar...»

El negro se agitó en el lecho, mordiéndose el dorso de las manos. La ventana le cegaba con sus cuatro criaturas vivas con imagen de hombre.

Lo mismo que recordaba aquella voz, Dubbo veía claramente el dibujo del Carro. Hubiera sido capaz de reproducir todos los detalles, centímetro a centímetro, pues nunca olvidaba los lugares por los que había pasado. Todo dependía de si aún tendría la suficiente fuerza física. Dudaba de que todavía pudiera pintar.

Durante toda la noche fue visitado por las alas de aquellas Cuatro Criaturas Vivas. El extremo de sus alas rozaba sus mejillas. El tendía los brazos para tocar las plumas y conocer su materia, pero tuvo un

horrible despertar después de haber soñado que estaba tumbado bajo la piel de un cadáver mal tendido sobre él como para protegerle, según parecía, cosa que hubiera conseguido si él no hubiera sentido aquel frío gotea- miento.

Permaneció despierto mientras amanecía. Después, en la aurora, se levantó y fue a la ventana, y un poco de ese fuego reavivado se esparció por sus venas muertas. Sus dedos se liberaron y se puso a dibujar en el cristal, no su croquis perdido sino su verdadera visión.

Hacia las siete, Dubbo se hizo un poco de té. Comió pan con mantequilla, sin duda rancia, pero aquello le reconfortó. Se sintió dispuesto aunque débil, y en seguida expresó su concepto del Carro. El dibujo quizá fue ejecutado con demasiada rapidez, pero se desprendía de esta forma de su memoria, casi como si allí hubiera estado impreso. Estaba delante de él. Y entonces supo que cualquiera que fuera su estado pintaría su Carro como primitivamente había tenido intención de hacerlo.

Durante los dos días siguientes, sus movimientos enlazaron su cuerpo; sin embargo su espíritu planeaba por encima, severo, cerrado, dispuesto a rechazar una colaboración deshonesta. De esta forma el firmamento fue de nuevo creado. Primero fueron establecidos los pilares en un azul muy denso, muy profundo, sobre el que puso oro. El camino subía oblicuamente, bastante recto para desanimar a caballos de paso incierto. Los caballos eran sin duda animales salvajes, de un gris oscuro, demasiado rústicos, demasiado terrenales, se hubiera podido decir, si sus crines y su cola no hubieran tenido fantásticos mechones y si las nubes deshilachadas que se desprendían de sus costados se hubieran acercado en algún punto a las rocas de oro celestial.

Un hecho curioso se manifestó: bajo algunos ángulos, la tela presentaba una relación inversa entre la permanencia y el movimiento, como si las orillas de un río se pusieran a deslizarse a lo largo de sus aguas inmóviles. El pintor quedó satisfecho de aquel efecto, debido más o menos a la casualidad, aunque lo descubrió él varios años antes, un día que estaba tumbado en una cuneta. Así pues reforzó aquella ilusión que también era una verdad y de la que los timoratos podrían desembarazarse simplemente con cambiar de sitio.

Mientras Dubbo trabajaba, los días embellecían. Tenían una calma permanente y amarilla. El ruido de las cigarras no era tanto un ruido como una espesa cortina destinada a proteger sus vulnerables sentidos. Todos los demás sonidos parecían haber corrido la bola por el centro de la ciudad, mientras él comunicaba su efervescencia espiritual delante de su lienzo. Sin embargo la debilidad le aplastaba, y él se sentaba al borde de su silla cuyos pies raspaban el suelo y se inclinaba hacia delante para no perderse nada de lo que sucedía en el mundo de su creación.

Hizo un poco de trampa en la forma del Carro. De igual forma que no se había atrevido a realizar completamente el cuerpo de Cristo, el Carro fue tímidamente esbozado. Pero la imprecisión de sus líneas le daba un fulgor suplementario y no fue más que un resplandor que cruzaba el cielo o penetraba en el alma del que lo miraba.

Las Cuatro Criaturas Vivas le planteaban otro problema que no podía esquivar. Se obligó laboriosamente a modelarlas en una pasta espesa. Una de ellas parecía hecha de mármol, maciza, blanca, inviolable. Una segunda parecía compuesta de hilo de hierro con una estrella en lugar de corazón y una corona de alambres de espino. El viento soplaba a contrapelo en el manto rudo y leonado de la tercera, aplastando su cara brutal, mientras que sus ojos humanos parecían reflejar todos los posibles sucesos futuros. La cuarta estaba hecha de brozas sangrantes y de hojas pegadas. Sentadas en el vehículo, aquellas cuatro figuras se hacían frente, y sus almas diversamente coloreadas iluminaban sus cuerpos. Sus manos abiertas se habían desembarazado de sus sufrimientos, pero todavía no habían recibido la beatitud. Eran conducidas a lo largo de una trayectoria oblicua, hacia el extremo superior izquierdo, y abajo, a la derecha, el pintor firmó claramente en rojo como Mrs. Pask le había enseñado:

A. DUBBO

con una fecha debajo.

Cuando acabó era de nuevo el atardecer. La luz inundaba su habitación y le habría cegado si él hubiera deseado ver aún. Se sentó en la cama con el cuerpo tieso. Un agudo dolor invadía la pequeña habitación en vahos carmesíes. Se escurrió sobre sus manos y vio que estaban bermejas de su oro interior.

Mrs. Noonan se sentía extraña en su propia casa, que había pertenecido a su suegra; también ella caminaba sin ruido, con un viejo sombrero en la cabeza, rozando los muros, sonriendo de miedo a excitar la malevolencia. Ella no tenía amigos, sólo dos conocidos: un camionero y su mujer a la que fastidiaba molestarla. Completamente sola bebía interminables tazas de té y amaba a sus gallinas. También estaba contenta de la presencia de su huésped, que parecía ser un hombre muy de bien, pero al que no veía.

Limpiaba un día los rodapiés del descansillo cuando sintió un olor desacostumbrado que salía por debajo de la puerta de la habitación que tenía alquilada. Era un olor extraño, incluso desagradable, y por fin se decidió a llamar una o dos veces y a exclamar:

—¡Señor!

Llegó incluso a sacudir el pomo de la puerta, pero con una mano vacilante, ya que todavía no conseguía persuadirse de que aquella habitación formaba parte de la casa de su madre, y mucho menos de la suya.

—¡Señor! ¡Eh, señor!

Sacudía el pomo sonriendo, con el oído atento.

—¡Oiga! Soy yo, Mrs. Noonan... ¡Soy yo, Mrs. Noonan! —repitió con una voz más débil, quizá para darse ánimos, pero no quedó convencida del sonido de su propia voz, y bajó preguntándose si se atrevería a molestar al camionero y su mujer. No tuvo el suficiente valor, y después de haber cambiado de sombrero y haberse calzado, se dirigió hacia una casa vecina en donde había visto la placa de cobre de un doctor.

Al joven médico, que estaba a punto de leer una novela policíaca, mientras se rascaba a través de la bragueta, le fastidió que le molestaran, pero estaba contento de tener una cliente que pudiera pagar sus gastos.

—¿Qué tipo de olor?

—No lo sé —dijo Mrs. Noonan agitando los párpados y sonriendo—. ¡Un olor raro, yo qué sé!

Respiró más libremente cuando él fue a buscar su maletín, y se sintió orgullosa de caminar a su lado por la calle, no exactamente a su lado sino lo suficientemente lejos para que se viera que iban juntos. Seguía haciendo calor y avanzaban penosamente sobre la acera invadida de aquella luz amarilla que había ayudado a pintar a Dubbo.

—¿Tenía aspecto deprimido? —preguntó el doctor.

—No —respondió Mrs. Noonan—. No realmente. Pero no decía gran cosa, nunca hablaba mucho.

—¿Estaba enfermo?

Ella vaciló.

—Creo...

Y después, de repente, exclamó:

—¡Sí! Estoy segura de que el muchacho estaba enfermo. Eso es lo que ha debido suceder. ¡Tal vez haya muerto!

El sonido de su voz la entregó a una terrible soledad en medio de aquella calle, ya que el doctor estaba por encima de las personas ordinarias. Mientras continuaron su camino, ella intentó pensar en sus gallinas, ahora que aquel simpático negro se había ido.

Cuando llegaron a la puerta de la habitación, el médico pidió la llave, pero como no había duplicado, hubo de dar un empujón; la puerta cedió sin dificultad.

Fueron proyectados hacia adelante, pero el agudo olor les hizo retroceder en seguida.

El doctor gruñó algo y abrió la ventana.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—Hace poco más o menos tres días —respondió Mrs. Noonan sonriendo detrás de su pañuelo.

Dubbo estaba tumbado en la cama. Su cuerpo estaba retorcido pero en una actitud natural que recordaba a la de un animal, la de un pájaro que hubiera experimentado la necesidad de morir. Había mucha sangre en la almohada y en sus manos, pero estaba seca, y de aquella forma el cadáver parecía recubierto de un barniz artificial.

El doctor procedía al repugnante examen.

—¿Está muerto? —preguntaba Mrs. Noonan—. Doctor, ¿está muerto?

Ella misma se dio la respuesta:

—Está muerto.

—Sin duda una hemorragia tuberculosa —murmuró el médico resoplando para manifestar su desaprobación.

—¡Ah! —dijo Mrs. Noonan.

En aquel momento se dio cuenta de los lienzos y quedó anonadada.

—¿Qué es lo que dice de eso, doctor? —dijo ella sonándose con el pañuelo.

Para tomar conciencia con aquello, el doctor echó una ojeada por encima de su hombro frunciendo el ceño. Ciertamente no tenía la intención de mirar.

Cuando acabó y hubo dado instrucciones a la inexistente criatura que era la propietaria, salió dando un golpe con la puerta. Entonces Mrs. Noonan se apresuró a ir a buscar al camionero y a su mujer, pero echó una ojeada sobre el muerto, y su casa le pareció menos suya que nunca.

El entierro de Alf Dubbo fue llevado a cabo rápidamente. Había dejado el suficiente dinero en un vacío bote de leche condensada para pagar los gastos y el alquiler. De esta forma todo el mundo quedó contento. Su alma representó para Mrs. Noonan un problema muy complejo: sus cuadros le estorbaban. Por último, el camionero le dio la idea de venderlos en subasta y la llevó a la sala de ventas en donde fueron liquidados por algunos chelines después de algunas bromas. Mrs. Noonan se quedó tranquila, pero a veces se preguntaba que a dónde habrían ido a parar los cuadros.

Ni siquiera los encargados de la subasta se lo hubieran podido decir ya que, poco después, sus libros ardieron en un incendio. En cualquier caso los cuadros desaparecieron, y, si no fueron destruidos cuando dejaron de gustar a sus compradores, seguirán siempre esperando volver a ser encontrados.

SÉPTIMA PARTE

XVII

Demolían Xanadu. Rápidamente tras los primeros golpes de pico, la vida secreta de la casa pareció expuesta a todas las miradas y la escena dispuesta para el último acto y para la intervención divina. Pero las puertas de las habitaciones destripadas permanecieron cerradas y los actores no se dejaron ver. El motivo era sin duda que la venganza ya se había ejercido y que la habitación había acabado en uno de esos lugares en que el papel de las paredes susurraba o que los estorninos brotaban de las cortinas. No obstante las personas interesadas venían de Sarsaparrilla para ver, para oír el grito inminente y trágico, para pasearse sobre la hierba, en donde esperaban encontrar algún recuerdo, tal vez un broche de jade, o un prendedor de coral, o las fotografías que el amarillento pasado lanza como espuma.

Aquello sólo podía tratarse de búsquedas, ya que el mobiliario había sido llevado de allí desde que habíase decidido demolerlo y parcelarlo. Aquello se hizo bajo la mirada de la ley; se vio llegar a un joven de negro y a otro, mayor, de traje verde, que dirigían los inventarios y asistían a la llegada de los camiones de mudanza. Representaban al pariente y heredero, un tal Mr. Cleugh, de la isla de Jersey, del Reino Unido. Todo había sido arreglado por carta ya que el feliz heredero era demasiado viejo para emprender el viaje; además ya lo había hecho una vez, y la riqueza sin duda sólo le interesaba ahora en teoría. Las urnas de malaquita abandonaron por fin Xanadu, como el cofre de cedro, y la mesa de Boulle con armadura de cobre. En Sarsaparrilla algunos de los que se decían informados repetían que la venta había reportado buen dinero, pero otros pretendían que todo había sido cambiado por un trozo de pan.

Lo más curioso del asunto era que la vieja mujer hubiera pensado en consultar con la ley. Había convocado a sus representantes, según parecía, poco después de la muerte de su madre, y una cierta lucidez en su memoria la había impulsado a testar en favor de su primo Eustace. Nadie, ni siquiera los que siempre se equivocan sobre los motivos de los seres, hubiera pensado en considerar aquella herencia como una sencilla reversión, pues Mary Haré era el pariente más próximo de algunos Urquhart-Smith.

Así lo había decidido Miss Haré. Ella que había rondado por la maleza y a menudo huido a la llegada de los extraños, que la habían visto por la ventana, con un visillo hecho harapos disimulando su rostro, que había vagado a la ventura por los pasillos y habitaciones de Xanadu, aquella morada que era su hogar sólo de nombre, ella que no era ni siquiera un animal, sino quizás únicamente una hoja, que siempre había estado considerando, según decía la gente, había decidido por último, la noche en que la casa del judío había ardido, abandonar Sarsaparrilla donde no se la volvió a ver más.

Hubo búsquedas, sospechas en los periódicos, y se descubrieron dos cadáveres, uno en un río al sur de Nueva Gales del Sur, el otro en el mar, a lo largo de la costa de Queensland. Ni uno ni otro eran identificables. Pero en la continuación de las deducciones, demasiado tortuosas para ser desmenuzadas, acabaron por concluir que Miss Haré se había lanzado a las heladas agudas del río del sur en donde las truchas la habían destrozado volviéndola irreconocible. Aquélla se convirtió en la versión oficial. Pero algunos sabían que aquélla no era Miss Haré; por ejemplo Mrs. Godbold y varias de sus hijas. No hablaban nunca de eso, pero sabían que Miss Haré estaba mucho más cerca y que, si su pobre carne se descomponía, su alma al menos no se apartaba jamás por mucho tiempo de aquellos alrededores. Las pequeñas Godbold apartaban los mechones que les caían sobre los ojos, bizqueaban mirando al sol y se callaban si los habitantes de Sarsaparrilla hablaban del fin de Miss Haré.

Un cierto misterio le rodeó siempre, pero Xanadu no fue en seguida más que una colmena con las mallas rotas y vacías de la miel del misterio. La gente disfrutaba desde lejos con el próximo golpe o se acercaba lo bastante para reírse de su bañera complicada con sus tuberías de cobre; pero desde abajo no podían ver las baldosas italianas de las que el tiempo y Mrs. Jolley habían desparramado el mosaico que representaba el macho cabrío negro.

A veces, en ausencia de actores, los obreros aparecían sobre uno de los diversos planos de la escena desierta y se añadían en el decorado a los colores muertos para satisfacción de los espectadores poco numerosos pero entusiastas. Éstos entraron, ya que los obreros de la demolición eran buenos tipos con los que podían cambiar sentimientos lo mismo que palabras. Todo aquello se convirtió en el sacrilegio más violento y personal, ya que se añadía a la animosidad destructora de la vulgaridad.

Por eso algunas señoras de la ciudad, con un puñado de muchachos y tres o cuatro jubilados con mejillas cubiertas por pelos grises, se echaron a reír un día en que un muchacho, el gracioso del grupo, apareció sobre el rellano de Xanadu con una especie de viejo abanico que acababa de encontrar y allí, en el sol perezoso que se filtraba a través de los árboles sobre la tapicería oscura y los montones de polvo, improvisó una danza que celebraba la historia de aquella morada. Nadie comprendió cómo aquel joven obrero pudo describir aquellos amplios círculos con ayuda de un abanico mohoso, y el mismo artista no se dio cuenta de que, pese a sus muecas elásticas y los giros imprudentes de su trasero, estaba a punto de ejecutar una espeluznante danza macabra. Pero bailaba. Para los espectadores, sus ligeros muslos introducían la oscuridad de la vida en aquella casa muerta. La cándida mañana no se volvió a cerrar sobre la escandalosa pantomima. La gente silbó, pero de gusto.

Y luego, al final, de repente, el antiguo abanico pareció desintegrarse en la mano del bailarín. Las plumas revolotearon en bocanadas de un humo rosa grisáceo, y el muchacho se quedó inmóvil, con los ojos fijos sobre algunos fragmentos de concha.

En seguida se sintió molesto y abandonó la escena cerrando violentamente la puerta tras de sí. El público se dispersó avergonzado.

Xanadu continuaba pulverizándose cuando no se desmoronaba. Después de la marcha de los obreros, cuando a las largas tardes doradas sucedía un azul helado, llegaron otras personas. Se trataba de parejas de enamorados que buscaban la soledad y la encontraban fácilmente allí, pues había suficiente silencio para todos, y la hierba que se cerraba por encima de sus cuerpos tumbados les aislaba en un mundo tan lejano como la China o Perú.

Else Godbold fue allí con su enamorado Bob Tanner. Los que conocían la vida fruncían el ceño al

comprobar la ignorancia, y evitaban los obstáculos sobre aquel difícil terreno que pisaban con andares solemnes. Permanecían de puntillas y balanceaban sus brazos gravemente, haciendo proyectos para el futuro como si lo hubieran amaestrado.

Pero una tarde Else Godbold se inclinó para recoger un pedazo de papel, alguna página de un libro viejo, pero escrita a mano, con una curiosa escritura refinada que se molestaron en descifrar, al menos en parte, bajo un saúco de ramas bajas.

«20 de julio...» Else Godbold se puso a ordenar las sílabas y Bob Tanner aprovechó la ocasión para acercar más su cabeza a la de ella.

«...calor opresivo cuando abandonamos Florencia para ir a Fiesole, y a la villa de la Signora Grandi, la amiga de Lucy Urquhart-Smith. Espero que allí será la vida más soportable, aunque la Signora Grandi no nos ha ocultado que era exorbitante. Me he lavado la cara y me he puesto mi traje de Liberty de seda. ¡Me he sentido mucho mejor!

»Norbert infatigable. Italia es su hogar espiritual. Hace algunos días se ha embarcado en un largo poema sobre Fray Angélico. No obstante dudo que su salud le permita terminarlo. ¡El estómago del pobre no digiere casi nada! Ahora que estamos en nuestra casa de la ciudad, espero poder encontrar una mujer que sepa prepararle su chuleta de cordero.

»Mi chiquilla es desgraciada. No la comprendo. ¡Dice que quisiera ser una ramal A veces me pregunto si Mary conseguirá adaptarse. ¡Es tan feal Se niega a aprender el arte de la conversación. Sus declaraciones me sofocan. Me veo obligada a reconocer que sus observaciones son generalmente ciertas, pero el mundo no tolera la verdad, sobre todo la verdad concentrada. El hombre que bebe su whisky solo puede volverse en seguida insociable. Lo sabemos por experiencia.

»21 de julio. Norbert ha insistido en regresar a Florencia para pasar el día. Hemos visto San Marco, Santa María del Carmine, Santa María Novella, Santo Spirito, etc., etc... Agotada. Me duele el hígado.

»26 de julio. No he escrito nada desde el jueves. Bastante fastidiosa la tarde del jueves. Norbert bebió demasiado. Ha amenazado con abrirse las venas. Ha renunciado, ha dicho, porque eso es lo que se espera de un Urquhart-Smith.

»Ayer por la tarde, como si eso no fuera bastante, mi pequeña Mary ha tenido una especie de crisis. Corta pero atroz. Se levantó y dijo que nunca había ido tan lejos y que había descubierto que el amor existe en la raíz de las plantas y de los árboles, lo mismo que en la raíz de los pelos, a condición de que no sean humanos.

»Demasiado alarmante. Debo encontrar el medio de demostrarle el afecto del que sé soy capaz. Recordar en el futuro para rezar por eso.

»¡Oh, poder conocer este futuro! El tiempo ha de resolver los problemas que desde cerca parecen irresolubles. Siempre había esperado que una hija de bellas manos me haría agradable la vejez. Ninguna oportunidad de un marido tranquilo. A veces me veo obligada a concluir que sólo el aire es capaz de calmar. Pero ¿dónde? Sin duda no en Florencia...»

—¿Qué dices de esto?

Era demasiado para Else Godbold.

Pero Bob Tanner había arrancado una ramita y la introducía estratégicamente en la oreja de su amiga.

—¡Ah, Bob! — exclamó echándose a reír, pues él la había interrumpido en sus elevadas reflexiones.

Después él acercó su rostro a su cuello, aunque sólo una débil franja de aire ardoroso les separaba.

Fuera el viento frío penetraba casi hasta las raíces del saúco en que se apoyaban. Ambos estaban allí perfectamente, protegidos por el árbol.

—¡Bob! —protestó ella—. ¡No has escuchado lo que acabo de leer!

—¿Todas esas antiguallas?

Nunca le había visto enfadado.

—¡Ah! —exclamó ella—. Daría cualquier cosa por saber lo que nos aguarda.

—Yo voy a decírtelo —dijo Bob.

Pero no prosiguió.

Ella vio fundirse la carne de su rostro y se encontró mucho más cerca de él.

Ahora estaban el uno contra el otro. Sus bocas se unían. Pero Else debió reprimir su aliento.

—Bob, tengo miedo.

—¿De qué?

—No lo sé —dijo Else, incapaz de describir el mundo de la noche.

Las lechuzas circulaban por las habitaciones de Xanadu batiendo sus alas. En alguna parte una rama crujió, cayó.

—En otros tiempos —dijo Else—, creía que se podía tener el futuro que se quería.

Entonces Bob Tanner, resuelto a no enfrentarse con el futuro cuando el presente era tan tangible, estalló:

—¡Que se largue el futuro! Ya está bien. ¿No me ves, Else? ¡Mírame, Else! ¡Else!

Ella levantó los ojos.

—¡Menos mal! ¿Así es mejor, Else?

El presente les abrió los brazos. Estrechados el uno contra el otro, bajo el saúco, parecía que nada, nunca, vendría a oponerse a la sólida certeza de Bob Tanner.

—¡Ya lo verás! ¡Lo cogeré bien fuerte! ¡Yo te daré el futuro...!

—¡Ah! ¡Bob! ¡Bob! —gemía Else.

Como si ella no hubiera sabido siempre que todas las certezas estaban allá y que lo que es bueno reposa sin cesar, como la hierba.

Una mañana Mrs. Jolley se puso su sombrero y descendió a Xanadu. Estaba sola, pues su amiga sufría de varices y de la vesícula, sin hablar del corazón. Aquello estaba demasiado lejos para Mrs. Flack. También Mrs. Jolley se deslizó a hurtadillas y parecía tener palpitaciones de lo que tardaba en llegar y de ver hasta qué punto había sido vengada.

No quedaba gran cosa de la casa, y los alrededores estaban pisoteados, las piedras desparramadas, dejando un desierto de polvo rubio. Las venas y las arterias vibraban todavía después de haber sido arrancadas. Tuberías se deslizaban entre las flores y plantas, y la visitante, cuyo gusto por la naturaleza siempre había estado apartado, tropezó con un viejo paraguas negro. Aquello fue un shock. Al principio creyó que se trataba de alguien.

Cuando había tenido la intención de pasearse por allí como por su casa, hubo de escaparse como si tuviera miedo de ser aplastada, y el ligero temblor de su cabeza, que ya había notado su amiga, le nublaba la vista. Todo hubiera debido ser claro, y sin embargo los objetos surgían en los pensamientos brumosos de Mrs. Jolley con las decepciones pasadas. Se dio en la tibia con el hierro de un balcón roto y se puso a llorar lentamente pensando en todas las impresiones que había recibido en su vida.

En realidad los daños de aquella víctima no habían sido exorcizados por la demolición de Xanadu; simplemente habían adoptado una forma distinta. Primeramente eran sus tres hijas con trajes de nylon, que caminaban un poco adelantadas sin que consiguiera nunca reducir la distancia que la separaba de ellas; eran los niños indiferentes que tiraban sus piedras o fustigaban el suelo con el cordón de sus zapatos, sin preocuparse de su abuela; era el apretado nudo de sus yernos que no tenían el espíritu de familia, sino que discutían entre ellos de dalias, de jubilación o de las reglas del fútbol australiano. En esas condiciones, ¿podría permitirse rechazar incluso a aquella amiga cuya amistad le parecía ya dudosa?

Mrs. Jolley tropezó con el tubo de una estufa mohosa de la que salió una nube de hollín como un

designio. ¡Su amiga!

Y luego, y eso era algo aún más extraño, al dar la vuelta al paseo en que había lanzado la Diana de la muñeca rota, la misma Mrs. Flack apareció.

—¡Oh! —exclamó Mrs. Jolley llevando la mano a su costado derecho.

—¡Ah! —exclamó Mrs. Flack; pero quizá se trataba de hipo.

—¿Es usted?

—¡Soy yo!

También sus mejillas tenían el mismo color.

—No me permití —dijo Mrs. Jolley—, en su estado de salud...

—Claro está — dijo Mrs. Flack—, pero hacía una mañana tan hermosa que he querido darme a mí misma una sorpresa. ¡Y aquí estoy!

Lentamente se dirigieron hacia un punto que ni la una ni la otra tal vez hubieran podido precisar. Mrs. Flack había cogido el brazo de Mrs. Jolley que no se desprendía, iban juntas y Mrs. Jolley se dio cuenta de que ellas regresaban a la casa de Mildred Street que hubieran podido no dejar nunca; antes que se cerrara la caja de ladrillos, la prisionera tuvo no obstante tiempo de preguntarse cuál había podido ser su intención aquella mañana al ir a visitar las ruinas de Xanadu.

La vida de ambas mujeres siguió exactamente igual. Por la noche, cada una bajo su manta, escuchaba a la otra a lo lejos aclararse una garganta perfectamente seca.

Sin embargo algunos días Mrs. Jolley era la más fuerte. Sobre todo algunas tardes en que hojeaba todo el periódico contenta de leer las esquelas mortuarias, las tormentas y otras intervenciones divinas.

Una de aquellas tardes agitó el periódico riendo.

—¡Estos jóvenes, siempre son los mismos! —dijo.

Su hoyuelo lechoso había vuelto a pronunciarse.

—¿Qué pasa? —preguntó Mrs. Flack con una voz ronca.

Sus ojos parpadeaban como para escapar de una incertidumbre.

—Nada —suspiró Mrs. Jolley—. Pensaba en voz alta.

Las hojas del periódico parecían ser del metal más delgado.

—Me decía que serían capaces de asesinar a cualquiera por dos perras gordas.

—Siempre ha habido asesinos y asesinados —dijo Mrs. Flack—; la edad no tiene nada que ver con eso.

Mrs. Flack sabía imponerse cuando quería, pero Mrs. Jolley se contentó con reír y suspiró.

—De todas formas, su sobrino —dijo después de haber dejado pasar un lapso de tiempo conveniente —,es un gracioso muchacho; nunca una visita, nunca una gentileza para su tía que tan buena es con él, ¡que le compra filetes para comer!

—¿Blue? —exclamó Mrs. Flack.

Después se detuvo.

Mrs. Jolley se preguntó qué es lo que corroía a su amiga, a dos dedos de sospechar algo maléfico.

Pero Mrs. Flack añadió en un tono tranquilo:

—Blue no está aquí. Se ha marchado. De viaje.

—¡Ah! ¿Con una firma comercial?

—No —respondió Mrs. Flack—; no, no precisamente.

—¡Vaya! —dijo Mrs. Jolley riendo—. Entonces le gusta la soledad.

Si Mrs. Flack no mostraba sus uñas es porque en ese momento se sentía impotente.

Algunas mañanas Mrs. Jolley cantaba. Su joven voz subía por encima de los platos brillantes y caía en pequeñas gotas de perlas.

Pero aquella mañana un señor llamó a la puerta. Mrs. Jolley vació rápidamente el agua de su pila. Su hoyuelo lechoso estaba en su sitio.

—No —dijo ella—, Mrs. Flack está en el supermercado. Pero si se trata de algún recado, yo soy su amiga.

El hombre era bastante grueso, pero a ella le gustaban los fuertes y viriles.

Vaciló, pero al final se decidió a decir la razón por la que había ido.

—Soy Mr. Theobalds, de la fábrica en la que Blue estuvo empleado.

Mrs. Jolley estaba cada vez más interesada. Su rostro expresaba claramente que estaba dispuesta a hacer cualquier cosa.

—Soy el encargado —explicó Mr. Theobalds—. Blue y yo éramos buenos compañeros. Me ha enviado noticias. Todo le va bien. Trabaja en Queensland. Me envió una foto. ¡Estaba muy moreno! ¡Allí arriba uno se pone así por el sol!

—¡Oh! — dijo Mrs. Jolley en un tono tan sincero que el visitante miró a aquella buena mujer de frente—. ¡Su tía va a alegrarse tanto!

Mr. Theobalds no pudo evitar un violento ataque de risa. Los hombres gruesos no saben controlar ni su cuerpo ni su risa.

—No creía que ella se preocupara por él —respondió Mr. Theobalds—. Es cierto que dicen que continúan empujando después de haber encajado la tapa.

—¿La tapa? —Mrs. Jolley no comprendía—. ¿Su tía?

—Me refiero a su tía Daisy, ¡pero está muerta!

Mr. Theobalds podía permitirse conservar un aire jovial, ya que todo eso había pasado hacía mucho y no le concernía.

—¿Y su pobre madre? —insistió Mrs. Jolley.

—¡Ella es su madre!

Mr. Theobalds la miraba a través de la franja rojiza de sus pestañas. Mrs. Jolley no reaccionaba.

—Creía que todo el mundo sabía que Ada Flack era la madre de Blue —continuó Mr. Theobalds—. Sin duda la ha sorprendido.

—¡Su madre, ella! —repetía Mrs. Jolley.

¡No se lo perdonaría nunca!

—No soy estúpida hasta ese punto, Mr. Theobalds —protestó ella vivamente—. No puedo olvidar lo que nunca me han dicho. Por otra parte le agradezco que me haya puesto al corriente.

Mr. Theobalds no estaba contento de haber soltado semejante liebre, pero el resultado le daba igual.

Mrs. Jolley no pudo c:ultar su curiosidad:

—¿Y el padre?

—Nadie lo ha sabido nunca. Pero cada cual tiene su opinión.

Mrs. Jolley vacilaba.

—Una cosa es cierta, ¡que no fue Will Flack!

—¿El que se cayó de un tejado?

Mrs. Jolley seguía la marcha hasta el golpe fatal. Su rostro tenía un azul gredoso.

Mr. Theobalds volvió a echarse a reír.

—¡Will no se cayó!

—¿Se tiró?

La respuesta no vino en seguida y Mrs. Jolley casi gritó:

—Entonces, ¿Mr. Flack fue empujado?

Aquello sorprendió al visitante que añadió:

—Yo no lo juraría ante un tribunal. No, nadie se puso tras él para empujarle. No, Will Flack era débil pero un buen tipo. No pudo soportar la situación. Así es como yo veo la cosa.

—¡Lo que es como decir que ella ha hecho caer a su marido del tejado!

—No me haga decir lo que no he dicho.

Estaba molesto, y su gran cuerpo le daba un aspecto de una mayor turbación.

Mrs. Jolley se dio cuenta de que continuaba en el umbral de la puerta y le pidió:

—Señor, ¿no quiere usted tomar algo?

No, él no quería. Tenía problemas con su carburador y seguramente habría de desmontarlo.

Mrs. Jolley recordó que tenía una debilidad por los hombres fuertes, incluso por aquellos que eran un poco lentos.

—¡Ah, no hay como los hombres para saber de mecánica! Yo podría estar mirando un motor todo el tiempo que fuera sin comprender nada.

Sin embargo continuó mirando para el caso de que aquello pudiera servir para algo.

Pero a su visitante le habían atrapado ya una vez, y así se largó.

—Estoy muy contenta de que su sobrino lo pase bien por allá arriba —repetía Mrs. Jolley a Mrs. Flack—. Y que haya pensado escribir, aunque sólo sea a Mr. Theobalds, que por otra parte es muy simpático.

Los labios de Mrs. Flack jamás había estado tan pálidos.

—¡Oh! ¿Ernie Theobalds? Siempre se ha llevado bien con todo el mundo.

Si no fuera porque estaba continuamente sufriendo, hubiera podido quejarse de una enfermedad, pero tenía otras preocupaciones y se retorcía los mechones de su cabello por encima de su frente que eran de un marrón extrañamente apagado.

Bien pensado, Mrs. Jolley no se habría sorprendido de que Mrs. Flack llevara peluca.

—No está una obligada a creer todo lo que cuentan algunos hombres —dijo Mrs. Flack secándose las gotas de sudor azulado que perlaban su frente amarilla.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Mrs. Jolley riendo—. Y existen mujeres que no valen mucho más.

Mrs. Flack se sentía en el límite de su malestar.

—Perdóneme —dijo—. ¡Son los arenques! Nunca debí tomar arenques con tomate.

—¡Claro está! —opinó Mrs. Jolley—. Con su acidez, forzosamente se repiten.

Nadie hubiera podido acusar a Mrs. Jolley de no estar en los menores detalles de su amiga. Le llevaba tazas de té cargado, y cambiaba el agua de los tiestos cuando Mrs. Flack se olvidaba. Mientras Mrs. Jolley vaciaba el agua estancada de un olor putrefacto, Mrs. Flack iba y venía entre sus paredes de ladrillo y examinaba sus chucherías para evitar pensar en aquello que ella quería olvidar. Ella misma tenía el aspecto de las flores mustias, que no están exactamente muertas y se agitan ligeramente.

Las tardes de invierno eran muy tranquilas en Mildred Street, incluso cuando la lluvia golpeaba los cristales. Entonces ambas señoras en confortables batas bebían a sorbitos de sus tazas llenas de té humeante. Mrs. Jolley sostenía su taza como si tuviera miedo de perder una gota: ¡estaba tan bueno! Se sentían absueltas por beberlo, y hubiera sido un crimen no poner cara de apreciarlo. Pero Mrs. Flack parecía no sostener nada entre sus dedos.

Una tarde, Mrs. Jolley dejó su taza, y cuando se ajustó bien la bata, levantó los ojos con un aire soñador.

—Me pregunto que qué es lo que hace Mr. Theobalds estas tardes. No me lo imagino con una mujer.

Mrs. Flack humedeció sus labios ya húmedos de té.

—En su lugar dejaría de pensar en Ernie Theobalds. Creo que sería mejor.

Miraba a su amiga sin parecer verla.

—¡Mucho mejor! —repitió.

Estaba amarilla como el membrillo y se notaba latir su sangre en su cuello.

—¡Bien, bien! Es por decir algo —respondió Mrs. Jolley con una sonrisa muy dulce, con sus ojos tan azules y su piel tan maternal.

—En su lugar no creería todo lo que cuenta un hombre como Ernie Theobalds —exclamó Mrs. Flack.

Mrs. Jolley debía pensar, rápidamente ya que su mirada osciló; después se inclinó hacia adelante en su gruesa bata azul.

—Pues yo sí lo creo —dijo—, pues yo también tengo hijos.

El resultado fue extraordinario. La lengua de Mrs. Flack brotó de su boca, completamente derecha y ligeramente levantada Dejó la taza y unos extraños sonidos salieron de su garganta.

Mrs. Jolley se levantó y fue a friccionar las muñecas de su amiga.

—Vamos. No vale la pena tomarlo así. Usted sabe perfectamente que yo comprendo las cosas. Mire —dijo inclinándose— es una suerte, la taza no se ha roto.

Pero Mrs. Flack seguía mirando a la pared.

—No sé lo que me ha pasado. Una no es responsable de lo que pasa.

Era sin duda la presencia de Mrs. Jolley la que la hizo añadir más lentamente:

—Al menos, no siempre se es responsable de todo.

A Mrs. Jolley no le gustaba interpretar el papel de conciencia, pero puesto que se lo imponían, lo hizo lo mejor que pudo. Bajo su edredón azul pálido, escuchaba levantarse a su amiga varias veces por la noche como un alma en pena, casi como si su vejiga... Pero aquél era uno de esos raros órganos de los que Mrs. Flack jamás había pensado en quejarse.

En cualquier caso la condenada vagaba por su prisión, tocando los objetos, arrastrando su bata beige. Ahora todo en ella era beige. Y lo peor era que su conciencia, mientras caminaba en la oscuridad, esperaba el momento —tumbada bajo un adredón azul pálido— de infiltrarse en sus pensamientos. Sola, hubiera encontrado algún respiro en recordar a veces sus placeres culpables, ya que necesariamente los remordimientos siempre están mezclados, incluso en la pecadora insensible que era Mrs. Flack. Su pecho sólo existía de día, bajo su traje; por la noche caía de nuevo el cuchillo del tiempo y parecía que nunca había existido sobre sus senos redondos la alegría inefable y dolorosa de una boca infantil.

—Si yo fuera usted —la aconsejó un día Mrs. Jolley en el desayuno — iría a pedir algo a la farmacia.

—No quiero drogarme —respondió Mrs. Flack—. No está bien, es inmoral; nunca me harán creer lo contrario.

—No quiero obligarla —protestó Mrs. Jolley—. Era por su bien. No puedo soportar el ver a alguien que sufre.

Ella volvió la vista, o mejor la fijó sobre el pan tostado de su víctima.

Y después, siempre con la mirada baja pero atenta, continuó:

—A veces me pregunto si mi presencia le hace bien.

—¿Cómo?

Mrs. Flack se agitó; su voz era crujiente como su pan tostado.

—Quiero decir que si nuestras dos naturalezas están hechas para comprenderse —explicó Mrs. Jolley —. Si creyera lo contrario, me iría. Nunca he pensado en ello, ni siquiera cuando usted ha sido tan gentil, pero si fuera lo mejor para usted, no vacilaría.

Mrs. Jolley seguía mirando a otra parte y siempre con el oído dispuesto a escuchar los dolorosos reproches del silencio.

Y luego Mrs. Flack se movió. Su silla rozó el linóleum, y un poco de grava saltó bajo sus zapatillas. Por un momento Mrs. Jolley tuvo la impresión de que su amiga había regresado de otra parte de sí misma.

—A menudo me he preguntado que por qué se ha quedado usted —dijo Mrs. Flack—. Alquila su casa a una amiga, tiene tres hijas que la quieren mucho y está llena de nietos. ¿Y sacrifica todo eso por una persona como yo?

No era una sospecha, sino una certidumbre. Mrs. Jolley sabía que Mrs. Flack se le escapaba, que era más fuerte que su destino. Se sonó.

—Lo que yo tengo no son ventajas, son recuerdos.

Mrs. Jolley recordó una antigua melodía de banjo que le empañó la vista.

Mrs. Flack cortó la corteza del pan tostado y limpió sus dedos de las migas.

—Si ha de marcharse, no digo que no lo sentiría —admitió.

Mrs. Jolley, por gratitud o por satisfacción, inclinó la cabeza. Después de todo podía haberse equivocado:

—Lo lamentaría —repitió Mrs. Flack—. Y pensaría en usted, en su interior, con toda su familia y los recuerdos de su difunto marido.

Aquella vez Mrs. Jolley rompió a llorar.

El recuerdo de los romances de su vida multiplicaba su actividad. Le sucedía frecuentemente el levantarse de un salto por la noche el bajar para fregar la cocina. Escribía cartas y las rompía, iba hasta la puerta y volvía, o iba a la farmacia...

—Si un día me dijeran que usted se había ido —dijo Mrs. Flack— me lo creería.

—Sin duda el tiempo la fatiga.

—O una mala noticia. No existe nada que contraríe más —sugirió Mrs. Flack.

Mrs. Jolley no respondió mientras Mrs. Flack observaba el vello blanco que la emoción, a menos que se tratara de una corriente de aire, agitaba ligeramente sobre la mejilla de su amiga. Ambas mujeres dejaron de hablar, con los nervios crispados, pero no podían privarse de aquellas satisfacciones.

Un día, como Mrs. Jolley había ido a la farmacia, Mrs. Flack entró en el dormitorio de su amiga en donde evidentemente se encontraba como en su casa. Tenía el aspecto de una persona a punto de ahogarse cuando percibió una tabla de salvación. En efecto, sus manos que se agitaban febrilmente descubrieron, bajo la bolsita de pañuelos bordada por una mano infantil, una carta. La carta, quizá.

Se estremeció de gusto, y con la nariz sobre el papel, bebió las palabras a tragos:

Querida mamá (leyó, o mejor vomitó, Mrs. Flack).

He recibido tu carta la semana pasada. Debes preguntarte que por qué no te he escrito antes pero tenía que reflexionar, lo mismo que Dot y Elma. Igualmente había que pedir la opinión de Fred ya que eso le concierne tanto como a mí. Mientras escribo está sentado cerca de mí en el salón, escuchando música ligera.

Debo decirte francamente, mamá, que nadie está de acuerdo. Tú sabes lo que es vivir los unos sobre los otros. Elma no tiene mucho sitio, Dot y Arch siempre tienen que pagar alguna deuda, y a veces varias al mismo tiempo (¡me pregunto que cómo se encontrarán!). Y lo mismo los demás.

En cuanto a Fred, dice que no quiere en absoluto que te vengas a vivir con nosotros. Y a sabes lo testarudo que es. Vas a encontrar esto duro, mamá, y reconozco que tendrás razón. Sé perfectamente que eres nuestra madre, y todo el mundo nos encontrará ingratos después de los sacrificios que has hecho por nosotros. Es cierto mamá, y el mayor sacrificio ha sido el de papá. No ha habido sangre ni artículos en los periódicos; todo ha sucedido limpiamente, pero no olvidaré nunca su expresión la tarde en que murió por haberse casado; también a eso se llama infarto de miocardio.

Mira, lo he escrito como lo pienso, y mi marido que está sentado a mi lado leerá esta carta antes de que la eche. No tengo miedo. Porque no hemos esperado milagros es por lo que cada uno de nosotros ha encontrado algo que respetar en el otro. Sé que Fred no me aplastaría aunque yo fuera una babosa. Esa es una tentación a la que tú, mamá, nunca has podido resistir, y no eres tú la única.

Ahora te lo he dicho todo. Los niños aprenden. Lamento que tu amiga sea tan espantosa, pero quizás aprenda a conocerse. Cuando se mire en un espejo se ve a sí misma.

Recuerdos de tu hija,

MERLE

P.D.: No he podido hacer otra cosa, mamá.

Sólo una vez en su vida Mrs. Flack había visto un acto indecente; aquél quizás era el segundo. El cajón se salió. Lo había empujado de refilón, pero consiguió volver a colocarlo.

Cuando volvió Mrs. Jolley, se dio cuenta de que su amiga parecía haber encontrado la respuesta a una de las numerosas preguntas que le interesaban y que ella no había satisfecho completamente. Pero aquello le daba igual.

—Voy a echarme un poco —declaró—. Sigo con mi sinusitis.

—Claro que sí —respondió Mrs. Flack—. Le subiré una taza de té.

—No, no merece la pena. Mr. Broad me ha dado una cosa para la nariz.

En efecto, desde hacía tiempo ellas se ofrecían innumerables tazas de té que cada vez acogían con una aparente gratitud, lo que no le impedía a Mrs. Jolley vaciar más de una vez las suyas en el retrete, o a Mrs. Flack, después de maduras reflexiones, verter su contenido sobre los monstera deliciosa.

El pensamiento era un arma que no vacilaban en experimentar la una sobre la otra, sobre todo cuando antes lo habían utilizado casi invariablemente sobre una tercera persona.

—¿Se ha fijado usted en mi bolsita de pañuelos bordada de pensamientos? — dijo un día Mrs. Jolley.

Mrs. Flack tuvo una breve tos.

—Sí, creo que la he visto.

—Me la hizo la pequeña Deedree, la hija mayor de Elma.

—Yo no he tenido nunca una bolsita de pañuelos —dijo penosamente Mrs. Flack— pero he guardado durante muchos años un pequeño arcón lleno de dientes de leche.

—¡Oh! —exclamó Mrs. Jolley casi dolorosamente en su deseo de verlo—. ¿Y qué fue de él?

—Acabé por tirarlo —dijo Mrs. Flack—. A veces lo lamento.

Pero las noches, sobre todo, eran crueles y a menudo ambas mujeres envueltas en sus largas batas mullidas tropezaban la una contra la otra en los pasillos, o bien sus dedos se encontraban y cada una conducía dulcemente a la otra a las fuentes de su angustia. Tenían una necesidad desesperada la una de la otra para encontrarse en el laberinto. Sin guía, su alma podría perderse en el fondo del infierno.

Un poco antes de que la casa fuera completamente arrasada, las máquinas penetraron en la maleza que rodeaba Xanadu. Las orugas de acero subieron la pendiente y todo cedió a su paso, matas y arbustos.

Los arbustos más elásticos se rebelaban a veces, vibrantes, y según parecía, con los nervios tensos, pero una segunda pasada los inmovilizaba definitivamente. Por aquí y por allá donde había vegetación aparecían las cuchillas; los grupos de arbustos estaban enlazados por descampados. La rosaleda sobre todo era el escenario de la peor carnicería; la arcilla que Norbert Haré había hecho traer se abría en heridas rojas, y el chirrido metálico de las ruedas y de las excavadoras acompañaba la agonía de las viejas plantas arrancadas y amontonadas en groseros montones. Llevaron una sierra para cortar los árboles susceptibles de tener un valor comercial. El ruido de sus dientes al morder la madera, rasgaba el silencio, y había que ser muy templado en verdad para respirar aquel olor de destrucción sin contraer una secreta embriaguez. Muchos de los espectadores presentes hacían esfuerzos para conservar su calma. En efecto, la mayoría de los habitantes de Sarsaparrilla fueron a ver el acontecimiento de los jardines como habían experimentado la necesidad de asistir a la demolición de la casa. Poco a poco incluso los indiferentes, los tímidos, los perezosos, los distraídos y los descuidados asistieron al espectáculo.

Unicamente Mrs. Godbold no pareció preocuparse por aquellos acontecimientos de la historia local. Pero nadie se fijó en una persona de tan poca importancia y de medios tan pequeños. Vagamente se veía a una mujer salir de una barraca para poner a secar ropa. Los brazos vigorosos se elevaban en un movimiento repetido y suspendían los faldones de la ropa mojada, transparente y muy pesada, pero con un extremo entreme- dido que acababa por revolotear como una bandada de mariposas.

Cuando se fijaban en la existencia de Mrs. Godbold, ésta daba la impresión de vivir para sus cosas esenciales. En el curso de su vida había sentido crecer en ella el amor y el respeto por los objetos ordinarios y los actos sencillos. ¿Tal vez disimulaban una lógica, un alma? En cualquier caso, cuando ella se entregaba a plantar una fila de judías, no parecía sólo que colocara granos en la tierra sino que estudiaba largamente un secreto de una inmensa importancia. Se paseaba entre sus tiestos de helechos, liberando de las telas de araña los brotes nuevos. Más tarde solía permanecer a veces sentada una media hora junto a su mesa de planchar, en la barraca que parecían haberle asignado definitivamente. La superficie de madera amarilla completamente rayada, lo mismo que los diferentes objetos de su profesión no hubieran podido encontrar su dignidad ritual fuera de allí. De esta forma vivía, encadenada a ellos. No se movía, a merced del sol que la hacía cerrar los ojos, pero quizá sonreía feliz de las pocas horas de verdad que le habían sido permitidas entrever.

Es cierto que Mrs. Godbold era una persona muy sencilla. Jamás salía y nadie recordaba haberla visto de otra forma que con su traje de algodón, con un chaquetón de lana en invierno o su eterno abrigo a pliegues. Su gruesa silueta nunca había cambiado, excepto para hacerse aún más gruesa.

Si alcanzaba algún placer en su existencia casi vegetal, éste era el de bajar la colina antes del regreso de las niñas, cuando la brisa del sur se había levantado, y mirar la tierra, sin curiosidad según parecía, con un gato junto a sus talones.

A veces se volvía:

—¡Tib! ¡Tib! ¡Tib! —decía—. ¡Pobre Tibby! No te abandono, no.

Cogía a su gato delgado contra su pecho y se reía en la alegría de protegerle, levantando su garganta hacia el sol. Se hubiera dicho que una trompeta se erguía en el cielo.

Si Mrs. Godbold hubiera merecido la menor atención, su sencillez quizá se hubiera convertido en proverbial.

Las mesas del fondo eran las más buscadas. De esta forma, desde una especie de plataforma elevada, se podía ver perfectamente la sala. Una de aquellas mesas había sido reservada para las tres señoras que avanzaban sobre la alfombra cubierta por las cenizas de los cigarrillos, trepando la rampa cromada para evitar que sus altos tacones las precipitaran de cabeza allí adonde querían ir. Pero la rampa, sin hablar de su apariencia, les confería una especie de precaria dignidad. Todos los objetos de plata colocados sobre las mesas parecían aplaudirlas, y si hubiera habido una orquesta, hubiera acompañado su entrada, pero nunca había música en la comida, excepto el pizzicato sostenido de la conversación de la que a veces las palabras repercutían en los tímpanos sin desviar su trayectoria.

Eran evidentemente tres señoras importantes las que habían llegado al vestíbulo de la sala después de la peligrosa bajada por los escalones que conducían a la puerta. Se detuvieron, agradablemente indecisas, mientras los criados se precipitaban hacia ellas como otros tantos pichones viajeros.

En las diferentes mesas, clientes ya instalados se volvían sin vergüenza, lo que hubiera sido embarazoso y si las recién llegadas no lo hubieran deseado. Las tres señoras, en efecto, llevaban sombreros bastante llamativos. La primera, quizá la menos segura de sí misma, había elegido un enorme bombón de raso de un color rosa ácido con un adorno tan voluminoso que un lado de su cabeza parecía desproporcionado, deformado por alguna excrecencia bulbosa. Pero su propia audacia le hacía latir el corazón y proyectaba una sombra sobre el rostro más próximo de sus dos compañeras, lo que se negaba a concordar. Pues la segunda de aquellas señoras era muy desenvuelta y sin la protección de su cubre-cabeza no hubiera condescendido a reconocer a la primera más que forzada y de muy mala gana. Llevaba en la cabeza un caparazón de crustáceo con laca, claro está, y no se preocupaba de él, pero éste, bien calado en su cabeza, tendía sus dos pinzas, una de las cuales aferraba una estrella de mar, de diamantes, mientras que la otra dejaba colgar una minúscula concha de cristal pulido. La propietaria, con un aspecto completamente desenvuelto, se había quitado los guantes, como convenía, y agitaba los dedos para devolver la ligereza a sus manos. Como sus uñas se clavaban en el aire se pudo ver que éstas llevaban el mismo color audaz del crustáceo.

Los muchachos estaban afectados ante aquellas tres damas suficientes, pero era a la tercera, sin duda la de más edad, a la que dirigían sus sonrisas más del estilo italiano.

Aquélla, que de tercera se había convertido en primera, llevaba el sombrero más llamativo de las tres. Sobre sus bucles azulados había colocado un inocente sombrero de fieltro, de un color marrón terroso, tan sencillo y modesto que su propietaria hubiera sido tomada por un viejo clown de circo que no se había fijado en el pliegue refinado y casi imperceptible del fieltro y del humo auténtico que salía ingeniosamente del cono. De pie en el centro del elegante restorán bajo su sombrero volcánico, plegaba los labios con satisfacción pues había llegado a una edad de inocencia social en la que, de nuevo, vivía para el éxito. Así pues sonreía sin motivo, en beneficio de los dos fotógrafos que la cegaban con sus flashes, y también porque intentaba olvidar sus rodillas artríticas.

Las señoras estuvieron en seguida tan confortablemente instaladas como se lo permitían sus atavíos y sus variados males. Las tres habían aceptado la langosta Thermidor que las habían recomendado, pese a que la del raso-rosa-bombón alegó que los crustáceos eran vulgares.

—¿Sí? —dijo con una risita, encantada de su broma provinciana—. ¿Qué va a decir la gente?

El Crustáceo vio que el Bombón tenía los dos incisivos superiores separados, lo que le daba un aspecto a la vez vulgar y pedante.

Pero el Volcán había llegado al punto en que no se fijaba más que en lo que deseaba o lo que necesitaba ver. Se inclinó hacia adelante e hizo una seña que no carecía de un cierto encanto fatigado:

—Hace mucho tiempo que tenía ganas de reunirías a las dos. Estoy segura de que podrán hacer un excelente trabajo en los comités.

El Crustáceo era incrédulo pero educado; en verdad la que hablaba no parecía muy convencida, ya que añadió vagamente:

—Quiero decir que en materia de caridad nada vale tanto como la amistad y las relaciones personales. ¡Es absolutamente necesario que el baile de disfraces sea un éxito!

—Jinny es deliciosa, pero es una idealista. ¿No cree usted que se trata de idealismo, Mrs. Wolfson? — preguntó el Crustáceo volviéndose hacia el Bombón; no porque tuviera ganas de conocer su opinión, sino porque era una técnica. Por otra parte no le dio tiempo a responder pero lanzó un gemido estudiado que hizo subir a su rostro el rojo característico de la mayoría de las mujeres duras. En aquella ocasión todo el mundo pudo comprobar que tenía el cuello demasiado fuerte.

El Volcán posó su vieja mano blanca y dulce sobre aquella más vigorosa y morena del Crustáceo. — Mrs. Colquhoun y yo somos amigas desde hace tanto tiempo que nunca habrá ningún malentendido entre nosotras, de eso estoy persuadida — le dijo a Mrs. Wolfson.

Pero su esfuerzo para hacerla entrar en la conversación no consiguió más que apartarla aún más.

—¡Siempre el idealismo! —reclinó Mrs. Colquhoun como si su alegría fuera inagotable.

No tenía marido desde hacía varios años.

—Soy idealista como Mrs. Chalmers-Robinson — dijo prudentemente Mrs. Wolfson—. Por eso pienso

que es muy importante ir en ayuda de esos pequeños enfermos. Mr. Wolfson que también es idealista, nos ha prometido además del beneficio del baile un bonito cheque.

—¡Magnífico! —exclamó Mrs. Chalmers-Robinson, devolviendo caridad por caridad.

—¡Oh! es tan importante hacer el bien —declaró Mrs. Wolfson atacando con circunspección su langosta Thermidor.

Todo aquello era perfecto, pero Mrs. Wolfson modulaba sus sílabas, Mrs. Colquhoun esperaba encontrar la pronunciación de una tal llamada Dorothy Drury en cuya casa había tomado lecciones en otros tiempos, ya hacía tanto que casi lo había olvidado. Mrs. Colquhoun se sintió menos dispuesta que nunca a soportar a su vecina.

—Es como para la Iglesia —continuó esta última—. Mr. Wolfson- ¡g Louis —añadió tras una ojeada a Mrs. Colquoun— mi marido, estima que hay que ayudar a la Iglesia. En San Marcos, la iglesia anglicana a la que vamos todos los domingos, él es quien ofrece las lámparas fluorescentes y, aunque está muy ocupado, va a organizar una barbacoa.

Los ojos todavía bellos de Mrs. Chalmers-Robinson estaban fijos sobre algo lejano e intangible.

—¡Es una vieja iglesia adorable! —dijo en un tono contenido.

Adoraba los zafiros y el azul azulejo. Los restos de su belleza parecían tener necesidad de tranquilidad.

—Entonces, usted debe conocer al canónigo Ironside.

El ojo de Mrs. Colquhoun era un desafío a Mrs. Wolfson que bajo la helada mirada de su interlocutora, se alegró de sentir el abrazo protector de su cálido visón en el cual se encogió tosiqueando.

—Estaba antes de que fuéramos nosotros

Mrs. Colquhoun no la dejó.

—Sin embargo estoy casi segura, calculo, de que como máximo hace seis o siete meses.

Mrs. Wolfson consideró su plato y la sala prohibida. Aquel alimento la había vuelto melancólica.

—Sí, sí —opinó el Bombón—. Pero entonces no frecuentábamos San Marcos.

Alrededor de la miserable mesita impersonal, sus dos compañeras esperaban la dolorosa revelación que iría a aclararlas.

—Me casé en la iglesia anglicana de San Marcos —dijo tímidamente Mrs. Wolfson mostrando sus incisivos separados que tanto molestaban a Mrs. Colquhoun.

—¿Y no fue el canónigo Ironside quien les casó?

Mrs. Chalmers-Robinson explicó:

—No hace mucho tiempo que Sheila se ha casado con Louis Wolfson. Es su segundo marido.

—Sí —suspiró Mrs. Wolfson jugando con los cubiertos que quedaban—. Haim... Harry se murió.

Pero Mrs. Colquhoun parecía más triste que Mrs. Wolfson.

En todo el restorán el silencio parecía haber descendido sobre la clientela. Los ojos que se volvían en la abertura de sus párpados comenzaban a revelar que la máscara no era más que un disfraz sin vida.

Era demasiado pronto para reparar una boca que sería de nuevo borrada, y así las tres mujeres se callaron, inmóviles. La misma Mrs. Chalmers-Robinson que, según hemos visto, no carecía de resortes pese a su naturaleza frágil, había dejado de reaccionar. Por el momento se negaba a escuchar a su memoria, que hubiera podido recordarle a los hombres. Todas las mujeres de la sala pensaban, sin duda, como ella, que los hombres se marchaban los primeros, que esos virtuosos insoportables pero necesarios se habían muerto de su propia virtuosidad, mientras que los instrumentos que habían abandonado continuaban, como por costumbre, vibrando y murmurando. Por el momento aquellos instrumentos estaban silenciosos, pero no tardarían en hacerse escuchar de nuevo, ya que el silencio es la música.

Mrs. Chalmers-Robinson se puso a escuchar y oyó vibrar débilmente. Sobre su rostro se había puesto

la mirada fija, lejana y azul que de todas sus máscaras era la que le había valido sus mayores éxitos y que ella había llamado con gusto: Resplandor.

—He sido confirmada en San Marcos. Recuerdo las venas de las manos del obispo. Me arrodillé en un escalón equivocado. Estaba tan nerviosa, tan convencida. Creo que esperaba un milagro.

—¡Pues parece que sucede! — dijo Mrs. Colquhoun riendo y lanzando una ojeada por encima de su hombro a la sala que se vaciaba.

—Mi hija menor se interesaba mucho por los milagros cuando era más joven —dijo Mrs. Wolfson.

Sus dos compañeras esperaron lo peor.

—Tuvo una depresión nerviosa —explicó la madre—. ¡Ach! El comienzo y el final es malo para las mujeres. La pequeña Rosi está ahora en una floristería. Claro se ve que no está obligada a trabajar. Existe la fábrica de su padre de la que se ocupa mi hijo, y Louis es la generosidad misma. Pero las flores json tan limpias! Y Mr. Wolfson —Louis— ha pensado que eso le sentaría bien.

Las tres señoras habían encargado helados, con la ensalada de frutas y salsa de merengue, y todas estaban contentas de haber elegido lo mismo.

Mrs. Wolfson volvió hacia atrás.

—Entonces ¿usted conoce San Marcos? —preguntó sonriendo.

Era reconfortante regresar a ese tema. Le hubiera gustado sentir confianza.

—Hace años que sólo he ido para bodas. Ya ve, me he interesado en la Ciencia —dijo Mrs. Chalmers-Robinson.

—¿La Ciencia?

Mrs. Wolfson no creía lo que oía.

—Jinny quiere hablar de la Ciencia Cristiana —explicó Mrs. Colqu- houn.

Todo el mundo oyó como caía la palabra. Mrs. Wolfson hubiera gritado gustosamente: «¡Bien, bien! eso la sigue como su sombra, pero una se acostumbra y, después de todo, una sombra nunca hace daño». Pero se contentó con responder: «¡No me digas!» tomando nota ahora a fin de profundizar más tarde en lo que era la Ciencia.

—Usted debería intentarlo —dijo Mrs. Colquhoun con una risa que se convirtió en un bostezo, y fue obligada a volver la cabeza.

—No creo que la Ciencia tenga mucho éxito entre los europeos

—añadió Mrs. Chalmers-Robinson con un aire convencido.

—Yo adoro a los europeos —dijo Mrs. Colquhoun mirando la sala casi vacía.

Era la verdad. Coleccionaba cónsules, salvo cuando eran verdaderamente demasiado negros.

Mrs. Wolfson estaba pasmada. Ella había aprendido primeramente a renegar de sus orígenes, y ahora había de reaprender lo que había olvidado. Pero ya se acordaría. También para ella la vida había sido una sucesión de disimulos que siempre había revestido y escamoteado, Sheila Wolfson, o Shirl Rosetree, o Chulamita Rosenbaum, según las circunstancias.

La pequeña judía morena de cabellos demasiado ensortijados se estiró bajo su permanente, tras el empolvado manto de sus senos, en su abrigo de visón. Estaba asegurado.

—A propósito de milagros —dijo Mrs. Chalmers-Robinson—. Mrs. Colquhoun ha vivido varios años en Sarsaparrilla.

Al dar esta información, alargó el cuello por encima de la mesa según un ángulo propicio a las confidencias.

—¡Sarsaparrilla! —exclamó Mrs. Colquhoun con un aire disgustado—. ¿Cómo se puede vivir en Sarsaparrilla? Además, ahora ya no hay nadie allí.

—Pero ¿el milagro? —se atrevió a preguntar Mrs. Wolfson pese a un cierto presentimiento.

—No ha habido ningún milagro —dijo Mrs. Colquhoun frunciendo el ceño con aspecto contrariado; su boca y su barbilla casi habían desaparecido.

—Había creído comprender... —murmuró Mrs. Chalmers-Robin- son—, que había sucedido algo sobrenatural.

Su sonrisa expresaba que ella lo dudaba.

Era demasiado mayor y demasiado encantadora para reconocer que, por su parte, la indiscreción era verdaderamente la indiscreción.

—Nunca se ha hablado de milagro —repetía Mrs. Colquhoun.

Un hilo de helado derretido amenazaba con su color el rincón que había sido su boca.

—Cierto que sucedió en Barranugli un desagradable incidente. Me han dicho que unos golfos borrachos y unas mujeres ignorantes, por no decir histéricas, se habían reunido, lo mismo que después en Sarsaparrilla, pero no ha habido milagro. En absoluto.

Mrs. Colquhoun casi gritaba.

—Es un asunto demasiado desagradable para hablar de él.

—Pero ¿y aquel judío al que crucificaron? —insistió Mrs. Chalmers- Robinson con una voz a la que había provisto deliberadamente de todo su encanto, lo mismo que cuando se ponía sus alhajas.

—¡Oy-yoy! —exclamó Mrs. Wolfson.

Plegaba la frente y su piel parecía negra bajo la costra de polvo marrón. Se convertía en un violoncelo y esas discordancias sobre las cuerdas dolorosas, que deseaba y no deseaba escuchar, la mecían.

—¿Usted lo sabía? —preguntó Mrs. Chalmers-Robinson.

Pero Mrs. Wolfson estaba a la vez seducida y torturada. Se escuchaba gemir el violoncelo que estaba en ella.

—¡Claro que no! —suspiró—. O mejor, vagamente he oído hablar de eso. Sí, creo que hubo algo.

¡Claro que lo sabía! Parecía como si todo estuviera inscrito en sus mismas fibras. Cada una de sus vidas estaba cargada del idéntico fardo de este conocimiento.

—¡Se lo había prevenido! —ladró Mrs. Colquhoun.

Menos mal que una de las tres señoras, sin que nunca se pudiera saber cuál, vertió una taza de café sobre las rodillas azul azulejo de Mrs. Chalmers-Robinson. Se pusieron a hablar las tres a la vez precipitadamente.

—¡Pero, cariño! ¡Hija mía! Es horrible.

—¡Waj geschrien!. ¡El bonito traje! ¡Completamente estropeado! ¡Qué desgracia, Mrs. Chalmers-Robinson!

Mrs. Wolfson decidió hacerse perdonar su eventual culpabilidad ofreciendo un bonito regalo, algo duradero, de un cierto valor. Se había dado cuenta de que semejantes gestos pagaban.

Pero un joven camarero italiano se había puesto de rodillas y limpiaba la falda de Mrs. Chalmers-Robinson con sus manos fascinantes. Al mirarlas, ella comprendió que la desgracia casi estaba reparada. Sin embargo no conseguía conciliar la forma indestructible de aquella joven cabeza con la vida que, poco a poco, día tras día, casi hora tras hora, se iba de ella.

—Gracias —dijo por fin cuando él se hubo puesto en pie, con aquella expresión radiante de la que en otros tiempos era perfectamente dueña, pero que comenzaba a escapársele.

—Eso nos enseñará a hablar de milagros —dijo riendo.

—Ya se lo había prevenido —repitió Mrs. Colquhoun.

Mrs. Wolfson estaba todavía impresionada pero la calma volvía rápidamente. Las tres se sintieron en

seguida inocentes pero vacías.

Sentadas en sus sillas, con las piernas separadas, no hacían esfuerzo alguno en el restorán, que se ensombrecía, ya que entre la comida y la cena los camareros apagaban la luz y enrollaban las servilletas.

Un recuerdo afloró a la memoria de Mrs. Chalmers-Robinson.

—En otros tiempos tenía una criada que después de su matrimonio se fue a vivir a Sarsaparrilla.

El ingenioso sistema disimulado en su sombrero lanzó un último penacho de humo.

—¡Una criada de verdad! —murmuró rencorosamente Mrs. Colquhoun.

—Era una chica excelente —dijo Mrs. Chalmers-Robinson pese a su costumbre de murmurar de la gente en presencia de otras mujeres—. He olvidado su nombre, pero a menudo me he preguntado que qué es lo que habrá sido de ella. Era, ¿cómo diría...?

Mrs. Chalmers-Robinson se preguntaba... o mejor, parecía intentar franquear los límites de la oscura llanura en la que estaban sentadas.

—Sí —dijo al fin segura de sí—. Ya sé que usted, Esmé, se va a reír, pero era una especie de santa.

—¡Una santa! ¡Mi pobre Jinny! ¡Una criada santa! ¡Qué espantosa situación!

Mrs. Colquhoun fue presa de una risa loca que rimaba sobre su cabeza el balanceo de las pinzas del crustáceo.

Cuánto le habría interesado todo esto a mi hija, antes de su depresión nerviosa —dijo Mrs. Wolfson—. ¿Cómo se dio cuenta de que su criada era una santa?

Mrs. Chalmers-Robinson tanteaba en la noche. Un tic crispaba su rostro, pero estaba resuelta a llegar hasta el final.

—Es difícil explicarlo exactamente —respondió—. Simplemente en su manera de ser. Era tan estúpida y confiada. Tal vez era aquella confianza la que hacía su fuerza —continuó prosiguiendo su visión en una especie de embriaguez—. Era una roca a la cual nos acercábamos.

Y después añadió sin vergüenza, como si se diera cuenta de que no sabía nada más:

—Era una roca de amor.

—¡Sobre la cual todas hemos naufragado! —lanzó Mrs. Colquhoun mordiéndose el carmín de los labios.

—¡Me gustaría tanto volver a verla! —murmuró Mrs. Chalmers-Ro- binson alargando el cuello en la esperanza de que aquella gracia santificante fuera a iluminar el fondo del oscuro purgatorio en que ellas se encontraban—. Con que únicamente pudiera encontrar a esa buena mujer... Quién sabe, quién sabe en qué momento, pero estoy segura de que nos espera.

«La pobre vieja no puede más» se decía Mrs. Wolfson. «A su edad es imprudente fatigarse de esta manera.»

En cualquier caso el cráter de Mrs. Chalmers-Robinson estaba ahora apagado. Sin embargo permaneció sentada un poco más, al lado de sus compañeras, mientras que cada una de las tres intentaba recordar la continuación de su programa de la jornada.

Cuando Xanadu hubo sido arrasado y no hubo en su lugar más que un rudimento de colina calva y roja, se pusieron a colocar casas prefabricadas. Bastaron dos o tres días y se las vio, como mallas de una colmena, aferrarse a la tierra desnuda. Las cuerdas de ropa móviles estaban ya en su sitio, al igual que las adormideras de Islandia y los gladiolos, y los servicios no eran suficientes para ahogar el zumbido de las moscas. Las paredes de cartón de las casas se frotaban las unas contra las otras en la noche, y los durmientes habrían podido ser tentados de compartir sus sueños si éstos no hubieran sido idénticos. Se escuchaban ya a las ratas roer con ansiedad la baquelita o el plástico o alguna virginidad recalcitrante, aunque no era raro ver a la gente salir corriendo y saltar a sus coches. Todos los domingos recibían o eran recibidos, y a veces se cruzaban a medio camino sin darse cuenta. Entonces, al encontrar la puerta cerrada, daban una vuelta o bien regresaban en busca de algo que mirar. Finalmente el movimiento se

convertía para ellos en una expresión de la verdad, la única permanencia auténtica, más convincente, sin duda, que los pequeños cubos de sus casas. Si estas casas no hubieran sido por último destruidas por el tiempo o la intemperie, sólo hubieran podido ser reservadas para una catálisis aún más espantosa, para el odio o incluso para el amor. Por eso sus propietarios montaban en coche y se iban.

Mrs. Godbold hubiera sido incapaz de decir los años que hacía que Xanadu había sido demolido, cuando bruscamente se le ocurrió ponerse su sombrero e ir hasta allí. Era un martes de junio; el frío pintaba el azul del cielo de un color hermoso. Mrs. Godbold no había cambiado, al menos en apariencia, pues la vida la había golpeado muy temprano y luego se había olvidado de ella para ensañarse con otras víctimas. Todo se transformaba a su alrededor, aunque la vertiente de la colina en que ella vivía siempre estaba invadida de zarzas y cascos de botellas rotas y muelles encogidos, lo que era un verdadero escándalo; sin embargo la gente había dejado de denunciarla, ya que los motivos de los especuladores parecían acordar con un designio más oscuro, quizá de origen divino. Mrs. Godbold continuó viviendo allí y sus pasos habían trazado más de un sendero, según sus costumbres y sus necesidades, entre los matojos de hojas esmaltadas.

Ahora cogió de estos senderos el que la conducía a la Avenida Montebello, y fue seguida como siempre un tramo del camino por el mismo gato o quizá por otro.

—¡Bss, bss, bss! ¡Vete, pequeño papanatas! ¡Es demasiado lejos para £ ti! ¡Esta vez es un viaje! —añadió ella riendo.

El gato se dejó convencer y se volvió, sinuoso, aterciopelado, entre las zarzas.

El frío asaltó a Mrs. Godbold, pero su vista continuó clara.

Cogió una ramita como compañía y se puso a chuparla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al pasar ante una de las empalizadas del jardín—. ¿Eh, cómo te llamas?

Naturalmente era una broma, puesto que hablaba a su nieto. Más familiar todavía que su voz, reconocía el olor adormecedor del jabón, y el recuerdo de su ternura común la volvía ahora silenciosa o deferente.

Acarició la mejilla del niño que se dejó hacer sin levantar los ojos.

—¿Y quién es este que llega? —preguntó Mrs. Godbold a un segundo chico que iba por la avenida, con la boca llena y los labios llenos de migas.

—¡Bob Tanner! —respondió en seguida el mayor de los pequeños.

¡Se lo hubiera comido...!

—Y tú ¡te llamas Ruth Joyner!

—¡Ah! Ya veo que mamá se ha olvidado de darte una azotaina —dijo riendo.

El muchacho resopló; su hermano pequeño se lanzó sobre él y manifestó ruidosamente que apreciaba la broma.

—Entonces dame un brazo —dijo la abuela con los labios temblorosos por el afecto feliz que sentía por todos sus niños.

—¡Oh! —gritó el mayor de los dos—. ¡Ven a casa! ¡Tenemos pastel de maíz!

—Hoy no, me voy de viaje —dijo la abuela.

Se dispuso de nuevo a reír, pero tosió.

—¡Llévame contigo!

—¡Es demasiado lejos!

—¡No! Yo ando mucho.

Pero ella ya se había ido, murmurando tiernos reproches que la decepción había de impedir al muchacho comprender en seguida.

Mrs. Godbold se internó por un camino que el progreso había olvidado.

Ahora estaban casadas dos de sus hijas, y otras dos tenían novio, y las dos últimas habían dejado de corretear con los pies descalzos. Las seis se reunían todavía a veces ante la barraca con esos nuevos juguetes que eran los hijos de las mayores. En la luz verde ellas recogían flores como para hacer guirnaldas, cadenetas por ejemplo, de las zarzaparrillas y de las fresas silvestres de arrugadas corolas. Hablaban haciéndose las locas y cantaban todas juntas:

«Al que no tenga educación

Le daré un mojicón,

En la barbilla,

O mejor, en la mejilla.

Con las cosas de comer

No debes jugar,

Ni correr.

Y mientras viva

Les daré mil y mil besos

A mis niñas...»

Pero Poppy Godbold exclamaba:

—Yo nunca me dejaré besar por un chico. ¡Nunca, nunca!

Luego cambiaba de opinión y plegando bruscamente los brazos exclamaba:

—Excepto por mi pequeño Bob Tanner.

El pequeño gritaba ocultando el rostro ante aquel huracán mientras que la melena roja de la más joven y la más loca de sus tías se abatía sobre él.

Mrs. Godbold se decía que todavía tenía a sus hijas. ¿Pero por cuánto tiempo? Pues dos de ellas se habían marchado ya. A veces permanecía sentada ante la barraca cuando todas sus hijas se alejaban en la noche, dejando sobre sus rodillas ramilletes de flores marchitas. Entonces le parecía que había lanzado su último cabo y que no servía para nada. Sentía el contacto de la oscuridad, y sola sobre su silla se frotaba las manos para intentar calmar sus reumatismos. A menudo pensaba en la noche en que había muerto su amigo el judío en su casa. Incluso las niñas más pequeñas que dormían entonces recordaban aquella noche, ya que el sueño no parecía haberlas impedido tomar parte en aquello. Por eso sus ojos veían más allá que los de las demás niñas. Templadas aquella noche, su metal era más resistente. Por último, la mujer solitaria delante de la cabaña vacía, se decía que había tirado sus seis flechas cara a las tinieblas y que había detenido su camino. Y por todas partes en donde habían golpeado las flechas, otras flechas nacían, que a su vez producían otras, también finas y blancas.

Nunca las flechas que ella llevaba en el carcaj tomaban como diana las formas nocturnas.

—¡Multiplicaos! — dijoMrs. Godbold en voz alta, y después enrojeció pues si la habían escuchado aquello parecía absurdo en el camino de Xanadu.

Se volvió una vez más, no obstante, para mirar a los dos muchachos que se balanceaban sobre la valla con el riesgo de caerse.

Mrs. Godbold seguía su camino que serpenteaba entre las mimosas. Pensaba en el invierno en que había ido a cuidar a la pobre Miss Haré, y recordaba que, solas en la casa silenciosa, habían hablado del Carro. ¡Cada una con su punto de vista! Se decía que Miss Haré estaba loca porque había visto el Carro de fuego. Pero Mrs. Godbold, que nunca habría contradicho a sus superiores, sobre todo si estaban enfermos, sabía que no era así. También ella había visto el Carro y, sólo de pensarlo, era tocada hasta las mismas entrañas por las alas del amor y de la caridad, aunque, sin detener su marcha, cerró por un momento los ojos y rodeó su propio cuerpo con sus brazos, para sentir expandirse su medula. Cuando los separó de nuevo, llegaba ya al nuevo emplazamiento de Xanadu construido sobre el terreno que Mr.

Cleugh, el heredero, había vendido. Mrs. Godbold no podía dejar de admirar la vida que había en esas casas: niños que regresaban del colegio, una fila de jóvenes coliflores, una convaleciente que había bajado al jardín en bata para recoger una última rosa.

—¡Hace demasiado frío! —exclamó Mrs. Godbold cubriendo su propia garganta para hacerse comprender—. ¡Demasiado frío!

—¿Qué? —murmuró la mujer cogiendo a la rosa por el tallo.

—¡Va a coger frío! —insistió Mrs. Godbold.

¿Tal vez ofrecía más amor del que los demás podían aceptar?

La mujer en bata no parecía querer comprender, y se volvió en seguida después de haber conseguido arrancar la rosa de un tirón.

Los niños divisaban a la desconocida al pasar y se decían que sin duda estaba loca.

—¿Estáis contentos de regresar a vuestras casas?

—¡No! —respondieron los chiquillos.

Los chicos se reían.

Pero a Mrs. Godbold le bastaba con contemplar Xanadu. Poco a poco acabaron por conocerla y los que padecían alguna angustia no fueron los únicos en espiar su paso; los que sospechaban poseer un secreto deseable buscaban la mirada de la mujer inmutable bajo su eterno sombrero negro.

En aquel lugar, más que en ningún otro, allá donde había velado a su amiga enferma en la vieja morada agrietada, allá donde las nuevas casas vibraban por una vida ardorosa, el edificio de su memoria se reconstruía en toda la diversidad de su estructura, en todos sus detalles recogidos y arremolinados con, más emocionantes quizá que todo el resto, los arcos incompletos que se abrían sobre brumosas lejanías. Mrs. Godbold edificaba, o mejor, restauraba. Colocaba metódicamente, piedra tras piedra, los años y casi los días que había vivido. Pero a veces se interponía el tronco de los árboles, los troncos sombríos de las encinas y de los olmos, y de los eucaliptus más pálidos que Mr. Norbert Haré había olvidado y que se erguían en las afueras y oscurecían el presente en su esfuerzo para alcanzar por fin el nivel de la nave o del coro.

La luz jugaba su papel, lo mismo que la música. Unos rayos de luz brotaron a chorros por una puerta que se abría, luz gris como la de los pantanos en invierno, iluminando las baldosas, cuyos inmaculados rayos florecían sobre el altar de Pascuas, cuyos colores de la tarde se escurrían entre los encajes de piedras y ramas. A estas riquezas del alma ella no podía dejar de mezclar el mundo, y añadía las urnas verdes y brillantes cuyos reflejos y su venerable magnificencia la habían impresionado al principio en el vestíbulo de Xanadu. Y además existía aquel extraño personaje que le había hablado de música; no lo recordaba claramente, pero había seguido siendo para ella una sincera presencia. A menudo pensaba en aquella música cuyo andamiaje brillaba todavía a medida que se elevaba en el hospitalario campanario. Sin embargo a veces los tubos grises del órgano hacían brotar ráfagas que la estremecían. Y siempre regresaba la intolerable nota que rondaba alrededor de la cabeza aplastada por la rueda, con las órbitas llenas de sangre.

Mrs. Godbold se quedaba a veces impresionada por la profusión gótica de su visión. Las figuras de piedra que ella había acostado en sus tumbas, se debatían en la armadura de su eternidad. Entonces ella intentaba liberar, al menos por el momento, tantas como le fuera posible: Miss Haré en una fiebre de palabra, de tierra escurridiza en sus manos cubiertas de manchas; o aquel aborigen con quien ella había celebrado un misterio la tarde que había ido a buscar a Tom a la casa de Mrs. Khalil.

De aquello que había parecido completo, obsesivo, real y doloroso, el tiempo había construido un mosaico. Ahora ella podía considerar la obra que era su vida, como un artista después de algún tiempo, se acerca a juzgar su obra de arte. Por fin la imagen del Salvador se erguía ante ella en el santuario. Su mirada brotaba entre sus párpados amarillos y, antes de apagarse, se deslizaba a lo largo de la curva vigorosa pero armoniosa de la nariz. Ahora era feliz de irse, ya que todo convergía al final en el Cristo resucitado y cuyos ojos le habían confirmado la curación de sus heridas.

La primera vez que visitó de nuevo Xanadu, Mrs. Godbold tuvo la impresión de que nunca tendría el coraje de regresar allí, pese al interés que tenía por verlo vivir. Pero, claro está, regresó.

En el curso de su primera expedición en que vio su memorable creación, quedó tan turbada, tan emocionada por el pasado, que arrancó un arbusto para apoyarse, y en el camino de regreso hacia su casa de Sarsaparrilla, apretó el pañuelo contra su boca. Incluso en su experiencia más intensa, era cierto que lo único que había hecho era sospechar muchas cosas. Pese a su costumbre de marchar derecha, continuaba siendo una pobre chica sin envergadura. Desde atrás, sus anchas caderas que cubría el chaquetón de lana hubieran podido parecer cómicas, salvo para aquellos que se daban cuenta de que ella también llevaba la corona.

Aquella tarde, según caminaba por el sendero, llegó la hora en que también el Carro de oro recorría el cielo dulcificado. Sus párpados, que se agitaban por aquel embarazo, eran dorados y tenían el mismo esplendor. Pese a su potencia él se inclinaba ligeramente, se la llevaba y ella se encontraba por un momento en compañía de los seres vivos que había conocido y también de muchos otros que no conocía. Sus manos rozaban a todos.

Si, cuando regresó a Xanadu, Mrs. Godbold no experimentó nada parecido, era sin duda porque sus pies estaban todavía firmemente plantados sobre la tierra. Bajaba los ojos para evitar ser deslumbrada y emprendía su camino, resoplando un poco porque la pendiente era pronunciada, hasta llegar a la barraca en la que continuaba viviendo.

Notas a pie de página

[1] Marsupial australiano. (N. del T.)

[2] En italiano en el original (N. del T.)

[3] Villa original o caprichosa. En francés en el original (N. del T.)

[4] En alemán, pequeño gabinete (N. del T.)

[5]Motines contra los judíos. (N. del T.)

[6] Zaddik, justo (N. del T.)

[7]Goyim, los gentiles. (N. del T.)

[8] Especie de vestidura ritual para la oración (N. del T.)

[9] Un tipo de pasteles (N. del T.)

[10] Profesor (N. del T.)

[11] El año nuevo (N.del T.)

[12] Dia del perdón, para los judíos el mas importante del año (N. del T.)

[13] Ceremonia de la mayoría de edad religiosa (N. del T.)

[14] Ceremonia familiar de las dos primeras tardes del Pessah, la pascual judía (N. del T.)

[15] Fiesta de las Cabañas, que recuerda la protección de Dios a los israelitas en el desierto (N. del T.)

[16] Parque Municipal (N. del T.)

[17] Solideo (N. del T.)

[18] ¡Valiente Morcilla! (N. del T.)

[19] Panecillo (N. del T.)

[20] Sacrificador ritual (N. del T.)

[21] Estacion Central (N. del T.)

[22] Coche (N. del T.)

[23] Trovador alemán (N. del T.)

[24] Voluntad de Poder (N. del T.)

[25]Tenor dramático. (N. del T.)

[26] No obstante amable y buen ama de casa. (N. del T.)

[27] Pastelillos de queso (N. del T.)

[28]Landa, erial. (N. del T.)

[29] Salsa de cerveza (N. del T.)

[30] Boveda bajo la que se efectúan los matrimonios (N. del T.)

[31] ¡Buen Viaje! (N. del T.)

[32] Vestido Blanco (N. del T.)

[33] Maestro de conferencias (N. del T.)

[34]Alimentos especialmente preparados para los judíos. (N. del T.)

[35] Sudario (N. del T.)

[36]Exilio. (N. del T.)

[37]Presencia divina. (N. del T.)

[38] Arbol del Caucho (N. del T.)

[39] Gobierno (N. del T.)

[40] Dos objetos religiosos de los judíos. El tefilin consiste en dos estuches de pergaminos que contienen cuatro pasajes de la Torah y que se fijan en el brazo derecho y en la frente (N. del T.)

[41] Especie de anade americano. (N. del T.)

[42] Salchichas (N. del T.)

[43] Pasteles de castañas (N. del T.)

[44] Nombre que se da a los nacidos en Israel. (N. del T.)

[45] ¡Buen Viaje! (N. del T.)

[46] Estuche colocado a la derecha de la puerta y que contiene los dos primeros párrafos de la Chema. (N. del T.)

[47] El texto más antiguo e importante del libro de oraciones de los israelitas (N. del T.)

[48] Celebración realizada el viernes que sirve para inaugurar la tiesta del sábado judío. (N. del T.)

[49] Pastel Parecido al pastel de Saboya (N. del T.)

[50] Charla de café (N. del T.)

[51] Acercamientos, en francés en el original. (N. del T.)

[52] ¡Eres un cretino y un idiota! ¿Es que siempre he de pensar por los dos? (N. del T.)

[53] Carne de pierna con salsa de rabanos silvestres. (N. del T.)

[54] Albondiguillas. (N. del T.)

[55] Fiesta que recuerda la victoria de los judíos macabeos contra los sirios. (N. del T.)

[56] En francés en el original (N. del T.)

[57] Una especie de planta australiana. (N. del T.)

[58] Digger («cavador») es un nombre que se da en Australia a los soldados. Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

[59] Pascual judía. (N. del T.

[60] Toca la piel (N. del T.)

[61] Textualmente significa paz, pero también se emplea como saludo. (N. del T.)

[62] Torta de pan ácimo. (N. del T.)

[63] *Gefullter Fisch*, pescado relleno; *Latkes*, buñuelos de patata. (N. del T.)

[64] Perro australiano. (N. del T)

[65]Reunión fúnebre de diez hombres. (N. del T.)

[66]Ganso asado. (N. del T.)

[67] ¡Pobre estúpido! (N. del T.)

[68] ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Escúcheme! El loco de mi marido se ha... (N. del T.)